




relatos de viaje

# Cuatro años bajo la media luna

Caracas, 2006




relatos de viaje

# Cuatro años bajo la media luna

## Rafael de Nogales Méndez

*Su diario e impresiones durante la guerra mundial en los diversos frentes de Europa y Asia*

Av. Panteón Foro Libertador.
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja,
Caracas-Venezuela, 1010.
Telf.: (58-0212)5642469
Telefax: (58-0212) 5641411

CORREOS ELECTRÓNICOS
mcu@ministeriodelacultura.gob.ve
elperroylaranaediciones@gmail.com

Diseño de la colección: Kael Abello
Diadramación: Edarlys Rodríguez
Edición del cuidado de: Luis Lacave
Transcripción: Ingrid Sánchez
Correción: Eva Molina

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal lf 4022007800268
ISBN 980-396-336-8

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

# Colección trazos y testimonios

En la historia no hay espacio para el silencio y el vacío. El recuerdo de los protagonistas del mundo ha sido perpetuado en el papel, allí están el estilo, la feria, la herida, la cumbre y el abismo de vidas que se repiten en la lectura. Esta colección hace honor a los hombres que por su fuerza e intuición han definido épocas; sus cuatro series honran las huellas que conservan aroma y frescura, las voces que permanecen porque aún tienen mucho que decir. ***Biografías*** es la serie que condensa estudios de investigación en torno a la vida y obra de los personajes que han sellado el tiempo. ***Diarios*** nos trae a los autores desde sus escritos más personales, nos acerca a ellos con la sutileza de quien atiende un acto de intimidad. ***Epístolas*** reconstruye momentos de intercambio ideológico y sensitivo a través de las cartas, recopila instantes revertidos en tinta para comunicar en su momento inquietudes que contribuyen a la reflexión. ***Relatos de Viaje*** permite que el escritor nos tome de la mano para llevarnos con él a países y regiones extranjeras; nos invita a conocer geografías, climas, culturas, impresiones que se desprenden de sus propias narraciones.

Hay líneas del tiempo que se dejan ver, colores y oscuridades que el olvido no ha podido manipular del todo, esta colección se atreve a hurgar en los resquicios de la memoria para obsequiarnos los ***Trazos y Testimonios*** de figuras inmortales.

*Esta modesta obra, escrita con la tosca pluma de un soldado, la dedico respetuosamente a la memoria de mis compatriotas latinoamericanos, desde Méjico hasta la Argentina, que durante la Guerra Magna supieron combatir y morir con gloria para mantener en alto la tradición guerrera de nuestra raza.*

*El autor*

**RAFAEL DE NOGALES MÉNDEZ**

# Presentación

Llama la atención la trayectoria editorial de una obra con un título tan exótico, repartida entre dos ediciones iniciales y otras dos que se suceden 55 y 70 años después. Las dos antiguas de 1924 y 1936 –tiempos de Gómez y López Contreras – y las contemporáneas : una en 1991 y ésta última en 2007. Aquello parece lejano y un tanto increíble ¿Será la crónica de una guerra ajena contada por un excepcional testigo y partícipe a la vez? O quizá sea la sombra sobre la planicie del Asia Menor-Anatolia – de un venezolano cuyo espíritu inquieto fuera capaz de trocar las suaves brisas del Torbes por el ululato de tempestades sobre las nevadas cumbres del Cáucaso y sus correteos sancristobalenses por largas cabalgatas entre el Eufrates y el Jordán, sobre aquellas tierras de profetas y pastores.

¿ Quién merece ser leído primero : el escritor o su obra? ¿Nogales o sus *Cuatro Años bajo la Media Luna* ? ¿El testimonio o el testigo? ¿Por quién preguntarán los viajeros? ¿Por el autor en tanto venezolano excepcional aunque sin seguidores, o por este libro denso que hoy se reedita? La respuesta es también plural: él diría que por la obra, la obra diría que por él y yo diría – acompañando a aquel sabio de Ortega y Gasset – que por las circunstancias, tanto las suyas como las de la obra.

Todo es fascinante, poco frecuente e irrepetible. Un venezolano actor y testigo de la Primera Guerra Mundial en el frente asiático del imperio otomano. Y una obra controversial que ha tenido admiradores y detractores. Y un autor serio, comprometido con la escuela alemana que le impartió las discipli-

nas del intelecto. Pero con la fugaz ternura de interrumpir el relato para contarnos cómo del mercado techado de Alepo "emanaban en ondas delicadas los sutiles perfumes del Oriente, insinuando lluvias de azahares y bosques de rosas, que me hacían recordar las rosas de la tierra mía, allá en las lejanas montañas de los Andes".

## La flor de kardelén

Yo creía que había leído y escrito lo suficiente sobre Nogales antes de conocer la kardelén. Esta es una flor bulbosa, blanca, pendiente de un tallo verde con un ojito del mismo color que se asoma por debajo de su copa, cual pingüino en tierras polares. De ella me había hablado la gente de Nigde, la antigua Nahita, provincia turca de la Anatolia central por la que Nogales pasó de refilón en su primer viaje de Istambul al nevado Cáucaso, a principios de 1915, cuando iba a ponerse a la orden del III Ejército. La kardelén – gota de nieve –parece muy delicada y frágil, pero es la única flor que desafía con éxito las nieves de Anatolia. Ella perfora el fofo manto blanco, lo sacude y permanece erguida como el único testimonio de la fuerza de la vida contra el rigor congelador que responde al mandato absoluto del invierno.

En abril de 2006, siguiendo los pasos de Nogales por estas tierras de la Media Luna, fui a propósito a Nigde, pasando por la soledad de la estación ferroviaria de Ulukishla, donde él tuvo que desembarcar del tren para continuar viaje hacia su destino "acomodado con las piernas cruzadas en el fondo de una de esas carrozas infernales llamadas 'árabas'. Puse la proa a lo desconocido y emprendí la marcha hacia el Levante, (pernoctando) en un pueblecillo rodeado de árboles llamado Nigde, que semejaba un oasis en medio de aquellas espantosas soledades".

Encontré la misma estación alargada por un convoy detenido de vagones de carga, en medio de una quietud que no interrumpen ni turistas, ni mercaderes, ni siquiera los muchachos juguetones, como si 90 años apenas dieran para salpicar la estación de cosméticos. Y llegué al oasis de Nigde –con comodidad– y contemplé los célebres portales de la mezquita de Aladín que Nogales tuvo que haber visto en aquel viaje apresurado hacia la aventura.

Cuando me hablaron de Nigde y de su kardelén no pude resistirme a la comparación. No es que compare a Nogales -centauro erguido de los llanos y sabanas del Arauca vibrador – con una frágil flor de nieve –que no de loto- , sino que me hallé atónito ante las circunstancias que rodeaban a ese venezolano, viajando solo en un país extraño y tan lejos del suyo, sin conocer su idioma ni sus costumbres,

pero resuelto a triunfar. Si bien , como soldado de escuela, era fuerte y resistente, tenía que ser forzosamente débil ante las circunstancias que lo envolvían. Ante las primeras de cambio ¿qué podría hacer él o cualquiera en un mundo tan distinto al suyo, sin el apoyo o siquiera el conocimiento de su gobierno, tan sólo amparado por una palabra de honor dada en una legación diplomática del país cuya geografía atravesaba? ¿A quién podría pedir socaire ante el peligro de un naufragio? Aparte de los oficiales alemanes que lo recomendaron ¿qué tenía ese venezolano que ofrecer más que su rendimiento en la empresa militar que pretendía realizar? Día a día, para que esa debilidad bien camuflada se convierta en valorable poder.

Después de cuatro años volverá sano y salvo al vecindario de su tierra vedada y se encierra en las montañas de Colombia para escribir *Cuatro Años bajo la Media Luna.* Ese tachirense de potro llanero y barco vasco sobrevivió a los combates en Anatolia, Mesopotamia y Palestina como la flor de kardelén sabe sobrevivir a las nieves de Nigde. Y escribió esta historia, oportunamente seguida por otras, como para no dejarse enterrar en las nieves del olvido. Ha de resultar difícil de comprender cómo la fragilidad de una flor y la fortaleza de un varón podrían terminar confundidos en la misma simbología. Ambos se inmortalizarán en Anatolia. Ambos pasarán del Asia Menor al horizonte mayor. Y ambos me han brindado la oportunidad de escribir para Venezuela desde Anatolia.

## Un libro de parca sonrisa

Confieso que en el momento de serme mostrado el libro *Cuatro Años bajo la Media Luna* por un amigo de la juventud, allá en 1952 en aquella apacible Barcelona (del Neverí), no me pareció ese libro atractivo, quizá por lo apretado de sus letras, o por el cúmulo de datos y relatos sobre lugares no siempre bienvenidos en los mapas comunes, o por algunas gráficas macabras que te recuerdan al Caín subhumano en su fratricida ferocidad. También porque los jóvenes –a cuyas filas pertenecía en ese entonces- suelen buscar lo jovial y optimista, y con mayor razón en el caso de nuestra generación que alcanzó a ver los estragos de la recién apagada Segunda Guerra Mundial. Lo tuve unas semanas en mis manos y lo devolví con las gracias.

De vez en cuando durante los treinta años subsiguientes veía a Nogales en su uniforme otomano y kalpak de astrakán en artículos de prensa, casi siempre salidos de la ágil pluma de Ana Mercedes Pérez quien, muy joven ella, lo había conocido en Londres.

Bajando un día de 1986 de San Cristóbal a la frontera y conversando sobre la gente del Táchira con otro amigo, éste se me volteó de repente para decirme sin preámbulo: "Tú deberías escribir la historia completa de Nogales. Eres de los pocos que conocen los tres mundos que él vivió. ¿Qué esperas?"

Esta vez el lapso de espera fue breve. Con la caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y la primera Guerra del Golfo, el mundo parecía volver de repente a un equilibrio de poderes afín con aquel que Nogales viviera y viera sucumbir con la fractura y desaparición de los cuatro imperios continentales de su época: el chino, el ruso, el austro-húngaro y el otomano, amén del propio imperio alemán que durante su corta y vigorosa existencia se le ocurrió una vez enamorarse de la venezolana isla de Margarita.

Ahora será únicamente cuestión de leer en serio ese libro que, cuarenta años atrás, me pareció grave, demasiado serio y de parca sonrisa.

Fue necesario dedicarle a Nogales un espacio y un horario determinados a lo largo de diez años entre lectura de sus obras, viajes por sus pasos, conferencias, charlas, entrevistas y visitas a bibliotecas de añoranza como ha sido para mí y muchos buscadores la "Librería Historia" de los Hermanos Castellanos. Contactos por los mágicos medios modernos de comunicación con instituciones y personas que hubiesen conocido su historia: un sobrino de su cuñado alemán, una editorial norteamericana, un historiador jordano. Entrevistas en Venezuela a ilustres personas que lo conocieron: José Giacopini Zárraga, Pascual Venegas Filardo, Tulio Chiossone, Felipe Massiani , además del fundador de la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Ramón J. Velásquez.

Sus huellas estaban en los Andes, en los Llanos, en Paraguaná y en esa ruta lacustre bajo el relámpago del Catatumbo. Y ni hablar de Nueva York, California, Renania, Inglaterra, Turquía, Jordania y el propio Irak. En 1994 aterricé por poco tiempo en Istambul, sólo para ver cómo podría algún día empezar a escalar el muro de misterio que, desde lo profundo del Bósforo, rodeaba la marcha marcial bajo la media luna de ese venezolano singular.

En 1998 se formó un grupo informal para estudiar la vida y obra de Rafael de Nogales, transformándose el 27 de noviembre de 2000 en la "Fundación General de Nogales Méndez". Se editaron varias obras sobre el personaje y sus libros, tanto en Caracas como en San Cristóbal: *Un Venezolano Singular* (1997), *A Seis Décadas de tu Gloria* (1997), *Nogales Bey* (1997) y *Nogales Méndez visto por Propios y Extraños* (2003), además de *Rafael de Nogales Méndez* en la Biblioteca

Biográfica Venezolana del diario *El Nacional* y el Banco del Caribe (Número 15, 2005).

## A todas éstas ¿quién fue Nogales?

Entre San Cristóbal del Táchira (14 de octubre de 1877) y Panamá del Istmo (10 de julio de 1937) vivió casi sesenta años. Fue hijo de llaneros emigrados a Los Andes: el Coronel Pedro Felipe Inchauspe (Intxauspe) Cordero y doña Josefa Méndez Brito.

Fue militar profesional, hombre de aventuras, guerrillero, escritor y corresponsal de prensa .Pasó la mayor parte de su vida fuera de su patria, destacándose en la Primera Guerra Mundial como oficial del ejército otomano y luego en Centroamérica (Nicaragua), como corresponsal de guerra. Actuó en cinco continentes a lo largo de cuarenta años: hablaba inglés, alemán, francés, italiano y turco. Cultivó la amistad de reyes, generales, políticos y literatos en Occidente y el Oriente Medio. En Venezuela se enfrentó a los gobiernos de Castro y de Gómez.

Su familia, con honrosos antecedentes por ambos lados, se encontraba entre las recién llegadas de los llanos a los Andes en la polvareda de la Guerra Federal. A los ocho años es enviado para ser educado en Alemania y luego en la Academia Militar de Bélgica. Al estallar la guerra entre España y Estados Unidos (1898), participa en las filas peninsulares destacadas en Cuba. Traduce su apellido vasco Inchauspe (Intxauspe) al castellano De Nogales. Su trayectoria posterior se desenvuelve por etapas entre los más variados escenarios: recorre África del Norte y viaja a la India y Afganistán para regresar vía Indonesia, Angola, Argentina y Brasil (1899-1900). Visita Inglaterra, Irlanda y Boston. Choca en Venezuela con Cipriano Castro y, al tomar las armas, cae herido en Carazúa (La Guajira,1901).

Sigue una etapa de aventuras entre Santo Domingo, Haití, Centroamérica y México, la cual se extiende por el Pacífico al Lejano Oriente (1903-1904), donde juega un rol delicado en la guerra de inteligencia a favor del Japón. Desde Corea regresa al Continente americano a pasar una temporada en Alaska y el ártico, alternando entre la cacería, la pesca y el juzgado de la naciente ciudad de Fairbanks. Entre 1905 y 1906 busca oro en Nevada y California antes de sumarse a los revolucionarios mexicanos de Flores Magón. Enterado de la caída de Castro vuelve a Venezuela, se dedica a escribir artículos de contenido socioeconómico y geopolítico (1909-1910), para luego tomar las armas en los llanos del Arauca y del Apure contra el General Gómez (1911-1914).

Al estallar la Primera Guerra Mundial y no lograr unirse a los ejércitos aliados (Francia y Bélgica), los otomanos en su Legación de Sofia (Bulgaria) lo admiten bajo palabra de honor sin exigirle renunciar a su nacionalidad venezolana. Más adelante, al hablar de la aureola dorada de su libro sobre sus cuatro años bajo la media luna, las distintas etapas de su misión serán brevemente reseñadas.

En 1919 regresa a tierras americanas para escribir *Cuatro Años bajo la Media Luna* en la soledad de un pueblo de los Andes colombianos. En 1927 recorre el istmo centroamericano para escribir en inglés su testimonio nicaragüense : *The Looting of Nicaragua* (1928), libro antiimperialista de punta a punta que publica de nuevo en Londres. Ese libro aceleró la retirada de las tropas norteamericanas de Nicaragua. En México en 1929 conoció al General Sandino de quien fue mentor y amigo. Entre Estados Unidos e Inglaterra publicará en inglés *Memoirs of a Soldier of Fortune* (1932) *y Silk Hat and Spurs* (1934).

De regreso a Venezuela tras la muerte de Gómez se le asigna un puesto secundario de administrador de aduanas en Las Piedras, Estado Falcón, cargo que ocupa durante pocos meses en 1936. Por fin el Gobierno nacional le confía una importante misión oficial en seis países de América y Europa, cuando súbitamente la muerte lo atrapa en Panamá tras una sencilla operación de garganta. Su cadáver permaneció durante varios días en La Guaira antes de ser localizado por la prensa. A su entierro asistió una representación del Gobierno y varias personalidades de la vida nacional. Su amigo el Kaiser de Alemania, desterrado en Holanda, hizo llegar una corona de roble con laureles de oro al Cementerio General del Sur.

Los restos mortales de quien ya era mundialmente conocido como el General Rafael de Nogales, fueron enterrados en el panteón de la familia Blanco Vargas, hasta ser trasladados en 1975 al panteón de las Fuerzas Armadas en el Cementerio General del Sur. Sus condecoraciones se hallan en el Museo del Recuerdo de la Escuela Militar.

Dos de las obras de Nogales fueron traducidas al castellano por su primera biógrafa, la poetisa y escritora Ana Mercedes Pérez (1910-1994). Su pensamiento político sigue siendo materia prima poco aprovechada. A nivel venezolano era nacionalista, admirador del Libertador y manifiestamente opuesto a la dictadura. A nivel latinoamericano reiteraba su fe en la integridad histórica y cultural del continente con plena autonomía con respecto a Estados Unidos. A nivel universal partía de la defensa de los países débiles desde una plataforma antiimperialista e izquierdista : influencia de los revolucionarios mexicanos de Flores Magón.

## La saga de un libro perseguido

Los libros suelen esconder alguna historia íntima sobre la relación entre el tema y el autor que éste procede a exponer, con orgullo y gusto, en algún prólogo o palabras liminares. El lector suele aceptarlo con cierto interés, como cuando los hijos quieren escuchar el cuento de cómo se conocieron papá y mamá. Mas pocos libros suelen tener una hoja de vida propia, como lo es el caso de *Cuatro Años bajo la Media Luna*.

Este libro se escribió a mano en un remoto pueblo de los Andes colombianos llamado Gramalote, cerca de Salazar de Palmas, en el cual Nogales encontró refugio y mirador para atisbar su cordillera andina del lado venezolano que se le prohibía pisar. El autor de su biografía novelada, Pedro Almarza, le dedica a esta etapa el capítulo "Saga de un libro perseguido", porque desde el retorno del guerrero a tierras vecinas, el gobierno del general Gómez abrigaba la profunda sospecha de que su antiguo enemigo sólo podía estar tramando algo tremendo en su contra.

Nogales dice que escribió el libro varias veces y tantas veces menos una, lo volvió a deshacer y a redactar. Al bajar de la montaña rumbo a Cartagena, Nogales hizo maromas para engañar a sus perseguidores y evitar que le quitaran el manuscrito antes de alcanzar a embarcarse en una goleta casi clandestina de un contrabandista que lo iría a llevar al puerto panameño más cercano. En sus Memorias narra las diversas peripecias por las que pasó en esa travesía riesgosa , cómo unos indios lograron arrebatarle el curioso talego en el que tenía enrolladas las hojas escritas y cómo con astucia pudo recuperarlo. Desde el puerto pesquero de Bocas del Toro en la costa panameña procedió a Costa Rica en otra embarcación que bailaba al son de olas gigantescas, hasta depositarlo por fin, con su talego, en Costa Rica. De ahí procedió a La Habana donde lograría obtener el anhelado visado para Estados Unidos con el propósito de editar su testimonio otomano.

Fue a principios de 1923 cuando el *New York Times* se fijó en *Nogales Bey of Venezuela* para seguirle la pista, de entonces en adelante, e informar acerca de sus obras y andanzas. No obstante, no tardó en poner proa a Berlín cuando se enteró de que la *Editorial Internacional*, especializada en traducir obras románticas e históricas del alemán al español, podría estar interesada. Efectivamente, la casa que sacó la edición inicial de esta obra –base para otras ediciones facsimilares- operaba desde oficinas en Berlín, Madrid y Buenos Aires, pero fue en la capital alemana y no en la española o la argentina como se ha pretendido decir, donde se realizó la

impresión, según el propio Nogales. Tampoco ello sería posible sin soportar las impertinencias del español Emilio Rancés, que Nogales juraba era agente de la Legación de Venezuela disfrazado de asesor de estilo, para averigüar qué tanto tendría ese libro que ver con Gómez. Así y todo, el Gobierno del Benemérito prohibió el libro, probablemente para no reconocerle a ese tachirense excéntrico méritos de una figura universal que pudieran hacerle sombra al Benemérito y darle dividendos a un enemigo. Me contó el finado Dr. Giacopini Zárraga que él, en sus años mozos, sólo pudo leer ese libro a hurtadillas gracias a un pariente que se lo sacó del llamado "Cuarto de Libros Prohibidos", de lo que entonces fuera la "Inspectoría de Plazas y Jardines".

Al recibir de la imprenta berlinesa los primeros ejemplares de este libro, Nogales tuvo que haber reconocido el limitado círculo de lectores que tendría para el momento en el mundo de habla hispana, además de lo fútil que sería intentar difundirlo en Venezuela. No les bastaron al Gobierno acechanzas y molestias, sino que, además, Nogales fue señalado como espía soviético por la Legación en Londres , haciéndole difícil el traslado entre los distintos países de Europa occidental. Su instinto y sus conocimientos del ambiente internacional le indicaron que el camino hacia la fama y el éxito lo señalaba una flecha que decía "New York", además de la que identificaba al propio Berlín.

Para los alemanes, se trataría de un testimonio válido, escrito por uno de los suyos o casi, de modo que la versión de *Vier Jahre unter den Halbmond,* apenas salida de la imprenta en 1925 no duró mucho en las librerías, pues será ávidamente adquirida por un público ansioso de saber qué fue lo que hicieron sus oficiales y soldados en aquella odisea al lado de sus aliados turcos.

En Nueva York, Nogales tuvo la suerte de conocer a Muna Lee, poetisa, escritora e hispanista norteamericana, esposa del joven periodista boricua (y futuro gobernador) Luis Muñoz Marín, la cual será la perfecta traductora de esta obra en un estilo que realzaría el original y enfocaría las luces sobre el autor, llamado por el *New York Herald Tribune* el "don Quijote militar que no pierde el amor latino por la belleza". La versión inglesa publicada en 1926 por Scribner's Sons, será seguida en 1932 por la edición de Harrison Smith de *Memoirs of a Soldier of Fortune (Memorias de un Soldado de Fortuna).* Pasarán siete décadas antes de que saliera en Londres una novísima edición de Ara Sarafian, esta vez por Sterndale Classics, editorial especializada en obras sobre las postrimerías y provincias del imperio otomano. Aparentemente se trata de involucrar a Nogales y su obra en la polémica entre armenios y turcos sobre los sucesos de Van en 1915 y sus secuelas.

*Four Years Beneath the Crescent* convirtió a su autor en una figura conocida en los medios literarios y sociales a ambos lados del Atlántico anglosajón. Nogales pasará toda una década comprendida entre la aparición de la versión inglesa de este libro y la muerte del General Gómez entre Alemania, Inglaterra, Estados Unidos y brevemente Francia, entregado a su nuevo rol de autor, columnista y conferencista sobre viajes y temas geopolíticos. La poetisa y escritora Ana Mercedes Pérez, quien lo conoció en Londres siendo ella la joven hija del Cónsul General de Venezuela, ha reseñado estas páginas de pluma y frac con un toque de fina maestría literaria. Lo cierto es que Nogales, tras despedirse de las costas de Anatolia con un saludo militar, nunca más volvió para estas tierras. Pero nos dejó su testimonio en tinta sobre papel.

## La aureola dorada

El libro que hoy presentamos en su cuarta edición y tercera venezolana, es un testimonio sin par de una época tumultuosa sobre un paisaje inclemente que el autor quiso ofrecer, pese a su parca sonrisa, en una bandeja de plata, alternando entre colores, aromas y suaves sonidos de melodías. Eran tiempos de guerra; la última en que caballería e infantería aún podían reclamar cierto protagonismo válido. Atravesando los parajes lacustres de Bingöl (literalmente, mil lagos) y rodeado por soldados cuya lengua ni siquiera había aprendido, Nogales recordó a otro célebre expedicionario por los mismos montes: y me puse a escalar aquellas serranías, que dos mil y pico de años antes atravesara el griego Jenofonte durante la famosa 'retirada de los diez mil...

Esta crónica de guerra se extiende sobre un panorama geográfico que el mismo autor identifica en un mapa *ad hoc* para la edición norteamericana del libro. Él llega a Istambul procedente de Sofia (Bulgaria) a princpios de 1915, viaja a Erzurum, la Siberia turca, inmersa en las nieves (cuando pasó por Nigde de la kardelén). Prosigue al frente de Van donde combate a los armenios insurrectos antes de enfrentarse a la invasión de cosacos y rusos por los desfiladeros del Cáucaso . Incendia la población de Bash Kale para evitar que su parque cayera en manos del enemigo. Lo trasladan a un puesto administrativo en los ferrocarriles de Adana (costa del Mediterráneo), luego recorre Siria, Líbano y Palestina antes de ser transferido a Irak donde participa en varias batallas contra británicos e hindúes (1916).

Le confían la plaza de la ciudad de Ramleh en Palestina y luego el comando militar de Es-Salt, capital de la jordana región de Balqa (1917). En el frente sur participa en las dos primeras batallas de Gaza, distinguiéndose tanto en la segunda

batalla como en sus ataques sobre las fuerzas británicas en el Sinaí egipcio (1917). Pasa el último año de la guerra en Mardin y Diarbakir (Anatolia), además de actuar como subcomandante de la Casa Militar del propio sultán en Istambul. Estaba disfrutando de unas vacaciones en Europa al declararse el armisticio tras la derrota de su bando. Pudiendo quedarse afuera o huir, prefirió volver a Istambul a enfrentarse a los vencedores, recoger sus papeles y condecoraciones, para luego partir de retorno a su terruño y escribir la historia de su marcha marcial bajo la media luna.

Trató de ser lo más fiel posible en describir los lugares que iba encontrando en el Asia Menor y el Oriente Medio, al colocar el nombre clásico al lado del corriente. Te advierte que Konya es la antigua Iconium; Sivas, Sebasta; Kayseri, Cesárea; Amán, Filadelfia; Tikrit, Virtha (¿acaso la bíblica Birtha? se pregunta). Entre cúmulos de nombres vivos y túmulos de viejos, a veces se equivocaba, como cuando dijo que Yatripa era el antiguo nombre de Meca; en realidad lo fue de Medina. En un lapso hizo de Bagdad capital de los omeyas cuando lo fue de los abasidas. No obstante, su acuciosidad asombra. Nadie pensaría que en 1922 alguien tendría una computadora con servicio de Internet en Gramalote. Todos los documentos que se llevó de Turquía llegaron sanos y salvos a ese refugio andino.

Puede ser que se le ocurra a alguien, aplicando el programa adecuado al ordenador, tratar de clasificar los mil nombres propios de lugares que Nogales registra en su odisea otomana. Apartando los conocidos y reconocibles, aparecerán lagos y ríos, serranías y montes, valles y quebradas, aldeas y caseríos que podrían haber tenido cierta relevancia en su relato, pero que hoy por hoy no figuran en ninguna referencia cartográfica a mano. Pues sepa el lector que se necesitaría de un equipo especializado y ambientado en las distintas comarcas de su itinerario marcial para poderlo rehabilitar con la puntualidad requerida. En otras palabras, este libro es una fuente de datos geográficos de mucho valor para Turquía y sus antiguas provincias de habla árabe, hoy convertidas en Siria, Líbano, Irak, Jordania, Palestina, Israel y el Sinaí egipcio.

El relato no es una secuencia líneal que sólo sigue la sombra de Nogales y su ordenanza el albanés Tahsin Chavich (¿Quijote y Sancho *redivivus* ?), ni una autobiografía filmada en llamativos exteriores. Si bien todo comienza y concluye con sus cuatro años bajo la media luna otomana, el autor se desvía con mucha frecuencia hacia la historia, mitología, sociología, ética y política, además de contar leyendas, anécdotas y consejas. Un profesor turco que ha estudiado esta obra, ha ido marcando con un resaltador los párrafos añadidos de contenido didáctico, para quedarse con una copia tapizada de cuadros amarillos que podrían constituir un libro autocontenido.

Sus conocimientos sobre su mundo y época podían tener un corte enciclopédico, pero sus razonamientos no sonaban siempre coherentes. Sin embargo, sus pronósticos sobre los grandes aconteceres no fallaron: ni con respecto a la República Turca kemalista ni en lo atinente al futuro "no eterno" del bolchevismo en Rusia. Esto podrá indicar fallas en su metodología, pero no en la solidez de sus tesis.

Como autor de un libro de viajes, Nogales caerá en la categoría de los viajeros románticos, poseedor de un estilo poético típico de su formación europea finisecular de aquel entonces. Sentía la grandeza de la naturaleza tanto en los arenales bañados por la luna como en las cataratas escondidas en cauces de agua plateada entre cumbres envueltas en las nubes. Se rendía ante la majestad de la historia al contemplar algunas grandes obras que lo cautivaron como la Mezquita Al Aqsa en Jerusalén, el castillo de Mardin y la fortaleza de Van. Parecía vibrar al eco de los nombres bíblicos y antiguos: Esdralón, Ninivé, Palmira, Ctesifon, Orontes, Petra, Baalbeck.

Se ganó el respeto de la sociedad turca por su propio respeto a sus costumbres, especialmente en lo que se refiera al hogar y a la mujer. Su admiración por las cualidades del soldado turco —su estoicismo, fortaleza y lealtad— van más allá de haber servido en las filas del ejército de un imperio cuya decadencia política no le importó convalidar. Así y todo, se refería al ejército turco como "nosotros". "Ellos" serían los políticos.

## La leyenda negra

Por otro lado, Nogales no debió dejar una buena impresión a su primer lector turco e implacable censor, Kaymakam Hakki, cuando se largó a criticar a varios compañeros de armas, incluso hasta llegar a extremos en algunos casos. Se ha dado el de uno de los pilares brillantes del imperio a quien Nogales elogia en distintos sentidos, para de repente espetarle la acusación de ladrón, por lo demás sin pruebas y fuera de lugar. No abona mucho crédito a este filón de su relato el que haya dividido a los hombres públicos del imperio y a sus propios jefes y compañeros en buenos y malos, probablemente en función del trato que de ellos recibiera. Después de todo, él sí fue acechado y perseguido a raíz de su salida del frente armenio, especialmente por quienes creían que podría aportar algún testimonio en su contra a consecuencia de los trágicos sucesos de Van. Mas se trata de individuos: el Ministerio de Guerra otomano le otorgó varias condecoraciones y le concedió una baja honrosa, como consta en el irrefutable documento cuya copia fotográfica ilustra el libro.

Para indagar sobre la leyenda negra que este libro habría creado alguna vez, se tendría que empezar por preguntar cuántas personas lo han leído y evaluado en su totalidad. Parece que, aparte de la edición inglesa que en Estados Unidos conquistó elogios y buena crítica tanto por el tema como por la traducción, la obra tuvo que traspasar un duro examen ético e ideológico, precisamente por las distintas reacciones que han provocado los capítulos sobre los trágicos sucesos de Van entre armenios y turcos.

En Venezuela, tal situación no fue notada en el momento de difundirse la obra, sobre todo después de la segunda edición de 1936 lanzada aún en vida de su autor, porque la percepción de heroicidad, romanticismo y aventura que ella respiraba, siendo doble logro de un venezolano tanto de espada como de pluma, relegó a otro plano la potencial cuestión testimonial. Además, se suponía en aquellos momentos que la cuestión estaba superada: los armenios organizando su vida en la diáspora y la Turquía republicana trillando nuevos caminos postotomanos. Escribiendo esto en 2006, dudo que en la Venezuela de 1936 y años subsiguientes haya habido un círculo de lectores que hubiesen leído *Cuatro Años bajo la Media Luna*, lápiz en mano, con el fin de cerciorarse de lugares, fechas y nombres propios y hacerle preguntas al autor, quien, por lo demás, fallecerá súbitamente al año siguiente, con la urna pasando por lo que le pasó en el puerto de La Guaira.

A la Venezuela de la época le bastaría la imagen del héroe, el Miranda del Siglo XX, el Sigfrido criollo, aquel a quien el poeta andino Otto H. Burguera le cantara: (Mérida, 19 de octubre de 1940).

“ En su bajel de eterno, errante peregrino,
los inmensos mares de la aventura surca.
Y, sueña cuatro años este Andino,
Bajo la Media luna de la Bandera Turca”.

Quienes tomaron el relato muy en serio, desnudando sus palabras una a una, fueron los protagonistas de aquellos sucesos. Ninguno de los dos aquilató la obra en su conjunto, porque lo que les interesaba era el relato específico, y en la medida en que uno u otro lo podría interpretar a su favor. Nogales no salió “bien parado” ni con los unos ni con los otros. En realidad, quien lea esta obra objetiva y críticamente, llegará a la conclusión de que nuestro autor, teniendo en frente elementos de un verdadero juicio de realidad como ningún otro testigo habría visto, lo confundió con dos juicios paralelos de valor, uno más de este lado y el otro más acorde con aquél. Quiso “hacer justicia” entre los turcos en cuyas filas militaba y

sus correligionarios, los cristianos armenios, para terminar marginado y, en un momento dado, rechazado por ambos.

Su dilema nace del hecho objetivo, real, de encontrarse en el sitio de la ciudad de Van, que entonces albergaba una población mixta y que él llama la capital de Armenia, al mando de tropas otomanas atrincheradas en el inexpugnable castillo de los Urartu, las cuales se empeñaban, bajo su mando, en rendir a los insurrectos armenios que ocupaban la ciudad y sus vergeles, contando con la inminente ayuda de tropas rusas y cosacas. Eran tiempos en los que las nacionalidades no turcas del imperio bregaban por su liberación: los armenios con ayuda de los rusos, los árabes pactando con Gran Bretaña; los albaneses, independientes ya. Nogales, oficial del ejército otomano entonces con el rango de capitán pero al mando de tropas que corresponden a mayor jerarquía, se vio entre la lealtad a su honor militar y la guerra contra una comunidad cristiana.

Ansioso de estampar su relato para la posteridad en la tranquilidad de Gramalote, con el fuego y la sangre vueltos imágenes vivas, Nogales el autor quiso demostrar lo valiente y profesional que fue el oficial venezolano al comando de una batalla encarnizada y, al mismo tiempo, mostrar la mayor simpatía creíble por ese enemigo combatido con quien compartía valores y creencias, en esa ingrata circunstancia de un encuentro trágico.

Basta con entrar a algunas páginas de Internet en pos de nuestro increíble tachirense para comprobar que, de sus juicios y testimonios, se han valido ambos: los armenios para demostrar que sus compatriotas de Van y del imperio otomano habían sido las víctimas del primer genocidio del Siglo XX, y los turcos para afirmar que Nogales refrendó su versión en el sentido de que los armenios se habían alzado en armas contra el imperio y también cometieron atrocidades.

De la lectura minuciosa de esta obra se desprende que Nogales, el testigo autor, dio las siguientes pistas, no de una manera sistemática como sigue, sino a lo largo de su relato *passim* :

A favor de los armenios adelantó dos juicios :

Describió con detalles descarnados los horrores de la lucha, las masacres y las deportaciones que la población civil armenia sufriera en el trayecto. Incluyó un testimonio gráfico con la intención de captar solidaridad y simpatía por la causa armenia.

Dijo que el gobierno del triunvirato en Istambul no podía ignorar lo que sucedía. El Ministro del Interior lo sabía todo.

A favor de los turcos afirmaba lo siguiente:

1. Queda fuera de duda que los armenios fueron los que se sublevaron en rebelión armada, instigados por Rusia.

2. Las matanzas y masacres fueron obra de irregulares turcos y kurdos, pero jamás fueron cometidas por el ejército otomano.

3. Los "comitachis" armenios también masacraron a musulmanes civiles desarmados sin ninguna inhibición.

Es probable que los sesgos de tan encontrados juicios que él expresa en los abultados primeros capítulos de la obra y relacionados con este drama, hayan sido influidos por las circunstancias que Nogales encontrara al llegar a Berlín, manuscrito en mano, y percibir un ambiente muy distinto al que se habría imaginado. En Berlín el antiguo ministro otomano del Interior, Tala't Pasha, había sido asesinado en venganza por esos hechos, lo que podría haber influido en el ánimo de ese venezolano solitario, desprovisto de cualquier atención por el gobierno de su país y totalmente desvinculado del ya extinto imperio al que sirviera. Aquí estaríamos contemplando a un hombre cuarentón, aspirante a reintegrarse a una sociedad occidental que abría sus puertas de par en par a refugiados y desplazados armenios, sus adversarios.

Tan es así que, dentro del lustro siguiente al final de la guerra, Nogales evitaba en lo posible circular por Europa y Estados Unidos. Gramalote será tanto escritorio como escondite. Hasta 1923, el Gobierno de Estados Unidos se negaba a otorgarle visa, mientras él se quejaba del remoquete " Verdugo de Armenia" que el Presidente Wilson le había endilgado.

Durante largo tiempo, la imagen turca de Nogales lo distanciaba instintivamente de los armenios. Parecía estar demasiado del lado enemigo para que se valorara su testimonio. Algunos autores de la historia milenaria de esa nación han podido hacer austera referencia bibliográfica a esta obra por puro rigor académico. Con el paso del tiempo y la campaña a favor de reconocer explícitamente la figura de genocidio, alguien debió pensar que el testimonio de Nogales podría ser invocado soltando las ataduras a su imagen turca, especialmente cuando quedó evidente que el Estado turco no mostraba interés alguno por auspiciar la imagen y

aureola del antiguo oficial venezolano-otomano. De ahí la nueva edición de *Four Years Beneath the Crescent* por Sterndale Classics como un testimonio proarmenio, sin incomodarse por el célebre retrato de Nogales en uniforme otomano y kalpak de astrakán en la portada.

Por su parte, los turcos prefirieron archivar la obra y el nombre de Nogales, como sanción por sus capítulos sobre Van. Ello sucede como consecuencia de la traducción de dichos capítulos por un alto oficial turco, entonces kaimakam y luego General Ismail Hakki Akoguz, quien tradujo de la versión alemana sólo los capítulos referidos a Van y la cuestión armenia, además de redactar, para un toal de apenas 76 páginas, una respuesta propia a "ese oficial extranjero sin abolengo" que terminó "mordiendo la mano que le prestó una espada". Hakki tendrá una actuación muy notable bajo el propio Atatürk, de modo que su texto con la respuesta publicada en 1931, en vida de Nogales, sellará por siete décadas la suerte documental del venezolano en el país asociado a su nombre, figura y obra en el mundo entero.

De este modo ha sido tarea casi imposible para los diplomáticos venezolanos acreditados en Turquía desde el establecimento de relaciones en 1950, destapar la documentación oficial sobre su compatriota. Mi antecessor en el cargo, Embajador Ramón Delgado, rompió el hielo al publicar, en castellano y turco, la tesis del estudiante de letras españolas (hoy profesor) Mehmet Necati Kutlu, quien descubre la historia de Nogales por un ejemplar de *Four Years Beneath the Crescent* en la biblioteca de su universidad. La tesis: *Nogales Méndez: Un Caballero andante en Turquía/Nogales Méndez: Türkiye bir Gezgin Sövalye* (Ankara, 1998).

Parte de mi esfuerzo al asumir la honrosa representación de la República Bolivariana de Venezuela en Turquía ha sido la "rehabilitación" de nuestro Nogales, sobre todo ante los estudiosos de la historia militar, todos influenciados por la versión del General Hakki Akoguz quien, como compañero de armas de Nogales, se sintió profundamente dolido por lo que el venezolano escribió, pero de ninguna manera encontró en su acción nada que reprochar.

He tenido que avanzar despacio. No me ha sido posible llegar al archivo apropiado que sin duda ha de estar muy bien clasificado en un sistema impecable que guarda las carpetas de miles y miles de oficiales desde los últimos siglos del imperio. Mas he tenido algunas conversaciones sobre el tema con historiadores y hombres de letras, basándome en que Venezuela lo que quiere es que se conozca el otro lado de la historia de este venezolano: lo positivo que hizo por Turquía y el testimonio que dejara sobre su época, como el último latinoamericano que pisara tierras del imperio, habiendo sido el primero otro venezolano: el General

Francisco de Miranda. Nuestra Embajada de hecho tradujo y publicó las memorias de Miranda en Turquía, en un texto con 150 ilustraciones.

Oportunamente, el profesor y coronel Dr. Ahmet Tetik publicó el primer artículo en la revista militar *Silahli Kuvvetler Dergisi* (Revista de las Fuerzas Armadas), Nº 383, Año 124 , enero de 2005, bajo el título "Un oficial venezolano en el Ejército otomano: Rafael de Nogales". En buena parte ese avance se debió a la acogida que me diera el General (ahora retirado) Erdogan Karakush, historiador él, entonces director del Instituto de Estudios Militares. El mencionado artículo, en general, es objetivo. Aunque padezca de pequeñas inexactitudes, tiene la virtud de presentar la trayectoria otomana de Nogales de punta a punta sin limitarse a un escenario específico. Su mayor virtud estriba en ser el primer artículo que se haya escrito sobre este venezolano por una responsable fuente militar en Turquía.

En 2005 esta Embajada publicó, en inglés y turco alternándose entre capítulos, una biografía suya en 180 páginas e ilustrada con 180 gráficas a colores, bajo el título *The World of Venezuelan Nogales Bey/ Venezuelali Nogales Bey'in Dünyasi.* Tan importante como su edición y publicación, ha sido su distribución controlada al ser enviada al Presidente de la República, al Consejo de Ministros, un buen número de diputados, todos los embajadores turcos en el servicio interior, la mayoría de las universidades e institutos de investigación, todas las 81 gobernaciones provinciales del país, las embajadas acreditadas en Ankara, la prensa y otros organismos .

## Palabras semifinales

Son semifinales porque las palabras finales sobre este hombre fuera de serie, aún no se han escrito.

Considero un honor el habérseme solicitado esta presentación, no sólo porque me ha permitido agregar un eslabón más sobre varios escritos anteriores, sino porque me da una oportunidad para rogarles a los futuros investigadores deseosos de trillar esta senda, que sepan evitar los errores de datos, fechas, lugares, nombres, relaciones y situaciones que se han ido acumulando en la estela de este hombre. Por ejemplo, que nació en 1879, que fue oficial de las Fuerzas Expedicionarias Persas, que hablaba árabe y chino, que de Turquía se fue para Alaska, que cazaba culebras en Australia, y que se radicó finalmente en Panamá. Todo eso huele a aventura y se parece a ciertas páginas nogaleñas, pero no es exacto ni veraz. Mezclar lo imaginado y mal leído con lo verídico y bienvenido, no le hace bien al personaje, ni al investigador. Ya se pueden contar con biografías confiables, además de la asesoría de la "Fundación General de Nogales Méndez".

Habiéndole dado a la vida y obra de Nogales unos cuantos años de investigación y seguimiento, he llegado a la conclusión de que la mejor manera de conocer tanto al hombre como a su obra y circunstancias, es respetar lo que hizo, dijo y escribió como eco del ser y sus circunstancias, sin juzgarlo hoy por lo que se hizo o se dejó de hacer ayer. Nadie debería juzgar sus aciertos y errores por los valores de hoy, y mucho menos reducir su visión del mundo, sus ideas políticas y su acción militar, sin omitir sus escritos, ideas y artículos, a ese péndulo oscilante entre el aventurero que entusiasmaba al lector norteamericano y el oficial extranjero que terminó criticado en su campo y en el campo opuesto a la vez.

Las obras de Nogales no deben de influir en el sereno ánimo ni en la amigable actitud de la nación venezolana hacia turcos y armenios. En Venezuela se aprecia mucho el aporte de la honorable colonia armenia, y es el nuestro a la vez un país amigo de la República Turca con la cual siempre hemos mantenido excelentes relaciones.

Esta obra retrata a su autor en un momento de cambio radical en su azarosa vida, tratando de proyectar la historia de una odisea fuera de serie ya vivida por él, pero en el lenguaje de la sociedad que quería le abriese sus puertas, leyéndolo mucho y preguntándole poco. Ojalá la lectura pausada de esta historia, sin güelfos que reclamen ni gibelinos que respondan, nos irá a convencer de que lo que la humanidad necesita es paz, confianza, perdón, concordia y fe en su destino común sobre un planeta de todos.

Rafael de Nogales Méndez fue un venezolano del mundo. Y si el mundo es ancho y ajeno —como diría el peruano Ciro Alegría—, el de Nogales será siempre ancho y propio, que sólo lo pueden compartir con él los que se atreven a ser comprensivos y justos a la vez.

**Ankara, Diciembre 2006. Dr. Kaldone G. Nweihed**
**Embajador de la República Bolivariana de Venezuela en Turquía.**

# Capítulo I

Érase a fines de agosto de 1914, mientras me hallaba viajando de Curaçao a Trinidad para ponerme al habla con algunos compañeros de Causa, cuando, al tocar en la pequeña Antilla de San Martín, supe que había estallado la Guerra Mundial, y al llegar a Trinidad, que Venezuela había declarado su neutralidad.

Haber seguido hostilizando al gobierno del presidente Gómez en tales circunstancias, hubiera sido hasta antipatriótico de mi parte. Por lo tanto desistí de mis planes, y no obstante el hecho de haberme criado y educado en Alemania, resolví sacrificar mis simpatías personales en aras de la raza latina, yendo a ofrendar mis modestos servicios a la pequeña pero heroica Bélgica, que se había convertido de la noche a la mañana en el campeón de las naciones débiles aunque conscientes de su honor e independencia. Y a pesar de la presencia, en aquellas aguas, de varios cruceros alemanes que dificultaban la salida de los barcos pertenecientes a la *Entente*, siempre logré embarcarme en Martinica, a fines de septiembre, en el vapor correo de Cayena con destino a Europa.

Después de un viaje de dos o tres semanas salté por fin a tierra en Burdeos, que hallé convertido en un pequeño París a causa del cuerpo diplomático y los altos poderes de la nación, que acababan de llegar huyendo ante la ofensiva del general von Klück. Y sin detenerme más tiempo que el necesario para orientarme sobre el curso que había ido tomando la guerra, seguí viaje para Flandes por la vía de París.

Al llegar al Havre, supe la caída de Amberes. No obstante, me embarqué para Londres, y, provisto de un pasaporte directo para Bélgica, desembarqué en Calais, que encontré atestado de refugiados belgas y franceses. Los hoteles estaban repletos. El resto de la noche me lo pasé sentado en una butaca, ya no recuerdo dónde.

A la mañana siguiente, me presenté ante el Jefe de la Misión Militar belga, que era un coronel de cierta edad y quien, después de escucharme atentamente, me advirtió que mi admisión en el ejército regular belga era imposible por aquello de que yo no pertenecía a una nación aliada. Mas, y como para atenuar en lo dable mi desencanto, aconsejóme, fuera a consultar mi caso con el Ministro de Relaciones Exteriores belga en Dunquerque.

Agradecido de su consejo, propúseme seguirlo aquella misma tarde. Y aprovechando el tiempo que todavía faltaba para la salida del tren, fui a dar una vuelta por la ciudad que ofrecía un aspecto lúgubre a la vez que animadísimo.

Al parecer, se estaba librando una batalla Dios sabe dónde. Autos cargados de heridos amigos y enemigos iban y seguían llegando sin cesar. Destacamentos y unidades belgas, frescas o reorganizadas, atravesaban en todas direcciones una apretada muchedumbre, compuesta en su mayor parte de niños y mujeres procedentes de los distritos devastados y cargando a cuestas lo poco que habían logrado salvar durante su fuga. La falta de alojamientos era tan grande, que muchos de aquellos desgraciados se veían obligados a pernoctar a la intemperie, no obstante los esfuerzos generosos de las autoridades francesas por aliviar su suerte.

Y por encima del murmullo de las masas, del claqueteo incesante de los zuecos sobre el empedrado y el ruido ensordecedor de la artillería al desfilar en forma de marcha por las arterias principales de la villa, oíase de vez en cuando, desde lo alto, el zumbido fatal de los aviones alemanes girando cual águilas de acero encima y en torno de la plaza fuerte de Calais.

En esto, sonó la hora de partida. Y después de un viaje bastante fastidioso llegué por fin, ya entrada la noche, a la flamenca urbe de Dunquerque.

De la estación fui derecho a un hotel, y me puse a cenar. Pero todavía no había hecho sino comenzar, cuando me vinieron a anunciar una visita. Y al ir a ver quién era, me encontré con un piquete de tropa, con bayoneta calada, que me condujo por vías estrechas y tortuosas hacia cierto edificio oscuro y de vastas proporciones, semejante a una bastilla. Era la Comandancia de Armas. Me habían tomado por un espía.

El oficial de guardia me recibió cortésmente, y, después de examinar mi pasaporte, pidió excusas por el error que se había cometido.

Cuando llegué al hotel, ya no encontré qué comer. Pero, en cambio, me hallaba vivo todavía, que era lo esencial para mí.

En esa época comenzaba ya Dunquerque a darse cuenta de la molesta vecindad del frente enemigo. El cañoneo, que era incesante, se sentía aún de día, y de noche podíanse distinguir perfectamente hasta los diferentes calibres de las piezas.

También un par de aviones “boches”, como decía la gente, venía todas las mañanas a averiguar el movimiento de los trenes.

En los cafés abundaban los oficiales. Entre ellos no faltaban, por lo general, algunos ingleses, a quienes no podía yo menos de admirar por su aspecto marcial y el corte correctísimo y verdaderamente uniforme de sus uniformes, que revelaban en sus dueños tanto al *sportsman* como al militar.

Al día siguiente, fui al Ministerio de Relaciones Exteriores belga, situado en el *Hôtel de Ville*. Y al pisar su puerta de entrada, vi salir de ella a un individuo vestido de oficial británico, acompañado de alguna gente armada. Estaba pálido. Sus labios se contraían de vez en cuando. Y al preguntar yo al sargento de guardia quién era, contestóme que un desconocido a quien se le había encontrado una carta escrita en alemán, y del cual por tanto se sospechaba fuera quizás un oficial prusiano disfrazado de inglés, es decir, un espía alemán.

A juzgar por la dirección que iba tomando su escolta, calculé que lo conducían hacia la bastilla en que yo había estado detenido la noche antes.

No le tuve la menor envidia, a decir verdad, pero en cambio sí bastante lástima, puesto que dicho señor llevaba el 99% de probabilidades de ser pasado por las armas en el término de la distancia.

En aquellos tiempos anormales bastaba a veces la menor sospecha para perder a un hombre.

En esto fui recibido por el secretario privado del ministro. Era éste un joven pequeño y rubio, que usaba lentes, ostentaba el título de barón, y muy amable me repitió lo que me habían dicho ya antes que él el Consejero de la Embajada belga en Londres y el coronel en Calais: «*nous le regrettons infiniment, mais malheureusement*, etc.» Total, nada. Una carta autógrafa del ministro dándome las gracias, y el consejo de ir a ver a Su Majestad el Rey, en su Cuartel General de Furnes, frente al enemigo.

Hallándome resuelto a todo sacrificio, opté por seguir su consejo. Pero por suerte o desgracia mía se le ocurrió aquella mañana a un aviador alemán ir a lanzar las dos primeras bombas sobre Dunquerque, de las cuales la una atravesó el tejado de un hospital, mientras la otra fue a romper todos los cristales del *Hôtel de Ville*, o sea el Ministerio de Relaciones Exteriores belga.

El resultado de tan fatal suceso fue, como era de esperarse, un decreto ordenando la salida inmediata de todos los extranjeros transeúntes en Dunquerque, lo cual puso fin a mi *reve héroique* en lo tocante a Bélgica a lo menos.

Y en tanto me hallaba al día siguiente en la Comandancia de Armas recogiendo ya no recuerdo qué firma, se me acercó un oficial superior francés y me dijo con aire protector: «¿Por qué no se une Ud. a nosotros, ya que los belgas se niegan a recibirlo?»

«Con el mayor gusto», le respondí en el acto, «siempre que el ejército regular francés no tenga inconveniente en aceptarme».

Pero aún no había terminado la frase, cuando dicho señor me miró de arriba abajo, como escandalizado, y exclamó con voz un tanto irritada: *«comment donc!* ¿nosotros recibir a Ud. en el Ejército regular francés? *Jamais de la vie!* Para señores como Ud., tenemos la Legión Extranjera...»

Y mirándome de arriba abajo una vez más, me volvió la espalda y se fue como si tal cosa.

Semejante respuesta, por cierto algo quijotesca y que honraba tan poco a su dueño como al uniforme que llevaba puesto, en vez de alterarme lo que hizo fue más bien recordarme el caso del príncipe Eugenio de Saboya, a quien Luis XIV, Rey de Francia, había obligado también en cierta ocasión, y por medio de una ofensa parecida, a entrar al servicio de Austria con el resultado que conocemos ya por la historia.

Y como yo no me hallaba dispuesto a exponerme a nuevas franquezas por el estilo de la que acababa de prodigarme aquel buen *monsieur,* me embarqué aquella misma tarde para Marsella, a fin de ir a consultar mi caso con el general Pepino Garibaldi, quien no había tenido inconveniente en entrar en dicha legión como comandante o teniente coronel a lo sumo, no obstante el hecho de haber aportado consigo, y en auxilio de Francia, más de cuatro mil voluntarios italianos.

Cuando llegué a Montpensier, ya él se había ido. Pero vi a su hermano Manfredo, que conocía de antes, y quien después de escuchar mi relato me dijo las siguientes palabras: «El porvenir de Italia está en las costas de Dalmacia. Incorpórese Ud. al ejército montenegrino, y espere nuestra llegada».

No pareciéndome mala la idea, fui a Roma, y, provisto de cartas del Cónsul General montenegrino en dicha capital, me embarqué en Bari con rumbo a Levante.

Después de una travesía un tanto borrascosa y durante la que por poco chocamos con una mina flotante, desembarqué a la mañana siguiente en Albania, o, mejor dicho, en San Giovanni di Medua. Y entusiasmado por el ambiente saturado de aromas y los bellos paisajes orientales que caracterizan las costas balcánicas, seguí mi viaje en coche hasta la ciudad de Escutari, que corona el sombrío castillo de Rosafa, o Darabosh, y, desde allí, atravesando el lago de su nombre y escalando áridas montañas, llegué por fin a Cetinye, o sea la minúscula capital del también diminuto reino de Montenegro, que, a excepción del Palacio Real, un par de legaciones y tres o cuatro edificios mayores, apenas se componía o componíase entonces de un montón de casuchas habitadas por cosa de cinco a seis mil almas a lo sumo. Pero en medio de aquellas serranías respiraba un pueblo libre y heroico, que, después de resistir durante siete siglos al poder de todos los sultanes, se hallaba en esa época desafiando a las águilas de Austria desde Cataro hasta Sarajevo con un ejército inferior tal vez a quince mil hombres.

Viendo que la respuesta del Cuartel General montenegrino tardaba en llegar, y no sabiendo ya cómo matar el tiempo, ocurrióseme una mañana ir a escalar un vecino monte, coronado por las ruinas de una torre circular.

Tras un penoso ascenso de dos horas y media, me senté a mitad de camino, en un montón de nieve, para descansar un rato, cuando me vi de pronto rodeado por un grupo de campesinos, revólver en mano, que después de sujetarme me condujeron a través de un cercano montecillo hasta las trincheras y baterías montenegrinas dominando la ciudad de Cataro y su famosa bahía, que se extendía a mis pies como un ópalo inmenso.

Fue entonces cuando supe que la montaña aquella era nada menos que el célebre Monte Loevzen, y el lugar donde me habían aprehendido, la frontera austriaca.

Mi situación no podía ser más crítica. Un extranjero apresado en el momento de atravesar la línea fronteriza y a la vista casi de las trincheras montenegrinas, era un caso perdido para mí, puesto que ¿quién había de creerme que sólo estaba paseando?

Y mientras me hallaba parado en la nieve, con una pistola aplicada a cada sien, esperando mi sentencia, de muerte probablemente, me acordé de la lejana patria, y un sentimiento de amargura indecible se apoderó de mí por un instante.

Empero, y por fortuna, llegó en eso un oficial montenegrino, pariente del Rey, que después de escuchar lo que yo había de decir en defensa mía, en vez de mandarme fusilar me convidó a almorzar, y luego me condujo en persona hasta Cetinye, para que no me fueran a molestar de nuevo en el camino.

Entretanto había llegado la respuesta del Cuartel General montenegrino, alegando lo de siempre que la *Entente* no admitía en sus ejércitos regulares más que a súbditos de naciones aliadas. Y como yo no me hallaba dispuesto a cambiar de nacionalidad con tal de poder entrar en las filas aliadas o centrales, resolví regresar a mi tierra sin demora, cuando, al ir a despedirme del Ministro de Relaciones Exteriores, o sea el Dr. Martinovich, me dijo éste y con insistencia me rogó hiciera otro esfuerzo, en Serbia, y añadió que él había telegrafiado ya al gerente de la guerra en Nish, anunciándole mi visita.

No deseando contrariar a dicho señor por haberse portado conmigo como un perfecto caballero, decidí seguir su consejo. Pero primero fui a Escutari con intención de descansar allí un par de días.

Dicho descanso resultó ilusorio, sin embargo, a causa de los combates encarnizados que se libraban entonces en dicha ciudad casi todas las noches entre las barriadas cristianas y musulmanas, y durante los cuales los muertos del susto resultaban ser por lo general todavía más numerosos que los de bala.

Lo cierto del caso es que los *melisors*, protegidos por Austria, y los mahometanos, protegidos por Italia, formaban adrede en esa época aquellas algaradas para poder seguir percibiendo las subvenciones en plata, armas y municiones que dichas dos naciones rivales les seguían suministrando con una prodigalidad rayana en derroche.

Viendo, pues, que descansar allí era punto menos que imposible, me fui a Durazzo, que por ser mayor que Tirana, Elbasán y Berat, es considerada como capital de Albania. Pero allí me sucedió lo propio, puesto que apenas había desembarcado recibí una carta del príncipe Bibdóda, partidario y socio del sanguinario Esad Pachá, convidándome a que me quedara unos cuantos meses para ayudarles a reorganizar el ejército.

No juzgándome digno de tanta honra, me embarqué en el acto para Grecia; y haciendo escala en Valona, Córeyra, Patras Corinto y Atenas, tomé el primer vapor que salía para Salónica y no paré hasta que llegué a la ciudad de Nish, donde pasé la Nochebuena muy amenamente en el restaurante a la moda "Ruski Kral" en compañía del "mundo elegante" de Belgrado, que se hallaba todavía refugiado allí.

Las exquisitas *toilettes* de las señoras formaban extraño contraste con sus rústicos alrededores. Y la función cinematográfica de gala que se celebró en dicho local esa noche con motivo de la recuperación de Belgrado, estaba muy poco de acuerdo con la magnitud de la victoria que la había precedido.

Al aclarar el día, fui a oír la misa de Navidad en la capilla católica. La presidía el ministro belga. Y entre la numerosa concurrencia figuraba también un crecido número de prisioneros austriacos, muchos de los cuales estaban heridos. Causaba pena ver aquellos desgraciados que en ocasiones no sabían ya casi cómo dominar su emoción.

Por la tarde me presenté en la Secretaría de Guerra. El ministro era un coronel bastante joven todavía, que, haciendo gala de su franqueza de verdadero militar, me dijo al punto que mi solicitud era inadmisible; mas, agregó, *en charmant camarade*, que yendo a ver el Ministro ruso en Bulgaria, que era un *bon type* tal vez la cosa se dejaría arreglar todavía.

Pues bien. Fui a Sofía. Y cuando el Ministro moscovita me salió también con que «*pas possible, mon cher...*» me pareció como que la sala con los muebles y todo se hallaba dando vueltas en torno mío.

Empero, y para suavizar sin duda el rudo golpe que acababa de asestarme, me ofrendó dicho señor una carta de agradecimiento y autógrafa suya, que mostré más tarde también al mayor von der Goltz junto con las que me habían dedicado ya antes que él el Ministro de Relaciones Exteriores belga y los de Guerra de Serbia y Montenegro. Y al despedirme tuvo aquel insigne diplomático todavía la fineza, *insouciance,* o acaso candidez (?) de insinuar que tal vez Inglaterra, o el Japón...

Excuso decir cómo saldría yo de aquella Legación, en que acababa de gastar mi último cartucho.

A decir verdad, mi desmesurado entusiasmo por la raza latina me había costado muy caro, y en ocasiones poco faltó para que me costara hasta la vida, puesto que los que no me tomaron por loco, de seguro que me tomarían por un espía.

Presa del más vivo desengaño, fui entonces a mi hotel a ver si se me despejaba un poco la mente, que harto falta me hacía.

En esto pasaron algunos días, y entre las personas de nota con que llegué a relacionarme figuraban el ministro turco Fethi Bey y el mayor von der Goltz, agregado militar alemán en Bulgaria, quienes parecían hallarse ya al corriente de lo ocurrido, y en vez de hostilizarme procuraron más bien consolarme mediante una franqueza leal y caballerosa.

Tanto fue así, que a principios de enero (1915) me hallaba yo ya en camino de Constantinopla, donde fui muy bien recibido no sólo por Enver Pachá, sino también por los generales von Liman y von Bronsart Pachás. Y transcurridas otras tres semanas alcé de nuevo el vuelo rumbo a Levante, en pos de las heladas mon-

tañas de Caucasia, para ir a combatir contra los rusos en calidad de oficial del ejército regular otomano, y por lo tanto también de los ejércitos centrales, más sin por eso haber jurado la bandera ni renunciado a mi nacionalidad venezolana, sino sólo y únicamente bajo *parole d'honneur*.

De esa manera fue, pues, como la hospitalidad que yo había solicitado en vano a las puertas de la *Entente* me vino por fin a ser brindada espontánea y generosamente por aquellos de quienes menos lo hubiera esperado, es decir, por los turcos y la brillante oficialidad de carrera alemana.

# Capítulo II

Pocos días después de mi llegada a Constantinopla, se celebró en dicha capital la conquista del Canal de Suez por el ejército de Dyemal Pachá, Ministro de Marina y Gobernador General y Militar de Siria y Palestina.

Aquella noche se inundaron de antorchas las innumerables cúpulas de Estambul, formando sartas de chispas escarlatas, que al reflejarse en las serenas aguas del Cuerno de Oro parecían convertidas en un inmenso lago de fuego líquido, mientras que las galerías iluminadas de los minaretes ardían como coronas encendidas en medio del espacio, y el estruendo de las baterías aumentaba el efecto de aquella bacanal de luces con que los fieles festejaban el triunfo de la Guerra Santa sobre la odiada cristiandad.

¡Sí! El *dyihat* había comenzado por fin, y Alá, el Misericordioso, había derramado sus bendiciones a manos llenas sobre el pueblo predilecto suyo de los osmanlis... ¡*Lah – Ilah – Il – Lah – Lah!*

Tales y otras por el estilo eran las frases y exhortaciones que los fanáticos *hodcha effendis* lanzaban sin cesar aquella noche histórica bajo las bóvedas del Aghia-Sofía y las demás mezquitas de la vetusta Estambul, para encender el fervor de los creyentes y acaso también con la mira de rehabilitar ante el concepto público la causa de los jóvenes turcos, que habían jugado el todo por el todo al declarar la guerra a los aliados.

Si los fieles creyentes del Profeta hubiesen conocido, empero, la realidad de los hechos y el papel tan desairado que había desempeñado Dyemal Pachá en esa ocasión, quién sabe si en vez de festejar su triunfo con semejante derroche de iluminaciones hubieran apagado más bien los lampiones sobre las mezquitas y apedreado a los *hodchas* dentro de sus santuarios.

Lo cierto del caso es que la tan cantada batalla del Canal no pasó de ser sino un simulacro de combate en mayor escala, por medio del cual el entonces todavía teniente coronel von Kress Bey, general en jefe de nuestro ejército expedicionario en Egipto, había tratado de averiguar aquellos días el número de fuerzas adversarias apostadas en la banda occidental del Canal de Suez.

El único hecho notable que llegó a registrarse durante dicha jornada fue el sacrificio voluntario, por no decir el suicidio, de una compañía de zapadores otomanos, que después de atravesar el Canal se hizo matar hasta el último hombre antes que rendirse.

El valor indómito o fanatismo, llámese como se quiera, y la audacia tradicional de los *osmanlis* no dejaron de ofrecer también durante la Guerra Mundial rasgos sublimes y magníficos ejemplos de ese tesón bravío que desde antiguo ya les ha valido la fama de ser uno de los pueblos más valientes y más aguerridos del Viejo Mundo.

Fuera de dicho incidente, se redujo la acción del Canal apenas a un tiroteo incesante y a un duelo de artillería, durante el cual se distinguió el comandante Heibey por haber incendiado con los fuegos de sus baterías el crucero auxiliar inglés *Hardinge*, mientras que Dyemal, por su cobardía, desde el momento en que al darse cuenta de que el enemigo iba a pasar el "charco", saltó en un auto y, abandonando el ejército a su suerte, no paró hasta llegar a Damasco, proclamando su pretendida toma del Canal.

Pero antes de seguir adelante, creo que no estaría de más echar una mirada retrospectiva sobre la situación política de Turquía a principios de 1915, ya que la guerra representaba para ella un juego en que arriesgaba todo, inclusive su independencia.

El Imperio Otomano fue, indudablemente, el aliado más importante, y sobre todo más consecuente que tuvo Alemania durante la Guerra Mundial. Este es un hecho innegable que hasta los mismos alemanes son los primeros en reconocer, puesto que mientras los austriacos abogaban abiertamente por la paz y los búlgaros murmuraban porque las raciones iban disminuyendo de continuo, el soldado turco, sin más alimento a veces que un mendrugo de pan o algunas aceitunas, iba y seguía desangrándose y muriéndose de hambre entre las nieves del Cáucaso y las arenas del desierto, sin que una queja o una palabra de desaliento siquiera llegara a atravesar sus labios amoratados por el efecto de las epidemias.

No cabe duda que el turco, a pesar de todos sus defectos, es y seguirá siendo siempre el primer soldado y *gentleman* de Oriente.

De no haber optado Turquía por la guerra, la situación de Alemania hubiera sido en extremo difícil, puesto que si a los rusos, que habían invadido la Prusia Oriental, y a los serbios, que avanzaban por Hungría, se hubiesen unido los rumanos, griegos, búlgaros e italianos, Austria se hubiera desmoronado sobre la marcha y Alemania hubiérase visto obligada a conducir desde un principio una campaña defensiva por el estilo de su "guerra de los siete años", en tiempos de Federico el Grande.

De haber dispuesto Rusia del paso libre de los Dardanelos, habría podido importar fácilmente cuanto material de guerra necesitaba y el Bolchevismo no habría existido nunca, ya que provistos de pertrechos y provisiones los ejércitos rusos no hubieran tenido porqué anarquizarse.

De no haberse declarado Turquía a favor de Alemania, Bulgaria tampoco lo habría hecho, y de haberse declarado los turcos en contra de ella, los demás estados balcánicos hubieran seguido su ejemplo, seguramente.

A causa de éstas y múltiples otras razones harto conocidas por la opinión pública otomana, no faltaron voces, como las de Teufik Pachá y el príncipe Sabagh-Ed-Din Effendi, por ejemplo, que abogaban abiertamente por la paz y la

neutralidad de Turquía. Pero sus esfuerzos resultaron vanos ante las artimañas del Comité de Unión y Progreso, que halagando al Clero por medio de la perspectiva de una Guerra Santa, acabó por vencer sus escrúpulos y por obligar al pueblo a aceptar la guerra.

Entre los argumentos más poderosos de que llegó a valerse el citado comité a fin de convencer a las masas titubeantes, figuraban la constante amenaza de Rusia por el Cáucaso y el temor de que Francia e Inglaterra fueran a tratar de apoderarse de Siria y Palestina.

En consecuencia, y para dar más efecto a sus argumentos, decretaron los jóvenes turcos sobre la marcha la abolición de las "Capitulaciones", la derogación de las deudas y tratados existentes con los países de la *Entente*, la expansión de las fronteras nacionales a la sombra del Panislamismo, y la eliminación eventual de los armenios y demás cristianos otomanos por medio de una Guerra Santa.

No poco habrá influido tal vez también en el ánimo de algunos políticos jóvenes turcos, promotores de la guerra, la lejana esperanza de poder llegar a deshacerse con el tiempo quizás hasta de los mismos alemanes (después de haberlos explotado a su gusto, por supuesto), para luego pasarse a la *Entente* y seguir explotando a ésta a su vez.

En resumidas cuentas: el motivo primordial que indujo al Comité de Unión y Progreso a declarar la guerra a los aliados, no parece haber sido sino esa misma eterna mezcolanza de fanatismo sublime y chicanería inveterada que ha caracterizado siempre los manejos de la Sublime Puerta en lo tocante a la política exterior del Imperio.

La oficialidad alemana no dejó de sospechar nunca de los turcos durante la guerra, y con muchísima razón, puesto que los gerentes militares del Comité eran pocos, comparados con los directores paisanos, encabezados por el funesto Gran Visir Talaát Pachá, que, como es sabido, representaba la reacción con todos sus horrores, mientras que Enver y sus compañeros, el progreso, bien o mal entendido, pero siempre el progreso.

Cuando la atmósfera política se ponía un tanto cargada, comenzaban el *Goben* y el *Breslau* a maniobrar con disimulo en torno del palacio imperial de Dolma-Bagtche. Con aquello bastaba las más de las veces. En el acto se calmaban los ánimos.

De no haber sido por esos dos cruceros, quién sabe si los alemanes residentes en el Imperio no hubieran sido tal vez los primeros en sufrir las consecuencias de la Guerra Santa, puesto que la "espada de Damocles" no cesó de colgar sobre sus cabezas hasta que llegó el general von Seekt e impuso el control militar en Turquía.

A pesar de lo mucho que se ha venido hablando de los jóvenes turcos (o el Comité de Unión y Progreso) y sus tremendos crímenes, es de sorprender que

sean tan pocos los que conocen la historia y sobre todo el origen de esa extraña secta, que de partido político progresista y honrado acabó por convertirse durante la guerra en el *non plus ultra* de la barbarie.

Para llegar a comprender tan extraña metamorfosis, hay que tener presente que las conquistas de los antiguos emperadores otomanos fueron debidas, más que a otra cosa, al valor de su guardia pretoriana, llamada el "cuerpo de los genízaros", ya que mientras éstos derribaban imperios y avanzaban hasta las puertas de Viena y de Varsovia, el pueblo turco seguía tranquilamente dedicado a sus quehaceres domésticos y sin tener que preocuparse para nada de cuestiones políticas. En esa época, moros y cristianos eran hermanos y trabajaban fraternalmente por el bien de su patria común.

Después del exterminio de los genízaros, que llevó a cabo el sultán Maghmud II en 1826, se estableció en Turquía el servicio militar obligatorio, de que quedaban exentos, en virtud del *Hati-Sherif de Gülhane*, únicamente los cristianos, súbditos otomanos mediante el pago de una cuota relativamente insignificante, en tanto que los musulmanes, y de preferencia los agricultores que carecían de medios abundantes, se veían obligados a servir en las filas a veces hasta por espacio de diez a doce años consecutivos.

Este sistema injusto y arbitrario en alto grado (como casi todas las disposiciones de los antiguos autócratas otomanos) tuvo por consecuencia que a medida que los cristianos, súbditos del Imperio, se iban enriqueciendo y usando sus caudales para educar a sus hijos, los musulmanes, y sobre todo los agricultores mahometanos del centro y este de Anatolia, iban empobreciendo visiblemente y descuidando cada día más el cultivo de sus campos y sus quehaceres familiares.

Así siguieron las cosas hasta 1876, cuando ascendió al trono el Sultán Abd-Ul-Hamid, quien, comprendiendo al vuelo la imposibilidad de conciliar la arrogancia y opulencia de los cristianos otomanos con la pobreza y el despecho de las masas agricultoras musulmanas, y no deseando malponerse ni con unos ni con otros, o caer acaso víctima de ambos, inauguró desde luego su famoso régimen de maromas políticas y contemporizaciones maquiavélicas, régimen que llegó a ser con el tiempo casi proverbial y se conoce aún en el Cercano Oriente con el nombre de "sistema hamidiano".

La ira, harto justificada, de los agricultores muslímicos de Anatolia, unida al bandolerismo montaraz de los kurdos, acabaron, como era natural, por precipitar las célebres matanzas de 1896, que los mismos armenios habían provocado con su propaganda nihilista de 1886, y, más que todo, por medio de su arrogancia y su desmedido apetito nacionalista, ya que creyéndose seguros del apoyo de Rusia, pretendían nada menos que apoderarse por la fuerza de las provincias turcas de Bitlis, Van y Erzerum (en las que ellos apenas representaban el 30% de la población, por término medio) para fundar con ellas una Armenia libre, en la cual los

armenios hubieran estado mandando y gobernado en nombre de Rusia sobre el restante 70% de la población, consistente casi exclusivamente en mahometanos.

Que a semejantes pretensiones no habían de acceder sin más ni más los turcos ni los kurdos, era de esperarse. He aquí, pues, la verdadera razón por qué los otomanos odiaban y siguen aborreciendo tanto a los armenios.

Y para mejor poder disimular sus intenciones, o maquinaciones, mejor dicho, fundaron los armenios extremistas, allá por el año 70, si mal no recuerdo en el extranjero, diversos centros y órganos políticos que abogaban abiertamente por un régimen constitucional en Turquía, aun cuando su verdadera consigna no era tal sino la de criar cizaña entre el Imperio y las potencias europeas, o, por mejor decir, una atmósfera pesada de que ellos pensaban aprovecharse más tarde para poner en práctica sus planes emancipadores.

Empero, y para desgracia de los armenios, se presentaron en esto Ahmed-Riza, el Dr. Nazim y Omar-Nadchi Beys, quienes, adivinando sus verdaderas intenciones y aprovechándose de la propaganda liberal ya hecha por ellos, lanzaron su famoso Manifiesto de la Joven Turquía, que había de sepultar bajo sus ruinas durante la guerra tanto a los unos como a los otros.

A Abd-Ul-Hamid sucedió en el trono, con la ayuda de los jóvenes turcos, su hermano Gasi-Mehmed V., y el despótico régimen hanidiano fue sustituido por un gobierno francamente liberal. El jefe militante del partido era en aquella época el inteligente y probo Maghmud-Chefket Pachá, oriundo de Bagdad. Mientras él vivió, imperaron el orden y la honradez en las filas de los jóvenes turcos. Pero murió asesinado.

Lo que subsistió de dicha Causa después de su muerte, apenas fue su nombre disfrazando un régimen de sombras y de sangre, que al estallar la guerra había de comenzar por las matanzas y de acabar por el peculado más desenfrenado y la ruina casi completa del Imperio.

Entre los jefes militantes de la joven Turquía figura prominentemente el riscal Aghmed-Izzed Pachá, de noble estirpe albanesa y hermano del famoso jefe de caballería, el coronel Esad Bey (hoy Esad Pachá, General en Jefe del IV Ejército turco, en el frente de Musul).

Hombre ya de cierta edad, no puede, en rigor, decirse que Izzed Pachá pertenezca propiamente a dicha causa. Pero ha cooperado con ella siempre que el bien de la patria así se lo ha exigido.

Izzed no es militar brillante ni político de luces, pero sí, en cambio, un hombre justo a toda prueba y hecho de una sola pieza, en torno al cual se ha agrupado siempre el pueblo turco en la hora de peligro.

Pobre y humilde hasta la exageración, reúne Izzed Pachá todas las grandes cualidades de los osmalís, desde el modesto aldeano hasta el austero *grand-seigneur*. Él fue quien firmó el Armisticio con lágrimas en los ojos el 30 de octubre de 1918;

y de no haber sido por el intrigante Presidente del Senado, Ahmed-Riza Bey, que le cortó el suelo bajo los pies, malponiéndolo con el Sultán, quién sabe si no hubiera salvado tal vez a Turquía del humillante protectorado que establecieron sobre ella más tarde los aliados.

Al caer Izzed, se desplomó el Imperio cual masa inerte.

*Enver Pachá,* el famoso caudillo de los jóvenes turcos durante la Guerra Mundial, es de modesta cuna, frisa hoy en los 53 años, y ha descollado siempre por sus brillantes cualidades y un patriotismo a toda prueba.

Dotado de un carácter afable, que raya casi en lo humilde, tampoco es Enver ni militar brillante, ni político de luces, pero sí un hombre de hierro y de un espíritu de iniciativa sorprendente en un oriental.

Sin su apoyo y su amistad sincera, creo difícil que los alemanes hubieran podido sentar pie en Turquía conforme lo hicieron durante la guerra. Él les sirvió de puente primero, y de palanca después. Pero, en honor de la verdad sea dicho, Enver nunca se vendió a ellos, sino sólo se dejó fascinar por la gallardía de su brillante oficialidad. En vez de esclavo de los alemanes, fue Enver más bien su discípulo agradecido y el apóstol del militarismo prusiano en el Cercano Oriente.

Su carrera como jefe en el servicio activo fue hasta cierto punto desgraciada, mas no por falta de valor personal, puesto que le sobra, sino a causa de sus conocimientos militares quizás poco profundos.

Durante la Revolución joven turca de 1908, que tuvo por consecuencia la caída del Sultán Abd-Ul-Hamid, cañoneó Enver los cuarteles de Constantinopla al frente de fuerzas irregulares. Luego combatió en Tripolitania contra los italianos al frente de fuerzas semirregulares también. Entonces no era sino capitán o comandante a lo sumo.

Dos años más tarde avanzó ya de coronel y a marchas forzadas contra Adrianópolis, que se le rindió sin disparar un tiro. Y al notar, después de comenzada la guerra, el enorme prestigio que adquiriera su antagonista Dyemal Pachá por medio de su pretendida toma del Canal, quiso eclipsarlo, y sin querer escuchar los consejos de su Jefe de Estado Mayor, el general von Bronsart, que sí era militar de verdad, se lanzó en pleno invierno, al frente del III Ejército, contra las posiciones inexpugnables de los rusos en el Cáucaso, con el resultado que era de esperarse.

Quince baterías de campaña, representando nuestro grueso de esa tan útil arma de dicho frente, cayeron en poder del enemigo durante aquella jornada, mientras que nuestras pérdidas en muertos de bala, de frío y desaparecidos, no bajaron de treinta mil hombres.

De esa manera fue, pues, como vino a destrozarse de la noche a la mañana, y por sí sólo casi, ese brillante ejército que, de no haber sido por la extremada ambición de Enver Pachá hubiera podido defender indefinidamente la frontera del Cáucaso contra las hordas armeno-moscovitas.

Humillado por tan tremendo golpe, no volvió Enver a meterse a Napoleón sino siguió ejerciendo, como de costumbre, sus funciones de Vicegeneralísimo y Ministro de la Guerra... firmando y aprobando los decretos y los planes que le iba sometiendo su Jefe de Estado Mayor, el general vol Bronsart.

Al comenzar la guerra, era Enver todavía un hombre honrado. Pero se casó con una princesa y acabó por convertirse en el la...n [sic] más grande de Turquía, excepción hecha, por supuesto, de Ismail-Haki y de Dyemal Pachás, que eran unos verdaderos genios en el arte del peculado.

Cuando el desastre de los búlgaros, en octubre de 1918, parece que se despertaron en él una vez más ese antiguo espíritu de hierro y su actividad febril. Incontinentemente recogió cuantas tropas pudo en torno y dentro de la capital, para lanzarse al frente de ellas contra los invasores de Tracia. Pero le faltaron alas. El pueblo ya no le seguía. Había pasado a la escala de reserva ante el concepto público.

Poco antes de la entrada de los aliados en Constantinopla, se fugó. Nadie parece saber de fijo dónde se halla.

Acto continuo fue también privado, en virtud de un Irade imperial, de todos sus bienes, honores militares y hasta de sus derechos ciudadanos.

Hoy ya no es Enver sino un paria, sentenciado a muerte, vagando por Dios sabe dónde.

Dyemal Pachá el verdugo de los cristianos libaneses y de los árabes, es un cualquiera, cruel y cobarde hasta la exageración.

Como militar, no lo creo capaz de poder formar un pelotón siquiera, mientras que como marino, ¡no se diga!

No obstante, fue Dyemal Pachá Ministro de Marina casi vitalicio de los jóvenes turcos y Gobernador General y Militar de Siria y Palestina, hasta que los alemanes, para quitárselo de encima, lo convidaron a que fuera a visitar al Káiser.

Cuando regresó, se encontró con que éstos habían hecho nombrar a otro entretanto en su lugar. Pero le dejaron el Ministerio de Marina (sin Marina) que él siguió entonces regentando hasta el final de la guerra bajo la tutela del Almirante von Souchón.

Dyemal podrá tener hoy de 60 a 62 años, y nadie parece saber de fijo ni cómo ni cuándo entró en la milicia. La primera vez que se supo de él como un "alguien", fue a principios de la Revolución joven turca. Se hallaba en esa época de teniente coronel retirado, ejerciendo el cargo de Gobernador General de Bagdad. En un día ascendió a coronel. En otro a brigadier. Y al comenzar la guerra se ascendió él mismo a general de división sin que Enver se atreviera a impedírselo por temor de que fuera a sublevarse con el IV Ejército y pasarse a los aliados.

Su prestigio y su ascendiente los debe Dyemal, más que a otra cosa, a los enemigos de Enver Pachá, que lo propusieron como candidato para la presidencia del

partido con tal de contrariar a aquél únicamente. La ruina de los jóvenes turcos fue debida, por tanto, sola y exclusivamente casi a la rivalidad entonces existente entre Enver y su antagonista, Dyemal Pachá.

Como administrador no ha sido Dyemal, a decir la verdad, sino un la...n [sic] desvergonzado. Su codicia es un tonel sin fondo. Mientras que como político sólo una solemne nulidad, desde el momento en que, pretendiendo ser amigo de la *Entente*, hizo morir de hambre a gran parte de la población cristiana del Monte Líbano, en tanto que a los árabes los martirizó hasta el extremo de mandar ahorcar caprichosamente, en plena plaza pública de Damasco, entre otros notables, a un hijo de Jerifa Huseín de la Meca, provocando así un conflicto que tuvo por consecuencia natural la secesión de Arabia, primero, y luego la de Siria y Palestina.

Dyemal Pachá se halla también desde el final de la guerra privado de sus bienes de fortuna, de sus títulos militares, y, como Enver, huyendo por Dios sabe dónde.

Vehib Pachá, el albanés, será un tigre, pero también un esforzado militar y un *grand seigneur* en todo el sentido de la palabra.

De haber sido amigo de Alemania en vez de su enemigo, hubiera podido ocupar un puesto igual o superior tal vez al de Enver durante la guerra.

Vehib es uno de esos hombres que nacen para mandar, no para obedecer.

Su ofensiva victoriosa de 1918, cuando al frente del III Ejército avanzó desde Sivas hasta Báku a tambor batiente y con banderas desplegadas, representa un hecho de armas notable y el último esfuerzo que llevó a cabo el Ejército del Cáucaso durante la guerra y en medio de sus miserias.

Halil Pachá no tiene fuera de su valor personal más mérito que el de ser tío de Enver.

Él fue quien causó la pérdida de Armenia, apoyó bajo capa las matanzas y causó la ruina de sus antiguos camaradas y demás oficiales que le hacían sombra.

La toma de Kut-El-Amara tampoco fue obra suya, sino de von der Goltz Pachá, que había dejado ya todo preparado antes de expirar.

El famoso VI Ejército, que heredó Halil del Mariscal, tampoco tardó en deshacerse entre sus manos como copo de nieve en un día de verano. Y así todo.

Degradado al rango de teniente coronel, que es el que le corresponde por derecho de ancianidad, se hallaba Halil no hace mucho todavía preso y en vísperas de ser juzgado ante el Gran Consejo de Guerra de Constantinopla por sus fechorías más bien que por sus descalabros militares, que no eran sino de esperarse en un hombre de sus condiciones.

En resumidas cuentas, Halil Pachá no pasa de ser sino una reputación usurpada y una nulidad engreída.

Koprülü-Kiasim y Dyevad Pachás, los héroes de Armenia y de Galitzia, respectivamente, son todo lo contrario de Halil. Con esto creo que lo dejo dicho todo.

Ambos figuran a causa de su cultura, su valor y sus verdaderos méritos y conocimientos militares, como hombres de un enorme porvenir, tanto en Turquía como en el resto del mundo mahometano.

Fuera de estos siete jefes, existe en el ejército otomano una serie de oficiales y generales jóvenes y valerosos que honran a su patria y han merecido el elogio hasta de sus mismos adversarios.

Y ya que del ejército turco estoy hablando, agregaré, sin temor de equivocarme, que *el ejército regular otomano ha sido inocente de las matanzas armenias.* Él no sólo las desaprobó, sino hasta las hubiera impedido a viva fuerza, de haberlo podido hacer.

Creerlo cómplice o querer hacerlo responsable de los errores cometidos por algunos de sus miembros, que formaban parte del Comité de Unión y Progreso, sería por tanto, no solamente injusto, sino hasta contrario a la verdad en todo el sentido de la palabra.

Entre los directores paisanos del citado comité, no hubo sino uno que resaltara por su personalidad. Era el hebreo renegado (dönme) de Salónica, Talaát, principal organizador de las matanzas y deportaciones, que, pescando en aguas turbias, lograra elevarse desde la humilde categoría de empleadillo de correos a la de Gran Visir del Imperio.

Los demás gerentes civiles de dicho círculo, como por ejemplo, el Dr. Nazim, Ramy y Bedri Beys, no dejaron de ser unos ángeles caídos, que, no pudiendo resistir a la tentación, acabaron por convertirse de hombres honrados en otros tantos ogros cargados de oro y con las manos chorreantes de sangre.

El único entre los políticos armenios de Turquía que llevaba la estampa de “jefe de verdad”, era Nubar, el principal conductor y promotor del movimiento emancipador de la Armenia turca. Yo no lo llegué a conocer personalmente, pero sus actos me lo hacen suponer un hombre justo y sinceramente patriótico.

Y entre los jefes militantes armenios, súbditos otomanos, tampoco hubo sino uno que llamara la atención por sus cualidades verdaderamente militares. Era Aram, a quien yo tuve el honor de tener sitiado en la ciudad de Van, capital de Armenia, desde mediados de marzo hasta principios de abril de 1915.

Andranik, en cambio, no era sino un archiasesino y jefe de guerrilleros envalentonado.

Ahora, y para terminar este pequeño resumen, me voy a permitir la siguiente observación: las matanzas armenias efectuadas en Turquía durante la Guerra Mundial obedecieron mayormente y fueron consecuencia natural de la revolución emancipadora de los armenios orientales, encabezada y dirigida por los partidos extremistas de los *ramgavars y hunshakistas,* quienes se oponían abiertamente y en ocasiones hasta por medio de las armas a los esfuerzos conciliadores de los *dashnakistas,* partidarios de la autonomía.

No poco habrá influido quizás también en dichas matanzas el temor del Comité de Unión y Progreso, que los armenios fueran a ponerse de acuerdo con los alemanes para formar bajo el amparo de ellos una liga de todos los cristianos, que de haberse realizado, hubiera neutralizado forzosamente el poder absoluto que los jóvenes turcos habían estado ejerciendo hasta entonces en el Imperio por medio de las armas y en nombre del Sultán.

El 10 de febrero (1915) fui al Ministerio de Guerra para despedirme de los Generales von Liman, Enver y Bronsart Pachás. Enver y von Bronsart acababan de regresar del Cáucaso, después de la desastrosa batalla de Sari-Kamish, en que, según los boletines oficiales, Enver había derrotado a los rusos al frente del III Ejército.

Al entrar en el despacho del Vicegeneralísimo, noté desde luego lo mucho que éste se hallaba sufriendo bajo el recuerdo de su reciente desastre, o derrota, mejor dicho, que además de su popularidad en el ejército le había costado la admiración de los críticos militares alemanes.

No obstante, me recibió él muy bien, y al despedirme me rogó saludara, entre, otros, al teniente coronel Guse Bey, Jefe de Estado Mayor del III Ejército, a quien yo ya iba muy recomendado por el general von Bronsart.

Enver era de estatura mediana más bien, pero esbelto, de ojos y cabellos negros o castaño-oscuros, de mejillas sonrosadas y facciones sumamente bellas. Usaba bigote "a lo Káiser", y se hacía simpático a primera vista por su extremada modestia, que indujo en varias ocasiones a oficiales extranjeros que no lo conocían a confundirlo con su propio ayudante.

Y a despecho de las muchas penas que me hizo sufrir más tarde, me acordaré siempre de él con esa misma y sincera estimación que le profesé desde el primer día en que lo conocí, puesto que comprendo que su protección me sirvió de escudo en más de una ocasión contra la ira de aquellos que no podían perdonarme el que *hubiera visto cosas que no debería haber presenciado jamás un cristiano.*

Bronsart von Schellendorf Pachá era el típico oficial de Estado Mayor alemán de pura raza.

Alto, esbelto, de bigote recortado y de modales afables y aristocráticos, se hacía von Bronsart atractivo por su franqueza de verdadero militar y su sagacidad extraordinaria.

Era la buena sombra de Enver Pachá, y, andando el tiempo, había logrado desempeñar su cargo de Jefe del Gran Estado Mayor General, con tanto acierto, que al retirarse de dicho puesto, a fines de 1917, la oficialidad otomana demostró su pena adoptando una actitud fría e indiferente casi hacia su sucesor, el general von Seekt.

Para mí fue el general von Bronsart durante el tiempo que duró en Turquía, no solamente un protector generoso, sino también un excelente amigo, del que me seguiré acordando siempre con sincera y verdadera gratitud.

El Mariscal von Liman, o Liman von Sanders Pachá, era un tipo bastante diferente.

Aunque de noble y hasta muy noble estirpe también, no tenía nada de hombre de salón en sus tratos con sus oficiales subalternos, como el Mariscal de Campo von der Golzt Pachá y el general von Bronsart, por ejemplo.

Alto más bien que bajo, de cuerpo fornido y en extremo nervioso (como todos los que hemos tenido que lidiar con orientales) era von Liman por regla general muy estimado entre la oficialidad superior joven turca.

Enver poco simpatizaba con él, a decir la verdad, pero no podía prescindir de sus servicios porque von Liman era *la espada del imperio*.

Su presencia e indómita energía fue lo único que salvó los Dardanelos. Él fue el cuerpo y alma de esa famosa campaña.

La causa principal, por no decir única, de su desastre durante la defensa de Palestina (en septiembre de 1918), fue su carencia absoluta de reservas.

La derrota del Mariscal von Liman no era sino de esperarse en semejantes circunstancias.

Los laureles que él había ganado a fuerza de tantos y tan brillantes triunfos en Gallípoli, los hubo de dejar forzosa, más no menos gloriosamente sepultados, en parte, entre los desiertos de Palestina.

# Capítulo III

El 12 de febrero (1915) lo pasé en Kadi-Köi, frente a Constantinopla, haciendo mis preparativos de viaje. Iba a partir a las ocho de la noche en un tren militar con rumbo a Levante. También me hallaba algo preocupado, puesto que aquello de atravesar el Asia Menor de un extremo a otro sin saber una palabra de turco, para ir a combatir en pleno invierno en el Cáucaso o acaso hasta en la Persia, no era cosa baladí.

Y mientras me hallaba paseando al declinar la tarde por las doradas playas de la Propontide, pensando en esas y otras cosas más, me sorprendieron las sombras del ocaso y el cielo se inundó de luces, en tanto que los minaretes de Estambul flameaban como otras tantas antorchas encendidas a los rayos postreros del sol poniente.

La mañana siguiente se detuvo el tren ante el pintoresco pueblecillo de Biledchik, en las montañas de Bitinia, donde aún abundan los osos y los lobos.

Desde un vecino cerro columbrábase, hacia Poniente, el níveo cono del Olimpo asiático soñando bajo un cielo de matices de rosa. Y a medida que íbamos descendiendo de la serranía, iba cesando gradualmente la vegetación, hasta que, transcurridas algunas horas, ya no se veían en torno nuestro más que colinas bajas y llanuras cubiertas de estepa seca y amarillenta, que formaban horizonte y en que se destacaban a trechos rebaños de ganado lanar, custodiados por pastores envueltos en tiesas mantas de fieltro grisáceo.

Así pasaron algunas horas, cuando a eso de las once comenzaron a perfilarse al Sur, en el diáfano cielo de la Frigia, las albas cúpulas de Eski-Shehir, o la antigua Dorulayum, que figura entre las ciudades más importantes del Imperio Otomano gracias a las ricas minas de espuma de mar, o silicato de magnesia hidratado, que posee en una vecina aldea, llamada Sari-Oyak. Y al declinar la tarde llegamos a Kutáhie, que es también una población importante de unos 60.000 habitantes.

El 13, todavía de mañana, paró el tren en Afiun-Kara-Hisar, o la "villa sombría del opio", que llama ya desde lejos la atención por su vetusta ciudadela coronando una roca raquítica en medio de una polvorienta llanura. Y tras otras seis horas de viaje a través de una región pampera, que tampoco era montaña ni desierto, sino estepa, la estepa interminable, la estepa de siempre, que baja hasta el fondo de los desiertos y asciende hasta el borde de las nieves perpetuas, cual boa enroscada en

torno de su víctima, llegamos por fin a Kóniah, o la histórica Ikonium, que se extiende grisácea al pie de las montañas de Frigia y hacia el Poniente del famoso desierto de TusluTchöl, o Axilos de los antiguos.

Entre sus moradores, que llamaban la atención por su aspecto pintoresco, los había de tez blanca y mejillas sonrosadas, pero por lo general eran trigueños, de pómulos salientes, y ostentaban facciones mongólicas sumamente pronunciadas, por las cuales comprendí que había llegado a la tierra de los seljúcidas y descendientes del sanguinario Hulagú, nieto de Gengis-Kan.

La ciudad de Kóniah se halla dividida en dos acciones: la urbe en ruinas y la ciudad moderna.

Entre sus monumentos históricos mejor conservados, figura preferentemente el santuario verde del poeta Mevlana-Dyelal-Ed-Din-Rumi, fundador de la Orden de los Mevlevi, que descuella por la belleza incomparable de sus detalles decorativos en forma de estalactitas persas y morunas, y su aspecto bizantino, que parece dar al arte seljúcida su no sé qué de tenue y primoroso. Fuera de éste llaman en Kóniah la atención también numerosos sepulcros de santones, llamados *turbes*, y la mezquita mayor con su airoso alminar de porcelana. Pero así y todo, y no obstante sus cincuenta mil habitantes, ofrece dicha villa a primera vista un aspecto triste más bien, casi fúnebre, algo así como si la sombra de la muerte hallárase anidada entre sus derruidas torres y bastiones.

Al amanecer del día siguiente divisamos en lontananza, como suspensas en el firmamento, las sonrosadas cumbres del Yeshil y del Hasan-Dagh. Y a medida que la luz iba bajando por las agrestes faldas de las serranías, íbanse disipando las tinieblas que cubrían la pampa, dejando entrever allá y aun más allá tenues columnas de humo azulado, marcando el sitio donde comenzaban a agitarse ya los campamentos nómadas, o acaso alguna tromba de arena solitaria que silenciosa se iba deslizando en pos de gualdos y polvorientos horizontes.

Y tras un percance en la vía, que nos costó de treinta a cuarenta muertos, desembarcamos el 15 en la pequeña estación de Ulu-Kishlah, que deriva su nombre de cierto enorme *caravanserallo*, construido en tiempos de Selim II. Allí aproveché el fresco de la mañana para hacer mis preparativos de viaje. Y, acomodado con las piernas cruzadas en el fondo de una de esas carrozas infernales llamadas *árabas*, puse la proa a lo desconocido y emprendí la marcha con rumbo hacia Levante, mientras al Sur flameaban las argentinas cumbres del Alah-Dagh como otros tantos broches de brillantes, y en dirección al Norte seguía su juego eterno la fatamorgana sobre la superficie de un desierto que parecía temblar bajo la acción candente de los rayos del sol de mediodía.

La noche la pasé en un pueblecillo rodeado de arboledas, llamado Nighdeh, que semejaba un oasis en medio de aquellas espantosas soledades y donde se me incorporaron varios oficiales turcos que iban viajando en la misma dirección.

Al despertar del día proseguimos la marcha en línea casi paralela con la azulada mole del Antetauro. Y, dejando a la izquierda la ciudad de New-Shehir, que asomaba en lontananza como una mancha oscura, llegamos al declinar la tarde al *caravanserallo* de Arabi-Khan, que era un reputado centro de bandidaje y desde cuya azotea de tierra pisada pudimos admirar a la caída del sol la nívea cumbre del vetusto Mons Argaeus brillando cual diamante solitario bajo un cielo color de grana y oro.

Este famoso cerro, o volcán extinto, que llaman hoy Erdyich-Dagh, se eleva a unos cuatro mil metros sobre el nivel de la costa y es considerado como la montaña más alta del Asia Menor.

El 18, todavía de mañana, doblamos el pie del Erdyich y entramos en la antiquísima ciudad de Kaiseríeh, o Cesarea, que baña el Kara-Su, tributario del Kisil-Irmak, o Halys de los antiguos.

Rodeada de vetustos camposantos y cortada por un lienzo de murallas, de orden seljucida, si mal no recuerdo, y en que se apoya el bazar, ofrece dicha ciudad, sobre todo vista desde lejos, un aspecto sumamente triste, por no decir lúgubre.

El par de días que permanecí en ella los pasé en calidad de huésped del opulento *gentleman* circasiano Ibrahim Effendi, quien me hizo gozar de la hospitalidad franca a la vez que ceremoniosa con que los señores otomanos suelen honrar a sus *musafires*, o huéspedes, tanto ricos como pobres..., ya que al musafir lo manda Dios – Alah el todopoderoso Dios único y único Dios del universo.

Los que deseen conocer el alma musulmana no deben ir a buscarla en Constantinopla, sino en las capitales de provincia de Anatolia, donde los hombres no se avergüenzan todavía de posponer lo material a lo espiritual, donde la norma sigue aún siendo calidad en vez de cantidad.

Errados andan los que se figuran que los pueblos del Cercano Oriente son menos cultos que los europeos.

Si la superioridad de la civilización moderna consiste en producir pacotilla, entonces no cabe duda de que el oriental es menos civilizado que el occidental, pero ¿menos culto? eso nunca, puesto que el Oriente es la cuna de la cultura mundial y mira hacia el europeo que se desvela por acumular riquezas, con esa misma indulgencia, por no decir casi lástima, con que un anciano rico en experiencia miraría a un chiquillo inquieto que se afana por satisfacer sus caprichos infantiles.

Acordémonos de que cuando Europa era todavía un montón de selvas y pantanos, ya hacía miles de años que imperaba en Oriente la cultura. Y que cuando Europa haya bajado al sepulcro de la historia, cual Roma y Grecia, por ejemplo, la antiquísima e inmutable cultura del Oriente continuará brillando sobre los horizontes de Levante con la misma e intensa luz de las estrellas, que fueron las que le dieron el ser.

Además de centro comercial importantísimo, representa Kaiserieh la frontera étnica del Asia Menor, que habitan hacia el Este los *laz* y los armenios, descendientes de la antiquísima raza hitito-arameo-cimérica, mientras que al Oeste, los restos de la raza hitito-alaródica (entremezclados con kurdos, mongoles y semitas en la parte del Sur, al paso que al Poniente, por elementos griegos y levantinos).

Esta mezcolanza extraordinaria de pueblos y restos de razas prehistóricas, de hablas diferentes y costumbres arraigadas, que llamaré neo-hitita, o alaródica simplemente, se divide en dos bandos, de los cuales el uno, o sea el mahometano, abarca el 80% de la población, mientras que el 20% restante se compone de griegos ortodoxos, armenios, sirio-caldeos, jacobitas, nestorianos y una serie de minúsculas sectas semipaganas, como por ejemplo la de los jésidas, o "adoradores del diablo", los ali-ahali, bektash, kisilbash, etcétera.

El día que llegara a faltarle el poder central de Constantinopla, no tardaría ese mosaico de residuos de pueblos y núcleos étnicos, de orígenes diversos y religiones rivales, en convertir el Asia Menor en una segunda Macedonia o en un nuevo Balcán, que andando el tiempo acabaría a su vez por poner en peligro quizás hasta la misma Europa, y, sobre todo, a sus colonias asiáticas y africanas de origen islámico, puesto que el cráter de dicho volcán se hallaría en ese caso situado en todo el centro del mundo mahometano.

El 20 de febrero partimos de Kaiserieh y embocamos por una antiquísima ruta o camino real que flanqueaban a trechos macizos *khans* de piedra purpúrea, construidos por los sultanes seljúcidas para que sirvieran de albergue a las caravanas de lanudos dromedarios, que entonces, cual hogaño y a miles de años marchaban y siguen aún marchando pausadamente a través de aquellas soledades y estepas descoloridas, que por lo áridas y lo fangosas en nada quedan atrás de las rojizas pampas de Manchuria. Y al declinar la tarde nos fuimos acercando a un bonito lago, llamado Tuslu-Hisar-Göl, donde acampamos frente a la famosa ruina de Sultan-Khan, o Palas, que consistía, o consiste, mejor dicho, en un cuadro de galerías interiores conteniendo en su centro una torre angular y sostenida en alto por cuatro columnas bajas y cuadradas, si la memoria no me es infiel.

Su portal de entrada era una obra de arte consumada al estilo irano-seljúcida, que parecía hablarme en el lenguaje elocuente del silencio de aquellos tiempos, cuando la Media Luna marchaba todavía acorde y mano a mano con el arte y el progreso material.

Desgraciadamente, se halla hoy dicha ruina en muy mal estado, a causa de la costumbre de sus vecinos y de la generalidad de los campesinos anatolienses de arrancar las piedras inferiores de los antiguos edificios para construir con ellas sus santuarios y viviendas.

Debilitadas en su base, claro está que las paredes no tardan en rajarse y derrumbarse, formando esos montones de escombros que tanto admiramos en Kóniah y por doquiera que han imperado los musulmanes y cristianos de ritos orientales.

Da pena ver cómo gran parte, por no decir la mayoría de los habitantes del Cercano Oriente, se ha ido convirtiendo con el tiempo, en materia de arquitectura a lo menos, en parásitos que roen al pie del arte y de la gloria de sus antepasados. Ya no parecen saber crear por sí mismos, sino sólo disfrutar y destruir lo que otros han creado.

La mejor prueba de ello nos la ofrece la misma Constantinopla, y sobre todo Estambul, que con sus laderas encumbradas de ruinas y edificios en estado de decadencia, antes que urbe semeja un camposanto inmenso de glorias que fueron y en el que el olvido aletea incesante como la sombra precursora de la muerte.

Poco antes de nacer el sol, dejamos atrás la aldea de Gairi-Khan, y descendiendo al fondo de una vasta llanura que limitaban al Sur como una cinta de plata las argentadas cumbres del Antetauro, llegamos todavía temprano al simpático pueblecillo de Gümerek, donde me instalé en la casa del jefe militar de dicho lugar, que era veterano de la guerra ruso-turca de 1877 y había militado a las órdenes de Osman-Gasi Pachá durante el sitio de Plevna.

Y tras un desayuno "a la turca", consistente en una tortilla de huevos nadando en manteca de vaca y rellena de almendras, pasas y *pistaches,* seguida *pele mele* de gelatina de dulce, salchichas "pasturma" freídas con ajos, té, merengues, ensalada de cebollas crudas, fresas frescas con crema, bollos de queso saturados de aceite, helados fragantes a rosa y a violeta, y por último cebada frita o "bulgur", que representa el plato final y obligado de todo *menu prochain-oriental,* partimos de Gümerek, y descendiendo a otra llanura extensa y desprovista de árboles también, nos apeamos al declinar la tarde en la *kasaba* de Shehir-Kishlah, donde pernoctamos.

Desde allí atravesamos al siguiente día una alta meseta, parecida a la "sabana" de Bogotá, y bajamos a la orilla izquierda del Kisil-Irmak, que pasamos por un macizo puente de piedra, desde cuya cabecera se divisaban hacia el Naciente las ovaladas cúpulas y minaretes de la ciudad de Sivas, o la antigua Cabiza, Diosópolis, o Sebasta de los romanos, que, a excepción de unos cuantos edificios gubernamentales de regular tamaño, una docena o dos de residencias particulares imitando el estilo europeo, y otras tantas tumbas de santones y mausoleos seljúcidas, se limitaba a una veintena de mezquitas en parte dilapidadas o "medresas" ruinosas, aunque bellamente ornamentadas, y a una muchedumbre de mansiones y caserones de piedra y de madera, a veces hasta amenazando ruina.

En Sivas, que por esa época contaba con una población de cerca de cuarenta mil almas, y donde de paso sea dicho fui muy bien recibido por el Gobernador General de la provincia, Meamour Bey, tuve oportunidad de poder admirar las proezas de la renombrada caballería circasiana, que los rusos suelen llamar los cosacos

de Turquía por lo bien que montan, y de revistar un convoy de 1.500 prisioneros moscovitas que acababa de llegar de Erzerum.

Al ver a éstos el delegado de la Ucrania, que se me había agregado en el camino, se entusiasmó y resolvió quedarse para iniciar entre ellos su propaganda "panucraniana", como la llamaba él.

Bolchevista o no bolchevista, lo cierto del caso es que el Sr. Marcus había sido para mí un buen amigo y un excelente compañero de viaje, cuya ausencia no dejé de lamentar sinceramente de ahí en adelante.

El 25, ya tarde, salimos de Sivas en medio de una tormenta de granizo y nos internamos por cierta altiplanicie rodeada de heladas serranías, que nos hicieron presentir la vecindad del Cáucaso. Y a la mañana siguiente alcanzamos dos escuadrones de infantería montada tratando de abrirse paso por entre la espesa capa de nieve que había caído durante la noche.

Al llegar frente a Sarah, que se divisaba en el fondo de una espaciosa hoyada, rodeada de álamos, nos dimos la mano con Suleimán-Nuri Pachá (entonces Coronel de Sanidad, y un año después Intendente general de dicho ramo en el Ministerio de la Guerra), que había vivido muchos años en Alemania y era en esa época todavía un hombre honrado. Pero se puso a imitar el ejemplo de los jóvenes turcos en el poder y de austero tornóse en badulaque, hasta el extremo de que se le atribuía, si no directa al menos sí indirectamente la muerte misteriosa del príncipe heredero Jusuf-Izzed-Din Effendi.

En las cercanías de Sarah fui a visitar, entre otros, dos campamentos militares en que se instruían reclutas al por mayor, esto es, por batallones de a mil hombres cada uno. El cuerpo de instructores se componía en su generalidad de jóvenes oficiales de reserva que hacían su trabajo bastante bien. Casi todos eran estudiantes o hijos de familias distinguidas que habían pasado gran parte de su vida en Europa o en los Estados Unidos.

Muchos ignorarán tal vez que al comenzar la guerra se hallaba el ejército turco, si no a la misma altura, al menos tan bien instruido casi como el alemán. Los oficiales "activos", o de carrera, eran todos graduados de la Academia Militar de Constantinopla, mientras que entre los de la reserva sólo muy pocos eran regimentarios, o los que no habían hecho siquiera su bachillerato.

La oficialidad retirada, o *takaut*, perteneciente al ejército del ex-sultán Abd-Ul-Hamid, tenía cabida únicamente en el servicio de etapas, o acaso en algunos ramos de la administración militar.

Después de tres jornadas pesadísimas por entre las alturas y lomas desiertas que orillan la margen meridional del Kisil-Irmak, y luego atravesando precipicios, altiplanicies y desfiladeros que barrían los huracanes sin cesar, comenzamos a descender el 3 de marzo al espacioso valle Erzindchán, que baña el Kara-Su, o

Eufrates Oriental, en toda su extensión, y se halla circundado a guisa de corona por elevadas y blancas serranías en que las nieves brillan como rocío de perlas y lienzos de diamantes pulverizados.

Dejando a la izquierda varios cuarteles, llegamos, ya entrada la noche, a Erzindchán, que nada tenía de bello o atractivo, fuera del soberbio panorama que la rodeaba y las ruinas del castillo romano Stala. Era una de tantas urbes anatolienses construidas con los restos de otras ciudades, que en mucho semejaba a Sivas con sus casuchas y caserones amenazando ruina y sus carretas chillonas y tiradas por bueyes conduciendo bellas campesinas de rostros velados. Antiguamente llamábase ella Aziris y poseía el famoso templo de Anahid.

En Erzindchán, que llamaba entonces la atención por su desaseo y el espíritu de inercia y abandono que parecía caracterizar la mayor parte de sus veinte mil habitantes, tuve el gusto de conocer al coronel Ramsey Bey, más tarde Ramsey Pachá, que había servido hasta principios de la guerra como agregado militar turco en Petrogrado y viajaba con rumbo a Erzerum, a fin de hacerse cargo del VIII Cuerpo de Ejército que guarnecía dicha plaza.

Junto con Ramsey había llegado a Erzindchán una misión de oficiales de reserva austriacos a las órdenes del conocido orientalista Dr. Pietchmann, que el gobierno turco había contratado para que fuera a instruir y formar un cuerpo de *ski runners* en el III Ejército. Algunos de los miembros de dicha misión, que eran en su generalidad oriundos del Tirol y por tanto avezados al frío, solían tomar con frecuencia baños de nieve a la intemperie, con gran escándalo de los buenos musulmanes, quienes no alcanzaban a comprender la razón de aquella "última moda a la franca".

En Erzindchán conocí así mismo al capitán de caballería Ekren Bey, que se había educado en Alemania y acababa de llegar de Erzerum en compañía del comandante Lange. Por él supe algunos detalles interesantísimos sobre la situación en el Cáucaso, que me fueron muy útiles más tarde.

Durante la última noche que pasé en dicha ciudad cayó una fuerte nevada, que hizo desbordar los ríos y tornó intransitables los caminos a través de las altas serranías que me separaban todavía de Erzerum.

No obstante, partí la mañana siguiente, acompañado del comandante Haki Bey y del teniente Vefik Effendi, para escalar esa estupenda crestería, coronada de altísimas montañas, que antes que sierra semejaba un caos de heladas lejanías en que las tormentas de nieve no cesaban e impedían a veces hasta ver la mano en frente de uno.

Paisajes como aquellos no los había visto yo hasta entonces más que en Alaska.

En varias ocasiones tuvimos que retroceder horas enteras para ir a recoger algún extraviado, o alguna bestia de carga que se había desbarrancado.

Por doquiera que se esparcía la vista no se veían sino cadáveres carcomidos de jumentos, *mekiares* y camellos, o acaso el cuerpo inerte de algún soldado en parte sepultado bajo la nieve, que había servido de pasto a los canes y a los lobos.

Y después de una semana de trabajos y penalidades como sólo el tenebroso Cáucaso en pleno invierno los puede proporcionar, y durante la que pasábamos a veces noches enteras caminando en torno de las hogueras para mantener la sangre en circulación, o durmiendo en chozas inmundas, en compañía de moribundos o apestados de tifus, logramos coronar por fin esas salvajes serranías, cuyas plateadas cumbres parecían pirámides de hielo que se perdían en medio de un cielo gris y triste, y del que brotaba sin cesar la nieve cual lluvia de muerte.

Luego, venciendo precipicios negros e insondables y en cuyo fondo las linfas congeladas se iban acumulando a imagen de glaciares, descendimos por último a la helada llanura de Erzerum, en que nace el Eufrates Occidental, o Frat-su, de entre una serie de lánguidos pantanos.

Al final de la novena jornada llegamos a la aldea de Gues, donde pernoctamos. Y al amanecer pasamos por frente a sus reductos y entramos en el antiguo burgo de Harzen-Er-Rum, que fundaran en 1049 los emigrantes de la ciudad de Harzen, o Teosópolis, la de los bizantinos.

Por la tarde fui a ofrecer mis respetos al coronel von Possalt, comandante de dicha plaza fuerte. Y al otro día me trasladé al Cuartel General de Hasan-Kaleh, donde el teniente coronel Guse Bey me presentó a nuestro nuevo General en Jefe, Maghmud-Kiamil Pachá.

Y así vino a suceder que a las cuatro semanas de haber salido de Constantinopla me hallaba ya formando parte del heroico III Ejército, que a pesar de su derrota y casi exterminio entre las nieves de Sari-Kamish continuaba sereno confrontando las "legiones de hierro siberianas", cuyo centro se apoyaba firmemente, frente a Köprü-Köi, en inexpugnables posiciones, y cuyas baterías de todo calibre seguían arrancando con el hueco retumbo de sus disparos a las plateadas cumbres del Monte Ararat albos aludes, que tonantes se iban deslizando y despeñando de cresta en cresta y de laja en laja hasta estrellarse con formidable estruendo sobre las silenciosas márgenes del Araxes.

Pero lo que más me impresionó durante ese viaje mío a través de las soledades del Asia Menor central, fue la ausencia casi completa de árboles, y, sobre todo de aves, puesto que a pesar de tanta carroña nunca llegué a divisar ni un solitario cuervo, ni un águila siquiera.

¡Desgraciadas las tierras de las que huyen hasta las aves de rapiña!

# Capítulo IV

Harzen-Er-Rum, o Erzerum, que antes de la guerra contaba con una población de unos setenta mil habitantes (veinte mil de los cuales eran armenios) es una de tantas ciudades feudales de la Edad Media, situada sobre el borde meridional de cierta altiplanicie de origen volcánico que lleva su nombre y en que nace el Eufrates Occidental de entre una serie de pantanos helados y cubiertos de una espesa capa de nieve.

Entre las montañas culminantes que la circunscriben, figuran prominentemente el Kargabazar y el Palandéukan-Dagh, al paso que en días serenos divísase hacia el Naciente también el histórico macizo del Monte Ararat, cuyas enhiestas cumbres blanquean las nieves eternas.

En dirección al Este, que era la más expuesta por ser hacia allí donde se hallaba situada la frontera rusa, protegíanla en aquella época varias posiciones avanzadas, de forma semicircular, que dominaban el desfiladero de Hasan-Kaleh, por el cual se desliza la más importante de las cuatro rutas de caravanas que conducen a través del Cáucaso.

El aspecto general de Erzerum y sus alrededores era en extremo triste e inhospitalario. Tan era así, que hasta los mismos rusos la llamaban la capital de la Siberia Turca.

Por doquiera que uno dirigía la vista no se veía sino nieve, hielo y un cielo gris que parecía pesar sobre aquella tierra malhadada como una bóveda de plomo.

A la vera de los caminos y en torno de las aldeas se destacaban innumerables fosas recién excavadas, y no pocos de los muertos servían de pasto a los perrazos de los kurdos, que pasaban a veces hasta días enteros echados en la nieve, junto a ellos, sin dejarlos hasta no haberlos devorado por completo.

Pero también en la ciudad se hallaba haciendo estragos la epidemia. Sólo el ejército había perdido ya cosa del 20% de sus contingentes, a despecho de las medidas sanitarias adoptadas por las autoridades militares.

No obstante, y a pesar de la espesa capa de nieve que cubría sus calles, continuaba desplegando Erzerum en aquellos días una actividad febril e inusitada en las ciudades orientales.

Por doquiera se agolpaban grupos de militares y paisanos impidiendo el paso a la tropa y entorpeciendo el tráfico de las caravanas de municiones que afluían incesantes hacia el rojizo *shifte minaré*.

Los callejones y las galerías de sus bazares hallábanse atestados de gente vociferante, en tanto que los mercaderes turcos, envueltos en tupidas mantas de pieles y fumando sus eternas *narguilés*, o pipas de agua, perseguían con miradas penetrantes a los transeúntes desde lo alto de sus mostradores, en que permanecían sentados con las piernas cruzadas, esperando que alguna mosca cayera en su telaraña, puesto que al comprador no hay que llamarlo nunca: a ése lo manda Dios.

En la parte baja de la ciudad existía también cierta calle ancha, que contenía además de la sucursal del Banco Imperial Otomano, una serie de establecimientos bien surtidos y pertenecientes en su mayoría a comerciantes armenios. Sus miradas inquietas y desconfiadas los revelaban en el acto como a tales. Casi todos parecían hallarse presa del más vivo terror, y no pocos me llamaban aparte para preguntarme si iba a haber matanzas.

Sus preguntas insistentes acabaron por hacerme sospechar que podía haber algún fundamento en lo que decían. Y para cerciorarme de la realidad de los hechos, me puse de ahí en adelante a escuchar y a observar, que es la única manera en que uno puede llegar a saber algo de fijo en el Cercano Oriente, donde las puertas tienen oídos y los labios llevan candados.

Entonces supe entre otras cosas interesantes, que días antes de estallar la guerra se habían negado los armenios a formar parte de los *chettis*, o cuadrillas de irregulares con que el gobierno se había propuesto invadir el Cáucaso después de declarada aquélla. Y que después de rotas las hostilidades, el Diputado a Cortes por Erzerum, Garo Pasdermichán, se había pasado con casi toda la tropa y los oficiales armenios del III Ejército a los rusos, para luego regresar con ellos incendiando villorrios y acuchillando sin misericordia a cuantos pacíficos aldeanos musulmanes caían en sus manos.

Semejantes sangrientos desafueros tuvieron por forzoso corolario que las autoridades otomanas desarmaron a toda prisa a los gendarmes y demás soldados armenios que quedaban aún en el ejército (por no haber podido escapar, probablemente) y los utilizaran en la construcción de carreteras o yendo y trayendo provisiones a través de las montañas.

La deserción, en alto grado injustificable de las tropas arm enias, unida a los desmanes que cometieron después, es decir, a su regreso, en los sectores Bash-Kaleh, Serail y Bayaceto, no dejaron de alarmar a los turcos y de hacerles temer que el resto de la población armenia en las provincias fronterizas de Van y Erzerum se fuera a sublevar también y atacarlos por la espalda, conforme sucedió efectivamente pocas semanas después de mi llegada, cuando los armenios del vilayato de Van se alzaron en masa a espaldas de nuestro ejército expedicionario en Persia, dando así lugar a los sucesos tristes y sangrientos que no eran sino de esperar en semejantes circunstancias.

Las matanzas y deportaciones en masa, sea dicho de paso, tuvieron su origen en la sublevación a mano armada de 1885, sublevación que los elementos subversivos armenios habían iniciado en las provincias de Trebizonda, Erzerum y Bitlis sobre una base francamente nihilista y separatista.

Esta revuelta, sofocada por los regimientos irregulares kurdos llamados *hamidíes*, a quienes la sublime Puerta había encargado de la pacificación de dicha zona, tuvo por consecuencia una serie interminable de represalias sangrientas de ambos lados, que acabaron por exasperar a los turcos y por precipitar las matanzas de 1894 y 95, las cuales empezaron con la de Sasoún (en agosto de 1894) y terminaron con las de Trebizonda, Ak-Shehir, Bitlis, Zeitún, Kurún, Marrash y sobre todo con la de Erzerum, que costó la vida a tal vez más de cinco mil combatientes.

En vista de estos acontecimientos, que ponían en peligro a la cristiandad del Asia Menor, propuso el gobierno inglés a las demás potencias una intervención armada en Turquía. Pero Rusia y Francia se opusieron a ello, por temor sin duda de que semejante paso fuera a fortalecer en demasía el poderío de la Gran Bretaña en las costas de Levante.

Al verse desamparados por Europa, se apoderaron los armenios por sorpresa, en agosto de 1896, del Banco Imperial Otomano en Constantinopla, amenazando con hacerlo volar si las potencias no venían en su auxilio.

Tamaño desacierto sólo sirvió de pretexto a los turcos para matar a garrotazos a más de seis mil de ellos en las calles más céntricas de dicha capital, sin que las potencias hubieran podido protestar siquiera contra semejante crimen.

De ahí en adelante se siguieron sucediendo las matanzas, aunque en menor escala, por toda el Asia Menor, hasta el advenimiento de los jóvenes turcos, en 1908, quienes pusieron fin a ellas.

Empero, al estallar la Guerra Mundial, recomenzaron dichas matanzas con una violencia tal, que de los dos millones y medio de armenios que solían existir en Turquía antes de 1914, creo que ya no queda ni medio millón, inclusive los tres o cuatrocientos mil que habitaban Constantinopla y Smirna y que, a causa de no se sabe qué milagro, pudieron escapar con vida de las deportaciones.

De haber sido los armenios más prudentes y menos ambiciosos, tendrían hoy probablemente el control sobre Turquía. Pero se pusieron a cazar estrellas y a tratar de avasallar a los turcos de las provincias orientales, con el resultado fatal que conocemos ya y que deploramos como buenos cristianos, puesto que los armenios representaban, no obstante sus grandísimos defectos, un núcleo civilizador que habría podido servir de puente primero, y de base después, a la penetración pacífica de la civilización occidental en el Cercano Oriente.

Antes de la batalla de Sari-Kamish y durante ella, parece que la oficialidad alemana había sido hasta bastante numerosa en el III Ejército. Pero los procedi-

mientos arbitrarios de Enver Pachá y varios otros jefes superiores jóvenes turcos la fueron ahuyentando gradualmente. De suerte que cinco o seis semanas después de mi llegada al Cáucaso se separó también el coronel von Possalt, disgustado porque en vez de habérsele nombrado a él, como era de justicia, General en Jefe de dicho ejército, en sustitución de Ismal-Haki Pachá, que acababa de fallecer a consecuencia del tifus, Enver había revestido de aquella jefatura a un infeliz como Maghmud-Kiamil Pachá, que gozaba hasta entre la oficialidad otomana, de la fama de ser una nulidad entre las nulidades.

Afortunadamente para nuestro Ejército del Cáucaso, no tardó su nuevo Generalísimo en convencerse de su propia ineptitud, y, cediendo por último, aun cuando de mal grado, a la constante presión del Gran Estado Mayor General en Constantinopla, acabó por resignarse ante lo ineludible, dejando hacer y deshacer como mejor placía a su Jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Guse Bey, quien sí era un entendido militar en todo el sentido de la palabra.

Mientras éste estuvo al frente de la dirección de la guerra en el Cáucaso y la Persia Septentrional, púdose sostener aquella inmensa línea de batalla, de cerca de quinientos kilómetros de longitud. Pero cuando se fue, diez y ocho meses después para Alemania, aquello se volvió un "etcétera" y el III Ejército se desmoronó ante el tremendo empuje de la imponente ola moscovita.

El teniente coronel Guse Bey era por aquella época un hombre de unos cuarenta y dos años, de estatura pequeña más bien, bigote afeitado, delgado, nervioso, dotado de una actividad maravillosa, y que de no haber sido por el "acabóse" del ejército regular alemán, hubiera ascendido probablemente a general en muy poco tiempo, porque lo merecía.

Además de a Guse, encontré sirviendo en el Ejército del Cáucaso a los tenientes coroneles Stange, al comandante Strazowsky (del arma de ingeniería), luego al teniente von Scheubner, encargado interinamente del Consulado alemán en Erzurum, y a los oficiales aspirantes Meyer y Thiel.

El único de dichos señores que seguía sirviendo en el frente caucásico después de transcurridos nueve meses, fue el teniente coronel Guse, quien, a pesar de las intrigas y pertinaz *chicanería* de algunos oficiales superiores jóvenes turcos (envalentonados sin duda porque el enemigo no atacaba), se mantuvo firme en su puesto hasta que enfermó de tifus y tuvo que regresar a Alemania para curarse.

Su presencia había sido, según parece, lo único que había detenido hasta aquella época el avance de los moscovitas, puesto que apenas se hubo alejado, cayó el general Yudenitch sobre nuestro Ejército del Cáucaso y lo destruyó casi por completo.

Entonces fue cuando Maghmud-Kiamil Pachá vino, por fin, a darse cuenta de que el Pachá no lo había sido él, después de todo, sino Guse, y arrepentido lo volvió a llamar. Pero ya era tarde. Cuando el coronel regresó ya los rusos se habían apoderado de casi toda la provincia de Erzerum y en parte también de la de Bitlis.

La guerra en el frente ruso-turco-irano hallábase al tiempo de mi llegada reducida a un estado casi estacionario a causa de la nieve profunda que entorpecía las maniobras de avance, y en parte también debido a la innegable insuficiencia de fuerzas, tanto otomanas como moscovitas, que apenas bastaban para guarnecer débilmente aquella enorme línea de batalla, que se extendía interminable desde las playas del Mar Negro hasta el corazón del Azerbidchán.

Los turcos hallábanse posesionados de una estrecha faja de territorio ruso cerca de Olti, al paso que el enemigo seguía adueñado de Utch-Kilisa y todo el borde septentrional de la provincia de Van.

La única fuerza otomana que seguía peleando entonces de verdad en dicho frente, era la famosa División de Gendarmería de Van, a las órdenes del comandante Köprülü-Kiasim Bey (hoy Kiasim Pachá, Ministro de la Guerra en Turquía) que, apoyada por las restantes fuerzas regulares e irregulares de las provincias de Van y Bitlis, continuaba acosando al ejército moscovita en la banda occidental del lago de Urmia, y había llevado en esos días su osadía hasta el extremo de penetrar aún más allá de la ciudad de Tebriz, en el vilayato persa de Karadagh.

Kiasim hallábase a la sazón aguardando la llegada del teniente coronel Halil Bey (más tarde Halil Pachá, el de Kut-El-Amara), que venía avanzando a marchas forzadas desde Musul al frente de una columna volante para atacar con Kiasim a los rusos, quienes se habían atrincherado precipitadamente en las inmediaciones de Dilman y Shehir-Salamés.

En el sector Köprü-Köi, que constituía el centro de nuestro frente caucásico y distaba apenas unos siete kilómetros de Hasan-Kaleh, fuera de un cañoneo intermitente y una que otra escaramuza entre las avanzadas, limitábase nuestra actuación en aquellos días apenas a soportar frío, a tratar de preservarnos del tifus, y a esperar que pasara el invierno para recomenzar operaciones.

Cansado al fin de semejante inacción y hastiado de la vida de miembro del Gran Estado Mayor en Hasan-Kaleh, me presenté una mañana ante Guse Bey y pedí plaza en la División de Gendarmería de Van, que me fue concedida sobre la marcha.

Y sin detenerme más tiempo que el necesario para hacer mis preparativos de viaje, fui a despedirme de Maghmud-Kiamil Pachá, quien, al saber que no llevaba escolta, me ofreció en el acto una de treinta gendarmes de a caballo, que yo me excusé de aceptar, sin embargo, por diversas razones, conformándome con la compañía de mi asistente Tasim Chavush y la de mi caballerizo Alí, que iban ambos muy bien montados.

Seguido de esos dos muchachos, salí entonces de Hasan-Kakel, y remontando el vuelo partí en pos de tenebrosos horizontes, en busca de la armena Urartu, la de las lágrimas de sangre y alaridos de terror, mientras que desde un cielo gris y triste como la mirada de un difunto brotaban y seguían brotando silenciosos copos de nieve.

# Capítulo V

Mi viaje al Sur, o sea a la antigua Armenia, no dejaba de ser bastante peligroso, ya que para realizarlo había de comenzar por atravesar en pleno invierno la "sierra nevada de los mil y un lagos", o Bin-Göl-Dagh, de unos trece mil pies de altura, y cuya travesía era considerada como una hazaña aún en verano.

De sus abruptas faldas se desprende el famoso Araxes, que tanto ha figurado y sigue figurando en la historia de Armenia.

Además de con el hielo había de contender yo también con la población semisalvaje de dichas serranías, integrada casi totalmente de tribus kurdas, que no reconocían la soberanía del Sultán sino nominalmente y vivían hasta cierto grado del bandidaje.

Las dificultades eran mil, a decir verdad, pero como ya no me quedaba más camino que aquel para poder llegar a la frontera turco-irana, atravesé el valle de Hasan-Kaleh, que hallé casi intransitable a causa de la nieve, y me puse a escalar aquellas serranías, que dos mil y pico de años antes atravesara el griego Jenofonte durante la famosa "retirada de los diez mil".

A los kurdos, o "karduchos", los encontré todavía lo mismo que él nos los describe en su Anabasis, menos en lo tocante a sus armas, pues en lugar de flechas y lanzas usan hoy máuseres y pistolas de repetición.

Pero sus puñales curvos, sus extrañas usanzas, y hasta sus hornillos para cocer el pan, consistentes en ollas enterradas en el suelo, seguían y siguen aún siendo exactamente iguales que en aquellos tiempos.

Nunca se me olvidarán aquellas cumbres heladas del Bin-Göl-Dahg, que parecían dormir el sueño de la muerte envueltas en su manto de pálidas neblinas.

Por doquiera que se extendía la vista no se veía ni un árbol, ni un matorral siquiera, sino sólo escarcha y las depresiones de innúmeras lagunas cubiertas de nieve y cuya existencia apenas se adivinaba por el hueco sonido que producían las pisadas de nuestras bestias al pasar por encima de ellas.

De haber cedido la superficie de una tan sólo bajo nuestros pies, hubiéramos desaparecido para siempre en las entrañas de la "montaña de los mil y un lagos".

La noche del 5 de abril la pasamos en un mísero pueblecillo, llamado Ketvan, integrado apenas por unas cuantas chozas sepultadas bajo la nieve, mientras que el 6, en Medyed, que en nada se diferenciaba de Ketvan en lo tocante a miseria y desaseo. El 7 y 8 pernoctamos en Hadchún y Barchinak.

Las dos primeras y la cuarta de dichas aldeas se hallaban habitadas por una mezcla indescriptible de razas heterogéneas, en tanto que Hadchún representaba un villorio netamente kurdo, pegado a la falda de un peñón, cual nido de águilas, y con sus azoteas de tierra pisada recostadas contra la roca en forma de terrazas sobrepuestas unas a otras. Sus casas eran bajísimas y no poseían más ventanas que las aberturas de las chimeneas.

No obstante, y a pesar del intenso frío que reinaba fuera, se hallaba su interior bastante bien caldeado por el calor que despedían los rebaños en las pesebreras, situadas por lo general alrededor de la habitación principal que ocupaba, o en que vivía, mejor dicho, y dormía toda la familia en una forma verdaderamente patriarcal.

Los hombres usaban, o usan, por mejor decir, sin excepción casi, gorros de fieltro blanco y tieso, que se ensanchan hacia arriba en forma globular y llevan en su torno, a guisa de turbante, un chal o envoltura multicolor. El resto de su indumentaria consiste en pantalones anchos y de forma tubular, en sandalias de cuero sobre gruesas medias de lana, y en una lanuda chaquetilla de piel de oveja negra y sobrepuesta a una camisa o túnica ajustada en torno de la cintura, cuyas mangas acaban en puntas de media vara y que suelen arrollar alrededor de las muñecas a guisa de pulseras.

Organizados en hordas, o *ashaírs*, se dividen los kurdos en la casta de los señores y en la de los libertos, llamados *gurán*. De éstos, los primeros son los conquistadores, o *ashiretes*, de origen indogermánico, de cabellos a veces encendidos y ojos zarcos, azules o grises, que llaman la atención por lo severo y en ocasiones hasta cruel de sus miradas. Los *gurán*, en cambio son los descendientes de los pueblos conquistados, que han adoptado las costumbres de los ashiretes y no hablan ya sino el kurdo únicamente.

Entre las mujeres de la casta superior noté en ocasiones tipos todavía más perfectos que el de las mismas circasianas.

Esbeltas y a veces hasta de aspecto majestuoso, ostentan ellas por regla general ojos hermosos, narices perfiladas y aguileñas, níveas dentaduras, y adornan con frecuencia sus cabelleras con sartas de monedas de plata y oro.

Los kurdos son, a mi modo de ver, la raza del porvenir en el Cercano Oriente, porque no se hallan todavía atrofiados por los vicios de antiguas civilizaciones, y representan por tanto una nación joven y vigorosa, que ha ido gradualmente conquistando el norte de Persia y la mayor parte de la zona sudoriental del Asia Menor, imponiendo a los vencidos su idioma y sus costumbres, y asimilando a cuantos otros pueblos semibárbaros han llegado a ponerse en contacto con ellos.

Muchos de los kurdos son cristianos, pertenecientes a la secta de los nestorianos; otros son jésidas, o "adoradores del diablo", mientras que los más son mahometanos sunitas, y algunos también shiitas.

Entre los kurdos más notables de que nos habla la historia figura en lugar prominente el soldán ayubita Salagh-Ed-Din, que arrebató Jerusalén a los Cruzados a fines del siglo XII.

El 12 de abril nos desmontamos en Khinis, que encontré convertida en un pantano a causa del deshielo, y en donde el *kaimakám*, o subgobernador, me instaló en la casa de un opulento comerciante armenio, que se esmeró por servirme y atenderme.

Allí tuve oportunidad de poder observar de cerca la manera de vivir de aquella buena gente que me pareció por cierto muy sensata, y sobre todo muy patriarcal.

En tanto que el griego se priva en ocasiones hasta del alimento con tal de poder lucir coches y diamantes, el armenio come lo mejor que puede, viste sólidamente y procura tener un hogar amplio, cómodo y bien instalado. Tendrá sus grandísimos defectos, como por ejemplo la ingratitud y la avaricia, pero en cambio también bellísimas virtudes, entre las cuales descuellan un patriotismo a toda prueba y un apego a la religión cristiana que ha logrado conservar a pesar de mil quinientos años de persecusiones.

Esa noche vinieron a visitarme, entre otros notables, el *papás*, o sacerdote armenio del lugar, y un joven que había pasado una temporada en Nueva York, empleado en una fábrica de relojes. Todos estaban preocupados y preguntaban si iba a haber matanzas.

Durante la cena, a la cual asistieron la dueña y las hijas de la casa luciendo trajes nacionales de mucho mérito, me confió mi anfitrión que apenas terminada la guerra pensaba vender cuanto poseía para irse a vivir a América con toda su familia.

Pero nunca fue.

Los perros y los lobos se lo habrán comido entretanto con el resto de la población armenia de dicha *kasaba*, que pereció casi íntegra durante la matanza realizada en Khnis el 19 de mayo, o sea cinco semanas después de mi llegada.

En esto arribó una caravana de ex soldados armenios desarmados y llevando a cuestas sacos de harina. La ración que les pasaba el Gobierno no llegaba ni a medio kilo de pan al día. Por los gendarmes que los conducían supe que más de la mitad de ellos había perecido en el camino a consecuencia del hambre y del frío.

El 14 por la tarde reanudamos la marcha, y atravesando una quebrada profunda y de aspecto salvaje nos internamos en una llanura cubierta de nieve y de lodazales, hasta que ya obscureciendo descendimos al fondo de un fragoso barranco lleno de breñas, en que resolvimos pernoctar. Pero el aullido de los lobos no nos dejó dormir en toda la noche.

En varias ocasiones llegamos a distinguir el mate brillo de sus ojos en la oscuridad. Mas no nos atrevimos a disparar contra ellos por temor de atraer a los kurdos, que eran más de temer que los mismos lobos.

Al despuntar el alba divisamos al Norte, por última vez, el majestuoso cono del Bin-Göl-Dagh, que frío y amenazante erguía su blanca frente en medio de un caos de grises nubarrones. Y al declinar la tarde llegamos al caserío de Gum-Gum, que rodeaban colinas bajas y cubiertas de una sombra verduzca, presagio feliz de la primavera. También algunas florecillas gualdas y encendidas asomaban furtivas de entre los peñascos, como para saludar a los viajeros.

Esa noche la pasé en Gum-Gum en calidad de huésped del opulento jeque kurdo Mustafá Effendi (que había hecho sus estudios en la Academia Militar de Constantinopla y mandaba uno de esos regimientos *ashiretes*, o *hamidíes*, que tanto dieron que hacer a los armenios durante las matanzas de 1895 y 96), mientras que la noche siguiente pernocté en una aldea armenia, llamada Sarkat, donde me hospedé en el cuartel de gendarmería, y en donde a eso de la una de la madrugada me vinieron a despertar varios disparos seguidos de descargas cerradas. Algunas de las balas fueron a incrustarse con un seco chasquido en la pared frente a mi cama. Y cuando hice llamar al jefe del retén para preguntarle lo que aquello significaba, contestóme con aire misterioso que ya hacía noches que los armenios venían disparando contra ellos de esa manera.

Su respuesta acabó por convencerme de que nos hallábamos en vísperas de muy graves acontecimientos.

Momentos antes del amanecer pasamos el Eufrates por un bonito puente, y atravesando el espacioso valle del Kara-Su, en que se divisaban ya desde lejos las ruinas de numerosas capillas cristianas asomando sobre la techumbre de las aldeas armenias, entramos poco antes de la media mañana en la *kasaba* de Mush, situada al pie de uno de los contrafuertes del Antetauro, que se extendía majestuoso de Oriente a Poniente, cual violáceo coloso coronado por las plateadas cumbres del Dárkosh y del Sheitan-Dagh.

Mush era bien pequeña. Fuera de sus bazares, insignificantes y desaseados, no tenía ella, por decirlo así, mayor cosa que ver. Y al ir a presentar mis respetos al "mutaserif", o gobernador del distrito, me contó que el jefe militar de dicho lugar había sido llamado con urgencia a Bitlis, capital de la provincia y que en Mush existía una escuela de niñas regentadas por misioneras alemanas.

Agradecido de su informe, fui a visitarlas. Mas no eran germanas sino danesas, y se hallaban al frente de un orfelinato de niñas armenias.

Por ellas supe algunos pormenores en extremo alarmantes sobre la situación de Armenia, que me hicieron comprender sus justos temores con respecto a la futura suerte de sus pequeñas protegidas.

Sin embargo, y a pesar de las graves sospechas que me inspiraba el viaje urgente del teniente coronel Weisel Bey a Bitlis, procuré consolarlas cuanto pude y hasta me hice cargo de una carta que me recomendaron para la Hermana Superiora de su Misión en Van.

Aquella tarde supe igualmente por un armenio de nota (diputado o senador del imperio, si mal no recuerdo) que la situación en Van prometía toda clase de complicaciones a causa del carácter sanguinario del Gobernador General de la provincia, Deyevdad Bey, cuñado de Enver Pachá, quien, no satisfecho con haber mandado a asesinar villanamente a una serie de cristianos prominentes de su vilayato, había tratado de echar mano hasta del Obispo para ahorcarlo o hacerlo fusilar.

Tras un descanso merecido partimos de Mush, y costeando por todo el borde meridional del valle del Frat nos apeamos a la caída del sol ante la aldea de Kodneh, frente al Nemrod-Dagh, que es un volcán extinto de nueve mil pies de altura, coronado de un cráter, o lago, mejor dicho, de ocho kilómetros de circunferencia, en razón de lo cual se le considera como una de las cinco maravillas de Armenia.

Cuatro o cinco kilómetros más allá de Kodneh dimos de beber a nuestras bestias en un arroyo que brotaba a la vera del camino, y que, a juzgar por los restos de ruinas en torno suyo, debió de haber estado cubierto en un tiempo por algún templo o kiosko de piedra rojiza. Era la famosa fuente del Kara-Su que los historiógrafos han confundido a veces con la del Eufrates Oriental, sita sobra la falda septentrional de Alah-Dagh, en las cercanías del Ararat.

Y al declinar la tarde del día 17 llegamos por fin al pueblecillo de Tetvan, enclavado en el ángulo sudoccidental del lago de Van, o el Arisa-Palus de los antiguos, que se extiende como un espejo de plata a una altura de 1300 metros sobre el nivel del mar y tiene cien metros de profundidad por ciento veinticinco kilómetros de longitud y cincuenta de ancho. Sus aguas, aunque en extremo saladas, son sin embargo ricas en pescado. Su desagüe en la hoyada del Tigris parece que lo cegaron hace miles de años las corrientes de lava del Nemrod-Dagh, cuando era todavía un volcán activo. No obstante, sigue el lago de Van comunicado con el río Bitlis por canales subterráneos, mientras que con el Eufrates Oriental comunica por medio de la laguna de Nazuk.

Tetvan no era, en esa época al menos, sino una aldea insignificante que se extendía al pie de una desnuda loma o promontorio, desde el cual Jenofonte y Tamerlán habían contemplado siglos y miles de años ante las opalinas aguas de aquel famoso lago que se apoya hacia el Sur en la Sierra Nevada del KarKar. Y sobre ésta conducía el camino que había sido mi intención utilizar desde un principio. Pero viendo las masas de nieve que la cubrían, opté afortunadamente por la ruta del Norte, que, aun cuando algo más distante, era en cambio más transitable.

Y hallándome sentado aquella tarde en el desnudo promontorio de Tetván, soñando solitario y contemplando las opalinas aguas del viejo Arisa-Palus, se fueron descolgando las tinieblas, y el Sipan-Dagh, que cual pirámide de espuma

se dibujaba en el cielo vespertino, fuese envolviendo paulatinamente en un manto de oscuros nubarrones, mientras el Ararat flameaba en lontananza como una gota de azufre derretido.

Ese paisaje, de un brillo mortecino y de una belleza infinitamente triste, me vino a recordar que había llegado por fin a mi destino, que me hallaba en el corazón de la antigua Armenia.

Siguiendo por todo el pie de Memrod-Dagh, arribamos el 19 de abril a la *kasaba* de El-Aghlat, junto al rincón noroeste del lago de Van y no muy distante de las ruinas de la antigua Aghlat, que en un tiempo asaltara Tamerlán al son de *trombas* y tambores cubiertos con las pieles de sus defensores.

Desde lo alto de mi habitación, a que prestaban su sombra añejos plátanos, alcanzaba yo a divisar al jefe militar de dicho lugar dictando órdenes a sus oficiales, al paso que un grupo de *kiatibs*, o secretarios, descifraba una cantidad enorme de telegramas.

Tan inusitada actividad me hizo sospechar que la tormenta estaba a punto de estallar.

Y no me había equivocado.

La mañana siguiente, que era la del 20 de abril de 1915, tropezamos allende El-Aghlat con los cadáveres mutilados de numerosos armenios, extendidos a lo largo del camino. Y una hora más tarde divisamos varias columnas de humo gigantescas que surgían de la banda opuesta del lago, marcando el sitio donde las ciudades y los villorrios de la provincia de Van eran presa de las llamas.

Entonces comprendí. La suerte estaba echada. La revolución armenia había comenzado.

# Capítulo VI

Poco antes del anochecer entramos en la antigua plaza fuerte de Adil Javús, que rodeaban boscajes y pardos olivares en medio de un arco de áridas montañas.

Esbeltos álamos y argentados sauces surgían aquí y allá de entre patios y azoteas, y en la sombra de frondosos plátanos descansaban los restos de antiquísimas mezquitas y bellos mausoleos.

Junto a la orilla del lago se mecían tranquilos algunos barquichuelos, y en los bazares, desiertos y sombríos, tan sólo llamaban la atención las tiendas armenias que habían sido saqueadas, o acaso alguna mancha de sangre coagulada señalando el lugar donde la víctima había caído bajo el hierro de sus asesinos.

Grupos de turcos y de kurdos armados hasta los dientes recorrían las calles en todas direcciones, mientras que el eco de lejanos disparos anunciaba que la caza al hombre no había cesado aún.

Frente al Serrallo me esperaba ya el *kaimakám*, rodeado de los notables del *senyak*, para saludarme en nombre del Gobierno. Y tras breve coloquio entramos en la sala de sesiones, adornada de riquísimas alfombras e inscripciones reproduciendo estrofas del Alcorán en letras de oro.

Allí supe por dichos señores lo grave de la situación y el peligro que nos amenazaba por parte de los armenios, quienes, según aquellos, se hallaban coronando las alturas en torno de la villa.

En esto cayó el sol y el cielo se tiñó de sangre, al paso que hacia Oriente la villa de Van, capital de Armenia, ardía y se desmoronaba bajo el efecto de los morteros turcos que hacían estremecer aquella noche roja con el lejano estruendo de sus disparos.

Abril 21. Al despuntar el alba, me desperté al ruido de tiros y descargas. Los armenios habían atacado la villa.

En el acto monté a caballo, y seguido de alguna gente armada, fui a ver lo que pasaba.

Pero cuál no sería mi asombro al darme cuenta de que los agresores no habían sido aquellos, después de todo, sino las mismas autoridades civiles, que, apoyadas por los kurdos y los facinerosos del vecindario, se hallaban asaltando y saqueando el barrio armenio, en que tres o cuatrocientos artesanos cristianos se defendían desesperadamente contra esa turba de forajidos, quienes, tumbando puertas y sal-

tando tapias, penetraban en las casas, y después de acuchillar a sus indefensas víctimas, obligaban a las mujeres, madres o hijas de aquellos desgraciados a arrastrar sus cuerpos por los pies o por los brazos hasta la calle, donde el resto de la canalla los remataba, y después de despojarlos de sus ropas dejaban sus cadáveres botados por doquiera a merced de los cuervos y chacales.

A pesar del vivo tiroteo que barría las calles, logré por fin acercarme al *beledíe reis* de la villa, que dirigía la orgía, para ordenarle que cesara la matanza, cuando éste, con gran sorpresa mía me informó que él no se hallaba sino obedeciendo cierta orden escrita y terminante del gobernador general de la provincia... de exterminar a todos los armenios varones, de los 12 años de edad en adelante.

En vista de ese decreto, de carácter netamente civil, y cuya ejecución yo, como militar, no podía impedir aunque quisiese, ordené a los gendarmes que se retiraran y esperé a que pasara la tormenta.

Al cabo de hora y media de carnicería no quedaban de los armenios de Adil-Javús sino siete supervivientes que yo había logrado arrancar a sus verdugos sólo a fuerza de pistoletazos.

Rodeado de aquellos infelices, que se asían de la cola y de las crines de mi bestia como de un áncora de salvación, y seguido de una turba de fieras humanas hartas de sangre y cargadas de botín, me dirigí hacia el centro de la villa, a través de una apretada muchedumbre, formada en su mayor parte de mujeres turcas y kurdas, que, de paso sea dicho, habían presenciado aquella escena atroz inmóviles como las esfinges, sentadas a lo largo de las calles o desde lo alto de las azoteas.

Cuando eché pie a tierra ante el serrallo, vino a mi encuentro el *kaimakán* y en nombre del gobierno me dio las gracias por haber salvado la villa de aquel tremendo ataque de los armenios.

Estupefacto ante tanta osadía, no supe al principio qué contestarle. Y al rogarle que tuviera clemencia con mis prisioneros, me lo prometió con la mano puesta sobre el pecho y hasta agregó con aire grave y austero que me respondería por sus vidas con su propia cabeza (*bashim üserinde*).

Ello no obstante los hizo degollar aquella misma noche, y sus cadáveres fueron arrojados al lago junto con los de otros 43 armenios que habían tenido ocultos Dios sabe dónde.

¡Así es como se cumplen en Oriente los juramentos y las promesas hechas por las autoridades civiles del Sultán!

Entretanto habían sido restablecidas las comunicaciones telegráficas. Y al rato llegó una lancha de gasolina, que me había proporcionado el *vali* de Bitlis para que pudiera continuar mi viaje.

En ella me embarqué. Y después de dirigir un último saludo a las autoridades y al pueblo de Adil-Javús, que se habían reunido a orillas del lago para despe-

dirme, partimos con rumbo hacia Van y nos alejamos rápidamente de aquella *kasaba*, que vista desde lejos semejaba el lugar más pacífico del mundo.

La tripulación se componía del capitán, de una escolta de gendarmes y de cuatro armenios que hacían las veces de maquinistas y marineros.

Sintiéndome un poco cansado, echéme a dormir. Cuando desperté eran ya las cinco de la tarde, pero todavía estábamos lejos de la orilla. Y en tanto me hallaba paseando sobre la cubierta, junto a la máquina noté que de los cuatro armenios ya no quedaban sino dos. ¿Qué se habían hecho los otros dos?

Es pregunta que no se debe hacer nunca en Oriente, a no ser que uno quiera pasar por inexperto.

Las autoridades civiles del Sultán matan sin hacer ruido, y de preferencia de noche, como los vampiros... sirviéndose para la ejecución de sus carnicerías por lo general de lagos profundos, en que no haya corrientes indiscretas que arrojen los cadáveres a la orilla... o de cavernas solitarias en las montañas donde los canes y chacales les ayuden a borrar las huellas de sus crímenes.

Ya oscureciendo pasamos frente a la pequeña isla de Aghtamar, que no parecía poseer más edificios que un antiguo y hermoso convento, donde residía el obispo católico de Van. Sus fachadas exteriores ostentaban pinturas alegóricas que ya casi no se podían distinguir desde la lancha a causa de las sombras vespertinas.

Fuera de los cadáveres del obispo y de los monjes, que yacían en confusión sobre el umbral y atrio del santuario, no parecían existir en dicha isla más seres humanos que el destacamento de gendarmes que los había ultimado.

Habiéndonos pedido éstos algunas municiones con urgencia para ir a matar a Dios sabe quién más, les dejamos cinco mil tiros y seguimos la marcha en dirección a la costa, cuya existencia apenas se revelaba por el reflejo de poblaciones incendiadas que inundaban el cielo de luces escarlatas.

De entre éstas destacábase por la violencia de las llamaradas la pequeña *kasaba* de Artamid, donde los ricos comerciantes de Van solían pasar la temporada del estío. Su iglesia parecía una antorcha y nos servía de guía.

Poco antes de las 10 p.m. saltamos a tierra en medio de la más profunda oscuridad y un silencio casi sepulcral, apenas interrumpido a veces por el lejano ruido de disparos o la lúgubre voz de los chacales.

No deseando esperar allí hasta que amaneciera, dejamos la lancha a cargo de los gendarmes y nos internamos, el capitán y yo, a través de campos y dehesas, hasta que el enérgico *¿quím var?* de un centinela turco nos detuvo al cabo de media hora.

Y en llegando a las primeras casas del poblado vino a nuestro encuentro el jefe militar de Artamid para saludarnos y felicitarnos por haber llegado vivos, puesto que el trayecto que acabábamos de recorrer se hallaba, según decía él, infestado de

*comitadchis* armenios. Y efectivamente. A los pocos momentos de haber llegado nos convenció el parpadeo de varios disparos en esa dirección que nos habíamos salvado por pura casualidad.

La plazoleta en que estábamos conversando se hallaba fantásticamente iluminada por las llamaradas, que como sierpes de fuego gigantescas surgían de entre las ruinas de la iglesia incendiada. Y por las ventanas de las casas circunvecinas asomaban en todas direcciones los rifles de nuestros *bashi-bazuks*, por lo general tipos pintorescos, cargados de cartucheras y cananas, que usaban rifles de repetición y llevaban al cinto una cuchilla de hoja ancha o una pistola máuser.

Entre ellos noté también algunos kurdos, pertenecientes a cierto grupo de varios centenares, que había de llegar en la madrugada siguiente para ayudar a acabar con los armenios, los cuales seguían ocupando algunas posiciones y edificios en torno de la villa.

Viendo que el fuego del enemigo iba arreciando, y no pudiendo soportar por más tiempo el olor a carne chamuscada de los cadáveres armenios arrojados dentro de las ruinas humeantes de la iglesia, nos fuimos escurriendo cautelosamente por entre los jardines, hasta que nos detuvo la blanca fachada de una bella quinta en que me había de alojar aquella noche.

Minutos antes de irme a recoger se me ocurrió ir a abrir una ventana de mi aposento para echar un último vistazo sobre el hermoso panorama de incendios que nos circundaba, cuando al asomar el rostro, oí el silbido de varias balas de las cuales una me atravesó la manga del capote.

Y a pesar del fuego intermitente que siguió alterando el silencio de la noche, dormí tranquilo hasta la mañana siguiente, cuando me vino a despertar una gritería infernal, seguida de tiros y descargas cerradas... Eran los kurdos que habían llegado y atacado a los armenios por la espalda.

En esto pasó un cuarto de hora. Y en tanto me hallaba desayunando en el balcón de mi casa en compañía de varios jeques kurdos que habían venido a saludarme, se desarrolló ante nuestra vista una de las películas más tremendas que uno se pueda imaginar.

Acosados por las balas de los karduchos, que los iban derribando por docenas, corrían los armenios por aquí y por allá, como conejos espantados, al paso que no pocos de ellos se sentaban en el suelo esperando estúpidos la muerte, cual carneros atados al altar del sacrificio y sin hacer el más mínimo esfuerzo para salvarse.

Sólo un reducido grupo de jóvenes seguía defendiéndose desesperadamente, recostados contra una tapia, hasta que rendidos al fin por el cansancio, fueron cayendo unos tras otros bajo los culatazos y las cuchilladas de los kurdos, quienes se servían del arma blanca siempre que podían para ahorrar cartuchos.

Y mientras aquello ocurría en los jardines, iban y venían las patrullas de *comitadchis* registrando los pozos y las casas de los musulmanes en busca de armenios rezagados, a quienes al hallarlos rajaban la cabeza de un yataganazo o dejaban tendidos en el suelo de una cuchillada en la garganta.

Excuso decir cómo me sentiría yo al tener que presenciar con la sonrisa en los labios semejante bacanal de barbarie, en que los cuerpos ensangrentados de las víctimas retorcíanse y se estiraban temblorosos en medio de las convulsiones de la muerte, y aquellos gritos de agonía indecible, que aún me parece escuchar cada vez que me acuerdo de ellos.

Poco antes del *consumatum est,* condujeron los *comitadchis* ante mi presencia a dos jóvenes de categoría distinguida, quienes al verme levantaron los brazos implorando mi protección.

Deseoso de salvarlos a todo trance, los hice encerrar en un edificio contiguo, con la orden explícita de que nadie los tocara mientras yo no dispusiera de su suerte.

Mas en eso se presentaron algunos kurdos, que fingiendo ignorar mi orden, los sacaron de allí por la puerta de atrás y les pegaron cuatro tiros.

El son de los disparos y un prolongado grito de agonía, me hicieron comprender en el acto lo que había sucedido. Pero me hice el desentendido, puesto que entre los orientales es signo hasta de poca cortesía dejar entrever sus emociones o protestar contra lo que ya no tiene remedio.

Y al dirigir la vista hacia la iglesia, que continuaba ardiendo como un volcán de fuego, noté un grupo de *bashibazuks* repartiendo panes entre las mujeres de los armenios asesinados.

Esa terrible escena, que representaba la barbarie marchando mano a mano con la caridad, no dejó de sorprenderme grandemente, y me convenció de que el Oriente es y seguirá siendo siempre la patria de los contrasentidos.

Allí visten las mujeres pantalones mientras los hombres llevan enaguas; cuando entran en un templo se quitan el calzado y se ajustan el fez en la cabeza; y cuando montan a caballo suben y bajan las cuestas al galope, mientras que por tierra llana andan al paso.

El turco es, por regla general, incapaz de pronunciar la palabra no (*hair*). Cuando dice hoy quiere decir mañana, y cuando dice mañana (*yarim*), quiere decir nunca.¡*Orlarosoun*!

Poco antes del mediodía llegó una escolta de gendarmería montada, que me había mandado el gobernador general Dyevdev Bey. Y a poco de haber salido de aquel infierno de infamias inauditas, notamos a orillas del lago una pequeña quinta, perteneciente a la misión americana en Van. Dos cuerpos yacían frente a su puerta.

A derecha e izquierda del camino revoloteaban vociferantes bandadas de negros cuervos disputándose con los canes los cadáveres putrefactos de los arme-

nios botados por doquiera, en tanto que al Tramonte surgían de en medio de un bosque de deshojados álamos los minaretes y las pardas cúpulas de la ciudad de Van, capital de Armenia.

Esta se recuesta contra la fachada meridional y casi perpendicular de un solitario peñón, cuya escarpada cumbre se eleva a unos ochenta metros y se extiende por espacio de tres cuartos o un kilómetro de Oriente a Poniente a través de la llanura, coronada por una almenada muralla de ciclópeas proporciones y un antiquísimo castillo, cuyo origen, según la voz del vulgo, se remonta a los tiempos de la reina Semíramis de Asiria.

Van, Tuspan, Alniún o Semiranocerta, la de los antiguos, ofrecía un aspecto triste y sombrío, como casi todas las ciudades de la altiplanicie armenia, de esa estepa inmensa, de cinco a siete mil pies de altura (por término medio), que cubren las nieves seis meses del año, y en que sólo las cuencas de los ríos ofrecen abrigo y tierras arables a su escasísima población.

Muchas de sus casas tenían dos y hasta tres pisos de alto, y se hallaban construidas de adobes y de tapia sobre cimientos de piedra.

De casi todas sus manzanas brotaban densas columnas de humo entremezcladas con rojas llamaradas. Y desde lo alto del largo y estrecho peñón, que semejaba la cresta de una ola próxima a romperse sobre una playa, relampagueaban sin cesar, con una regularidad casi sistemática, los fogonazos de la artillería otomana, que no dejaba descansar a los armenios ni de día ni de noche.

Un par de kilómetros hacia el mediodía columbrábase el llamado "barrio de las quintas" o de Aikesdán que comunicaba con la villa por medio de una carretera ancha, bien construida y flanqueada por *chalets* y casas de campo rodeadas de jardines o de sementeras que regaban los canales de un antiquísimo acueducto, llamado Semíramis-Su en honor de su ilustre fundadora.

Aikesdán se componía casi exclusivamente de quintas aisladas, rodeadas de tapias que los armenios habían utilizado diestramente para formar con ellas posiciones entrelazadas y escalonadas de mucho mérito.

Fuera de estas líneas de fortificación, que podían resistir ventajosamente hasta el fuego de nuestra artillería, habían improvisado ellos alrededor de ochenta fortines, o *blockhouses,* llamados *teerks,* desde los cuales dominaban con sus fuegos la campiña en todas direcciones.

Las casas armenias situadas fuera de la zona del fuego de los sitiados habían sido casi todas destruidas por el populacho musulmán durante su afanosa busca de tesoros, pues en Oriente son contados los que depositan sus fondos en los bancos. Los más entierran su dinero en las paredes o bajo el piso de su casa, y en ocasiones hasta entre las vigas de las azoteas. Claro está que para buscar tesoros la gente tenía que derrumbar las casas.

Al llegar a la villa, encontré a las autoridades dando los últimos escobazos, es decir, enterrando a toda prisa los cadáveres armenios que yacían tendidos por doquiera y borrando las demás huellas de sus crímenes, a fin de que yo no fuera a darme cuenta de ellos.

No obstante, siempre alcancé a entrever uno que otro montón de cuerpos aventados en que escarbaban los perros, royendo alguna pierna o brazo que había quedado afuera.

El olor que despedía dicho mortecino era tal, que me juzgué dichoso cuando llegué al serrallo, o residencia del gobernador, a quien no encontré en casa, por hallarse ausente, visitando la fortaleza. Y, no deseando aguardar allí hasta que llegara, seguí la marcha para ir a saludarlo en el peñón.

Sin embargo, para poder llegar hasta él nos fue preciso dar varios rodeos, pues el fuego de los armenios era vivo y estaba muy bien dirigido. Más de una bala nos pasó silbando junto a la cara, y el martilleo incesante de la mosquetería era tan intenso, que todavía a varios kilómetros de Van semejaba el estruendo de una catarata que disminuía a veces en intensidad pero no cesaba nunca.

La mayoría de los armenios estaban bien armados, sobre todo de pistolas máuser, que disparadas a corta distancia, eran armas terribles, cuyo efecto sólo se podía comparar con el de las ametralladoras, desde el momento en que, en vez de disparar tiro por tiro, hacían fuego a cuatro, cinco y en ocasiones hasta seis veces seguidas sobre un mismo blanco.

Además, habían inventado ellos una especie de barreno con cuya ayuda perforaban rápidamente las paredes de adobe de los edificios, de suerte que poco después de haberles arrebatado nosotros alguna posición, asomaban ya sus pistolas por una serie de boquetes nuevos, sembrando la muerte entre nosotros antes que llegáramos a darnos cuenta siquiera de lo que sucedía.

Muchos de los sitiados, especialmente los niños y mujeres, hallábanse refugiados en las casas que orlaban el pie de su fachada meridional, la cual, por ser casi perpendicular, les ofrecía abrigo hasta cierto grado contra la artillería del castillo.

Sobre la faz superior del "peñón" se conservan todavía algunas inscripciones en la antigua lengua armenia, esculpidas en caracteres cuneiformes y que datan, según parece, de tiempos del rey Sidurri de Urartu, o sea entre los siglos VII y IX antes de Jesucristo. La mayor de ellas es trilingüe y habla de Jerjes, hijo de Darío.

Desgraciadamente no me fue posible examinarlas de cerca por hallarse esa parte precisamente confrontando la ciudad y, por ende expuestísima al fuego de los sitiados.

A juzgar por los trozos de columnas, pedestales y lápidas grabadas que ostentaban por doquier sus murallas, supongo yo que dicha fortaleza debe de haber sido destruida y reconstruida una y cien veces por las olas consecutivas de los conquistadores turcos, seljúcidas, bizantinos, romanos, partos, persas, medas, asirios,

babilónicos y sumerianos, que en el transcurso de siglos y miles de años llegaron a barrer la altiplanicie armenia, puesto que Armenia, a imagen de Siria y Palestina, no es sino un país de tránsito y desfiladero gigantesco que todos los conquistadores de Anatolia han tenido que cruzar primero y luego que ocupar de un modo permanente para poder resguardarse de las irrupciones de nuevas hordas invasoras procedentes del Asia Central.

La ciudadela, o *kálesi*, propiamente hablando, la componía un vasto conjunto de edificios, cuarteles y polvorines tallados en la roca viva. Y coronando a éstos veíase una blanca mezquita, en que instalé al día siguiente mi cuartel general.

Desde lo alto de su minarete, que rasgaba el aire como una aguja de mármol, solía yo observar y dirigir el fuego de nuestra artillería sobre la villa de Van, que se extendía a mis pies como un inmenso mapa. Cada casa, cada solar, y hasta los individuos que cruzaban las calles a toda carrera, podíanse distinguir perfectamente desde dicho alminar, a veces a la simple vista.

Un par de kilómetros hacia Poniente divisábanse las blancas casas de Skele-Köi cual bandada de palomas descansando a orillas del lago, al paso que hacia Oriente se destacaban en el confín sombrío, como pardos manchones, las aldeas de Artchag, Hazerán, Bogas-Kesen, Shushantz y otras, cuyos habitantes eran casi todos armenios, y que circuían a Van en forma de una media luna cuya punta septentrional se apoyaba en el pequeño lago de Ertcheg, al paso que la meridional en la sombría y agreste montaña de Varak.

Sobre la falda occidental de este macizo hallábase situado un enorme convento o monasterio construido a modo de fortaleza, llamado *yidi-kilisa*, desde el cual los armenios dominaban el desfiladero de su nombre y por el cual se desliza la ruta de caravanas que comunica la parte central del vilayato de Van con el valle del Hayatz-Tzor y la frontera irana.

El día de mi llegada acababa de establecerse el sitio de Van.

Aram Pachá y sus armenios, quienes, según las publicaciones hechas por Miss Knapp y el Sr. Rushdouni, ascendían a treinta mil o todavía más, tal vez, hallábanse posesionados de casi toda la "ciudad amurallada" y del barrio de Aikesdán, al paso que nosotros éramos dueños del castillo y de los alrededores de la villa, formando así un anillo de hierro que se iba estrechando cada día más a medida que nuestros ataques aislados o simultáneos iban arreciando.

Rara vez he visto combatir con tanta furia como la desplegada durante el sitio de Van.

Aquello era un combate ininterrumpido y en lugares hasta de cuerpo a cuerpo, o con una pared por medio a lo sumo.

Allí no se pedía ni se daba cuartel a nadie.

Cristiano o moro que caía en poder del enemigo, era hombre muerto.

Tratar de salvar a un prisionero en esos días hubiera sido cosa tan difícil casi como tratar de arrebatar su presa a un tigre hambriento.

El ímpetu de nuestra gente era tal, que hubo ocasiones en que me vi obligado a mandar instalar artillería dentro de las casas para derrumbar las paredes que nos separaban de los edificios contiguos, los cuales, al caer en nuestras manos, eran incendiados sobre la marcha para impedir que el enemigo intentase recuperarlos durante la noche.

Sólo así, es decir, con los cabellos chamuscados, el rostro teñido de humo de pólvora y medio sordos por el estampido de las piezas y el fuego a quemarropa de la mosquetería, era, pues, como nosotros lográbamos seguir avanzando a paso lento y a fuerzas de sacrificios inauditos hacia el corazón de aquella villa obstinada, en la cual los armenios continuaban defendiéndose desesperadamente entre las ruinas incendiadas de sus casas y combatiendo hasta el último suspiro por una Armenia libre y el triunfo de la Santa Cruz... mientras yo maldecía la hora en que la mala suerte me había convertido en verdugo de mis correligionarios.

# Capítulo VII

A las puertas del castillo vino a mi encuentro el Gobernador General de la provincia, Dyevded Bey, cuñado de Enver Pachá y uno de los autócratas más enérgicos del Imperio.

Hombre de unos cuarenta años, de bigote recortado, esbelto y alto más bien que bajo, vestía Dyevded Bey a la última moda parisiense y sus ojos y cabellos negros como el azabache formaban extraño contraste con la extraordinaria palidez de su semblante.

Culto y cortés cual verdadero osmanlí, y amable y generoso cuando le convenía serlo, era en el fondo, sin embargo, Dyevded Bey una pantera en forma humana que mandaba quitar de en medio a cualquiera que le hiciera estorbo o supiese más de lo que le convenía saber. De la ejecución de sus órdenes secretas se encargaban por lo general el veneno, la soga o las balas de sus genízaros, mandados por el capitán Reshid Bey.

Después del saludo ceremonioso que requiere la etiqueta otomana, nos sentamos los dos en una de las múltiples terrazas del castillo, con la ciudad extendida a nuestros pies a imagen de un volcán de fuego, del que brotaban sin cesar enormes bocanadas de humo entremezcladas con rojas llamaradas e innúmeras cascadas de chispas escarlatas.

Y no obstante el estruendo ensordecedor de las baterías y el martilleo incesante de la mosquetería, que hacían temblar las copas sobre la mesa, me explicó entonces Dyevded Bey con lujo de detalles el origen de aquel sangriento drama y muchos otros puntos más, que me urgía conocer, hasta que ya entrada la noche montamos a caballo, en compañía de numeroso séquito y, atravesando a todo galope la zona de peligro que barría el fuego del enemigo e iluminaban los incendios, llegamos momentos después al serrallo, que era un bonito *chalet* a la europea, lujosamente amoblado y rodeado de álamos, al margen de la carretera de Aikesdán.

Allí me alojé en una coqueta alcoba, iluminada por una lámpara árabe de cristales multicolores incrustados en láminas de bronce y que, además de riquísimas alfombras, armas damascenas y porcelanas de Sévres, ostentaba un suntuoso lecho o, mejor dicho, un verdadero nido de encajes y de seda verde.

Y por ciertos pincelillos de puntas carmesíes y azabachadas que encontré regados sobre un tocador de señora, comprendí en el acto que Dyevded Bey había

tenido la fineza de instalarme nada menos que en la estancia de su señora esposa, la cual se hallaba entonces ausente, en Constantinopla.

Al rato se presentó un *valet de chambre* para conducirme al comedor, el cual lucía en el centro una mesa profusamente iluminada y cubierta de un servicio de plata y de cristal que ni aun en Europa hubiera podido ser aventajado por lo elegante.

Frente a mí se sentó el gobernador en un perfecto *evening dress,* corbata blanca, y creo que hasta flor en el ojal, mientras que a mi izquierda tomó asiento el capitán Reshid Bey, en su uniforme inmaculado. Era este el jefe del batallón de los *laz* y hombre de confianza del gobernador... que ejecutaba sus órdenes secretas.

Al verlo tan fino y tan culto, ¡cuándo me había de imaginar que por esas manos tan bien cuidadas y ensortijadas chorreaba la sangre de docenas y quizás hasta centenares de inocentes víctimas!

Sentado a mi derecha estaba un señor Ahmed Bey, vestido con un correctísimo traje de *sport* inglés. Hablaba varios idiomas a la perfección, era socio de algunos de los mejores clubs de Constantinopla y había vivido mucho tiempo en Londres.

Con sus modales aristocráticos y su fisonomía un tanto *blasée,* cualquiera hubiera podido confundirlo con uno de esos *snobs* que se la pasan paseando *four in hand* por las avenidas de Hyde Park.

No obstante, era Ahmed Bey nada menos que el célebre bandido Tcherkess-Ahmed, jefe de una cuadrilla de guerrilleros circasianos, que mató después, en la "quebrada del diablo" y por orden del gobierno, a los diputados armenios Zorab, Vartkes y Daghavarián, y murió al año en Damasco ahorcado a solicitud de Dyemal Pachá, quien temía no fuera acaso a revelar más tarde su complicidad en dicho asesinato.

Y mientras los cuatro nos hallábamos sentados en torno de aquella mesa brillantemente iluminada, discutiendo las últimas novelas o recordando alguna aventura galante, sonaban los cristales del serrallo con el estruendo de la artillería, la cual hacía estremecer en sus cimientos a la heroica villa de Van y la tornaba en un brasero inmenso, que consumía por centenares diariamente las existencias de inocentes niños y mujeres, cuyo único pecado político consistía en haber sido cristianos.

Al despuntar el día monté a caballo y fui al gran cuartel de gendarmería (junto a las trincheras del Sudeste) para hacerme cargo del castillo y de la dirección del sitio de Van, que algunos acostumbraban llamar también la "ciudad amurallada" porque en un tiempo se hallaba circundada por un doble sistema de circunvalación.

En la ciudadela dejé instaladas dos compañías de artillería, de calibres mixtos, con un batallón de tiradores kurdos y otro de voluntarios otomanos.

En el sector occidental, el más expuesto, coloqué tres batallones de voluntarios y algunos gendarmes de a caballo a las órdenes de los capitanes Salagh-Ed-Din y Haki Effendis, al paso que de la zona sudoccidental dejé encargado al aguerrido jefe de voluntarios circasianos, Kiambulat Bey, quien, con el mayor Aghmed (jefe del batallón de gendarmería de Bash-Kaleh), gozaba y siguió gozando de mi más plena confianza durante los veinte y un días que me hallé dirigiendo el sitio de dicha ciudad.

Del sector oriental y sudoriental continuó haciéndose cargo el citado comandante Aghmed Bey con casi todos los regulares y varios batallones de voluntarios turcos, mientras el mayor Burhan-Ed-Din asumía el mando de algunas reservas de infantería y caballería acantonadas en el gran cuartel de gendarmería.

Además de estos contingentes contaba yo con dos batallones de voluntarios mandados por el teniente coronel Suleimán Bey y unos 1.200 a 1.300 *comitadchis* kurdos, que eran bastantes buenos tiradores y peleaban bien de cuerpo a cuerpo, pero no servían para tomar parte en combates organizados por su falta casi absoluta de disciplina.

Estos habían venido, más que otra cosa, atraídos por la esperanza del saqueo, y se fueron esfumando por docenas, y al final hasta por centenares, a medida que el sitio se iba prolongando.

En cuanto a artillería moderna, verdad es que no contaba yo sino con algunas piezas de campaña, pero en cambio disponía de dos baterías y media de *Mantelis* y varias docenas de cañones de bala rasa, que me llegaron a ser útiles más tarde por aquello de que balas me sobraban en tanto que los *shrapnels* eran escasos.

Además, las balas de dichos cañones surtían mejor efecto en las gruesas paredes de adobes de los edificios, pues en vez de atravesarlas de banda en banda, como lo hacían los proyectiles de forma ojival, las derrumbaban a martillazos, es decir, piso por piso, hasta dar con ellos por tierra.

El resto de la artillería de montaña y de los *Mantelis* lo había reservado Dyevded Bey para el uso de las columnas volantes con que tenía en jaque a los armenios del barrio de las quintas y atacaba de vez en cuando a las aldeas circunvecinas que seguían en poder de los armenios.

El número total de los contingentes a mis órdenes ascendía poco más o menos al pie de fuerza de una división, o sea a diez o doce mil hombres, en su mayoría veteranos y mandados por aguerridos oficiales que se mantuvieron firmes hasta el último momento, no obstante el continuo peligro de los rusos, quienes se hallaban sólo a pocas horas de Van tratando de abrirse paso a través de los desfiladeros de Berguiri y de Kotur-Dagh, o Hanasur, que defendían heroicamente algu-

nos de nuestros gendarmes, apoyados por los kurdos y los voluntarios de los distritos de Erdyich y Bash-Kaleh.

Si los 30.000 o 40.000 armenios encerrados en Van, en vez de organizar bandas de música, gobiernos provisionales y acuñar medallas y cruces militares, hubiesen emprendido la ofensiva y, armándose aunque sólo fuera de garrotes, hachas y cuchillos, hubiesen intentado una salida en masa, quién sabe si no nos hubieran arrollado a la larga y quizás hasta obligado a retirarnos a la provincia de Bitlis, cortando así la retirada a nuestro ejército expedicionario en Persia y salvando la vida a millares de sus correligionarios, los cuales iban pereciendo diariamente en los pueblos vecinos y en el resto del vilayato de Van bajo las cimitarras de los kurdos y las balas de nuestros voluntarios.

La única artillería de que disponían los sitiados consistía en un par de lanzabombas, construidos por ellos mismos; pero en cambio se hallaban protegidos por una masa sólida de edificios de adobes, de dos y hasta tres pisos de alto, que cortaban en todas direcciones callejuelas tortuosas y fáciles de defender por medio de trincheras y barricadas.

Además de con millares de pistolas máuser, cuyo efecto, repito, semejaba a corta distancia el de ametralladoras, contaban los sitiados con un crecido número de carabinas, fusiles rusos y máuseres que habían ido adquiriendo durante años, y con una cantidad considerable de granadas de mano, que nos habían de causar con el tiempo no pocas bajas.

Merced a ello, y a pesar de hallarnos dueños del castillo, cuya extremada elevación, unida a la proximidad del pueblo, tornaba difícil y hasta incierta la puntería de nuestros cañones, creo que la ventaja estaba más bien de parte de los armenios por las razones citadas y sobre todo por su superioridad numérica, ya que, según ellos mismos lo confesaban, su número ascendía a treinta mil o más, tal vez, sin contar los centenares de refugiados que diariamente les seguían llegando desde las aldeas y distritos circunvecinos.

Después de recorrer nuestras principales posiciones y revistar las fuerzas establecí un servicio de telegrafía de señales, y habiendo sabido que algunos de nuestros oficiales solían ausentarse durante la noche para ir a dormir en los cuarteles, di órdenes precisas para impedir que aquello volviera a repetirse. También hice acentuar en la "orden del día" que el fuego de la artillería no debía cesar por un instante, desde el alba hasta el anochecer, y había de seguir disparando hasta de noche si las circunstancias así lo requiriesen.

En el sector occidental nos habíamos apoderado aquella mañana, por sorpresa, de una hilera de casas y seguimos avanzando, aun cuando lentamente, en dirección a cierto edificio de magnas proporciones, que bautizamos con el nombre de *büük-konak*, en tanto que hacia el Este continuaban los armenios dueños de la villa hasta el mismo borde de la campiña, que ellos dominaban desde lo alto de los

minaretes y sus famosos *teerks*, de entre los cuales descollaba por su tamaño uno que llamaban el *meive-konak*. De este nos apoderamos después de mediodía por un asalto general, que tuve que encabezar yo mismo para tratar de reanimar a nuestros kurdos, cuyo entusiasmo había ido disminuyendo a medida que el sitio se iba prolongando.

Por el sector sur eran los armenios invulnerables, fortificados dentro y en torno de otro *teerk* de grandes proporciones, llamado la *lokanta*. Este pudo resistir victoriosamente a nuestros asaltos durante todo el asedio gracias a los fuegos laterales y concentrados de las manzanas contiguas, que lo cubrían y ponían a salvo de la artillería del castillo.

A eso de las cuatro de la tarde vino en busca mía el gobernador para enseñarme ciertas obras de fortificación que había mandado trazar en torno de las tres cuartas partes del barrio de las quintas, dejando el costado oriental abierto adrede, a fin de que los refugiados armenios de la campiña pudieran seguir afluyendo y ayudando a consumir las provisiones de los sitiados.

Estos habían convertido las tapias en torno de las quintas de dicho arrabal en una serie de posiciones formidables, entrelazadas y formando olas de reserva protegidas por extensos *blockhouses,* que podían resistir ventajosamente hasta al fuego de la artillería. En todo aquello, lo único que no me gustó fueron dos *Mantelis* cargados y dirigidos contra la misión americana, cuyos edificios, altos y esbeltos, ofrecían un blanco admirable y hasta seductor para nuestros artilleros.

Y al yo llamar la atención de Dyevded Bey hacia dicha disposición, que me pareció innecesaria y hasta contraria a las leyes internacionales, desde el momento en que la misión se señalaba claramente por una o varias banderas norteamericanas, me contestó, por cierto muy apenado, que dicha medida había obedecido a un error únicamente, y en el acto hizo cambiar la posición de las piezas.

Mas no por eso, y a pesar de su sonrisa despreocupada, dejé de comprender el profundo desagrado que le había causado el descubrimiento de su pequeño juego, el cual había de consistir, según parece, en cañonear la citada Misión mientras yo me hallaba ocupado con el sitio de la capital, o sea de la “ciudad amurallada”.

Y temiendo sin duda las graves consecuencias que podría acarrearle con el tiempo aquel descubrimiento hecho por mí, tomó Dyevded Bey en adelante todas las medidas necesarias para hacerme quitar de en medio con disimulo, y hubiera logrado su objeto, incuestionablemente, de no haberme enterado yo a tiempo de sus intenciones.

Cuando ya nos íbamos a retirar de dicho punto, o cuartel, por mejor decir, que llamaban el *hadchi-bekir-kishlah*, para regresar al serrallo, llegaron, procedentes de Bash-Kaleh, varios escuadrones de gendarmes acompañados de doscientos a trescientos kurdos, o karduchos, también de a caballo, que habían logrado atrave-

sar el desfiladero de Varak a pesar del fuego que les dirigiera el jefe de los *comitadchos* armenios, Koyunchán, desde cierta serie de atrincheramientos y el convento de *yidi-kilisa,* o de las siete capillas, en cuya renombrada biblioteca se conservaban documentos de un valor histórico inestimable.

Y en tanto nos hallábamos conversando con el oficial encargado de dicha fuerza, comenzó a brotar pausadamente una espesa humareda de una vecina aldea armenia, que habían incendiado de paso los gendarmes o sus auxiliares kurdos.

Al notar aquello Dyevded Bey montó en cólera y reprendió amargamente a sus autores, pero sus amonestaciones apenas produjeron una sonrisa irónica en los semblantes de los jeques kurdos, sin duda porque comprendían que la ira del gobernador no era tan profunda, después de todo, como él trataba de hacerla parecer.

Y hallándome cenando aquella noche en palacio, arreció el fuego de combate de tal manera, que temiendo fueran los armenios a aventurar una salida en masa, monté a caballo y me dirigí a todo galope hacia mi cuartel general, donde supe, por mi ayudante Aghmed Effendi, cuán serias se habían puesto las cosas al principio, y que los armenios habían tratado de amotinar a mi gente, gritándoles a través de las trincheras que «por qué me habían reconocido como jefe a mí cuando yo no era sino un *guiaur*, o sea un perro cristiano como ellos».

Abril 24. Habiendo disminuido un poco el fuego en la madrugada, me puse a descansar un rato, hasta que el combate arreció de nuevo en todas direcciones a causa de la actividad de nuestra artillería, que barría sin cesar la retaguardia de las posiciones enemigas.

Pero aquello ya no era una lucha, o serie de conflictos a la buena ventura, como antes, sino un sitio en toda regla, tal cual yo me lo había propuesto conducir desde su principio.

Yo mismo quedé asombrado al darme cuenta de la regularidad con que mis órdenes, que se trasmitían por medio del servicio de señales, eran obedecidas y ejecutadas al pie de la letra.

Sin ese método y orden casi sistemático en el desarrollo de nuestros ataques aislados o simultáneos, poco o nada hubiéramos podido avanzar aquellos días, pues la resistencia de los armenios era terrible y su valor, digno del mayor encomio. Por doquiera que se asomaban nuestras fuerzas las recibía un fuego nutridísimo y bien dirigido. Cada casa era una fortaleza que se había de conquistar separadamente. Y a pesar de los ataques simulados que yo organizaba de vez en cuando para tratar de despistar al enemigo y lanzar mis columnas de asalto contra el corazón de la villa, nunca pude lograr mi objeto, debido a veces a lo difícil que resultaba combinar ataques entre voluntarios turcos, kurdos y circasianos, pero las más de las veces también a causa de la concentración rapidísima de los armenios sobre los puntos amenazados.

En diferentes ocasiones me propuse, sin decírselo a nadie, apoderarme por sorpresa de este o aquel edificio para servirme de él como punto de apoyo. Pero al amanecer me encontraba por regla general con que el enemigo lo había fortificado durante la noche. No parece sino que los armenios habían llegado a adivinar hasta mis pensamientos. Aquella mañana había enviado el gobernador un cuerpo de caballería karducha contra la aldea fortificada de Shushantz, que se extendía al pie de la montaña de Varak y era desde donde los refugiados de la campiña solían penetrar de noche en el barrio de las quintas. Pero los armenios no esperaron su llegada y abandonaron sus posiciones a toda carrera para ir a refugiarse entre las fuerzas rebeldes del desfiladero de *yidi-kilisa*.

De ese día en adelante ya no volví a dejar las trincheras ni siquiera para ir a cenar en Palacio, pues, al cerrar la noche solía arreciar el combate, aumentando la probabilidad de una salida en masa del enemigo, la cual, de haberse realizado, hubiera acabado sin duda por desmoralizar a los kurdos y quizás hasta a nuestros voluntarios turcos, casi todos oriundos del distrito o la ciudad de Van, y que para tomar las armas habían tenido que abandonar sus hogares y dejar sus familias esparcidas por las casas de campo y las aldeas mahometanas del vecindario.

Abril 24. Al despuntar el alba abrió la artillería sus fuegos por secciones, y el estruendo de la mosquetería, que había ido disminuyendo durante la noche, recomenzó de firme. Por doquiera que caían nuestras granadas, se desplomaban los tejados, levantando columnas de humo y de polvo mezcladas con cascadas de chispas que al desbaratarse, se derramaban como torrentes de lava sobre los cuerpos de los combatientes.

Y la siguiente mañana, mientras me hallaba inspeccionando el sector oriental, me encontré con que, debido a la concusión producida por los disparos de una de nuestras piezas de campaña apostada dentro de un edificio, el tejado de éste se había venido a tierra, sepultando e incomunicando a parte de la tripulación, que corría peligro de caer en manos de los sitiados.

Deseando impedir a todo trance semejante desastre me lancé con un cabo y un sargento dentro de la citada ruina, que habían comenzado a invadir ya los armenios. Y en tanto que el sargento y yo rechazábamos a cuchilladas y pistoletazos al enemigo, que nos acosaba de frente y por ambos lados, logró al fin el cabo amarrar una cuerda a la cureña de la dichosa pieza, que el resto de la tripulación se puso a arrastrar precipitadamente fuera del edificio, mientras el sargento y yo seguíamos defendiéndolos y batiéndonos en retirada, semi asfixiados por el humo de los disparos y las columnas de polvo que iban levantando en torno nuestro las paredes al derrumbarse.

El salvamento de dicho vehículo nos costó cinco muertos y una porción de heridos, entre los cuales figuraba el cabo, a quien una bala había atravesado la cara en el último momento.

Una hora, poco más o menos, después de este incidente, partió el batallón "Lazistán" con trescientos kurdos de a caballo para apoderarse de la aldea de Shabahgs, si mal no recuerdo, en que se hallaban fuertemente atrincherados de 400 a 400 armenios. Y cuando los *laz*, apoyados por el fuego de la artillería, se lanzaron a la bayoneta, arremetieron también los karduchos cuesta arriba, y, cayendo sobre los armenios por retaguardia, los acuchillaron sin misericordia.

Mientras Dyevded y yo nos hallábamos observando desde las almenas del castillo el desarrollo de este combate, empezaron los armenios de la villa a disparar contra nosotros desde la cúpula de la catedral, llamada también la Iglesia de San Pedro y San Pablo, que yo había respetado hasta entonces por tratarse, no sólo de un templo cristiano, sino también de un monumento de valor histórico incuestionable.

La provocación imprudente de los sitiados precipitó sin embargo la ruina de dicho edificio, puesto que al darse cuenta de los disparos Dyevded Bey me rogó en el acto que lo hiciera destruir a cañonazos.

Gracias a la extremada solidez de su construcción, pudo resistir el citado santuario un par de horas la lluvia de balas que lo acometió. Pero antes del anochecer ya no quedaban de su cúpula piramidal sino algunos girones, tristes vestigios de su antiguo esplendor.

Al verse desalojados de allí los armenios, empezaron a disparar contra nosotros desde el minarete de la mezquita mayor, o catedral mahometana, que yo, a pesar de las protestas del gobernador, mandé destruir en el acto también a cañonazos, puesto que *la guerre c'est la guerre*.

De este modo perecieron en un solo día los dos principales templos de la ciudad de Van, que habían venido figurando entre sus monumentos históricos más notables desde hacía ya cerca de nueve siglos.

Abril 26... Y en tanto que el jefe del sector oriental, el mayor Aghmed, seguía avanzando y dejando tras sí manzanas enteras de edificios ardiendo, continuaban los jefes del sector occidental abriéndose igualmente brecha, hasta que el *teerk*, llamado *büük-konak*, se les atravesó en el camino, inutilizando todos sus esfuerzos por seguir adelante.

Deseando vencer tan formidable obstáculo, rogué a Aghmed que siguiera atacando con el sector de su mando mientras que Kiambulat, al frente de sus circasianos y apoyado por el fuego de nuestras baterías, había de lanzarse de improviso sobre el citado edificio para tratar de tomarlo por asalto.

Y en efecto, a eso de las once comenzó nuestra artillería a arrojar sobre el citado fortín tal número de proyectiles, que en menos de un cuarto de hora ya no quedaba de su primero y segundo piso ni rastro siquiera, al paso que el entresuelo se había convertido en un montón de ruinas y hoguera gigantesca, desde la que los armenios seguían disparando, no obstante, con un valor inaudito contra nuestros circasianos.

Desgraciadamente, dejaron los voluntarios turcos y kurdos pasar el momento oportuno para tomar parte en el asalto, de modo que cuando atacaron, ya el enemigo había sido reforzado.

Viendo el peligro que amenazaba a nuestra gente, dejé encargado de la artillería del castillo a Reshib Bey, y, lanzándome a todo galope a través de la zona de peligro, me arrojé de la silla junto al bazar incendiado que los nuestros se hallaban a punto de abandonar. Lo único que nos separaba de los armenios, atrincherados entre las humeantes ruinas del *büük-konak*, era una tapia medio derrumbada.

Al llegar junto a ésta ordené el asalto, y, seguido de Kiambulat y sus circasianos púseme a escalarla, cuando mi ayudante cayó atravesado de un balazo, al paso que yo mismo me desplomaba sin sentido casi y medio sepultado bajo un trozo desprendido de dicha muralla. Kiambulat apenas tuvo tiempo para arrastrarme de allí por los pies, cuando el resto del muro se vino abajo y el fuego de los armenios barrió el sitio que habíamos estado ocupando momentos antes.

De esa manera fracasó nuestro primer esfuerzo para apoderarnos del famoso *büük-konak*.

Abril 27. Entretanto me había puesto yo a buscar la manera de aumentar nuestra artillería de asedio por medio de unos cuantos morteros del siglo XV (de aquellos que solían usarse antiguamente para lanzar proyectiles de piedra de tres a cuatro arrobas), y, favorecido por la suerte, no tardé en dar con algunas pirámides de granadas vacías, del mismo calibre, que hice llenar de pólvora y proveer de mechas de dinamita.

Con esas piezas, por cierto un tanto primitivas, abrimos un fuego pausado aunque certero, que había de causar la ruina de gran parte de la ciudad de Van y la muerte de no pocos de sus defensores, puesto que la vivienda en que estallaba unos de esos petardos se derruía en el acto, enterrando bajo sus escombros a cuantos se hallaban alojados en ella. Según parece, no faltaron casos en que sesenta o tal vez más personas perecieron en una sola explosión.

Las bombas de estos morteros, que los turcos solían llamar *havan-top* eran esféricas y tan grandes, que su curso podía seguirse a veces con ayuda de los binóculos. Desgraciadamente reventó una mientras la estaban cargando, y mató al comandante Reshib Bey.

Para conmemorar su muerte, hice coronar su tumba con una pirámide de dichos proyectiles, que aun debe de conservarse entre las ruinas del castillo.

Abril 28. Al aclarar el día, rompí los fuegos con toda la artillería contra el *büük-konak* y las manzanas contiguas, que comenzaron a caer a pedazos bajo la acción de nuestras baterías. Pero cuando di la señal de asalto, noté con pena que esa vez eran los circasianos quienes llegaban tarde, mientras los voluntarios turcos y kurdos arremetían en filas cerradas contra el enemigo, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, que devoraron más tarde los cuervos y los canes

por hallarse la zona en que habían caído minada y dominada por los fuegos del enemigo.

Así terminó nuestra segunda tentativa de apoderarnos del famoso *büük-konak*, que, no obstante haberse convertido en un montón de ruinas, seguía vomitando olas de fuego y oponiendo una resistencia feroz al avance de nuestras fuerzas sitiadoras.

Aquel día hicieron los armenios volar por el aire, por medio de una mina subterránea, la mitad del cuartel de Ridchedíeh, desde donde el capitán Reshid Bey, y el subgobernador de Berguiri habían estado dominando con sus fuegos la mayor parte del barrio de Aikesdán.

Semejante contratiempo enfureció de tal manera a Dyevded Bey, que en el acto ordenó a Tcherkess-Ahmed hiciera una incursión con sus bandidos por las aldeas armenias circunvecinas, en que, de paso sea dicho, ya no quedaban sino niños y mujeres.

Excuso decir qué no haría Ahmed con aquellos infelices cuando el propio Dyevded tuvo que reprenderle y hasta los mismos kurdos se quedaron lelos ante sus proezas.

Abril 29. Al disiparse las brumas de la madrugada, rompió nuevamente los fuegos la artillería, y el martillar incesante de la mosquetería fue en aumento constantemente, hasta que acabó por adquirir proporciones alarmantes, sobre todo en el sector oriental, donde el jefe de dicha zona se hallaba librando una pequeña batalla por su cuenta para apoderarse de ciertas posiciones a que había echado ojo desde hacía tiempo.

Entonces, y para cerciorarme de si la artillería del castillo se hallaba o no secundando con todos sus fuegos la ofensiva del mayor Aghmed Bey, monté a caballo, y seguido de un grupo de oficiales y de jeques kurdos, laz y circasianos, me puse a ascender la falda de aquella ciudadela, que centenares y miles de años antes habían ascendido ya Dios sabe cuántos generales turcos, bizantinos, romanos, persas, partos, medas, asirios, babilónicos y sumerios, para consumar esa misma obra de destrucción, que por una de tantas coincidencias de la historia había de tocar llevar a efecto en 1915 a un militar latinoamericano.

Esa mañana tuve también ocasión de poder presenciar una caza al hombre en toda regla.

Nos hallábamos Aghmed Bey y yo acurrucados en un rincón de un patio, que barría el fuego del enemigo, discutiendo un nuevo proyecto de ofensiva, cuando nos descubrió un armenio, que comenzó a disparar contra nosotros desde una ventana.

Para despistarlo dejamos nuestros *kalpaks* o gorros militares de piel de Astrakán, colocados en el borde de una tapia y nos escurrimos poco a poco hacia una hendidura en un vecino muro, desde la cual podíamos divisar a nuestro

hombre con la mirada fija en los *kalpaks* y como sorprendido de la dureza de nuestras cabezas, que seguían en su puesto a pesar de las muchas balas que les había disparado.

En esto se separó Aghmed Bey, y deslizándose cautelosamente, semejante a un tigre hacia su presa, siguió acercándosele, hasta que ya sólo a un par de metros de distancia medio se enderezó y levantó el arma, que volvió a dejar caer, sin embargo, inmediatamente, pues el armenio, impulsado quizás por un presentimiento, se había vuelto rápidamente en dirección suya.

Y en tanto que este buscaba con la mirada ansiosa la causa de su estremecimiento, se juntaron en torno de su cuello dos bracitos de marfil, y una voz infantil comenzó a balbucear palabras ininteligibles en su oído.

Angustiado por aquel abrazo tan a destiempo y no osando separar las manos de su rifle, quiso el armenio desembarazarse de él al principio a fuerza de palabras cariñosas, y al ver que sus frases no surtían efecto, por medio de un movimiento suave del codo derecho.

Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos ante aquellos dos bracitos, que seguían abrazándolo tiernamente, mientras que palabras arrulladoras continuaban asaltando sus oídos.

Vencido al fin por su cariño de padre, volvió el armenio la cara hacia su hijita, instintivamente, durante la fracción de un segundo apenas, pero que bastó para perderle, pues en el acto brincó Aghmed Bey y de un balazo le levantó la tapa de los sesos.

Habiendo disminuido un poco el fuego de los sitiados, fui en compañía de mi ayudante a cenar en casa del gobernador. Y al doblar un recodo del camino, ya fuera de la zona del peligro casi, nos sorprendió una descarga del adversario que levantó nubes de polvo en torno nuestro y nos obligó a hacer uso liberal de las espuelas.

Cerca del serrallo notamos tres soldados dando de comer a un sujeto armenio, que había permanecido durante nueve días escondido en el fondo de un vecino pozo, sin haber probado alimento. El mismo confesaba que, habiéndose negado a formar parte de una conjuración para asesinar al gobernador, el miedo lo había obligado a ocultarse en aquel pozo para salvarse de los demás conjurados, quienes habían estado buscándolo para matarlo.

Una vez aplacádole el hambre fue dicho sujeto conducido al hospital, donde lo cuidaron durante algunos días, hasta que se hubo repuesto algo, y luego fue fusilado.

Este individuo, al igual que un gendarme armenio desarmado, que me servía la mesa, y un comerciante de nombre Tersibatchán, que hacía las veces de intérprete en la Gobernación, fueron los únicos armenios *vivos* que yo llegué a notar entre nosotros durante el sitio de Van.

En Palacio me esperaba ya el gobernador. Se hallaba tratando de disuadir a varios jeques kurdos, los cuales deseaban retirarse con sus contingentes para ponerse a salvo, ya que la voz corría con insistencia de que los rusos se hallaban a punto de forzar el desfiladero de Kotur-Dagh.

Al ver que sus esfuerzos resultaban vanos, montó por fin en cólera Dyevded Bey, y golpeando con el puño en su escritorio exclamó: *alahi-bilahi-valahi*. ¡Que la venganza de Dios caiga sobre vosotros por cobardes y por asesinos! Acto continuo les volvió la espalda, con despecho, y tomándome del brazo me condujo al *selamlik*, donde nos sentamos en cómodas butacas a tomar café, a fumar cigarrillos y a olvidar durante un par de horas las penas y responsabilidades que traía consigo el desempeño de nuestros cargos respectivos, puesto que, aun cuando a mí me constaba que Dyevded se hallaba buscando la manera de quitarme de enmedio por razones de estado, no por eso dejábamos de ser muy buenos amigos personales, siempre dispuestos a ayudarnos mutuamente y resueltos a mantener en alto la bandera de la Media Luna sobre aquellas llanuras y montañas desoladas y mil veces empapadas en lágrimas de sangre.

Abril 30... Y en tanto que seguíamos combatiendo con encarnizamiento y avanzando, si bien lentamente, hacia el corazón de la heroica ciudad de Van, continuaban nuestras fuerzas auxiliares, a las órdenes del subgobernador de Serail, resistiendo con singular bravura en el desfiladero de Berguiri al avance del ejército expedicionario ruso, que venía en auxilio de los sitiados.

Tan era así, que esperábamos ser sorprendidos por el adversario de un momento a otro, y quedar convertidos de cazadores en cazados.

Esa incertidumbre, que pendía sobre nuestras cabezas perennemente, semejante a la espada de Damocles, no dejó de seguir ejerciendo un influjo funesto en el ánimo de nuestros jeques kurdos, quienes nos fueron abandonando de ahí en adelante unos tras otros con sus hordas, para ir a poner a salvo sus familias y sus rebaños antes que los sorprendieran los moscovitas.

Lo propio pasaba con nuestros voluntarios turcos, quienes, al darse cuenta de que la retirada de los kurdos iba en aumento, comenzaron a inquietarse a su vez, y con muchísima razón, por la futura suerte de sus allegados, creando así una atmósfera de desaliento en mi pequeño ejército, que no dejó de causarme vivas aprehensiones.

Y cuando a la mañana siguiente fui a ver a Dyevded Bey para consultar con él sobre las medidas que debería adoptar en caso de una desbandada general, me sorprendió éste con la noticia de que acababa de firmar un armisticio con los armenios para buscar entre ambos la manera de terminar con un estado de cosas que había acabado ya con gran parte de la población y con casi toda la riqueza material de la provincia de Van.

Dyevded parecía haberse convencido por fin de la imposibilidad de seguir sosteniendo un sitio de tales proporciones con un ejército compuesto en parte de

irregulares, al paso que los rusos seguían avanzando todo el tiempo y sin dejarse arredrar por la resistencia heroica de nuestros voluntarios, apostados en los desfiladeros de Berguiri y de Kotur-Dagh.

Cuando me hube cerciorado de que los armenios habían convenido efectivamente en tal armisticio, mandé a suspender los fuegos en todo el frente.

El silencio casi sepulcral que siguió a dicha orden no dejó de impresionarme vivamente. ¡Tanto era lo que nos habíamos ido acostumbrando ya al estruendo de la artillería y al martillar incesante de los rifles!

Tras una conferencia de hora y media, regresaron nuestros emisarios con la respuesta del obispo, asegurando que los armenios no habían desconocido jamás la soberanía del Sultán y se hallaban dispuestos a desalojar la ciudad para retirarse a Persia... siempre que el gobernador respondiera de su salvoconducto con su propia persona.

Considerando que Dyevded no podía ni debía acceder de ninguna manera a semejante pretensión, y deseoso como me hallaba de poner fin al derramamiento de sangre, me ofrecí para ir en su lugar. Pero el Gobernador no lo quiso permitir, sin duda porque comprendía que ello hubiera equivalido a un asesinato de que el ejército lo hubiera hecho responsable más tarde, puesto que todo el mundo sabía que lo que Dyevded pretendía y buscaba no era sino la manera de hacer salir a los armenios de la ciudad de Van para luego mandarlos asesinar en el camino.

El primero de mayo, a las siete en punto de la mañana, rompió de nuevo los fuegos nuestra artillería, y el estruendo de la mosquetería recobró su antigua intensidad.

Durante el desayuno supe por mi asistente que en el hospital militar se hallaban dos hermanas enfermeras alemanas pasando muchísimos trabajos.

Sorprendido ante tan extraña nueva monté a caballo, y cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar me encontré, efectivamente, con dos jóvenes, una de las cuales era la *Schwester* Martha, alemana, mientras que la segunda, Miss McLaren, norteamericana. Ambas pertenecían a las misiones de Van y habían quedado, a causa de no recuerdo ya qué circunstancia, en poder de los turcos al comenzar el sitio.

De haber conocido yo antes la existencia de dichas señoritas entre nosotros, hubiera podido evitarles tal vez algunos disgustos de parte del médico mayor Izzed Bey, quien según parece, no las había tratado siempre con todo el respeto debido.

La *Schwester* Martha, que falleció más tarde en Bitlis a consecuencia del tifus, me refirió, entre otras cosas, que los turcos habían hecho desaparecer desde un principio a todos los pacientes y empleados armenios de dicho hospital, de modo que ya en aquella época no quedaba ni uno solo, y que muchos de los heridos habían muerto de gangrena porque Izzed Bey no acostumbraba a desinfectar los bisturís después de amputar brazos y piernas putrefactas, etc.

Pero lo que más parecía indignar a aquellas pobres jóvenes era que en el mismo carro en que llevaban los muertos al cementerio solían traer las legumbres, pan y demás provisiones destinadas al consumo de ellas y de los pacientes.

Después de tan extraordinaria entrevista fui a ver al gobernador, a quien llamé desde luego la atención por haberme tenido a oscuras sobre la existencia de dichas señoritas e impuse de lo que acababa de contarme la *Schwester* Martha.

Apenado, y quizás hasta alarmado por aquellos detalles, hizo llamar entonces Dyevded Bey al médico mayor, y le reprendió en términos violentos, que no dejaron de surtir su efecto.

El dos y tres de mayo se mantuvo el sitio estacionario más bien. No obstante, se peleó muy duro, de suerte que al anochecer un centenar o dos de rostros lívidos y de miradas rígidas se quedaron contemplando las estrellas.

El día dos, si no me equivoco, partió el capitán Reshid Bey al frente de una columna volante para ir a batir ciertas partidas de rebeldes, las cuales, al verle aproximarse, abandonaron a toda carrera las aldeas en que se hallaban atrincheradas para ir a engrosar las filas de los armenios en el desfiladero de Varak.

El cuatro, todavía de mañana, llegó por fin, procedente de Hasán-Kaleh, el batallón de gendarmes “Erzerum”, que mandaba el capitán Kasim Effendi. Y con él llegaron, afortunadamente, también algunas reservas de granadas, que nos venían haciendo ya mucha falta.

En uno de esos días, ya no recuerdo cuál, recibió el gobernador una carta del Dr. Usher, increpándole por haber mandado disparar varias granadas contra los edificios de su Misión en Van, no obstante hallarse éstos claramente señalados por banderas norteamericanas.

El contenido de dicha carta, que me tradujo Dyevded al francés, no dejaba de ser un poco duro y provocó su ira a tal extremo, que sin querer escuchar mis consejos le contestó amenazando con bombardear su misión “de verdad” si los misioneros norteamericanos seguían, según lo ponía él, atizando a los armenios contra el gobierno, presidiendo *meetings* revolucionarios, etc.

Entretanto se habían ido concentrando los armenios en tales cantidades en torno del convento de *yidi-kilisa*, que su presencia empezó a constituir una verdadera amenaza para nosotros en caso de una retirada nuestra en esa dirección.

En consecuencia, recibió el batallón “Erzerum” orden de ir a desalojarlos de allí. Pero los armenios no aguantaron la carga, y poniendo pies en polvorosa, dejaron aquel histórico edificio con su milenaria biblioteca en manos de los turcos, quienes, como era de esperar, le aplicaron la antorcha sobre la marcha.

Para ese entonces ya no quedaban casi kurdos entre nosotros. Y para colmo de desgracia llegó la nueva de que el teniente coronel Halil Bey había sido derrotado en Dilman, y que nuestro ejército expedicionario hallábase batiendo en retirada hacia la frontera turco-irana.

Los combates cotidianos que se seguían librando con más o menos suerte en los diversos sectores del sitio, iban recrudeciéndose a medida que el peligro de los rusos iba en aumento. Y Dyevded Bey, que había perdido ya casi toda esperanza de poder adueñarse de Van por la fuerza, trató de obtener su rendición por medio del hambre.

Con ese fin mandó juntar a cuantos niños y mujeres armenios se hallaban todavía esparcidos por las aldeas circunvecinas, y los hizo conducir por escoltas de gendarmes hasta los atrincheramientos de los sitiados, en la creencia de que éstos los iban a admitir en la ciudad.

Pero se había equivocado.

Yo me hallaba casualmente en una de las terrazas del castillo observando el paso de tan extraña procesión y casi no pude creer a mis ojos cuando vi que en vez de acoger a dichos desgraciados, lo que los armenios hicieron fue caerles a tiros, hiriendo a unos y matando a otros, en tanto los restantes, al darse cuenta de lo que aquellos disparos verdaderamente significaban, volvieron caras y dejando el suelo regado de cadáveres, vinieron a refugiarse llorando y gritando de terror entre nuestras filas.

Fue tan grande la indignación y el desprecio que me causó, como cristiano, la conducta de esos igorotes, que no habían vacilado en fusilar quizás hasta sus propios hijos y mujeres, con tal de no tener que compartir con ellos sus provisiones, que en el acto mandé abrir fuego por secciones y no paré hasta haber reducido a escombros la manzana desde la cual aquellos brutos habían estado disparando contra su propia sangre.

El doce de mayo nos hallábamos ya dueños de dos terceras partes de la ciudad de Van, mientras la restante (tercera parte), que continuaba en poder del enemigo, quedaba reducida a un montón de casas y edificios despedazados y agujereados por millares de granadas que seguían lloviendo sobre ellos día y noche.

Los armenios no anduvieron errados por consiguiente cuando aseguraban que durante las dos primeras semanas del sitio había lanzado yo diez y seis mil bombas y granadas sobre la villa de Van.

Para poder posesionarnos de ese último pedazo de la ciudad, nos era preciso apoderarnos primero del *teerk* llamado la *lokanta*, que era la llave, por decirlo así, de la línea de defensa enemiga en el sector meridional.

Con tal propósito en mente, y apoyado por el batallón “Erzerum”, que había logrado adueñarse de algunas casas circunvecinas, hice concentrar los fuegos de casi toda la artillería sobre el citado fortín, que fui arrasando, piso por piso, hasta dejarlo reducido a un montón de ruinas.

Mas así y todo continuaban los armenios combatiendo, tendidos en el suelo y disparando a quemarropa por entre las rendijas y grietas de las paredes derrumbadas.

Y, no obstante los esfuerzos de nuestra gente por incendiar aquel montón de escombros, que seguía vomitando plomo y fuego sin cesar, nunca llegaron a lograr su objeto a causa del arrojo de sus defensores, quienes, al notar las primeras llamaradas, se lanzaban con cubos de agua sobre ellas, apagándolas a costa de sus vidas.

Irritado por tantos y tan inútiles esfuerzos, me lancé por último yo mismo sobre dicha ruina, para aplicarle la antorcha, cuando una granada de mano cayó desde lo alto dentro de la trinchera que acababa yo de abandonar, hiriendo y matando a casi todos aquellos que habían permanecido en ella por no haber osado acompañarme durante dicho asalto.

En esto llegó el Gobernador para informarme de que nuestros voluntarios apostados en el desfiladero de Kotur-Dagh se hallaban a punto de ceder ante los ataques cada vez más impetuosos de los rusos, los cuales seguían avanzando con la intención aparente de cortar la retirada a nuestro ejército expedicionario derrotado en Dilman.

En vista de semejante peligro, ordenóse el traslado inmediato del personal y de los pacientes del hospital militar a Bitlis por la vía del lago.

Tal medida, unida a las noticias alarmantes que seguían llegando de la frontera irana, tuvo por consecuencia natural el éxodo de la población mahometana, inclusive la mayor parte de nuestros voluntarios, quienes habían de conducir forzosamente sus familias hasta su destino, o siquiera hasta fuera de la zona de peligro.

De la guarnición del castillo, v. gr., no quedaron sino unos veinte hombres y dos *sótnias* de ashiretes circasianos, procedentes del distrito de Aghlat.

Fue tan grande la confusión que produjo dicha noticia entre nuestros oficiales de reserva, casi todos oriundos de aquellos contornos y en su mayor parte padres de familia, que el teniente Egha Effendi, al ausentarse, se le olvidó dejar las llaves de los polvorines a su cargo, motivo por el cual, para poder seguir disparando la artillería, me vi precisado a mandar a derribar sus puertas a culatazos. Y para impedir que los armenios fueran a darse cuenta de que la ciudadela se hallaba, por decirlo así, casi totalmente desguarnecida, me puse yo mismo a disparar las piezas hasta la caída del sol, cuando la gente y algunos de los oficiales comenzaron a regresar, pidiendo miles de excusas.

Si los armenios hubiesen aprovechado el pánico de aquella mañana, hubieran podido apoderarse del castillo por sorpresa y derrotarnos tal vez hasta con nuestra propia artillería.

De aquella tarde en adelante ya no hubo quien pensara siquiera en reducir a Van, sino sólo en cómo contrarrestar el avance de los rusos, quienes se hallaban a punto de copar a Halil.

Viendo lo inútil que resultaba persistir en dicho asedio, y habiendo reclamado Kiasim mis servicios, renuncié al cargo de director del sitio, que había estado desempeñando hasta entonces, y comencé a hacer mis preparativos de viaje

para seguir la marcha al día siguiente, o sea el 14 de mayo, con rumbo a la frontera turco-irana.

Al notar Dyevded que me hallaba resuelto a partir, temió, sin duda, que fuera a revelar más tarde sus fechorías, pues ordenó en secreto a Burhan-Ed-Din Bey que compusiera mi escolta de hombres de su confianza únicamente, lo cual quería decir, hablando en turco, de hombres que me habían de asesinar en el camino.

Esto lo supe yo una hora después por el mismo Burhan-Ed-Din, que era amigo mío. Y para cortar por lo sano de una vez, hice convocar a los principales jefes y oficiales que habían venido combatiendo hasta entonces bajo mis órdenes, y les expuse claramente lo que ocurría.

La indignación que produjo entre ellos la mala fe del Gobernador fue tan grande, que Aghmet y Kiambult se ofrecieron en el acto a acompañarme en persona; cosa que yo no permití, por supuesto. Y, seguido únicamente de la escolta que habían tenido a bien proporcionarme, emprendí la marcha a la mañana siguiente, sin que Dyevded se hubiese atrevido a contrariar siquiera mis disposiciones.

# Capítulo VIII

Después de un encuentro insignificante con una partida de *comitadchis* armenios, en el desfiladero de Varak, comenzamos a descender por todo el valle del Hayatz-Tzor, que cubrían a trechos las ruinas de aldeas armenias incendiadas.

A las cuatro de la tarde oímos los últimos cañonazos en dirección de Van. Y poco antes del anochecer entramos en la *kasaba* de Koshab, que adornaba un hermoso puente de piedra, cubierto de inscripciones, al igual que un vetusto castillo de formas audaces y origen irano o serraceno, cuyo nombre era *görchin-kaleh*, o el alcázar de las palomas, porque uno de sus torreones ostentaba numerosas perforaciones, a guisa de un palomar.

Madrugando, atravesamos antes de la media mañana las nevadas cumbres del Kurd-Daghi, que hallamos ocupadas por un destacamento de infantería a las órdenes del capitán Ibrahim Effendi. Éste, al desmontarme, me entregó una carta de Tchefik Bey, Gobernador de Bash-Kaleh, que en ella me rogaba me hiciese cargo de las fuerzas mixtas apostadas en el desfiladero de Kotur-Dagh, que en aquel instante se hallaban tratando de rechazar el avance cada vez más impetuoso de los moscovitas.

Afortunadamente pude llegar a tiempo para organizar una contraofensiva, por medio de la cual logré neutralizar el segundo asalto de los rusos y sus auxiliares, los armenios, que no dejaba de ser formidable. Sobre todo las cargas de los cosacos, que llevaban en ancas un infante, me dieron bastante que hacer. Pero nuestros kurdos se mantuvieron firmes, y la victoria fue nuestra.

Después de haber dispuesto la defensa para el día siguiente, partí, ya al anochecer. Y atravesando el Zab Superior en las inmediaciones de Derea, llegué al aclarar el día a Bash-Kaleh, donde me esperaba ya Tchefik Bey con un telegrama anunciando que los rusos habían logrado flanquear el desfiladero de Kotur-Dagh después de mi partida, y que en vista de ello nuestros voluntarios y gendarmes habían tenido que abandonarlo y replegarse precipitadamente hacia el pie de las montañas de Tchoug-Daghi, donde esperaban órdenes.

Vencido aquel obstáculo, ya no había manera de impedir el avance de los rusos sobre Bash-Kaleh, donde teníamos almacenadas grandes cantidades de provisiones y demás elementos de guerra.

Pensando y considerando lo serio de la situación, ordené, bajo mi propia responsabilidad, la evacuación inmediata de dicha plaza, que se efectuó casi por sí sola, tanto era el terror que inspiraban a sus moradores las atrocidades de los cosacos y los voluntarios armenios, quienes, según aseguraba la gente, mataban por el gusto de matar únicamente, y de preferencia a las mujeres y a los niños.

Causaba pena ver a algunos de nuestros heridos graves arrastrándose en ocasiones hasta de rodillas por los caminos, para no caer en manos del adversario, pues si bien la tropa regular otomana y moscovita respetaba y protegía a los prisioneros del bando contrario, los cosacos y los *comitadchis* armenios, por una parte, y nuestros guerrillos kurdos, por otra, mataban sin misericordia a cuantos contrarios heridos o indefensos caían en sus manos.

A la una de la tarde ya no quedaba de la población de Bash-Kaleh sino un grupo de 300 a 400 niños y mujeres armenios, y una quincena de artesanos, también armenios, a quienes las autoridades civiles habían dejado con vida sólo porque les hacían falta en los talleres militares. Estos, al verme, se arrojaron a mis pies, rogándome que no los dejara a merced de su escolta, que, según decían ellos, había sido escogida de entre los rufianes más grandes del batallón de voluntarios de Bash-Kaleh.

Apenado ante semejante cuadro, hice llamar al Gobernador, quien, en presencia de todos, me aseguró y juró que los haría conducir, tanto a hombres como niños y mujeres, con entera seguridad a Tokaragua. Y no satisfecho todavía con semejante comedia, hasta llegó a amenazar de muerte a los gendarmes que osaran desobedecer sus órdenes.

Confiando en la palabra de Tchefik Bey, dejé partir entonces a aquellos desgraciados, que me besaban las manos, los estribos y hasta el cuello y las crines de mi caballo en señal de gratitud, al paso que la vanguardia de los moscovitas seguía avanzando en dirección de Bash-Kaleh, precedida de anchas cortinas de cosacos y auxiliares armenios de a pie y de a caballo.

Cuando los rusos no se hallaban ya sino a medio kilómetro de nosotros, les disparamos unas cuantas descargas, y perseguidos de cerca por sus patrullas, nos retiramos a Sova, donde pernoctamos.

La madrugada siguiente atravesamos el Zab a nado y antes de mediodía llegamos al pueblecillo de Tokaragua, situado unas cuantas leguas al nordeste de Cuod-Hanis (en que residía el patriarca nestoriano Mar-Simoún), y que pasaba por ser el lugar más céntrico del fiero y salvaje Kurdistán, cuyas agrestes y empinadas sierras constituyen la frontera turco-irana y se hallaban a la sazón encumbradas por una serie de plateadas lomas, en que se destacaban a trechos esmeraldinas manchas de pastos primaverales.

Y desde lo alto del camino de recuas que habíamos ido siguiendo, entreoíase a veces distintamente el sordo rugir de las aguas, que tumultuosas se iban desli-

zando por el fondo de un abismo oscuro y coronado de aldeas diminutas y asidas, por decirlo así, a las fases casi perpendiculares de aquella erizada y pujante crestería, de aspecto romántico al par que salvaje e inhospitalario.

En Tokaragua me encontré con el jefe de nuestra división, el comandante Köprülü-Kiasim Bey, de origen albanés, y quien, además de hombre honrado, era también un militar entendido y valerosísimo, que había tenido en jaque al Ejército moscovita por espacio de cuatro a cinco meses sin más elementos que nuestra División de Gendarmería de Van y los voluntarios turco-kurdos del Gobernador General de la provincia, Dyevded Bey.

Su audacia y actividad habían llegado a impresionar a los rusos de tal manera, que sin querer aguardar su llegada habían desocupado, al comenzar la guerra y a toda carrera, los distritos de Bash-Kaleh, Serail, etc., para ir a refugiarse en el Norte de Persia, más allá de la ciudad de Tebriz, que cayó en poder de los otomanos.

Así se hallaban las cosas en el frente ruso-turco-irano, cuando se presentó en escena el teniente coronel Halil Bey (más tarde Halil Pachá, el de Kut-El-Amara) y lo echó a perder todo por medio de su ambición e innato espíritu de fantochería.

Hallándome deseoso de salvar nuestros depósitos de provisiones y municiones en Bash-Kaleh, que habían caído entretanto en manos de los rusos, escogí sesenta jinetes entre los mejores de la escolta de Kiasim, y acompañado de un grupo de oficiales, que se me habían agregado voluntariamente, partí con rumbo al Norte para intentar un golpe de mano contra dicha plaza, a ser posible aquella misma noche.

Poco antes de la puesta del sol repasamos el Zab. A eso de las nueve nos desplegamos en silencio frente a Bash-Kaleh. Y acercándonos cuanto pudimos, dimos una carga, que por lo inesperada puso en fuga a su guarnición cosaca y nos dejó en posesión de la villa.

Acto continuo despaché cuatro avanzadas para que nos mantuvieran en contacto con el enemigo, al igual que una carta a Kiasim Bey, rogándole me remitiera algunos refuerzos para sostenerme allí mientras él llegara con el resto de las tropas a su mando, pues Bash-Kaleh era la llave del desfiladero de Kurd-Daghi, que guarecía la espalda de nuestras fuerzas sitiadoras en Van.

El resto de la noche lo pasamos al pie de nuestras bestias ensilladas, y sin tener que registrar por fortuna más novedad que un par de falsas alarmas.

Sólo al amanecer, cuando los primeros rayos del sol naciente comenzaron a teñir de rosa los albos picachos de la sierra irana, llegamos a divisar por fin, allá muy lejos, dos regimientos de infantería enemiga, precedidos de varias *sótnias* de cosacos, que venían avanzando lentamente en dirección nuestra.

A causa del brillo de las bayonetas, que los rusos suelen llevar siempre caladas, semejaban dichas dos columnas un par de monstruos, o sierpes gigantes-

cas, de escamas de oro, que perezosas se iban deslizando a través de la polvorienta llanura.

Viendo que los refuerzos solicitados no llegarían a tiempo para salvar la villa, hice rociar de petróleo los principales edificios de Bash-Kaleh, de suerte que cuando los rusos llegaron, ya no encontraron sino montones de cenizas y una ciudad ardiendo por los cuatro costados.

Al acercarnos a Sova, se me ocurrió preguntar a Tchefik Bey lo que se habían hecho los armenios aquellos. Y al notar que se hacía el desentendido, le dirigí la pregunta por segunda vez, cuando éste levantó la mano, y sin proferir una palabra señaló ciertas cuevas al pie de una vecina montaña.

Aquello me bastó.

¡Y pensar que semejante monstruo había sido educado en Francia, pertenecía a una de las primeras familias de Constantinopla y era por añadidura hasta senador del Imperio...!

Media hora antes de llegar a Tokaragua tropezamos con un grupo de kurdos, conduciendo en medio a un individuo que cualquiera hubiera podido tomar a primera vista por un mendigo pagano.

Cuantos esfuerzos hizo Tchefik Bey por hacerle hablar resultaron vanos. Y cuando ya lo iban a fusilar hizo señas, como si desease hablarme.

Acatando sus deseos lo llamé aparte, y por el correctísimo francés en que me dirigió la palabra y la reminiscencia que me izo de su vida en París, comprendí desde luego que no era el espía armenio que se le había supuesto, sino un príncipe persa de la muy noble estirpe de los Farman-Farmah, si no mal recuerdo, el cual andaba errante por aquellas montañas, disfrazado de mendigo, por razones de estado.

No existiendo motivo alguno por qué tenerlo preso, hice soltarle inmediatamente y escoltar hasta la frontera irana, provisto de un salvoconducto.

Un año más tarde vino a saludarme en Alepo ese mismo individuo, acompañado de su secretario, y antes de despedirse me prendió en el pecho, en señal de gratitud, una alta condecoración irana, que todavía conservo.

Y al descolgarse las sombras del ocaso sobre aquel caos de fieras serranías, columbráronse sobre la falda de un estrecho valle media docena o más de pálidos manchones, señalando el sitio en que se apiñaban las tiendas de campaña de nuestro ejército expedicionario, que había llegado entretanto desde Persia.

Y a medida que nos le íbamos acercando íbanse destacando cada vez más distintamente rebaños de ganado lanar, bovino, mular y caballar paciendo sobre el declive del cerro, en tanto que a la entrada del vivac divisábanse, igual a hormigas, infantes y jinetes agitándose entre montones de parque, baterías alineadas y albas hileras de toldos, que el vivo reflejo de las llamaradas iba tiñendo ya de púrpura.

Después de la cena me presentó Kiasim Bey al General en Jefe de nuestro ejército expedicionario, el teniente coronel Halil, quien, de paso sea dicho, me recibió con ese ceremonial ostentoso de los orientales, que tanto se asemeja a lo que nosotros solemos llamar vulgarmente "cordialidad", pero que las más de las veces significa todo lo contrario, esto es, el guante de seda, y en ocasiones hasta el cordón de seda, o la tacita de café envenenada.

Halil podía tener entonces unos treinta y ocho años. Era de estatura frágil más bien, poseía facciones bellas, y había ascendido de capitán a coronel en menos de tres años, no tanto por sus méritos militares, pues sus conocimientos en ese ramo no excedían tal vez de los de un jefe de guerrilleros, sino gracias sólo a que era tío del Ministro de la Guerra, Enver Pachá.

(Es del caso recordar aquí que el sistema de "ascensos por méritos excepcionales", usado en las altas esferas del ejército otomano durante la Guerra Mundial, dio lugar a muchos abusos, sobre todo entre ciertos miembros de la oficialidad superior joven turca, como Enver, Dyemal, etc., quienes eran los gerentes militares del Comité de Unión y Progreso y hacían lo que mejor les placía por no haber quien se lo impidiera, desde el momento en que el Sultán era instrumento suyo y los alemanes tenían buen cuidado de no mezclarse en los asuntos internos de la administración civil y militar otomana).

Las fuerzas que había traído Halil de Constantinopla se componían casi totalmente de regimientos de línea, instruidos por el coronel Nikolai Bey, y que descollaban por su gallardía, su disciplina, y más que todo por lo bien equipados que iban.

Desgraciadamente, tampoco tardó esta tropa escogida en desbaratarse entre las manos de Halil a causa de su espíritu de desorden, que llegó a ser con el tiempo casi proverbial en el ejército.

Celoso de Kiasim porque había ganado justo renombre por su brillante conducta en aquellas fronteras, le quitó el mando de su división. Y a los subgobernadores de Shadak, Berguiri y Serail, quienes habían venido conteniendo heroicamente el avance de los moscovitas en sus respectivos *senyaks*, les ordenó que se retiraran en el acto con sus fuerzas hacia donde él se hallaba, dejando de ese modo abierto el paso al ejército ruso, que no tardó, como era de esperar, en adueñarse de casi todo el vilayato de Van y en parte también del de Bitlis.

La verdadera razón de esa su tan extraña manera de proceder, que algunos no vacilaron en tildar de venta descarada y traición a la patria, estribaba en que conociendo Halil su propia incapacidad de vencer a los rusos, tampoco quería que otros fueran a tener la gloria de haberlos vencido.

Esto lo supe yo más tarde por varios individuos que se lo oyeron decir mientras se hallaba bajo el influjo del licor.

De esa manera fue Halil Bey sacrificando unos tras otros los mejores jefes y caudillos que habían venido defendiendo y sosteniendo durante más de medio

año la supremacía de la Media Luna aquende y allende la frontera irana. Y cuando ya no le quedaba casi nada del ejército expedicionario que había traído consigo de Constantinopla, abandonó sus restos a su suerte y se fue a Erzerum, donde acabó también de desorganizar el III Ejército por medio de sus procedimientos desbaratados.

Viendo que allí tampoco podía lograr ventajas, se llevó las mejores divisiones para Mesopotamia, dejando abierta la frontera del Cáucaso, que los rusos tampoco tardaron en franquear, arrollando el III Ejército y ocupando la mayor parte de la provincia de Erzerum (marzo de 1916).

Con las fuerzas que sacó de allí fue Halil entonces a Bagdad, donde comenzó por usurpar los laureles que el coronel Nur-Ed-Din Bey había ganado durante la batalla de Ktesifón; y aprovechando la muerte del Mariscal de Campo von der Goltz Pachá, se hizo pasar por el vencedor de Kut-El-Amara, que había sido realmente obra del Feldmarschall y no suya.

Al igual que todos los farsantes, no tardó Halil, empero, en caer también de sus alturas, más no sin haber acabado antes también con el VI Ejército, cuyo mando le había confiado el Mariscal momentos antes de expirar.

Apresado después del Armisticio, con Dyevded y otros doscientos jefes jóvenes turcos, hallábase Halil, no hace dos años todavía, en vísperas de ser juzgado por el Gran Consejo de Guerra en Constantinopla, antes que por sus descalabros militares, por sus fechorías y su complicidad en las matanzas armenias.

Halil Bey, o Bajá, llegó a costar muy caro a Turquía.

Primeramente le causó la pérdida de las provincias de Van y Bitlis y del ejército expedicionario en la frontera irana. Luego acabó con el III Ejército, y motivó la pérdida de la provincia Erzerum. Acto continuo aniquiló el VI Ejército y perdió Mesopotamia sin haber logrado en todo el tiempo poner pie ni una sola vez en territorio enemigo.

De Halil, tío de Enver Pachá, puédese decir, sin temor de incurrir en exageraciones, que no pasa de ser sino una reputación usurpada.

Y esa era la clase de individuo y jefe que yo tuve el honor de conocer aquella noche en nuestro Cuartel General de Tokaragua, rodeado de un grupo de cortesanos bizantinos, uniformados, quienes le habían seguido desde Constantinopla, más bien que con la mira de defender su patria, atraídos y esperanzados por la perspectiva de placeres sin límites y un rico botín.

Entretanto había ordenado Halil también a Dyevded que abandonara Van a su suerte y se viniera a Tokaragua, por la vía de Koshab.

En virtud de dicha orden, partió el Gobernador con toda su gente por la ruta indicada; pero al descender del desfiladero de Kurd-Daghi dio de bruces con los moscovitas, quienes estaban acampados en Dérea y le habían interceptado el paso en las inmediaciones de Tchoug.

No obstante, tras de un breve combate que costó a los cosacos cincuenta bajas, logró Dyevded sacar el cuerpo al enemigo, y, apoyado por dos batallones que habíamos despachado en su ayuda, vino a incorporársenos en Tokaragua el día siguiente.

Entonces supimos por él que después de su retirada se habían esparcido los armenios de Van por la campiña, saqueando y asesinando a cuantos ancianos, niños y mujeres musulmanes habían encontrado, o sea estableciendo un precedente cual no se había conocido hasta entonces ni aún entre los mismos kurdos, quienes mataban a los hombres, es verdad, pero a las mujeres y niños no, o al menos no así, públicamente.

Este caso me recuerda otro, que presencié durante el sitio de Van:

Hallábame con algunos de mis oficiales parado sobre una azotea, observando el tiro de cañón, mientras una anciana musulmana tendía en un vecino tejado algunas prendas de ropa sobre un alambre.

Al darse cuenta de ello los armenios, abrieron nutrido fuego contra ella, y hasta después de acribillarla a balazos no comenzaron a disparar contra nosotros. Ahí sí no hubo equivocación posible.

A juzgar por la precipitación con que tiraban, se comprendía que la vida de aquella desgraciada les interesaba más que la media docena de oficiales, situados más cerca de ellos tal vez que no dicha anciana.

Este y muchos otros casos por el estilo que podría citar, no habrán dejado tal vez de influenciar y quizás de envenenar hasta cierto grado mi criterio respecto a los armenios, a quienes no por eso dejo de admirar en muchas cosas, aun cuando en otras los tengo que censurar, puesto que leer en los periódicos sobre matanzas, crueldades e injusticias no es lo mismo que haberlas presenciado de ambos lados, como las llegué yo a presenciar en tantas ocasiones, sin haberlo podido remediar.

# Capítulo IX

El 5 de mayo trasladamos nuestro Cuartel General de Tokaragua a las inmediaciones de Sova, donde ocupamos posiciones ventajosas, cubriendo el camino de Musul, en tanto que los rusos se atrincheraban frente a nosotros para impedir que fuéramos a avanzar sobre Van por la vía de Koshab y de Bash-Kaleh.

La única ruta practicable que nos quedaba ya para poder retirarnos a Bitlis era la de Vastán, que conducía por toda la orilla meridional del lago de Van.

De habernos apresurado un poco, hubiéramos podido ocuparla sin gran esfuerzo. Pero Halil no se decidía a tomarla a pesar de los consejos de Kiasim Bey, quien sí era veterano y comprendía el enorme peligro que corríamos.

Parece que Halil Bey había cobrado miedo a los rusos desde su derrota en Dilman, de suerte que sin atreverse a asumir la ofensiva para tratar de abrirse paso, dejaba deslizarse un tiempo precioso, que el enemigo iba aprovechando para tender en torno nuestro una telaraña peligrosa y cada día más intrincada.

Así pasamos algunos días, esperando que los rusos nos atacasen, mientras nosotros, esto es, Halil y su plana mayor, nos ocupábamos en hacer excursiones por las montañas, cazando liebres, jabalíes y perdices.

No dejaban de ser interesantes aquellas cabalgatas nuestras a través de las salvajes montañas del Kurdistán, de castillos feudales coronadas, cual nidos de cóndores, o por aldeas diminutas, que se perfilaban sobre el borde de los abismos, en que bullían las verdosas aguas del Zab y sus afluentes.

Nos hallábamos a unos tres mil metros o tal vez más de altura, en medio de montes, cerros y praderas, que cubrían los ricos pastos primaverales a imagen de una alfombra esmeraldina.

Por doquiera que se esparcía la vista, no veíanse sino lomas verdiclaras, sembradas de florecillas albas y encendidas, mientras que junto al curso de los arroyos, que se descolgaban en todas direcciones formando saltos y cascadas, se mecían esbeltos lirios amarillos y rosas alpinas bajo un cielo color de perla y oro, puesto que en aquellas altitudes deja la bóveda celeste ya de ser azul para tornarse en diáfana.

La llegada de los rusos había alborotado a los kurdos. En todas direcciones veíaseles huyendo con sus rebaños ante los *guiaurs* moscovitas y sus aliados, los voluntarios armenios, que no daban cuartel a moro que cayese en sus manos.

Sobre la cima de los montes o en fondo de los precipicios, por doquiera columbrábanse sus pintorescos campamentos, parecidos a los de los pieles rojas, que yo solía frecuentar cuando era *cowboy.*

Convencido al fin del peligro que nos amenazaba, resolvió Halil emprender la retirada por la vía de Vastán.

Nuestra División de Gendarmería, compuesta de doce batallones veteranos y prácticos en aquellas montañas, había de formar la vanguardia, y después de recoger la antigua guarnición de Van, que se hallaba acampada en torno de Shaghmanis, había de continuar avanzando sobre Vastán, seguida de cerca por el resto del ejército.

Durante los seis o siete días que estuvimos ocupando las posiciones de Sova, no tuvimos, fuera de algunas escaramuzas, ningún encuentro serio que registrar, puesto que al enemigo le convenía más bien tenernos allí quietos, con los brazos cruzados, mientras él mismo evolucionaba por la parte del norte para acabar de tender su red en torno nuestro.

Nuestra retirada algo inesperada no dejó por tanto de alarmar a los rusos, quienes al punto abrieron un fuego violentísimo de artillería sobre nosotros y arremetieron a la bayoneta contra nuestra retaguardia.

No obstante resultaron vanos todos sus esfuerzos por retenernos allí, pues nuestro ejército abrióse siempre paso y se internó por las montañas de Bérvar y Nordoz, con rumbo a Vastán.

El 26 de mayo salimos, Kiasim Bey y yo, acompañados de nuestra plana mayor y un escuadrón de gendarmería montada en dirección de Shaghmanis, donde nos esperaba, según dije antes, la antigua guarnición de Van, y hacia donde nos había precedido ya el grueso de nuestra división.

La noche la pasamos en una aldea llamada Kisham, cuyos habitantes resultaron ser no kurdos, como habíamos supuesto al principio, sino israelitas seminómadas, que hablaban un idioma medio kurdo, medio arameo, y que practicaban la poligamia.

Luego de haber cenado, tuve ocasión de poder conversar largo rato con algunos de sus notables, quienes habían venido a saludarme. Por ellos supe muchos pormenores curiosos, sobre todo respecto a la deportación de los judíos a Babilonia, en tiempos de Nabucodonosor, de que me hablaban con una familiaridad como si aquello hubiese sucedido sólo el día antes.

Entre las reliquias de su pertenencia figuraba una copia sumamente antigua del Pentateuco, manuscrita en un pliego de pergamino interminable y arrollada en torno de una varilla de palo de rosa, al igual que algunos documentos escritos con caracteres extraños, que ocultaban a la vista de los turcos, no sé por qué razón.

Fuera de Kisham, parece que existían todavía otras aldeas de hebreos seminómadas, situadas al pie de las montañas del Hártosh y del Dyebel-Toura, cuyos habitantes vivían en perfecta armonía con los jésidas, kurdos y nestorianos pobladores de aquellas salvajes y en parte ignotas serranías del Zágros y del Bothan-Su.

Al día siguiente, que era el 27 de mayo, atravesamos una empinada crestería, cortada en diversos sentidos por precipicios, que nos obligaban las más de las veces a llevar las bestias del cabestro. Este detalle resultaba muy poco edificante sobre todo para mí, pues ya hacía tiempo que venía sufriendo de una indigestión, que días después había de convertirse en un violento ataque de disentería.

En un villorrio cuyo nombre no recuerdo, encontramos la tarde siguiente a nuestro corpulento médico mayor, Izzet Bey, quien nos tenía preparada ya una excelente cena. Allí pernoctamos, acampados entre las ruinas de un antiguo castillo, que había albergado en un tiempo a Tamerlán. Y junto a una vereda, que siglos antes había sido camino real, noté una pirámide de guijarros, del tamaño de un huevo de avestruz cada uno, que los soldados de aquél habían arrojado allí unos tras otros, a medida que habían ido desfilando.

Tal era la manera de que antiguamente se calculaba en el Cercano Oriente el pie de fuerza aproximado de los ejércitos, y que aún se sigue practicando con el nombre de *talim-name* en algunas regiones del Cáucaso y de la Persia Septentrional.

El 29 llegamos por fin a Shaghmanis, donde tuve el gusto de poder saludar entre otros compañeros del sitio de Van, también a Aghmed y Burhan-Ed-Din Beys. El único que faltaba era Kiambulat, quien según supe entonces, había caído entretanto combatiendo contra los rusos ya no recuerdo dónde.

La madrugada siguiente salí con la caballería de vanguardia por el camino del desfiladero de Kásrik, que conducía a Vastán y que habíamos mandado ocupar la noche antes por un destacamento de dos a trescientos hombres, a fin de impedir que el enemigo nos fuera a atacar por el flanco derecho.

Al aproximarnos a la aldea de Kásrik, oímos fuego de infantes, y al rato, un cañoneo incesante, que iba en aumento a medida que seguíamos avanzando. Tan violento ruido de combate obedecía a que nuestra pequeña guarnición en el antecitado desfiladero acababa de ser atacada por los rusos y los voluntarios armenios de Van, cuya fuerza en conjunto no bajaba de tres a cuatro mil hombres de infantería y unos ochocientos cosacos, provistos de tres o cuatro baterías de artillería de montaña.

Para tratar de salvar a nuestros bravos, que se defendían desesperadamente sobre la cumbre de una desnuda loma, hice avanzar el batallón "Erzerum", que se lanzó de improviso sobre el flanco derecho del enemigo, en tanto que el "Musul" ocupaba ciertas alturas, desde las cuales logró dominar con sus fuegos a la artillería adversaria, de suerte que en menos de hora y media nos hallábamos una vez más dueños del desfiladero, y poco antes del anochecer, amos absolutos de la

situación. Pero en esto arribó una nota de Kiasim Bey, ordenándome que abandonara Kásrik y fuera con mis fuerzas a incorporármele en X... para luego seguir la marcha en otra dirección.

De no haber sido por esa orden, hubiéramos podido apoderarnos aquella madrugada de Vastán, y la mañana siguiente quizás hasta del mismo Van, puesto que el enemigo había emprendido la retirada precipitadamente en dirección al Norte, en la creencia sin duda de que lo íbamos a perseguir con todo el ejército.

Poco antes de las 10 p.m., me encontré con Kiasim, por el cual supe entonces que su orden había obedecido a otra orden de Halil Bey, en el cual éste le llamaba en su auxilio a toda carrera, pues la situación del grueso de nuestro ejército expedicionario se había vuelto entretanto sumamente grave.

Después de su retirada de Sova, que los rusos habían tratado de impedir por medio de un violento ataque a la bayoneta (y durante el cual las pérdidas de los moscovitas no bajaron de 600 hombres), se pusieron éstos a perseguirlo de cerca con toda su caballería, de modo que para esas horas se hallaba ya el ejército de Halil no sólo acosado, sino casi copado y asediado por los rusos en las inmediaciones de Mervanen.

Para poder salvarle se nos hacía preciso amenazar el flanco derecho del adversario. Y así lo hicimos por medio de una marcha nocturna sobre Perpeledán, que nos condujo a través de una serie de precipicios, en que perecieron no pocas de nuestras bestias de carga. La oscuridad era tal, que para no despeñarnos teníamos que seguir adelante asidos de las colas de nuestros caballos, que nos servían de guías.

Durante esa memorable jornada pude apreciar el verdadero mérito de nuestra división y el carácter de sus contingentes.

Muchos de nuestros gendarmes eran ex-bandidos y *comitadchis*, que habían sido desterrados a aquellas fronteras por insubordinados. Pero en nuestras manos se volvieron unos corderos, debido a que entre nosotros hasta los más leves conatos de insubordinación eran castigados con la muerte.

Kiasim Bey creo que mandó fusilar y aun mató con sus propias manos a tal vez más de cuarenta de ellos, mientras yo mismo tuve que andar no pocas veces revólver en mano y repartiendo plan de machete para impedir desórdenes y evitar saqueos. Mas no por eso dejaba nuestra división de ser un Cuerpo escogido en toda regla, que sabía aprovechar hasta las más mínimas ventajas del terreno, y evolucionaba, se reorganizaba y desplegaba en guerrillas, o combatía en formación cerrada sin que uno tuviera que ordenárselo siquiera.

Esos gendarmes no se desconcertaban ni aún en los momentos más difíciles. Nunca huían a la desbandada después de una derrota, y, al retirarse, lo hacían siempre cara al enemigo.

Al aclarar el día, llegamos a un puentecillo de madera, que cruzaba el Shadak-Su, frente a la aldea de Perpeledán. Y los kurdos, que seguían bajando de las montañas circunvecinas por decenas de millares, acosados por los cosacos y conduciendo inmensos rebaños de ganado lanar y cabrío, se hallaban apiñados en torno de su cabecera, disputándose el paso a veces hasta a fuerza de tiros y de cuchilladas.

Excuso decir el tumulto que se armaría cuando llegó nuestra división y empezó a abrirse paso a culatazos por entre aquel gentío, pues la salvación del ejército de Halil dependía únicamente de la llegada oportuna de nuestras fuerzas.

Luego de haber pasado nuestra retaguardia, se lanzaron con renovado ímpetu los kurdos sobre el citado puente, que, no pudiendo resistir ya el peso de la muchedumbre, se vino abajo estrepitosamente, convirtiendo las aguas del Shadak-Su en una segunda Beresina.

Ese día pernoctamos en Perpeledán, esperando noticias de Halil Bey, que nunca llegaban, hasta que en la madrugada siguiente nos vino a despertar el lejano ruido de disparos y el martillar incesante de las ametralladoras.

Y tras un cuarto de hora comenzamos a divisar en lontananza, apenas perceptibles, las columnas del tren de nuestro ejército expedicionario, que iban descendiendo en líneas serpentinas por toda la falda de un escarpado cerro, seguidas de cerca por las diversas unidades de combate en perfecto orden de marcha.

De no haber sido por el estruendo de las descargas, nadie hubiera podido imaginarse que aquel ejército venía perseguido y acosado de cerca por el grueso de la caballería enemiga. Y cuando ya nos disponíamos a partir para ir a su encuentro, nos sorprendió la presencia de una fuerza desconocida coronando cierta altura en la mitad del camino.

Afortunadamente resultó ser ésta una avanzada del coronel Halil Bey, quien al cabo de un cuarto de hora se desmontó entre nosotros, contento de hallarse una vez más al abrigo de nuestra división.

Entretanto se había empeñado un combate bastante serio entre nuestra retaguardia y el enemigo. Las fuerzas moscovitas, situadas allende el río, o sea en las aldeas de Mervanen y de Chilkeri, se componían de varios regimientos de caballería cosaca, llevando en ancas otros tantos batallones de cazadores que iban depositando, de paso, en posiciones ventajosas, para que los fueran apoyando durante sus cargas con el fuego de su fusilería.

Era notable ver aquellos cosacos evolucionando, semejantes a avispas alborotadas, ya atacándonos de frente, bajo la protección de sus cazadores, o desapareciendo tras las colinas, para luego reaparecer súbitamente en nuestro flanco, donde los esperaban ya nuestras ametralladoras y los hacían retroceder a rienda suelta y con más de una montura vacía.

Aquello parecía un segundo Puerto Arturo.

A la una y media de la tarde entró en acción también nuestra artillería, obligando al enemigo a replegarse y a fortificarse al pie y en torno de la aldea de Mervanen.

Uno o dos de sus batallones, que habían logrado atravesar el río, habíanse entretanto atrincherado tras ciertas lajas y peñascos, que dominaba el fuego de las fuerzas a mi mando desde un grupo de colinas de rojo pórfido, formando la extrema ala izquierda de nuestro frente.

Nos hallábamos a menos tal vez de trescientos metros unos de otros, y no obstante los esfuerzos de los rusos por desalojarnos de allí, tuvieron por último que replegarse y aguardar la caída del sol para poder retirarse sin ser diezmados.

Con ellos encontrábanse acorralados en dicha hoyada un par de *sótnias* de cosacos siberianos, que no habíamos notado al principio a causa del declive de la montaña.

Cuando éstos se vieron descubiertos, por fin, y comenzaron a sentir las balas de nuestros veteranos lloviendo en torno suyo, se pusieron a huir a la desbandada, ascendiendo la falda de la montaña opuesta a todo galope. Mas, a pesar de ello, y no obstante los ochocientos metros que nos separaban, pudimos hacerles algunas bajas.

El crecido número de caballos blancos y rucios que llegué a notar entre dichos cosacos me hizo suponer que habían sido reforzados por voluntarios armenios, pues los cosacos, y sobre todo los siberianos, no usaban por lo general sino ganado de color oscuro.

Al anochecer se retiró la caballería adversaria con sus infantes en ancas hasta unos cuantos kilómetros más allá de Mervanen, por temor sin duda de que fuéramos a emprender una contraofensiva nocturna. Pero la mañana siguiente regresó, mas ya no para atacarnos, sino para observarnos únicamente, desde fuera de tiro de cañón, mientras el resto de la infantería enemiga, que había llegado durante la noche, se había posesionado del camino de Shadak, cortándonos la retirada hacia Bitlis por la vía de Vastán.

Y en tanto nos hallábamos allí, acorralados por el grueso del ejército moscovita, que nos amenazaba de frente y por ambos flancos, o por mejor decir, recostados contra las heladas serranías y regiones geográficamente inexploradas del alto Bothan, nos sorprendió un temporal de nieve, que nos hizo sufrir muchísimo, especialmente durante la noche, y afectó hasta cierto grado también a nuestro ganado, que se hallaba de por sí ya bastante débil a causa de las marchas y contramarchas que habíamos venido practicando durante esa semana a través de las agrestes montañas de Nórdoz y el Bervar.

A la mañana siguiente despertamos al son de un vivo tiroteo, que nos hizo temer al principio una sorpresa por parte del adversario. Pero no era tal. Tratábase únicamente de un par de osos extraviados que recorrían azorados nuestro campa-

mento, sin encontrar salida, hasta que su mala suerte los condujo a las ollas y los asadores de nuestros cocineros.

La altura a que nos hallábamos era de 3.500 metros sobre el nivel del mar, mientras la temperatura, siberiana, en todo el sentido de la palabra.

Nuestra situación no dejaba de ser en extremo difícil y sólo Dios sabe adónde hubiéramos ido a parar, de no habérsenos presentado una ayuda del cielo en forma de un tal Noro, jefe de bandoleros kurdos y lugarteniente del famoso bandido Murmuhí, quien, a cambio de la derogación de la sentencia de muerte que pesaba sobre su cabeza, se comprometió a conducirnos hasta Sairt, a través de los desiertos de hielo del Bothan y del Dyahudí.

Confiando en la palabra de semejante tipo, púsose nuestro ejército a atravesar una serie de regiones ignotas, que, según me aseguraba el mismo Dyevded Bey, había de ser yo el primer extranjero en visitar.

Esa era la segunda vez en mi vida que me hallaba o viajando por tierras geográficamente inexploradas.

El 5 de junio por la noche cayó otra nevada, acompañada de un furioso huracán, que hizo perecer de frío algunas de nuestras bestias de carga y un centenar o dos de soldados. Y el 6 por la mañana púsose en marcha nuestra división, formando la retaguardia del ejército.

Al principio nos siguieron los rusos a cierta distancia, pero viendo que no les hacíamos caso se volvieron al fin por temor quizás a una emboscada.

Esa tarde descendimos a un delicioso valle, oculto en medio de altísimas montañas y cubierto de vegas de variados matices, jardines florecientes y tres o cuatro pueblecillos rodeados de bosques de árboles frutales. Pero se hallaban vacíos. Sus habitantes habían huido precipitadamente al saber que nos íbamos acercando. Sólo junto a la puerta de un molino de agua encontramos una recua de asnos cargados de harina, abandonados por sus dueños al emprender la fuga.

Al despuntar el día, nos pusimos a escalar una nevada serranía, de aspecto fragoso y amenazante, cuyas plateadas lomas se iban enarcando de cumbre en cumbre y de cresta en cresta, hasta perderse entre las blancas cimas del Hártosh, vecinas a las nubes.

Nos hallábamos en plena tierra desconocida.

Luego, o mejor dicho, después de ya entrada la tarde, atravesamos un desfiladero, cubierto de una capa de nieve de cuatro o cinco meros de espesor. Y temprano aún comenzamos a descender en dirección al Sur, siguiendo el curso de varios arroyos cuyas rojizas e impetuosas aguas se lanzaban tonantes por despeñaderos y barrancos, arrastrando trozos de hielo y formando cataratas que se estrellaban con ruido atronador en el fondo de los precipicios.

La carestía de víveres llegó a ser tan grande, que durante aquel día y el siguiente tuvimos que alimentarnos de raíces y de cierta hierba aromática utilizada por los kurdos en la preparación del queso porque tiene sabor a cebolla.

No obstante, y por fortuna, a medida que íbamos descendiendo iba aumentando la vegetación, de suerte que a la caída del sol nos estábamos ya calentando en torno de formidables hogueras, que hacían saltar torrentes de chispas de entre haces de rojas llamaradas.

Y en tanto me hallaba descansando, envuelto en mi capote, escuchando el nocturno canto de las aves o contemplando las negruzcas rocas, cubiertas de témpanos de hielo y teñidas de púrpura indecisa, vino a romper el silencio de la noche repetidas veces un aullido estridente melancólico, que parecía descender desde lo alto de los cerros oscuros y cortados a pico que nos circundaban.

Al oír aquello nuestros kurdos, solían juntarse en torno a las hogueras, aterrados y murmurando estrofas del Alcorán, para librarse de ese *sheitán* o Satanás de las montañas que, por la voz, supuse ser una pantera.

Dicho lamento y el lejano llanto de los lobos contribuían a hacerme recordar, de vez en cuando, que estábamos pasando el Keliehán, que no era del dominio de los hombres, sino feudo exclusivo de las fieras.

El 7 de junio seguimos descendiendo por toda la falda de una montaña, sembrada de breñas y enmarañados bosques de perales silvestres, o de encinas enanas, hasta que por la tarde entramos en un espacioso valle, llamado por los kurdos el *maziró*, y que de Norte a Sur cortaba un caudaloso río (el curso superior del Bothan-Su, supongo yo).

Circuídas de plateadas cordilleras que destellan cual diamantes bajo el sol, representan aquellas mesetas de la zona alpina del Hakiari regiones olvidadas, que cubren las nieves ocho meses del año y son conocidas únicamente por los kurdos y los jésidas, quienes las frecuentan durante los meses del estío para apacentar en ellas sus rebaños y recoger las agallas de sus bosques.

Durante el paso del citado río, que efectuamos aquella misma tarde, pude apreciar la gran utilidad de nuestros dromedarios, que con el agua al cuello iban y venían a través de la veloz corriente, trasportando de una orilla a otra las municiones y nuestra artillería, la cual, de lo contrario, hubiéramos tenido que dejar atrás, pues al ganado mular y caballar le llegaba el agua hasta por encima de la cabeza obligándolo a pasar a nado.

El paisaje que nos circundaba no podía ser más bello, sobre todo en dirección al Sur, donde en medio de un mundo de azules lejanías recortaba distintamente sus perfiles el níveo y solitario cono del Dyebel-Toura, en tanto que al Poniente centellaban bajo la luz del sol las argentadas cumbres del Monte Dyahudí (o "de los judíos") en que, según antiguas tradiciones de origen arameo, aterrara en la noche de los tiempos el Arca del Patriarca Noé.

De ahí en adelante ya no encontramos nieve en el camino, pero en cambio sí desiertos basálticos y pedregonales infernales, que dejaron mancas y cojas muchas

de nuestras pobres bestias. Además, íbamos recogiendo por todo el camino los enfermos y heridos que las fuerzas de Halil habían dejado atrás por falta de medios de transporte.

En varias ocasiones me vi precisado a abandonar cargas enteras de municiones para poder llevar a algunos de esos infelices, quienes de lo contrario hubieran perecido irremisiblemente a manos de los kurdos, o devorados por las fieras.

El 9 de junio desfilamos por todo el pie del Monte Dyahudí, que se extendía como una mole de hielo, interminable, de Naciente a Poniente. Y a eso de las cuatro nos desmontamos, Kiasim Bey y yo, en la pequeña *kasaba* de Kisgir, que en medio de sus jardines y bosques de avellanos semejaba de lejos un risueño oasis.

Allí encontramos a Halil instalado en el patio de una bella quinta, descalzo y tumbado en una alfombra, bebiendo *raki*, o *dúsico*, es decir, aguardiente de uva, en compañía de un grupo de cortesanos.

Con la nuestra había coincidido la llegada del teniente coronel Isaák Bey y la del conocido tribuno Omar-Nadchi, quienes se hallaban altamente disgustados por la declaración de la guerra de Italia, que acabábamos de saber no recuerdo de qué manera.

Algunos, y entre ellos Omar-Nadchi Bey, maldecían la hora en que Turquía había entrado en la contienda, y opinaban que ésta debería firmar a todo trance una paz separada con los aliados, aun cuando fuese sacrificando un trozo del imperio.

Daba pena ver a un hombre como Kiasim, cuya sola fama había bastado a veces para poner en fuga al adversario, teniendo que prestar homenaje ante un archi-asesino como Halil Bey, que acababa de sacrificar la provincia de Van casi entera a causa de su envidia y su patente falta de conocimientos profundos en el arte militar.

Cuando llegué al poblado, adonde había ido en busca de víveres para nuestra gente, que acababa de pasar una semana de privaciones inauditas, me encontré con el bazar y las tiendas vacías, a causa de que las fuerzas de Halil habían pasado por allí como un enjambre de langostas, o peor tal vez, destruyendo y regando por el suelo cuanto no habían podido llevarse consigo.

Al siguiente día atravesamos una región sin agua, rodeada de colinas de piedra calcárea, amarillenta, que me hicieron recordar los contrafuertes de los Andes, al borde de las sabanas del Casanare. Y el once llegamos a las aldeas de Ambar y de Gündesh, que Halil había mandado saquear e incendiar so pretexto de que sus habitantes habían robado las armas a algunos de nuestros soldados.

Junto a la orilla del río noté los cadáveres bamboleantes de media docena de kurdos ahorcados. Mientras que un poco más adelante tropezamos con unos veinte armenios, a quienes nuestra gente había encontrado ocultos en las montañas, y que trataban de hacerse pasar por nestorianos. Pero vanos resultaron sus

esfuerzos. La retaguardia se hizo cargo de ellos, y cuando nos hallábamos nuevamente en marcha, me reveló el estruendo de varias descargas a dónde habían ido a parar los veinte armenios.

Esa noche la pasé muy mal a causa de las pulgas y un fuerte ataque de disentería, que temía fuera a degenerar en tifus.

En aquellos contornos cundían también las garrapatas y legiones de tábanos, que no dejaban descansar a nuestras pobres bestias.

De las nieves del Cáucaso habíamos descendido súbitamente a las regiones semitropicales del Dyesiret y de la Alta Mesopotamia.

El 12 atravesamos por fin el Bothan-Su, tributario del Tigris, por el puente Saman-Kóprü, que los cosacos trataron de disputarnos al principio, y entramos de pleno en la provincia de Bitlis.

Ese día, se separaron nuestros caminos. Halil prosiguió la marcha con sus fuerzas en dirección al Norte, para ir a organizar con la ayuda de Dyevded las matanzas de Sairt, Bitlis, Mush y Sasoún, al paso que Kiasim Bey recibía la orden de dirigirse a Kara-Hisar para comenzar la reconquista de la provincia de Van, que Halil acababa de perder por medio de sus desaciertos.

Disgustado al fin por tantas y tan injustificables matanzas de cristianos, cometidas si no a instancias directas, al menos sí con el beneplácito del General en Jefe de nuestro ejército expedicionario, el (entonces ya) coronel Halil Bey, pedí mi baja como Jefe de Estado Mayor interino de la División de Gendarmería de Van. Y aprovechando una noche oscura entré en la ciudad de Bitlis, disfrazado de gendarme, para ver lo que se habían hecho las Hermanas *Schwester* Martha y Miss McLaren.

Desgraciadamente no pude dar con ellas, y antes del amanecer tuve que retirarme para ir a recoger mi pequeña escolta, que había dejado en un villorrio salinero llamado Varkan, y donde me sorprendió el alcalde durante la cena con la última noticia llegada de Constantinopla, a saber, que "el Emperador de Alemania se había convertido al Islamismo".

En el camino de Sairt me alcanzaron algunos oficiales del batallón de voluntarios de Bash-Kaleh, quienes con aire satisfecho me explicaron cómo y de qué manera las autoridades de Bitlis lo tenían ya todo preparado, esperando tan sólo la orden final de Halil Bey para dar comienzo a una de las matanzas más cobardes que registra la historia de la Armenia contemporánea.

Y cediendo a ese impulso de compañerismo con que los turcos me han tratado casi siempre, en razón tal vez a que había aprendido su idioma, hasta me aconsejaban que apresurase la marcha si deseaba llegar a tiempo para presenciar la gran matanza de Sairt, que debía de haber comenzado ya a aquellas horas bajo la dirección del Gobernador General de la provincia, Dyevded Bey.

Todavía antes de mediodía del 18 de junio llegamos frente a Sairt, que con sus casas blancas y estrechas hacia lo alto revelaban su origen babilónico.

Seis alminares, de los cuales uno era inclinado, se perfilaban como agujas de alabastros en el turquino cielo de Mesopotamia.

Rebaños de ganados y negros búfalos pacían tranquilos en la llanura circunvecina, mientras un grupo de lanudos dromedarios soñoleaba en torno de una fuente solitaria.

El sentimiento de calma momentánea que había evocado en mi mente atormentada aquel ameno cuadro, fue, sin embargo, bruscamente interrumpido por el espectáculo atroz que ofrecía cierta colina al lado del camino, coronada de millares de cadáveres medio desnudos y ensangrentados, amontonados unos sobre otros, o entrelazados en el postrer abrazo de la muerte.

Padres, hermanos, hijos y nietos yacían allí conforme habían caído bajo balas y los yataganes de sus asesinos.

De más de un montón de aquellos sobresalían las extremidades temblorosas de los agonizantes.

De más de una garganta abierta de una cuchillada se escapaba la vida en medio de bocanadas de tibia sangre.

Bandadas de cuervos picoteaban por doquiera los ojos de los muertos y de los agonizantes, que en sus miradas rígidas parecían reflejar aún todos los horrores de una agonía indecible, en tanto que los perros carroñeros clavaban sus afiladas dentaduras en las entrañas de seres que palpitaban todavía bajo el impulso de la vida.

Aterrado ante tan horrendo cuadro, y, pasando a saltos por encima de los montones de cadáveres que obstruían el paso a nuestras bestias, entramos por fin en Sairt, donde la policía y el populacho se hallaban todavía saqueando las casas de los cristianos.

En el Serrallo me encontré con varios subgobernadores de la provincia, reunidos en Consejo bajo la presidencia del jefe de la gendarmería local, el capitán Nasim Effendi, que había dirigido la matanza en persona.

Por sus conversaciones comprendí en el acto que ésta había sido dispuesta el día antes por Dyevded Bey, y que éste había salido aquella madrugada con rumbo a Bitlis para dar comienzo a aquella otra carnicería de que me habían hablado ya en el camino los oficiales del Bash-Kaleh-Tabur.

Uno de dichos subgobernadores, con quien yo mantenía muy buena amistad, hasta me previno, bajo toda reserva, que Halil había decretado mi muerte para impedir que fuera a revelar más tarde en Constantinopla o en el extranjero lo ocurrido, pues, según decía él (esto es, Halil) había sido yo el único cristiano y testigo ocular en aquel ejército que había visto cosas que no debería haber presenciado jamás un cristiano.

Entretanto me había alojado en una hermosa casa de nestorianos, saqueada como todas. Del mobiliario no quedaban sino algunas sillas rotas. Manchas de sangre cubrían el suelo y las paredes. En un rincón olvidado encontré un diccionario inglés junto con una pequeña imagen de la Virgen María, escondidos allí probablemente a toda prisa por alguna criatura.

Después de un breve descanso, bajé al casino militar, donde me esperaba ya un grupo de oficiales que habían servido a mis órdenes durante el sitio de Van. Y en medio de ellos, pude observar entonces con toda calma el espectáculo feroz que ofrecía la población de Sairt en aquellos momentos.

Entre los cuadros poco edificantes que tuve que presenciar con la sonrisa en los labios figuraba una procesión, encabezada por un piquete de gendarmes, que conducían en medio a un venerable anciano. Su negra túnica y birrete morado revelaban claramente su categoría de obispo nestoriano. De una herida en la frente le brotaban gotas de sangre, que al deslizarse por sus pálidas mejillas parecían convertirse en rojas lágrimas del martirio. Y al pasar junto a nosotros se me quedó mirando, como adivinando que yo también era cristiano, pero siguió adelante, en dirección de la colina aquella donde, al llegar, se paró con los brazos cruzados en medio de su rebaño, que le había precedido ya en el camino de la muerte, y cayó hecho trizas bajo el hierro de sus asesinos.

Al rato bajó oro gentío, arrastrando tras sí varios cadáveres de niños y de ancianos, cuyas cabezas iban dando bandazos sobre el empedrado, al paso que los transeúntes los acompañaban de esputos y de maldiciones.

Y así, sucesivamente, se fueron desarrollando ante mis ojos escenas a cual más triste y cual más sangrienta, hasta que, cansado por fin de presenciar tanta miseria, me fui a mi casa, resuelto a ya no seguir sirviendo bajo las banderas de Halil Pachá, que permitía tamaños crímenes de lesa humanidad.

En esto se hizo noche y la plateada luna se levantó con pausa por encima de las palmeras y distantes mezquitas, que a imagen de castillos encantados miraban con ceño majestuoso los azules misterios del espacio, mientras del fondo de la oscura lobreguez sonaban de vez en cuando, cual plañidos de muerte, el débil eco de un toque de clarines o el misterioso lamento de una hiena.

Y cuando alto por el cielo andaba el sol, me hallaba ya muy lejos de la ciudad de Sairt... atravesando las tierras de Kashanah, sin que nadie se hubiese dado cuenta siquiera de la dirección que había tomado.

A mediodía pasamos un río bastante caudaloso con ayuda de algunos kurdos, quienes, después de conducirnos hasta la orilla opuesta, intentaron asaltarnos a traición. Pero nosotros íbamos prevenidos, de suerte que a la primera descarga los dejamos a casi todos tendidos en la arena.

En esos tiempos no valía gran cosa una vida humana en aquellos parajes. ¡Desgraciado del que ostentare dientes de oro! Los kurdos hubieran sido capaces de seguirle durante días enteros para arrancárselos después de haberlo acuchillado.

Poco antes del anochecer arribamos a un caserío de nombre Socáida, en que residía el sordo-mudo jeque Mohamed-Tchekif, hermano del poderoso *sheik* Mohamed Effendi, que poseía setenta aldeas en la llanura circunvecina, y después de combatir al lado nuestro en Van, se había pasado al enemigo por motivos de interés personal.

Al principio se negaron los kurdos a recibirme, so pretexto de hallarse ausente Mohamed Effendi, mas en realidad para obligarme a seguir la marcha y asesinarme en despoblado durante la noche junto con mi pequeña escolta de siete gendarmes.

El brillo de una pistola máuser, aplicada con cierto disimulo a la boca del estómago del sordomudo jeque, unido al hecho de que algunos de ellos me conocían ya de vista o de nombre desde Van, bastaron afortunadamente para hacer cambiar de parecer a Mohamed-Tchefik, quien en el acto me brindó hasta su propia casa. Pero conociendo como yo conocía a los kurdos y su carácter traidor, excuséme de aceptar su oferta, limitándome a tomar posesión de un edificio aislado, desde cuyo tejado se dominaban las azoteas de las casas circunvecinas.

En el entresuelo coloqué las bestias bajo la custodia de tres gendarmes, al paso que en el piso alto me instalé yo mismo con los otros cuatro, resuelto a vender la vida lo más cara posible en caso de un asalto.

Después de la cena me puse a contemplar desde lo alto de mi pequeña fortaleza el bello panorama que nos circundaba, sobre todo al Este, donde se perfilaban en un fondo de nácar las sonrosadas cumbres del Monte Dyahudí, y hacia el Tramonte, donde soñoleaba, como suspensa en el horizonte, la mole azul de las montañas del Sasoún y el Monte Antok, en que los armenios del Alto Tigris habían resistido victoriosamente, en 1896, a las huestes turco-kurdas de Alí Pachá, y donde cinco semanas después de aquella tarde habían de perecer casi todos los cristianos sobrevivientes de la provincia de Bitlis bajo las cimitarras de los kurdos y las balas de los voluntarios del sanguinario Dyevded Bey, quien mataba, no acaso por amor al arte únicamente, sino porque se hallaba firmemente convencido de que con ello prestaba un servicio a su patria y sobre todo a su religión, semejante a los Cruzados, quienes en 1099 y a las órdenes de Godofredo de Bouillón pasaron a cuchillo toda la población hebrea y mahometana de Jerusalén, consistente en ochenta mil almas.

Aquellas cintas de montañas azules y vastas llanuras azafranadas, que nos rodeaban en todas direcciones igual a un tapiz de tonos primorosos, parecían hablarme con cada ruina y hasta con cada piedra de ejércitos brillantes y de tonantes cargas de caballería neopersa, que hacían temblar de espanto las águilas romanas.

Como los kurdos y demás indígenas de Mesopotamia suelen dormir en las azoteas durante la época de los calores, me llamó la atención que aquella tarde nadie subiese a ellas, excepto algunos varones, para recitar sus oraciones vespertinas y espiar de paso lo que nos hallábamos haciendo. Su extraño modo de proceder acabó por convencerme de que algo se hallaban tramando. Y para que no nos fueran a tomar desprevenidos, adopté las precauciones del caso y me puse a esperar los acontecimientos.

Pasada ya la media noche, oí un ruido extraño sobre una de las casas vecinas, seguido de un silbido apenas perceptible. Comprendiendo que no podía ser sino una señal convenida, disparé un tiro al aire a fin de alertar a mi gente en el entresuelo.

Aquel disparo aislado parece que había sido el santo y seña de los kurdos, quienes en el acto abrieron contra nosotros un fuego nutridísimo, que no cesó hasta el amanecer.

Entretanto, atraídos sin duda por el ruido del combate, se nos había ido acercando una docena o dos de desertores turcos, los cuales habían permanecido ocultos hasta entonces en las montañas circunvecinas, y que, al ver aquel enjambre de kurdos lanzando gritos y aprestándose para el asalto, en vez de abrirse paso hacia nosotros, se asustaron y emprendieron la fuga precipitadamente hacia los cerros, perseguidos de cerca por los kurdos, que no tardaron, por supuesto, en darles alcance y en matarlos.

Aprovechando tan inesperada distracción, y a pesar de que cuatro de entre nosotros se hallaban heridos, montamos a caballo, y abriéndonos paso a machetazos y pistoletazos por entre aquel gentío, nos alejamos a todo galope, mas no sin haber incendiado primero el edificio en que habíamos pernoctado y disparado en señal de despedida, un par de descargas contra las ventanas de la casa en que se hallaban atrincherados Mohamed-Tchefik y algunos de sus jefes.

La mañana no podía ser más bella y llenaba de alegría hasta a las mismas bestias, que no cesaban de relinchar.

La única nota disonante en tan hermoso cuadro de luz y vida eran las humeantes ruinas de las que días antes habían sido aldeas cristianas y el olor ofensivo a carroña que despedían.

Entretanto se habían rehecho los kurdos de su sorpresa, y, montados en soberbios corceles, pusiéronse a perseguirnos, aun cuando a cierta distancia.

Pero la lección que acabábamos de darles y la proximidad de la *kasaba* de Sok parece que los hizo entrar por fin en razón, puesto que volviendo grupas desaparecieron en medio de una nube de polvo.

El *kaimakán* de dicha *kasaba* era un búlgaro renegado, antiguo amigo mío, que me recibió con los brazos abiertos y al punto me comunicó que acababa de recibir un telegrama urgente de Dyevded Bey, preguntando si yo había pasado por allí.

¡Cuál no sería la impresión que me causaría aquella nueva!

Sin embargo, conociendo como conocía yo su índole caballeresca, le manifesté desde luego, con entera franqueza, lo que me pasaba, y aquel hombre tuvo la generosidad de contestar a Dyevded negativamente.

Este mismo día, en tanto me hallaba almorzando, alcancé a divisar a través de los cristales de la Sub-Gobernación una caravana de varios centenares de niños y mujeres cristianos descansando en la plazoleta del mercado.

Sus mejillas hundidas y ojos cavernosos llevaban ya impreso el sello de la muerte.

Entre las mujeres, casi todas jóvenes, no faltaban algunas madres, cargando niños o más bien esqueletos de niños entre sus brazos.

Una de ellas estaba loca. Hallábase arrullando el cadáver medio putrefacto de una criatura recién nacida.

Otra veíase tumbada en el suelo, inmóvil, muerta. Dos huerfanitos, que la creían dormida, trataban de despertarla, sollozando.

Y junto a ésta, expiraba en un charco escarlata otra, bella y muy joven. Había sido víctima de un soldado de su escolta.

Los ojos aterciopelados de la agonizante, que parecía haber pertenecido a la clase culta, reflejaban un dolor inmenso, indescriptible. Y al abrirme yo paso a latigazos por entre los gendarmes kurdos que la rodeaban, para ofrecerle un vaso de agua, apenas pudo besarme la mano, y expiró.

Cuando sonó la hora de partida, se fueron levantando unos tras de otros aquellos esqueletos harapientos, inmundos, y formando un conjunto de miseria que clamaba al cielo, se fueron alejando a paso lento, custodiados por un grupo de barbudos gendarmes y seguidos de cerca por un enjambre de kurdos y rufianes a quienes la escolta trataba de ahuyentar, arrojándoles piedras, mas en vano, pues no se dejaban arredrar por tan poca cosa, sino seguían aleteando en torno de sus futuras víctimas, cual bandadas de buitres carroñeros, lanzando maldiciones y blandiendo sus armas en las caras de aquellos infelices, cuyo único pecado político consistía en haber sido cristianos.

El secretario de la Gobernación, a quien yo conocía también de antes, confióme en secreto que ya varias caravanas por el estilo habían marchado en el curso de la semana con dirección a Sinán, pero que ninguna había llegado a su destino. Y al preguntarme yo el porqué, contestome con aire resignado: “pues porque Alah es grande y misericordioso”.

Tras un descanso de veinticuatro horas reanudamos la marcha.

El sol de Mesopotamia brillaba intensamente sobre un océano de espigas de oro, mientras en lontananza centellaban las argentinas aguas del Batman-Su, tributario del Tigris, que pasamos al mediodía en una balsa movida al remo. Y a eso de la una, nos dimos la mano con un escuadrón de lanceros, formando la vanguar-

dia de la 36ª División, a las órdenes del coronel de Estado Mayor, Siagh Bey, quien, además de antiguo catedrático de la Academia Militar en Constantinopla era un hombre de un carácter encantador y que hablaba el alemán a la perfección.

A pesar de ello y no obstante haber sido en un tiempo profesor de Halil Bey, fue dicho coronel semanas después destituido de su mando y degradado por Halil, sin más motivo aparente que porque le hacía sombra.

Esa noche la pasé en Sinán, cuyo *mughtar*, o alcalde, era un mozo árabe de cabellos encendidos, que me fue muy antipático desde un principio porque era demasiado inquisitivo, como casi todos los árabes de baja ralea. Hablando de las matanzas, por ejemplo, quiso conocer mi opinión, que yo me excusé de expresar, por supuesto, so pretexto de que eran asuntos que a mí, como Militar, en nada me concernían.

El, no obstante, ordenó a su secretario, en voz baja (como para que yo no lo oyera) que telegrafiase en el acto al Ministerio de la Guerra en Constantinopla, anunciando que me hallaba allí y lo sabía todo (*hepsi belir*).

¡Cómo me sentiría yo al oír aquello!

Sin embargo, me hice el desentendido, y al despedirme le dije como distraídamente, que pensaba madrugar para seguir mi viaje a Musul por la vía de Redván y el puente de "ácrabi", o de los escorpiones, en las cercanías de Dyesiret-Ibn-Omar.

Así lo hice, efectivamente, sólo que a las pocas horas de camino contramarché, y, tomando nuevamente rumbo a Poniente, llegué temprano a Bismil, donde pernocté.

El alcalde de dicho lugar era circasiano y hombre muy discreto, que me hospedó en su casa, y, al despedirse de mí, a la mañana siguiente, me advirtió con sonrisa bonachona que "lo sabía todo, pero que descuidara". Y me fui descuidado, puesto que había sido su huésped, y para un circasiano el huésped es sagrado.

Aquel día, o sea el 25 de junio, fue también la fecha en que Dyevded Bey hizo ahorcar a Kakighián Effendi juntamente con doscientos armenios más de nota en Bitlis, después de haberles arrancado, a guisa de empréstito forzoso, la suma de cinco mil libras oro, que luego se repartieron entre él y Halil. Y no satisfecho aún con semejante crimen, mandó conducir a todos los armenios varones de dicha ciudad, en grupos de cincuenta, hasta un lugar solitario en las vecinas montañas, donde los hizo asesinar y sepultar en fosas excavadas por ellos mismos. Los únicos a quienes dejó con vida fueron una docena o dos de artesanos, porque le hacían falta en los talleres militares.

Las mujeres jóvenes fueron repartidas entre la canalla, al paso que las ancianas, deportadas junto con los niños menores de doce años.

De ese modo perecieron en un solo día cerca de quince mil armenios en la ciudad de Bitlis y sus alrededores.

Hablando de esa matanza decía en su carta del 23 de junio (1915) cierta señorita extranjera, residente en Bitlis, entre otras cosas lo siguiente: "Después del

encarcelamiento de los armenios, comenzaron los turcos a deportar las mujeres. Al ver aquello, fui donde el Gobernador para suplicarle, se compadeciese de ellas. Pero me contestó que no podía, aunque quisiera alterar dicha orden, por habérsela trasmitido el mismo Halil Bey", y añade que al dirigirse a Halil, éste ni siquiera contestó a su carta.

Tengo motivos fundados para suponer que aquella señora fue la *Schwester* Martha, de quien he hablado ya en capítulos anteriores.

Los pocos armenios que lograron escapar a la matanza de Bitlis, fueron a refugiarse entre sus connacionales en el distrito de Mush, y en parte también entre los refugiados de Slivan y de Bisherik, que al verse acosados por los kurdos de Belek, Békran y de Shego, se fueron retirando paso a paso hacia la sierra fragosa y bravía del Sasoún y del Monte Antok, que avanza como la primera atalaya del sistema montañoso del Antetáuro sobre las tostadas llanuras de Diarbekir.

Aquellos refugiados, de ojos al par tristes y fieros, cuyo número podía ascender a unos treinta mil entre hombres, niños y mujeres, fuéronse batiendo en retirada, hasta que, acosados sobre las crestas de plata de los volcanes y los picachos que coronan aquella oscura y pujante serranía, acabaron por arrojarse, con la espalda vuelta hacia el vacío, al fondo de los precipicios, para no caer en manos de los kurdos y los voluntarios del gobernador Dyevded Bey, quien, a causa de su patriotismo, fanatismo o instintos sanguinarios, llámese como se quiera, había acabado por convertirse en el ángel exterminador de los armenios en las provincias orientales y en dócil instrumento de Halil Bey, que le manejaba a su antojo para vengarse de los cristianos, por la ayuda moral y material que éstos habían prestado a los rusos durante la batalla de Dilman y la conquista subsecuente de la provincia de Van.

Después del exterminio de los armenios, caldeos, sirios-católicos y nestorianos de la ciudad de Bitlis, fuése Dyevded, acompañado del entonces ya teniente coronel Kiasim Bey (según me lo contó más tarde el mismo Dyevded) al valle de Mush, a fin de castigar a los rebeldes de ese distrito y a los de las montañas del Sasoún.

(Tal era el modo como los turcos solían expresarse cuando hablaban de sus carnicerías...)

Una vez incomunicadas Mush y sus dependencias del distrito de Sasoún por medio de fuertes cordones de gendarmería y ashiretes kurdos, levantó Dyevded Bey un empréstito forzoso, como de costumbre, al cual siguieron toda clase de atropellos y crímenes que tuvieron por consecuencia el exterminio de gran parte de la población armenia de dicho vilayato, al igual que una sublevación general entre los moradores de las ochenta o cien aldeas cristianas en el valle de Mush, y hasta en la ciudad misma, donde los armenios cometieron el error estratégico de siempre, atrincherándose en los edificios principales y en las iglesias, que la artillería otomana no tardaba, como era natural, en reducir a escombros.

De esa manera perecieron en Mush y sus contornos cerca de cincuenta mil armenios en menos de quince días.

En algunas de las aldeas circundantes, como Aledchán, Magrakóm y Késkeg, se cometieron crímenes horrendos. Parte de las mujeres y niños fueron acorralados y quemados vivos, mientras los restantes encontraron la muerte entre las ondas del Eufrates.

Durante esa época comenzaron, so pretexto de "armas escondidas", las deportaciones en masa y las matanzas en las ciudades de Mardin, Diarbekir, Mesireh, Karput etc., que acabaron con casi toda la población cristiana y por consiguiente con la mayor parte del comercio e industrias más florecientes en las provincias de Mamouret-El-Asis y Diarbekir.

Después de las matanzas de Diarbekir, pasó la ola de sangre y persecución a la provincia de Adana y el norte de Siria (Zeitún, Urfa, Marrash, etc.) se hallaban ya llenas de deportados procedentes del centro y norte de Anatolia, excepto Smirna y Constantinopla, donde las deportaciones fueron suspendidas a instancias de Austria y Alemania.

Las provincias de Van y Bitlis, Diarbekir y en parte la de Mamouret-El-Asis, fueron las únicas en que se celebraron matanzas en el verdadero sentido de la palabra. En los restantes vilayatos del imperio se cristalizó la persecución en forma de deportaciones en masa, que dieron casi el mismo resultado, pues de las innumerables caravanas de millares y docenas de millares de deportados que salían de las regiones costañeras del Mar Negro y del centro y oeste de Anatolia, con rumbo a los desiertos de Siria y Mesopotamia, tres cuartas partes, y en ocasiones quizás el 90 o 95% de sus tripulaciones, solían sucumbir en el camino a causa del tifus y de las privaciones.

Los que no perecían de hambre, caían a la larga víctimas de los bandoleros kurdos y circasianos, y no pocas veces hasta de sus propias escoltas de gendarmes, quienes, cansados al fin de bregar con aquellos infelices, se deshacían de ellos a culatazos, o los obligaban, a fuerza de balazos, a atravesar a nado ríos caudalosos, en que dichas caravanas de esqueletos ambulantes se sumergían para no volver a reaparecer ya nunca más.

Yo he visto en las márgenes del Eufrates los cuerpos carcomidos de decenas y quizás hasta centenares de niños y mujeres armenios sirviendo de pasto a los buitres y chacales.

La presencia de dichos cadáveres no dejó de sorprenderme grandemente, pues las autoridades civiles otomanas solían borrar las huellas de sus crímenes, por regla general con mucho cuidado, para que el revoloteo de los cuervos y el vaivén de los perros carroñeros no fuera a revelar a los viandantes el sitio do había estado cebándose la hiena con la Media Luna estrellada sobre la frente.

No cabe duda de que las matanzas y deportaciones obedecieron a un plan muy bien trazado del partido retrógrado, encabezado por el Gran Visir Talaát

Pachá y las autoridades civiles a su mando, para acabar primero con los armenios, y luego con los griegos y demás cristianos, súbditos otomanos, en el Imperio.

Prueba de ello nos la ofrecen las matanzas de Sairet, Dyesiret y los disritos en su rededor, durante las cuales perecieron no menos de doscientos mil cristianos nestorianos, sirio-católicos, jacobitas etc., que nada tenían que ver con los armenios, y habían sido siempre fieles súbditos del Sultán. Lo mismo que la deportación de los armenios de Angora, quienes eran casi todos católicosromanos y prefirieron la muerte antes que apostatar, volviéndose musulmanes, como lo hizo la mayor parte de los armenios gregorianos, a quienes los turcos habían dejado la misma alternativa.

Y para ilustrar la criminal indiferencia conque las autoridades civiles otomanas contemplaban el martirio y el suplicio del millón y medio de cristianos que pereció durante dichas matanzas, creo que basta recordar la siguiente frase que profirió el Gran Visir Talaát Pachá durante cierta entrevista suya con el ministro americano, Mr. Morgenthau...

«¿Las matanzas? — ¡qué va! — ¡Aquello sólo me divierte!»

# Capítulo X

De Bismil en adelante ya no encontramos montañas que subir ni que bajar.

En torno nuestro se extendía un paisaje parecido al de las llanuras de Dakota.

Las siembras de cereales formaban horizonte en todas direcciones.

Parduscas nubes de langostas recorrían el cielo, presagiando un año de hambre y pestilencias, al paso que los pozos y las cisternas hallábanse repletos de sus cadáveres putrefactos, que infectaban sus aguas al extremo de que hasta las mismas bestias se negaban a beberlas.

Esto, unido a otras observaciones que pude hacer durante los cuatro años que permanecí en Turquía, me induce a suponer que las epidemias de cólera morbo, tan frecuentes en el Cercano Oriente, tienen su origen en el consumo de aguas infectadas por los cadáveres de dichos insectos.

Angustiado por una fiebre de cuarenta grados y un ataque disentérico, que parecía empeorar a medida que los días iban pasando, iba yo siguiendo la marcha, asido a la cabecera de la silla, para no caerme; cuando mi bestia se paró de pronto, al levantar los ojos, vi a mis pies extendido un hermoso valle, cubierto de praderas y floridos campos, engarzados cual sartas de gemas, en tanto que en lo alto, sobre una meseta de la orilla opuesta, que caía casi a pico al fondo de la llanura, se perfilaba en un cielo de lapislázuli, a imagen de la corona de la muerte, la mole oscura de una muralla almenada y construida de bloques de basalto negro.

Era Diarbekir, la de los árabes, y Kara-Amid, o la "Negra Amid", de los otomanos, capital de la provincia de su nombre y límite de la navegación del Tigris.

Sobre la erizada crestería de sus murallas erguíanse, entremezclados con cúpulas sombrías, una docena o más de airosos alminares redondos, octógonos y hasta cuadrados (a guisa de campanarios), mientras que al sur flameaban bajo la luz del sol las níveas cumbres del Monte Karadchá, como otros tantos discos de plata bruñida.

Y a medida que el camino iba girando y serpenteando en elegante curvatura hacia la cuenca del valle, iba esparciendo insensiblemente la mirada hasta que nos detuvo un puente de diez a doce arcos, de origen romano, que pasamos, y, atravesando vergeles y jardines, a cual más floreciente y hermoso entramos, ya oscureciendo, en la antiquísima Zofene, o Diarbekir, por la puerta llamada "de Mardin", que flanqueaba un codo de la muralla, cuyas enormes brechas y troneras permitían entrever ya algunas estrellas brillando sobre el firmamento.

Más de una vez se me espantó la bestia ante el fétido olor a mortecino o las fosforescentes miradas de los perros carroñeros, que vagaban como ánimas en pena por los sombríos umbrales de las moradas armenias, o acaso ante alguna ventana o puerta medio destruida, que chirriaba y se mecía como un fantasma bajo la acción continua de la brisa.

La fama del gobernador Reshid Bey, que era quien había ideado y organizado aquella hecatombe, siguió en adelante figurando casi a la misma altura que la de Dyevded. La única diferencia entre ambos era que éste, aunque pantera y todo, no por eso dejaba de ser un militar valiente y generoso hasta cierto grado, al paso que Reshid no era sino una hiena, que mataba sin exponer su propia vida.

Aquella noche la pasé alojado en la Comandancia de Armas, en calidad de huésped de Mehmed-Asim Bey, jefe de las fuerzas de gendarmería estacionadas en dicha plaza y ejecutor de las matanzas que acababan de verificarse en Diaerbekir.

Cortés y culto como todos los efendis, me colmó dicho señor, desde un principio, de atenciones, y hasta me ofreció dos fotografías, en las cuales figuraban él y sus secuaces alineados tras un montón de armas, que Mehmed-Asim Bey pretendía haber encontrado ocultas en las casas y hasta en las iglesias de los armenios.

Empero, al uno contemplar de cerca dichas fotografías, salta a la vista que el parque en ellas representado se compone casi totalmente de escopetas de caza hábilmente disimuladas por una débil cortina de armas de precisión, motivo por el cual mucho me temo que todo ese conjunto aparatoso de elementos de guerra no vaya a haber sido obra del mismo Mehmed-Asim Bey para tratar de despistar e impresionar al público. No obstante, me pareció interesante el relato que me hizo dicho comandante a fin de convencerme de que los rusos habían repartido ya mucho antes de la guerra entre los armenios, caldeos y nestorianos de las provincias de Van y Bitlis, Diarbekir y Urfa, cantidades considerables de armas y pertrechos, para que se fueran sublevando a medida que sus ejércitos iban avanzando en dirección del Golfo de Aljandreta.

De haber sido ese el plan de los rusos, no era malo, a decir verdad. Pero falta saber si todo aquello era efectivamente así, o sólo una visión dantesca de la Sublime Puerta, que habituada a su propio régimen de sombras y de sangre, figurábase que todo el mundo se hallaba procediendo de la misma manera, y sobre todo los armenios, quienes merced a su actividad y su talento, habían acabado por convertirse en una verdadera amenaza para los jóvenes turcos, los cuales, a pesar de toda su buena voluntad no podían mantener el paso con ellos, especialmente en lo tocante al adelanto material, como v. gr., las industrias.

No es de dudar que algunos, y quizás hasta bastantes de los armenios poseían armas de fuego, pero ¿quién no las tenía en aquellas comarcas, donde cada cual debía velar por su propia existencia y sobre todo cuando los jóvenes turcos los habían autorizado para adquirirlas?

Después de la declaración del "huriet", o la Constitución, en 1908, se formaron con el consentimiento de la Sublime Puerta, o sea del Ministerio de Estado, diversos comités nacionalistas armenios que vendían públicamente armas y pertrechos a todos aquellos entre los suyos que podían pagarlos.

Además, no era solamente en las provincias de Van y Bitlis y en la de Diarbekir donde la población armenia se hallaba en posesión de armas de fuego, sino en casi todo el Imperio, comenzando por Constantinopla.

Las sospechas del Gobierno turco respecto a los armenios residentes en los vilayatos de Mamouret-El-Asis, Diarbekir y Urfa no tenían por consiguiente mayor razón de ser, o al menos no eran lo suficientemente justificadas para mandar exterminar en dichas provincias a docenas de millares y quizás hasta centenares de miles de niños y mujeres por el solo hecho de que eran cristianos.

A la mañana siguiente me entregaron una tarjeta de Mehmed-Asim Bey, en la cual éste se excusaba por haber tenido que ausentarse en la noche sin haber podido despedirse de mí. Y durante el desayuno supe por uno de sus asistentes que con él habían partido casi todo el regimiento a sus órdenes, a fin de ir a celebrar otra matanza Dios sabe dónde.

No teniendo mayor cosa que hacer durante un par de horas, monté a caballo para ir a echar un vistazo a los monumentos históricos y las ruinas de Diarbekir, que habían servido ya de baluarte a los reyes de Asiria y babilónicos contra las irrupciones de los escitas y demás pueblos bárbaros del Norte.

Enclavada entre desiertos de basalto y la esmeraldina vega de Zofena, que surca un sistema de canales a imagen de una malla de plata, se halla la ciudad de Kara-Amid rodeada de una muralla ciclópea, de 14 pies de ancho por 30, 40 o 50 de alto, que coronan a su vez setenta torres adornadas de elegantes inscripciones en caracteres cúficos (sencillos y floridos) y detalles decorativos de diversos órdenes y suma belleza.

Este famoso sistema de circunvalación, de tres a cuatro millas de circunferencia, que recorren por el lado de dentro numerosas y espaciosas galerías apóyase sobre un castillo parcialmente en ruinas, llamado Itch-Kaleh, y yergue sus vetustas atalayas sobre el fondo del valle desde una altura de cuarenta metros.

Fuera de un convento nestoriano, recostado contra la faz interior de sus murallas y que ostenta una doble cúpula octógona de mucho mérito, integran dicha ciudadela el Palacio de Gobernación, un cuartel de magnas proporciones, media docena o más de edificios públicos y una esbelta mezquita, que permite entrever por sus broncíneas rejas sarcófagos dorados y adornados de flores, cuando contienen los restos de una dama, y de turbantes coronados de codas, cuando en ellos descansan héroes.

Y como para aumentar su encanto, se deslizan por entre sus jardines, formando saltos y rimando estrofas, las linfas sobrantes de un enorme acueducto

de origen romano, que ha venido surtiendo dicha villa desde hace ya cerca de veinte siglos.

Diarbekir posee, además de sus trece *caravanserallos* y una docena o dos de baños públicos, ocho o nueve iglesias, entre las cuales resaltan por diversas razones el citado convento nestoriano, la iglesia greco-ortodoxa de los melekitas, la celebérrima iglesia jacobita de Santa María, y por fin otra cuyo nombre no recuerdo y que encontré convertida en caballeriza. De esto me vine a cerciorar al día siguiente, cuando fui a visitar mis cabalgaduras, que hallé atadas al altar mayor y en compañía del ganado de varios escuadrones, ocupantes del resto de dicho santuario.

De entre sus treinta o cuarenta mezquitas, adornadas a veces de detalles decorativos trabajados en piedra primorosamente labrada y arcos sobrepuestos y ojivales, sembrados de relucientes estalactitas, descuella por su belleza y originalidad la justamente renombrada Ulu-Dyámisi, o mezquita mayor, que algunos historiógrafos suponen construida con los restos de la famosa Iglesia de Santo Tomás sobre las ruinas del Palacio de Tigranis.

Y a imagen de algunos santuarios cristianos de dicho distrito, transformados por los moros en mezquitas, ostenta el Ulu-Dyámisi un minarete de tres o cuatro pisos, cuadrado y dotado de aberturas a guisa de ventanas, que revelan a primera vista su carácter de antiguo campanario. Su nave mayor, que tampoco se halla orientada al Sur, como debería ser, tiende igualmente a demostrar su origen netamente cristiano.

Sin embargo, para facilitar el culto a las diversas sectas musulmanas que se creen con derecho a dicho santuario, hállase su tronco dividido en tres secciones imaginarias: la de los *hanafi*, la de los *chafii* y la de los *malaki*.

Entre las características más salientes de este famoso templo figuran sus blancas naves y bóvedas desnudas de casi todo adorno, formando vivo contraste con el interior ricamente ornamentado de las demás mezquitas de dicha ciudad. Igualmente, su fachada septentrional, que da sobre el *haram*, o patio, ostenta a poca distancia del suelo una cinta de bloques de mármol o de piedra blanca; y a los cuatro o cinco metros de altura otra, cubierta de inscripciones en caracteres antiguos la de arriba, y en caracteres modernos la de abajo (u otro estrato más abajo que ésta, y junto al portal de entrada), cuando deberia ser todo lo contrario, pues ¿cómo se concibe que la parte superior de dicha fachada haya sido construida antes que la de al ras del suelo?

Este fenómeno, por demás extraño, que llegué a observar también en las torres de las murallas, cuya construcción se atribuye a algunos príncipes kurdos y turcomanos por medio de altisonantes inscripciones (no obstante los escudos de piedra con el águila biceps de la antigua Armenia, que lucen en su centro algunos torreones), me ha hecho sospechar, no pocas veces, que arrancando estratos o hile-

ras horizontales de bloques de basalto y reemplazándolas con otras, de bloques de mármol y del mismo tamaño, llevando inscripciones apócrifas, habrá sido probablemente como algunos de los antiguos sultanes y señores musulmanes llegaron a figurar ante la historia como fundadores de villas y castillos, cuando en realidad no habían sido sino usurpadores de glorias ajenas.

Esta observación me la permito hacer en beneficio de todos aquellos que sin haber estudiado la materia sobre el terreno, se lanzan a escribir tratados de historia y arqueología, basándose tan sólo en fotografías o en lo que otros dicen que han visto u oído.

La parte más bella de dicha mezquita la constituye incuestionablemente su amplio y enlosado patio, el cual ostenta en el centro una fuente en forma de kiosko que se halla limitada hacia el Tramonte por un conjunto indefinible de columnas monolíticas al parecer, y en parte sumergidas, que coronan capiteles corintios; mientras que al Naciente, por una doble galería o doble arcatura de columnas de bellas y severas líneas que corta la entrada principal de la mezquita; y al Poniente, por otra galería de columnas sobrepuestas, de orden helénico, pero cubiertas de un sistema de dibujos fantásticos y extravagantes, que deben de haber equivalido hace dos mil años a lo que hoy vulgarmente llaman "cursi", o sea propio de ricos advenedizos, pues el rey Tigranis, de cuyo palacio formaba parte dicho patio, no parece haber sido a juicio de los antiguos griegos sino una especie de bárbaro que sin alcanzar a comprender la serena belleza del arte helénico, creía que añadiéndole detalles y adornos a su gusto, podía tal vez perfeccionarlo.

En resumidas cuentas, esa célebre fachada occidental, que tanto ha dado que pensar a los arqueólogos, no representa, a mi modo de ver, sino la visión fantástica de una mente rústica, cristalizada y trazada por el cincel admirable de uno de los numerosos artistas griegos que el rey Tigranes hizo traer junto con otros 300.000 prisioneros greco-romanos desde Capadocia, a fin de que le construyeran entre sus varios palacios (en Tigranocerta y por doquiera) el de Diarbekir, del cual apenas quedan ya aquellas galerías de un gusto dudoso y extravagante, aun cuando bellísimas en lo tocante a la ejecución de sus detalles.

A causa del exterminio de los armenios, que constituían el núcleo de sus artesanos y comerciantes, hallábanse en aquella época los bazares de Diarbekir casi desiertos, y sus ricas industrias de tafiletes, tapices, lanas y sedas, totalmente paralizadas.

Sólo los productos del campo, como por ejemplo el trigo, la cebada, el tabaco, algodón y frutas (entre las cuales descollaban melones y sandías de proporciones gigantescas) al igual que el carbón y el cobre de las mimas de Kömür-Hane y Argana-Maden, seguían siendo los únicos artículos cuyo comercio continuaba dando vida a aquella ciudad de 30.000 habitantes, que desde antes de la guerra ya se componían en su inmensa mayoría de turcos, kurdos y turcomanos, o sea de elementos netamente mahometanos.

De las cuatro puertas que cortaban, o cortan, mejor dicho, sus murallas de circunvalación, la más hermosa es la de Alepo, o "rum-kapu", la cual, además de un enorme portón de hierro, ostenta ricos dibujos y bellas inscripciones en diversos caracteres e idiomas, entremezclados con nichos griegos y águilas romanas.

Gracias a su carácter de estación terminal, o límite de la navegación del Tigris, ha venido figurando Diarbekir ya desde tiempo inmemorial como punto céntrico de caravanas y lugar de trasbordo, desde el cual los mercaderes sirios y anatolios siguen expidiendo sus mercancías con destino a Bagdad en balsas construidas sobre odres de piel de búfalo o carnero, henchidas de aire.

Tal es, en pocas palabras, la descripción de Diarbekir, o Kara-Amid, que gracias a su innegable importancia comercial, figura entre las ciudades más importantes del Imperio Otomano, y como su centinela más avanzado sobre las desiertas llanuras del Dyesiret, o Mesopotamia Septentrional.

Después del almuerzo, fui a hacer una visita al *Vali*, o Gobernador General de la provincia, Reshid Bey, hombre de unos cincuenta años, de modales distinguidos, educado en París, y perteneciente a una muy aristocrática familia de Estambul.

Al preguntarle con disimulo si el Ministro de la Guerra le había comunicado ya mi visita, me contestó que no. Y al insinuar yo que pensaba hacerme examinar por cierto médico norteamericano, que había oído decir se hallaba viviendo en Diarbekir, me informó que se había marchado ya, y agregó, no sin alguna amargura, que en esos días había tenido que expulsar de su provincia a casi todos los misioneros americanos, por haberlos sorprendido sirviéndose de una clave, o código secreto, para propagar noticias falsas sobre su gobierno en el extranjero.

Después, por medio de algunas observaciones prudentes, pero asaz explícitas, me dio a comprender también que en lo tocante al exterminio de los armenios de su vilayato no había hecho él sino obedecer órdenes superiores, de suerte que la responsabilidad de las matanzas perpetradas allí no debía caer sobre él sino sobre su jefe, el en aquella época Ministro del Interior, Talaát Bey (y un año más tarde Gran Visir, Talaát Pachá), quien se las había ordenado por medio de un telegrama circular, si mal no recuerdo, conteniendo apenas estas tres palabras: *yak – vur – oldur*, que significan: "quema, derriba, mata".

La autenticidad de esta terrible sentencia la vino a confirmar la prensa de Constantinopla después del Armisticio por medio de la publicación de cierto telegrama que la Comisión Otomana, investigadora de las matanzas y deportaciones descubrió en la Secretaría del Comité de Unión y Progreso, y en el cual el Gran Visir Talaát Pachá ordenaba al jefe local del citado Comité, en Malatia, el exterminio de los cristianos de dicho vilayato por medio de las siguientes, palabras textuales: "*anéantissez, expulsez, etc... j´assume la responsabilité morale et matérielle*".

El 27 de junio, al aclarar el día monté a caballo para alejarme de Diarbekir, donde dos años y medio más tarde había de pasar un par de meses en calidad de inspector de la caballería en el II Ejército.

Y cuando los goznes de la "Puerta de Alepo" comenzaron a rechinar por fin, y vi sus alas de hierro abrirse de par en par para franquearme el paso, no dejé de experimentar una viva satisfacción, pues ya hacía días que venía esperando mi detención por orden del Ministerio de la Guerra, a causa del dichoso telegrama aquél, del alcalde de Sinán, en que participaba a Constantinopla que me hallaba al corriente de todo (lo concerniente a las matanzas, por supuesto).

Sin embargo, teniendo en cuenta el sistema tenebroso que suelen seguir las autoridades otomanas cuando se trata de silenciar a alguno que sabe más de la cuenta, no perdí de vista ni por un instante mi caballo de silla circasiano que iba enjaezado trotando al lado de la carroza, para salvarme en él en un caso dado e ir en busca de las cábilas del desierto, ya que de haber caído aquellos días en manos de Halil y de Dyevded Beys, me hubieran hecho desaparecer "a la turca", esto es, sin dejar rastro siquiera, porque temían, y con sobrada razón, que yo fuera a revelar más tarde lo que había visto y la parte de la responsabilidad que a ellos correspondía en las matanzas y deportaciones.

La mañana era excesivamente hermosa. Y siguiendo por toda la carretera militar de Urfa, pasamos, ya a cierta distancia de la villa, frente a una docena o dos de quintas armenias saqueadas y en parte destruidas. Y un par de kilómetros más allá, comenzamos a internarnos por el "gran desierto rocoso", que se extiende interminable, desde las inmediaciones de Diarbekir hasta los confines septentrionales de Siria y del Dyesiret.

Si Kara-Amid y sus ciclópeos murallones hallábanse construidos de bloques de basalto negro, que le daban ése su aspecto triste, casi lúgubre, no menos melancólico era el aspecto de sus alrededores, cubiertos de tierras de labranza oscuras y de peñascos de lava, que se confundían en lontananzas con las lápidas mortuorias de sus derruidos y polvorientos camposantos.

La única nota simpática que llegué a notar en medio de aquel paisaje de tristeza profunda, constituíanlo las violáceas y nevadas cumbres del Antetauro, que circuyen el vasto y oscuro valle de Zofene como un collar inmenso de perlas y amatistas.

Y a medida que íbamos avanzando por la llanura, nos íbamos alejando más y más del eje de dicha cordillera, cuyo núcleo central, formado de gneis, pizarras cristalinas y granito, se apoya y cae casi verticalmente sobre ambas márgenes del Eufrates, mientras sus mesetas y terrazas, en que alteran el pórfido dorítico con el granito y rocas eruptivas, se inclinan y descienden, ya suave, ya abruptamente... hasta que el cerro se convierte en pampa, y la ardiente y amarillenta pampa, o estepa, en el inmenso desierto del Badiet-Es-Sham, cubierto de vaporoso halo, que siempre a igual distancia parece que huye del caminante.

Después de transcurridas varias horas, me fueron llamando la atención algunos bultos negros, que lucían con mate brillo entre las rocas y los secos pajonales del desierto. A fin de examinarlos, para saber de lo que se trataba, me les fui acercando, paso a paso, hasta que de pronto se espantó mi bestia, y mordiendo el freno se encabritó ante uno de dichos bultos, que resultaban ser nada menos que los cadáveres hinchados y carcomidos de docenas y quizás hasta centenares de soldados armenios, a quienes sus escoltas habían conducido aparte del camino y pasado a cuchillo sin misericordia.

Sus vientres abultados y relucientes por la acción del sol, eran los que me habían atraído y convencido de que las matanzas de Diarbekir no se habían limitado a la población cristiana de dicha ciudad únicamente, sino que los armenios de toda la provincia habían sido víctimas de los más crueles suplicios y persecuciones.

Y a eso de las dos de la tarde, en tanto me hallaba tendido en el fondo de la carroza, descansando un rato, me desperté al son de voces de alarma. Era un piquete de gendarmes montados y de *ashiretes* kurdos, también de a caballo, quienes nos habían interceptado el paso, arma en balanza.

Excuso decir con qué presteza no me lanzaría yo en la silla y, revólver en mano, me fui a su encuentro, resuelto a despachar a unos cuantos de ellos antes de internarme por los desiertos en busca de las cábilas rebeldes, pues conocía a los turcos y temía no fuera a ser una emboscada.

Afortunadamente para mí y algunos de ellos, adelantóse el jefe del piquete y me mostró una orden escrita, autorizándole para examinar los pasaportes de cuantos oficiales hallare transitando por aquella carretera.

Al ver el mío, firmado nada menos que por Enver Pachá, me franqueó el paso en el acto, y a título de excusa me explicó que días antes habían pasado por Suverek, procedentes de Alepo, un capitán y dos tenientes turcos, quienes, al ser examinados, resultaron ser un belga y dos armenios disfrazados, llevando correspondencia secreta para los rebeldes de Bitlis y de Van.

¡Qué no pasaría, me digo yo, con esos infelices!

Y lo peor del caso era que dichos individuos habían sido denunciados por los mismos armenios, puesto que el armenio, tratándose de plata, es capaz de vender a cualquiera.

Da pena recordar los numerosos casos que se llegaron a registrar, no solamente en Alepo sino también en Adana y por doquiera, donde los deportados no vacilaron en vender a sus hijas casi públicamente y en ocasiones hasta por menos de veinte reales.

Media hora después de dicho encuentro, dimos de bruces con otro retén de gendarmes apostados a la vera del camino; y unos 500 pasos más allá, tropezamos con 1.300 a 1.500 soldados armenios desarmados, picando piedra y haciendo obras de reparación en la carretera.

Sus miradas furtivas y temerosas, así como un crecido número de gendarmes de a pie y a caballo que los tenían rodeados, me hicieron comprender en el acto cuál había sido el trabajito aquél que había hecho madrugar el día anterior a Mehmed-Asim Bey y al regimiento de gendarmes a sus órdenes.

Aquella noche habrán sin duda bendecido las hienas el nombre de dicho comandante y el de Esan Bey, *mutaserif* de Suverek, quien a sabiendas del tremendo drama que se iba a desarrollar en las inmediaciones de su *kasaba*, no tuvo el valor moral de protestar siquiera contra semejante crimen de lesa humanidad.

Y oscureciendo ya, llegamos a una aldea de nombre Karabunar-Köi, habitada por *ashiretes* kurdos quienes, al verme acompañado de tres gendarmes únicamente, trataron de insolentarse.

Por suerte llegaron en eso un destacamento de infantería y un escuadrón de voluntarios circasianos, que no tardaron en ponerlos en su puesto.

Esa lección se las hice yo dar para que en lo sucesivo no fueran a tratar de repetir sus atrevimientos con otros viajeros.

La madrugada siguiente renovamos la marcha a través del gran desierto rocoso, que era una enorme estepa, o "tchöll", cubierta de pajonales raquíticos y bloques de lava, pero sin un árbol ni una gota de agua, hasta que a eso de las once comenzó a destacarse en el fondo de una bermeja hoyada, semejante a un oasis, la *kasaba* de Suverek, circuída de jardines, huertas y viñedos.

En Suverek tuve que detenerme durante un par de horas a causa de otro de mis frecuentes ataques de fiebre de cuarenta grados, que unido a la disentería que me agobiaba ya desde hacía días, iba minando rápidamente mi salud.

De ahí en adelante fueron aumentando las aldeas a ambos lados del camino, y ya entrada la noche, nos desmontamos en un villorrio llamado Karadché, situado a unos veinte kilómetros del Eufrates, donde una tropa de fakires ambulantes nos entretuvo durante un par de horas con sus danzas y saltimbanquerías.

Aliviados por un descanso merecido, reanudamos la marcha la mañana siguiente, y, todavía temprano, entramos en la ciudad de Urfa, o Edesea, la célebre ex capital del Reino de Osrone y de su no menos famoso Rey Abgarus, quien, habiendo oído de los milagros de Jesucristo, se dirigió a El y fue curado de sus dolencias.

Y reza la leyenda que a modo de agradecimiento por el amparo de las persecuciones de los fariseos que le brindara dicho monarca, Nuestro Señor le enviara un lienzo milagroso que llevaba impresas sus facciones, y añade que gracias sólo a la presencia de dicha reliquia (la cual aun debe de conservarse en alguna de las catedrales de Italia) había sido como Edesa había podido librarse de los persas y de los sarracenos, quienes la habían tenido asediada en más de una ocasión por espacio de años enteros.

La ciudad de Urfa ha venido figurando desde tiempos remotos como una de las capitales más importantes de Siria y Mesopotamia a causa de su situación excepcionalmente ventajosa, puesto que domina las riquísimas llanuras del

Harrán y de Sarruch (salpicadas de 600 a 800 aldeas) y las fértiles cuencas del Eufratres Superior y del río Chabur, que constituían antiguamente el Reino de Osrone, entre cuyas ciudades principales descollaban Edesa, Charreh, Hierápolis, Niceforium y Resaina, llamada hoy Ras-Ul-Aín.

Durante el reinado de los mitani, en 1.500 antes de J.C., parece que Edesa figuraba ya, aun cuando con nombre distinto, lado a lado con Kdesh, Hamath y Karchemish, como uno de los centros comerciales más importantes del antiquísimo Imperio hitita. Y todavía en nuestros días sigue ella gozando de justo renombre, no sólo en virtud de las riquezas naturales de sus dependencias, sino también por haber sido en Harrán, o Charreh, la de los arameos, donde vivió Abrahán durante algunos años de su vida y falleció su anciano padre Abu-Tareh.

Entre sus santuarios de mayor nombradía resalta su mezquita mayor, al paso que entre sus monumentos históricos, por su delicada belleza también, el famoso "Birket-Ibrahim", o estanque de Abrahán, en cuyas linfas cristalinas y pobladas de carpas reflejan sus ramajes cipreses soñolientos y sus grisáceas cúpulas cierta *medresa* de tonos oscuros y aspecto sombrío.

Urfa representa una especie de oasis entre las pedregosas vertientes del Antetauro y los desiertos de arcilla de la Alta Mesopotamia, y contaba, cuando pasé por allí a fines de junio, 1915, con una colonia de armenios acomodados e industriosos, quienes, al saber que iban a ser deportados también, se sublevaron en masa y se atrincheraron en el barrio cristiano, donde lograron sostenerse cuatro o seis semanas contra las fuerzas de Faghri Pachá y su gallardo Jefe de Estado Mayor, el conde Wolfskehl von Reichnberg, quien había contribuido ya, algunos meses antes, con su valor y sus luces, a la reducción de los rebeldes de Zeitún y de Marrash, que fueron los primeros en sublevarse abiertamente contra la soberanía del Sultán, esperanzados, sin duda, con la idea de que la campaña de los Dardanelos iba a redundar en favor de los ingleses (febrero y marzo de 1915).

Durante el sitio de Urfa, que ocurrió cuatro o cinco semanas después de mi llegada, cometieron los armenios el error político de apoderarse de algunos de los deportados ingleses y franceses y de retenerlos como rehenes, para obligar de ese modo a los aliados a desembarcar y despachar tropas en su auxilio.

Ese rasgo típicamente armenio, y que no deja de tener bastante parecido con el *chantage* y la extorsión, me ha hecho suponer ya varias veces, que aun cuando Dyevded hubiese ofrecido, a su tiempo, un salvoconducto a los misioneros americanos (en Van), los armenios no los hubieran dejado partir, seguramente para poder seguir usándolos como rehenes, puesto que comprendían que los esfuerzos de los rusos por liberar a Van no obedecían tanto a su amor por ellos, esto es, por los armenios, cuanto a su deseo de complacer al gobierno americano, que se hallaba justamente preocupado por la suerte de sus misioneros encerrados en dicha ciudad.

La mejor prueba de ello nos la ofrece la subsecuente precipitada retirada de los rusos de la provincia de Van (en junio de 1915)... cuando abandonaron a su suerte a los armenios, de modo que muchos de ellos, incluso millares de niños y mujeres, fueron por ende alcanzados, arrollados y acuchillados por los kurdos y nuestros voluntarios en las inmediaciones de Berguiri.

Momentos antes de anochecer, ascendí a uno de los alminares más altos de la villa, para poder observar mejor el grandioso panorama que rodeaba a la opulenta ex capital del Reino Osrone.

Aún me parece ver aquellas peñascosas lomas, que iban subiendo en majestuosa oleada, y enarcándose en dirección al Norte, hacia la encarpada cordillera del Antetauro, que como inmenso cinturón de montes limitaba en torno la vastísima extensión abarcada por la vista, mientras que al Sur, y sin que la mirada saciara de admirarlas, desplegábanse, cual mar de espigas, las fértiles llanuras de Sarruch y de Harrán, timbradas de innúmeras aldeas, de casitas de barro y cónica como panes de azúcar.

Empero, y a pesar del interés tan grande con que yo continuaba observando y apuntando mis impresiones, no dejaba de tener presente también que la flameante espada de Damocles seguía colgando sobre mi cabeza más amenazante que nunca. Razón por la cual licencié mi escolta, y, acompañado solamente de mis asistentes, emprendí la marcha la mañana siguiente con dirección al Sur.

A las dos en punto nos desmontamos en la estación de Arab-Bunar, del ferrocarril de Bagdad, donde pensaba utilizar el tren de la tarde, que me hubiera conducido a Alepo en menos de veinticuatro horas.

Desgraciadamente, no hubo tren ni ese día ni el otro. Y en tanto me hallaba parado en la plataforma, sin saber qué partido tomar, pues para regresar a Urfa era ya muy tarde, se me acercó el jefe de estación, que era armenio, y me dijo que un kilómetro más allá vivía un ingeniero alemán, quien, de solicitárselo yo, de seguro me permitiría pasar esos dos días en su casa.

Así lo hice. Y efectivamente, al cabo de un cuarto de hora recibí una tarjeta de un señor Vogt, conteniendo apenas estas dos palabras: "*herzlich willkommen*".

Imposible describir la franqueza y amabilidad con que me recibió ese buen señor, quien, de paso sea dicho, había vivido durante cuarenta años en los desiertos de Siria y de Palestina.

Del cuarto de baño pasé al comedor, a gozar de algunos manjares típicamente alemanes, que no había vuelto a probar desde que era niño, y después de una agradable sobremesa, me fui a recoger, ya sosegado casi, porque comprendía que había encontrado un amigo con quien poder contar y a quien poder confiar mis penas en un caso dado.

Después del desayuno, monté a caballo para ir a dar una vuelta por la estación, donde al llegar me sorprendió una escena que no dejó de impresionarme vivamente.

Tratábase nada menos que de unos 200 a 250 comerciantes y civilistas ingleses, franceses, rusos e italianos a quienes su escolta y los cocheros habían encerrado en el corral de un inmundo *caravanserallo*, con la mira de despojarlos por buenas o por malas de la mucha o poca plata que llevaban encima.

Entre los centinelas apostados ante el citado *khan*, figuraba también un negro sudanés, que se negó al principio a obedecer mi orden de franquear el paso a los prisioneros, motivo por el cual le disparé un tiro de revólver, y acto continuo, la emprendí a latigazos con el resto de la canalla, de suerte que en menos de media hora se hallaban ya los moscovitas, que eran los más pobres en camino de Urfa, viajando de balde, en tanto los restantes, que disponían todavía de algunos recursos, esperaban tranquilamente su turno sentados en un vecino café.

Que semejante manera de proceder, por cierto algo severa y quizás hasta altruista en demasía, me había de ser fatal andando el tiempo, lo sabía yo de antemano. No obstante procedí de esa manera, porque comprendía que mi conciencia así me lo dictaba.

Entre la flor y nata de dichos deportados figuraban los siguientes señores, cuyos nombres recuerdo por casualidad: W.R. Hensman, de Jerusalén; luego, los señores Ferguson, Falanga (padre e hijo), Hawthorne, Albert, Geekler, Jolly et Fils, Dubois, Constant y Arbela, de Beyruth; lo mismo que el Sr. Rizzo y Dr. Lubiks de Constantinopla.

Aquella tarde, mientras el Sr. Vogt y yo nos hallábamos sentados en la terraza de su pequeño *chalet* tomando el té, llegó desde Alepo un ingeniero suizo, de apellido Wüst, y nos contó con aire misterioso que Siria y Palestina se hallaban a punto de sublevaerse.

Afortunadamente, no tardé también yo en irme acostumbrando a los "canards" de los suizos del ferrocarril de Bagdad que llegaron a ser con el tiempo casi proverbiales.

A las 5 p.m. del 5 de julio (1915) comenzaron, por fin, a destacarse en el confín bermejo de la Siria las torres y las atalayas del castillo de Alepo. Y media hora después entramos en su espaciosa estación central, que era reputada ser en esa época el lugar más céntrico del Imperio Otomano.

En el mismo tren en que viajaba yo, iban también, escoltados por gendarmes, un joven inglés, deportado, y el médico americano de Diarbekir con su familia.

Al verlos en tan angustiosa situación, no pude menos de ofrecérmeles para que no fueran a suponer que por hallarse presos les iba a negar el saludo.

De la estación fui derecho al Casino alemán, donde me hospedé y tuve el gusto de saludar, entre otros, al comandante Conde von Wolfskehl; al mayor von Mikosch, Jefe de Estado Mayor de la Dirección General de Etapas de Siria y Palestina; luego a los capitanes Kappel, Harald Putzer, von Kayserling y Klinghardt, lo mismo que a otros numerosos señores, oficiales también, que no

tardaron en ponerme al corriente de los sucesos ocurridos en Turquía durante los cinco o seis meses que había permanecido en el interior.

Al otro día me hice examinar por el Dr. Fay, médico mayor de nuestro ejército expedicionario en Egipto, quien no parecía alcanzar a comprender cómo yo había podido realizar un viaje tan largo y penoso en el estado de salud en que me hallaba, y en el acto me extendió un certificado, ordenándome un descanso de varias semanas.

Acto continuo fui al Cuartel General para presentar mis respetos a Dyemal Pachá, General en Jefe del IV Ejército, Ministro de Marina y Gobernador General de Siria y Palestina, todo a un mismo tiempo, y a quien hallé en su despacho hundido hasta los hombros en un montón de piezas de seda, de colores chillones, que él, so pretexto de requisiciones, había hecho confiscar, seguramente con la mira de regalárselas a sus concubinas o a las damas de su lujoso harén.

Dyemal podía tener entonces de 55 a 56 años de edad; era de estatura mediana, usaba barba negra y cerrada, y ostentaba una fisonomía de verdugo, que a pesar de su sonrisa felina, revelaba a primera vista su carácter cobarde y sanguinario.

Como Jefe de Estado Mayor y hombre de su mayor confianza actuaba un teniente coronel Ali-Fuad Bey, esto es, otra nulidad infatuada, que solía comparar a su jefe y señor, Dyemal Pachá, con von Hindenburg, mientras que así mismo, con von Lundendorff, cuando el verdadero General en Jefe del IV Ejército no era en realidad Dyemal, sino el gallardo coronel von Kress Bey, más tarde von Kress Pachá, quien de no haber sido por la insigne cobardía de Dyemal Pachá y la envidia e imbecilidad de Ali-Fuad Bey, hubiera podido apoderarse sin mayor esfuerzo del Canal de Suez al comenzar la guerra, es decir, cuando las fuerzas inglesas en Egipto eran todavía escasas y novicias por añadidura.

Ali-Fuad fue, por consiguiente, el instrumento providencial que salvó Egipto para los ingleses y acabó con nuestro IV Ejército, desde el momento en que lo obligó a pasar de la ofensiva a la defensiva.

Aquella noche se celebró en Alepo, ya no recuerdo con qué motivo, un *garden-party*, o *kermesse,* durante el cual pude observar de cerca el relajamiento de ciertas damas de la alta sociedad cristiana de dicha ciudad, las cuales parecían rivalizar entre sí por complacer a Dyemal, quien a cambio de favores solía brindar, si no honores, al menos si buenos negocios a sus esposos y allegados, que como buenos levantinos, no vacilaban las más de las veces en posponer la honra a la ganancia.

Esto es algo que yo no llegué a notar nunca entre las damas musulmanas, quienes en lo tocante al decoro personal a lo menos, me parecieron siempre infinitamente superiores a las griegas otomanas y las levantinas.

La llamada "alta sociedad levantina" del Cercano Oriente, en que abundan los banqueros y demás miembros del alto comercio, ha figurado siempre desfavorablemente no sólo en Europa, sino hasta entre las mismas colonias europeas de

Constantinopla y el resto del Imperio, a causa de su inmoralidad sin límites y ese su espíritu de bajeza y *escroquerie* innato en ellos, que parece ser la quinta esencia de su carácter nacional, o mejor dicho, internacional, ya que la mayor parte de los levantinos, tanto de alto como de bajo coturno, no parecen conocer las más de las veces ni ellos mismos su propio origen.

Los griegos otomanos, que tampoco pecan de demasiado virtuosos o escrupulosos, son unos verdaderos santos comparados con los levantinos. En cambio los armenios, que como mercaderes sin conciencia no tienen igual en todo Oriente, podrían servir a veces de ejemplo, en lo tocante a moralidad doméstica al menos, no solamente a la mayoría de los cristianos orientales, sino quizás también a muchos europeos.

La mujer armenia, v. gr., es una esposa fiel y madre incomparable, al paso que el armenio mismo no repara por lo general ni en medios ni en sacrificios, por grandes que fueren, con tal de poder dar a sus hijos una "educación a la franca", y si es posible, hasta una educación superior.

De ahí proviene la razón de por qué en los tiempos antiguos los esclavos armenios solían ser tan solicitados, y por qué muchos de los ministros más notables, y sobre todo más útiles que ha tenido la Sublime Puerta, han sido armenios o descendientes de armenios.

Satisfecho de las diversas diligencias que había podido hacer durante aquel primer día de mi estancia en Alepo, me fui a recoger y no desperté hasta las diez de la mañana, cuando me vino a anunciar un asistente la visita del ayudante personal de Teufik Pachá, gobernador militar de la provincia de Alepo. Este, al entrar, me presentó una tarjeta de Su Excelencia, ofreciéndome la bienvenida y rogándome que lo honrara con mi presencia, de ser posible, aquella misma mañana.

Entonces comprendí. El telegrama del Ministerio de la Guerra había llegado por fin, si bien algo tarde quizás, puesto que una vez en Alepo y en posesión del certificado aquél, del Dr. Fay, ordenándome un descanso absoluto de varias semanas, ya tenía yo al menos algo a qué atenerme, mientras buscaba una solución favorable a tan delicado asunto, porque para esa época yo ya conocía a los jóvenes turcos lo suficiente para saber dónde les apretaba el zapato.

De todos modos, al subir al coche que me había de conducir a la Capitanía General, no dejé de experimentar esa extraña duda, que atrae y rechaza al mismo tiempo, y que yo he sentido siempre que me he hallado en vísperas de jugar la vida.

Teufik Pachá era un hombre de cierta edad ya y afable (como casi toda la gente corpulenta) que me recibió muy bien, y en el acto nos hicimos amigos.

Después de la tertulia de reglamento, durante la cual tomamos café, fumamos cigarrillos de un aroma exquisito y conversamos sobre toda clase de asuntos, menos aquél que me interesaba más, exhibió por fin el Pachá, aunque con reticencias y no sin cierta pena (real o fingida) dos telegramas oficiales, que me alargó sin proferir una sola palabra.

Uno de dichos despachos era de Maghmud-Kiamil Pachá, General en Jefe del III Ejército, informándole de que yo había desaparecido como tragado por la tierra, y rogándole que en caso de que pasara por allí, me hiciera regresar al Cáucaso en el acto.

El segundo procedía del Ministerio de la Guerra, pidiendo informes sobre si me hallaba en Alepo y ordenando que, en caso que llegare, no se me permitiera de ninguna manera continuar mi viaje a Constantinopla.

En acabando de leerlos, mostré yo a mi vez, y sin decir una palabra, la copia fotográfica de cierta orden de Kiasim Bey (cuyo original había dejado guardado, para mayor seguridad, en casa de un oficial alemán amigo mío), en la cual Kiasim me declaraba oficialmente separado del III Ejército, por razones de salud, y me autorizaba para que me trasladara a Constantinopla, a la disposición del Ministerio de la Guerra.

Este documento anulaba de una manera categórica la orden de Maghmud-Kiamil Pachá, al paso que el certificado del Dr. Fay no solamente corroboraba lo dicho ya por Kiasim Bey, sino hasta me aconsejaba que fuera a Constantinopla a someterme al tratamiento de un especialista.

En vista de semejantes pruebas, no quedó a Teufik Pachá más remedio que permitir mi permanencia en Alepo, mientras comunicaba dichos detalles a Constantinopla.

Así, aprovechando el hecho de que me hallaba a la disposición del Ministerio de la Guerra, despaché en el acto dos telegramas, uno a Enver Pachá, solicitando mi dimisión en el ejército por razones de salud, y el otro (por conducto del Consulado alemán en Alepo) al general von Bronsart, Jefe del Gran Estado Mayor general del Ejército, comunicándole lo ocurrido.

Acto continuo, y a pesar de otro ataque de cuarenta grados que me sacudía con violencia, me fui a acostar ya algo más tranquilo, porque comprendía que había ganado la partida.

# Capítulo XI

Veinticuatro horas después de mi primera visita, volvió a llamarme el gobernador militar de la región para mostrarme un telegrama del Ministerio de la Guerra, en el cual Enver deploraba no poder acceder a mis deseos en lo tocante a mi dimisión solicitada, a causa de que mis servicios resultaban ser indispensables (?) etc. [sic], y ordenaba que mientras me hallara enfermo, fuera atendido por los mejores facultativos de dicha Capitanía General. Solamente al final agregaba que, después de haberme repuesto, le hiciera el favor de ponerme a las órdenes de Veli Pachá, a quien él, esto es, Enver, había telegrafiado ya, recomendándome como un excelente organizador.

A pesar de tan lisonjero mensaje que me libraba de las garras de Halil y de Dyevded Beys, y revelaba el carácter generoso al par que diplomático de Enver Pachá, juzgué, prudente más bien no someterme, especialmente en aquellos momentos, al tratamiento de los facultativos militares otomanos (que solían equivocarse en ocasiones, administrando inyecciones de estricnina en vez de quinina), sino seguir curándome yo mismo de mis dolencias. Y lo hice con tanto éxito, que en menos de cuatro semanas me hallaba ya lo suficientemente repuesto para poder dedicarme de nuevo a mis quehaceres.

Durante ese mes que pasé en Alepo me fue grato poder tratar de cerca, entre otros también, al consul alemán, el señor Rössler, quien a pesar de lo mucho que se ha venido hablando en contra de él, figura entre los grandes defensores que han tenido los armenios en todo tiempo. De lo contrario, no se hubiera tomado dicho señor la molestia de dirigirse en numerosas ocasiones oficiosa y hasta oficialmente a su gobierno, protestando contra las matanzas y deportaciones.

Y entre las damas de la colonia alemana, tuve el honor de conocer igualmente a la espiritual señora de Koch, la cual solía recibir en sus salones a lo más granado de la oficialidad alemana. Su casa hospitalaria semejaba un oasis en medio de aquella urbe de doscientos mil habitantes, de estrechas y tortuosas calles, y dotada de un barrio “a la franca”, en parte sin empedrado y a veces hasta sin aceras, que cubría en verano una espesa capa de polvo calcáreo, al paso que en invierno, una serie de profundos lodazales.

La provincia de Alepo cuenta, o contaba, por mejor decir, antes de la guerra, con una población de alrededor de un millón de “alepinos”, o sea con un conglo-

merado indefinible y en parte bastante degenerado de todas las razas vasallas habidas y por haber en el Cercano Oriente (que hoy hablan el árabe, conforme ayer hablaban el griego, el nabateo, el arameo, etc.) y abarca, además de parte de la cuenca del Oronte, toda la zona septentrional de Siria, comprendida entre el Mediterráneo, el Tauro y el Eufrates Occidental.

Entre sus principales centros comerciales figuraban y siguen figurando las florecientes ciudades de Aíntab, Zeitún y Marrash, al igual que el puerto de Alejandreta, distante 160 kilómetros de la metrópoli de dicha provincia, llamada también Alepo, o Haleb, que significa en árabe "leche", ello debido sin duda a antiguas versiones, de origen arameo, según las cuales cierta vaca gris, perteneciente al Patriarca Abrahán, solía pacer de preferencia por la colina en que descansa hoy el castillo de Alepo, o de Chalman, la antiquísima capital del reino de Mushashe, que floreció allá en 1.400 o 1.500 antes de nuestra era, y cuyos habitantes rendían culto a Ramsán, o Baál, el numen más reverenciado de los asirios y de los babilonios.

Después de la destrucción de Palmira, que fue su rival, siguió Chalman llamándose Barea hasta su conquista por los árabes, quienes le dieron el nombre de Haleb, o de Alepo.

Rodeada en parte de ruinosos murallones, que defienden atalayas y bastiones, ostenta la ciudad de Alepo en todo el centro una colina artificial, de unos cincuenta metros de altura, en que descansan los restos de su antigua fortaleza, cuyas rojizas torres recortan sus perfiles, amenazantes, en medio del firmamento, cual mano ensangrentada llamando al cielo.

Y en torno a dicha ciudadela, cuya cúpula domina los cuatro vientos, agrúpanse indistintamente las ruinas de diversas *medresas* y *caravanserallos*, cuyo estilo arquitectónico recuerda vivamente los edificios sarracenos de Egipto, como por ejemplo el Kalaád de Cairo y las tumbas de los mamelucos.

Pero lo que más me impresionó en dicha urbe fueron sus bazares cubiertos, semejantes a un laberinto inextrincable o nudo gordiano de galerías y pasajes estrechos y sumidos en una penumbra, rayana en noche, que cortaban a trechos, cual cintas de oro, los rayos solares, y en que un gentío exótico, indescriptible, gesticulaba y vociferaba en todas las lenguas del Cercano Oriente...

Mientras que de las tiendas y tenduchas de hierbas aromáticas, ocultas en el fondo de nichos oscuros, emanaban en ondas delicadas los sutiles perfumes del Oriente, insinuando lluvias de azahares y bosques de rosas que me hacían recordar involuntariamente las rosas de la tierra mía, allá en las lejanas montañas de los Andes...

Cuando en las noches de luna solía escuchar embelesado los cuentos de las Mil y Una Noches, sin darme cuenta de que yo también había de verme algún día convertido en uno de esos caballeros andantes, rompiendo lanzas con moros y cristianos en las lejanas tierras de las Mil y Una Noches.

Veli Pashá era un hombre muy enérgico y sobre todo sumamente astuto, que aprovechando mi carácter algo violento y a veces hasta rígido tal vez en demasía en lo tocante a orden y disciplina, me destinó en el acto al importantísimo centro de etapas de Mamoureh, en la provincia de Adana, que representaba, por decirlo así, el corazón de dicha inspección general, porque servía de factor intermediario entre los ferrocarriles de Anatolia y de Bagdad, reexpidiendo por medio de columnas de autocamiones, vehículos, camellos, bestias de carga, etc., el tráfico total de aquellas dos arterias, que mantenían a Constantinopla en constante comunicación con sus lejanas provincias de Siria, Mesopotamia, Palestina y en parte también con el Cáucaso.

La distancia que cubría dicho centro o *mensil* era relativamente corta —cien kilómetros— pero en extremo difícil porque atravesaba la cordillera del Amanus, en que se estaba perforando entonces un túnel de cinco a seis kilómetros, y porque no disponía de más vías de comunicación que de una carretera, construida a toda prisa por el teniente de ingenieros Knöpper después del bombardeo de Alejandreta por la escuadra inglesa.

Las funciones que me fueron atribuidas desde un principio fueron las de Inspector o "mufetish", y segundo del Coronel de Estado Mayor, Nuri Bey, jefe recién nombrado en sustitución del teniente coronel Aghia que había dejado aquel importante centro de etapas en un estado sumamente desorganizado.

El numeroso material rodante y ganado de que solía disponer la inspección de Mamoureh todavía algunas semanas antes de nuestra llegada, lo encontramos reducido a quince o veinte caravanas de ochenta o cien camellos cada una; luego, a un centenar o dos de carretas tiradas por búfalos, y a cosa de docena y media de columnas de bestias de carga, que junto con los camellos, podían ascender a unas 3.500 a 4.000 cabezas de ganado, de las cuales cincuenta o sesenta iban pereciendo diariamente a causa de la negligencia y el peculado de los oficiales encargados de la administración, quienes pertenecían casi en su totalidad, al cuerpo de oficiales retirados del viejo régimen, o por mejor decir, a la antigua oficialidad del Sultán Abd-Ul-Hamid, que éste había reclutado en su mayoría de entre las clases de sargentos y cabos, por temor de que al encomendar el mando de sus tropas a oficiales de carrera, no fueran éstos acaso a sublevarse contra él.

Dichos ex oficiales regimentarios, llamados "takauts", eran generalmente aborrecidos en el país a causa de su rapacidad, y más que todo, a causa de sus instintos canallescos.

Tal es la razón por la cual la oficialidad de los jóvenes turcos, que destronó a Abd-Ul-Hamid, se componía casi exclusivamente de elementos cultos y de ideas avanzadas, es decir, de elementos verdaderamente liberales y hasta cierto punto sinceramente patrióticos y nacionalistas.

Como en tiempo de guerra resultaba difícil, casi imposible, recuperar esas pérdidas en ganado y material rodante, me autorizó Veli Pashá, antes de yo partir,

para que procediese como quisiera con tal de poner en orden dicho *mensil.* Y, habiéndoselo prometido, apliqué el hombro a la rueda, de modo que en menos de cuatro semanas tuve la satisfacción de ver cómo el caos se iba tornando en orden, y el *mensil* de Mamoureh comenzaba a andar como una máquina.

Pero ¡a costa de qué!

Pues nada menos que mandando administrar la "bastonada" a razón de treinta latigazos por barba a todas las clases y soldados que sustraían las raciones al ganado en su propio provecho, y encarcelando a gran parte de la oficialidad, perteneciente, según dije antes, casi en su totalidad a los llamados *takauts*, que fueron a mi juicio la plaga más grande que llegó a desolar aquel desgraciado país durante la guerra, puesto que las langostas, aunque voraces, no destruían al fin y al cabo sino las mieses y los pastos, al paso que esos parásitos inveterados vendían las medicinas, las raciones de hombres y de bestias, y de haber encontrado quien se las comprara, habrían vendido seguramente hasta las locomotoras del ferrocarril de Bagdad.

Con decir que cada una de dichas columnas, de 80 a 100 camellos, se hallaba a las órdenes de uno de esos oficiales (a veces ¡hasta de Marina!) retirados, que se repartía con su sargento primero la mitad o tal vez más de las raciones correspondientes al ganado de su columna, creo que basta para que cualquiera se pueda formar una idea aproximada del estado en que se hallaban las cosas en Mamoureh al tiempo de mi llegada.

Pero lo peor del caso era que la mayor parte de dichos señores ni se tomaban la molestia siquiera de acompañar a sus respectivas caravanas durante el viaje de ida y vuelta a Rayouh, sino que se instalaban cómodamente en la primera estación, llamada Hasan-Beli, a unos veinte kilómetros de Mamoureh, para aguardar tranquilamente el regreso de sus "bash-chavushes" con la parte de los despojos que les correspondía a ellos como jefes.

De los cien camellos que integraban cada una de dichas columnas, los cinco o seis mejores los vendían los tales sargentos en el camino a los kurdos o a especuladores de mala ley, al paso que de los 94 o 95 restantes, sesenta regresaban tal vez todavía en bastante buen estado, mientras que los demás, chorreando pus y sangre por llagas increíbles. Yo recuerdo haber visto en diversas ocasiones corcovas de dromedarios atravesadas de parte a parte por mataduras ulceradas.

En tales condiciones, nada tenía de extraño, pues el que Veli Pasha se olvidara en cierta ocasión hasta el extremo de abofetear públicamente a varios de dichos ex oficiales de la era hamidiana, y que al salir yo de Alepo me autorizara para que hiciese lo que quisiera, con tal de que estableciera el orden en dicho *mensil.*

Además de las estaciones terminales de Mamoureh y Rayouh, existían tres intermedias, llamadas Hasan-Beli, Inteli, Islahie y Taghta-Köprü, en que solían pernoctar las caravanas indistintamente, según y cuando las sorprendía la noche. Y a pesar de que en cada uno de dichos lugares había un veterinario, un médico y varios oficiales de adminis-

tración encargados de vastos depósitos de provisiones, tanto la tropa enferma como las bestias lisiadas solían pasar la pena negra, mientras que las caravanas, hambre, a causa de que los unos habían vendido las medicinas, al paso que los otros, las provisiones.

Excuso decir cuántas noches de insomnio no habré pasado yo, y sobre todo, cuantas "bastonadas" no habré tenido que mandar distribuir diariamente entre esa gente, avezada ya al peculado, para medio poder llegar a organizar aquello, de suerte que ya no hubiera desfalcos, ni bestias heridas y hambreadas, ni retrasos en el itinerario de las caravanas.

A los pocos días de haber llegado, nos pusimos, Nuri Bey y yo, a construir barracas provisionales y hospitales de bestias, para los cuales nos fue preciso contratar veterinarios indígenas (kurdo-árabes), ya que los facultativos que nos remitía la dirección desde Alepo eran por lo general gente novicia y que poco o nada se ocupaba de su trabajo. No parece sino que dichos señores habían venido a Mamoureh con el fin único de descansar y organizarse en fondos a expensas de nuestro *mensil*. Y, de no haber llegado yo a tiempo, tal vez hubieran logrado su objeto, aun cuando a costa de nuestro ganado, que constituía el único medio de transporte de que disponía ya la Dirección general de Etapas para poder seguir llenando el vacío entre Mamoureh y Rayouh, o por mejor decir, para poder continuar trasbordando y reexpidiendo desde la estación terminal del ferrocarril de Anatolia hasta la del de Bagdad las provisiones, municiones, etc., procedentes de la capital, sin las cuales el II, IV y VI Ejércitos hubieran quedado, si no de un todo, al menos sí en gran parte paralizados.

A varios de dichos señores los tuvimos que desterrar más tarde al desierto, o "tchölda", junto con algunos recalcitrantes oficiales *takauts*, jefes de caravanas, que tampoco habían querido enmendarse.

La provincia de Adana, en cuyo extremo oriental y al pie del Amanus se halla situada Mamoureh, abarca, además de la costa de Caramania, los territorios de la antigua Cilicia Campestre, y forma una extensa llanura en forma de abanico, muy fértil por cierto, pero en parte en extremo insalubre, que riegan en sentido de Norte a Sur diversos ríos caudalosos procedentes de la Cordillera del Tauro y del Antetauro, que en un tiempo formaban parte de la antigua Cataonia, y entre cuyos bosques de abetos y de cedros siguen aún los caramanios nómadas y los habitantes de las ciudades costañeras, buscando asilo contra los calores del estío... hasta que la erizada crestería de la Tauride se cubre de un blanco sudario y las ráfagas autumnales obligan a los veraneantes a regresar a los valles y llanuras de la costa, que cortan en diferentes sentidos hileras de colinas bajas y cubiertas de siempre verdes mirtos y laureles.

Su capital, Adana, es ciudad importante, que contaba con una población de cincuenta mil almas antes de las deportaciones, y se halla construida sobre el sitio de la antigua Batneh.

Antaño puerto de mar, se encuentra ella hoy retirada unos 50 kilómetros de la costa y ocupa ambas márgenes del río Seihún, o el antiguo Sarus, que cruza un macizo puente construido en tiempo del emperador Adriano. De sus antiguas murallas no quedan ya sino ruinas, mientras que de su ciudadela apenas algunos vestigios insignificantes desde el punto de vista histórico.

Los bosques inagotables de sus montañas, los fogosos corceles de sus llanuras, los variados productos de sus minas y la asombrosa riqueza de su suelo, que produce la vid, el algodón, el lino y la caña dulce, todo a un mismo tiempo, han dado a la provincia de Adana desde época inmemorable justa fama de ser uno de los países más privilegiados y opulentos en el Cercano Oriente.

A la ciudad de Adana sigue, tocante a importancia comercial, al menos, el puerto de Mersina, habitado en su mayor parte por griegos otomanos y levantinos. Y a éste sigue, a su vez, la villa de Tarsis, o Tarsos, otrora rival de Atenas y Alejandría, en que nació San Pablo y descansan los restos del Emperador Julián, al igual que los del Califa Mamoún, que la embelleció.

Sobre la margen izquierda del río Cydmus, que la baña, y junto al sitio que ocupa actualmente un vetusto molino, fue donde Cleopatra, la legendaria Reina de Egipto, descendió de su galera de plata al son de flautas y de cítaras, para inclinarse ante el altivo Antonio.

Y en medio de la llanura, sobre un montón de ruinas que en un tiempo sirvieron de morada a Haroun-El-Rashid, aún puédese leer aquella estrofa célebre del Rey Sardanápalo de Asiria: "gozad de los placeres de la vida cuanto podáis, ya que todo lo demás sólo es un sueño".

Además de Tarsos, que es toda ella un monumento histórico, posee la provincia de Adana las célebres ruinas de Anamurium, de Side, de Isus, Anazarba, Mopuestia, Sis y las de Cilicia Traquea, que adornan a trechos los cabos y promontorios de la antigua Isauria y se extienden aún más allá del Golfo de Adalia por todo el pie de las montañas de la Lidia, cubriendo las fachadas y las faldas escabrosas y casi perpendiculares de sus costas en forma de sepulcros abiertos en la roca viva, imitando templos de varios órdenes.

Mamoureh se componía únicamente de la estación terminal de su nombre, que rodeaban los edificios del *mensil*, y se hallaba situada, según dije antes, en un rincón pantanoso e insalubérrimo de la provincia de Adana, y al pie de la Cordillera del Amanus, que cubren espesos bosques de pinos y laureles en que abunda la caza.

Los chacales eran por allí en esa época tan numerosos casi como los cuervos. Y más de una pantera cebada llegó a convertirse en el terror de los aldeanos ubicados en dichas serranías, que servían también de refugio a numerosas partidas de bandoleros, integradas en su mayor parte de desertores, o de bandidos armenios y kurdos que cazaban a solas.

Desgraciado del individuo que en aquellos tiempos se hubiese aventurado dentro de esos bosques sin regular escolta. El vientre de las fieras y de los cuervos hubiérase tornado en sepultura.

La población seminómada del Amanus, que ocupa en invierno las "kishlas" o aldeas en la llanura, mientras que en verano las "yailas" o campamentos de toldos negros en las altas mesetas, componíase de una mezcla de kurdos y turcomanos que vivían en eterna pugna con los aldeanos armenios de dichas serranías y no dejaban de ejercer, junto con los casi independientes caramanios, o *yürükes*, cierta influencia fatal en el ánimo de los gobernadores otomanos de Alepo, quienes, como buenos bizantinos, aprovechaban esas rivalidades lugareñas a fin de cimentar el régimen de la Sublime Puerta sobre las costas y montañas de Cilicia.

Los armenios de la provincia de Adana, que ni aún en sus mejores tiempos habían llegado a formar siquiera una tercera parte de la población de dicho vilayato, eran sedentarios y se hallaban en su mayoría radicados en las poblaciones de la costa, donde ejercían el oficio de artesanos, o se dedicaban al comercio y a la industria.

Al tiempo de mi llegada a Mamoureh, empezaban ya a descender de Tarsos, Kélebek y las montañas circunvecinas, las primeras caravanas de deportados, compuestas de millares de familias, que iban caminando sin rumbo fijo en dirección de los desiertos de Siria.

Las más carecían desde un principio ya de casi toda clase de recursos a causa de la rapacidad de los empleados del gobierno, y hasta cierto grado también merced a los abusos escandalosos del teniente coronel Aghia Bey, que se hallaba en esa época encargado de la construcción y reparación de la carretera militar de Mamoureh a Kadmeh, por la que habían de transitar forzosamente aquellos infelices.

Ni aún a las familias más opulentas de la ciudad de Adana se les había permitido llevar consigo sino lo que podían cargar en una carreta tirada por bueyes. Sus casas, palacos y fincas de labranza, con cuanto contenían, quedaban a cargo de las autoridades locales y provinciales, que se las repartían, por supuesto, salvo la quinta parte, que correspondía al Comité de Unión y Progreso en Constantinopla, encabezado por el entonces todavía Ministro del Interior, Talaát Pachá.

Estos repartos escandalosos de las propiedades armenias en casi todo el país, y, sobre todo, en las provincias más alejadas de la capital, fueron los que sembraron la semilla del peculado entre los jóvenes turcos, quienes, en honor de la verdad sea dicho, habían permanecido honrados hasta principios de la guerra.

Pero el oro que les afluía a torrentes acabó por cegarlos y corromperlos de tal manera que, no satisfechos con el tan fácilmente adquirido botín armenio, comenzaron a echar mano de cuanto podían, de suerte que todavía antes de terminado el primer año de la guerra ya habían organizado un verdadero sistema de robos al por mayor bajo la dirección del funesto Ismail-Haki Pachá y la subgerencia de los llamados "comisarios imperiales", que ejercían el control militar de los

ferrocarriles y no facilitaban medios de transporte más que a aquellos que les pagaban propinas de cien a doscientas libras por el uso de cada vagón.

Que semejante sistema de *sabotage* había de acabar a la larga por provocar un alza tremenda en el precio de los comestibles, era de esperarse. He aquí, pues, la razón de por qué la carne llegó a valer en Constantinopla cuarenta francos el kilo por espacio de meses enteros, al paso que el azúcar cincuenta durante un par de años consecutivos.

Enver Pachá, que al estallar la guerra había sido todavía un hombre honrado, y tan pobre que al casarse hubo de pedir muebles prestados para poder recibir a sus convidados, trató al principio de impedir aquel escándalo. Pero, viendo lo inútiles que resultaban sus esfuerzos, cedió por último ante el peso de la avalancha, y tras el primer desliz siguió rodando, hasta que acabó por convertirse en el [sic] más grande de Turquía, excepción hecha, por supuesto, de Ismael-Haki y Dyemal Pachás, quienes, lo repito, eran unos verdaderos genios en el arte del peculado.

Los cargos de comisarios imperiales, que todavía a comienzos del 1915 habían sido desempeñados únicamente por oficiales de Estado Mayor probos y aventajados, a medida que la desmoralización iba cundiendo fuéronlos ocupando oficiales, parientes o protegidos de los gerentes del Comité de Unión y Progreso, quienes gracias a su influencia habían logrado aprobar un curso superficialísimo que, aun cuando sin ser propiamente de Estado Mayor, cubría al menos las apariencias lo suficiente para permitirles ocupar uno de esos puestos tan codiciados, porque proporcionaban a sus usufructuarios la manera de hacerse con fondos rápidamente.

Con el control arbitrario de las vías de comunicación y el control absoluto de las armas, nada tiene de extraño, pues, que el Comité de Unión y Progreso haya podido hacer en Turquía lo que quería durante los primeros tres años y medio de la guerra, o por mejor decir, hasta que ascendió al trono el Sultán Mehmed VI, y les puso la proa, mas algo tarde, desgraciadamente, ya que para ese entonces el mal estaba hecho a causa de la secta de los oficiales *takauts*, que a fuerza de malos ejemplos había acabado por inculcar el germen del peculado entre gran parte, por no decir la mayor parte de la oficialidad regular otomana.

De haberse hallado un oficial alemán al frente, o al menos en control de los importantísimos ramos de alimentación y vías de comunicación, como lo había solicitado desde un principio el Gran Estado Mayor General germánico, hubiérase podido evitar fácilmente aquel desastre de orden administrativo, y tal vez hasta hubieran sobrado provisiones, como trigo y carne, por ejemplo, con qué socorrer a los ejércitos y a la población civil de los países aliados de Turquía. Pero el sultán (q.e.p.d.) Gasi Mehmed Reshad V se opuso a ello rotundamente, influenciado, según decían, por Ismail-Hai Pachá.

El estado caótico y desastroso por excelencia en que se halla actualmente el Imperio Otomano, débese por consiguiente no sólo a los excesos del Comité de Unión y Progreso, sino en gran parte también a Gasi-Mehmed Reshad, por haber permitido a los gerentes de dicho comité hacer y deshacer a su antojo, sin siquiera tomarse la molestia de llamarlos al orden, como lo hizo su hermano y sucesor Mehmed VI.

Pero voy a continuar mi relato.

A medida que el tiempo iba pasando, iban aumentando también las deportaciones, de suerte que para fines de agosto, ya no se veían en la carretera frente a Mamoureh más que hileras inmensas de toda clase de vehículos y de bestias de carga, rodeadas y seguidas de un torrente de hombres, niños y mujeres, miserables y harapientos, procedentes de las provincias en que no había habido matanzas en globo sino deportaciones únicamente.

Causaba tristeza ver a algunos de los rezagados que, después de arrastrarse durante largo tiempo, semejantes a bestias heridas, detrás de las caravanas, llamando a gritos a sus allegados, se desplomaban por fin a la vera del camino para expirar y tornarse en mortecino.

Entre éstos se notaban con frecuencia ancianos y ancianas cargando a cuestas con algún biznieto, acaso los últimos supervivientes de una familia numerosa; o niños cubiertos de llagas y con los ojos supurientos y sembrados de moscas, llevando en brazos quizás un hermanito exánime, o recién nacido, cuya madre había expirado en el camino.

Septuagenarios u octogenarios, arrastrando tras sí un colchón o cobertor inmundo o hecho girones, o mascando con mandíbulas desdentadas un puñado de hierba, por falta de otro alimento, o acaso hasta chupando un hueso arrancado de alguna carroña, figuraban entre los cuadros a la orden del día.

Pero lo que más me llamó la atención en esas caravanas, integradas por millares de deportados, eran sus hombres, es decir, esos centenares de hombres borregos que iban presenciando semejantes horrores con ademán resignado y sin que hubiera entre ellos uno siquiera con bastante ánimo para rebelarse contra los cuatro o cinco gendarmes, a lo sumo, de que se componía la escolta de cada una de dichas procesiones, y que en ocasiones no llevaban consigo ni cartuchos siquiera.

¿Por qué, me digo yo, en vez de lloriquear como mujeres, no se sublevaban más bien esos cobardes, como lo hacen los hombres de alma, y aplastando de un solo manotazo su pequeña escolta, no se lanzaban de pleno sobre la escasa guarnición de Mamoureh, donde teníamos armas y municiones por botar?

De haberse apoderado de éstas, hubieran ellos podido hacerse dueños de las montañas, por de pronto, y más tarde con el auxilio de los cruceros ingleses y franceses que patrullaban constantemente el Golfo de Alejandreta, quizás hasta de todo el vilayato de Adana y en parte también del de Alepo.

Si los armenios otomanos, en vez de perder su tiempo con intrigas absurdas y esperándolo todo de la Entente, se hubiesen rebelado en masa desde un principio, y siguiendo el ejemplo de los pueblos dignos y conscientes de su hegemonía nacional, se hubiesen lanzado al monte y a la manigua, resueltos a conquistar su independencia de no importa qué manera… Armenia sería hoy libre, como Bulgaria, Serbia y Montenegro, y si no del todo libre, al menos sí acatada y respetada hasta por sus mismos verdugos.

Si, por consiguiente, respecto a las matanzas, cabe la palabra "lástima", creo que no es a los armenios a quienes debería aplicársela, sino más bien a sus mujeres e inocentes hijos, que tuvieron que pagar con sus vidas por la cobardía y el egoísmo de sus padres y de sus esposos.

Los deportados que habían logrado salvar algunos fondos o joyas, eran despojados de ellos sistemáticamente por sus guardianes, quienes les exigían propinas hasta por el permiso de tomar agua de alguna fuente.

Los que disponían de carretas propias, las tenían que abandonar por regla general a los pocos días con cuanto llevaban en ellas, a causa de los bandoleros, quienes solían robarles las bestias de tiro durante la noche. Y los que llevaban carros de alquiler, porque los cocheros se resistían a seguir acompañándolos.

Debido a ello, muchos deportados, al llegar a Alepo tenían que ir de casa en casa mendigando, puesto que el kilo del llamado pan de "vésika", que les administraba el gobierno cada tres o cuatro días, no bastaba para sostenerlos.

Las noches las pasaban por regla general a la intemperie o empotrerados, semejantes al ganado, en campamentos insalubres y cercados de alambre, como el de Kadmeh, por ejemplo, razón por la cual aquellos campos de concentración se fueron convirtiendo rápidamente en focos de infección que producían y en que se desarrollaban toda clase de enfermedades contagiosas, inclusive el tifus y la viruela.

Y a medida que las epidemias iban aumentando, íbanse llenando los campos y caminos de carroña, que atraía hasta a las hienas del desierto. Y los chacales se tornaron tan numerosos, que se les veía hasta de día devorando los cadáveres, y en ocasiones, según decía la gente, hasta a los moribundos.

Yo me acuerdo de un caso en que estas fieras llegaron a despedazar a una criatura mientras se hallaba durmiendo al lado de su madre, la cual, al despertarse, se volvió loca y llegó a las puertas de nuestro hospital gritando y llevando en brazos los restos carcomidos de su hijo.

De la caída del sol en adelante no se oían, desde la hoyada del valle hasta la cúspide de los montes, sino las carcajadas de las hienas y los lúgubres quejidos de esos inmundos carroñeros, los chacales, que durante mis nocturnas cabalgadas solían acompañarme a veces hasta por espacio de horas enteras a lo largo de la carretera, y tan de cerca, que casi los hubiera podido tocar con el látigo.

Y aun cuando inofensivos individualmente, suelen, sin embargo, dichos carniceros tornarse peligrosos, sobre todo para las bestias, cuando se juntan en manadas y se hallan acosados por el hambre...

Como me sucedió una vez, durante la Revolución mejicana, con sus primos hermanos, los coyotes, los cuales se pusieron a seguirme cierta noche en tales cantidades, que para poder librarme de ellos me vi precisado a encerrarme con mi caballo en un cementerio abandonado, donde pasé el resto de la noche acostado dentro de un nicho, que a juzgar por el fuerte aroma que despedía, debía de haber estado ocupado en otro tiempo por algún...

Entre los visitantes más asiduos del valle de Mamoureh, figuraba cierta bandada de lobos que habían bajado de las montañas atraídos, sin duda, por el olor seductor a mortecino que se percibía por doquiera. Una noche oí su llanto bastante cerca de mi cabaña, y salí a cazarlos, mas no pude dar con ellos a causa de la oscuridad y de la espesura del monte.

A pesar de su presencia repugnante, no dejaban sin embargo dichas fieras de sernos útiles, y hasta bastante útiles, desde el momento en que ayudaban a limpiar de cadáveres los campos y caminos.

Los parásitos más peligrosos no lo eran ellos, por lo tanto, sino los hombres, esto es, las numerosas cuadrillas de bandoleros que asaltaban y saqueaban por doquier a los indefensos deportados, cuyos convoyes, con tal de huir de los calores veraniegos, habían comenzado a transitar de noche.

En cierta ocasión, recuerdo, estaba yo cenando en el pueblecillo de Inteli, que se había ido convirtiendo con el tiempo en una verdadera madriguera de facinerosos, cuando me levanté, sorprendido, al son de tiros y de voces desaforadas pidiendo auxilio. Y al salir a ver lo que ocurría, supe que un convoy de armenios acababa de ser asaltado y desvalijado a menos de medio kilómetro de dicho poblado, o sea, casi a las puertas del cuartel en que me hallaba alojado.

Muchos de los que habían logrado escapar al hierro de los asesinos fueron a estrellarse durante su huida, y a causa de la oscuridad, en el fondo de los barrancos circunvecinos, mientras que el resto llegó a Inteli sangrando y pidiendo pan "por amor de Dios"... que yo, por supuesto, hice distribuir entre ellos en el acto hasta donde me lo permitían mis propios recursos, ya que oficialmente nos estaba prohibido pasar a los deportados ración alguna sin un "vésika", es decir, sin una orden escrita y firmada por las autoridades civiles de la provincia de su procedencia y demás *chicanerías* que había inventado el hebreo renegado Talaát Pachá para hacer morir de hambre a aquella pobre gente.

Según parece, no faltaron casos en que los gendarmes, en connivencia con cuadrillas de malhechores en la paga o asociados del teniente coronel Aghia Bey, desviaron del camino caravanas enteras de deportados... para conducirlas por

veredas desconocidas hacia el fondo de los bosques, donde los bandidos las esperaban ya y macheteaban después de haber despojado a sus tripulaciones hasta de sus ropas interiores.

¿Hasta dónde no llegaría el descaro de esos bandoleros, cuando a pesar del uniforme que llevaban puesto, no vacilaron una madrugada en asaltarme entre cuatro, en plena carretera, asiendo de las riendas de mi bestia y disparando a quemarropa contra mí? Y me hubieran derribado, indudablemente, sin darme tiempo para defenderme, de no haber sido por mi caballo, que se encabritó, y saltando por encima de ellos se alejó a toda carrera, desbocado.

En otra ocasión, me hallaba yo pernoctando en un campamento vecino a Mamoureh, cuando me desperté al ruido de tiros y una gritería infernal. Y al preguntar a uno de los centinelas lo que ocurría, me contestó éste bonachonamente que "sólo se trataba de un convoy de armenios, que los muchachos estaban desvalijando" (*...bir shei dil, Beym, bisim chayuklar...*)

Y en efecto. Al aclarar el día, noté sobre la vecina carretera varios cadáveres ensangrentados y algunas carretas vacías y volteadas cuyos bueyes, a juzgar por las correas cortadas de las yuntas, habían sido robados.

Y a medida que la provincia de Adana se iba despoblando y convirtiendo en un desierto a causa de la deportación de los elementos cristianos, que allí como en el resto del Imperio representaban el progreso o sea la industria y la agricultura inteligentemente conducidas, íbase Alepo llenando de deportados mendincantes y apestados que morían en las calles por centenares y llegaron a contagiar el resto de la población a tal extremo, que hubo días en que los carros fúnebres no daban abasto para transportar los muertos a los cementerios.

Lo propio sucedía en Damasco, y un año más tarde también en Jerusalén, donde el tifus echó raíces excepcionalmente profundas, a causa del desaseo proverbial de sus barrios judíos, y más que todo, en razón del abandono higiénico casi completo que suele caracterizar a la clase baja entre los árabes.

Durante una excursión que había hecho yo a mediados de septiembre con la mira de ir a visitar las ruinas de ciertas antiquísimas aldeas hititas, situadas en el valle de Afrin y frente a la *kasaba* de Islhie, en que tenía instaladas sus oficinas el teniente coronel Aghia Bey, me manifestó éste el deseo de que lo secundara en calidad de inspector durante la reconstrucción de la carretera militar de Mamoureh a Kadmeh, que se estaba entonces llevando a término bajo la dirección de los ingenieros militares, el capitán von Klinghardt y el teniente Lutz.

Tres o cuatro batallones de labor, compuestos casi totalmente de armenios y griegos otomanos proveían los brazos de trabajo, al paso que sus oficiales, casi todos *takauts*, parecían preocuparse más por el cuidado de sus bestias de silla que por sus quehaceres y la manutención de las tropas a sus órdenes.

Instalados en los mejores edificios de Keller y las aldeas circunvecinas, utilizaban dichos señores los vehículos de los batallones en beneficio propio, arrendándolos a carreteros de profesión. Y como colmo del descaro, no solamente no llevaban cuentas de nada, sino parecían ignorar hasta el número de los contingentes que les había confiado el gobierno. Las raciones para la tropa y el ganado que les pasaba la Inspección General de Alepo con suma regularidad, las solían vender ellos casi públicamente, haciendo alarde de un lujo que hería los sentimientos de todo militar honrado.

En esos batallones hacía cada cual lo que quería.

De las seis mil plazas de que se componían nominalmente, apenas existían unos dos mil hombres. Los sueldos y las raciones de los restantes cuatro mil iban a parar a los bolsillos de sus jefes y oficiales subalternos.

A consecuencia de semejante desorden, hallábanse quinientos de dichos dos mil soldados "sin armas", agonizantes, al paso que los mil quinientos restantes, muriéndose de hambre o de anemia, menos los sargentos, por supuesto, que como socios y confidentes de los oficiales estaban nadando en fondos y viviendo en grande.

Habiéndose fijado el coronel Aghia Bey en la relativa rapidez con que yo había logrado restablecer el orden en Mamoureh, tanto importunó y siguió importunando a la inspección de Alepo, hasta que Veli Pachá acabó por acceder a sus deseos, de suerte que de ahí en adelante había de atender yo, además de mis quehaceres en Mamoureh, también los de Aghia, a fin de que éste pudiera continuar desvalijando a su gusto el torrente de deportados armenios que seguían desfilando por Islahíe de día y de noche y representaba para él una verdadera mina de oro, ya que Aghia Bey, como buen *takaut*, no se contentaba con los peces grandes únicamente, sino echaba mano también de los chicos.

Su sistema no podía ser más sencillo: cuando pasaba algún deportado de quien se sabía que llevaba algunos fondos, lo mandaba llamar y le participaba que en lo sucesivo pasaría a trabajar en calidad de tropa en uno de sus batallones de labor.

Al oír aquello, y para salvarse de una muerte de inanición casi segura, solía sacar el infeliz aquél las más de las veces cinco o diez libras oro, que Aghia aceptaba, por supuesto, más no para embolsarlas sino para arrojarlas con furia al suelo, amenazando con mandarlo fusilar por haber tratado de sobornarlo.

Acto continuo lo hacía despojar, a título de confiscación oficial, de cuanto poseía, y después de tenerlo en el cepo un par de días, lo mandaba soltar, quedando él satisfecho de la mucha o poca plata que había logrado cosechar mientras que el otro, feliz por hallarse todavía con vida, aun cuando sin un ochavo en el bolsillo.

No cabe duda que Aghia era un *takaut* de la alta escuela.

Y si el individuo aquél tenía por desgracia suya una o más hijas de aspecto agraciado, se las mandaba quitar sin más fórmulas, para incorporarlas durante algunas

semanas a su harén, y luego venderlas a los kurdos de las montañas circunvecinas, que a regañadientes tenían que comprárselas por no atreverse a contrariarlo.

Los que preceden son pormenores verídicos, recogidos aquí y allá durante mis conversaciones con los confidentes y subalternos del coronel Aghia Bey, quienes habían con él a veces compartido los despojos, y durante los arrebatos de confianza que suele acarrear el uso excesivo de licor, hasta se vanagloriaban de su arte acabado en desvalijar a los perros cristianos y en mandarlos al fondo del "dyehena", o sea a los profundos del infierno.

Con la experiencia que había adquirido yo en Mamoureh en manejar *takauts* recalcitrantes, no tardé en meter en cintura también a los jefes y oficiales de dichos batallones (que aún me deben estar maldiciendo), de suerte que, a las dos semanas de haberme hecho cargo de mi nueva inspección, se hallaba ya el 83% de las tripulaciones bien comido y bien dormido, trabajando en el gran zigzag de Keller, que estábamos entonces trazando sobre la falda oriental del Amanus para facilitar el trasporte de la artillería pesada.

Ello no obstante, me la pasaba yo siempre a caballo, siempre vigilante, porque comprendía que el día en que hubiere llegado a faltar, todo ese edificio artificial de honradez administrativa que yo había venido levantando a fuerza de tantos sacrificios, se hubiera venido abajo miserablemente, como un castillo de naipes por causa de esa inercia fatal y espíritu de rutina propios del fatalismo oriental, que parece oponerse hasta por instinto a toda innovación y a todo progreso.

Desgraciadamente, había ido empeorando mi salud de tal manera, que de haber tratado de seguir desempeñando mi doble cargo de inspector en Mamoureh y en Islahie, hubiera equivalido a un suicidio.

En consecuencia resolvió solicitar un par de semanas de vacaciones, aun cuando a sabiendas de que ello no había de agradar ni a Aghia ni a Nuri Bey, desde el momento en que, al ausentarme yo, todo ese trabajo ingrato que yo había venido haciendo hasta entonces por decoro personal únicamente, hubiera recaído sobre ellos, sin que ni uno ni otro hubiese sido capaz de continuarlo, ya que los burócratas turcos se hallan acostumbrados a que otros se sacrifiquen por ellos, pero ¿ellos mismos sacrificarse por la patria? Eso, nunca. ¡De eso se encarga Alah!

Cuando me convencí de que tanto Nuri como Aghia Bey, en vez de concederme la licencia solicitada, lo que procuraban era entretenerme indefinidamente en Mamoureh, me dirigí a Veli Pachá en persona, quien en el acto me concedió permiso para ir a pasar una temporada en Jerusalén, que hacía tiempo ya deseaba yo conocer.

En Alepo no me detuve más que el tiempo necesario para organizar mi viaje.

Sus barrios céntricos habíanse convertido durante mi ausencia en una especie de casa mortuoria, a causa del tifus y las demás enfermedades contagiosas que seguían trayendo consigo los deportados *en route* para los desiertos de Siria y Mesopotamia.

Por doquiera veíanse grupos de esqueletos ambulantes y famélicos, cuyas vidas se iban apagando a veces en medio de las calles más céntricas, o en los innúmeros solares, cubiertos de inmundicia, que les servían de morada.

Desprovistos de todo y a veces hasta de ropa, se arrastraban aquellos infelices de ambos sexos y todas edades de casa en casa, mendingando y dejando por doquiera regado el germen de la tifoidea. En Alepo tan sólo, parece que ascendieron a treinta y cinco mil las personas que perecieron por causa de dicha peste durante el corto período de agosto 1916 a 1917.

En casi todas las aldeas entre Alepo y Musul pereció más del 50% de sus habitantes, mientras que en el distrito y *kasaba* de Ras-Ul-Aín, que era en aquella época todavía la estación terminal del ferrocarril de Bagdad, dicen que hasta el 88%.

Además del tifus se declaró en diversos lugares también el cólera morbo. Pero por fortuna no llegó dicha plaga a alcanzar las proporciones que se temió en un principio.

Las diversiones de orden teatral se limitaban entonces en Alepo a un par de cines y a unos cuantos "klimbims a la turca", en que odaliscas de labios encendidos y ojos árabes ejecutaban sus contorsiones al son de músicas chillonas. Tampoco faltaban algunos cafés al aire libre, donde los levantinos y siriacos, llamados "alebitchelebis", lucían sus "kumbashes", o faldas de seda multicolor, lado al lado con efendis de ademán grave e irónica reserva, cuyos ojos parecían clavados en una muchedumbre incolora (y de rostros a veces marcados por la horrible llaga alepina), que llenaba las aceras y recorría a caballo, en coches o en automóviles las calles principales, y sobre todo, el "gran paseo", que se extendía desde los arcos del Serrallo en línea casi recta y al través del pequeño e inmundo río Köik, hasta la estación del ferrocarril de Damasco.

Durante esos días se esperaba la llegada del Mariscal de Campo von der Goltz Pachá, recién nombrado General en Jefe del VI Ejército, que guarnecía el frente de Bagdad, o sea la frontera turco-irana desde el vilayato de Musul hasta la provincia otomana de Irak-Arabi, en la Baja Mesopotamia.

Entre los varios miembros de su Estado Mayor que le habían precedido figuraba el capitán Bader, encargado de la sección de telégrafos, que acababa de llegar del frente francés y había tomado, de paso por Mamoureh, una docena o dos de fotografías de los deportados armenios en medio de sus miserias.

Encantado de verse dueño de tan interesantes *clichés,* que no cesaba de ponderar, y temeroso de que se le fueran a echar a perder, resolvió hacerlos revelar por uno de los mejores fotógrafos de Alepo.

Así se hallaban las cosas, cuando, a la hora de cenar del día siguiente, se presentó el capitán Bader (quien, más que de paso sea dicho era algo corpulento), y rugiendo como un león nos comunicó que el fotógrafo aquél le había echado a perder todas las placas, por un descuido, aparentemente, más en realidad, y según

supe yo luego, por orden del Gobierno, que no reparaba en medios con tal de impedir el que la verdad sobre las matanzas y deportaciones llegara a ser conocida en el extranjero.

Este incidente vino a poner los puntos sobre las íes en lo tocante al incidente mío, y a demostrar claramente por qué el Ministro de la Guerra había telegrafiado cuatro meses antes a Teufik Pachá, ordenándole que impidiera a todo trance la continuación de mi viaje a Constantinopla.

En Alepo tuve aquella vez también el gusto de conocer al famoso teniente coronel von Kress Bey (hoy general von Kress), que se hallaba entonces al frente de nuestro ejército expedicionario en Egipto. Era de Estado Mayor, alto, flaco, afeitado, usaba lentes, y no dejaba de tener cierto parecido con el presidente Wilson de los Estados Unidos.

De un trato afabilísimo, casi sencillo, y de sentimientos nobles y caballerosos, era von Kress adorado por sus oficiales.

Entre los de su mayor confianza, que eran casi todos jóvenes y de armas tomar, descollaban el comandante Tiller, futuro defensor de Gaza; el comandante Heibey, refrendario del Arma de artillería; el príncipe Hans von Hohenlohe, que era el prototipo del oficial de caballería alemán, y el teniente Heyden, que como artillero no tenía rival en aquellas fronteras.

El franco compañerismo que solía reinar en el Cuartel General de von Kress Bey, acabó por valerle, andando el tiempo, el sobrenombre de "Wallenstein Lager", y no sin razón, puesto que allí se dormía sobre las armas y nadie se hacía de rogar cuando tocaban a la carga.

# Capítulo XII

Tras una permanencia de tres o cuatro días, partí de Alepo (a eso de principios de noviembre) en un vagón de carga cubierto, que el Comisario Imperial había tenido la amabilidad de cederme para mí solo.

En ese tiempo figuraban los furgones de ferrocarril entre los artículos de lujo, desde el momento en que los coches de pasajeros, y sobre todo los de primera clase, con sus forros de paño y terciopelo, tenían el inconveniente de haberse ido convirtiendo, a causa del trasporte de tropas, en otros tantos viveros de gérmenes y toda clase de insectos.

En la mitad delantera hice colocar las bestias, en el centro se acomodaron mis asistentes, mientras que en la parte atrás me instalé yo mismo con mis perros lo mejor que pude. Una alfombra, una cama portátil, un par de sillas y una mesa plegable constituían todo el mobiliario, al paso que una lámpara de gasolina hacía las veces de cocina.

Instalado de ese modo en mi hotel ambulante, que semejaba un Arca de Noé antes que un furgón de ferrocarril, emprendí mi viaje de recreo, que había de conducirme en primer lugar a lo largo del Valle del Oronte, hasta la estación de Rayak, desde la cual se separa la vía angosta que conduce al puerto y ciudad de Beyruth.

Siguiendo, pues, en dirección al Sur por todo el borde occidental del desierto de Siria, no tardamos en divisar a la derecha, es decir, del lado de acá de la sombría cordillera del Dyebel-El-Anseriyeh (feudo en un tiempo del tenebroso Hasán, o "viejo de la montaña", jefe de los "asesinos") y en la margen oriental del pantano de Gab, que corta el Oronte, la aldea de Kalaád-El-Nedik, rodeada de las ruinas de Apamea, que hace dos mil y pico de años solía ser una gran ciudad, segunda únicamente a Antioquía, y plaza fuerte en que los reyes seléucidas acostumbraban tener sus escuadras de elefantes de guerra.

Continuando siempre en la misma dirección, pasamos a eso de las 2 p.m. por frente a Hamah, o la antigua Hamath-Epifania, cuyos habitantes descuellan por su fanatismo. Y todavía antes del anochecer paramos junto a la antiquísima ciudad de Homs, o Emesa, que goza de justo renombre por sus sederías, pero de la cual desgraciadamente no se alcanzaban a ver sino los alminares y las cúpulas de sus

mezquitas, o una que otra de sus gigantescas ruedas de agua girando lentamente sobre las márgenes del Oronte.

Desde Homs se desprende, además de la ruta que conduce a la aldea de Tadmur, o Tadmor, la de Salomón (donde aún se ven las ruinas de Palmira regadas en torno de una fuente salobre, en medio del desierto), también un ramal del ferrocarril francés, que termina en el puerto de Trípolis, o de Lámina, en que reinó en el siglo XVII el Emir druso Fakr-Ed-Din, y que tenía fama en aquella época de ser el puerto más importante del Monte Líbano.

Al despuntar el día doblamos la mole oscura del Dyebel-Akar, que pertenece ya al sistema montañoso del Ars-Libnán. Y descendiendo en parte por la cuenca del histórico Nar-El-Asis, o el curso superior del Oronte (que nace en las cercanías de Rayak y forma entre el Líbano y el Antelíbano el pintoresco valle de Celiseria, o Siria Hueca), entramos todavía de mañana en la estación de Baálbek, donde mandé desenganchar mi vagón para ir a echar un vistazo sobre los restos de la en un tiempo celebérrima ciudad de Heliópolis.

Y al contemplar aquel montón de ruinas de un aspecto imponente e infinitamente bello, que mis ojos no se saciaban de admirar, lo que más me sorprendió en ellas fue las proporciones gigantescas en que fueron concebidas.

Allí vi, por ejemplo, extendido en el suelo y al pie de una antigua plataforma, de que en un tiempo parece que formara parte, entre otros un bloque de piedra cuadrado, de sesenta pies de largo por trece o catorce de alto y otro tanto de ancho, o por mejor decir, un monolito como no recuerdo haberlo visto todavía ni aún en las mismas pirámides de Egipto.

Y entre los restos del famoso Templo del Sol, que descansa sobre la ante citada terraza de proporciones ciclópeas, me llamaron preferentemente la atención su pórtico, luego sus galerías subterráneas, que van a morir Dios sabe dónde, y por último, cierto grupo de columnas corintias, bellísimas y gigantescas, de 22 pies de circunferencia cada una y de 80 pies de alto, a medir desde la base de sus pedestales hasta la cúspide de sus capiteles.

Lado a lado con las ruinas de este santuario descansan en el solio del Acrópolis también los restos del Templo de Júpiter, o de Baco (si no yerro) que, aun cuando algo menor en proporciones que aquél, se halla igualmente construido de piedra caliza y en un estilo corintio florido y fantástico tal vez en demasía que yo me atrevería a calificar de seléucida para diferenciarlo del legítimo antiguo estilo helénico.

Entre los restos mejor conservados de la citada Acrópolis, que, a pesar del terremoto de 1758 y las devastaciones de los árabes y de Tamerlán aún sigue siendo objeto de admiración universal, figura un edificio circular y de genealogía dudosa, acaso el Templo de Venus (?) [sic], que se apoya en media docena de columnas de granito al estilo jónico-corintio y parece haber sido en un tiempo un santuario cristiano.

Todo este conjunto de ruinas admirables y de una hermosura sin par, al igual que las de Amanán y Maán, en Palestina y Arabia Petrea, que yo tuve también oportunidad de poder examinar de cerca, representan, a mi modo de ver, la prueba más fehaciente de que la civilización mundial marcha de Oriente a Poniente, igual al sol, y arrastra tras sí, como el cometa que navega sin cesar por el vacío, también ella en pos suya una luciente cola de ruinas y monumentos históricos de indescriptible belleza, como los que cubren por millares y quizás hasta centenares de millares las áridas estepas y desiertos de la India cis y transgangética y del diáfano Cercano Oriente.

De Baálbek en adelante sigue la vía costeando durante un par de horas por todo el pie del Dyebel-El Sherki, o Antelíbano. Y luego, doblando hacia la derecha, cruza la hoyada para ir a terminar en Rayak, al pie del Monte Líbano, que según dejé dicho antes sirve de estación de empalme entre las líneas de Damasco y de Beyruth, y se halla situada en la parte más elevada del valle, o por mejor decir, sobre una especie de collado o altiplanicie fértil, de que se desprende y baja en dirección al Norte el Nar-El-Asis, mientras que hacia el Sur y Sud-Oeste, el Nar-Litani (o Leontes del Antiguo Testamento), el cual, después de atravesar el histórico valle de Bekaá, va a morir entre las ondas del Mar Mediterráneo cerca de las ruinas de Sidón y de la antigua Tiro.

Tanto la cordillera del Líbano como la del Antelíbano, que forman en sus cumbres mesetas horizontales, sembradas de desiertos de piedra, hallábanse en aquella época cubiertas de una espesa capa de nieve, que descendía casi hasta el borde del valle y nutría innúmeros arroyos, cuyas barrosas aguas iban descendiendo por las áridas vertientes de los montes y de las torrenteras, o se lanzaban desde lo alto de las lajas salientes hacia el fondo de los precipicios.

Y a la caída del sol, aquella tarde, me quedé asombrado, casi extasiado, ante el cuadro sublime e infinitamente melancólico que formaban en torno nuestro las sonrosadas cumbres del Líbano y Antelíbano, con sus capas de espesos nubarrones, que cortaban los haces solares a imagen de saetas de oro, mientras que en la llanura mística se extendían lentamente, cual negras alas, las sombras precursoras de la noche.

Deseando conocer también a Beyruth y tomar de paso un baño de mar o dos, dejé mis bestias con los asistentes en Rayak y abordé el tren de la mañana que en menos de media hora se hallaba ya serpenteando cuestas arriba por toda la falda oriental del Monte Líbano, cuyo aspecto, de aquel lado al menos, poco me agradó.

Sus laderas desnudas de bosques y praderas ostentaban numerosos caseríos y villorrios esparcidos por entre monótonos campos de labranza, o coronando lomas que surcaban en diversos sentidos secas torrenteras y barrancos bermejos y pedregosos.

De esa manera fuimos ascendiendo durante un par de horas, hasta que por último dominamos el cerro, desde cuya cúspide se divisaba no solamente el mar sino también toda la fértil vertiente occidental de dicha montaña, hasta la mera playa, que se extendía de Norte a Sur, como una cinta de oro que batían sin cesar las verdes olas.

Y allí, recostada al pie de ese vergel inmenso, cual blanca bandada de palomas, extendía la muchedumbre de sus casas la ciudad y puerto de Beyruth, circuida de olivares y viñas y jardines, en que se destacaban como columnas y antorchas apagadas las palmeras y los verde oscuros cipreces... mientras que al Sur, ya cerca del horizonte, vislumbrábanse sobre la orilla del mar, como pardos manchones, las *kasabas* de Saída y de Sour, construidas con los restos de Tiro y de Sidón que hoy apenas se revelan al ignaro visitante por medio de montones de piedra incoherentes y trozos de columnas de mármol, únicos vestigios ya de su grandeza pasada y de sus famosos templos y alcázares, que ha venido por tierra miserablemente, cediendo el sitio a la maleza.

La ciudad de Beyruth no deja de tener bastante parecido con Alepo, sobre todo en lo tocante a su comercio de tránsito. Pero le lleva la ventaja de ser un puerto de mar y punto concéntrico a que afluyen casi todas las rutas de caravanas procedentes de la Siria Central y Meridional. Además, cuenta ella con una excelente universidad americana, que ha contribuido poderosamente no sólo al desarrollo espiritual, sino también al adelanto material tanto de Siria como Palestina.

La bahía o puerto de Beyruth no es un puerto, propiamente hablando, sino una rada expuesta y peligrosísima, como la de Jaffa, por ejemplo, pero protegida por un tajamar, que en la época de vivas marejadas y agrios noroestes se torna a veces casi inaccesible.

Debido a ello, hállase Beyruth llamada a ceder, tarde o temprano, su supremacía en las costas de Siria a Alejandreta, que sí es un puerto protegido y, aun cuando insalubre hasta cierto grado, posee en cambio la ventaja de hallarse comunicado con Adana, Alepo y el norte de Mesopotamia por medio del famoso ferrocarril de Bagdad.

La ciudad de Beyruth, o la bíblica Berotay, se extiende por el flanco ondulante de la colina de San Demetrio y se divide en la ciudad antigua y en la moderna.

Fuera de sus treinta o tal vez más iglesias, posee ella unas veinte mezquitas, de las cuales la mayor es un ex templo cristiano, construido por los cruzados y transformado más tarde por los sarracenos en santuario musulmán.

De sus ciento cincuenta mil habitantes vendrían a ser, al comenzar la guerra, 40.000 greco-ortodoxos, 30.000 maronitas, y unos 5.000 europeos. Pero, a juzgar por los estragos que han venido causando el hambre y las pestilencias de aquella época acá, entre sus moradores cristianos, debe de ser hoy su población preponderantemente musulmana.

De los innumerables cedros que cubrían antaño las alturas del Monte Líbano apenas perduran hoy unos cuatrocientos o quinientos, a lo sumo, ocultos en uno de los lugares más inaccesibles de dicha serranía.

En Beyruth me encontré con mucha gente que había vivido en las Américas, y especialmente en la América Latina, de suerte que si no lo era el sastre quien había permanecido durante algunos años en Buenos Aires, éralo seguramente el peluquero quien había pasado una temporada en Barranquilla, Guatemala, o acaso en el Callao. Todos parecían hallarse deseosos de regresar a nuestras repúblicas después de terminada la guerra.

Y aun cuando algunos de sus gamonales y pudientes, llamados en turco "zenguinlar", se habían hecho todavía más ricos y seguían enriqueciéndose cada día más por medio de su cooperación y participación en los negocios escandalosos y las extorsiones de la burocracia turca, la indigencia era grande entre la honrada y laboriosa clase media y el desgraciado pueblo gris.

En esa época se registraban en Beyruth casi diariamente centenares de muertos de hambre, a causa de que gran parte de la población cristiana del Monte Líbano se hallaba casi totalmente dependiente de los fondos que sus parientes y allegados solían remitirles antes de la guerra desde las Américas, o por haber invertido muchos de ellos sus haberes y ahorros en fincas urbanas o empresas comerciales, en vez de en fincas agrícolas, acaso porque éstas no rendían en un suelo, bien cultivado pero en lugares relativamente pobres, como el del Líbano, dividendos tan crecidos como aquéllas.

Lo cierto del caso es que a fines de 1915, más de la mitad de la población cristiana del Monte Líbano se hallaba, si no pereciendo de hambre, al menos sí completamente arruinada y sin hallar manera de ganarse la vida a causa de la paralización del comercio, de las industrias, y, en parte también de la agricultura.

Dyemal Pachá, quien de amigo de Francia se había ido tornando en su enemigo acérrimo, porque los triunfos de von Hindenburg le habían hecho creer que Alemania iba a ganar la guerra, se había propuesto, al parecer, exterminar a los cristianos de Siria por medio del hambre. Y, a fuerza de decretos que impedían la distribución de trigo entre ellos, los fue diezmando de tal manera, que al terminar la guerra creo que ya no quedaba sino un 60% de su clase proletaria.

De regreso a Rayak, me encontré con que, a consecuencia de un derrumbe en la vía, no iba a haber tren aquella tarde ni al día siguiente. Y, no deseando aguardar allí hasta que lo hubiera, resolví continuar mi viaje a caballo.

Con tal motivo, partí poco antes del anochecer, acompañado de unos treinta gendarmes montados, y me interné por las sombrías montañas del Dyebel-El-Sherki, o Antelíbano, en que atalayaban en aquella época numerosas cuadrillas de bandoleros, tan audaces como sanguinarios, y cuyas crueldades

tenían aterrorizados a los habitantes de dichas serranías, desde Damasco hasta el Nar-El-Kelb.

Para poder sacar el cuerpo a dichos señores, se nos hizo preciso valernos de senderos solitarios y poco frecuentados, que nos obligaban en ocasiones a escalar lomas abruptas, o a deslizarnos, casi a tientas, hacia el fondo de los precipicios.

Cerca de medianoche, hicimos alto por fin junto a una cabaña abandonada, sin atrevernos a encender candela, ni un fósforo, por temor de atraer a los bandoleros, que no atacaban nunca de frente sino disparaban a mansalva, primero contra las bestias y luego contra los jinetes quedados a pie, a quienes iban tumbando unos tras otros, sin misericordia, ya que lo que ellos codiciaban no eran prisioneros sino botín.

Desde la cresta del Antelíbano hasta Damasco se hace el descenso por tres terrazas sucesivas que limitan anchas grietas en forma de escalón, al paso que hacia Oriente se extiende interminable la espantosa monotonía del yermo, o sea el "gran desierto de Siria", llamado por los árabes el Badiet-Es-Sham.

Este reposa en una plataforma caliza, y como el de Arabia, su estructura y composición geológica lo refieren a África, siendo de notar que los depósitos de mar, de la creta y terciario, no han pedido su horizontalidad merced a la rigidez de las plataformas subyacentes, que resistió a las tensiones horizontes que engendraron los pliegues africanos y asiáticos.

Estas convulsiones o sacudimientos sísmicos colosales no dejaron sin embargo de producir profundos agrietamientos, por los cuales encontraron salida avalanchas basálticas y torrentes de lava que, al derramarse por la superficie del desierto, fueron formando a grandes intervalos enormes pedregonales o desiertos rocosos, cubiertos de bloques de basalto oscuros, semejantes a mares petrificados, en que los beduinos suelen refugiarse en tiempo de guerra, y que en la primavera cúbrense de un manto de floridas gramas, que mientras perduran ofrecen sustento a los numerosos rebaños de las cábilas errantes por el desierto.

Entre estos laberintos de la árida inmensidad descuella por su magnitud el Letche-Calaád-Alah, en las cercanías del Diret-El.Tulul y hacia Levante de la famosa montaña del Haurán, o Dyebel-El-Druse, toda ella de origen volcánico, de que se desprenden innúmeros arroyos y riachuelos que van a morir Dios sabe dónde, o atraviesan por canales subterráneos las ricas y basálticas llanuras del Hauran-Em-Nukra, o de la antigua Bostra, que conquistara e inmortalizara en sus cantos el rey David.

Al aclarar el día, comenzamos a descender por el valle del bíblico Barada, que después de salir de la montaña, atraviesa la ciudad de Damasco y se derrama por la extensísima planicie de Guta, o el *ager damascenus* de los romanos.

Sus orillas las cubrían jardines y frondosos vergeles por entre cuyas ramas se divisaban a veces albas moradas que, no obstante sus vastas dimensiones y la belleza incontestable de su estilo arquitectónico, revelaban en sus cristales rotos y cercas deterioradas

ese eterno espíritu de abandono que parece constituir la quinta esencia y distintivo nacional de los pueblos del Cercano Oriente.

Este detalle, unido a muchos otros más que yo había llegado a observar en ocasiones anteriores, acabaron por convencerme de que pretender que los armenios, griegos otomanos y levantinos, por el solo hecho de ser o de pretender ser cristianos, deben hallarse forzosamente también a la altura de los pueblos occidentales, es un error tan grande casi como el pretender que los mormones de los Estados Unidos no pueden ser superiores a los árabes, porque como apuestos, también ellos profesan la poligamia.

Después de recorrida la mitad del valle pude observar, aunque sin precisión, sobre la orilla izquierda y en lo alto de una escabrosa peña, algunas graderías o tumbas talladas en la faz de la roca, que parecían ostentar dibujos alegóricos en forma de bajorrelieves de orden asirio o hitita, si mal no recuerdo.

Y todavía antes de mediodía entramos en la ciudad de Damasco que, según dejé dicho antes, se halla situada al borde de una inmensa llanura que cortan las cristalinas aguas del Barada y en que se destacan, como islas o pardos manchones, enormes olivares o una que otra de sus ochenta o noventa polvorientas aldeas.

Hacia la izquierda y recostado en la falda de una desnuda loma, llamaba distintamente la atención el llamado barrio o arrabal de Saldhíe, que habitan en su parte alta kurdos, mohadchirs, circasianos y millares de drusos, descendientes en su mayoría de aquellos que se habían expatriado a Damasco después de las matanzas de cristianos perpetradas en el Monte Líbano en 1860, y durante las cuales también ellos habían representado un papel prominente.

El panorama que se ofrecía a la vista desde las terrazas de Salhíe era sobremanera sorprendente, y con razón inspiró a Mahoma cuando éste trató de describir los vergeles de su paraíso imaginario.

Nunca se borrará de mi mente aquel sublime cuadro…

Aquel inmenso llano de prados de esmeralda, circuido hacia el Tramonte por la escarpada sierra del Dyebel-El-Sherki, que iba disminuyendo a medida que iba penetrando en el desierto, hasta que por último se perdía de vista en el horizonte en forma de una punta violácea, el Dyebel-Haurán…

Al paso que al Poniente erguía su alba frente el Dyebel-El-Sheik, o el bíblico Monte Hermón, destacándose como un gigante de entre los picachos y crestones de las montañas de Galilea, cubiertos a veces de vegetación, pero también a veces desnudos, como si la naturaleza hubiera querido establecer entre ellos vivo contraste.

Al llegar a Damasco, me instalé en el Hotel Victoria, que con su fachada cursi y grotesco conjunto de decoraciones interiores hubiera podido pasar perfectamente por el *trade mark* de Levantinismo.

Allí tuve el gusto de saludar, entre otros, también al capitán Lederer, jefe del Cuerpo de Aviación en el II Ejército; al mayor Pohl, al comandante Fischer, más tarde agregado militar alemán en Dinamarca, lo mismo que al comandante

Heibey, de que ya he hablado antes, y al distinguido y genial ingeniero alemán Meisner Pachá a quien Turquía debe su famoso ferrocarril de El-Hadchás y varias otras vías de suma importancia.

Fuera del barrio moderno, la plaza de correos, y tal vez uno que otro edificio al estilo europeo en la Avenida de Dyemal Pachá y a orillas del Barada, no posee Damasco, a mi modo de ver, cosa que llame verdaderamente la atención, ya que sus calles son en su mayoría estrechas y desaseadas, y sus bazares de una construcción incoherente e inferior a la de los de Alepo y Constantinopla.

Empero, y a pesar de que la ciudad de Damasco resulta ser poco atractiva más bien desde el punto de vista general, desde el punto de vista histórico es ella no sólo bella, sino hasta muy bella, puesto que además de los restos de sus famosas murallas cuenta ella con alrededor de cincuenta mezquitas, de diversos tamaños, entre las cuales resalta por su belleza típicamente árabe la gran mezquita de Valid, o de los Ommiadas, que de templo pagano se convirtió en el siglo IV en la famosa Iglesia de San Juan (aquella en que, según la tradición, solía conservarse la mano disecada de San Juan Bautista).

Sobre los restos de este templo fue donde el sexto Califa ommiada mandó edificar la celebérrima antes citada mezquita (de un esplendor fabuloso, según las crónicas árabes), que más tarde saqueó y en parte destruyó el vandálico Temerlán.

Al uno contemplar este santuario y la no menos célebre mezquita de Omar, en Jerusalén, débese convenir en que los templos musulmanes llevan por lo general y reflejan en sus líneas y en la arcatura de sus incomparables cúpulas, no sólo el desarrollo mental de los pueblos que los concibieron, sino también lo elevado y hasta sublime a veces de la fe o fanatismo que los inspirara.

Fuera de dicha mezquita, llaman en Damasco la atención también la de Sananiyeh, con sus minaretes cubiertos de azulejos verdes, y la de Tekiyeh, a orillas del Barada, o el Abana del Antiguo Testamento, que adornan igualmente dos alminares y fue construida en el siglo XVI por no se sabe quién, para que sirviera de albergue a los “hadchis”, o peregrinos, ya que de Damasco se desprende el “derb-el-hadch”, o la ruta de la romería, por la cual aún transitan todos los años las caravanas de los Creyentes, que van en peregrinación a la Meca.

Y a medida que las horas iban transcurriendo, iban desfilando ante mi mente impresionada los restos del antiguo arco de triunfo, la capilla de Abrahán, o de Ananías, la Calle Recta, el trozo de la muralla por el que descolgaran a San Pablo durante su fuga, y tantos otros monumentos históricos, como otros tantos puntos luminosos en el denso brumaje de la tradición.

Damasco posee, si mal no recuerdo, una población de alrededor de doscientos mil habitantes, de los cuales más de tres cuartas partes son mahometanos. Entre sus industrias descuellan las de armas blancas, obras de ebanistería, jabones, perfumes, tafiletes, tejidos de seda y algodón, etc., cuyos productos, unidos a los

de sus ricas vegas, la constituyen en una de las ciudades más opulentas del Cercano Oriente.

Su puerto de salida al mar es Beyruth. Pero si los cristianos libaneses, y sobre todo los maronitas, siguieren en su empeño de querer separarse definitivamente de Siria, nada tendría de extraño que el comercio de Damasco buscara con el tiempo una nueva salida por la vía de Palestina, o sea por el puerto de Jaifa (con el que se halla ya comunicada por medio de una vía doble y ancha)… causando así la ruina, si no total, al menos sí parcial de Beyruth, puesto que el ferrocarril de Bagdad, que termina en el puerto de Alejandreta tiene monopolizada ya la mayor parte del comercio de la Siria y Mesopotamia Septentrionales, que hasta no hace mucho todavía solía ser tributario también de los puertos de Beyruth y del de Lámina, o Trípolis, en el Monte Líbano.

Durante la última tarde que pasé en Damasco, o Es-Sham, como la llaman los árabes, fui a visitar las célebres "tres casas", la una hebrea, la otra cristiana, y la tercera musulmana, que figuran entre las maravillas de dicha ciudad a causa de sus lucientes embaldosados de mármol y el lujo asiático de su mobiliario. Por la noche asistí a un banquete en la suntuosa residencia de Meisner Pachá. Y a la mañana siguiente partí para Palestina, satisfecho de los cuatro días que había pasado en la antigua capital de los Ommiadas.

Tras varias horas de viaje a través de una región basáltica y a trechos ondulada, que cubría una sombra verduzca cual presagio feliz de una temprana cosecha, pasamos por frente a la estación de Derea, o Deraát, de que se desprende el ferrocarril de E-Hedchás, y dejando atrás las ricas llanuras del Haurán con sus aldeas construidas de bloques de basalto negro, comenzamos a descender en audaces serpentinas por las vertientes del pintoresco Vadi-Es-Sheriat, o Nar-Rekad, cuyas prístinas aguas se deslizan como una cinta de plata por todo el fondo del valle, sombreadas a intervalos por soñolientos boscajes de palmeras, hasta que por la tarde nos detuvimos ante la estación de Samarra, que orilla el lago de Tiberiades, o de Genezareth. Luego, después de atravesar el Jordán, que de allí en adelante se llama el Sheriat-El-Kibir y se dirige en línea casi recta al Sur, en pos del Bar-El-Lot, o Mar de Asfaltites, que es el Mar Muerto, entramos al anochecer en la estación de Afuleh, situada en todo el centro de la histórica llanura de Esdrelón y al pie de la cien veces sagrada ciudad de Nazaret.

La madrugada siguiente, dejamos a la izquierda, como una mancha de rosa sobre el firmamento, el Monte Garizim (de tradición sagrada entre los samaritanos), lo mismo que la histórica ciudad de Nablus, o Sichem, la del Antiguo Testamento. Y tras un día de descanso en la pintoresca Ramleh, que dorna el convento español de San José de Arimatea, llegamos ya oscureciendo, el 20 de noviembre, a la ciudad de Jerusalén, donde me hospedé primero en el Hotel Fast, y luego en el suntuoso St. Pasulus Hospiz, cuyo Superior, el Pater Dunkel, y los

Reverendos padres Sonnen, Müller y Spargel, que le ayudaban en la dirección de tan benéfico establecimiento, me recibieron con la más franca hospitalidad.

Y allí, en medio del lujo y de la calma, pude disfrutar por fin de algún sosiego y tranquilidad mental, que harto falta me hacían en el estado de postración nerviosa casi en que me hallaba.

Durante aquellos días, felices para mí, fui a visitar uno por uno los principales edificios y monumentos de la milenaria Hierosolyma, desde la Iglesia del Santo Sepulcro hasta el Jardín de Gethsemani y la Fuente de María, en el valle de Josafat… y al terminar mi correría llegué a la conclusión de que, para describir ese mundo de impresiones gratas y de desengaños de los más profundos que parece evocar Jerusalén en el ánimo de todos aquellos que la han visitado con detenimiento, vale más quizás no describirlos, sino pasarlos por alto…, aun cuando no fuera sino por respeto al nombre sagrado de dicha ciudad.

Lo único que sí me permitiré observar, a título de explicación, es que al darme cuenta del contraste tan enorme que ofrecían el silencio majestuoso y la serena belleza de la mezquita de Omar, comparados con el culto casi pagano de los grasientos sacerdotes griegos del Santo Sepulcro y su altar mayor que semejaba hasta cierto grado una tienda de quincallería, aquello tanto me desilusionó y desagradó, francamente, que de haber sido pagano en vez de cristiano, quién sabe si ahí mismo no me hubiera declarado en pro del Dios único y de Mahoma su Profeta.

Ojalá que bajo el control inglés acabe Jerusalén algún día por convertirse en una ciudad sagrada de verdad, y sobre todo en una ciudad aseada, tanto desde el punto de vista físico como moral. Con esto creo que lo dejo dicho todo.

Y en tanto me hallaba visitando cierta mañana el convento franciscano de Emaus, que cubre los restos de la casa en que Nuestro Señor Jesucristo se reveló a sus Apóstoles, me sorprendió un telegrama del coronel von Kress, ordenándome que partiera en el acto para Bagdad, a ponerme a las órdenes del mariscal von der Goltz, que había solicitado mis servicios.

Excuso decir: qué satisfacción no me causaría semejante nueva. Y, sin detenerme más tiempo que el necesario para arreglar mis maletas y despedirme de los buenos padres, salí aquella misma tarde de Jerusalén con rumbo a Mesopotamia por la vía de Damasco, Alepo y Musul…, aún cuando con el presentimiento de que aquel viaje había de acabar mal para mí a causa de la presencia de Halil Bey (entonces ya Halil Pachá) en Bagdad, quien en esos días había llegado a dicho frente en calidad de General en Jefe de las fuerzas del Irak-Arabi y Segundo del Mariscal von der Goltz.

Este cambio de cosas tan inesperado había ocurrido de la manera siguiente:

Después de la derrota del teniente coronel Askeri Bey en las inmediaciones de Basorah, a principios de la guerra, se fueron las fuerzas turcas batiendo en reti-

rada, perseguidas de cerca por los ingleses, quienes no les daban ni tregua ni descanso y las llegaron a acosar de tal manera, que, al ver a sus mejores tropas desmoralizadas y casi en plena fuga, se hizo trasladar Askeri Bey al interior de su carroza (ya que ambas piernas se las había llevado una granada) y se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Muerto Askeri, hízose cargo de los restos del ejército expedicionario en la Baja Mesopotamia el coronel Nur-Ed-Din-Bey, quien, con los refuerzos que le enviara Halil desde Musul, derrotó entonces a los ingleses en las cercanías de Ktesifón, o sea a cuatro pasos de Bagdad, y los obligó a retirarse y a encerrarse en la *kasaba* de Kut-El-Amara, sita sobre la margen izquierda del Tigres y a unos ciento y pico kilómetros río abajo de dicha ciudad.

Cuando Halil oyó que la victoria había sido ganada gracias a la llegada oportuna de los refuerzos que él había mandado desde Musul, reclamó y obtuvo los laureles de dicho triunfo debido a la gran influencia de que gozaba como tío del omnipotente Ministro de la Guerra Enver Pachá. Y, no satisfecho todavía con vestir plumaje ajeno, pues el verdadero vencedor habíalo sido Nur-Ed-Din, reclamó y obtuvo Halil igualmente el puesto de General en Jefe de las fuerzas del Irak-Arabi en sustitución de dicho coronel, que también esta vez le fue sacrificado.

Y después de la muerte del Mariscal se quedó como colmo de descaro, hasta con el mando supremo del VI Ejército, que, cual era de esperarse, tampoco tardó en deshacerse entre sus manos como un copo de nieve en día de verano.

De esa manera había sido, pues, como Halil había logrado ascender de teniente coronel a Pachá y Segundo del Mariscal von der Goltz en menos tal vez de nueve meses y merced únicamente a sus intrigas y a su parentesco con el Ministro de la Guerra, Enver Pachá.

A mi llegada a Damasco, no hice sino cambiar de tren. Y en Alepo apenas me detuve un par de horas. De suerte que el 12 de diciembre me hallaba atravesando el puente de Cherablus, o Europus, la de los mitani, que hace cuatro mil años figuraba ya como una de las ciudades más florecientes del antiquísimo imperio de los hititas.

De la banda opuesta del río, rumbo a Levante, comienza ya la franja occidental de la Alta Mesopotamia, que el Eufrates baña en su tortuoso curso hasta el lugar que ocupan las ruinas del Circesium, y se halla separada de "la gran llanura desierta" por el río Chabur, o Jaboras de la Biblia, que allí desemboca y nace al parecer de entre un sinnúmero de manantiales y de arroyos que se desprenden de la plateada cordillera del Karadcha, o Monte Masius de los antiguos.

Pero la falta de riego disminuye la fertilidad de esta comarca, que corresponde a la antigua Osrone e integraba en un tiempo el Bajato de Urfa.

Y en la región situada hacia el Tramonte de Rakah extiende sus llanuras onduladas la mitológica Migdonia, o Antemusia, la de los romanos…, donde

todas las rosas son rojas, y donde aún yergue sus vetustos murallones la famosa fortaleza de Nisib, o Antioquía-Migdonia, que por espacio de tres o cuatro siglos detuvo el avance de las hordas partas, neopersas, etcétera.

# Capítulo XIII

El 12 de diciembre, según dejé dicho antes, cruzamos el Eufrates por el puente de Cherablus, y, dejando atrás la Siria de los seléucidas, que semejaba un camposanto de ciudades antiquísimas, entramos de pleno en Mesopotamia, que parecía un cementerio de antiquísimas ciudades. Lo único en que se diferenciaban era en que conforme en Siria las ruinas de las urbes se han ido acumulando unas sobre otras, a guisa de estalagmitas, a causa de la estabilidad de su sistema montañoso y a lo bien definido de las cuencas de sus ríos, en Mesopotamia, por el contrario, los restos de sus ciudades se han ido esparciendo en sentido horizontal a consecuencia de la inestabilidad del curso de sus ríos, sobre todo del Eufrates y el Tigris, que con sus numerosos tributarios representan, por decirlo así, el sistema hidrográfico de aquella extensísima región.

De ahí proviene la razón por la cual los no iniciados se sorprenden a veces por las ruinas de ciudades antiquísimas, como las de Hatra, por ejemplo, regadas sobre la superficie del desierto, sin darse cuenta de que a miles de años debió de haber pasado por junto a ellas probablemente algún río caudaloso, o acaso algún canal de irrigación importante que por haber ido cambiando de curso durante el transcurso de los años el uno, o haberse cegado el otro, acabaron por causar la ruina de dichas ciudades y de sus zonas agrícolas correspondientes.

Habiendo partido temprano aquella mañana, pasamos al declinar la tarde por frente a la estación de Arab-Bunar, donde seis meses antes había ocurrido el incidente aquél con los deportados aliados. Y dejando a la izquierda las ruinas de Charreh y de Samatar, saltamos a tierra en la madrugada siguiente junto a la histórica *kasaba* de Ras-Ul-Aín, o Resaina, la de los antiguos.

Allí me proveí de víveres. Y, acompañado de un piquete de gendarmes de a caballo, me interné por el azafranado desierto de Mesopotamia, sobre el que se enarcaban azules lejanías, moteadas de albas nubecillas, que cual copos de nieve se veían flotando, inmóviles, sobre el horizonte, en tanto que en el Tramonte flameaba y destellaba, apenas perceptible ya, la nívea cumbre del Monte Karadcha, y al Sur y Este se extendía infinita la gualda superficie de la pampa, o el terrible desierto del Badiet-Es-Sham, feudo de las cábilas Shamars, que para esa época se habían ido convirtiendo en una verdadera plaga, acechando y asaltando las cara-

vanas que transitaban por la ruta que íbamos siguiendo y que tres, cuatro y cinco mil años antes habían recorrido ya los ejércitos triunfantes de Alejandro, Ciro, Nabucodonosor, Nabopolasar, Sardanápalo, Assurbanipal, Totmes, Nino, Semíramis, Nemrod y tantos otros ilustres y legendarios conquistadores de la antigüedad.

Tras doce horas de marcha llegamos, ya oscureciendo, a una aldea kurdo-árabe, llamada Kuds-Arab, donde a fuerza de amenazas logré que nos cedieran una vivienda en qué poder pasar el resto de la noche. Y una hora después llegó el kaimakán de Dey, a quien los árabes habían despojado en el camino de sus bestias de silla y de las de su escolta.

Atormentado por la plaga, y con la vista irritada por el humo de estiércol de camellos con que mis asistentes iban alimentando un fuego lento a fin de protegerse contra el intenso frío de la madrugada, me alegré de verdad cuando al amanecer pude montar nuevamente a caballo. Y, sin querer esperar siquiera el desayuno que el "mughtar" había mandado preparar para nosotros, nos internamos una vez más por el desierto, hasta que a eso de las 10 a.m., echamos pie a tierra en las inmediaciones de Veran-Shehir, o mejor dicho, ante la casa señorial de Osman-Agha, tío y sucesor del célebre Jefe de los kurdos Milis, Ibrahim Pachá, quien siete años antes había perecido con casi toda su gente durante su malograda sublevación de 1908.

Era Osram Agha un anciano de aspecto venerable, el cual, para festejar nuestra llegada, hizo sacrificar y asar entero un camellito, que luego nos fue servido colocado sobre un montón de *pilau*, de un metro o tal vez más de alto.

(Este alimento se compone de cebada, ligeramente sancochada y secada al sol, que, preparada con manteca de vaca, resulta muy gustosa y se asemeja bastante al arroz horneado).

Como huésped de honor me tocó, por supuesto, sentarme el primero a la mesa, o mejor dicho, con las piernas cruzadas sobre una alfombra en que descansaba el enorme azafate de zinc, que servía de base a la pirámide de pilau con el camello asado colocado encima. Y únicamente después de haberme sentado e invitado a los demás a hacer otro tanto, fue que nuestro anfitrión y los principales jefes de la tribu se acomodaron a su vez en torno del azafate; y arrollándose las mangas, comenzaron el procedimiento de formar con las manos bolas de *pilau,* que iban engullendo con una constancia y regularidad asombrosas. Tales bolas iban, como es de suponerse, acompañadas de sendas presas de carne, que dichos señores arrancaban con los dedos y colocaban a veces, en señal de deferencia, en las bocas de sus vecinos o de aquellos a quienes deseaban honrar y distinguir.

Y mientras me hallaba luchando y batallando a brazo partido con una costilla del susodicho camello, me quedé contemplando, no recuerdo ya por qué razón, a un anciano de ojos lacrimosos, que estaba sentado frente a mí y ocupadísimo, al parecer, en formar con ambas manos una de aquellas horribles y grasientas bolas que,

después de terminada y como colmo de desgracia mía, me ofrendó con un grave... «*büürenes beym*».

No deseando desairarlo, le di las gracias. Y, deseándole cien años más de vida, me la comí con los ojos cerrados.

Después de nosotros se sentaron a la mesa los guerreros y los libres. Luego, las mujeres y los niños. Y, por fin, los esclavos, puesto que en el interior del país, y sobre todo en las grandes casas señoriales, existen todavía esclavos de ambos sexos; pero son muy bien tratados y se casan a menudo con los hijos o las hijas de sus amos.

Durante el régimen antiguo, o sea en tiempos del sultán Abd-Ul-Hamid para atrás, solían ser muchos de los mejores generales y grandes dignatarios del imperio ex-esclavos (blancos, por supuesto), y de preferencia, circasianos.

Según parece no faltaron casos, y dicen que hasta numerosos, en que éstos llegaron a casarse con princesas de la Familia Imperial.

Después del almuerzo nos lavamos las manos en "agua corriente", lo cual quiere decir con agua que los criados nos iban vertiendo sobre ellas desde ánforas de cobre plateado, puesto que el Alcorán prohíbe el uso del "agua estancada" para las abluciones. Y, recostados en cojines de seda, que cubrían las alfombras por doquiera, nos pusimos a tomar café y a fumar cigarrillos o pipas de agua, al paso que nuestro anfitrión, con su halcón de caza descansándole sobre la diestra, relataba con palabras sentenciosas episodios de los muchos *ras*, que cuando joven había conducido contra sus crueles e irreconciliables enemigos los Shamars, cuyo recuerdo le emsombrecía la vista.

En casi todas esas casas señoriales acostumbra haber un empleado especial que no se ocupa sino de preparar el café, que tuesta, muele y cuece en la presencia de todos, y sirve después a los concurrentes en tacitas diminutas, sin azúcar, esto es, amargo como la quinina.

El recibimiento que solían dispensarme los jeques árabes y kurdo-árabes de aquellos contornos, en poco o nada se diferenciaban del que acabo de describir, excepto, por supuesto, que no todos podían sacrificar camellos en honor mío. Los más tenían que conformarse con carneros, y algunos hasta con una cabra. Pero así y todo, ninguno permitió jamás que me alejara sin haber gozado antes de su franca y leal hospitalidad. ¡*Mashalah*!

El alimento de los beduinos del desierto se reduce todavía a lo que solía ser ayer y hace miles de años, esto es, a leche cuajada o fresca, queso y pan, o mejor dicho, tortas de trigo, avena o cebada cocidas al rescoldo o entre las cenizas de las hogueras. Los más acomodados agregan a ello a veces un pedazo de carne asada o algunas aceitunas. Pero de ahí no pasan. El café y el tabaco, en cambio, no les falta nunca. Ni aun a los más pobres.

Los árabes de las ciudades, tanto en Siria como en Palestina y Mesopotamia, no son frugales por lo general, como sus hermanos del desierto, sino quizás todo

lo contrario; de donde proviene que resultan flojos y relajados las más de las veces, y en ocasiones hasta afeminados.

Al despertar el día, partimos en medio de un grupo de notables, que nos acompañó durante un buen trecho del camino, y dejando a la izquierda una planicie inclinada y sembrada de escombros, que algunos suponen ser restos de la célebre ex-capital de Armenia, Tigranocerta, entramos en Tel-Armeni, que se recuesta al pie de la cordillera del Karadcha, cuyas desnudas lomas y contrafuertes descienden casi verticalmente a la llanura, formando algo así como una costa rocosa y cortada a pico, en la que se apoya, semejante a un mar, la gualda y polvorienta superficie del desierto.

Y sobre esa mole de color cobrizo, rayano en granate, que se extendía interminable de Naciente a Poniente, alzaba su erizada crestería un solitario cerro, coronado por la ciudad de Mardin, que siglos antes desafiara y resistiera victoriosamente hasta a las hordas del sanguinario Tamerlán.

De su famosa ciudadela, llamada Shubah-Kaleh, ya no quedaban en pie, sino algunos torreones derruidos y lienzos de murallas desmoronadas, mientras que de su en un tiempo numerosa población cristiana, apenas una docena o dos de nestorianos que, no se sabe todavía debido a qué milagro, pudieron escapar con vida de la matanza que el Vali de la provincia, Reshid Bey, mandara celebrar allí el 24 de junio de 1915.

Dotadas de una belleza escénica incomparable, ofrecen las montañas y contornos de la ciudad de Mardin a veces cuadros que, por lo vastos y lo solitarios, recuerdan vagamente esa extraña penumbra y ambiente misterioso propios de las antiguas catedrales medioevales, cuyas oscuras y elevadas naves hacen vibrar como campanas místicas las fibras más recónditas del corazón humano.

Durante los veinte años que me hallo vagando a través del mundo, desde el interior de Alaska hasta Indo-China, y desde Anadir y Kamchatka hasta el Cabo de Hornos, no recuerdo, francamente, haber visto nunca un cuadro semejante a aquél, que pude admirar en cierta ocasión y a la caída de sol desde las almenadas torres del castillo de Mardin.

Aún me parece ver esos desiertos y espantosas soledades de Mesopotamia extendidos a mis pies como un océano inmenso de oro líquido, que se iba tornando imperceptiblemente en disco colosal de oro bruñido, y por último, en una enorme y violácea amatista, cuyos destellos íbanse apagando a medida que el sereno cielo de la Asiria se iba inundando de luces cambiantes y de flameantes regueros de exquisita pedrería.

La *kasaba* de Tel-Armeni, o Kotch-Hisar, ostentaba entre otras también las ruinas de un antiguo santuario cristiano, por cuya cúpula de ladrillos, en parte

derrumbada, que permitía entrever el azul del cielo, entraban y salían constantemente centenares de palomillas blancas y aplomadas, mientras que tres o cuatro cuadras más allá, hacia el Poniente, surgía de en medio de un caos de escombros y chozas derrumbadas una torre cuadrada y solitaria, construida con bloques de basalto negro.

De entre estas ruinas, oscuras y sombrías, se destacaban como un par de cisnes dos kioskos de mármol o de piedra blanca, que, además de por sus inscripciones me llamaron la atención por cierto aroma, que conocía de antes. Y al ponerme a indagar su procedencia retrocedí aterrado ante un par de pozos o cisternas repletos de cadáveres cristianos en un estado avanzado de putrefacción... y un poco más adelante me sucedió lo propio con otro receptáculo subterráneo, que, a juzgar por el olor insoportable que despedía debía hallarse también repleto de mortecino.

Luego, y como si aquello no bastara, por doquiera que se esparcía la vista no se veían sino cadáveres insepultos o apenas cubiertos de montones de piedras, que permitían entrever algún mechón de pelo ensangrentado o acaso alguna pierna o brazo carcomido por las hienas.

Después de aquello y cuando regresé al poblado, o a la casa, mejor dicho, del jefe militar de Tel-Armeni, en que me hallaba hospedado, supe por su ama de llaves, que era nestoriana y el único ser cristiano superviviente de aquella matanza, cómo los gendarmes y los árabes, apoyados por el populacho de Tel-Armeni, se habían lanzado de improviso sobre la población cristiana, acuchillándola despiadadamente y sin darle tiempo siquiera para defenderse.

Y cuando aquella joven, de negra cabellera y ojos azules y tristes, llegó a darse cuenta de que yo no era turco sino cristiano, se arrojó a mis pies como una Magdalena, mientras que en mis oídos seguían vibrando, como la carcajada de una hiena, las cínicas palabras del Gran Visir Talaát Pachá... «¿Las matanzas? ¡Qué va! ¡Aquello sólo me divierte!».

El 17 de diciembre partimos de Tel-Armeni temprano para llegar si fuera posible todavía de día a la *kasaba* de Nisibin, de que nos separaban doce horas de marcha a través de una estepa estéril y polvorienta. Y sin tener que registrar, afortunadamente, más novedad que un pequeño encuentro con los habitantes de cierta aldea kurdo-árabe, llamada Amed-Köi, llegamos por fin a la histórica Nisibin, que, fuera de algunas ruinas, insignificantes más bien, y un cuartel hamidiano de vastas proporciones, en nada recordaba ya aquella célebre ex-fortaleza romana, que a imagen de Nisib, Zeugma, Rum-Kaleh y Samosata había defendido igualmente por espacio de varios siglos la gran ruta de caravanas que por junto a ella conduce contra las impetuosas hordas de los partos y de los persas a las órdenes de Cosróes, Sapor, etc.

Habiendo llegado más tarde de lo que pensábamos, y no deseando molestar a las autoridades o a mis pobres asistentes, que venían rendidos, en vez de hacer desembalar mi cama pasé el resto de la noche acostado sobre un pupitre de la escuela pública. Y a la mañana siguiente vino a saludarme y a ponerse a mi disposición el capitán Husein Effendi, jefe de las 4ª y 5ª compañías de ametralladoras, que iban también con destino a Bagdad.

Aprovechando tan excelente oportunidad, mandé mis bestias de carga por delante, junto con las de él, mientras que yo, acompañado de mi escolta, fui a examinar las pocas ruinas que aún subsisten de la un tiempo celebérrima Nisibin, y que encontré esparcidas indistintamente por ambas márgenes del Chag-Chaga, o Hela, el de los antiguos, tributarios del Chabur.

Acto continuo seguimos la marcha sobre las huellas de Husein Effendi y sus compañías de ametralladoras, que conducían lo largo del extremo meridional de cierta zona fértil y sembrada de aldeas, que se extiende al Naciente y en dirección nord-este de Nisibin, y va costeando por todo el pie del antiguo Mons Masíus, llamado hoy Tur-Abdin.

Y mirando hacia el Sur noté una sombra azulada destacándose en el horizonte. Era la sierra del Dyebel-Abdul-Asis, que surge cual isla solitaria de entre las ardientes arenas del Badiet-Es-Sham, y que a miles de años protegía del «simún» a la altiva Síngara, capital del reino de los Chatti, de que apenas quedan ya vestigios.

Poco antes de mediodía, cuando ya nos íbamos internando bastante por el desierto, encontramos junto a un reguero de sangre y a la vera del camino, o huella, mejor dicho, que íbamos siguiendo, varios sacos conteniendo víveres. Y por las impresiones de un centenar de cascos sin herrar, que cubrían la pampa alrededor, comprendimos en el acto lo que había sucedido.

Alertados por esas señas, y con las armas calzadas, continuamos la marcha, atentos a cuantas nubes de polvo se arremolinaban en torno nuestro o en el horizonte, hasta que poco antes del anochecer tropezamos con un piquete de tropa que había salido en busca nuestra por orden de Husein Effendi, a quien, a pesar de sus máquinas, los beduinos habían atacado aquella tarde. Media hora después nos apeamos ante el derruido *blockhouse* de Kirk-Bilek, donde encontramos ya acampadas a las compañías de ametralladoras, y supimos que las provisiones aquellas habían sido de la pertenencia de un par de gendarmes a quienes los beduinos habían asaltado también y acuchillado para robarles sus bestias.

Y cuando en la mañana siguiente se despejaron las brumas que cubrían la pampa, columbramos en el horizonte, envuelta en vaporoso halo, la mole azul del Monte Dyebel-Sínchar prolongada majestuosamente en lontananza, cual cabo gigantesco en medio del mar.

Entretanto habíamos reanudado la marcha a través de la tostada estepa, que de ahí en adelante ostentaba a trechos oscuros pedregonales y rastrojos raquíticos, por entre los cuales serpenteaban a veces tenues hilos de agua cristalina que iban a morir en el desierto o a desembocar en el Chabur, tributario del Eufrates.

Y a medida que las horas iban transcurriendo iban aumentando los bloques de basalto, tanto en número como en tamaño, y los campamentos de las cábilas rebeldes, que cubrían el horizonte de banda en banda, se fueron ocultando gradualmente entre las ondulaciones del terreno, hasta que por último nos perdimos de vista en medio de un caos de rocas gigantescas, que al cabo de otra hora cedieron el puesto al diminuto valle de Demir-Kapu, o "del portón de hierro", que surcaba un bellísimo riachuelo, abundante en truchas, y en el cual divisamos, recostado al pie de una rocosa loma, un pequeño *blockhouse,* guarnecido por gendarmes, que me sirvió de albergue aquella noche.

El resto del día lo dediqué a la caza, que parecía abundar en las márgenes de aquellos tributarios del Chabur, donde las gacelas y los antílopes son frecuentes, y los jabalíes hasta numerosos.

Además del oso y de los lobos, que abundan en la vecina montaña del Tur-Abdin, existen todavía en esas estepas ondulantes y pedregosas la pantera, el asno montaraz, el leopardo-chita, y quizás uno que otro de esos leones de melena corta y rizada que ostentan los frisos de orden asirio y babilónico.

Y en el corazón del yermo se encuentran aún avestruces, con cuyas plumas los beduinos solían adornar hasta no hace mucho todavía las astas de sus lanzas.

Las hienas son muy frecuentes por allá y se encargan con los buitres y los chacales de la limpieza pública en el desierto.

El trecho más peligroso de la ruta que íbamos siguiendo lo representaban, incuestionablemente, los setenta kilómetros que separan a Demir-Kapu de Auvenat, y que yo me había propuesto recorrer al día siguiente sin hacer escalas, en primer lugar, porque en él no se encontraba ni una gota de agua, y luego, por ser aquél el terreno precisamente que solían escoger los cábilas para asaltar a las caravanas, sobre todo durante la noche.

Estas habían acabado por volverse tan atrevidas, que ya no respetaban ni aun a los mismos destacamentos de caballería regular, a cuyo cargo quedaba la vigilancia de ese trozo de la ruta.

Viendo que el ganado de las ametralladoras no estaba en condiciones de recorrer dicho trayecto en una sola jornada, hice echar por delante nuestras bestias de carga y, acompañado únicamente de mi escolta, me interné por el desierto, cuya superficie, a pesar de ser sólo las seis de la mañana, parecía ya temblar bajo la acción candente de los rayos del sol.

Así fuimos avanzando una hora tras otra, hasta que el gendarme que nos precedía regresó a rienda suelta y nos informó haber visto una nube de polvo arremolinándose en el horizonte, y que al parecer se iba acercando a gran velocidad.

Comprendiendo por aquel indicio de lo que se trataba, ordené a la escolta que se desmontara, y, ocultando las bestias en una depresión del terreno, nos atrincheramos a toda prisa en torno a ellas, esperando la llegada de la "harca", que seguía acercándose rápidamente con las ropas al desaire y montada en inquietos caballos. Dos de entre sus miembros llevaban lanzas mientras que los 34 restantes armas de fuego.

Al notar que los estábamos aguardando, hicieron los beduinos alto fuera del alcance de nuestros rifles, consultaron un rato, y, desplegándose en orden de batalla comenzaron a galopar en torno nuestro, en forma de un círculo que se iba estrechando cada vez más, hasta que, llegando a 300 o 400 metros, se fueron lanzando unos tras otros al suelo, disparando y volviendo a montar, pero con una agilidad y rapidez que en nada quedaban atrás de la de nuestros indios goajiros en acción.

Viendo que ni aún así contestábamos a su fuego, nos juzgaron desarmados, probablemente, o armados sólo de pistolas, puesto que después de otra consulta se lanzaron decididamente a la carga... que era lo que yo deseaba..., de suerte que cuando ya no se hallaban sino a un centenar de metros de nosotros, abrimos contra ellos un fuego a discreción que hizo rodar por el suelo a tres, e indujo a los restantes a retirarse a brida suelta, pues el beduino, no obstante su valor personal indiscutible, no se avergüenza de huir a la desbandada cuando tropieza con resistencia seria.

El turco, por el contrario, una vez que se lanza a la carga, ya no retrocede.

He aquí la verdadera razón por que los árabes han sido casi siempre vasallos de los turcos, tanto otomanos como seljúcidas, y demás pueblos conquistadores de origen turano, y lo volverán a ser, indudablemente, en época ya no muy lejana, a juzgar por las amenazas de los Emires y demás príncipes árabes "de hacer causa común con los otomanos si los aliados persistieren en su empeño de no querer reconocer la absoluta independencia de Siria, Mesopotamia, Palestina, etc."

De los tres prisioneros que habíamos hecho, el uno se hallaba moribundo, al paso que los dos restantes, apenas levemente heridos. Y como entre nosotros el único rasguñado era yo, seguimos la marcha con los dos individuos aquellos atados a las colas de nuestras bestias de carga, más no sin haber dejado antes recado a la cábila, por medio del gravemente herido, que si nos volvían a molestar, fusilaríamos a sus compañeros.

A poco de habernos alejado, se fueron juntando los beduinos en torno de aquél, quien, según parece, les comunicó lo que yo les había dejado dicho, puesto que en el acto se separó uno de ellos y, parado en los estribos se nos fue acercando

con el brazo alzado. En consecuencia, y como a juzgar por su presencia, traje y armas, el Sheik, o jeque de la cábila, debía de ser él, fui a su encuentro unos cuantos pasos, y, después de escuchar lo que había de decirme, le prometí soltar nuestros prisioneros antes de llegar a Auvenat, ya que dichos individuos, según me contaba el jeque con gran ingenuidad, eran pobres y padres de familia que habían participado en dicha expedición únicamente para tratar de mitigar la indigencia en que se hallaban sumidos los suyos.

Creo del caso mencionar aquí que la mayoría de las cábilas del desierto aún siguen organizando todos los años sus *ras*, o expediciones a mano armada que autorizan el Alcorán y el Asiha-Asita, y en que sólo toman parte los bravos entre los bravos o aquellos que desean juntar a todo trance el *mahar* o sea la dote para su matrimonio, puesto que el árabe no cede su hija así nada más al pretendiente, sino sólo a cambio de una suma igual o a ser posible mayor todavía a la que él mismo ha tenido que pagar a su suegro por su mujer, lo cual tiende a demostrar que el desquite y la revancha no son privilegios exclusivos de la civilización europea.

Y como la mujer cabileña, tanto nómada como sedentaria (*feláh*) guisa, lava y hasta sirve de bestia de carga a su esposo, y le teje la ropa, ara el campo, cuida del ganado, y cría sus hijos, nada tiene de extraño, pues, el que su padre exija de su futuro yerno a cambio de ella siquiera el precio de una vaca de leche o de una yunta de bueyes, si fuere pobre; mientras que si rico, una docena o dos de dromedarios.

De esas expediciones *ras*, en que, de paso sea dicho, la bulla y los disparos son muchos, mientras que los heridos pocos, provienen las eternas rivalidades y feudos entre las cábilas del desierto, y sobre todo su afán por desquitarse a costa del vecino «h» de las pérdidas que les infligiera su vecino «x».

Y ya que de los árabes estoy hablando, me permitiré observar, a título de curiosidad, que entre los beduinos, contrariamente a lo que sucede entre los felahes, los matrimonios son por lo general matrimonios de amor, a causa de que las cabileñas no llevan velos, y, en parte también, merced al aislamiento casi completo en que suelen vivir las diferentes tribus; motivo por el cual los hombres y las mujeres se conocen y se tratan ya desde niños.

Prueba de ello nos la ofrece la poesía árabe, que a imagen del alma del desierto suspira y vaga eternamente en pos de horizontes de honor, cielos de olvido.

Y cuando ya nos íbamos acercando a Auvenat, mandé poner en libertad a nuestros prisioneros, con un saludo para su jeque, un regalo para ellos mismos y unas tarjetas postales ilustradas para sus chiquillos, quienes para aquellas horas debían de estar aguardándolos y quizás hasta llorando, allá, en el corazón del desierto.

Desde Auvenat se columbraba perfectamente hacia el Naciente ya la montaña del Sínchar, que se extendía de Oriente a Poniente en forma de una meseta prolongada, de altura uniforme, y cubierta en su parte superior de cierta sombra, como indicando bosques, o al menos la existencia de espesa vegetación. Y de sus

faldas y vertientes, que surcaban corrientes de aguas vivas, sombreadas por palmeras, higueras y granados, se alzaban a intervalos tenues columnas de humo azulado, señalando el lugar donde sus moradores, *jésidas* casi todos, se hallaban descansando tras las faenas del día en sus negros aduares o aldeas de orden troglodítico, y en parte talladas en la roca viva.

Enemigos acérrimos de los musulmanes, habitan los jésidas en extraña y apartada serranía desde hace ya miles de años, y llevan el nombre de "adoradores del diablo", no acaso porque adoren a Belcebú, sino porque lo temen al extremo de que matan a cualquiera de entre ellos que llegare a pronunciar su nombre, porque se dice que de saberlo *aquel,* podría tomarlo por una burla y vengarse en todos ellos.

De Auvenat en adelante fue cesando el desierto gradualmente, hasta que transcurridas algunas horas acabó por convertirse en una zona bastante bien cultivada, y en la cual se destacaban a intervalos la borrosa silueta de alguna aldea amarillenta y rodeada de *aviats*, en que apagaban su sed los rebaños, o la copa de un solitario *siaret*, en cuyas ramas deshojadas habían colgado los transeúntes pedacillos de trapo, como para recordar al cielo algún favor pedido..., mientras que al Norte divisábanse como una sombra azul las montañas del Zagros y el Hakiari, cuya zona septentrional había recorrido yo ya seis meses antes, durante aquella famosa retirada nuestra a través de los desiertos de nieve del Alto Bothan.

Y después de otra jornada de sesenta a setenta kilómetros, cuando ya nos íbamos cansando de absorber tanto polvo, comenzaron a dibujarse al fin, en el fulgente cielo de Mesopotamia los alminares y las blancas cúpulas de la ciudad de Musul, a que los argentinos rayos de la luna contribuían a dar el aspecto de una de aquellas ciudades encantadas de que nos hablan los cuentos de las Mil y Una Noches.

# Capítulo XIV

"Semejante a un magnífico *parterre* cubierto de flores, en que el arte del jardinero ha concentrado los rayos solares", y protegida de los helados vientos del Norte por las montañas del Zagros y del Antetauro, dirígense las llanuras de Mesopotamia marcadamente hacia los Trópicos y hacia el Ecuador.

"¡Qué contraste tan grande entre estas comarcas fértiles y las tristes soledades de esa región, llamada Armenia, esa vasta Siberia, que, inclinada hacia el Cáucaso, no aspira nunca al dulce aliento de los vientos tropicales, y cuya atmósfera no recibe de los mares vecinos sino partículas impregnadas de frío polar!"

Esta es la manera florida al par que acertadísima con que se expresa cierto ilustre anónimo al tratar de describir la diferencia de climas que ha existido siempre y seguirá existiendo durante todavía muchos miles de años por venir entre aquellas dos partes inseparables de Mesopotamia, que contienen las cuencas del Tigris y del Eufrates. Y si juzgo acertadísima dicha descripción, es porque la naturaleza ha dado a cada una de dichas dos regiones un carácter físico especialísimo, que en vano pretenderá la industria humana cambiar ni aun modificar de una manera sensible.

Mientras dure el equilibrio actual del Globo, seguirán acumulándose los hielos sobre los ventisqueros del Monte Dyahudí... y las ondas candentes del *shirgat* continuarán soplando sobre las lívidas arenas del Badiet-Es-Sham..., y Armenia no verá desaparecer la nieve de sus Alpes ante los rayos del sol de mediodía, que en otra región muy cercana queman comarcas semitropicales.

Mesopotamia, aun cuando más feliz que aquella en apariencia, debe en gran parte al clima su molicie, esa indolencia fatal que atrae a las razas aventureras de por doquiera y ha sido causa siempre de su tiranía doméstica.

Armenia y el Kurdistán, con sus marcados accidentes, forman parte del conjunto de dislocaciones y fronteras de la cuenca mediterránea, mientras que el valle de Dyesiret no es sino la plataforma indo-africana, que vino de cierta suerte a hundirse como una cuña entre las cadenas iranas, de un lado, y los pliegues del Líbano y del Antetauro, por otro.

Ambas regiones se diferencian también étnicamente: la primera se la reparten los armenios y los turcos, mutua e irreductiblemente enemigos, al paso que los llanos se hallan ocupados por los árabes, entre los cuales abundan los nómadas beduinos, que siguen practicando como sus antepasados el bandidaje.

"Armenia, Babilonia y Mesopotamia (observa nuestro anónimo) mucho tiempo olvidadas de los geógrafos modernos, merecen fijar toda nuestra atención".

"En sus comarcas se levantaron las tiendas de Abrahán y de Jacobo, y aparecieron las primeras ciudades y los reinos más antiguos conocidos de la historia".

"Allí fue donde Alejandro venció a Darío, y más tarde las márgenes del Tigris y el Eufrates fueron el sangriento palenque en que las legiones de Trayano, Juliano y Heraclio combatieron a las famosas hordas partas y neopersas a las órdenes de Cosróes y de Sapor".

"En los siglos modernos dos grandes sectas musulmanas, a saber, los sunitas y los shiitas, se disputan esas comarcas. No hay necesidad de hablar de los hombres y de su efímero poder, tratándose de estas regiones, puesto que la naturaleza nos ofrece por sí sola en ellas gran número de objetos dignos de estudio".

"Pocas hay en el Globo donde en tan corto espacio se hallan reunidos contrastes tan notables: en Bagdad calores casi iguales a los de Senegambia, y nieves perpetuas en las cimas del Hartosh y del Ararat".

"Los bosques de abetos y de encinas se hallan en Mesopotamia casi tocándose con las palmeras y los limoneros. El león de Arabia contesta con sus rugidos al bramido áspero del oso del Tauro. No parece sino que Africa y Siberia se hallan reunidas en un solo punto".

Las montañas gordianas de Jenofonte, o los montes Gundi, llenan todo el Kurdistán. Una ramificación, que corresponde al Zagros, o Hakiari de nuestros días, separa el Imperio Otomano de Persia. Sus brazos inferiores terminan sólo a pocos kilómetros de la margen oriental del Tigris, en las cercanías de Musul.

Otro de sus ramales, que arranca del Monte Dyahudí y se apoya en el Mons Masíus, o Tur-ASbdin, pasa por entre el Tigris y el Eufrates, forma la escarpa en que se halla situada la ciudad de Mardin, y termina en el macizo de Karadcha, hacia el sur de Amida, o sea de Diarbekir.

Desde esta escarpa se ve desplegar hasta el borde del Golfo Pérsico una inmensa llanura, donde la vista fatigada apenas descubre algunas ligeras ondulaciones de terreno.

La parte meridional de esta planicie, o sea la que se extiende allende el punto de mayor aproximación entre el Eufrates y el Tigris y se llamaba antiguamente Caldea, o El-Sanaár, estuvo otrora cubierta de lagos, que hoy se halla en seco. Y aún en el día se encuentran terrenos que quedan inundados siempre que estos dos ríos experimentan alguna crecida, por poca que sea.

Una de las peculiaridades del Zagros consiste en que representa el ala derecha de cierto arco de elevadas serranías, que circundan por el costado de Oriente, como un anfiteatro inmenso, el curso central del Tigris, y forman sobre su declive un espacio amplio pero de carácter indefinido, que ni es meseta ni desierto, y que en otro

tiempo constituía el corazón de Asiria, o Nínive, que, según reza la leyenda, fundara Assur, hijo de Sem, no se sabe cuándo, independizaran del yugo de Babilonia Nino y su ilustre esposa, Semíramis, para aquella época dueños y señores del mundo entonces conocido, que se extendía desde el Mediterráneo hasta Bactriana, y del Mar Caspio hasta Abisinia.

Fuera de una serie interminable de guerras contra su antigua metrópoli, Babilonia, parece que la conquista de Asiria por el Gran Sesostris, faraón de Egipto, representa el único hecho verídico y de interés culminante en la historia de dicho país, hasta el reinado de Tuklatipalicharri, o Teglatfalasar I, es decir, hasta el advenimiento al trono del primero entre los verdaderamente grandes monarcas y conquistadores de Asiria.

A éste siguieron a su vez los esclarecidos monarcas Salmanasar I, Sardanápalo I, Salmanasar II y, sobre todo, Sardanápalo II, durante cuyo reinado pasó Asiria por un período de grandísimo esplendor.

Luego, en tiempos de Beloko IV, vuelve ella a extender sus alas de Naciente a Poniente, esto es, desde el Indo al Nilo. Más bajo el reinado de sus sucesores comienza y sigue la gloria de Asiria declinando, hasta acabar por convertirse en humillante vasallaje y dependencia de Babilonias, del cual vino a salvarla por último Teglatfalasar III, el fundador de la célebre dinastía de los Sargonidas, cuya historia, no obstante su gran esplendor, se redujo más bien a una serie interminable de guerras contra Israel, Judea y Babilonia, a las cuales vinieron a poner fin las fuerzas combinadas del meda Ciajares y del liberto sátrapa Nabopolasar, quienes acabaron de una vez para siempre con el célebre reino de Asiria, arrasando sus campiñas y destruyendo casi todas sus ciudades más importantes, inclusive su simbólica capital, Nínive, con sus famosas torres escalonadas, revestidas de azulejos y ladrillos esmaltados, o relieves de caliza y alabastro; con sus soberbias murallas almenadas de cincuenta pies o más de elevación; con sus templos construidos sobre enormes plataformas y dotados de terrazas, a que se ascendía por medio de planos inclinados en vez de escaleras, y, por último con sus grandiosos palacios de mármol y alabastro, de imponente belleza, que parecían obras de arte acabadas en materia de cerámica, alfarería y vitrería, y que embellecían colosales estatuas de diorita, genios alados y cubiertos de cuneiformes inscripciones, bajorrelieves o frisos exquisitamente cincelados, y detalles decorativos en azul, gualda, negro y lapislázuli, que revestían sus columnas y paredes e inundaban a veces hasta sus fachadas exteriores.

Dotados de un gobierno monárquico, militarista y despótico, profesaron los asirios, al igual que los babilonios, durante muchos siglos el monoteísmo, personificado por... El, el Ser Supremo que no tiene nombre, el Creador y Creado al mismo tiempo, etc., es decir, por aquella divinidad que los babilonios solían llamar Marduk, Bel o Baál, y representaban rodeada de divinidades secundarias, titulares de los pueblos y naciones a ellos sometidos.

Su lengua era de origen semítico y emparentada con el arameo, mientras que su escritura cuneiforme. Y aunque hija de Babilonia, los monumentos asirios apenas remontan al siglo XII.

El período de mayor esplendor que llegó a conocer Asiria cayó entre los siglos IX y XII. Y entre sus monarcas más esclarecidos descollaron Assurbanipal y el Gran Sargón, sucesor de Teglatfalasar III.

De las grandes ciudades que en un tiempo florecieron en Asiria sólo quedan ya vestigios, esto es, escombros sepultados, cuya existencia apenas se sospecha por las ondulaciones del terreno que los cubre.

Sobre la llanura central de Asiria, que puede tener cerca de doscientos kilómetros de ancho por trescientos de largo, y se extiende desde la desembocadura del Dyalah, o Gundes, hasta la del Zab-Superior, más abajo de Musul, subsisten aún entre los restos de otras antiquísimas ciudades los de Apolinia, llamada hoy Sulimaniyeh; luego los de Artemita, o Destagerda, que destruyó Heraclio y figuró durante algún tiempo como capital de los reyes sasanidas, y los de Kerkuk, o Corcura, con la tumba del profeta Elías, lo mismo que los de Gaugamela y Erbil, o Arbela, de fama alejandrina, y, por fin, los de Nínive, sobre cuyo antiguo barrio transfluvial se halla hoy situada la ciudad de Musul.

Y de Nínive al Sur descansan en ambas orillas del Tigris las ruinas de Nemrod, luego las de Assur, o Shirgat-Kaleh; las de Birtha, hoy Tikrít, y las de Opis, Hatra, Apamea-Mesena, etc., mientras que en la banda opuesta del Dyesiret y a orillas del Eufrates aún subsisten los restos de Circesium, o Carchemis, hoy Meyadin, que en un tiempo conquistara Necho, Rey de Egipto, vencedor y vencido de Nabucodonosor; lo mismo que las ruinas de Resifa, Anato, Adita y diversas otras poblaciones que se disputaron durante siglos los monarcas de Asiria y Babilonia.

De estas ruinas y restos de antiquísimas ciudades, hoy aldeas o *kasabas* insignificantes, se desprenden aún cada año las caravanas de romeros que van a besar la piedra negra, o de los «hadchis», en el antuario de la Kaába, en la Meca, conforme lo habían hecho ya sus antepasados miles de años antes que Mahoma..., cuando se juntaban también, como ogaño, por millares en esos mismos lugares, para atravesar en caravanas los desiertos en busca de esa misma Meca, que entonces se llamaba Eatripa; para besar en el santuario de la Kaába, entonces templo pagano, también aquella misma piedra negra, de origen meteórico, y fin de venerar de hinojos la estatua de la diosa Astarte, o Astaroth, que a juicio de los antiguos representaba la tierra y por tanto la madre de los pueblos.

Los peregrinos que se van juntando allí todos los años, procedentes a veces del lejano Turquestán o del Astrakán, ofrecen con frecuencia cuadros pintorescos, yendo y viniendo en grupos de a pie y de a caballo por entre las estrechas y polvo-

rientas callejuelas y los oscuros "socos" de aquellos infelices pueblecillos, de casas de barro y de adobe, que de no ser por las dádivas y pequeñas ganancias que les proporcionan los romeros durante su breve estadía, dejarían de existir en poco tiempo, puesto que carecen casi por completo de vida propia.

La salida de cada una de esas expediciones representa por lo general un acontecimiento al cual preceden días de ayuno y de penitencia, ya que los grandes desiertos de Siria y de Arabia, en que reinan de continuo las tinieblas y el silencio, suelen sepultar bajo sus arenas anualmente a más de una de dichas caravanas.

La noche antes de la partida resplandecen en las márgenes del Eufrates innumeras hogueras, cuyo reflejo inunda de púrpura indecisa sus alrededores, que cubren hileras de negros toldos y millares de rumiantes dromedarios.

Y poco antes del amanecer, cuando se comienza ya a sentir la brisa helada de la madrugada, suena de pronto y se desprende desde lo alto de un vecino minarete, como una sarta de perlas, el cántico sonoro de... ¡*Lah-Ilah-Il-Lah-Lah*!

Entonces aquel millar o dos de peregrinos júntanse silenciosos en torno de su jefe, y con la mirada fija hacia el Sur, en dirección de la Meca y de Medina, se inclinan reverentes hasta tocar con sus moriscas frentes las cálidas arenas del desierto.

¡*Lah-Ilah-Il-Lah-Lah*!... suena de nuevo la voz del morabito, cuando en un cielo de matices de rosa asoma su disco ensangrentado el sol, regio y majestuoso, para empuñar de nuevo su cetro de oro y luz sobre aquél su reino favorito, y abrasar con sus candentes rayos una vez más los arenosos mares del desierto.

Y el campamento, que había permanecido hasta entonces sumido en un silencio casi sepulcral, se despierta con sobresalto, y a las exclamaciones de los *devechis*, que se apresuran a amarrar las cargas sobre camellos dotados de una rebeldía innata, se une el relinche de las bestias y el ladrido incesante de los canes.

Formas humanas, envueltas en albornoces y tocadas de *kefíehs*, con el curvo puñal a la cintura y el rifle inseparable terciado al hombro, se adelantan entonces, montados en zancudos dromedarios de silla, llamados *hedchins*, o en soberbios corceles, para encabezar aquella caravana pintoresca, que durante su marcha fugaz y silenciosa a través del yermo semeja una bandada de gaviotas volando en pos de azules lejanías, o acaso alguna sierpe gigantesca, que con miles de ojos vigila y examina el horizonte, motivo y fuente de sus constantes preocupaciones.

Y ni las llamaradas de calor intenso que emanan de ese horno terrestre, ni la sed parecen causar ya impresión en aquellos hijos predilectos del Profeta, bronceados por el cierzo y el sol de la llanura, que con la vista clavada en el desierto aún siguen las rutas inciertas de sus mayores, señaladas apenas por las osamentas amarillentas de camellos, y que, aun cuando parezca extraño decirlo, representan todavía los únicos caminos existentes a través de aquellas soledades, en que de noche rondan las fieras y los buitres graznando alzan el vuelo.

A veces el sonido de una flauta, de tres o cuatro notas, sirve para dar el compás al paso rítmico y columpiado de los dromedarios, que a imagen de enormes marabúes, de cuellos deformes y colgantes, prosiguen su marcha casi autómata balanceando sobre sus corcovas enormes armazones de tapices (en que suelen viajar las damas moras), o arrastrándose bajo sus cargas de alfombras, opio y bronces, o acaso perfumes exquisitos, como sólo es capaz de producir Asia, el continente del misterio eterno.

Nubes de polvo, tan fino que invade hasta el interior de los relojes, llenan continuamente la vista y los oídos, los minutos se convierten en horas, y las horas en días, mientras que la naturaleza con cruel sarcasmo dibuja en el horizonte frondosos boscajes o lánguidas lagunas de aguas cristalinas, y demás cuadros tantálicos y fatales para la mente del sediento peregrino. Manchas enormes de álcali y de sosa residuos póstumos y testimonios mudos de aquellos que fueron fondos de mares, parecen chispear bajo el látigo del sol, irritan la vista a través de los *kefíehs*, y atormentan el alma de por sí ya indignada ante la debilidad del cuerpo, que con la lengua hinchada por el efecto de la sed apenas parece conservar ya las fuerzas suficientes para seguir sosteniéndose en los estribos.

Y cuando el sol se halla a plomo sobre el horizonte, hace alto por fin la caravana, y al son de voces y protestas arrodíllanse los dromedarios, al paso que los tripulantes, después de devorar unos cuantos higos o dátiles secos, el pan obligado del desierto, buscan rendidos la sombra de sus bestias, para descansar, para escuchar el canturreo monótono de alguna *feláh*, o contemplar embelesados la obra mágica del espejismo, que al dibujar en el vacío estupendo los alminares y doradas cúpulas de alguna villa distante, parece que convierte el firmamento en una aureola inmensa de gemas encendidas.

Terminada la siesta, renuévase la marcha a paso lento y a través de multitud de lugares en que el *simún* ha barrido la llanura con velocidad vertiginosa, desbaratando médanos inestables y transportándolos a lugares distantes, al paso que la sed azota al peregrino, y va en aumento, hasta que acaba por convertirse en un suplicio casi insoportable ya..., cuando de pronto se estremece la caravana y las bestias aceleran el paso. Su olfato privilegiado ha sentido la proximidad del agua.

Y en efecto. Al rato columbranse en el horizonte los vagos contornos de un ameno oasis. Y al cabo de un cuarto de hora divísanse distintamente hasta las copas de las palmeras, y cierto manchón, color de esmeralda, que crece y sigue llamando al sediento peregrino, hasta que un grupo de jinetes hunde los cantos de sus cuadrados estribos en los flancos de sus caballos y se lanza hacia ella para explorar sus soledades.

Su regreso es motivo de regocijo. Y la caravana se dirige con exclamaciones de júbilo hacia aquella fuente, que desde miles de años ha venido sirviendo de refrigerio a tantos y tantos peregrinos.

Entonces los *hisméichis* levantan con premura las tiendas bicolores, tejidas por las moras con lana de camellos, mientras que alguna *hánun*, de rostro envuelto en velos, saluda a los viajeros con su mirada profunda de ojos árabes.

Y cuando el sol una vez más se hunde en el Ocaso, júntanse los creyentes en torno de su jefe, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija hacia el Sur, donde descansan los restos del Profeta, y el morabita, con las manos alzadas a lo infinito, emite nuevamente su cántico sonoro de... ¡*Lah-Ilah-Il, Lah-Lah*! ...en tanto que el viajero, tendido ante una hoguera, se queda contemplando atónito aquel paraje de tristeza inmensa, en que exceptuando las risas de la hiena todo es silencio majestuoso y eterno.

# Capítulo XV

Cuando llegamos a Musul aquella noche, que correspondía, si no yerro, a la del 20 de diciembre (1915), encontramos la ciudad dormida.

Los únicos seres vivientes que se divisaban deslizándose como fantasmas por entre sus estrechas y polvorientas calles, que inundaba el manso resplandor de la luna, eran uno que otro perro vagabundo, o acaso algún sereno golpeando con su vara en el empedrado.

Y como la hora era ya muy avanzada para ir a molestar al consul Holstein, a quien yo iba recomendado, hice tumbar a culatazos la puerta de un espacioso *khan*, en el cual su dueño se obstinaba en no dejarme entrar, y me instalé en una de sus mejores habitaciones, que, no obstante hallarse desprovista de muebles, tuve que volver a desocupar casi inmediatamente a causa de la plaga, yendo a alojarme en la mitad del patio, donde pasé el resto de la noche como pude.

Al aclarar el día, y en tanto me hallaba vistiendo para ir al Consulado, vino a informarme de parte del comandante militar de la plaza uno de sus ayudantes, que si me apresuraba podía continuar mi viaje aquella misma mañana en compañía de la oficialidad de varias baterías de artillería de campaña, cuyo «kelek», o balsa, se hallaba lista ya y a punto de partir para Bagdad.

Aprovechando tan excelente oportunidad hice trasladar mis efectos a bordo de dicho kelek, al paso que mis bestias emprendían la marcha por tierra con el ganado de las baterías.

Con nuestras balsas había partido otra, en que iba viajando el conocido cirujano alemán profesor Reich, con quien llegué a relacionarme en el camino al extremo de que la Noche Buena la pasamos juntos, acampados en la margen izquierda del Tigris y en torno de un caldo de gallina, que el buen profesor había hecho preparar a toda prisa para festejar el día.

A las once en punto arriamos los cables y nos deslizamos sobre las barrosas aguas del viejo Tigris, rumbo a la antigua capital de los califas, dejando a la derecha la ciudad de Musul en medio de sus murallas desmoronadas, al paso que a la izquierda, o sea en la banda opuesta del río, cierta colina artificial, llamada «koyunyik», o «nebi-yunus», que corona una blanca mezquita, en la cual se supone descansan los restos del profeta Jonás, y a cuyo pie se extienden, en forma de una sabana ondulada, las ruinas de la ciudad de Nínive.

De la que otrora fue brillante capital de Asiria, Nínive, no quedan ya más comprobantes visibles que los que trajeron a la luz las exploraciones de James Rich, Botta, Layard, Rawlinson y Rassam a principios y mediados del siglo pasado.

De entre estos resaltan los restos del palacio de Senaquerib, y, sobre todo, los del palacio de Asurbanipal, en que, además de una biblioteca conteniendo una descripción del Diluvio, hecha por los historiadores babilónicos, se encontró cierto número de estatuas colosales en forma de toros y genios alados con cabezas humanas, lo mismo que una vastísima colección de bajorrelieves representando escenas de caza, sacrificios, procesiones, y muchos otros detalles que revelan de una manera admirable la vida doméstica de los asirios.

Cuando Jenofonte pasó junto a sus ruinas, hace veinticuatro siglos, ya nadie parecía recordar ni su nombre. De lo contrario, no la hubiera confundido él con Mespila y Larisa, que eran los nombres con que los helenos acostumbraban a designar las ciudades de Nemrod y de Korsabad.

Y a medida que las horas iban transcurriendo se iban deslizando en dirección opuesta a la nuestra las azules montañas del Ravanduz, que constituían la frontera turco-irana, y desde cuyos desfiladeros el Vali de Musul y el gallardo teniente von Scheubner seguían amenazando con sus voluntarios el ala derecha de los rusos, acantonados en las cercanías de Sauchbulak.

Esa tarde, y especialmente la noche, la pasé muy mal a causa de una fuerte irritación de la vista que me habían ocasionado el polvo y el claro de la luna la noche antes, razón por la cual no me fue posible darme cuenta de cierto puente antiquísimo, junto a las ruinas de Memrod, por encima del cual habíamos navegado aquella tarde, según me contaron después nuestros oficiales.

Nemrod, o sea la segunda capital del reino de Asiria, que fundara Salmanasa I y destruyeran junto con Nínive los medas y los babilonios, tiene el honor de contar entre sus exploradores más asiduos también a los infatigables Layard y Rassam, que extrajeron de entre sus escombros los cimientos de una torre «zicurat», o escalonada, al igual que los restos de los palacios de Assusnasirpal y Salmanasar, con el célebre obelisco negro de su nombre.

En Nemrod fue igualmente donde dichos señores descubrieron las ruinas del templo y palacio de Nebo, que figura entre los monumentos más notables de Asiria que se conocen hasta la fecha.

Las exploraciones llevadas a efecto tanto en Nemrod como en Nínive, Imgur-Bel (o Balavat) y Korsabad por Layard y por Rassam, bastan, si no para inmortalizar, al menos sí para hacer sus nombres inolvidables ante la historia, y sobre todo, en el mundo de las ciencias.

Entre los diferentes ríos de regular tamaño que desembocan en el Tigris por el costado de Oriente, figura prominentemente el Zab Superior, o Zab-El-Kibir

de los árabes, que nace en la falda occidental del Kotur-Dagh, y por lo tanto en las inmediaciones de la ciudad de Bash-Kaleh, que ocho meses antes había tenido yo que mandar incendiar para impedir que nuestros depósitos de provisiones y municiones fueran a caer en manos de los rusos y de los armenios.

Al pasar por frente a su desembocadura, la mañana siguiente, no dejaron de llamarme la atención sus límpidas aguas, de un color casi azul, que contrastaban de viva manera con las bermejas ondas del viejo Tigris.

De ahí en adelante siguióse limitando el panorama que nos circundaba a lo de siempre, esto es, a horizontes lisos y amarillentos; a bancos de arcilla y de arena cubiertos de pastos secos y poblados de patos u otras aves acuáticas; a peñascos cual costillas de roca sobresalientes, o acaso a alguna aldea inmunda, junto a la orilla del río, habitada por árabes *feláhes*, harapientos y de ojos supurientos y cubiertos de legiones de moscas.

Creo oportuno mencionar aquí que casi todos los *félahes*, moradores de las márgenes del Eufrates y del Tigris, se hallaban padeciendo de la vista de una u otra manera, las más de las veces a causa de desaseo, pero con frecuencia también por habérsela dañado ellos mismos para escapar del servicio militar obligatorio, o por mejor decir, para no tener que pagar la cuota de exención relativamente insignificante que solía exigirles el gobierno turco en aquella época.

Días cálidos alternaban con noches serenas, en las que el hermoso astro de la aurora ardía cual llama solitaria sobre las silenciosas ruinas de Hatra, Birtha y Shirgat-Kaleh, o Assur, que fundara y convirtiera en capital de Asiria el mismo dios Marduk..., al paso que nuestros *keleks*, consistentes en frágiles armazones de cañas y de varas amarradas con cuerdas y bejucos y sobrepuestas a sesenta o setentas pellejos de carnero henchidos de aire, flotaban y seguían flotando río abajo, a trechos sobre lienzos de agua serena y transparente, pero también a veces por encima de bajos peligrosos que los hacían doblarse como hojas de papel bajo el impulso de las olas o el peso de las baterías.

El 25 de diciembre nos sorprendió un temporal que de no habernos refugiado a tiempo tras un recodo del río, nos hubiera hecho naufragar conforme sucedió algunas semanas después con la mayor parte de los «chatos» (o balsas construidas de tablas, semejantes al Arca de Noé) en que llevaba sus aviones desmontados, con destino a Bagdad, el capitán von Auluck.

El 26 comenzamos a deslizarnos a través de una región accidentada que, a juzgar por su material estratificado horizontalmente, supuse pertenecer a cierta zona de pliegues transversales que se extienden en dirección Noroeste, formando la prolongación del Dyebel-Hamrin.

Y el 27 doblamos un escarpado promontorio coronado por los restos del castillo de Tikrit o de Virtha (¿acaso la bíblica Birtha?), que figuró durante varios siglos como la capital de principado árabe independiente y permaneció cristiana

hasta mediados del siglo pasado. Mas hubo de capitular por fin y convertirse al Islamismo a la fuerza, esto es, obligada a ello por los turcos y por los árabes.

De aquella época para acá figura Tikrit entre las poblaciones mahometanas más fanáticas de Mesopotamia. Lo cual corrobora cierto antiguo dicho, "que los convencidos más convencidos entre los convencidos suelen ser entre los musulmanes los renegados cristianos"... y explica por qué las matanzas más espantosas fueron perpetradas precisamente en las ciudades de Sairt, Bitlis, Van y Diarbekir, cuya población la integraban en gran parte los descendientes de antiguos renegados armenios.

Lo propio ha sucedido con los «laz», o habitantes de las montañas de Trebizonda, quienes de cristianos no hace ochenta años todavía acabaron por convertirse en los musulmanes más intransigentes del Imperio Otomano.

Esa tarde llegaron también nuestras bestias. Y después de un descanso de veinticuatro horas, partimos de Tikrit.

Todavía temprano pasamos frente a la *kasaba* de Mohamed-Ibn-Door, que corona un solitario minarete de forma cuadrada u octágona, si mal no recuerdo. Y a eso de las dos saltamos a tierra para echar un vistazo sobre las ruinas de la antigua Bagdad, de que apenas quedan ya algunos girones de sus ciclópeos murallones de adobes y de tierra pisada.

Desde allí comenzaron a dibujarse ya con más frecuencia sobre ambas orillas las aldeas y uno que otro «dyirt», que son armazones de palos, suspendidas en la margen del río, desde las cuales se extrae el agua destinada al riego de las huertas y campos circunvecinos por medio de una enorme bolsa de cuero atada a la punta de una soga, de la cual tiran un búfalo o una mula, y que, al coronar la orilla, se abre automáticamente, dejando caer el líquido contenido dentro de un reciente que lo conduce a su vez y por medio de una cañería hacia los canales de regadío, etc.

Desde la antigua Bagdad divisábanse hacia el mediodía y en medio de un bosque de palmeras los confusos contornos de Samarra, que figuro en el IX siglo como la segunda capital de los califas Ommiadas y se halla aún en parte circundada por algunos lienzos de sus antiguas murallas, cuyo origen, según la voz del vulgo, se remonta a tiempos del mismo Nemrod.

Samarra llama ya desde lejos la atención, además de por su famosa torre zicurat, por la cúpula dorada de su mezquita mayor, en que se conservan las tumbas del 10º y 11º Imam, al igual que la del 12º, llamado Mohamed-El-Mahdi, quien, según tradiciones muslímicas, resucitará en dicha ciudad el día del Juicio Final.

A causa de dicha creencia, figura Samarra entre los centros de peregrinación de más renombre en el Mundo mahometano, y sobre todo entre los shiitas de Persia, quienes afluyen a ella anualmente por decenas y por docenas de millares.

Después de seis horas de vueltas y más vueltas por el tortuoso curso del Tigranis, que allí se retuerce como una boa constrictora, desembarcamos, oscure-

ciendo ya, en su margen derecha, donde acampamos y nos embarcamos la mañana siguiente en un tren especial que nos esperaba ya en la estación terminal del ferrocarril de Bagdad.

De Samarra en adelante, es decir, a medida que el Tigris y el Eufrates se siguen acercando uno al otro, como sucede por ejemplo frente a Bagdad (donde apenas los separan unos cincuenta kilómetros) se va transformando el desierto en un inmenso prado que no necesita sino ser regado para dar abundantes cosechas.

La zona meridional de esta región, que llevaba antiguamente el nombre de El-Sanaár y producía de dos a tres cosechas anuales, hállase sujeta en nuestros días a periódicas inundaciones (entre junio y julio) por causa del derrumbe casi completo del sistema de diques y canales que solía protegerla en otros tiempos contra los desbordamientos de la pareja fluvial.

Las márgenes del Eufrates, que hace miles de años adornaban bosques de encinas y cipreses, se hallan actualmente convertidas en inmensos pantanos sembrados de una maleza palustre casi impenetrable, que cubren a intervalos verdes alfombras, moteadas de fragantes nenúfares, y en que se columbran allá y aún más allá la copa solitaria de un taray o el deshojado ramaje de una acacia en que colgaran sus nidos canoras aves, rosados flamencos, pelícanos, o acaso alguna bandada de garzas, de albos plumajes.

De las ciudades rivales de Akkadia y de Sumer, lo mismo que de las neobabilónicas, no subsisten ya sino vestigios, mientras que de la altiva Babilonia, que por espacio de dos mil años iluminara el mundo entonces conocido cual gigantesca antorcha, no queda ya sino un montón de ruinas en medio de pantanos habitados por fieras.

La campiña que íbamos recorriendo de Samarra en adelante no podía ser más monótona: la constituían llanos de arcilla y de lodo endurecido por la acción del sol, en que se destacaban a trechos grupos de palmeras, polvorientas, señalando el curso sinuoso del Tigranis.

Unicamente ya llegando a Bagdad, es decir, al pasar por frente a la aldea de Sheshmeh, o Kazemaín, si no yerro, fue donde por fin vino a distraer nuestra atención confusa la cúpula dorada de una mezquita brillando como un sol en medio de un vaso y pardo lodazal.

Y cuando nuestro «hodcha effendi» hubo extendido su alfombra en el fondo del coche para dar comienzo a su «namus», u oración de mediodía, entró el tren con formidable estrépito en la estación de Bagdad, situada en el barrio transfluvial de Mahali, a orillas del Tigris.

Desgraciadamente, había sido trasladado el puente flotante que comunicaba Bagdad con dicho arrabal a unos cuantos kilómetros más abajo del río, razón por la cual me vi precisado a mandar pasar mis bestias en «cufas», o canastas redondas

de junco, de seis a ocho pies de diámetro y revestidas por fuera de una capa de asfalto, que a lo mejor se ponían a dar vueltas en la mitad del río, asustando al ganado y poniéndonos a todos en el grave peligro de naufragar.

Cuando volví a sentir tierra bajo mis pies, me hice trasladar al hotel François, y por la noche fui a cenar en el club, donde encontré ya reunido un selecto grupo de oficiales y miembros del Estado Mayor del Mariscal von der Goltz, al que en lo sucesivo había de tener yo también la honra de poder seguir formando parte.

Entre éstos descollaba el teniente coronel von Restorff, primer ayudante de Su Excelencia. Y como el capitán Hendrucks había pasado igualmente algunos años en Argentina, no pasaba noche casi en que no conversáramos durante largo rato en español.

Además de von Restorff y varios otros oficiales superiores, cuyos nombres no recuerdo por el momento, formaban parte de dicho círculo también los médicos mayores von Oberndörffer, Bach y Stoffels; el capitán von Auluck; los tenientes Müller, Hauk y Lürs; el poeta Armin Th. Wegener; los cónsules Lytten y Hesse, lo mismo que el popularísimo doctor Halle, el banquero Würst, los profesores Koldewey y Buddensieg (quienes a pesar de la guerra, continuaban explorando las ruinas de Babilonia), y los Srs. Püttmann, Jakobi, Lorrey, Schmidt, Kirchner y Launer, los cuales por medio de su franqueza y compañerismo me ayudaban a soportar mis penas y, de paso también, a ponerme al corriente del curso que habían ido siguiendo los acontecimientos en el frente de Irak desde principios de la guerra.

# Capítulo XVI

Fuera del club, existía en Bagdad otro centro de reunión..., la "sucursal" de la Milión Klein, que operaba en Persia.

En este círculo de íntimos únicamente solíamos tomar, con frecuencia también el Dr. Stoffels y yo, nuestro Five O'Clock Tea, que empezaba con te y terminaba a veces con champaña.

Los honores de la casa los hacía por lo general la Sra. Weber, esposa del cónsul alemán en Teherán, y entre los concurrentes más asiduos figuraban el teniente Müller, jefe de la sección de minas fluviales, lo mismo que el teniente Lürs, miembro de la «Deutsche Orient Gesellschaft», encargada de las exploraciones de las ruinas de Assur.

Ambos señores habían caído durante la desastrosa retirada de Askeri Bey en poder de los beduinos, quienes después de despojarlos de cuanto poseían, los habían soltado, desnudos, en medio del desierto, donde tres días más tarde los recogió una de nuestras patrullas en un estado próximo a la demencia.

Además de Müller, de profesión millonario, y Lürs, quien de arqueólogo se había convertido en uno de nuestros aviadores más audaces en el frente irano, descollaban en dicho círculo otros dos no menos interesantes personajes a saber, el capitán asimilado Mertens, quien de simple capitán de remolcador había acabado, merced a la embriaguez casi crónica del Señor X, por sustituir a éste en el mando de la escuadrilla de vapores armados que hacían frente al «Firefly» y demás cañoneras blindadas de la escuadra fluvial inglesa en el Tigris, y el teniente de reserva Hauck, que resaltaba de entre todos ellos por su extraordinaria verbosidad, y había llegado a Bagdad a principios de la guerra en calidad de oficial aspirante de arma de caballería.

Hauck no era en realidad sino un solemne *bluffer,* y él mismo lo confesaba tácitamente, pero así y todo un *charmant causeur* y servicial amigo, cuyos informes me fueron sumamente útiles más tarde.

En esos días había llegado a Bagdad, procedente del frente francés, el teniente de aviación Meier, quien, a pesar de su juventud, descollaba como uno de nuestros mejores oficiales observadores y venía en representación del capitán von Auluck, jefe recién nombrado de nuestras fuerzas aéreas en el Irak-Arabi.

Como aficionado al *sport,* me puse a ayudar a Meier a remendar unos cuantos biplanos ingleses del tipo «Farman» que habían caído en nuestras manos des-

pués de la batalla de Ktesifón. Y, al hacer los primeros ensayos, poco faltó que no cayéramos con máquina y todo en el Tigris. Jamás se me olvidará la extraña sensación que experimenté, cuando nos falló el motor a menos de cincuenta metros sobre las casas y palmeras de Bagdad.

Tanto von Auluck como Meier perecieron más tarde en dicho frente, después de haber prestado servicios distinguidos, sobre todo durante el sitio de Kut-El-Amara.

En esa época se hallaban, sea de paso dicho, las relaciones entre la oficialidad turca y alemana en el VI Ejército un tanto tirantes a causa de la excesiva ambición de Halil Pachá quien, después de usurpar los laureles y el mando del coronel Nur-Ed-Din Bey, se sentía despechado porque el Sultán, en vez de conferirle a él la dirección del VI Ejército, se la había confiado al Mariscal von der Goltz.

Y, no satisfecho todavía con el mando de las fuerzas del Irak-Arabi que le había dejado generosamente el Feldmarschall, se resentía de que éste no lo había nombrado también General en Kefe del sector irano, o sea del frente del Irak-artchemi, que se hallaba al cargo del coronel Bock.

Halil fundaba sus pretensiones a dicha capitanía general en los méritos de cierta misión diplomática cerca del Shah de Persia, de la cual había sido encargado a principios de la guerra el capitán de fragata Rauf Bey, pero que nunca se había llevado a cabo a causa de que en vez de proceder a Teherán, conforme se le había ordenado, Rauf Bey había utilizado su escolta (según lo aseguraban los mismos persas) para matar, incendiar y saquear a derecha e izquierda en territorio irano..., regresando luego a Constantinopla con los bolsillos repletos de oro.

El vandalismo de Rauf Bey no dejó de exasperar en alto grado a los persas, quienes de simpatizadores de los turcos acabaron por aborrecerlos y hacer causa común con los rusos en lo sucesivo.

Este detalle, más bien poco conocido, va a demostrar por qué la proclamación de la Guerra Santa produjo tan poco efecto no solamente en Persia sino en casi todo Oriente, a pesar de las misiones de von Hentig y de Niedermeyer, quienes, haciendo gala de un valor sin límites y no obstante la viva persecución de los cosacos, atravesaron el “gran desierto irano” y no pararon hasta llegar a Kabul, en el Afganistán.

Desde allí, una vez terminada su Misión, regresó el teniente von Hentig a Alemania a través del continente asiático y valiéndose de miles de artimañas, mientras que Niedermeyer, disfrazado de derviche, volvía a Turquía por la misma vía que lo había conducido a Kabul.

Pues bien, Halil fundaba sus derechos al mando de nuestro ejército expedicionario en el Iranistán en el antecitado conflicto criminal promovido por Rauf Bey, al paso que los alemanes alegaban que el mando de dichas fuerzas correspondía de justicia a un oficial alemán en virtud de los servicios prestados por la misión Klein, que había llegado a Persia casi simultáneamente con la de Rauf, más no con

la mira de saquear y matar, como aquélla, sino para estrechar más bien las relaciones con los persas e impedir precisamente lo que Rauf Bey había provocado por medio de su instinto de rapiña, o sea el que los persas hicieran causa común con los rusos en contra de las potencias centrales.

Al notar Halil cierta indecisión en el Mariscal, y creyendo sin duda que forzando la mano podía lograr su objeto, púsose a amenazar abiertamente con retirar las tropas turcas del Irak-Atchemi si el Feldmarschall persistía en querer nombrar como jefe de dicho frente a un oficial germano.

Desgraciadamente, le salieron esa vez las cuentas erradas, puesto que enojado por fin el Mariscal, encargó definitivamente al coronel Bock de la dirección del frente irano.

Encendido aún más por ese desaire, propúsose Halil en lo sucesivo vengarse de los alemanes, quienes, según parece, le llegaron a inspirar con el tiempo más odio todavía que los mismos franceses.

Uno de sus instrumentos más serviles era el entonces gobernador general interino de Bagdad, Tchefik Bey, aquel Tchefik, *ex mutaserif* de Bash-Kaleh, que había hecho asesinar en su tiempo los supervivientes niños y mujeres armenios de dicha ciudad en las cuevas de Sova.

Tchefik había sido ya confidente de Halil Pachá durante la guerra tripolitana cuando éste no era todavía sino teniente o capitán a lo sumo. E insolentado por la protección que le dispensaba su amo, llevó la desvergüenza en diferentes ocasiones hasta el extremo increíble de desobedecer rotundamente las órdenes del mariscal, alegando que "¡él no acostumbraba obedecer más órdenes que las de su jefe, Halil Pachá!".

¡Excuso decir, qué no hubiera sucedido al buen Tchefik si en vez del bondadoso von der Goltz hubiese tenido de frente a un Liman von Sanders!

De esas habían pasado ya varias al mariscal en Turquía.

En otra ocasión, en tanto se hallaba explicando el Adrianópolis a un grupo de oficiales turcos de Estado Mayor un nuevo sistema de fortificaciones que él mismo había ideado, se permitió observar uno de ellos que dichos planes no le parecían adoptables. Y al rogarle el Mariscal que se explicara, parece que le contestara: «pues porque Vuecencia pertenece todavía a la Escuela antigua, la cual ya no tiene aplicación en nuestros días».

Esto me lo refirió en Alepo un oficial turco que se hallaba presente aquella vez y que, además de antiguo discípulo de von der Goltz, había sido también en todo tiempo uno de sus más leales admiradores.

Los que preceden y varios otros casos por el estilo, que eran del dominio público en el ejército, hicieron suponer a algunos pesimistas que la popularidad del Mariscal entre los turcos había obedecido mayormente a que les soportaba todo.

Semejante aserción me parece, sin embargo, no solamente desacertada sino también en alto grado injusta, puesto que si el Mariscal era condescendiente e indulgente con los otomanos, más lo era él todavía con los alemanes, sólo que éstos no abusaban de su generosidad y cultura, como solían hacerlo algunos oficiales superiores jóvenes turcos envalentonados.

Ensorbecido por la excesiva indulgencia del Mariscal, no tardó Tchefik, a instancias de Halil Pachá, en iniciar en Bagdad una era de abusos francamente escandalosos.

Lo primero que hizo al asumir el cargo de gobernador, fue desterrar a Musul a cuantos comerciantes cristianos e israelitas de dicha urbe se habían negado a proporcionarle (esto es, a él y a Halil) ciertas sumas que ellos habían tratado de arrancarles a guisa de empréstito forzoso. Y entre sus numerosos decretos, que por lo infames se resiste la pluma a describir, figuraba uno, tal vez el más inocente de todos, en que ordenaba "que en vista del incremento que iban tomando ciertas enfermedades en el Ejército, en adelante todas las mujeres cristianas, tanto honradas como rameras, habían de someterse a un examen facultativo semanal", etc.

Semejante medida, escandalosa por demás, valió a Halil, como es de suponerse, un platal, puesto que entre las mujeres cristianas de Bagdad las había millonarias, y las que no lo eran tampoco reparaban en sacrificios, por grandes que fuesen, con tal de poder librarse de semejante ultraje.

Al citar estos casos, lo hago únicamente para demostrar de qué medios se llegó a valer Halil en su loco afán por amasar una fortuna que, después de todo, de nada le habrá servido, ya que cuando yo me ausenté de Turquía acababa él de ser degradado a teniente coronel y de ser puesto preso, a disposición del Gran Consejo de Guerra en Constantinopla, el cual se habrá encargado entretanto, seguramente, no sólo de su fortuna sino también de que en adelante no vuelva a tratar de amasar fortunas por el estilo.

Ahora, en cuanto a lo militar, llegaron las *chicanerías* de Halil Pachá a tal extremo, que acabó por hacerse necesaria una línea divisoria entre la oficialidad turca y alemana en el frente de Bagdad.

En esa época se hallaban, entre otros cirujanos alemanes de nota, el profesor Reich y los médicos mayores von Oberndörffer, Bache y Stoffels, operando centenares de heridos turcos en los hospitales militares de Bagdad. Lo hacían dichos señores por orden expresa del Mariscal, quien no juzgaba, y con razón, a los cirujanos otomanos lo suficientemente competentes para hacerse cargo de un trabajo tan delicado al par que responsable.

Pues bien, no satisfecho aún con las humillaciones que había hecho sufrir ya al Feldmarschall, decretó Halil, el día después de mi llegada, que dichos hospitales fueran convertidos en el término de la distancia en otros tantos lazaretos para enfermedades contagiosas únicamente, razón por la cual todos los heridos, inclu-

sive los recién operados, fueron trasladados inmediatamente y de cualquier manera a edificios nuevamente requisicionados, que carecían no sólo de salas de operaciones sino a veces hasta de dormitorios adecuados.

De estos centenares de en parte gravemente heridos, una tercera parte pereció en el camino, mientras que los restantes, a los pocos días, en sus nuevos alojamientos, a causa de la incuria, no de todos aunque sí de muchos entre los médicos militares otomanos, quienes en vez de atender debidamente a sus pacientes, no parecían ocuparse sino de sus raciones y de sus pagas, que seguían percibiendo y cobrando después de muertos aquellos..., cosa que no habían podido hacer mientras el profesor Reich y sus colegas se hallaban todavía al frente de dichos establecimientos.

Los facultativos alemanes que habían renunciado en globo porque comprendían que dicho decreto iba dirigido contra ellos, se retiraron entonces del VI Ejército o fueron a ponerse a las órdenes del coronel Bock en el frente irano.

Y como si con aquello no bastara, hizo Halil llamar a Nuri Bey, o sea a mi viejo compañero de Mamoureh, quien tenía fama de ser enemigo declarado de los alemanes, y lo nombró Jefe de la Inspección general de Etapas del VI Ejército en Mesopotamia. Allí no tardó Nuri, quien dicho sea de paso, era griego o hijo de griego renegado (lo mismo que el teniente coronel Aghia Bey, el de Islahie) en hacerse tan imposible, a causa de sus intrigas y su extremada falta de probidad, que al fin y al cabo fue destituido ignominiosamente por orden del general von Falkenhayn y desterrado a Dios sabe dónde en el desierto.

Yo creo que estos detalles deberían bastar para que cualquiera pueda formarse una idea aproximada del estado en que se hallaban las cosas en Bagdad al tiempo de mi llegada, y especialmente del estado a que había llegado la tirantez de relaciones entre las oficialidades turca y alemana en el VI Ejército por causa de la excesiva ambición y rapacidad de Halil Pachá.

Pero antes de seguir adelante con mi relato, voy a delinear en breves pinceladas el desarrollo de los acontecimientos militares en el frente del Irak, para demostrar por qué aquella campaña, insignificante al principio, acabó por hacer necesaria la presencia de todo un VI Ejército, a las órdenes de un Feldmarschall alemán.

Según dejé dicho ya en capítulos anteriores, habían desembarcado los ingleses a principios de la guerra en la Baja Mesopotamia, apoderándose de paso de la importante ciudad de Basorah, situada a unos cien kilómetros de la desembocadura del Chat-El-Arab. Y el teniente coronel Askeri Bey, General en Jefe de dicha zona militar, púsose a observar en adelante las operaciones del ejército británico desde su campamento de Aïn-Es-Sheriat.

Si Askeri Bey se hubiese limitado a la defensiva, conforme se lo dictaba la prudencia, el frente del Irak-Arabi no hubiera ultrapasado seguramente los lími-

tes del delta durante el primero y quizás hasta segundo año de la guerra. Pero, devorado por la ambición, libró una batalla que perdió, y perseguido de cerca por el enemigo, emprendió aquella famosa retirada o desbandada, mejor dicho, de que ya he hablado antes.

El número de oficiales alemanes que lo acompañaba en esa ocasión no pasaba de seis, inclusive el médico mayor Dr. Bache y otro facultativo. No bastaban, por consiguiente, para ayudarle a contrarrestar aquella ola de humanidad, presa de pánico, que iba abandonando impedimenta, carros de víveres y municiones, y que en ocasiones hasta cortaba el correaje del ganado de las baterías para salvarse en él.

Los oficiales del arma de artillería no dejaron durante dicha retirada de cometer errores profesionales casi imperdonables, desde el momento en que en vez de servirse del tiro indirecto plantaban sus baterías en lugares prominentes y por lo tanto a la vista del enemigo, que, por supuesto, no tardaba en divisarlas y destruirlas, al paso que los de infantería, porque se subían con frecuencia sobre los parapetos improvisados, en son de alarde probablemente o para poder mejor observar los movimientos del adversario, dando a sí a conocer a los ingleses la posición exacta de sus fuerzas, que éstos tampoco tardaban, como era natural, en barrer con los fuegos de su artillería.

Entonces fue cuando Askeri se quitó la vida y el coronel Nur-Ed-Din Bey se hizo cargo de los restos de dicho ejército, con que logró por fin contrarrestar el avance del enemigo en las inmediaciones de Amara.

Así se hallaban las cosas, poco más o menos, cuando la ofensiva inesperada de los rusos contra Bagdad, por la vía de Ravanduz y Kermanchah, sacó de su letargo al Generalísimo británico en la Baja Mesopotamia y lo obligó a ordenar a Townsend que avanzara también con su división contra dicha plaza.

Según parece, protestó éste de dicha orden al principio. Pero su protesta de nada le sirvió, pues fue sacrificado y derrotado por Nur-Ed-Din a 25 kilómetros de Bagdad, gracias a la llegada oportuna de algunos refuerzos, y en el momento preciso en que la caballería indostana se hallaba ya saltando a paso de vencedores por encima de las primeras líneas de atrincheramientos otomanos.

Durante esa noche se retiró el general Townsend hacia el Sur, acosado por sus propios irregulares, que al verlo derrotado se rebelaron y comenzaron a saquear su tren de provisiones, mientras que Nur-Ed-Din, ignorante de su propio triunfo, se retiraba en dirección opuesta para ir a fortificarse en torno de Bagdad.

Sólo al cabo de cuarenta y ocho horas fue cuando Nur-Ed-Din vino a darse cuenta de la retirada de Townsend y se puso a perseguirlo. Mas en vano, puesto que aprovechando los dos días de delantera que le llevaba se había atrincherado el general inglés en la *kasaba* de Kut-El-Amara, sita en el centro de una lengua de tierra, de forma de herradura, sobre la orilla izquierda del Tigris, que de refugio acabó por convertírsele en un callejón sin salida, en que el tiempo de mi llegada lo

teníamos todavía sitiado junto con sus diez u once mil hombres, cuatro mil de los cuales estaban enfermos o heridos, al paso que los restantes, famélicos.

La misión Klein, que he citado en páginas anteriores, fue, por decirlo así, la precursora del ejército expedicionario turco-alemán en Persia y la obra del intrépido comandante Klein, quien sin más ejército ni elementos que un cheque en blanco contra el Banco Alemán en Constantinopla, había ido recogiendo y enrolando a cuantos aventureros germanos había encontrado en el camino, durante su viaje de Berlín a Mesopotamia, de suerte que a su llegada a Bagdad se componía su grupo de "elegidos" de unas 25 a 30 lanzas libres, pertenecientes a todas las clases sociales (desde oficiales de reserva y profesores hasta mozos de café), que él luego puso al frente de un contingente de persas y afganos asalariados.

Rodeado de ese ejército en embrión, y aprovechándose del momento en que los ingleses se hallaban persiguiendo a Askeri Bey, dirigióse el comandante Klein a marchas forzadas y a fuerza de rodeos en dirección al Sur con la mira de destruir las fuentes de petróleo de Shushter, cuyo oleoconducto terminaba en el puerto de Abadán y proveía de combustible a la escuadra inglesa estacionada en el Océano Indico.

Una vez cumplido el objeto de su misión, que había sido ese, y no deseando desbandar su gente, púsose entonces el comandante Klein de acuerdo con el cónsul Schöhnmann y varios aventureros alemanes en Persia, para hostilizar las empresas rusas e inglesas matriculadas en dicho país.

Entre éstas descollaba por la influencia que ejercía sobre el gobierno irano el Banco de Ispahán, que dichos señores no tardaron en desojar de todo su efectivo para pagar los sueldos atrasados de la gendarmería sueca, al servicio del Shah, la cual, en vista de tanta generosidad, no vaciló, como era natural, en hacer causa común con Klein y sus «Helfershelfer» de ahí en adelante.

Según parece, necesitaron los oficiales de dicha misión de tres a cuatro días sólo para contar el oro que habían confiscado..., ¡de la plata no se diga!

Y siguiendo por el derrotero que se había trazado, continuó hostilizando el comandante Klein a cuantos rusos e ingleses halló ubicados o establecidos en el norte de Persia, hasta el extremo de que el ministro alemán acreditado en dicho país, el príncipe Henrique XXXIII de Reuss, temiendo represalias, puso pies en polvorosa y no paró hasta que llegó a Bagdad.

No poco habrá influido tal vez también en la fuga de dicho caballero cierto rumor que había comenzado a circular en esos días con insistencia, a propósito de que el Mayor Klein y sus simpatizadores habían asaltado el Consulado ruso y matado al cónsul, ya no recuerdo si en Ispahán o Kermanchah, pero de todos modos en territorio irano.

Y como para completar su obra marchó el comandante Klein sobre Teherán, donde al llegar apostó frente a su puerta principal al teniente Hauck en un automóvil... para que apresara al Shah de Persia.

Ahora bien, cuánto hay de verdad en todo esto, no lo sé, francamente. Lo único que sí me consta, por habérmelo asegurado los mismos persas, es que la conducta de Klein y sus compañeros dejó bastante que desear aquella vez, y que los rusos, quienes hasta entonces habían respetado, mal o bien, pero siempre respetado la neutralidad de Persia, en vista de ello se creyeron autorizados para hacer otro tanto, y atravesando el norte de Iranistán, atacaron las fuerzas del Vali de Musul, que defendían el desfiladero de Ravanduz.

A consecuencia de ese avance inesperado de los rusos, y para impedir que éstos fueran a apoderarse de Bagdad antes que él, fue, según lo aseguraban los turcos que el Generalísimo británico en la Baja Mesopotamia ordenó a Townsend que atacara a Nur-Ed-Din en las inmediaciones de Ktesifón, con el resultado desastroso para los ingleses, que conocemos ya.

Tal era, poco más o menos, la situación en el frente irano, cuando el Feldmarschall arribó a Bagdad, y haciendo caso omiso del comandante Klein (que desapareció de la escena como por encanto), nombró en su lugar al coronel Bock, quien con los refuerzos turcos y la oficialidad alemana que le asignara el mariscal se hizo cargo de ahí en adelante de la obra de Klein y de su puñado de inexpertos pero valientes y gallardos compañeros.

# Capítulo XVII

Entretanto, había llegado el Mariscal de su viaje de inspección por Persia, y pocos días después nos embarcamos para Kut-El-Amara.

Aquella fue una despedida triunfal.

Y al levar anclas nuestra nave, más de cien manos enguantadas volaron simultáneamente al borde de los *kalpaks* y a las viseras de los cascos prusianos, en tanto que las tropas presentaban armas al son de bandas militares, cuyos acordes marciales repercutían en las estrechas calles y oscuros bazares de la antigua capital de Haroun-El-Rashid.

Los asistentes alemanes usaban casi todos una placa de cobre con el águila imperial prendida al pecho, para diferenciarse de los soldados de la escolta.

El uso de dicho distintivo parece que agradó poco al coronel Kiasim-Karabekir Bey, Jefe de Estado Mayor del VI Ejército e instrumento servil de Halil Pachá, quien en el acto se las mandó quitar, alegando que dichas águilas estaban por demás en un ejército otomano (... *bisde olmas!*).

Semejante orden, que equivalía casi a un insulto y que el mariscal tuvo la debilidad de permitir se cumpliera a pesar de la visible protesta de los asistentes en cuestión, contribuyó poderosamente a debilitar el respeto de que habían venido gozando hasta entonces los alemanes en el VI Ejército.

Ahora, y cambiando de tema. Como yo no había ido a Bagdad con la mira de seguir la carrera de Estado Mayor, sino para tomar parte activa en las operaciones de campaña, y, no deseando ser puesto a la disposición de Halil Pachá porque comprendía que tarde o temprano se había de vengar de mí por no haber querido dejarme asesinar por él aquella vez en el Cáucaso, rogué al mariscal que me asignara a la brigada de caballería de Maghmud-Fasel Pachá, que operaba directamente a sus órdenes. Y el Feldmarschall tuvo la bondad de nombrarme, además de instructor, representante personal suyo cerca de dicha unidad, a fin de que lo tuviera siempre al corriente de sus operaciones.

Provisto de ese nombramiento, o precioso documento, mejor dicho, que me ponía a salvo de Halil Pachá y me permitía al mismo tiempo participar activamente en las operaciones de campaña en dicho frente, me fui a recoger ya algo más tranquilo, aun cuando todavía no del todo seguro de mi triunfo, puesto que yo conocía a Halil y sabía que no era hombre de darse por vencido así nada más.

Los acontecimientos vinieron a probar más tarde que mis sospechas no habían sido infundadas.

Al siguiente día, que era el 13 de enero (1916) se presentó el tiempo lluvioso. Y a eso de las once cayó una fuerte nevada, que a imagen de blanco sudario cubrió la pampa, por la que se deslizaban las barrosas aguas del viejo Tigris cual hilo interminable de roja sangre.

Lo único que ayudaba a atenuar un tanto la monotonía del paisaje, eran los «dyirts» y las ruedas de agua girando lentamente a ambas orillas, en que recortaban a trechos sus perfiles polvorientos boscajes de palmeras y amarillentas aldeas.

Y de cuando en cuando atravesaban el plomizo firmamento con fuerte ruido de alas, bandadas de patos salvajes, ahuyentados quizás por la vela triangular de alguna «dhau» que sus tripulantes iban arrastrando río arriba al son de canciones lánguidas y tristes, y que antes que canciones semejaban llantos quejidos prolongados y melancólicos como el horizonte del desierto.

De ese modo fuimos navegando hasta mediodía, aproximadamente, cuando del fondo de la estepa se desprendió una espesa columna de humo señalando el lugar donde nos esperaba el vapor en que venía a nuestro encuentro el Coronel Nur-Ed-Din Bey. Y al rato subió a bordo el vencedor de Townsend y héroe de la batalla de Ktesifón.

De estatura pequeña y barba punteada, a la Boulanger, ostentaba Nur-Ed-Din el aspecto modesto al par que fiero del verdadero militar. Acababa de entregar el mando de sus fuerzas a Halil por orden de von der Goltz, e iba con rumbo a Constantinopla, destituido y humillado, por el hecho de haber ganado una batalla que no se había atrevido a librar Halil Pachá.

El hecho de haber consentido semejante ultraje y flagrante injusticia hacia un modesto y brillante militar, como era Nur-Ed-Din, constituye tal vez la única sombra que llegó a oscurecer la gloria de von der Goltz Pachá durante los últimos años de su vida.

Aquella tarde, o al anochecer, mejor dicho, divisamos en el horizonte una serie interminable de tenues espirales de humo que temblorosas se iban elevando hacia un cielo color de plomo y oro. Y a medida que seguíamos avanzando, íbase distinguiendo cada vez con mayor claridad una serie de vapores, *dhaus*, *mahomas*, terradas, *cufas* y *keleks*, amarrados a la orilla izquierda del Tigris, cargando o descargando provisiones y pertrechos de guerra que orlaban en forma de pirámides las verticales márgenes del río..., al paso que millares de camellos, búfalos y bestias de carga custodiados por pastores árabes pintorescamente ataviados, pacían tranquilos en torno de una mancha enorme de blancas tiendas, que se perdían de vista en el confín sombrío.

Piquetes de caballería y pelotones de infantes cruzaban sin cesar y al son de músicas una uniformada muchedumbre, de que emanaba un murmullo incesante,

semejante al de un mar lejano y que apenas interrumpían de vez en cuando el agudo relinche de las bestias, la ronca voz de alguna sirena, el canto de los Imams, llamando a la oración, y las exclamaciones de los mercaderes persas, hebreos y árabes, ofreciendo con lujo de gesticulaciones tabaco, aceitunas y grasientas viandas  nuestros «askers», o quizás el imperioso «¿Quimvar?» de un centinela turco, presentando armas o rechazando a culatazos a los intrusos..., mientras que al Sur, ya cerca del horizonte, brotaban de entre un grupo de palmeras espesas humaredas, marcando el sitio donde Kut-El-Amara ardía y a cañonazos defendía sus líneas contra el tesón bravío de los osmanlis.

Esa noche la pasé yo a bordo de la cañonera inglesa «Firefly», caída en nuestras manos después de la batalla de Ktesifón. Y al aclarar el día partí con el Feldmarschall para el famoso frente de Felahíe, o de Sheik-Said donde se había iniciado una batalla, al comienzo más bien desfavorable para nosotros, desde el momento en que, fuera de la 4ª y 5ª compañías de ametralladoras, que habían venido conmigo desde Nisibin, y las baterías de tiro rápido, que me habían acompañado desde Musul, no disponíamos para aquella época en Felahíe de más artillería y ametralladoras que de media docena de baterías de *mantelis*, las cuales no bastaban, a la verdad, para neutralizar siquiera el efecto de los cañones y automóviles blindados del enemigo.

Cuando fui a despedirme del comandante Cummerow y del coronel von Restorff, me felicitó éste por haber sido el único, además del coronel Kiasim-Karabekir Bey, a quien el Mariscal había concedido licencia para acompañarlo.

Ese extraño empeño de von der Goltz Pachá en no querer llevar consigo a ningún oficial alemán, ni aun al mismo von Restorff, que era su ayudante de campo y por lo tanto el hombre de su mayor confianza, debe de haber obedecido, incuestionablemente, a la iniciativa de Halil, quien procuraba siempre hallarse a solas con el Feldmarschall para poder mejor influenciarlo en favor de sus planes y proyectos a veces harto desacertados, como, por ejemplo, cierto asalto general que había ordenado días antes contra Kut-El-Amara sin disponer de artillería pesada, motivo por el cual nuestras columnas tuvieron que replegarse después de varias horas de combate, fuertemente castigadas por el fuego del enemigo.

Uno o dos kilómetros más allá de nuestro campamento tropecé con una caravana, conduciendo minas sumergibles, que el intrépido teniente Müller se proponía sembrar en el canal navegable del Tigris.

Era de admirar, francamente, la sangre fría de ese señor, quien sin más compañeros a veces que unos cuantos árabes, solía atravesar a cada momento las líneas inglesas y pasearse a retaguardia del enemigo con una impavidez rayana en temeridad.

Al pasar por frente a Kut-El-Amara, tuvimos que dar un rodeo para evitar el fuego de los sitiados. Y después de otra hora de viaje, mandé mi equipaje con una

escolta de gendarmes al vivac de nuestro Estado Mayor en Sheik-Said al paso que yo mismo me dirigía, acompañado de mi guardaespaldas y dos baqueanos, en dirección del ala izquierda de nuestro ejército expedicionario, que cubría la brigada de caballería del teniente coronel Akif Bey apoyada por la antes citada 4ª y 5ª compañías de ametralladoras a las órdenes del capitán Husein Effendi.

Dichas unidades hallábanse en ese momento haciendo frente al grueso de la caballería enemiga que, después de fingir un ataque frontal, se había abierto en secciones par dar acceso a su artillería de campaña y a sus automóviles blindados, los cuales, avanzando, abrieron contra nosotros un violentísimo fuego de sorpresas, que en menos de cinco minutos nos costó cuatrocientas bajas. Entre éstas figuraba Husein Effendi, a quien un balazo había atravesado ambas muñecas mientras se hallaba disparando en persona una de sus máquinas, cuya tripulación había sido exterminada por la explosión de una granada.

De haber apretado el enemigo dicho ataque, hubiera podido arrollar y aplastar nuestra brigada sin mayor esfuerzo, puesto que nuestra caballería no disponía en aquella ocasión de más armas que de carabinas, sables y las máquinas de la 4ª y 5ª compañías, al paso que la enemiga nos excedía a razón de tres por uno y contaba además de con sus sables y sus carabinas, con lanzas ametralladoras, automóviles blindados, artillería de campaña, y sobre todo con el apoyo de sus lanchas cañoneras, que amenazaban constantemente y castigaban con frecuencia nuestro flanco derecho, sin que nosotros pudiéramos contestar a sus fuegos por falta de artillería de tiro rápido.

Pero por fortuna y gracias a una de esas razones extrañas que no me explico ni nadie entre nosotros supo explicarse, se replegó la caballería adversaria al anochecer, dándonos así el tiempo necesario no sólo para reorganizarnos sino también para retirarnos en buen orden hacia ciertas posiciones ventajosas, a unos diez kilómetros detrás de Sheik-Said, que siguieron llamándose en adelante el frente de Felahíe y abarcaban una faja relativamente estrecha de tierra firme (de 6 a 7 kilómetros) situada entre la orilla izquierda del Tigris y cierto pantano de vastas proporciones que se extendía hasta la *kasaba* de Bedri, en la frontera irana.

Fuera de esta población de gran valor estratégico, en que nos hallábamos fortificados desde hacía días, y la antecitada faja de terreno, a que nos retiramos aquella misma noche, no existía, para poder llegar a Kut-El-Amara (que sólo distaba de allí diez kilómetros) más camino que el que conducía por la margen derecha del Tigris, y que el enemigo había tratado de utilizar semanas antes, aun cuando sin éxito y con graves pérdidas para él a causa de la resistencia tenaz que le habían opuesto en las cercanías de Ali-Yendil y de Bek-Kiasim dos o tres acciones de nuestra caballería en camellos, llamada en turco «hedchin suaris».

El golpe acertadísimo de von der Goltz Pachá al hacer ocupar esa noche el sector de Felahíe, trancando así la puerta a las fuerzas auxiliares inglesas, selló la

suerte de Kut-El-Amara, que en consecuencia tuvo que capitular a las pocas semanas.

Si el general Townsend hubiese intentado aquella vez una salida, aun cuando sólo hubiera sido con tres o cuatro mil hombres, habría podido causar entre nuestras fuerzas sitiadoras un pánico semejante o mayor quizás que el que experimentaron nuestras fuerzas expedicionarias en las cercanías de Basorah, en tiempos de Askeri Bey, pues esa noche no disponíamos frente a Kut-El-Amara sino de dos o tres batallones de línea, diezmados por el tifus, y de los restos de la 45ª y 51ª División, que en conjunto creo no llegaba ni a cuatro mil rifles.

Este hecho, poco conocido, y la incomprensible indecisión del general Townsend, quien parecía esperarlo todo de la llegada de las fuerzas auxiliares británicas a las órdenes del general Aylmer, hicieron exclamar a Halil Pachá, con sorpresa, durante la rendición de Kut-El-Amara — «¡que no concebía cómo una fuerza de ocho o nueve mil ingleses había podido rendirse a menos tal vez de cinco mil turcos, sin haber intentado siquiera una sola salida en todo el tiempo que habían permanecido sitiados!».

Mas voy a continuar mi relato.

Después de que el extrema ala derecha del enemigo hubo iniciado su movimiento de retroceso, seguí yo con rumbo al vivac de nuestro cuartel general, que no distaba sino unos cuantos kilómetros del lugar en que acababa de librarse el combate aquél entre la nuestra y la caballería enemiga, y sólo se diferenciaba de los demás campamentos que cubrían la pampa por la bandera insignia del General en Jefe del VI Ejército, que se agitaba nerviosa sobre la tienda del Estado Mayor.

Por doquiera que se extendía la vista, no se columbraban sino trincheras abandonadas, avantrenes volcados, carros destrozados y demás impedimenta, mientras que a nuestra vera, en la margen del Tigris, dibujábanse en un cielo anaranjado los pardos contornos de una aldea, de cuyos tejados brotaban humaredas, que se arremolinaban y volvían rojas, en tanto que las fachadas acribilladas se desplomaban bajo la acción del fuego constantemente rectificado del enemigo.

Y todavía más allá se destacaban, humeantes, los lienzos de paredes de la que horas antes había sido una pequeña aunque floreciente *kasaba*, entre cuyas ruinas una fuerza nuestra hallábase librando en ese instante un combate al arma blanca con el enemigo.

A mi llegada al vivac, fui a saludar a Halil, quien como buen diplomático me recibió con demostraciones de la más viva complacencia. Y mientras nos hallábamos conversando de otros tiempos, acaso recordando episodios de la guerra en el Cáucaso, comenzó la noche a extender sus sombras sobre las fronterizas montañas de la Persia, en tanto que al Naciente se iba revistiendo el horizonte de un espeso manto de humo, que teñían de púrpura los incendios y rasgaba de vez en cuando el vivo parpadeo de la artillería, cuyo fuego iba en aumento.

Luego, al echar una mirada sobre el campamento, noté que a pesar de la recomendación hecha por el teniente coronel X a la hora de nuestra partida de Bagdad a varios oficiales turcos de Estado Mayor, de que "al mariscal no fuera a faltarle nada"..., éstos lo habían alojado en una pequeña y desaseada tienda, en que uno no podía entrar sino agachado, al paso que ellos mismos se hallaban instalados con todas las comodidades imaginarias en magníficas toldas de lona impermeable, de que se habían apoderado junto con otros objetos de lujo en el campamento abandonado de los ingleses después de la batalla de Ktesifón.

En dicha tenducha encontré al Mariscal recostado en un mísero catre. Y al mirarlo, tan solo, comprendí en el acto que estaba pasando hambre. Parece que los turcos no le habían brindado en todo el día ni un vaso de agua siquiera.

Excuso decir que al notar aquello llamé a mi asistente y le hice servir a Su Excelencia un trozo de pan y una lata de sardinas que llevaba casualmente en las cañoneras de mi silla.

Sentado en aquel maltrecho catre y haciendo honor a tan modesta cena, me fue entonces relatando el mariscal episodios de su viaje a la Argentina, que parecían haber dejado en su memoria recuerdos sumamente gratos y, sobre todo, duraderos, pues no se cansaba de ponderarlos.

Nunca se me olvidará la franqueza encantadora de ese insigne y modesto general, cuyo único defecto consistía en haber sido tal vez generoso y leal en demasía para con los turcos, quienes tan ingratamente habían de pagarle los veinte o treinta años que con abnegación había dedicado al desarrollo de su potencia militar.

Entretanto había cerrado la noche, y el fuego de la artillería, que había ido en aumento constantemente, acabó por consumir proporciones tan alarmantes, que el Mariscal juzgó necesario ordenar a Halil apresurara la retirada de sus fuerzas hacia las antecitadas posiciones de Felahíe para impedir que la caballería adversaria fuera a tratar de repetir su movimiento envolvente de aquella mañana. E igualmente me ordenó que acompañara a dicho general, atento siempre a cuanto sucediera, y con la advertencia final de que, en caso de algún evento imprevisto, se lo comunicase inmediatamente por medio de un expreso.

Para permitir a mis asistentes unas cuantas horas de reposo, harto merecidas, partí entonces solo, montado en mi caballo favorito «Mesrur», que tenía aparejado a guisa de *polo pony,* con la cola y las crines recortadas y las rodillas provistas de protectores. Y para completar la descripción de este fiel compañero mío, agregaré que era de color negro mosqueado, de pura raza circasiana, veía de noche como de día, y parecía sentir placer en saltar por encima de las trincheras, por anchas que fuesen.

Pues bien, en tanto íbamos trotando en dirección al frente, nos alcanzó un emisario del Mariscal, trayéndome instrucciones adicionales. Y al volver para

seguir la marcha, me encontré con que Halil y los suyos habían desaparecido mientras tanto en la oscuridad.

Afortunadamente, pasó en esto por allí un oficial de órdenes, quien creía haberlos visto dirigiéndose hacia cierto farol verde que se columbraba flameando en lontananza, señalando la retaguardia del 40º regimiento de la 52ª división, que junto con la 35ª y la brigada de caballería del teniente coronel Akif Bey formaba el grueso de nuestras fuerzas combatiendo aquella noche en Felahíe, o Sheik-Said contra el ejército británico a las órdenes del general Aylmer, que venía en auxilio de Kut-El-Amara.

Y a pesar de las preguntas que iba haciendo a los jefes de las reservas y demás unidades que afluían incesantes hacia el frente, no me fue posible dar con el Pachá y su séquito, hasta que por último tropecé con un piquete de caballería, cuyo jefe parecía hallarse casi seguro de haberlos visto momentos antes un poco más acá de nuestros primeros atrincheramientos, o sea junto a la línea de fuego.

Resuelto a no pederlos de vista, por habérmelo ordenado así el Mariscal, atravesé a todo galope el campo de tiro que la artillería adversaria barría en sentido horizontal par entorpecer el avance de nuestros convoyes de municiones, y un cuarto de hora más tarde me hallaba vagando completamente encuadrado en todo el centro del «no man's land», o sea la zona de acción en que se cruzaban los fuegos de la infantería amiga y enemiga, y en donde nuestro frente y el de los ingleses se confundía en ocasiones de tal manera, a causa del movimiento de retroceso por secciones de nuestras tropas, que las más de las veces no alcanzaba a darme cuenta de si me hallaba todavía aquende o ya allende nuestra línea de combate.

En medio de aquella noche oscura, cual boca de lobo, y el fuego atronador de la batalla, que apenas permitía entreoír como en un sueño las voces de mando de los oficiales y los toques de silbato de las clases graduando el fuego, no se veía hacia adelante y hacia ambos lados sino el rojo destello de los fogonazos y el verdi-azul chisporreteo de los disparos, formando algo así como una valla sulfurosa, que iba serpenteando cual sierpe luminosa de Norte a Sur a través de la llanura.

Y a despecho de las balas que seguían graneando en torno nuestro con un seco chasquido, semejante al granizo, y de los proyectiles, que estallaban a veces sólo a cortísima distancia de mi caballo, continué avanzando cautelosamente, buscando una salida de aquel caos, cuando de pronto tropezó mi bestia con una fila de lanzas, de astas de bambú, clavadas en el suelo, y unos cuantos pasos más adelante me alertó un centinela indostano, a quien por fortuna pude despistar gracias al yelmo de corcho que llevaba puesto y a la respuesta que le dirigí en inglés.

Calculando por la posición de las lanzas y la del centinela que nuestro frente se hallaba detrás de mí, volví grupas... y hundiendo las espuelas en los flancos de mi bestia salí de allí como flecha disparada, saltando por encima de muertos, heridos y trincheras sembradas de lucientes bayonetas, hasta que el fragor de la bata-

lla se fue apagando y el humo de la pólvora disminuyendo, mientras en lontananza flameaba y destellaba la esmeraldina luz de la 52ª división.

En llegando junto a ésta, encontré a su coronel y a su Plana Mayor rendidos de cansancio y tumbados al pie de sus cabalgaduras en el fondo de un embudo excavado por la explosión de un avantrén. Y como mi caballo y yo necesitábamos igualmente de algún reposo envolvíme en mi capote y echéme al suelo, hasta que al rato aparecieron por allí el Jefe de Estado Mayor de nuestro ejército expedicionario y su ayudante, caminando a gatas, para orientarse sobre el rumbo que había ido tomando nuestra retirada, al paso que Halil y su séquito se habían quedado un par de kilómetros más atrás, a fin de evitar el fuego de la artillería enemiga.

Obtenidos los informes deseados, partimos los tres, y al cabo de veinte minutos nos desmontamos junto al Pachá, a quien encontramos conversando animadamente sobre una loma con los tenientes coroneles Isaák y Akif Beys.

Debido a la oscuridad, no pudo Halil reconocerme al principio, y siguió conversando y criticando al Mariscal, hasta el extremo de calificarlo de «zevale ightiar», que equivale a "viejo cretino", lo mismo que lamentando la orden de retirada que éste le había pasado en el momento preciso en que, según decía él, la batalla se estaba decidiendo en favor nuestro..., razón por la cual tanto a él (esto es Halil) como a su brillante ejército se les había escapado de entre las manos una gran victoria.

Al notar que todos aprobaban sus palabras menos yo, se me fue acercando y, reconociéndome al fin, retrocedió un poco desconcertado. Mas, recobrando su natural impavidez, y esperanzado quizás con la idea de que no lo había entendido, me dijo con aire risueño: «De Nogales Bey, Ud. como que ha aprendido ya a hablar el turco, ¿no es verdad?».

«Sí, señor», le contesté en el acto, «y me extraña muchísimo», continué diciéndole— «que Ud. critique de esa manera y ante todo el mundo a su jefe y jefe nuestro, es decir, al mariscal von der Goltz, a quien todos debemos la libertad y quizás hasta la vida, puesto que de haber repetido el enemigo su movimiento envolvente de esta mañana, nos hallaríamos a estas horas Ud. y nosotros, y el resto del ejército tal vez, o muertos o prisioneros de los ingleses».

Y al acabar de decir aquello, saludé, di media vuelta a la izquierda, y fui a fumar un cigarrillo junto a mi caballo.

Al regresar al vivac aquella noche, nos extraviamos a causa de que al oficial guardia se le había olvidado mandar encender cierto farol encarnado que nos había de servir de guía. En consecuencia, pasamos varias horas errando por entre los campamentos de diversas unidades que cubrían la pampa en todas direcciones, hasta la madrugada, cuando llegamos por fin a nuestro destino, mas demasiado tarde ya para yo poder comunicar mis impresiones al Feldmarschall, quien había regresado entretanto a Kut-El-Amara.

Después del desayuno, y en tanto me estaba preparando para ir a incorporarme a la brigada de Maghmud-Fasel Pachá, se presentó en mi tienda de campaña el Jefe de Estado Mayor de nuestro ejército expedicionario, y en nombre de Halil me ordenó que me pusiera inmediatamente a las órdenes del jefe de la caballería divisionaria, el coronel Akif Bey.

Comprendiendo al vuelo de lo que se trataba, hice ensillar, y, atravesando el Tigris un par de kilómetros más arriba de Oum-El-Barrán, me dirigí a marchas forzadas hacia el campamento de nuestra brigada, situado junto a una aldea de nombre El-Asiz, a orillas del Chat-El-Nil, que desemboca en el Eufrates frente a la colina de El-Kasr.

Yendo como íbamos, bien montados y favorecidos por un tiempo fresco, casi frío, a causa de otra nevada que había caído durante la noche, cruzamos a nado tanto el Chat-El-Amara como el Chat-El-Choberi, y la mañana siguiente nos desmontamos en el antecitado pueblecillo de El-Asiz, desde cuyo borde occidental se divisaban en el fondo de una leve depresión las márgenes del Eufrates, cubiertas de una maleza palustre y enmarañada que llaman por allá Es-Sor y tiene gran semejanza con el tupido Gor que ostentan las riberas del Jordán en su curso inferior.

Y cuando se hizo de día, columbramos sobre la margen oriental del Eufrates una llanura ondulada en que se destacaban manchas oscuras, producidas por las excavaciones.

Eran las famosas ruinas de Babilonia, que, a imagen de las del resto de las ciudades clásicas de Mesopotamia, donde por falta de piedra se utilizaba la arcilla en sus múltiples manifestaciones, ofrecen hoy el mismo cuadro desolador y monótono de siempre... sabanas onduladas de que emergen a trechos montículos de tierra y fragmentos de losa cubriendo los restos de antiquísimos santuarios y residencias palaciegas de tapia y de adobes revestidos de ladrillos glaseados y adornados de alabastro, o de baldosas barnizadas y sembradas de estucos y bajorrelieves representando genios y grifos alados, leones agonizantes y cuadrigas tiradas por fogosos corceles.

De estos montones de ruinas encumbrados de tierra que han venido cubriendo las pampas de Mesopotamia desde que el mundo es mundo, proviene probablemente aquella célebre frase de “lodo sois y lodo volveréis a ser”, que Dios sabe quién lanzara hace miles de años, no acaso contra los mortales, sino contra las murallas de la soberbia Babilonia, que se hallaban construidas también de adobes, como las del resto de las ciudades de Akkadia y de Caldea.

La Torre de Babel, por ejemplo, no fue sino una inmensa mole de adobes, revestida de ladrillos quemados y azulejos, que cual terrón de azúcar gigantesco se fue rajando y desintegrando bajo la acción combinada de las lluvias y de los terremotos, hasta que las arenas del desierto acabaron por cubrirla y convertirla en un montón de tierra.

Tanto la Alta como la Baja Mesopotamia representan un libro en que se puede leer a cada paso el contenido de la Biblia escrito con el dedo de la naturaleza sobre la faz de la tierra.

La famosa leyenda del Ararat, v. gr., no es realmente sino otro de tantos enigmas fáciles de descifrar, hallándose uno sobre el terreno.

Habiendo sido dicha montaña el cerro más elevado conocido por los habitantes de Asiria y Babilonia, nada tiene de extraño que los caldeos, siempre propensos a exageraciones, se sirvieran de ese hecho para tratar de aumentar la importancia de alguna inundación acaso excepcionalmente grande entre las muchas que suelen desolar periódicamente aquellas inmensas llanuras, en que bastan a veces ocho o nueve pies de agua para anegar un territorio igual al de la mitad de Italia.

Aun en nuestros días suelen muchos campesinos, habitantes de las márgenes del Eufrates, tener ancladas junto a sus casas o amarradas a algún tronco de palmera, balsas, o «chatos», construidas de tablas, a imagen del Arca de Noé, y en que se refugian, durante la época de las inundaciones con sus familias y sus rebaños (de cabras y carneros)... hasta que las aguas descienden lo suficiente para permitirles reconstruir sus chozas de barro desmoronadas, y reanudar las faenas campestres.

Las ruinas de Babilonia, o la zona de dichas ruinas, por mejor decir, se divide en cuatro secciones, llamadas por los árabes ubicados en sus alrededores: Bábil, Mu-Tchélebi, El-Kasr y Amran-Ibn-Ali.

La colina de El-Kasr mide cerca de cuatrocientos metros de largo y representa las ruinas del palacio de Nabucodonosor, en que expiró Alejandro el Grande.

El montículo de Amran-Ibn-Ali hállase cubierto por restos de altísimas murallas, las cuales, según parece, sostuvieron en un tiempo los famosos jardines suspendidos, que no habrán pasado de ser sino un parque en forma de terrazas escalonadas.

Y de la Torre de Babel, o de Nemrod, llamada hoy Birs-Nimrud, apenas quedan ya en las cercanías de Hile los restos de un cuadro de muros, de seiscientos metros de circunferencia y sesenta de elevación, coronado por los cimientos de una torre *zicurat*, que, atendida la inmensa extensión de Babilonia (un cuadro perfecto de once kilómetros por cada lado), no impide reconocer en ellos los restos del famoso Templo de Baál, o Borsipa, llamado «esaghiláh», o la Torre de Babel, que los babilonios solían denominar también «itiminanki», o piedra fundamental del cielo y de la tierra, y que constaba, según parece, de siete pisos, cada uno de los cuales ostentaba un color diverso y estaba dedicado a una deidad diferente.

Del Imur-Bel y Nimiti-Bel, o sea de la enorme y doble muralla de circunvalación que protegía en un tiempo a Babilonia, no quedan hoy sino vestigios.

Una de las mayores dificultades con que parecen haber tropezado los babilonios para edificar su ciudad monstruo, fue la escasez de piedra, habiendo tenido

que servirse para la construcción de sus santuarios y alcázares de rocas volcánicas importadas a veces hasta del centro de Arabia, lo mismo que de piedras calcáreas y alabastros, importados también, que usaban en combinación con ladrillos planos y convexos (negros y amarillos) barnizados a la candela y unidos por medio de una argamasa de arcilla, paja y asfalto crudo.

Entre los atractivos más grandes del arte babilónico, figuraban sin duda sus lucientes y brillantemente coloreadas estatuas y bajorrelieves de terracota esmaltada, por el estilo de la de "los arqueros", en el palacio de Suse, y las de los leones, de colosal tamaño e idéntica construcción, que solían flanquear en un tiempo la "avenida real" de Babilonia.

Los restos de frisos semejantes a éstos que se llegaron a encontrar entre las ruinas del palacio de Sargón, en Korsabad, tienden a demostrar que no sólo los persas sino también los asirios solían valerse de ese sistema decorativo especialísimo para embellecer sus santuarios y sus palacios.

Uno de los monumentos arquitectónicos mejor conservados de aquella época, es el Templo de Ehlil, que data de la primera mitad del segundo milenio y ostenta aún los restos de su célebre torre escalonada, o *zicurat,* coronando una plataforma en bastante buen estado todavía.

Pero también en la antiquísima ciudad de Lagash dejaron los reyes Ur-Nina, Gudea y Ur-Ban restos de bellísimas construcciones. Y Nabucodonosor hijo de Nabopolasar I y reconstructor de Babilonia, fue el autor de casi todos aquellos famosos edificios de que nos hablan Herodoto y muchos otros historiadores de la antigüedad.

La mayor parte de las construcciones más importantes de Babilonia, y especialmente sus templos y palacios, estaban edificados sobre amplias plataformas, que alcanzaban de doce a quince metros de altura, y se hallaban adornados de estucos y pinturas murales rojas y negras.

Sus centros de cultura más notables fueron las ciudades de Nipur y Eridú.

El círculo y la hora, dividida en minutos y segundos, fueron también invenciones babilónicas.

El año lo usaban ellos de 365 días y seis horas, como nosotros. Y, en vez del sistema decimal usaban el sexagesimal, o sea los sistemas decimal y duodecimal confundidos en uno y llevando por base el número sesenta.

Su escritura era, al igual que la de los asirios, cuneiforme. Y su población se dividía en la casta de los sacerdotes (magos o caldeos), luego en la de los militares, agricultores artesanos y por fin en la de los esclavos.

Su monarca ostentaba el título de Rey de los Reyes, y además de jefe temporal, era también el jefe espiritual de la nación.

De las ciudades neobabilónicas como por ejemplo Is, Cunaxa, Seléucia, Ktesifón, Apamea, Borsipa, Charreh, Batneh, Dara, Nicephorum, Síngara, Hátra,

Circesium y Voligesia, no queda ya más que una en pie, que es Edesa, o Urfa de nuestros días, al paso que de las antiguas urbes rivales, como Babilonia, Eridú, Urúk, Larsa, Sipurla (o Sipur), Cispán, Isín, kish, Ur, Kutah, Lagash, Agade (o Akad), Sipara y Nipur (que fue la Meca de los semitas de Caldea) no subsisten ya casi vestigios.

Babilonia, que desde los albores de la historia figura ya como una de las tres fuentes principales de la civilización mundial, parece que obtuvo las semillas de su cultura por un personaje mitológico, llamado Ur-Shamí, u Oanes, mitad hombre y mitad pez, quien a juicio de los antiguos, abordara a las costas del Golfo Pérsico, o la desembocadura de la pareja fluvial, montado en un corcel de veinticuatro patas (una nave de veinticuatro remos, probablemente)... por allá en el año 432.000 antes de Bel, que impuso el Diluvio.

Y como la mitología índica cuenta también con ciclos de centenares de miles de años, nada tendría de extraño que la antiquísima civilización sumeriana hubiese tenido su origen en la India.

Después de Oanes u Orhanes, aparece en el horizonte mitológico del Sanaár otro no menos exótico personaje, llamado Shamash-Napishtim, o Xisuthros, esto es, Noé, el héroe del Diluvio, de quien tampoco se conocen más datos ni pormenores precisos que el de que existió.

Lo único que si se sabe de fijo sobre aquellos tiempos, es que la población aborígena de Babilonia la constituía un pueblo no semítico, sino de origen turano o mongólico, llamado de los «sumeros», que había llegado a dichas riberas no se sabe cuándo ni de dónde, pero que trajo consigo cultura y sobre todo escritura, esto es, los caracteres cuneiformes aquellos que adoptaron de él más tarde los caldeos y probablemente también los medas, persas y demás pueblos descendientes o tributarios suyos.

Siglos y miles de años después de la llegada de los sumeros, se fueron infiltrando desde el nordoeste de Mesopotamia, según unos, mientras que según otros directamente desde Arabia, ciertas naciones de origen semítico y nómadas probablemente, que, después de rechazar a los sumerios hacia el Mediodía, acabaron por confundirse con ellos en algunos lugares, formando la raza híbrida de los akkadios, que, a medida que iba absorbiendo la población aborígena sumeriana iba también desarrollando su cultura milenaria.

Estos fueron los que con el tiempo fundaron en el Sanaár la antigua Caldá, o Caldea, de que era oriundo Abrahán y desde donde éste trasplantó más tarde los principios del monoteísmo a la entonces todavía pagana Palestina.

A las invasiones de los semitas siguió, en el tercer milenio, la de los amurrús, que fue absorbida por los akkadios. Y luego, la de los hititas, o mitanis mesopotámicos, cuyo idioma, al igual que el vasco y el etrusco, sigue aún siendo un enigma tan indescifrable casi como sus jeroglíficos.

Estos tuvieron subyugados a los asirios hasta el siglo XIV... cuando aquestos los subyugaron a ellos, a su vez, con la ayuda de los alche, de quienes tampoco se tienen más nociones precisas que el que habitaban el Norte de Mesopotamia.

A la invasión de los hititas siguió, en el segundo milenio, la irrupción de los yarri, quienes devastaron Asiria y fueron absorbidos más tarde por los arameos.

He aquí, pues, una de las múltiples razones por que la historia de Asiria y Babilonia tanto se confunden y por que los pueblos conquistados por ellas constituyen un conjunto sin solución de continuidad.

Por el año 5.000 antes de Jesucristo existían ya en Sumeria, o El-Sanaár, algo así como una docena o más de ciudades independientes, de origen sumero-akkadio y dotadas de una civilización avanzada, que no habrá dejado de influir hasta cierto grado, y quizás hasta poderosamente, en el desarrollo de la antigua cultura egipcia y sobre todo en el de la cretense.

El primer período histórico de El-Sanaár, que se extiende aproximadamente desde e laño 4.500 hasta el 2.300, e incluye la era sargónica, o la "edad de oro" del arte babilónico, lo ocupa casi exclusivamente la historia de estas ciudades independientes, que parecían rivalizar entre sí por mejorar y desarrollar la civilización que ellas mismas habían iniciado.

De entre éstas Nipur y Eridú (que fueron las que más se distinguieron como centros de cultura) al igual que Lagash, Ur y Larsa, hallábanse situadas en la parte meridional de Sumeria, al paso que Sipur, Agade, Kish y Babilonia en la zona septentrional.

Después de la muerte de En-Shag-Kushana, Señor de Kengi y monarca el más antiguo conocido de El Sanaár (ya que de los Patesis Utug Enchegal, Mesilim y Lugalzagengur de Kis y Lagash no se poseen sino nociones vagas) surgieron y sobresalieron de entre los «lugales» de la dinastía de Agade, Sargón el Grande y su hijo, Naramsín, al paso que de entre los de Uruk, Lugalzáguisi, Señor de Eresh, o la moderna Varkan, quien sometió toda Mesopotamia, desde el Golfo Pérsico hasta Van, o Tuspan, capital de Armenia.

De los Patesis de Lagash, el que más se distinguió fue Gudea, en razón de los suntuosos templos y palacios que hizo edificar junto a Sipurla, hoy llamada Tello.

En 2.800 asumió la preponderancia política de Sumeria la ciudad de Ur, cuyos príncipes más esclarecidos fueron Urgur y Dungui...

Y por allá, en 2.400, surgió por fin Babilonia, a la cual el Rey Hammurabi colocó desde un principio en el lugar que habían estado ocupando hasta entonces Lagash, Agade y Ur, y en el cual ella logró sostenerse por espacio de veinte siglos, hasta que el rey de Persia, Ciro, la sometió en el año 538 antes de nuestra era.

A las dinastías kasita y pashe siguió, en el siglo XI, una dinastía netamente babilónica, que se extinguió con el advenimiento de la neobabilónica, fundada por Nabopolasar, destructor de Asiria y de Nínive.

A éste sucedió en el trono su hijo, Nabucodonosor, quien derrotó al faraón Nechao, conquistó Egipto, Siria y Palestina, y sometió la ciudad de Tiro después de un sitio de trece años.

Él fue quien reconstruyó la Torre de Babel, deportó los judíos a Babilonia y, después de perseguir al profeta Daniel, por último le confió hasta la educación de su hijo favorito Zoantropio.

No cabe duda que Nabucodonosor fue uno de los monarcas más esclarecidos que poseyó Babilonia.

Y después de la destrucción de Nínive, o sea durante el reinado del alocado Baltasar, se extinguió también este famoso Imperio, que por espacio de cerca de dos mil años había estado, lo repito, iluminando cual gigantesca antorcha el mundo hasta entonces conocido.

Lo que se llamó Babilonia después de Ciro no fue ya sino su cadáver, que siguió desintegrándose, hasta que en el siglo primero de nuestra era acabó por convertirse en lo que hoy es...un montón de ruinas en medio de pantanos habitados por fieras.

Según dejé dicho antes, llegamos a El-Asiz en la madrugada, pero encontramos el campamento abandonado. La brigada había salido el día antes para ir a reforzar la guarnición de Bedri, junto a la frontera irana, que representaba el único lugar por donde los ingleses hubieran podido intentar otra distracción en favor de Kut-El-Amara.

Con la ocupación de Bedri por nosotros, quedó sellada la suerte del ejército británico sitiado en Kut, y la campaña de Irak asumió de ahí en adelante el carácter monótono de una guerra a la defensiva en que nosotros llevábamos la ventaja por hallarnos dueños de Bedri y de Felahíe.

Al acercarnos a El-Asiz aquella mañana, tuvimos varios encuentros insignificantes con partidas de beduinos de a caballo, pertenecientes a los irregulares del Emir Abd-El-Kadir, que combatían en favor de los ingleses e inquietaban de continuo nuestras fuerzas acantonadas en la zona militar de Feludchah, frente a Bagdad y sita en el sector más estrecho del Dyesiret, o “la isla entre ríos”, que cortaba otrora la “valla médica” y representa la linde septentrional del Mat-Caldá, o Caldea, esto es, el Erets-Kasdim del Antiguo Testamento, en que se supone que existió el Paraíso, o Edén, es decir, el «idim» de los antiguos babilonios.

Con los beduinos antecitados notamos también algunos Beni-Lams y Enesis, que son muy temidos por allá a causa de su audacia y su crueldad. Y, de regreso a Kut, encontramos en el desierto dos caravanas de peregrinos persas que iban viajando con rumbo a las ciudades sagradas de Meshid-Ali, o Nedchef, y Meshid-Husein, o Kerbelah, situadas unas cuantas millas allende el

Eufrates, y que son veneradas por los mahometanos cismáticos, llamados shiitas, en remembranza de dos de los más grandes mártires de su secta.

En Nedchef, que es la más meridional de ellas y linda con el borde septentrional del desierto de Arabia, descansan, según la tradición, los restos del Califa Alí, yerno de Mahoma, mientras en Kerbelah, donde pereció asesinado por orden de los Ommiadas el cuarto hijo de Alí, Huseín, se conservan todavía los restos de este mártir en la famosa mezquita de su nombre, cuya dorada cúpula suele servir de guía a los romeros extraviados en el vecino desierto de los vahabitas.

Dichas dos ciudades se distinguen no sólo por la indumentaria casi exclusivamente negra de sus habitantes y las banderas y flámulas de idéntico color que cuelgan por doquiera de sus ventanas, sino también, y quizás más que otra cosa, por el aspecto lúgubre de sus alrededores, desiertos, que cubren hasta el horizonte las tumbas de los creyentes, a quienes sus piadosos hijos y allegados continúan llevando todos los años a razón de decenas de millares desde los confines más lejanos de Persia y del aún más lejano Turquestán, a fin de que sus restos puedan seguir soñando entre aquellas arenas ardientes y sagradas hasta el día del Juicio Final, o, por mejor decir, hasta que la trompeta del Arcángel Gabriel y la voz del XIIº Mahdi los haga resucitar.

Los «mulaghes» o sacerdotes, es decir, el clero todo de Nedchef y de Kerbelah, gozan de grandes riquezas a causa de los derechos de sepultura y demás gastos extraordinarios que los doscientos mil peregrinos, visitantes de dichos lugares, suelen depositar en sus manos anualmente.

A causa de esos tesoros, han sido dichas ciudades saqueadas más de una vez por los beduinos sunitas y los semipaganos moradores de los desiertos circunvecinos, como por ejemplo los «vahabitas», quienes las asaltaron a principios del siglo pasado, y últimamente, durante la Guerra Mundial, hasta por las mismas autoridades civiles otomanas que, como en Medina, también de Nedchef y de Kerbelah se llevaron a viva fuerza la mayor parte de sus riquezas y hasta gran parte de sus reliquias.

Las tripulaciones y miembros de las caravanas de romeros que íbamos encontrando en el desierto, procedentes de Bagdad y la fronteriza ciudad de Haniki (donde se venera la tumba de Hanifah, fundador de la secta de los «hanafitas»), vestían casi todos de negro y conducían consigo los cadáveres de sus allegados que deseaban sepultar en Nedchef o en Kerbelah.

Los más acomodados de entre ellos llevábanlos sobre camellos ricamente enjaezados y acompañados de escoltas de mirzas y lacayos montados en dromedarios o soberbios corceles, al paso que los menos afortunados, en mulas o en jumentos, y encerrados en ataúdes y cajones a veces no muy sólidamente construidos, por entre cuyas grietas goteaba de continuo el líquido putrefacto de dichos... y que

al regresar a sus lares utilizaban con frecuencia para llevar consigo, o en ellos, mejor dicho, regalos para sus parientes, o cargas de dátiles secos y azafrán, que luego vendían en Bagdad o en otras ciudades para con las ganancias de su venta tratar de sufragar siquiera en parte los gastos de su viaje.

Al amanecer del día siguiente al de nuestra partida de El-Asiz, pasamos el Tigris en *cufas,* y todavía temprano arribamos a nuestro cuartel general, en Kut-El-Amara, donde me puse a descansar durante un par de horas, hasta que un ayudante me vino a anunciar que el Jefe de Estado Mayor de Halil Pachá deseaba hablarme. Y, al ir a ver de qué se trataba, me recibió dicho señor muy ásperamente, y en nombre de Halil me ordenó de nuevo que me pusiera a la disposición del jefe de su caballería, el coronel Akif Bey.

Como respuesta única, saqué entonces y le mostré la orden escrita y sellada del Mariscal, en la cual éste, en calidad de General en Jefe del VI Ejército y superior de Halil Pachá, me nombraba Instructor y Segundo Jefe, por decirlo así, de la brigada de Maghmud-Fasel Pachá.

No obstante, y sin querer leerla siquiera, me la devolvió dicho señor, alegando, con esa arrogancia característica de los esclavos envalentonados, que aquel era un ejército otomano («osmanli ordu dir»), y que por lo tanto él no tenía por qué ocuparse de más órdenes que las de su jefe, Halil Pachá.

Entonces sí se me acabó la paciencia.

Y sin reparar en que era Jefe de Estado Mayor de nuestro ejército expedicionario y miembro prominente del Comité de Unión y Progreso, le dije cuanto se me ocurrió en aquel momento, incluso que yo no había entrado en el ejército otomano para servir a un cualquiera como Halil Pachá, quien, no satisfecho con criticar públicamente las disposiciones de su venerable jefe, el Feldmarschall, en aquel momento había llevado su descaro hasta el extremo de mandar desobedecer sus órdenes escritas, etc. Y para que no fuera a pensar acaso que sólo me hallaba discurriendo bajo el impulso de la ira, añadí que todo aquello se lo iba a dar por escrito, junto con la copia de una carta que pensaba dirigir inmediatamente al Mariscal, pidiendo mi dimisión en el ejército.

Acto continuo monté a caballo, y media hora después me hallaba ya de regreso con el documento, que mandé entregar a Halil por su ayudante de campo. Y transcurrida otra hora había sometido ya, tras previa consulta con el teniente coronel von Restorff, una petición en toda forma al Mariscal, solicitando mi separación del ejército por razones de salud.

A consecuencia de dichos pasos y a pesar de la viva oposición del Ministerio de la Guerra y las intrigas del comandante militar de Bagdad, quien era también instrumento de Halil, me entregó a los pocos días el Feldmarschall cierto precioso documento, que me declaraba fuera del servicio otomano y me libraba por

segunda vez de las garras de Halil Pachá, quien, según supe después, había tratado de retenerme a sus órdenes inmediatas para hacerme luego desaparecer en silencio... porque temía y seguía temiendo que yo fuera a revelar más tarde sus fechorías y sobre todo su cooperación en las matanzas de Urmia, Bitlis, Sairt y Mush.

Al despedirme de mi venerable protector y amigo leal de la América Latina, a quien no había de volver a ver ya más porque falleció a las pocas semanas, me entregó el Mariscal, con un cordial apretón de manos, el «croissant de fer», o sea la primera de las ocho condecoraciones militares que había de ganar yo durante el curso de la guerra. Y dos días después me embarqué en el tren que había de conducirme a Samarra, provisto de cuantos documentos y pasaportes necesitaba para mi viaje a Constantinopla, y desde allí para Alemania, donde pensaba permanecer hasta el final de la guerra dedicado a mis estudios únicamente.

# Capítulo XVIII

De regreso a Bagdad, fui a visitar la histórica tumba de Zobeida, la de los cuentos de las Mil y Una Noches, que se destaca solitaria a orillas del Chat-El-Masudi, en el barrio transfluvial de Mahalí, y las no menos célebres *dyami-el-suk*, *ulu-dyámisi* y *la mezquita del Gran Visir*, que descuellan entre los santuarios muslímicos de mayor nombradía en dicha ciudad por sus soberbias curvas y alminares revestidos de azulejos, los cuales, al reflejar los rayos postreros del sol poniente, destellan como chispas en medio de oscuros bosques de palmeras datileras, poblados por bandadas innúmeras de cuervos vociferantes, y que, al revolotear a la caída del sol sobre sus pardas copas, forman en ocasiones algaradas que se oyen a kilómetros de distancia y contribuyen a dar a Bagdad ese su aspecto triste, casi místico.

Además de Bagdad, llaman la atención en aquellos contornos las ruinas de Cufa, que solía ser la capital del Irak-Arabi, o Baja Mesopotamia, ya mucho antes de que existiera aquella, y se hizo célebre por haber sido en ella donde tuvo su origen la escritura «cúfica», que representa para la literatura árabe lo que los caracteres góticos para la alemana.

Y 20 o 25 kilómetros más abajo de Bagdad, sobre la orilla izquierda del Tigranis y frente a las ruinas de Coche, que formaba en un tiempo parte de la antigua Seléucia, se divisan aún los restos de la que otrora fue la famosa ciudad de Ktesifón, residencia invernal de los reyes partos y capital de los antiguos monarcas sasanidas, pero de la cual hoy apenas subsisten ya vestigios, o, mejor dicho, sólo las ruinas del famoso «tajt-yosru», o palacio de Cosróes, que antes que los restos de un palacio semejan la calavera de un camello medio sepultada bajo las arenas del desierto.

Y cuando a la salida del tren agitamos, el Dr. Stoffels y yo nuestros pañuelos por última vez a un selecto grupo de damas y señores que habían venido a despedirnos, no dejé de experimentar, junto con la pena que causa siempre la separación de amigos consecuentes, cierta satisfacción al pensar que también en la lejana tierra de los califas y de las aturquesadas cúpulas y minaretes me había sido dado poder pasar algunos de los momentos más interesantes de mi vida... como lo fueron, por ejemplo, mi recorrida por las márgenes del Eufrates, en las cercanías de las ruinas de Babilonia, y la batalla de Sheik-Said, que puede considerarse como

el punto culminante de la campaña del Irak, desde el momento en que trancó la puerta al avance de los ingleses por el sector de Bagdad y selló la suerte del ejército británico a las órdenes de Townsend, sitiado en Kut-El-Amara.

A mediodía, aproximadamente, divisamos en el horizonte un extenso bosque de palmeras acaso señalando el curso del Dyalá, que desciende de las montañas de Ardelán. Y ya entrada la noche, saltamos a tierra en la estación terminal de Samarra con la mira de continuar nuestro viaje al día siguiente a caballo y en parte también en carruaje.

Allí nos esperaba ya una señora alemana, casada con un italiano de nombre Martini, internado en Musul, que iba con sus hijuelos a visitara su esposo, y a quien tanto la Sra. De Würst como la de Lorrey nos habían rogado que permitiéramos viajar en nuestra compañía, porque el camino de Bagdad a Musul se había ido poniendo durante aquellos días en extremo peligroso en razón de la presencia de numerosas cabilas Shamars, que acampaban en las pampas y desiertos circunvecinos, acechando las caravanas que transitaban por aquellos contornos.

El médico mayor Dr. Stoffels era un verdadero gigante, de seis pies y medio o tal vez más de alto, rubio y corpulento, nacido en Nueva York (por más que lo negara, puesto que el cónsul americano en Bagdad me lo aseguró así) y quien, además de poseer una calma asombrosa, era aficionado a montar caballos mansos únicamente, mientras que yo era todo lo contrario, sudamericano, más bien pequeño, nervioso y amigo de montar caballos briosos solamente.

No obstante, éramos él y yo amigos inseparables, y excepto una docena de altercados que nos gastábamos el lujo de tener diariamente, para matar el tiempo, no hubo, a decir verdad, más que un pormenor contra el cual no pude menos de rebelarme abiertamente, y era que el buen Dr. Stoffels había llenado con sus setecientos kilogramos de equipaje personal, además de nuestro carro de bagajes, el coche de la Sra. Martini y el mío, mientras él mismo había hecho extender su cama en el fondo de su áraba, y vestido de payamas únicamente se había acostado en ella, resuelto a convertir aquella jornada de trescientos kilómetros en un viaje de recreo en toda forma, fumando puros, tomando *cocktails* y leyendo novelas todo el tiempo, al paso que yo había de andar a caballo, ocupándome de todo y "ojo de garza" para impedir que los beduinos no nos fueran acaso a sorprender y matar en el camino.

El primer día no lo pasamos tan mal, después de todo, gracias a que íbamos siguiendo las huellas de lo que cincuenta años antes había sido un camino real. Pero después de Tikrit, donde pernoctamos, se puso la cosa seria de verdad y hasta sumamente seria, a causa de que en adelante no teníamos ya ni la huella de un asno para poder guiarnos.

El rumbo que íbamos siguiendo era una línea imaginaria a través de la pampa y el desierto en que nuestros coches y carretas corrían riesgo de estre-

llarse o atascarse a cada paso, puesto que los cocheros eran soldados árabes a quienes poco les importaba lo que sucediera con tal de poder seguir ellos cobrando su ración de tabaco y su jornal.

Durante uno de aquellos descensos estrepitosos, pues de las lomas y colinas teníamos que bajar a toda carrera por falta de frenos adecuados, volcó mi coche, por lo cual los caballos, espantados, siguieron arrastrándolo un buen trecho del camino, mientras yo trataba de desembarazarme de los bultos y maletas con que el Dr. Stoffels había llenado casi todo el interior de dicho vehículo.

Después de aquello, formé yo con mis asistentes y caballos una caravana aparte y proseguí la marcha, resuelto a prescindir de la compañía del Dr. Stoffels si éste persistía en querer continuar su viaje acostado y sin ocuparse siquiera de sus setecientos kilos de equipaje que ya me tenían loco, puesto que cuando no era un coche era el carro de bagajes el que amenazaba ruina bajo aquella pirámide de bultos.

Entretanto, habían comenzado a perfilarse en el confín borroso de la pampa los negros toldos de las cabilas Shamars, pues en las inmediaciones del fortín de Hernina, donde íbamos a pernoctar, empezaba ya la zona de peligro.

Al declinar la tarde, me apeé por fin ante el susodicho fortín, o *caravanserallo* mejor dicho, en que cundían las pulgas y chinches por legiones. Y una hora después se apareció por allí también el Dr. Stoffels, mas sin el carro de bagajes en que venía el grueso de sus benditos equipajes. Estaba nervioso, y al verme acostado en mitad del patio, se me acercó y me prometió que si le ayudaba a buscárselo no volvería ya más a viajar en payama.

Atenido a su palabra, salimos entonces los dos, acompañados de nuestra escolta armada hasta los dientes y provista de linternas y nos pusimos a buscar como un tesoro oculto el vehículo extraviado, que no tardamos afortunadamente en encontrar, atascado hasta el eje de las ruedas en un arenal.

Tras una hora de brega, logramos por fin arrastrarlo hasta el *khan*, donde a despecho de las pulgas y demás insectos pasamos el resto de la noche menos mal de lo que habíamos esperado. Y al aclarar el día, púsose, fiel a su palabra el Dr. Stoffels a la cabeza de la caravana, embotado, uniformado y montado en su caballo de batalla.

De Hernina en adelante, o sea en dirección al Norte y Este, iba realzando el desierto, formando cadenas de colinas bajas que se extendían al Sur siguiendo el curso de las aguas y que, a juzgar por los fósiles y conchas que llegué a notar en algunos de sus estratos de conglomerado ordinario y de areniscas rojas y blancas, deben de haberse formado por la acción continua de las aguas, que durante el transcurso de millones de años, probablemente, habían ido depositando en el fondo de mares preshistóricos aquellos lechos de arenas cuarzosa, barro y cal, que aún se manifiestan en forma de esas sartas de colinas bajas que cruzan por doquiera las estepas y desiertos del Badiet-Es-Sham.

Una que otra de dichas hileras de lomas desnudas, o acaso algún montículo de los que llaman «tells» por allá, eran los únicos factores que interrumpían a veces la monotonía infinita de aquellas pampas dilatadas y descoloridas, que, aun cuando desiertas la mayor parte del año, se hallan en enero, febrero y marzo generalmente hermoseados por lienzos interminables de esmeraldinos pastos primaverales.

Esa mañana se nos incorporó, al salir de Hernina, una caravana de «kelekchis», o boteros, que regresaban a Musul llevando consigo, o mejor dicho, sobre sus setecientos jumentos y bestias de carga, las odres vacías de las que días antes habían sido las balsas en que habían bajado desde dicha ciudad. Su armamento se componía de una mezcolanza extraordinaria de toda clase de armas habidas y por haber, desde la primitiva maza y el garrote hasta el máuser de repetición, que, unido a la resolución de defender a todo trance las pocas economías que llevaban encima, constituían una fuerza física y moral lo suficientemente respetable para inducir a los beduinos del desierto a no molestarnos durante el resto de nuestro viaje.

No obstante no dejaron los cabileños de causarnos alguna inquietud, máxime cuando después de ya entrada la noche nos trajeron los centinelas a un individuo que habían encontrado arrastrándose en torno de nuestro campamento. Y para que no lo fuéramos a fusilar, se puso el gran tunante a derramar copiosas lágrimas y a hacerse el sordomudo. Pero su comedia de nada le sirvió, puesto que en el acto lo hice amarrar de pies y manos a la rueda de uno de nuestros vehículos..., y sólo a la hora de partir lo hice soltar... después de haberle hecho administrar unos cuantos azotes a fin de que aprendiera a no seguir rondando de noche en torno de los campamentos.

Al día siguiente pasamos junto a unas asfalteras en explotación, de las cuales procedía el por allá erróneamente llamado «alquitrán», que habíamos visto flotando sobre las aguas del Tigris al bajar de Musul, y que a veces se incendia, convirtiendo a trechos la superficie de dicho río en un extenso lago de fuego líquido.

Y oscureciendo ya, llegamos, o llegué yo, mejor dicho, pues el Dr. Stoffels había querido evitar ese rodeo, a las ruinas de Shirgat-Kaleh, o de la antiquísima Assur, primera capital conocida de Asiria, donde pasé la mayor parte de la noche a la luz de la luna y desde lo alto de su derruida ciudadela, contemplando las argentinas aguas del Tigranis.

De Shirgat-Kaleh en adelante fue cesando el peligro por parte de los beduinos a causa de la formación del terreno, que se iba tornando cada vez más accidentado.

La última noche la pasamos en la *kasaba* de Mishorah, que pertenece ya al distrito Sindchar. Y la madrugada siguiente llegamos a Musul, donde el Sr. Holstein tuvo la fineza de brindarnos su hospitalidad en el Consulado.

Por el cónsul Holstein, que era oficial de reserva en su país y después del gobernador general tal vez el hombre más influyente en dicha provincia, supimos esa noche o en la siguiente, que al comenzar la guerra, o por mejor decir, al empe-

zar las matanzas, también el Gobernador de Musul había recibido orden de exterminar a todos los cristianos de su vilayato, pero que dicho señor no había llegado a cumplirla, porque al saberlo él, esto es, Holstein, le había comunicado oficialmente que de haber matanzas en Musul debían comenzar por matarlo a él primero.

Yo tengo motivos fundados para suponer que aquello fue efectivamente así, puesto que Holstein no dejaba de ser, a pesar de sus flaquezas, en el fondo un hombre recto y sobre todo un hombre de mucho carácter, que sabía manejar a los turcos a las mil maravillas.

Aquellos días fuimos a visitar las ruinas de Nínive, que se extienden sobre la banda oriental del Tigris en forma de una sabana, cuyas ondulaciones cubren y permiten aún trazar distintamente la dirección de sus antiguas murallas y el sitio de sus otrora celebérrimos palacios y santuarios. Y al regresar a Musul, encontramos en el gran puente del Tigris a un grupo de oficiales prisioneros ingleses, acompañados de una fuerte escolta.

Daba pena ver a esos señores, de los cuales tres o cuatro eran comandantes, reducidos al estado en que se hallaban, alojados en un cuartel inmundo y quizás hasta pasando hambre, al paso que nosotros nos hallábamos nadando, por decirlo así, en la abundancia, desde el momento en que el Consulado era un palacio en miniatura que, además de dos salones elegantes amueblados poseía un lujoso comedor con una mesa bien surtida, en que no faltaba el champaña y a veces hasta el caviar, el cual durante los últimos meses de la guerra llegó a valer en Constantinopla de mil a mil doscientos francos el kilo.

Al fijarme en aquellos oficiales que sobrellevaban su desgracia con tanta dignidad, e impulsado por ese sentimiento de confraternidad universal que suele sentir todo militar de verdad al ver a un camarada, aun cuando fuere adversario, luchando contra la adversidad, quise acercarme a ellos para saludarlos y ofrecerles siquiera unos cigarrillos. Pero el cónsul me detuvo del brazo, aconsejándome que no lo hiciera. Y tenía razón, después de todo, pues el turco es sumamente desconfiado, y, de haberme visto conversando fraternalmente con los ingleses, hubiera podido creerme quizás hasta confidente de ellos, máxime cuando yo no era ni alemán ni austriaco, sino ciudadano de un país neutral.

No parece sino que en el Viejo Mundo la falta de amplios horizontes, la patriotería y un conservatismo rancio tal vez en demasía han acabado por encuadrar la palabra «patriotismo» dentro de límites tan sumamente estrechos, que muchos de sus habitantes y aun hasta muchos de sus militares más brillantes parecen ignorar todavía el célebre dicho nuestro de "que no quita lo cortés a lo valiente".

El día después de nuestra excursión a Nínive, vino a visitarnos un anónimo. Era joven, de maneras distinguidas, procedía de Bagdad e iba a Alepo para asuntos que no deseaba divulgar aparentemente.

El profesor y teniente de reserva austriaco, Yarolyimek, que se hallaba también hospedado en el Consulado y era reputado ser un experto fisonomista, lo calificó desde un principio de espía del Gobierno, o de Halil Pachá, sobre todo, cuando dicho señor solicitó permiso para acompañarme durante mi viaje a través del desierto, que había de emprender yo al día siguiente.

Viendo que sus modales eran los de un hombre culto y su trato *lout comme il faut,* accedí desde luego a su demanda. Y la mañana siguiente, a la hora de partida, se presentó mi novel compañero de viaje ante el Consulado montado en un magnífico caballo rucio y luciendo el uniforme de oficial voluntario. Su único equipaje consistía en una carabina máuser del último modelo y en un poncho o manta circasiana de fieltro negro y con el cuello bordado de oro.

Al despedirme del Cónsul, me exigió éste que le telegrafiara desde Rasul-Aín anunciándole mi llegada, porque temía no fuera a sucederme acaso alguna desgracia en el camino, pues la noche antes habíamos sabido por el teniente Leberkühn que después del sitio de Van había corrido la voz por el Cáucaso de que Halil y Dyevded me habían hecho asesinar para impedir que fuera a divulgar más tarde sus fechorías.

Entre los varios oficiales que habían tenido la fineza de acompañarme hasta las afueras de Musul, figuraba un ayudante del comandante militar de dicha plaza, quien al despedirse me susurró al oído que «cierto grupo de oficiales prisioneros ingleses (¡los de Musul!) había salido también en dirección a Alepo aquella mañana, pero que no llegaría probablemente a su destino». Y al yo preguntarle el por qué contestóme, guiñando un ojo, que «porque cierta cuadrilla de voluntarios circasianos, apostados a la vera del camino, se encargaría de que no llegara».

Resuelto a impedir a todo trance semejante crimen, apresuré la marcha. Y una hora después rebasamos la retaguardia de una partida de dos a trescientos soldados indostanos y suboficiales ingleses, custodiados por una nube de gendarmes montados en jumentos, que ellos habían ido requisicionando en camino a fuerza de culatazos.

Muchos de dichos prisioneros se hallaban sufriendo de anemia, tifus, fiebres perniciosas y calenturas endémicas, y apenas lograban arrastrarse adelante apoyados en muletas y bordones. Un año más tarde supe en Alepo que el 80% de ellos había perecido a causa del hambre y de las pestilencias durante esa jornada de dieciocho días a través del desierto, mientras que los restantes habían sucumbido semanas después en los montes del Tauro y del Amanus a consecuencia de fiebres malignas y de privaciones.

Ya oscureciendo, dimos por fin con los oficiales ingleses y su escolta, acampados en una aldea miserable. Dos de entre ellos estaban recogiendo chamizos para encender una hoguera, al paso que sus guardianes los contemplaban con miradas irónicas y saturadas de odio, que me revelaron en el acto el peligro inminente que corrían dichos señores.

Al poner pie en tierra, se me acercó uno de ellos, que era comandante, y me dijo con bastante franqueza: «*excuse me, but you are not a turk, are you not?*» «¡Por supuesto que no!», le contesté desde luego, contento de no haber tenido que presentarme yo mismo. Y de ahí en adelante seguimos siendo buenos amigos.

Entonces supe por ellos que su escolta los había estado saqueando sistemáticamente, como acostumbran a hacerlo en Oriente, es decir, cobrándoles a razón de una libra oro por cada pollo, cuando en dichos lugares el costo de dichas aves no excedía de cuatro o cinco piastras a lo sumo, o sea la vigésima parte de una libra.

Que el capitán de gendarmes, jefe de la escolta, no había de ver con agrado el interés tan grande que iba yo tomando por la suerte de sus prisioneros, era de suponerse. Sobre todo cuando le advertí, que de aquel día en adelante me haría yo mismo cargo de dicho convoy.

Junto con él noté esa noche, sentado al lado de una hoguera, a un oficial de voluntarios circasianos y de mirada sombría, en quien reconocí en el acto cierto sujeto que se nos había incorporado en el camino aquella mañana, sin que nadie supiera aparentemente de dónde había venido ni para dónde iba.

Sospechando que fuera a ser el jefe de los guerrilleros circasianos aquellos, de quienes me había hablado el ayudante del comandante militar de Musul, lo llamé aparte después de la cena y le dije con aire significativo que «en el Consulado alemán se sabía todo, y que el cónsul tenía apuntados ya el nombre suyo y el de sus compañeros para, en caso de que los oficiales ingleses fueran asesinados en el camino, hacerlos reclamar y castigar sumariamente, pues, de consumarse dicho crimen, el gobierno británico no tardaría en hacer responsables de él también a los alemanes». Y sin decir más, le volví la espalda y me fui a acostar.

A la hora del desayuno, me informó mi asistente que el circasiano aquel había desaparecido. Y cuando fui a preguntar al capitán, jefe de la escolta, lo que se había hecho, me contestó éste con aire sorprendido: «¿qué circasiano? ¡si aquí no ha habido ningún circasiano!».

Esa respuesta estupendamente cínica acabó por convencerme de que el proyectado asesinato de los oficiales ingleses no había sido un mito, después de todo, y en lo sucesivo no desperdicié ocasión para hacer comprender a dicho señor que, mientras yo me hallare entre ellos, no permitiría de ninguna manera que a los citados oficiales se les fuera a molestar de hecho ni de palabra siquiera.

Y a pesar de que me hallaba bien montado y deseoso a veces de ir a cazar una gacela, no me atrevía hacerlo, por temor de que la escolta fuese a aprovechar mi ausencia para cometer con ellos alguna diablura.

Únicamente cuando ya nos íbamos acercando a algún poblado en que pensábamos pernoctar, solía yo adelantarme para obtener de buen o mal grado y por cuenta del gobierno, por supuesto, los víveres necesarios para el sostenimiento de nuestros prisioneros.

Uno de ellos, el capitán J. Foulton *(Duke of Yorks Own Horse)* se hallaba sufriendo de fiebres violentas, y era de admirar la solicitud con que sus compañeros solían atenderle, al extremo de privarse de sus abrigos y hasta de sus guerreras para protegerlo contra el frío de aquellas noches húmedas e insalubres en extremo.

Fuera de Foulton, figuraban entre dichos señores el mayor Reilly, el mayor Atkins, R. F. C., el capitán de navío Good, Indian Navy, el teniente T. Trilbor, R. F. C., el capitán Brody, Indian Army, el teniente W. Hynn y varios otros, cuyos nombres no recuerdo por el momento.

Durante los seis o siete días que duró nuestro viaje a través de la llamada "zona de peligro" (a causa de las cábilas rebeldes que seguían infestándola peor que nunca), me fue de gran ayuda el joven anónimo aquél que se me había agregado en Musul, y el cual a pesar de ser espía del gobierno, no por eso dejaba de ser también un perfecto caballero, y según supe después, creo que hasta miembro de la Familia Real de Afganistán. Había vivido algunos años en la India y hablaba el inglés conmigo únicamente cuando nos hallábamos solos, no sé por qué razón. Y al ver que lo trataba con franqueza, y hasta con confianza, no tardó en hacerse amigo mío, sin duda merced a ese no sé qué que tiende a juntar a los hombres cultos y sobre todo a los militares en la hora de peligro, por diferentes que fueren sus nacionalidades.

Cuando llegamos a Nisibin, supe por un telegrafista armenio a quien yo había protegido en otro tiempo, que dos médicos militares, de los cuales el uno era árabe mientras que el otro hebreo, y que poseían el inglés a la perfección, habían recibido orden secreta de estar atentos a mis conversaciones con los prisioneros, a causa de cierto telegrama que el capitán, jefe de la escolta, había dirigido al Ministerio de la Guerra desde Demir-Kapu, quejándose de la manera brutal (según lo ponía él) en que yo había obligado a los alcaldes de las aldeas porque habíamos pasado, a proporcionarme víveres para los presos, etc.

Por aquel pobre y agradecido telegrafista supe igualmente que entre Alepo y Bagdad se habían cruzado numerosos telegramas respecto a mí, y que en uno de ellos, de carácter confidencial y que procedía de la Capitanía General de Bagdad, hasta se había ordenado que de ninguna manera se me permitiera continuar mi viaje a Constantinopla, y que en caso de que persistiera se me apresara so un pretexto cualquiera.

Viendo el rumbo peligroso que iban tomando las cosas, resolví seguir la marcha acompañado únicamente de mi escolta y de mis asistentes. Y cuando entré en el edificio en que se hallaban alojados los prisioneros, para despedirme de ellos, encontré a los médicos militares aquellos aguardando mi llegada aparentemente. Sus miradas furtivas me revelaron en el acto que estaban alerta. Uno de ellos no perdía de vista ni el más mínimo de mis movimientos, mientras

que el otro no parecía ocuparse sino de lo que yo hablaba, puesto que los otomanos son unos verdaderos artistas en el difícil arte del espionaje.

Aquella noche me hospedé en la casa, o salón, mejor dicho, del jefe militar de Nisibin, que, no obstante el tamaño relativamente insignificante de dicha kasaba, ostentaba un lujo verdaderamente asiático.

Al llegar allá, encontré la cena ya servida en vajilla de plata y sobre una alfombra de seda verde en la cual me acomodé desde luego con las piernas cruzadas para hacer honor a un banquete en toda regla, consistente en diez o doce platos "a la turca" escogidos que, a pesar del hambre que traía, me hicieron recordar involuntariamente y no sin cierta pena a los oficiales ingleses, a quienes con gusto hubiera convidado de no haber sido por la situación espantosa en que me había metido para tratar de salvarlos y ayudarles, hasta el extremo de no haber vacilado a veces en obligar, revólver en mano a los alcaldes recalcitrantes a proporcionarme víveres para ellos, que yo iba abonando con "vales" firmados por mí y a nombre del gobierno, cuando, a causa de mi dimisión, yo ya no tenía derecho para hacerlo.

En Nisibin, al igual que en las demás *kasabas* y aldeas porque íbamos transitando, se hallaba el tifus haciendo estragos de tal manera, que el 30 o 40% de su población había fenecido ya a consecuencia de dicha peste, al paso que del restante 60% la mitad o aún más tal vez estaba contagiada.

En Alepo hallábase a la sazón el tifus también en su apogeo, y en Jerusalén no se diga.

Por doquiera que transitaban las caravanas de deportados iban dejando regados, como castigo de Dios, los gérmenes de esa espantosa pestilencia, que en menos de año y medio había de costar la vida a quizás más de dos millones de mahometanos.

El día subsiguiente al de mi partida de Nisibin, comenzaron a destacarse hacia el Ocaso y en medio de un espeso brumaje los contornos de la estación terminal de Rasul-Aín. Y una hora después desfilaron a mi derecha, por toda la carretera militar de Mardin, cinco o seis de los regimientos veteranos de Liman von Sanders que acababan de cubrir de gloria sus banderas durante la campaña de los dardanelos e iban a paso cadencioso vía de los helados páramos del Cáucaso, para tratar de contrarrestar el avance de los moscovitas, quienes, en razón de la derrota y retirada de nuestro III Ejército, habían logrado apoderarse en esos días de las provincias de Bitlis y de Van así como de casi todo el vilayato de Erzerum.

En torno de esas unidades, que les sirvieron de base, fuese juntando rápidamente lo que semanas después había de constituir el grueso del II Ejército del Cáucaso (con su cuartel general en Diarbekir) y del cual un año y medio más tarde había de tener yo también la honra de poder formar parte durante un par de meses en calidad de inspector de su caballería.

Al contemplar aquel espléndido desfile, cuándo me había de imaginar que a esas mismas tropas de aspecto gallardo y marcial las había de volver a ver yo dieciocho meses después sumidas en la miseria, pereciendo de hambre literalmente entre las nieves del Cáucaso, a causa de la rapacidad de Ismail-Haki Pachá y sus colegas de la administración militar otomana, quienes no parecían ocuparse sino de sus bolsillos y de hacer excursiones periódicas a Austria y Alemania en busca de cruces y condecoraciones militares.

Al llegar a Rasul-Aín, subí al primer tren que encontré, y dos días después salté a tierra en Alepo, donde en el acto hice enganchar mi vagón a un «express» que se hallaba a punto de partir para Adana..., cuando en el último momento se presentó el ayudante del comandante militar de la plaza y me mostró un telegrama del Ministerio de la Guerra, ordenando a las autoridades militares que impidieran a todo trance la continuación de mi viaje a Constantinopla, y significándoles que por orden de Enver Pachá quedaba yo de ahí en adelante a disposición del IV Ejército, en Siria, y por lo tanto a las órdenes de Dyemal Pachá.

En vista de semejante despacho, no me quedó por supuesto más remedio que mandar desenganchar mi coche. Y, sin pérdida de tiempo, fui a consultar mi caso con el antecitado jefe militar de la ciudad, que era un teniente coronel muy amigo mío y con quien yo había de absolver más tarde el Curso Superior de Estado Mayor en la Academia Militar de Constantinopla.

Este era de parecer que mi situación, de por sí ya difícil por el amparo que había dispensado un año antes a los doscientos cincuenta deportados aliados aquellos, en Arab-Bunar, había acabado de complicarse a causa de la protección que había venido dispensando en esos días a los oficiales ingleses... y, a título de amigo personal me aconsejaba desistiera de mi empeño en querer separarme del ejército, porque, según decía él, el Ministro de la Guerra se oponía a ello en virtud de motivos que él desconocía, pero que suponía ser "razones de Estado".

Tcheuki Pachá, a quien yo había ido a consultar también, era igualmente del parecer que en vez de precipitar los acontecimientos aguardara más bien la llegada de Enver Pachá, a quien se esperaba en Alepo de un momento a otro en compañía del general von Bronsart.

Atenido a su consejo, resolví aguardar. Y cuando a la mañana siguiente entró el tren especial del Vicegeneralísimo en la estación central, que adornaban innúmeras banderas y flámulas purpúreas, el primero en saltar a tierra fue Enver, quien, elegante como de costumbre y seguido de numeroso séquito, se puso a pasar revista a la fila de honor, que encabezaba Tcheuki Pachá y de la cual yo también me hallaba formando parte al lado de dicho general.

Terminado el almuerzo, se acercó von Bronsart al Vicegeneralísimo para rogarle que me recibiera, motivo por el cual se separó Enver de un grupo de oficiales que lo rodeaba y se dirigió hacia mí a fin de saludarme afectuosamente y felicitarme por mi actuación militar en Armenia, Mesopotamia, etc.

Así pasamos largo rato conversando sobre toda clase de asuntos menos del que más me interesaba, hasta que, comprendiendo al fin que había llegado el momento psicológico, insinué con cierto disimulo el objeto de mi audiencia.

Entonces, y como si lo hubiera estado esperando, me contestó Enver poco más o menos las siguientes palabras: «Ud., es el único oficial neutral admitido en nuestro ejército, y por consiguiente el *musafir*, o huésped de la nación. Ud., sabe igualmente que entre nosotros se le quiere y se le estima. Entonces ¿por qué su empeño en querer abandonarnos? Yo se lo ruego; acompáñenos siquiera hasta el final de la guerra.»

En vista de ese lenguaje culto y generoso, que era el lado fuerte de Enver Pachá, y, comprendiendo que con obstinarme nada había de sacar, accedí desde luego a su demanda... y el luminoso disco de la libertad se ocultó una vez más tras las purpúreas y esmeraldinas banderas del Profeta.

Poco antes de la salida del tren, pude estrechar la mano entre otros también al general von Lossow y al capitán de navío Huhmann, agregados militar y naval de Alemania en Turquía, lo mismo que al capitán von Mücke, ex-segundo comandante del crucero Emden, a quien, según la opinión entonces prevalente en los círculos oficiales, su gobierno había desterrado a Cherablus por haberse negado a entrar en el servicio militar de Turquía.

Por la tarde tuve también el gusto de celebrar en la casa del Ober Ingenieur Völlner, de la Bagdad Bahn, una larga e interesantísima entrevista con Su Alteza Serenísima el príncipe Adolfo de Meklemburgo, quien iba con rumbo a Bagdad sin empleo determinado.

Al preguntarle yo si traía consigo las cuarenta ametralladoras que estaba pidiendo el VI Ejército desde hacía tiempo, y que se suponía debían de llegar con él, me contestó con aire sorprendido: «¿qué ametralladoras? ¿acaso no las hay en el VI Ejército?».

Y ese señor, que venía quizás para reemplazar al Feldmarschall, cuya salud había comenzado a decaer, ignoraba aún que por espacio de ocho meses consecutivos se habían estado despachando casi diariamente telegramas urgentes en ese sentido al Ministerio de la Guerra en Berlín..., el cual, en vez de ametralladoras y granadas, seguía mandando oficiales supernumerarios, cuyos servicios eran valiosísimos, a no dudar, mas no indispensables como aquéllas.

Antes de despedirme me preguntó el príncipe, señalando al mapa, cuál era a mi modo de ver el punto más vulnerable del frente irano. Y al mostrarle yo el

desfiladero de Ravanduz, por el que conduce el camino real de Musul a Teherán, se me quedó mirando, como sorprendido.

El hecho, sin embargo, de haber escogido dicho señor algunos meses después esa zona militar precisamente para su base de operaciones, va a demostrar que los acontecimientos acabaron por convencerlo de que yo tenía razón después de todo.

No obstante su aspecto marcial y hasta enérgico, me pareció Su Alteza empero un hombre culto y generoso tal vez en demasía para lidiar con un *sale type* como Halil Pachá, quien, reconociendo en él un rival peligroso, se puso a hostilizarlo desde un principio por medio de un sistema de chicanerías a que tenía amaestrados ya a sus confidentes y cortesanos, como por ejemplo al coronel Kiasim-Karabekir Bey, Jefe de Estado Mayor del VI Ejército, y dicen que hasta al mismo Ali-Ighsan Pachá, a quien luego despidió también ignominiosamente junto con Kiasim, después de haber explotado a no poder más sus malos instintos.

Ali-Ighsan, fue, de paso sea dicho, quien hostilizó más tarde tanto y tan injustamente al capitán von Maschmayer, quien figura entre los oficiales alemanes que más se distinguieron en Turquía durante la guerra.

# Capítulo XIX

Después de un breve descanso, salí de Alepo para Jerusalén en el tren especial de Meissner Pachá.

Entre los convidados figuraba la joven y espiritual princesa Briguita de Reuss. Y aquella jornada, pesadísima al principio, fuése convirtiendo gradualmente en un verdadero viaje de recreo, gracias no sólo a la satisfacción que causa por regla general una mesa bien servida, sino debido también a cierta serie de cuentos verdes y morados que el Pachá solía llevar consigo perpetuamente apuntados y alfabéticamente clasificados.

Nos hallábamos en plena primavera..., y los campos y montañas de Galilea se extendían interminables hasta el oriente, cubiertos de una alfombra de verdes profundos, en que se destacaban cual manchas escarlatas las amapolas de cálices de sangre, y en que temblaban a imagen de diamantes por millones las gotas de rocío, al paso que en lo alto, en medio del firmamento, se mecían serenas dos águilas germanas, luciendo sobre sus alas Cruces de Hierro.

Al contemplar aquel ameno cuadro, quién hubiera podido imaginarse que la muerte se escurría silenciosa por entre los jazmines y rosales en flor, extendiendo sus tentáculos huesudos a través de las puertas y ventanas para apagar la vida a centenares y millares de seres humanos, mientras los supervivientes llenaban el aire de alaridos y lamentaciones que se oían a veces a kilómetros de distancia.

En Jerusalén, por ejemplo, llegó la epidemia de tifus a adquirir tales proporciones, a consecuencia de la carestía del agua, que por el camino que conduce a los cementerios hebreos no cesaban de transitar los cortejos fúnebres aun durante las horas más avanzadas de la noche, debido a que los judíos ortodoxos acostumbran enterrar sus muertos después de la caída del sol.

Y a semejanza de los hijos del Celeste Imperio, quienes se privan con frecuencia hasta de lo indispensable con tal de poder repatriar sus restos, los hebreos ancianos y de preferencia los judíos polacos, suelen emigrar hacia la tierra de sus mayores al sentir aproximárseles la muerte... para morir en ella y ser enterrados en el sagrado valle de Josafat.

En los barrios pobres de Jerusalén pude observar a veces con calma a aquellos fanáticos, esperando con ansia el momento supremo en que la tumba se había de cerrar para siempre sobre ellos.

La mitad, o tal vez más de la población hebrea de Jerusalén, y quizás también de Palestina, se componía a principios de la guerra de hebreos inmigrados, llamados «alt fishub». Estos dependían para su sustento casi exclusivamente del «chaluka», o sea de las dádivas y donaciones que sus allegados u organizaciones benéficas acostumbraban remitirles desde Europa y América.

Al quedar cerradas las comunicaciones directas con el extranjero, en octubre de 1914, cesó el influjo de dichos fondos casi por completo, razón por la cual aquellos infelices se vieron de la noche a la mañana reducidos a la más espantosa miseria y sin más recursos que la ración de pan «vesika» que les pasaba el gobierno con suma irregularidad y que no bastaba, a decir la verdad, para sostenerlos.

Cualquiera puede imaginarse los estragos que causarían las epidemias entre esas masas famélicas que, además de medicinas, carecían también de jabón y a veces hasta del agua necesaria para el aseo.

Las bajas escandalosas que llegaron a registrarse en nuestro IV Ejército, acantonado en Siria y Palestina, y sobre todo entre la tropa sin armas empleada en los talleres militares y en la construcción de carreteras, fueron debidas casi totalmente al tifus ocasionado por falta de suficiente alimentación, que los facultativos alemanes solían calificar de «Hungertyphus», o sea algo así como la quinta esencia del hambre.

De no haber sido por la rapacidad de Dyemal Pachá y sus colegas de la administración militar otomana, los centenares de miles de vidas que se perdieron miserablemente durante la guerra en dichas provincias hubieran podido salvarse y nuestro ejército expedicionario en las fronteras de Egipto no se habría visto reducido más de una vez a la nada casi por causa del hambre y de las deserciones, puesto que tanto en Siria como en Palestina había trigo en abundancia, y quizás hasta de sobra, si de su distribución se hubiese encargado desde un principio el coronel von Kress o cualquier otro militar europeo en vez de Dyemal y sus confidentes.

Pocos días después de mi llegada fui nombrado, por orden de Enver Pachá, Comandante Militar y Jefe de etapas de la zona y el distrito de Ramleh, de que formaban parte, además de las *kasabas* de Ramleh, Lidda y Latroún, las colonias alemanas y hebreas de Hamidíe-Wilhelma, Richon le Sión, etc., es decir, la mayor parte de la fértil planicie costanera de Palestina, comprendida entre Nablus y Tel-Es-Sheriát.

Allí me instalé con autorización del Cónsul de España, en el llamado “convento español”, que se enarca majestuoso sobre los restos de la casa de San José de Arimatea.

El descanso harto merecido de que pensaba disfrutar en Ramleh fue desgraciadamente de corta duración a causa de la epidemia tifoidea, cuyas consecuencias iba yo sintiendo peor que nadie en aquellos contornos.

Por doquiera se hallaban los emisarios de Dyemal Pachá echando mano a los conventos cristianos, so pretexto de necesitarlos para convertirlos en hospitales, más en realidad para despojarlos de sus existencias en ganado, víveres, etc.

Para tal obra de explotación solía él servirse por lo general de hebreos, quienes a título de administradores liquidaban y vendían cuanto les llegaba a mano, quedándose ellos con parte, mientras su amo con el resto del botín.

De esa manera fue Dyemal Pachá juntando millones sobre millones, sin conocer las más de las veces su procedencia, y total para nada, desde el momento en que él también se haya hoy privado de sus bienes, sentenciado a muerte, y huyendo no se sabe dónde, con un premio sobre su cabeza.

Varios días después de haberme hecho cargo de la zona militar de Ramleh, comenzaron a desfilar por ellas, con destino a nuestro Cuartel General de Tel-Es-Sheriát, los primeros trenes, conduciendo la vanguardia de la Expedición Pachá que el coronel von Kress había logrado organizar en Alemania con ayuda de su hermano, quien era Ministro de la Guerra en Baviera, y que se componía casi totalmente de fuertes contingentes de ametralladoras, artillería gruesa, hospitales portátiles y varias docenas de columnas de autocamiones. Y aun cuando el número de estos elementos era todavía insuficiente para cubrir las necesidades de nuestro ejército expedicionario, no por eso dejaban ellos de representar una adquisición preciosa, que parecía habernos llovido del cielo; sobre todo los autocamiones, pues tal vez más del 90% de nuestro ganado de transporte (inclusive los seis o siete mil dromedarios que habían estado supliendo hasta aquella época la falta de una ferrovía nuestra a lo largo de la costa del Sinaí) había muerto entretanto de hambre y de sarna por causa de los oficiales *takauts*, quienes en Siria y Palestina, igual que a su tiempo en Mamoureh, seguían absorbiendo impunemente el oro y la sangre de su desventurada patria.

En Ramleh pude observar también, en todo su apogeo, el robo escandaloso y en gran escala de los comisarios imperiales, los cuales, según pude comprobar más tarde por documentos comprometedores que llegaron a caer en mis manos, no facilitaban a los empresarios, comerciantes y hacendados vagones de carga sino a cambio de propinas de cien a doscientas libras.

Este descubrimiento, que comuniqué en el acto a Damasco por medio de una nota oficial, no dejó de llenar de consternación a la Administración Central, que acatando mis deseos, destituyó en el acto a los culpables.

Pero lo que me tenía más preocupado en aquella época era, lo repito, la epidemia del tifus, que seguía haciendo estragos por doquiera.

Entre los varios casos de gran miseria que llegué a presenciar en Ramleh, figuraba cierta familia de quince miembros, de la cual apenas cuatro criaturas de dos, tres, cuatro y cinco años habían sobrevivido.

A estos infelices los habían encontrado las autoridades en una choza inmunda, pereciendo de hambre junto a los cadáveres semiputrefactos de sus padres. Y no sabiendo francamente qué hacer con ellos, se los mandé, montados en asnos, al bondadoso Padre Müller, en El-Kubebe, quien los recogió, vistió y remitió más tarde al convento principal de su Orden en Jerusalén, o sea al St. Paulus Hospiz, donde el

Pater Sonnen los bautizó a su vez y educó cristianamente a pesar de los esfuerzos de los sacerdotes mahometanos por impedirlo.

Era de admirar la abnegación con que, no obstante la carestía general, algunos de los hospicios cristianos de Tierra Santa seguían ejerciendo en esos días fatales la caridad, como los buenos padres franciscanos del Convento de San Salvador, por ejemplo, quienes se privaban a veces de lo indispensable y no vacilaban en ir de puerta en puerta mendigando un medrugo de pan, o acaso alguna prenda de vestir usada, con que poder apagar el hambre y cubrir la desnudez de una nube de pobres verdaderamente necesitados que no se apartaban de su puerta ni de día ni de noche.

En el histórico convento austriaco de Tantoúr junto a Belén, donde se dispensaba también la caridad a manos llenas, tuve el gusto de conocer en esos días al médico mayor Dr. Von Homeyer, así como al capitán von Chamier y al teniente Ande, que eran ambos del arma de ametralladoras y llegaron a distinguirse sobremanera más tarde, en el frente de Gaza y sobre todo durante la brillante defensa de Tiberias, que cupo dirigir al comandante Range.

Entre las varias obras de beneficencia que pude establecer en Ramleh, figuraba un hospital, en Lidda. Y no hallando modo de conseguir las ochenta o cien camas que me hacían falta para guarnecerlo, tuve que pedir el concurso de los habitantes de dicha *kasaba*, quienes, según parece, correspondieron generosamente a mi llamamiento, pues a las pocas horas me fueron entregados los útiles solicitados.

Empero, y cuando ya me hallaba a punto de regresar a Ramleh, supe por casualidad que aquel acto no había sido tan espontáneo como había tratado de hacérmelo creer el alcalde, sino que los gendarmes, siguiendo la usanza de los gobernantes musulmanes, habían arrancado a viva fuerza no solamente los objetos antecitados, sino todo cuanto habían podido a los elementos más pobres de la villa, al paso que los ricos y acomodados se habían librado de dicha contribución mediante el pago de «bakshishes», o sea de propinas.

Claro está que al saber aquello hice devolver en el acto los efectos requisicionados a sus dueños, al paso que por medio de un nuevo decreto obligaba a los pudientes a costear por sí solos la instalación del citado hospital.

Y mientras me hallaba desempeñando lo mejor que podía mi puesto de Gobernador Militar de la zona de Ramleh, se fueron acumulando espesos nubarrones sobre el horizonte de mi pequeña administración. Tratábase nada menos que de la expropiación del convento español en que me hallaba hospedado.

Este monasterio pertenecía a la Corona de España y había despertado la codicia de Dyemal Pachá a tal extremo que, so pretexto de querer convertirlo también en hospital, se había propuesto apoderarse de él de no importa qué manera.

Innumerables fueron los pasos que dieron tanto el Cónsul de España como el Vicecónsul, el Sr. Juno Küppler, a fin de impedir semejante escándalo. Y hasta yo mismo hice cuanto pude, a pesar de mi cargo, por ayudar a dichos señores en sus ges-

tiones. Pero todos nuestros esfuerzos resultaron vanos ante la codicia insaciable de Dyemal Pachá.

Por último, me llegó una nota de carácter urgente, terminante e irrevocable, ordenándome que pidiera las llaves y me posesionara de dicho convento en el término de la distancia.

Entonces, no deseando cargar con la deshonra de haber expropiado un convento español en beneficio de un sátrapa desvergonzado como Dyemal Pachá, hice lo que como cristiano y hombre de honor había de hacer: renuncié a mi puesto y salí para Jerusalén aquella misma tarde. Y una hora después de mi partida arriaron los turcos la bandera española e izaron el estandarte de la Media Luna sobre el convento de San José de Arimatea.

Al llegar a la Ciudad Sagrada, expliqué al coronel Rushen Bey, Jefe de la Dirección General de etapas en Palestina, las razones que me habían obligado a presentar mi renuncia, razones que aquel gallardo militar no solamente respetó, sino hasta aprobó desde todo punto de vista.

Rushen Bey era un turco albanés de mucho talento y, después de Dyemal Pachá, el hombre más poderoso en Palestina. Pero su actividad incansable le servía de poco o nada, puesto que se estrellaba constantemente contra la inercia y el espíritu rutinario de sus oficiales subalternos, así como contra la chicanería refinadísima de las clases elevadas, y esa apatía innata de los orientales llamada vulgarmente "fatalismo", o *résistence passive*, contra la cual no hay civilización ni disciplina que valga, pues deriva del intercurso intelectual entre el camello y su guía al atravesar los desiertos del Cercano Oriente en pos de horizontes lejanos y sombríos, los cuales, debido a su soledad inconmensurable y a la monotonía cadenciosa de sus paisajes, han acabado por imprimir el sello de su melancolía infinita no solamente en el carácter de las bestias, sino también en el de los hombres que los habitan y los atraviesan.

Merced a ello no dejó mi llegada de contentar bastante a Rushen Bey, quien, además de colmarme de honores me sepultó bajo una avalancha de empleos de los más responsables, como por ejemplo el de director de los talleres militares, inspector general de las obras públicas y militares en construcción, etcétera, de suerte que a las dos semanas de haber llegado no me quedaba ya casi tiempo para nada.

Empero, los pocos momentos de calma de que disfrutaba los solía emplear yo por lo general en el estudio de los monumentos históricos de Jerusalén, que no me detendré a detallar a causa de ser ya tan conocidos, sobre todo por quienes se interesan por asuntos orientales.

# Capítulo XX

Ya van a ser dos mil años desde que exhaló su último suspiro Jesucristo, y aún sigue envuelta en el rosado halo de su gloria la sacrosanta tierra de Palestina, que tan piadosos recuerdos despierta no sólo en el corazón de todo cristiano, sino también en el de los mahometanos, puesto que en el El-Kuds fue donde nació el Mesías, el Hombre de Dios, que de no haber sido Dios, Dios mereció haber sido, por haber sido Él quien por primera vez predicó al mundo bárbaro y pagano la Libertad, la Igualdad y la Confraternidad.

Desde las aguas límpidas del Mar de Galilea hasta las ondas aplomadas del Mar Muerto aún se notan los vestigios de paredes con que los habitantes de Samaria y de Judea solían retener las tierras vegetales sobre las faldas de los cerros, cubiertos de trigales y pardos olivares, y los restos de antiquísimas cisternas, en cuyas linfas azules y sombrías Nuestro Señor y sus apóstoles apagaran la sed durante la era clásica del Nuevo Testamento.

Y por el valle sagrado de Josafat aún escurren en tiempo de lluvias, tumultuosas, las aguas del Cedrón y en la bermeja falda del Monte de los Olivos aún se mecen y florecen los cipreses de Gethsemaní, y las torres y torreones del castillo de Pilatos aún coronan altivas y sombrías a Hierosolyma, que junto con las pruebas de su antiguo esplendor ostenta las muestras de su creciente decadencia.

En sus alrededores abundan grutas antiquísimas, excavadas a veces en la roca viva, que sirvieron un tiempo de sepulcros a sus monarcas y a sus notables, como por ejemplo la llamada "tumba de los reyes", en las cercanías de la Basílica Anglicana, representada por un laberinto de cámaras y recámaras, bajas, estrechas y cinceladas al pie de una de las cuatro fachadas perpendiculares de cierta cisterna de vastas proporciones. Mientras que entre los domos, torres y alminares que coronan la ciudad amurallada, resaltan por su originalidad la Torre de David, la cúpula del Santo Sepulcro, así como la dorada media luna de la mezquita de Omar, o el «harem-es-sherif», que después de la Meca y de Medina representa para el mundo mahometano quizás el lugar más sagrado sobre la tierra.

Y como este modesto tratado no lo escribo yo para los sabios o los príncipes de las letras, sino en beneficio más bien de aquellos, que poco o nada saben sobre el Cercano Oriente, me voy a permitir trazar en breves pinceladas y a reglón seguido un ligero bosquejo del desarrollo histórico de Jerusalén, para

que sirva, si necesario fuere, de punto de apoyo a quienes ignoraren el génesis de la Ciudad Sagrada.

De origen jesubita fue Jebus, Hierosolyma, o Urusalimum, la de los asirios, llamada hoy Jerusalén, conquistada por David, quien hizo instalar en ella el Arca de la Alianza, erigió el primer templo al Señor y construyó una fuerte ciudadela sobre la colina llamada de Sión, que colinda y ocupa parcialmente el ángulo sud-occidental de la ciudad amurallada.

Con el reinado de su hijo Salomón, que la embelleció sobremanera, comenzaron y siguieron desarrollándose las luchas y rivalidades entre Samaria y las tribus de Judá y Benjamín, hasta que se presentó por fin Nabucodonosor y por mano de Nabuzaradán arrasó la ciudad y las murallas ciclópeas de Urusalimum.

Deportados en masa a Babilonia por Tiglatpileser, Salmanasar y Nabucodonosor, permanecieron los hebreos fieles al culto de Jehová, y no volvieron a sus antiguos lares hasta después de la muerte de los profetas Ezequiel y Jeremías, cuando el magnánimo Ciro les permitió regresar a la tierra de sus mayores, donde en el año de 516 reconstruyeron el Templo y en 445 las murallas.

Y a instancias del esclarecido Nehemías convirtióse el Código de Ezra en Ley, y de Ley en la Constitución Nacional de las diversas tribus del pueblo hebráico, que de ahí en adelante siguieron llamándose judeos, o judíos, y reconocieron a Jerusalén como eje y centro de su dogma monoteísta.

Después de la muerte de Alejandro pasó dicha urbe a manos de los egipcios (tolomeos), quienes después de regentarla durante un siglo, tuvieron que cederla a su vez a los victoriosos reyes seléucidas de Antioquía.

Pero si la ocupación alejandrina y tolomaica había sido tolerante, la de los griegos antioqueños se tornó en una tiranía insoportable, durante la cual no se respetaban ni las vidas ni los templos... hasta que en 142, si no yerro, los sirios se vieron obligados a desalojar la ciudadela de Sión y a retirarse en completa desbandada ante el ejército libertador de los macabeos.

Luego, bajo la regencia de Asmoneán, se embelleció Jerusalén extraordinariamente.

En el año 63 se apoderó de ella Pompeyo. Y en el de 37, o sea durante el reinado de Herodes el Grande, alcanzó Hierosolyma su apogeo, tanto desde el punto de vista artístico como material. Entonces fue cuando se construyeron el hipódromo y el tercer recinto de murallas, aquél que había de retardar tanto su conquista y destrucción a manos del Emperador Tito, en el año 70.

Todo cuanto quedó de Jerusalén la antigua después de ese memorable sitio, fueron algunos jirones de sus paredones sobre el costado occidental, mientras que de su en un tiempo famoso templo, apenas un lienzo de murallas que todavía se conserva y suelen visitar todos los viernes los hebreos ortodoxos de dicha capital... a fin de orar ante él, y, con las frentes apoyadas en sus bloques de granito, llorar la triste suerte que cupo al pueblo de Israel.

Durante las pocas semanas que pasé esa vez en Jerusalén, se fueron haciendo cada día más frecuentes las deserciones en el Ejército, especialmente entre la tropa árabe, que no parecía alcanzar a comprender la seriedad de semejante delito.

Acostumbrados a la poca puntualidad y a veces acosados por el hambre o impulsados por la nostalgia de sus nativas montañas, iban y seguían las dotaciones de nuestros batallones árabes de línea y de labor desintegrándose de tal manera que, alarmado por fin Dyemal Pachá, ordenó que en adelante se tomaran medidas de las más severas para con los delincuentes.

En consecuencia, casi no faltaba mañana en que no se vieran de dos a tres o tal vez más cadáveres de desertores árabes bamboleando de alguna viga o poste de telégrafo.

Y como así y todo las deserciones continuaban aumentando, ordenó Dyemal Pachá un fusilamiento aparatoso, a guisa de escarmiento, para ver si de esa manera podía atajar ese desorden, que él mismo había provocado en parte por medio de su rapacidad y tiranía.

La víctima había de ser nada menos que un sacerdote árabe que se había fugado de las filas dos años antes.

A la hora fijada, salió el cortejo fatal al son de cajas destempladas y precedido de una banda militar, tocando la marcha fúnebre de Chopin.

Tras ésta venía un grupo de dignatarios civiles y militares. Luego el reo, acompañado de un «molah», o padre confesor. En seguida, el piquete que había de ejecutar la sentencia. Y por último yo, con casi toda la guarnición de Jerusalén.

Al llegar al lugar del suplicio, formamos el cuadro en torno de una peña elevada, que coronaba un poste clavado en la tierra. Y al toque de «atención», se leyó la sentencia al reo, quien, vestido de un bellísimo *kaftán* carmesí y tocado de blanco turbante, poco parecía preocuparse por la suerte fatal que le esperaba, desde el momento en que seguía fumando tranquilamente su cigarro con ese desprecio a la muerte característico de los musulmanes.

Después de terminada la lectura, sentóse nuestro hombre con las piernas cruzadas sobre una alfombra, frente al hodcha-effendi, o sacerdote oficiante, que había de consolarlo durante sus últimos momentos. Pero en vez de orar, lo que dichos hicieron fue más bien entablar una disputa teológica, que comenzó con mutuas recriminaciones y poco faltó porque terminara a bofetadas.

Una vez restablecida la calma, fue el reo atado al poste del suplicio y vendado. Mas no por eso dejó de seguir fumando tranquilamente su cigarrillo, de suerte que al sonar la voz de «atención», que suele preceder a la de «fuego» llevó una vez más, de prisa, el cigarrillo a los labios... y cayó doblado hacia adelante con la mano clavada sobre la boca de un balazo.

Al citar este caso, lo hago únicamente para demostrar cuán poco temor inspira la muerte a los musulmanes, en primer lugar, porque su religión no admite la existencia del diablo ni la del infierno en el sentido que la comprendemos noso-

tros, y luego, porque según sus creencias, conforme Dios creó el bien, creó también el mal, razón por la cual el hombre es tan poco responsable de sus malas acciones como de sus buenas.

Y durante uno de los five *O'clock teas* que solían celebrar con frecuencia los Probst Yeremías en su encantadora Villa Imperial, tuve ocasión de conocer en esos días al renombrado explorador escandinavo Sven Hedin.

Érase en las altas horas de la tarde, en tanto nos hallábamos sentados bajo un boscaje de trémulos cipreses, que la nítida luz de los lampiones hacía aparecer aún más oscuros, cuando el doctor nos recitó algunas estrofas del Tommy Atkins, que me llenaron de melancolía e hicieron recordar involuntariamente ciertas semanas de intensa luz vividas también por mí sobre las áureas playas de Pondichery, Goa y Haidarabád.

Esa noche, durante la cena, tuve el gusto de saludar en el hotel, entre otros antiguos camaradas, al comandante Range, quien además de veterano de las guerras coloniales en el África Occidental, era igualmente un teólogo de nota y se hallaba en esa época dirigiendo las obras de perforación de pozos artesianos en el desierto.

Como dicho señor expresara el deseo de hacer una excursión al Mar Muerto, que yo tenía proyectada también desde hacía tiempo, resolvimos emprenderla al día siguiente, cuando en esto se presentó el veterinario mayor Dr. Kristian y nos manifestó el deseo de acompañarnos a pesar de hallarnos en pleno mes de agosto y por lo tanto, en la época de los grandes calores.

En consecuencia partimos una hora antes de la madrugada, ellos en un *dog-cart* tirado por una magnífica mula, mientras que yo a caballo, y nos deslizamos por todo el fondo de un seco barranco del desierto de Judea, hasta que los arreboles de la aurora nos sorprendieron frente al mísero *caravanserallo* del "buen samaritano" (aquél de que nos hablan las Santas Escrituras), y una hora después desembocamos en la histórica llanura de Jericó, cuyas casitas blancas y rosadas lucían como otras tantas perlas en medio de un fondo de esmeraldinas vegas, que en el confín del valle se iban a confundir con la espesura enmarañada de las márgenes del Jordán.

Hacia Levante limitaba la hondonada, cual sarta de granates gigantesca, la fragosa serranía del Belkaá, coronada por el Monte Nebo del Pentateuco, o el Dyebel-Hodcha de nuestros días, mientras que al Sur temblaba y se agitaba como un manchón de aceite la parda superficie del Mar Muerto, al pie de la cobriza mole del Moab.

Y cubriéndolo todo se enarcaban azules las insondables inmensidades del espacio, en que irradiaba cual llama solitaria todavía ese mismo sol que miles de años antes arrancar con sus candentes rayos gemidos de angustia y quejidos de terror al pueblo predilecto del Señor en medio de esas mismas soledades y desier-

tos, cuya linde meridional bañan las ondas irisadas del Mar de los Corales en las inmediaciones de Akaba.

Después de contemplar durante largo rato aquel hermoso despertar del día, apresuramos la marcha para llegar cuanto antes a la antigua urbe herodina, que orla ambas orillas del Vadi-El-Kelt y se halla circundada de praderas y campos de labranza divididos por sólidos boscajes de naranjos, sauces, limoneros, tamarindos, higueras y áloes gigantescos, o acaso algún manchón de matas de guineos enanos, que por allá se dan de excelente calidad.

Y como el calor se había hecho entretanto tan intenso que en la sombra pasaba ya de cuarenta grados, buscamos refugio en un así llamado Hotel de Europa, con la mira de continuar por la tarde nuestra excursión al Mar Muerto, que no dista de Jericó sino unos quince kilómetros.

A las 3 pm. en punto, y a pesar del calor africano que reinaba, emprendimos la marcha. Pero todavía no habíamos recorrido la mitad del camino cuando se secó la grasa en las ruedas del *dog-cart*, dejándolas pegadas del eje. Y como tratar de reparar aquello en el lugar del suceso resultaba imposible por haberse calentado las llantas y demás piezas de dicho vehículo al extremo que ya no se podían ni tocar, cargamos a cuestas con la cesta del *lunch* y, echando por delante las bestias, nos fuimos a refugiar en un convento griego, llamado Kasr-Haddshla, que se columbraba a cierta distancia del camino y en donde una nidada de «papases» barbudos y mugrientos nos recibieron al principio con cierto recelo, pero al notar el brillo de una moneda de oro se deshicieron en besamanos y aparatosos «zelam-aleküms».

Después de un breve descanso partimos a pie, sin más bagajes que nuestros revólveres y cada uno con su toalla al cuello par ir a bañarnos en el Bar-El-Lot de que nos separaban todavía unos siete kilómetros.

Cuando ya íbamos llegando a nuestro destino, notamos que el amigo Kristian se iba poniendo cada vez más nervioso, al paso que Range y yo, que éramos viejos «afrikanders», no pudimos menos de convenir en que aquél sí era calor de verdad.

Desgraciadamente no nos fue posible bañarnos en el lago por falta del agua dulce necesaria para lavarnos después del baño, pues las ondas del Bar-El-Lot son tan saladas, que no permiten a un cuerpo sumergirse, y, de dejarse secar sobre la piel, son capaces de causar ampollas hasta de carácter peligroso.

Tras un descanso merecido, regresamos ya de noche, montados en asnos al convento, donde encontramos el coche reparado. Y una hora más tarde nos desmontamos ante el Hotel de Europa, en Jericó, donde una cena bastante regular nos ayudó a olvidar el par de malas horas que habíamos pasado aquella tarde.

Todavía a media noche marcaba el termómetro 35 grados, lo cual, unido a una nube de voraces mosquitos, nos obligó a madrugar, de modo que toda-

vía antes del amanecer nos hallábamos ya a diez kilómetros de Jericó, bañándonos en el Jordán.

De regreso descansamos durante un par de horas en la caballeriza del “buen samaritano”, la cual, no obstante la tonelada de estiércol de asnos y camellos que la cubría, era siempre preferible al salón de espera, donde cundían las pulgas, no digo por legiones, sino creo que hasta por millones.

Y a la caída del sol nos hallábamos ya de regreso en la Ciudad Sagrada, después de haber recorrido alrededor de ciento veinte kilómetros en menos de día y medio y a pesar de un calor de tal vez más de cincuenta grados en la sombra.

Dicha excursión, además de por lo distraída, me fue muy útil también a causa de que me permitió estudiar sobre el terreno las condiciones geológicas y hasta cierto grado étnicas de aquella interesantísima región de Siria, Amurrú o Musri, la de los asirios, que ha desempeñado siempre y sigue aún representando un papel tan importante en los anales de la historia universal.

El territorio de Siria, en el sentido más amplio de la palabra, abarca una faja de tierra de cerca de ochocientos kilómetros de longitud por ciento cincuenta de latitud a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo, y su estructura es en extremo sencilla: se reduce a dos levantamientos paralelos y orientados de Norte a Sur, separados por un valle longitudinal cuyo centro fuertemente deprimido se abate al Sur, esto es, en torno del Mar Muerto, a unos cuatrocientos metros de profundidad, constituyendo el surco más profundo abierto por las dislocaciones de la corteza terrestre.

Esta depresión se denomina el Gor, y los dos levantamientos que la flanquean por Oriente y Occidente son las cadenas del Líbano y Antelíbano, respectivamente.

El centro de esta enorme hondanada hállase situado poco más o menos en torno de Damasco, y está limitado al Norte y Sur por deyecciones basálticas semejantes a las que circuyen en todas direcciones la mole poderosa del Haurán.

En todas estas regiones son frecuentes los temblores de tierra. Y en las cadenas de Palmira, que representan la prolongación oriental de las terrazas por donde desciende al Este el Antelíbano, existen todavía fumarolas; todo lo cual indica que la dislocación siria debe ser de poco antigua.

Tanto las cadenas de la Siria Central como Meridional ofrecen con frecuencia el aspecto de ruinas, torres y castillos, y en las inmediaciones de Damasco y en toda Palestina abundan las cavernas de grandes dimensiones.

Bañada hacia el Poniente por el Mediterráneo, se halla Siria limitada hacia el Naciente por el desierto del Badiet-Es-Sham, con toda su triste uniformidad, que apenas interrumpen a grandes intervalos llenuras salinas, por las que erran, silenciosas, rojizas y temblorosas trombas de arena.

“... Manadas de gacelas (dice nuestro anónimo) recorren esas soledades, por las que vagaban en otro tiempo asnos montaraces, y, oculto entre los juncos del

oscuro Gor, el león acecha su presa, y sus terribles rugidos se difunden como el rumor del trueno por las inmensas soledades del desierto."

El Badiet-Es-Sham es una especie de continuación y muestra del desierto de Arabia, y la atmósfera, seca y pura por punto general, tórnase sofocante y abrasadora en las llanuras arenosas y desiertas.

Y cuando se levanta el temible «simún», pierde el aire de repente su pureza y el sol se cubre de un velo de sangre. Entonces el avestruz oculta su cabeza bajo el ala, el camello, aterrado, se arroja al suelo, en tanto que el beduino, envuelto en su albornoz, se recuesta en él para evitar ese soplo abrasador, que sofoca a todo ser viviente.

En algunos lugares, sin embargo, son los confines del desierto feraces, y hasta agradables. Tamarindos, cerezos silvestres, cipreses y sauces llorones; de largas y colgantes ramas, sombrean allí las márgenes del Eufrates, cuyas aguas extraídas por medio de rodeznos de molino, riegan a trechos bosques de granados, limoneros y frondosos sicomoros.

Entre los animales más útiles con que cuenta Siria descuellan el carnero de ancha cola, el corcel y el dromedario, mientras que entre los más dañinos, aquel terrible insecto, la langosta, que en los benignos inviernos nace en los desiertos de Arabia, y que a los pocos meses se precipita en nubes que el ámbito oscurecen sobre los fértiles campos de Siria. Y tras ella viene el hambre.

Entre la vertiente oriental de la cordillera, llamada comúnmente "el desierto de Judea" (por hallarse formado de piedras arenosas y cenizas basálticas, cubiertas de una escasísima capa de hierbas y arbustos espinosos) y las montañas del Moab, se extiende una gran cavidad, abierta en tierras arcillosas mezcladas con capas de asfalto y salgema que cubren en parte las aplomadas ondas del Mar Muerto.

Vistas desde lo alto toman sus aguas un tinte aceitunado, que a medida que uno síguese alejando, continúa tornándose azulado, mientras que sobre sus orillas, cubiertas de manchas de asfalto, casi nunca se oye el canto de un ave.

La parte de esta depresión, cuya superficie cubren actualmente las aguas del Bar-El-Lot, o Mar Muerto, profundas cosa de 800 metros, fue en un tiempo una fértil llanura formada por espesas capas de betún, suspendidas sobre un cúmulo de aguas subterráneas.

El fuego del cielo incendió esas masas (conforme incendió hace algunos años ciertas minas de petróleo, junto a Campico en Méjico)... y las tierras fértiles se hundieron en el abismo, arrasando durante aquella conflagración las ciudades de Sodoma, Seboín, Adama y Gomorra, construidas de piedras bituminosas.

La única villa de nota que se llegó a salvar de esa catástrofe fue Paán, o Sefor, que formaba parte también del famoso Pentápolis.

Entre las urbes y lugares habitados más antiguos de Siria descuella Aintab, que es de origen hitito-caldeo y figuró un tiempo entre las ciudades más importantes de la Comagene Romana con el nombre de Antioquía-ad-Taurum.

A ésta, sigue según parece, Tadmor, que fundó Salomón sobre las ruinas de una villa desconocida y se halla en parte reedificada con los restos de la histórica Palmira.

A Tadmor, que hoy ya no es sino una aldea, siguen a su vez Es-Salt, capital del Belkaá, o la antigua Perrea; Kerek, capital del Moabitis, en que plantaran sus tiendas las tribus de Manases, Gad y Rubén; luego Nablus, o Sichem, la de los samri, o samaritanos, y, por fin, Jaffa, o Joppe del Antiguo Testamento, que con Halil-Raghmán, o Hebrón (en que descansan los restos de Abrahán) y Gaza, la antiquísima capital de los filisteos, representan las columnas en que reposa el complicado edificio de las tradiciones arcáicas y de la mitología prehebráica de Siria.

Pero la más antigua entre las ciudades de dicha comarca lo es, sin duda, la patria del historiador Abulfeda, Damasco, o Sham-Ed-Dimeshk de las Mil y Una Noches... la del lujo fascinador y refinado; la de las fuentes de mármol y alabastro; la de las cúpulas doradas, y bazares sombríos, en que las sedas y tapices de la Persia rivalizan con los perfumes de la Arabia, y en que al lado de las riquezas de la India, brillan diamantes, topacios y rubíes, cuyo destello deslumbraría la mente hasta de un narrador moruno.

Más conforme la antiquísima Damasco resalta de entre las ciudades de la Siria como un "rey sol", entre sus monumentos históricos luce cual estrella matutina la mezquita de Omar, no acaso por sus dimensiones, sino por su serena magnificencia y la belleza incomparable de sus líneas.

Situada hacia Levante de la "muralla del llanto", yergue su solitaria cúpula dicha mezquita en medio de una esplanada o espacioso vacío, que cubriera un tiempo el Templo de Salomón. Y su bóveda central se enarca majestuosa sobre el "peñón de Moria", en que a miles de años Abrahán quiso sacrificar en holocausto a Isaac.

Con sus morunos lienzos de murallas revestidas de mármoles, bronces y lucientes azulejos, formando dibujos sin fin, y sus cintas de áureas inscripciones brillando como gemas bajo el sol, ostenta el interior de dicho santuario a veces un aspecto francamente mágico... sobre todo cuando los rayos de la aurora se lanzan desde Oriente a través de sus polícromas ventanas e invaden la penumbra de su nave central igual a un vuelo de violáceas mariposas.

# Capítulo XXI

Poco después de nuestra excursión al Mar Muerto llegó a Jerusalén Nikolai Pachá, inspector de la artillería en el IV Ejército, quien, al verme convertido en un burócrata militar, o «Etapenschwein», al instante me sacó de la Inspección General de etapas de Palestina y me hizo agregar al 12º Regimiento de infantería, que guarnecía a Belén, a fin de que ayudara a su jefe, el comandante Kiehl, a reorganizarlo, en tanto que llegara la III División de Caballería Imperial, a la cual yo había sido designado desde hacía tiempo.

Dicha unidad la constituían tres batallones de mil y pico de plazas cada uno.

Su oficialidad no era del todo mala, pero se hallaba casi completamente desmoralizada a causa de la inercia de su antiguo jefe, el comandante Reshid Bey, quien, en vez de ocuparse de las cosas del servicio, había pasado el tiempo mayormente dedicado a los placeres, mientras que sus jefes de batallón obraban cada uno por su cuenta y como mejor les placía.

La tropa estaba, además de mal vestida, peor comida y pésimamente instruida.

Para poner fin a semejante desorden encargó Dyemal Pachá de dicho regimiento al comandante Kiehl, quien había estado desempeñando hasta aquella época el puesto de instructor en el regimiento de infantería modelo de Würt von Würtenau, en Baálbek.

Cuando fui a saludar aquella tarde, en Belén, a dicho comandante, sentí al estrecharle la mano, que se la estrechaba al mejor y más leal amigo que había de tener yo de ahí en adelante en Turquía, puesto que Kiehl, era «true blue», esto es, un caballero cumplido, un oficial de carrera brillante, y, como compañero fiel y consecuente, creo que no tenía rival en aquellas fronteras.

Hombre de unos cuarenta años, era Kiehl de nacionalidad bávara, y después de las horas de servicio, es decir, de las seis de la tarde en adelante, solíamos reunirnos para conversar y disfrutar de los excelentes vinos de Palestina, que en nada quedan atrás de los mejores de Europa, de suerte que más de una madrugada nos sorprendió sentados todavía en torno a la mesa de cenar.

Pero a las ocho de la mañana en punto ya nos hallábamos otra vez a caballo, como si nada hubiera sucedido.

Nuestra llegada casi simultánea al regimiento parece que agradó poco a su oficialidad, la cual, en lo sucesivo, tuvo que trabajar no sólo de día, sino a veces

también de noche. Y para demostrar a dichos señores que la culpa del desorden imperante no era debida únicamente al carácter poco veterano de la tropa, como ellos pretendían, sino a su propia apatía, les instruí en menos de tres semanas una compañía, que siguió sirviéndoles de modelo en adelante.

A los jefes de batallón, quienes hasta el día de nuestra llegada habían dispuesto casi a su antojo de la vida y los haberes de su tropa, los privamos en el acto de cuantos privilegios se habían arrogado arbitrariamente. Acto continuo nos pusimos a sanear nuestros hospitales, que se encontraban en un estado de desaseo indescriptible. Y, para salvaguardar la salud de la población de Belén, en cuyos tres conventos más espaciosos se hallaban alojados nuestros batallones, encargamos de su vigilancia a un Cuerpo de policía militar escogido de entre la tropa y las clases del regimiento.

A los pocos días de haber llegado, fui a examinar con atención entre otras también la Iglesia de la Natividad, que ya había visitado yo, un año antes, en compañía del conocido pintor alemán Herr Grotemeyer. Y, después de un breve descenso y una caminata a través de oscuras y tortuosas galerías, cubiertas de pinturas alegóricas de un gusto dudoso, llegamos por fin a la llamada "gruta", ya que de la gruta original poco hoy se nota a causa de los adornos que cubren por doquiera la faz de la roca. En ella encontré a un centinela turco plantado junto un altar que, según la voz del vulgo, cubre el lugar en que descansó el pesebre o cuna de Nuestro Señor Jesucristo.

Dicho centinela estaba desarmado, y, al pedirle yo la consigna, contestóme con aire grave y austero: «mi Jefe, impedir que los *papases*, o sacerdotes cristianos, se den de bofetadas o se roben mutuamente los candelabros.»

En esto, vino a pasar revista a nuestro regimiento el Jefe del VIII Cuerpo de Ejército, Kütchük-Dyemal Pachá. A juzgar por las frases congratulatorias en que se expresó, parece que quedó satisfecho del estado de eficiencia de nuestra tropa.

Con él comenzaron a llegar también los primeros heridos de la Brigada de Artillería austriaca en Tchelaleh, razón por la cual, en vista de que el hospital de Ratisbona no daba abasto para todos ellos, ordenó el coronel von Kress nuestro traslado, primeramente al pueblecillo de Betania, donde yo había estado ya cierta vez en compañía del comandante von Wrochen, luego a la histórica ciudad de Es-Salt, capital del Ostjordenland, llamada hoy Transjordania.

En Betania no pudimos permanecer más que muy pocos días a causa de la falta de locales adecuados. Excuso decir, hasta qué extremo no nos hallaríamos en aprieto, cuando nos vimos precisados a hacer instalar nuestras caballerizas entre las ruinas de la iglesia que contiene los restos de la tumba de San Lázaro.

Dicha tumba, bóveda o callejón sin salida, era oscura como boca de lobo, estrecha e inclinada hacia abajo, e iba a perderse en las entrañas de la tierra Dios sabe dónde.

Cierta vez, al tratar de explorarla, resbalé en los peldaños superiores de su escalera en ruinas y caí en aquel antro poblado de murciélagos, en que aún me hallaría seguramente, de no haber sido por mi asistente Tasim, quien, al pasar por allí en busca mía, alcanzó a oír mis voces y me ayudó a salir por medio de una cuerda, puesto que al caer había sufrido de una rodilla.

Causa pena ver que a pesar de los millones de francos que afluyen anualmente en forma de dádivas a los monasterios de Tierra Santa, no haya habido todavía ni uno entre los superiores de dichos conventos que haya dedicado la más mínima atención a ese lugar una y mil veces sagrado, por haber sido ante aquella olvidada excavación, precisamente, donde Nuestro Señor Jesucristo ejecutara quizás el más maravilloso de sus milagros.

Durante los primeros días de diciembre (1916) nos llegó al fin la orden de trasladarnos a la ciudad de Es-Salt, que se recuesta al pie del Dyebel-El-Hodcha (probablemente el verdadero Monte Nebo del Pentateuco) y desde cuya cúspide contemplara Moisés treinta y seis siglos antes la tierra prometida del Señor.

En consecuencia, y a fin de preparar el terreno para la llegada de nuestro regimiento, partí la madrugada siguiente, acompañado de mi «seis», o caballerizo árabe, Saíd, resuelto a recorrer en un solo día los setenta kilómetros que nos separaban de dicha ciudad.

A Jericó la encontramos hermoseada de flores a pesar de hallarnos en pleno invierno, al paso que a las fértiles vegas del Vadi-El-Kelt, cubiertas de pastos y trigales en pie.

Después del almuerzo seguimos la marcha, y atravesando el Jordán por el antiguo puente de madera, llegamos a eso de las tres a cierto lugar donde el Vadi-Nemrod desemboca en la llanura y desde donde se desprende la carretera militar de Es-Salt, que asciende serpenteando por toda la margen izquierda de dicha hondonada.

Al declinar la tarde nos faltaban todavía cerca de veinticinco kilómetros por recorrer, que eran por cierto los más peligrosos, puesto que en ese trayecto no pasaba día casi sin que los viajeros o las caravanas no se vieran atacados por los bandoleros o los beduinos de la temible tribu de los Beni-Shehir, quienes, no hacía una semana todavía, habían atacado Jericó y echado por delante cuanto ganado y bestias habían caído en sus manos, sin que las autoridades de dicho lugar se hubiesen atrevido siquiera a impedírselo.

El único entre los jefes de cábila, moradores de la hoyada del Jordán, que seguía siendo partidario decidido de los turcos, era un tal Sheik-Sultán, que tampoco lo era sino por conveniencia, desde el momento en que gozaba la fama de ser uno de los contrabandistas más audaces en aquellos contornos.

Lo cierto del caso es que fuera de Damasco, Alepo y Jerusalén, donde el gobierno imponía por la fuerza la circulación de billetes de banco, no había árabe, tanto en Palestina como en Siria y Mesopotamia, que los aceptara, ni aun en forma de dádiva.

En consecuencia, quien no llevaba consigo moneda sonante, corría riesgo de padecer hambre no sólo en el desierto, sino hasta en los mismos alrededores dichas ciudades.

Semejante estado de cosas favorecía, como era de suponerse, el influjo de oro hacia dichas provincias, desde donde entonces los comerciantes árabes lo remitían a su vez, clandestinamente a los ingleses, por medio de los beduinos a fin de efectuar compras de café, azúcar, petróleo y tantos otros artículos de primera necesidad, de que carecíamos casi por completo en Turquía, porque las cantidades relativamente insignificantes de ellos, que nos llegaban desde Austria y Alemania, apenas bastaban para cubrir las necesidades del ejército.

Ese tráfico, desde todo punto de vista ilegal, llegó a tomar con el tiempo tales proporciones, que Halil Pachá no vaciló en mandar establecer una especie de aduana en las cercanías de Feludchah, donde empleados del Gobierno cobraban derechos sobre las importaciones, que sus dueños, los beduinos, declaraban francamente ser de procedencia inglesa.

Yo recuerdo haber visto, en cierta ocasión, una caravana de azúcar de contrabando, que al llegar a Damasco, pagó su cuota a las autoridades e hizo bajar el precio de dicho dulce en un 20% de la noche a la mañana.

De esa manera iba la mayor parte del oro que los alemanes prestaban a Turquía, a parar a manos de los comerciantes ingleses por conducto de los contrabandistas beduinos, quienes iban y venían por nuestras líneas como Pedro por su casa.

Pasadas las nueve de la noche, comenzamos a divisar por fin las centellantes luces de la ciudad de Es-Salt, anidada en el fondo de un pedregoso vallecillo. Y media hora después me hallaba ya instalado en la lujosa residencia de un opulento cristiano, de nombre Jusuf Effendi, en que por falta de hotel solía hospedar el alcalde a los viajeros de cierta categoría.

Cuando la mañana siguiente monté a caballo para ir a elegir las localidades en que se habían de alojar nuestros batallones, vino a mi encuentro el *kaimakam* y me participó que él había dispuesto aquello ya en virtud de cierto telegrama que le había dirigido a ese respecto el Gobernador General de la provincia, Tasim Bey.

Semejante nueva no dejó de contentarme sobremanera, porque me libraba de un trabajo altamente penoso desde el punto de vista moral; pero me llenó igualmente de inquietud sobre todo cuando supe que dicho señor había mandado desocupar no solamente las tres iglesias cristianas de dicha ciudad, cuya población ascendía a tal vez más de 20.000 habitantes, sino también la mayor parte de las casas pertenecientes a los cristianos, únicamente, cuando la equidad exigía que los musulmanes, quienes eran mayoría, hubieran contribuido siquiera con el 50% de las localidades necesarias para el alojamiento de nuestras tropas.

Con la mira de neutralizar semejante injusticia, hice desocupar en el acto la mezquita mayor, que atribuí como cuartel a nuestro I Batallón, no obstante las

protestas, tanto de los hodcha-effendis como de las autoridades civiles, que solían valerse de semejantes ocasiones, precisamente para pisotear a sus anchas los derechos de la ya siempre atribulada población cristiana.

Para la Comandancia de Armas destiné uno de los mejores edificios, situado frente a la aduana, que hice requisicionar también y transformar en depósito de municiones, mientras que para residencia de Kiehl y mía, escogí la parte superior de un verdadero palacio, cuyo embaldosado de mármol, cubierto de alfombras, y cuyas paredes y techos pintados al óleo y adornados de espejos de cuerpo entero nos ayudaban a olvidar hasta cierto punto la tierra inhospitalaria en que nos encontrábamos, puesto que Es-Salt era la capital del Ostjordanland, o Transjordania, en que ni aún el mismo Sultán se había atrevido hasta entonces a mandar establecer el servicio militar obligatorio, como lo había hecho en el resto del país, inclusive en Irak.

Para completar nuestro mobiliario, de por sí ya en extremo lujoso, me hice entregar, contra recibo, unos cuantos sillones y mecedoras que encontré encerrados y pudriéndose en la famosa "casa de los ingleses" con multitud de libros de valor, instrumentos de cirugía y no sé cuántos objetos más, indispensables para la vida civilizada.

Según supe entonces, se habían apoderado las autoridades al principio de la guerra de aquella residencia, conforme lo habían hecho ya con el resto de las propiedades inglesas en Palestina; y, después de disponer de cuanto habían deseado, habían acumulado y encerrado el resto, bajo sello, dentro de dos aposentos oscuros, pero las ventanas las habían dejado abiertas "para por si acaso", de suerte que al llegar nosotros ya no encontramos sino una tercera parte de su contenido original. Sin embargo, no se permitió la apertura de dichas habitaciones hasta que llegó el «kadi», o juez, acompañado de numerosos secretarios y rompió los sellos, nos hizo entregar los objetos deseados, a cambio de recibo, y las volvió a sellar, mas sin poder eso mandar cerrar las ventanas, que permanecieron entreabiertas como antes.

Este ejemplo, aplicado a los procedimientos de los señores directores políticos de la Sublime Puerta, bastaría para demostrar por qué las relaciones tanto interiores como exteriores de Turquía, han sido y seguirán siendo siempre un fracaso, mientras que la casta corrompida de los efendis paisanos continúe dirigiendo los destinos de dicho imperio.

Al día siguiente de mi llegada entró en Es-Salt nuestro regimiento, y una semana después nos pareció como si hubiéramos estado acuartelados allí toda la vida. Cada batallón tenía su campo de ejercicio aparte. Y para impedir que el jefe de la gendarmería local siguiera extorsionando tanto a la población cristiana como a la musulmana por medio de sus multas injustificadas, que, de paso sea dicho, le habían permitido reunir un capital de diez mil libras de oro en menos de dos años, se

encargó del servicio de vigilancia y de limpieza pública, como en Belén también en Es-Salt un Cuerpo de policía militar escogido de entre la tropa y las clases de nuestro regimiento.

Las cruces arrancadas de las iglesias, así como los demás desperfectos causados por el populacho musulmán en dichos santuarios, ayudaban a hacernos comprender por qué la población cristiana de dicha ciudad se había alegrado tanto cuando llegó a saber de nuestra llegada.

Afortunadamente, no resultaron infundadas sus esperanzas, puesto que durante las seis o siete semanas que permanecimos en Es-Salt no hubo quien se atreviera a molestarla ni por vía de hecho ni de palabra siquiera.

Y, habiendo tenido que ir a Damasco en esos días a fin de proporcionar algún vestuario, calzado y demás efectos necesarios para nuestra tropa, aproveché la ocasión para ir a visitar, a mi regreso, las célebres ruinas de Filadelfia (la de Tolomeo II), o Rabat-Amón, la antiquísima capital de los amonitas que, después de conquistarla David y Joab, en vano trataron de retener en su poder.

Situadas a orillas del Vadi-Zerka, o el antiguo Jabok, y en medio de la pequeña *kasaba* de Amaán, junto a la cual pasa el ferrocarril de El-Hedchás, encontré dichas ruinas por cierto en muy mal estado, a causa de vandalismo de los colonos circasianos, a quienes el Gobierno había hecho instalar allí, lo mismo que en Aín-Zuela, para contrarrestar el avance y las constantes irrupciones de las cábilas del desierto, que antes de la guerra habían asaltado y saqueado ya más de una vez la opulenta ciudad de Es-Salt.

Para construir sus chozas y viviendas habían arrancado los tales circasianos miles de toneladas de piedras labradas, tanto del Anfiteatro como de la Acrópolis, que, no obstante semejante e imperdonable mutilación, seguían y siguen aún figurando entre los monumentos arquitectónicos más notables que nos legó la escuela seléucida.

Pero tanto o todavía más tal vez que sus famosas ruinas me llamaron la atención en Amaán el desaseo y la indolencia innata de sus pobladores árabes, quienes con tal de evitarse el trabajo de excavar una fosa, subían a veces en hombros los cuerpos de los fenecidos hasta las ruinas de la Acrópolis, donde los botaban de cualquier manera dentro de alguna de sus numerosas grutas o cavernas.

Explorando los sótanos de dicha ciudadela pude observar esa vez, junto a los restos de una bóveda derruída, los cadáveres de dos soldados árabes que los canes estaban devorando tranquilamente, como si aquel hubiese sido su trabajo obligado de todos los días.

La vida que llevábamos en Es-Salt era más bien monótona, aunque descansada, puesto que hasta allí no había quien llegara a presenciar revistas o a molestarnos con visitas oficiales. El regimiento aumentaba en eficacia de día en día, y su estado de salud era satisfactorio.

La población de la villa, tanto cristiana como musulmana, parecía también hallarse satisfecha desde el momento en que estaba gozando de garantías como no las había conocido hasta entonces bajo el gobierno turco.

Durante esos días tuvimos el gusto de ver entre nosotros al teniente Stiller quien iba con destino a Bir-Es-Sabah a fin de hacerse cargo del servicio inalámbrico de nuestro ejército expedicionario. Y una semana después nos honraron igualmente con su presencia el médico mayor Dr. Hegeler y su señora esposa.

Como dicha dama expresara el deseo de conocer los alrededores de la ciudad de Es-Salt, organizamos una excursión a caballo al histórico Dyebel-El-Hodcha, que sólo dista un par de kilómetros de dicha villa, y que coronamos en el momento preciso en el que el disco ensangrentado del sol hundíase, envuelto en llamas, tras el sombrío desierto de Judea, en tanto que al Tramonte temblaban como lágrimas las límpidas ondas del Mar de Galilea y a nuestros pies se adormecía violáceo, el silencioso valle del Jordán.

Así debe haber sido cual contempló Moisés la Tierra Prometida del Señor desde esa misma cima aquella vez, allá en la noche de los tiempos, mientras en torno de su augusta frente comenzaban a agitarse ya las sombras precursoras de la muerte.

A pesar de nuestras múltiples ocupaciones, siempre me alcanzó el tiempo para ir a cazar jabalíes durante algunos días junto a la desembocadura del Jordán, en el Mar Muerto.

De base de operaciones elegí el convento de San Juan Bautista, cerca del cual, según lo aseguraban sus dueños, había sido bautizado Nuestro Señor Jesucristo. Y veinticuatro horas después de mi llegada me hallaba ya recorriendo la maleza palustre en compañía de un cazador de profesión, quien me inició en el difícil arte de cazar de noche, en calcetines únicamente, para evitar todo ruido.

Semejante sistema, por cierto algo doloroso y primitivo para el que no se halla acostumbrado a andar descalzo, no dejaba de ser por otra parte bastante peligroso, sobre todo cuando se oía de cerca el estridente aullido de algún lince-leopardo o el ronco gruñido de uno de esos jabalíes, con colmillos de ocho a diez centímetros de largo, contra los cuales me tocó disparar en diferentes ocasiones en la oscuridad, sin que hubiera un árbol a kilómetros de distancia en qué haber podido librarme de ellos en caso dado.

Y cuando ya se iba acercando el fin del año volví al valle del Jordán, mas ya no para cazar jabalíes, sino para asistir en compañía del comandante Kiehl y nuestros jefes de batallón a un banquete árabe, que había organizado en obsequio nuestro el Sheik Sultán aquél de quien ya he hablado antes, y que no dejó de sorprender sobremanera al amigo Kiehl, a causa de que en él no se servían bebidas intoxicantes de ninguna especie, sino sólo café y leche tomada al pie de la vaca, u oveja mejor dicho, ya que los beduinos poco se cuidan de criar ganado vacuno, tal

vez debido a que el lanar, además de carne, produce también lana, y con agua, por poca que fuere, es capaz de subsistir hasta en el corazón del desierto.

Para finalizar el citado banquete con algo estrepitoso, nos obsequió el buen Sheik con una fantasía de su propia invención y que consistía en unas cuantas descargas disparadas contra nosotros a quemarropa (pero sin balas) por un adversario oculto que al principio tomamos en serio a causa de la proximidad de los Beni-Shehir, quienes eran enemigos acérrimos de dicho señor y no desperdiciaban ocasión para enseñarle los dientes.

Los últimos visitantes de nota que tuvimos en Es-Salt fueron los miembros de cierta expedición arqueológica, encabezada por el profesor Teodoro Wiegand y el conocido orientalista el capitán Dr. Bachmann. Por éste supe de otro viejo amigo mío, el teniente coronel von Mannsfeldt, quien se hallaba a la sazón en Maán, junto a las ruinas de Petra, en una situación sumamente difícil, por causa del hambre y la peste, que habían diezmado su gente y acabado con casi todo su ganado, consistente en los últimos tres mil camellos de que disponíamos ya en el frente de Palestina.

La Noche Buena la pasamos tan amenamente, que el alba nos sorprendió sentados en torno a la mesa de cenar, que coronaba un arbolito de Navidad, procedente de las montañas de Aín-Zuela, a donde yo había ido en persona a buscarlo. Y antes del anochecer nos llegó una comunicación de nuestro cuartel general en Bir-Es-Sabah, anunciando que nuestro regimiento debía salir probablemente en breve con destino a Akabah, junto a la que el enemigo se hallaba a punto de desembarcar.

Y aun cuando Akabah, o la antiquísima Aelana, equivalía para nosotros, desde el punto de vista militar, a un destierro casi, puesto que morir en Akabah era morir sin gloria, desde el punto de vista histórico representaba dicha expedición, para mí al menos, el «non plus ultra» del desideratum, situado como se hallaba dicha *kasaba* a orillas del Golfo Aelanítico en el Mar Rojo, y cerca del Monte Sinaí, u Horeb, que los árabes llaman el Dyebel-Musa o Ras Sefrafé, por haber sido en él donde, según la tradición, el Señor se reveló a Moisés y le dictó los diez mandamientos del Decálogo.

Sobre la falda de este histórico macizo, bruñido por el giro de los siglos y que mide cerca de tres mil metros de elevación, se halla situado a una altura de cinco mil pies el convento de Santa Catalina, que hiciera erigir allí el emperador Justiniano.

Y hacia el Tramonte de éste elévase, a su vez, el Dyebel-Serbál, que junto con el Dyebel-Et-Tih, el Rahá, el Chafaáh, el Ras-Mohamed, el Takhar, el Yelek, el Helal, luego el Makrá, y, por último, el Dyebel-Nakus, o la "montaña de las campanas" (que deriva su nombre de la sonoridad de sus arenas al herirlas el sol), representa una serie de desnudas serranías, de tonos encendidos y un belleza sal-

vaje, que se hallan separadas entre sí y del Canal de Suez por un desierto de tremenda esterilidad, llamado comúnmente El-Gaá, o el Badiet-Et-Tih.

Entre la escasísima vegetación que se nota a veces refugiada en el fondo de los secadales, o entre los agrietamientos de las colinas, que se extienden cual osamenta oscura a través de aquellas lejanías, figuran zarzas y una que otra acacia gomífera, de las que llaman por allá "espina del Misir", o acaso algún tamarindo, cuyo jugo dulce y aromático constituye el «man», o «maná», con que Moisés alimentara al pueblo hebreo durante su peregrinación de cuarenta años por aquellas espantosas soledades.

Y al pie de las negruzcas rocas de granito, jaspe y sienita, que surgen solitarias de entre esas llanuras de arena, pedernales y cantos rodados, formando moles escarpadas y bravías, como el Magará, o Dyebel-El-Mekteb, por ejemplo, con sus famosas inscripciones jeroglíficas cinceladas sobre una fachada de pulido pórfido, brotan a intervalos alcaparros, adelfas, tornasoles y algodoneros, formando manchas de verdura, en que los árabes «tuares», descendientes de los nabateos y amalecitas, y todavía otras cábilas que vagan en muy corto número por esos desiertos, plantan sus tiendas y subsisten en una casi completa abstinencia, ya que su alimento apenas consiste en leche cuajada, dátiles secos y pan sin levadura, cocido entre las cenizas de las hogueras.

Y hacia semejante desierto sobre las costas del Mar Rojo y ratonera por excelencia, donde en caso de una retirada inesperada hubiéramos dejado nuestros huesos regados por los arenales a causa del hambre y de la sed, era pues donde el Alto Comando se proponía mandarnos para impedir el desembarque de los ingleses, quienes se hallaban amenazando dicha plaza desde hacía tiempo.

Para suavizar en lo dable el mal efecto que había de producir forzosamente aquella nueva entre nuestros oficiales, quienes se habían ido convirtiendo entretanto en una tanda de *sportsmen,* organizando carreras de caballo, concursos de tiro al blanco, etc., resolvimos celebrar una *soirée dansante* en honor de varias bailarinas turcas y egipcias que se hallaban temperando entonces en Es-Salt, y a la cual había de asistir, por supuesto, toda nuestra oficialidad.

Con tal motivo se iluminaron las arañas del espacioso salón de recepciones, que cubrían y adornaban valiosas alfombras y enormes espejos en marcos dorados.

En el *buffet,* que se hallaba instalado en un salón aparte, figuraban, además del *lunch* "a la turca" indispensable, llamado "mesa", toda clase de licores, desde el champaña para abajo, mientras que en un nicho artísticamente ornamentado se instaló la orquesta.

Y aun cuando me pese decirlo, debo confesar que aquella noche resultó ser una revelación para nosotros, desde el momento en que los hechos fueron a comprobar hasta la evidencia que tanto Kiehl como yo no éramos sino unos principiantes comparados con nuestros oficiales musulmanes, quienes, sin despreciar el vino, el coñac y la cerveza, tomaban el aguardiente anisado del país, llamado

«dúsico», o «raki», no digo por copitas, o copas siquiera, sino por vasos de máximo calibre, como si aquello no hubiese sido raki sino agua.

Pero lo más notable del caso era el aire de modestia y resignación que solían afectar nuestros efendis al liquidar de un solo sorbo cada una de aquellas vasadas, que de por sí sola hubiera bastado para poner fuera de combate a cualquier cristiano.

A las nueve en punto comenzó la fiesta. Y, al son de arpas que lloraban y de cítaras que sollozaban, se desprendió del fondo del salón, envuelta en transparente gasa, mosqueada de oro y plata, y con el busto escotado más abajo de la cintura, la *prima donna*... para debutar por centésima vez en su vida, tal vez, con el eterno "baile del vientre", que santificó Mahoma y que bailó ya en tiempo de los Faraones la esposa de Putifar ante el casto José.

Excuso decir el entusiasmo y el delirio de aplausos que provocaría cada una de sus contorsiones y movimientos improvisados. Aquello parecía una plaza de toros. Hasta que la música se fue apagando suavemente, y la bella entre las bellas, la de los ojos árabes y de miradas lánguidas, se nos fue acercando, paso a paso con sus níveos brazos entreabiertos y trémulos como las ramas de un ciprés, y se dejó caer, por fin, suavemente y de rodillas ante el bienaventurado Kiehl, y le ofrendó sus labios encendidos, más no para que los sellara con los suyos... sino con una moneda de oro... ya que en Oriente el amor y el oro se confunden, conforme en el Ocaso los rojos arreboles nacen y se difunden entre celajes de áureas lejanías.

Después de Kiehl me tocó el turno a mí, para luego volver a comenzar con Kiehl.

Pero lo que más me llamó la atención fue que a pesar de sus elegantes uniformes y bigotes "a la *Kaiser*", nuestros effendis nunca lograran despertar corrientes de amor en los corazones de aquellas ninfas rubias y trigueñas, que parecían haber reservado toda su pasión para nosotros únicamente...

Hasta que en la madrugada la triste realidad nos vino a recordar que en todas partes cuecen habas y que nuestras reservas en libras de oro se habían ido evaporando en aras de un amor platónico, de que tanto Kiehl como yo nos seguiremos acordando toda la vida con caras entre agria y dulce.

# Capítulo XXII

En la madrugada del primero de enero (1917) se desató sobre Es-Salt y todo el Ostjordanland un verdadero ciclón, acompañado de lluvias torrenciales, que no tardaron en llevarse medio lienzo de la carretera militar, con puentes y todo. Y simultáneamente casi con dicho desastre nos llegó la nueva de que los ingleses habían rebasado El-Arrish y se hallaban a las puertas de la ciudad de Gaza, donde las tropas allí estacionadas apenas bastaban para contener su avance. Y una hora después nos llegó un aerograma del coronel von Kress, ordenando que nuestro regimiento se pusiera en marcha inmediatamente para ir a reforzar la línea de batalla en dicho frente.

En consecuencia, tocóse «generala», y media hora después salió el 12 para Jerusalén a tambor batiente y sin más bagajes que sus armas, al paso que yo permanecía en Es-Salt con apenas un centenar o dos de hombres escogidos a fin de custodiar nuestros depósitos de municiones, los cuales, de haber caído en manos de los árabes, hubieran bastado y quizás hasta sobrado para hacerlos dueños de la mitad de Palestina.

Y como para hacer mi situación todavía más difícil, parece que el avance de los ingleses había electrizado a los veinte mil habitantes de Es-Salt, quienes se hallaban hartos del dominio turco y de buena gana hubieran puesto un fin trágico a nuestros días, de no haberme adelantado yo a ellos mandando prender y encerrar en nuestro polvorín a varios de sus gamonales, con la amenaza de hacerlos volar por el aire junto con la ciudad, al primer disparo.

Esta medida preventiva, unida a una “orden de día” de no dar cuartel a nadie en caso de un conflicto, ayudaron a calmar los ánimos durante un par de días, hasta que por fin nos anunció un telegrama del coronel von Kress la retirada definitiva del enemigo, etc., motivo por el cual tanto el *kaimakam* como el jefe de la gendarmería local, quienes habían embalado ya sus bagajes y remitido sus harenes a la estación de Amaán, volvieron a desempaquetar sus equipajes y a recomenzar sus extorsiones, que yo, con mis cien o doscientos hombres, no podía por más que quisiera, impedir.

En esto me llegó un segundo telegrama, esa vez de Kiehl, rogándome que le remitiera cuanto antes las municiones y provisiones, e informándome que el 12 había recibido orden de reemplazar a la antigua guarnición de Jerusalén.

En vista del estado ruinoso de la carretera, que hacía imposible el tráfico tanto de camiones como de carretas, y no disponiendo ni de una sola bestia de carga para el transporte de nuestros bagajes, cuyo traslado hubiera requerido de tres a cuatrocientos dromedarios, me vi obligado a pedir poderes para requisicionar cuantos camellos, acémilas, etc., necesitaba con el expresado fin.

Tal permiso, redactado en los términos más amplios, logré arrancárselo por último al *kaimakam* después de una larga y acalorada discusión, durante la cual me vi precisado a hacer intervenir una guardia armada y de bayoneta calada, que había traído conmigo para hacer recordar a dicho señor que en Es-Salt mandaba yo y nadie más que yo.

Provisto de este talismán, despaché en el acto varias patrullas para que embargaran cuantas bestias de carga encontrasen en la ciudad y el distrito de Es-Salt, de suerte que en tres semanas, o menos tal vez, había yo remitido ya para Jerusalén todos nuestros bagajes, provisiones y municiones, menos unas cuantas cajas de fusiles estropeados, que dejé custodiados por una escolta a las órdenes del *hodcha-effendi* de nuestro I Batallón, quien, no obstante su carácter de sacerdote, se había portado siempre como un valiente y circunspecto militar.

Satisfecho de haber cumplido hasta donde había podido con mi deber, salí de Es-Salt. Y habiendo llegado todavía temprano a Jericó, aproveché la tarde para ir a dar un vistazo a las ruinas del Palacio de Herodes, que orillan el Vadi-El-Kelt, lo mismo que para visitar el convento llamado "de la Cuaresma", que se halla situado a una altura considerable y asido, como quien dice, a la faz casi perpendicular de la "Roca de la Tentación", desde cuya cúspide Lucifer ofreció a Nuestro Señor Jesucristo el dominio del mundo material.

Allí me recibieron los frailes al principio con algún recelo. Pero habiéndose cerciorado de que era oficial extranjero y católico por añadidura, me alojaron en la mejor de sus habitaciones y se desvelaron por atenderme.

Uno de ellos me condujo a la cima del cerro, desde donde se goza de un golpe de vista admirable sobre el valle del Jordán y los alrededores del Mar Muerto. Y aprovechando la brisa de la tarde, fuimos a cazar durante un par de horas sobre la escarpada peña de los anacoretas, o ermitaños, y co n tan buen éxito, que antes del anochecer regresamos al convento con un par de cabras montesanas de regular tamaño, que nos sirvieron de cena y llenaron de contento a los buenos padres.

Valiéndome de tan excelente oportunidad, fui a visitar de paso el convento del profeta Elías, que se recuesta al pie de una de las rojizas y acantiladas fachadas que orlan el Vadi-El-Kelt, o Cherith de la Biblia, y lo acompañan, casi perpendiculares, hasta su desembocadura en el valle del Jordán.

Para poder llegar hasta él, me fue preciso valerme de un camino ancho al principio, pero que a medida que iba ascendiendo se iba estrechando, de suerte que a la media hora había acabado por convertirse en una vereda de gamos verti-

ginosa, y que por lo tanto me obligaba a seguir adelante desmontado, conduciendo la bestia del cabestro.

Por doquiera divisábanse oscuras cavernas, como talladas en la roca viva, lo mismo que cruces rojas y blancas que los anacoretas habían pintado o cincelado sobre las titánicas fachadas en prueba de fe y de constancia. Y, a juzgar por las señales de erosión que llegué a notar sobre las peñas del angosto y turbulento Vadi-El-Kelt, calculo yo que dicho arroyo debe de haber tardado un centenar de siglos o aún más tal vez en excavar ese su trecho y profundo lecho, por el que se lanzan sus verdosas aguas cual sierpes de jaspe, murmurando himnos en loor de aquel varón excelso que a miles de años las glorificara y santificara por medio de su presencia y sus milagros.

Y mientras me hallaba escuchando desde lo alto de una empinada roca el rugir de las aguas del Vadi-El-Kelt, se presentó la hora del ocaso, la hora en que las aves recógense en sus nidos, cansadas de sus vuelos por etéreos espacios y el horizonte se anegó en un caos de lejanías candentes, al paso que hacia Oriente, en el violáceo cielo de Judea, estallaba en llamas la solitaria estrella vespertina.

Poco antes de cerrar la noche comenzamos a divisar en lontananza los confusos contornos del "buen samaritano", en que solían reunirse los bandidos del desierto para desvalijar a los incautos que se ponían a transitar por aquellos contornos después de oscurecer. Y como ni mi asistente ni yo nos hallábamos deseosos de relacionarnos con dichos señores, pasamos por frente al "buen samaritano" a todo galope y a eso de las once me acosté a dormir en la Comandancia de Armas de nuestro regimiento, que encontré instalada en el suntuoso Russenbau.

Al día siguiente me vino a saludar el comandante Kiehl, satisfecho al parecer de mi actuación en Es-Salt. Y por el comandante Mühlmann, Jefe del Estado Mayor de nuestro ejército expedicionario, supe esa tarde que por orden del Alto Comando había sido yo asignado "definitivamente" a la famosa III División de Caballería Imperial, acantonada en el no menos famoso campo atrincherado de Bir-Es-Sabah, que representaba para esa época el ala izquierda de nuestro frente de Gaza.

Después de dos años de servicio activo en el ejército regular otomano, y durante las cuales había ejercitado sucesivamente las armas de caballería, infantería, artillería, ametralladoras, etc., ocupado puestos de administración militar importantes y mandado, como en Van, por ejemplo, tropas mixtas hasta el pie de fuerza de una división, iba yo a recomenzar con mi arma favorita, la caballería, ese círculo vicioso llamado Estado Mayor, que no tiene principio ni tiene fin, y en el cual uno no acaba nunca de perfeccionarse.

La mejor prueba de ello nos la ofrece el ex-Gran Estado Mayor General alemán, que, a pesar de haber sido la máquina de guerra más perfecta que se ha conocido hasta la fecha, siempre cometió el error imperdonable de no haber

sabido trazar la línea divisoria entre la práctica y la teoría, ya que, si en vez de dejarse guiar por el principio erróneo y netamente teórico de que *una guerra moderna no podía durar más de seis o nueve meses,* hubiese acumulado de antemano y "para por si acaso" provisiones para tres o cuatro años, la Guerra Mundial no hubiera terminado todavía tal vez, o al menos el triunfo de los aliados no hubiera sido tan completo como resultó serlo, después de todo, a pesar de los presagios optimistas de los apóstoles del militarismo prusiano.

El día después de mi llegada había de salir uno de nuestros batallones con destino a Gaza, o sea la antiquísima ex-capital de los filisteos y patria de Dalila, donde mandaba a la sazón el comandante Tiller, y que hacía tiempo ya deseaba yo conocer.

En consecuencia, me encargué yo mismo de conducir dicha tropa hasta allí. Y cuando a la mañana siguiente desfilamos al son de cajas y clarines por toda la calle principal de Jerusalén, no dejé de experimentar cierta satisfacción al ver aquel puñado de reclutas (que no hacía todavía ni tres meses que habían ingresado en filas) marchando en orden cerrado y con una desenvoltura propia de expertos y entendidos veteranos.

Sin embargo, me inquietaba la idea de que en las últimas hileras no faltarían, de seguro, tres o cuatro de ellos equivocando el paso, es decir, marcándolo con el pie derecho en vez del izquierdo, o viceversa, puesto que así como el recluta árabe llegará a aprenderlo todo, menos a decir la verdad, el turco es también susceptible de aprenderlo todo, menos lo de marcar el paso correctamente.

Y ya que del soldado turco estoy hablando, agregaré que a mi modo de ver, ni en Europa ni en América existe un soldado que aprenda con tanta facilidad el manejo de las armas y las evoluciones militares como el turco, sobre todo cuando se halla instruido por oficiales extranjeros.

La ciudad de Gaza se halla separada del mar por una faja de médanos y forma el centro de un oasis bastante extenso, en que los prados alternan con campos de labranza y bosques de árboles frutales, de que sobresalen a trechos las anchas copas de los sicomoros o los esbeltos talles de las muchas palmeras, que, con sus cúpulas, alminares y escalonadas azoteas constituyen el hermoso panorama que ofrece, vista desde lejos, dicha *kasaba*.

Pero a medida que uno se le va acercando, va también Gaza, como casi todas las ciudades orientales, perdiendo su aspecto pintoresco. Su mezquita mayor, que encontré convertida en depósito de municiones, no pasaba de ser, a pesar de su tamaño, sino una mezquita cualquiera, al paso que sus estrechos y laberínticos bazares eran en extremo desaseados y en su mayor parte estaban construidos de madera.

La importancia de Gaza ha estribado siempre en que desde tiempo inmemorial ha venido dominando la ruta de caravanas que comunica Siria con Egipto, y por tanto Asia con África.

Las guerras interminables entre los hebreos y los filisteos deben de haber obedecido en consecuencia, y quizás más que a otra cosa, a los impuestos onerosos con que éstos acostumbrarían gravar probablemente las importaciones de trigo de procedencia egipcia y de tránsito para Palestina.

Las fortificaciones, o atrincheramientos, mejor dicho, que el mayor Tiller había mandado escavar en torno a Gaza, estaban bien trazados. Y, como militar entendido, había él hecho tumbar igualmente las numerosas cercas de nopales o tunales, que infestaban los alrededores de dicha *kasaba*, dificultando su defensa.

Sus tropas, aunque veteranas, las encontré en muy mal estado a causa de las epidemias y las privaciones. Ya hacía meses que venían batiéndose con singular bravura y sin que hubiera manera de poder aliviar su suerte, no solamente en razón de la actividad inusitada del enemigo, que no les daba reposo, sino también a causa del peculado imperante en la Administración Central de etapas de Damasco, que no les mandaba ni vestuario, ni provisiones, ni medicamentos.

Yo he pensado muchas veces, qué matanzas de oficiales no habrían ocurrido en un ejército europeo, en que se hubieran llegado a registrar semejantes irregularidades.

La artillería de Tiller era deficiente, pero fue reforzada más tarde por la brigada de artillería austriaca del conde Storzewsky. Y a pesar de la resistencia de Dyemal Pachá, quien se oponía a ello, como quien dice, por no dejar, siempre logró el coronel von Kress reforzar también el pie de fuerza de su infantería por medio del contingente que yo le aporté esa vez y un batallón o dos del 125° Regimiento, que llegaron a distinguirse sobremanera tres meses después, o sea durante la primera batalla de Gaza, defendiendo bayoneta el centro de dicha población contra unidades enemigas tres o cuatro veces superiores a ellos y dotados de artillería de montaña, ametralladoras y automóviles blindados.

A pesar de dichos refuerzos, resultaban ser las fuerzas del comandante Tiller, sin embargo, insuficientes para poder resistir ventajosamente el empuje de las brigadas británicas, integradas casi totalmente de regimientos europeos escogidos y que, además del apoyo de sus «tanks», o carros de combate, contaban con el de la artillería de su escuadra, al que nosotros no hallábamos manera de poder contestar porque carecíamos de calibres mayores de 15 centímetros.

Con decir que los ingleses habían construido por toda la costa del Sinaí, o sea desde Port Said hasta Han-Hunis, un ferrocarril de vía ancha y doble que iban alargando a medida que su ejército iba avanzando, lo mismo que un acueducto, o tubería de hierro, por medio de la cual y a fuerza de bombas iban extrayendo y conduciendo desde el Nilo, o mejor dicho, desde el canal de Ismaeli hasta el frente de Gaza, el agua necesaria para el abastecimiento de sus fuerzas expedicionarias, creo que basta para demostrar las grandes ventajas que nos llevaban ellos en dicho frente, al menos desde el punto de vista material.

Entre las varias reliquias que poseía el comandante Tiller, figuraban unos trescientos desertores árabes, que, a pesar de urgirle, no podía remitir a Tchelaleh por falta de una escolta adecuada. Y, como de regreso a Jerusalén con las clases del batallón, que acababa de dejarle, había de pasar yo también por frente a dicho campo atrincherado, me encargué gustoso de conducírselos hasta allí, mas no en globo sino en grupos de a cincuenta, con una cuerda al cuello y la orden terminante a su escolta de hacer fuego sobre el primero que tratare de apartarse del camino sin previo permiso.

El resultado de dicha medida fue excelente. A nuestra llegada a Tchelaleh, no nos faltaba ni uno.

Con el recluta árabe de baja estofa no hay razón ni sinrazón que valga, debido a que es traidor, embustero y desertor por naturaleza.

La única manera de dominarlo y sujetarlo consiste en echarle plomo o en aplicarle la soga.

Con el beduino del desierto, el moro de la pampa pedregosa y el árabe de elevada alcurnia sucede todo lo contrario, pues son el valor, la hidalguía y la caballerosidad personificados.

La plaza fuerte de Tchelaleh formaba el centro de nuestro frente de Gaza, o del Sinaí, y distaba cosa de veinte kilómetros de la ciudad de Gaza, en que se apoyaba nuestra ala derecha, mientras que de Bir-Es-Sabah, que representaba la extrema ala izquierda de nuestra línea de combate, la separaba otros veinte o veinticinco kilómetros. Pero se hallaba aislada, situada en medio de una llanura desierta y con los brazos al aire, es decir, sin apoyo de flancos y por lo tanto expuesta a una sorpresa de la caballería adversaria; de modo que, de haberse resuelto el general Murray a atacarla en esos días, habría podido apoderarse de ella de un solo manotazo, puesto que ni en Gaza ni en Tel-Es-Sheriat o Bir-Es-Sabah disponíamos a la sazón de las reservas necesarias para poder impedírselo.

La reticencia incomprensible que llegó a desplegar esa vez el Generalísimo británico en Egipto, sólo se puede comparar con la decisión del general Townsend en Kut-El-Amara, quien tampoco juzgó prudente asumir la ofensiva, aventurando una salida, cuando por medio de ella hubiera podido apresurar el triunfo de las armas inglesas en Mesopotamia por un año o todavía más tal vez.

El error estratégico que cometió no importa quién al designar a Tchelaleh como centro de nuestra línea de combate en el Sinaí, lo vino a subsanar semanas después Enver Pachá, cuando hizo evacuar sin más demora dicho campo atrincherado y trasladar su guarnición a Tel-Es-Sheriat, que se hallaba en comunicación ferroviaria directa con Bir-Es-Sabah y sobre todo con Jerusalén que representaba la base principal de dicho frente.

Acto continuo y para impedir que el ala derecha nuestra, que se apoyaba en el mar, fuera a quedar en descubierto, ordenó Enver la construcción de un ramal

de ferrocarril de Palestina, que arrancando de la estación de Tineh, había de terminar en Beit-Hanún, cubriendo la retaguardia de nuestro sector septentrional, entre Gaza y Tel-Es-Sheriat.

Todas esas medidas imprevistas al par que acertadísimas del Alto Comandante otomano no dejaron de repercutir poderosamente en el cuartel general enemigo y tuvieron por consecuencia el avance inesperado y simultáneo de casi todas las fuerzas británicas en el Sinaí contra nuestra ala derecha, que pasó a la historia bajo el nombre de "la primera batalla de Gaza" y redundó en un triunfo completo para las armas otomanas.

La segunda batalla de Gaza, que siguió a éstas algunas semanas después, representó para nuestro ejército expedicionario y su jefe, el coronel von Kress, un triunfo todavía mayor, debido a que el combate se desarrolló esa vez en casi todo el frente y porque las fuerzas enemigas, compuestas exclusivamente de divisiones inglesas y australianas, eran numéricamente bastante superiores a las nuestras y se hallaban por añadidura mucho mejor equipadas.

Esa noche la pasé en Tchelaleh en calidad de huésped del comandante Heibey, a cuyas órdenes se hallaba la artillería de dicha fortaleza, y quien, ya no recuerdo con qué motivo, había organizado una pequeña *soirée,* a la que había de asistir entre otros también el teniente coronel Edib Bey, Jefe del III Cuerpo de Ejército y General en Jefe de la guarnición de Tchelaleh.

Después de los brindis reglamentarios a la salud de Sus Majestades, etc., es decir, cuando el generoso jugo de las uvas hubo comenzado ya a ahuyentar las arpías de la etiqueta y de la jerarquía, arrancó el coronel a cantar en italiano y en francés la Traviata, Aída, Tosca y no sé cuántas óperas más, pero con una maestría, que nos dejó asombrados a todos.

De haber manejado el coronel Edib Bey las armas con la misma destreza con que cantaba óperas, de seguro que nos hubiera ahorrado no pocas bajas, sobre todo durante la primer batalla de Gaza, que tuvimos a punto de perder debido a su no sé qué decir... desde el momento en que, en vez de acelerar la marcha de sus tropas, que iban en auxilio de Gaza, les ordenaba que la limitaran a tres kilómetros por hora..., lo cual equivalía a decirles que no se apresurasen.

Tan insigne cobardía costó más tarde a Edib no solamente su puesto, sino también la amistad y estimación de casi todos sus antiguos camaradas

De regreso a Jerusalén arreglé mi viaje, y, después de despedirme de Mühlmann, Grobba, Kiehl y otros amigos de mayor intimidad, salí la mañana siguiente para Bir-Es-Sabah, de que me separaba uno de los trayectos más interesantes y pintorescos de la por mil títulos ya pintoresca Palestina.

En Belén me desayuné temprano y por la tarde desmonté en Hebrón, la urbe sagrada por excelencia y dedicada a Ibriham-Halil-Alah, o "Abrahán, el amigo de Dios".

Gracias a la sagacidad de un oficial turco amigo mío, pude visitar esa misma tarde la célebre mezquita de «el-horam», construida con bloques de granito enormes y coronada de dos vetustos y macizos minaretes, de los cuales el uno se halla dedicado a Abrahán, mientras el otro a Isaac, que, figuradamente traducido, significa "el grito de Israel", o sea "la carcajada que Israel lanza sobre el campo de batalla sembrado de cadáveres enemigos ensangrentados".

Este santuario, que a ningún cristiano estaba permitido visitar, so pena de muerte, contiene, además de un sarcófago cuadrado y blanqueado en el cual, según dicen, reposan los restos de José, las tumbas de otros patriarcas y la de Abner-Ben-Ner, que derribara en tierra el puñal de Joab.

En su interior, que no me atreví a examinar con detenimiento por temor a ser descubierto, pero que me pareció sombrío en demasía y más bien poco atractivo, llamóme preferentemente la atención cierto lugar que, a juicio del vulgo, cubre una extensa cueva o subterráneo llamado «el-maghfelh», en que descansan al parecer los restos de Abrahán, Isaac, Jacob, Sara, Rebeca, etcétera, y en que me pareció haber visto a algunos creyentes depositar en un nicho de la pared vecina, de paso y a través de una perforación, ciertos girones o pedacitos de papel, conteniendo encomiendas a Dios, supongo yo.

Además de dicha mezquita, fui a visitar la renombrada encina de «mamreh», sita junto a un lugar llamado «la moscovia», y bajo cuyo ramaje fue, según reza la tradición, donde el Angel anunció a Abrahán el nacimiento de Isaac.

A juzgar por los beduinos del desierto y las costumbres absolutamente bíblicas que continúan predominando entre los fanáticos habitantes de aquella apartada región de Palestina, debe de haber semejado el Patriarca Abrahán uno de aquellos venerables Sheiks, o jeques, de la cuña Mahoma, quienes descollaban entre sus contemporáneos por sus creencias monoteístas, o mejor dicho por sus creencias arraigadas en el Dios único, que, dígase lo que se quiera, han sido y seguirán siendo siempre la base de todas las religiones del Cercano Oriente, desde el momento en que se basan en el antiquísimo culto del sol, que hace palidecer las demás estrellas, y que el hombre, en su eterno egoísmo, ha ido convirtiendo sucesivamente en Bel o Baál, Jehová, Raá, Yah, Júpiter y, por último en ese ojo solitario en medio de un triángulo, que ostentan con frecuencia las estampas, representando santos, expuestas a la venta con cirios, breviarios y rosarios en los portales y entradas de los santuarios cristianos de Tierra Santa.

Pero lo que más salta a la vista en Hebrón es que casi todas sus casas y fincas más productivas pertenecen a los "herederos de Abrahán", o sea al clero mahometano, ya que, según lo aseveran los discípulos de Mahoma, Abrahán no fue judío sino musulmán, esto es "creyente en la fe del Dios único y verdadero", que, a causa de la creación de la Biblia (mucho después de la muerte de dicho patriarca) acabó por degenerar en judaísmo, y, por último en la Trinidad Cristiana... hasta que Mahoma, el Apóstol de

Dios, la volvió a resucitar después de miles de años con objeto de conducir las ovejas extraviadas hacia el seno sagrado de Abrahán.

Para demostrar hasta dónde llegaba, en esa época al menos, el egoísmo del fanático clero musulmán de Halil-Raghmán, agregaré que la única institución benéfica que llegué a observar en ella fue una cocina pública para los herederos de Abrahán, a la cual, a pesar de ser pública, sólo los indigentes mahometanos tenían derecho a acudir.

La madrugada siguiente salí de Hebrón situada al borde de un valle sumamente fértil, y, siguiendo la carretera militar de Bir-Es-Sabah, pasé al pequeño desfiladero de Daharíe, en que un año más tarde había de sucumbir nuestro 12º Regimiento de Infantería (el de Kiehl) combatiendo heroicamente contra los ingleses. Durante este breve pero memorable combate, que dirigió el general Böhne Pachá, el 3º Escuadrón de nuestro 6º Regimiento de Lanceros Imperiales retó a la lanza y destruyó en combate singular a un escuadrón de caballería australiana que había alzado el guante.

Ya oscureciendo desembocó por fin el vadi que íbamos costeando en un desierto yermo y grisáceo, que se deslizaba interminable hacia el Poniente y en el que se destacaban como pardos manchones, cercanas al horizonte las polvorientas ruinas de la antiquísima ciudad simeonita en que Abrahán conmemoró su alianza con Abimelegh, rey de Gerar, por medio del sacrificio de siete corderos, y excavó los siete pozos del juramento, llamados hoy Bir-Es-Sabah.

Allí fue donde Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas a su hermano Jacob, y donde éste sacrificó las primicias de sus rebaños al Señor antes de ir a reunirse con su hijo José en la tierra de los faraones.

En Bir-Es-Sabah fue igualmente donde Abrahán y sus descendientes erigieron el primer altar al Señor.

Entretanto se habían ido descolgando las sombras del ocaso sobre las estepas del Badiet-Et-Tih y al rato comenzaron a brillar en lontananza los focos eléctricos del campo atrincherado de Bir-Es-Sabah, en que nuestra III División de Caballería Imperial continuaba haciendo frente a las legiones británicas, cuyas patrullas montadas se veían de día recorriendo en todas direcciones la azafranada linde del desierto.

Allí pernocté, y al hacerse día me presentó el comandante Todt al jefe de nuestra División y General en Jefe de la guarnición de Bir-Es-Sabah, el teniente coronel Esad Bey, de origen albanés, de estirpe principesca, y que en es época figuraba ya como el jefe de caballería más sobresaliente en el Imperio.

Hombre de unos cuarenta y ocho años, de fisonomía rubicunda, estatura fornida y bigote rubio, era Esad Bey la cultura y caballerosidad personificadas.

Su oficialidad y sobre todo la de nuestra Plana mayor, no podía ser mejor escogida, desde el momento en que se componía en su mayoría de mozos pertenecientes a las familias más distinguidas de Constantinopla.

Con decir que el príncipe Osman-Fuad Effendi, sobrino del Sultán, se hallaba a la sazón desempeñando el puesto de jefe de escuadrón en nuestro 7º Regimiento, creo que basta para corroborar mi aserto.

El comandante Ferid Bey, ex-Jefe de la Guardia Imperial en el Palacio de Dolma-Bagtche, mandaba el 6º; el teniente coronel Mehmed Bey, el 7º; al paso que el comandante Ahmed-Riza, mandaba nuestro 8º Regimiento de Lanceros, llamados en turco «misrakli suari alailar».

Además de con estas tres unidades y otra, de infantería montada, que se le agregó más tarde, contaba nuestra división con dos compañías de ametralladoras, dos baterías de artillería de campaña y una de artillería pesada, con una de zapadores, y con varias secciones de tropas técnicas.

El día de mi llegada acababa el coronel Esad Bey de hacerse cargo de toda la guarnición de Bor-Es-Sabah, compuesta de nuestra división, dos batallones del 125º y dos del 138º Regimiento de Línea, un regimiento de artillería de diversos calibres, dos secciones de ametralladoras al mando de los tenientes Ande y Stahl, y todo el tren de la administración militar, consistente en unos ocho mil parásitos a las órdenes del coronel takaut Begshed Bey, que Esad hizo disolver en el acto, reteniendo apenas el personal necesario para el servicio de etapas en dicha zona.

A los restantes seis o siete mil individuos de tropa "sin armas", los hicimos ingresar en filas o en los batallones de labor, mientras que a su oficialidad *takaut*, que había estado cebándose a costa de ellos por espacio de dos años, la desterramos a Jerusalén.

Una vez libres de esa plaga, no quedaban en Bir-Es-Sabah ya más que tropas de línea y unidades de asalto y de combate, apoyadas por una excelente artillería, que, a pesar de su número relativamente reducido, ayudaron poderosamente a mantener en jaque a los ingleses... hasta que llegó, por fin, el general von Falkenhayn y cometió el error imperdonable de desprenderse de casi toda la antigua y probada oficialidad del coronel von Kress, abriendo así las puertas al desastre, que no tardó en visitar nuestro ejército expedicionario en forma de la funesta tercera batalla de Gaza... a consecuencia de la cual Turquía perdió Jerusalén, al paso que von Falkenhayn su fama de entendido militar.

Formando parte de la guarnición de Bir-Es-Sabah, encontré una sección de la Expedición Pachá, compuesta de la instalación inalámbrica del teniente Stiller; el Feld Lazaret No. 213, bajo la dirección del médico mayor, Dr. Von Homeyer; dos baterías de defensa aérea mandadas por los tenientes Kraus y Birke; un parque de autocamiones; una sección de ingeniería, dirigida por el capitán Schuhmacher y el teniente Bayer, y la oficina de administración militar del veterano capitán Sterke, que dependía directamente del comandante von Mayr, jefe de dicha sección y representante personal del coronel von Kress cerca del General en Jefe de Bir-Es-Sabah, el teniente coronel Esad Bey.

Fuera del *Feld Lazaret* alemán, u Hospital, disponíamos en Bir-Es-Sabah de otro, turco, regentado por la bondadosa *Schwester* Paula Koch, que venía bregando ya desde principios de la guerra y afanándose por la suerte de nuestros pobres soldados heridos o apestados.

Bir-Es-Sabah, propiamente hablando, no era sino un pueblecillo de mala muerte. Pero tenía la ventaja de poseer agua potable en abundancia y de hallarse comunicada con Hebrón y Jerusalén por medio de una excelente carretera militar. Y aun cuando insignificante en punto a tamaño, como posición estratégica no tenía ella igual en dicho frente, desde el momento en que se hallaba protegida al Sur, por el desierto; hacia el Poniente, por un semicírculo de alturas rocosas, en que nos habíamos fuertemente atrincherado, y hacia el Tramonte, por la vía férrea, que la comunicaba con nuestro Cuartel General de Tel-Es-Sheriát y Jerusalén.

El agua que consumíamos en Bir-Es-Sabah, y que, de paso sea dicho, se extraía por medio de un poderoso sistema de bombas de mayor entre los siete pozos que excavara allí Abrahán cuatro mil años antes, daba abasto no sólo para el uso de la guarnición, sino también para el riego de sus numerosas huertas y jardines, tanto públicos como privados.

La gran ventaja que llevaba el ejército británico en Egipto sobre las fuerzas expedicionarias inglesas en Mesopotamia, consistía en que se componía casi totalmente de tropa europea y australiana, mientras que aquellas, exclusivamente casi de tropa indostana y en su mayoría mahometana, que simpatizaba en el fondo con los turcos y adolecía, como la mayor parte de los musulmanes, de esa apatía y flema que en este caso me atrevería a calificar de inercia crónica, en tratándose de la tropa, y de excesivo espíritu de rutina, en lo tocante a su oficialidad.

Los únicos contingentes indios que parecían hallarse exentos de esa fatal dolencia moral, eran los gurkas del Himalaya, quizás debido a que eran montañeses bravíos y de extracción turana, o mongólica.

Patrullas indostanas que recorrían un día tras otro un mismo trayecto, hasta que los nuestros, alertados al fin, les tendían una emboscada y se apoderaban de ellas, eran casos que se repetían con frecuencia en el frente del Irak, donde llegamos a calcular con el tiempo, y hasta con bastante precisión, los movimientos del enemigo, sea por las humaredas más o menos densas que emanaban de sus campamentos, o por sus aeroplanos, que, cuando volaban a poca altura, indicaban casi infaliblemente el avance de su caballería.

Pero antes de proseguir con mi relato voy a echar una ojeada retrospectiva sobre el rumbo que habían ido siguiendo los acontecimientos en el frente del Sinaí, Gaza o Palestina, llámese como se quiera, desde principios del 1915.

Después de la pretendida toma del Canal por el Ejército de Dyemal Pachá, a que me referí en el tercer capítulo, comenzaron los ingleses a darse cuenta de que la ancha y yerma faja de tierra que se extiende entre Gaza y Port-Saíd no era suficiente para atajar el avance de las huestes otomanas. Y, con la mira de prevenirse contra nuevos ataques por el estilo, fundaron hacia Levante y a poca distancia del Canal de Suez el campo atrincherado de El-cántara, que había de servir de base a su ejército expedicionario y de punto de partida a cierto ferrocarril, de vía ancha y doble, que comenzaron a construir, desde luego, bajo la protección de su escuadra, por toda la costa, y que seguían prolongando a medida que su avance iba progresando.

Tan sensata al par que estratégica medida por parte del enemigo no sólo inutilizó la eficacia de cierta vía férrea que estábamos construyendo en esos días a través del desierto, o sea desde Bir-Es-Sabah hasta Kuzeima y más allá, sino nos obligó también a cambiar de la noche a la mañana el plan de operaciones concentrando el grueso de nuestras fuerzas sobre la costa, en el sector El-Arrish – Cátia, que de ahí en adelante continuó siendo el palenque en que se siguieron desarrollando los acontecimientos bélicos en dicho frente.

Las fuerzas regulares de que disponía en esa época Dyemal Pachá, o, mejor dicho, el coronel von Kress, resultaban insignificantes comparadas con la zona que habían de cubrir y proteger. Y, de no haber sido por la reticencia salvadora del Generalísimo británico, Sir Archibald Murray, lo mismo que por la presencia de algunos Cuerpos de irregulares árabes, que nos ayudaban a sostener el *bluff,* la Campaña de Egipto no hubiera sobrevivido seguramente los primeros seis meses de la guerra, pues la falta de material rodante y de pertrechos, unida a la de artillería gruesa, de que carecíamos casi por completo en esos días, nos obligaban las más de las veces a mantenernos a la defensiva, cuando por medio de un golpe de mano hubiéramos podido lograr grandes ventajas.

Con objeto de reanimar el espíritu de nuestra gente, que había ido decayendo, se propuso el coronel von Kress aventurar una sorpresa contra Cátia, que distaba apenas unos quince kilómetros del El-Cántara y había caído esos días en poder del enemigo

En consecuencia, y valiéndose de una espesa neblina, copó y medio exterminó von Kress, ya no recuerdo en qué fecha, un regimiento de caballería adversaria, cuyos caballotes, tuzados a la inglesa, fueron después vendidos por nuestros soldados en Bir-Es-Sabah a razón de una o dos libras oro cada uno, a causa de que resultaban inservibles para el desierto por lo pesados y a causa del mucho cuidado y agua que necesitaban.

Acto continuo, y aprovechando dicha ventaja, se lanzó el coronel contra Cátia, cuya guarnición despedazó también antes que desde El-Cántara pudieran llegar refuerzos en auxilio de ella.

Este triunfo, inesperado más bien, indujo después al coronel von Kress a intentar otro golpe contra Cátia. Mas esa vez el derrotado fue él, porque los ingleses, alertados, habían colocado el grueso de su caballería en torno de dicho lugar.

Animados por nuestro descalabro, que, como era de esperar, tuvo por resultado obligado la retirada de nuestras fuerzas expedicionarias hacia El-Arrish (y la pérdida total de nuestras provisiones y municiones acumuladas en el sector Cátia), pasaron los ingleses de la defensiva a la ofensiva, y, prolongando su ferrocarril costañero, nos fueron obligando a cederles unos tras otros El-Arrish, El Hafir y, por último hasta Magdabah, a orillas del Vadi-El-Abiad (o el Río de Egipto, del Antiguo Testamento), donde nuestro 80º Regimiento de Línea, a las órdenes del comandante Ismail-Haki Bey se tuvo que rendir por falta de agua y de municiones.

Durante aquellos días fatales para nosotros, no faltaron casos en que nos vimos obligados a disparar con ametralladoras contra a nuestras tropas árabes, para impedir que se nos fueran a desbandar.

Lo único que salvó a Palestina en esa ocasión fue la llegada oportuna de la expedición Pachá y de varios otros refuerzos de consideración, como por ejemplo la de nuestra III División de Caballería Imperial, que lograron contener por fin el avance cada vez más impetuoso del enemigo.

Esa era, poco más o menos, nuestra situación al tiempo de mi llegada al frente de Palestina, donde el grueso de nuestra fuerza se componía de las 3ª, 5ª, 7ª, 16ª, 53ª y 27ª Divisiones de Infantería de Línea, refundidas en diversos Cuerpos de Ejército y apoyadas por nuestra III División de Caballería, treinta baterías de artillería de campaña y quizás cinco o seis de piezas de 15 centímetros... que, en conjunto, o mejor dicho, cuyos contingentes en conjunto creo no llegaban ni a treinta mil rifles y lanzas disponibles para el combate, merced a que el pie de fuerza de nuestras unidades se había ido reduciendo de tal manera por causa de las bajas y epidemias, que para esa época no representaba ya sino una tercera parte, o menos tal vez de su base reglamentaria.

Y lo peor del caso era que dichas bajas no se podían reemplazar sino muy lentamente, por causa de la falta de medios de transporte y otras muchas razones difíciles de explicar en pocas palabras.

Los ingleses, en cambio, contaban con cerca de sesenta mil hombres, repartidos del modo siguiente: una división de caballería ligera y otra de infantería montada (ambas de a nueve regimientos, de a quinientas plazas); tres divisiones de infantería de línea y una de reserva, de a diez mil hombres cada cual, varios Cuerpos de caballería auxiliar, y los contingentes de su artillería, de todo calibre, que constituían de por sí solos ya unidades escogidas al par que numerosísimas.

Además de con dichos elementos contaban los ingleses con su ferrocarril costañero de ancha y doble vía, con la poderosa artillería de su escuadra, y sobre todo con el acueducto aquél que algunas semanas después había de tratar yo en vano de hacer volar por los aires.

Y aun cuando no pretendo que las cifras que preceden sean exactas, creo, sin embargo, que de haberme equivocado no puede haber sido en mucho.

Nuestra III División de Caballería no era realmente sino un injerto de otra, del mismo nombre, que algunos meses antes había sucumbido en el Cáucaso por la imbecilidad y rapacidad de su antiguo jefe, cuyo nombre no recuerdo, pero quien, según supe después por su ayudante, Suad Bey, había dejado perecer de frío y de hambre en una sola noche a tal vez más de ochocientos caballos. Y al comandante Todt, no obstante ser su Jefe de Estado Mayor, parece que no le permitió ni voz ni voto, tratándolo como un cero a la izquierda.

Las tripulaciones de sus secciones de ametralladoras, por ejemplo, se vieron a su regreso tan acosadas por el hambre, que para no perecer tuvieron que comerse primero las bestias de silla y luego las mulas, o acémilas, cargando después ellos mismos con las máquinas al hombro.

A la llegada de los restos de dicha división a Alepo, se hizo cargo de ellos el teniente coronel Esad Bey, quien en un abrir y cerrar de ojos y con un lujo de energía e iniciativa sorprendentes en un oriental los reorganizó y transformó en nuestra III División de Caballería Imperial. Pero la precipitación con que se había llevado a cabo su remonta, había originado, como era de suponerse, algunas lagunas que luego me tocó llenar a mí por medio de una labor de dos a tres semanas, de que me seguiré acordando toda la vida con asombro, ya que todavía no he podido comprender cómo yo pude restablecer el orden en aquel caos.

De las ciento cincuenta o más bestias de silla, pertenecientes a la Plaza Mayor, v. gr., no encontré sino dos que llevaban herradas en el casco las cifras que les correspondían según los registros. También el material de equipo almacenado en nuestros diversos depósitos consistía en un conglomerado indescriptible de artículos requisicionados al por mayor. Y como para tornar todavía más insondable aquel *kalabalik*, seguían presentándose casi diariamente nuevos sueños reclamando bestias, que, según aseguraban ellos, algunos de nuestros oficiales habían embargado en el camino durante su viaje de Alepo a Jerusalén.

A pesar de tantas dificultades logré desenredar, por fin, aquel nudo gordiano, motivo por el cual el coronel Esad Bey me honró y siguió honrándome en adelante con una confianza que casi me atrevería a calificar de ilimitada.

En esos días llegó a Bir-Es-Sabah, en viaje de inspección, el Ministro de la Guerra, Enver Pachá. Iba acompañado de su Estado Mayor y varios representantes de la Prensa.

Muchos, por no decir la mayor parte de dichos señores, parecían hallarse preocupados por las bombas que los aviadores enemigos solían lanzar con frecuencia sobre nuestro campamento.

En cierta ocasión dejaron caer más de sesentas de una sola vez.

Durante esos bombardeos aéreos ofrecía el campo atrincherado de Bir-Es-Sabah por lo general un aspecto grandioso, especialmente durante los ataques nocturnos, en las noches de luna..., cuando en lo alto del fulgente firmamento se oía el zumbido de las hélices, semejante al ruido de alas aceradas, y descendían, aullando como fieras, unos tras otros los mortíferos torpedos..., mientras que en medio del vacío azulado estallaban, a imagen de cohetes, centenares de *sharapnels* y granadas.

Después de presenciar la parada de honor reglamentaria, partió Enver, acompañado de dos edecanes únicamente, con rumbo a Tchelaleh, donde al llegar le bastó una ojeada para cerciorarse de que dicha plaza era insostenible, razón por la cual ordenó su evacuación y el traslado inmediato de su guarnición a Tel-Es-Sheriát.

Con la mira de proteger, si necesario fuere, la retirada de la brigada de artillería austriaca, acantonada en dicho campo atrincherado, partimos Esad Bey, el comandante Todt y yo acompañados de nuestro 6º Regimiento, vía de nuestras posiciones de Abu-Galiún, que se extendían solitarias en medio de la estepa, a unos quince kilómetros hacia el Poniente de Bir-Es-Sabah.

Las secciones de ametralladoras y el convoy de municiones iban a mi cargo y se hallaban protegidos por fuertes contingentes de infantería y caballería, ya que la suerte de toda fuerza combatiente en el desierto depende casi siempre de su tren de combate, sobre todo en aquellas pampas, donde no sólo las columnas volantes, sino hasta los mismos cuerpos de ejército solían maniobrar cada uno por su cuenta, debido a la falta de vías de comunicación adecuadas.

Una vez consumidas las municiones, no queda por lo general al combatiente en el desierto más alternativa que la de morir o rendirse, puesto que contra el fuego de ametralladoras y de artillería de campaña no hay valor ni carga a la bayoneta que valga.

Y al descolgarse las sombras de la noche, confundiendo la tierra y el firmamento en una sola masa gris e incoherente, que apenas cortaba hacia el Poniente una orla de oro derretido, descendió desde lo alto en raudo vuelo un águila germana desde cuya nave se agitaba un pañuelo, y pasó adelante hasta perderse de vista, como un ave nocturna, gigantesca, en medio de un caos de sombras vespertinas.

Era la máquina del teniente Falke, quien había ganado ya justo renombre por sus hazañas, tanto en el Sinaí como en Galípoli.

Para no revelar nuestra presencia, dióse la orden de no encender hogueras ni luces de ninguna clase. Sólo en mi toldo dejé alumbrada una linterna sorda, que necesitaba para efectos del servicio.

Y en tanto me hallaba redactando varios despachos cerca de medianoche, oyóse el paso de bestis, y antes de que pudiera llamar a mi asistente, se intro-

dujo por la abertura de mi tienda de campaña una faz rubicunda, de ojos azules y sombreada por la visera de un negro casquete austriaco, que me saludó con un alegre «*K. & K. Artillerie Brigade, auf Rückmarsch von Tchelaleh nach Bir-Es-Sabah. Grüss Gott, Herr Kamarad*».

Y en compañía de ese excelente amigo, a quien los ingleses habían de amputar más tarde la quijada de un balazo, me encaminé hacia el toldo de Esad Bey, a quien encontré ya despierto y conversando animadamente con el comandante von Marnow, jefe de la brigada de artillería austriaca, que llevaba también el pecho cubierto de medallas de plata, oro y bronce, usaba monóculo, y vestía, al igual que su ayudante, un elegantísimo uniforme de media gala que contrastaba vivamente con los modestos trajes de campaña que tanto Esad como Todt y yo usábamos en primer lugar para mayor comodidad, y luego para no llamar demasiado la atención de los «sharpshooters» enemigos, quienes solían distinguir a los oficiales a veces a kilómetros de distancia por el brillo de un botón o de una charretera.

Esas preocupaciones de carácter netamente profesional parecían tener más bien sin cuidado a los oficiales austriacos, para quienes los uniformes elegantes, las condecoraciones ostentosas, las orquestas de gitanos y sobre todo el «menage», o sea todo lo concerniente a la comida, parecían tener mayores atractivos que no muchas de las cosa más serias de la vida.

De ahí la razón de por qué los orientales parecían simpatizar más con la pintoresca oficialidad austriaca que con los austeros oficiales de carrera alemanes, quienes, aun cuando severos en el cumplimiento de su deber, no por eso dejaban de ser también muy buenos y leales compañeros, y hasta elegantes por añadidura, aunque nunca «fesch» como los austriacos.

Gracias a las nuevas columnas de autocamiones de la Expedición Pachá, pudo efectuarse la retirada de Tchelaleh con sumo disimulo y una rapidez tal, que dejó asombrados hasta a los mismos ingleses, quienes según parece habían estado esperando únicamente la llegada de sus nuevos «tanks» para tratar de tomar dicha plaza por sorpresa.

Después que la brigada austriaca hubo continuado su retirada en dirección de Bir-Sabah, pasamos el resto de la noche con un pie en el estribo, esperando la llegada de adversario que nunca llegaba, hasta por allá, al amanecer, cuando nos vino a alertar desde la vecina estepa que cubría el brumaje un tiroteo infernal e incesante, acompañado de fuertes explosiones.

Y como el ruido de combate iba en aumento rogóme Esad Bey que regresara inmediatamente a Bir-Es-Sabah con nuestros convoyes por la misma vía que habíamos venido, mientras él se proponía seguirnos a cierta distancia con el regimiento para proteger nuestra retirada en caso dado.

A poco de haber partido notamos, fuera del alcance de nuestros rifles y envueltos en una nube de polvo, a varios grupos de jinetes, disfrazados de turcos, espiando nuestros movimientos.

Con la mira de prevenirnos contra una sorpresa, ordené a nuestra escolta de infantes que se desplegara, cubriendo el flanco derecho de la columna, al paso que yo mismo, acompañado de un grupo de lanceros, me fui al encuentro de los desconocidos, primero al trote, y luego al galope, hasta que al llegar a unos doscientos pasos de ellos, mandé a mi gente que se desmontara y les disparara unas cuentas descargas, que los hicieron huir a la desbandada.

Entre dichos jinetes me llamó la atención cierto individuo, montado en un caballo hermoso y negro como el azabache, que parecía volar más bien que galopar por el desierto. De buena gana le hubiera echado el guante. Pero el temor de desatender el convoy me hizo retroceder... cuando, al refrenar mi bestia para virar, paró aquél también su caballo, y levantando una carabina máuser, adornada de plata, me mandó en señal de despedida un par de balazos que me pasaron silbando junto al rostro.

Minutos después de nosotros llegó a Bir-Es-Sabah nuestro regimiento. Y al rato salió una comisión en busca de dos aviadores ingleses, que, al aterrizar, habían caído en manos de los beduinos, y a quienes éstos habían prometido entregarnos mediante el pago de cincuenta libras de oro.

Por boca de uno de dichos señores supe al siguiente día que, al ser apresados, habían ofrecido a los cabileños, a cambio de su libertad, la suma de cien libras esterlinas, pagaderas en Port Saíd. Mas éstos parece que les contestaron, encogiéndose de hombros, que "más valía gorrión en mano que buitre volando"... demostrando así, de una manera categórica, que los descendientes de Ishmail, pobladores de aquellos desiertos, aún siguen aferrados a los principios del Antiguo Testamento, que tuvo su origen y brotó de entre ellos.

# Capítulo XXIII

Aquellos días cayó enfermo el comandante Todt, y una semana después regresó a Alemania para ya no volver más.

Con su separación terminó el puesto de Jefe de Estado Mayor en nuestra división. De la parte oficinista de dicho ramo continuó hecho cargo, como de costumbre, el capitán Nebil Bey, al paso que yo seguía ejerciendo en la guarnición de Bir-Es-Sabah, un poder casi ilimitado, gracias a mi cargo de Jefe de la Plana Mayor y hombre de confianza del coronel Esad Bey.

El primero de marzo (1917) tuve que ir, ya no recuerdo con qué motivo, a nuestro Cuartel General de Tel-Es-Sheriát, donde pasé un par de días en calidad de huésped del coronel von Kress.

Durante dicha ocasión tuve la oportunidad de poder observar de cerca los manejos de cierto individuo que había de causar con el tiempo la ruina del coronel von Kress y la de la mayoría de los oficiales de su mayor confianza.

Era un siriaco, capitán de infantería, llamado Teufik Effendi, que, además de las funciones de jefe de la sección de "los asuntos árabes" en dicho Cuartel General, ejercía igualmente el puesto de agente secreto de Dyemal Pachá y su Jefe de Estado Mayor, Ali-Fuad Bey, a fin de llevar cuenta exacta de todos los movimientos y conversaciones del coronel von Kress y sus oficiales de nacionalidad alemana.

El bochornoso asunto del comandante Fischer, por ejemplo, fue obra casi exclusivamente suya. Y de él solían servirse también el coronel Rifet Bey y los demás oficiales turcos, enemigos de los alemanes, para propagar en el Alto Comando de Damasco rumores enojosos, que pasaban después en forma de notas oficiales al "departamento secreto" del Ministerio de la Guerra en Constantinopla.

Como esto no era ningún secreto en el IV Ejército, o al menos entre la oficialidad superior otomana de dicha entidad, mucho me extraña que el coronel von Kress nunca se haya dado cuenta de ello.

El 24 de marzo, si no recuerdo mal, llegó a Bir-Es-Sabah Nicilai Pachá, inspector de la artillería en el IV Ejército. Y la mañana siguiente se celebró en su honor una maniobra altamente interesante, en que tomaron parte fuerzas de infantería, caballería, artillería y varias secciones de ametralladoras.

Después de terminada, y en tanto los oficiales de Estado Mayor nos hallábamos reunidos, escuchando los conceptos que a cada cual tocaba emitir respecto al desarrollo de las diferentes fases del combate, me llamó aparte el coronel von Kress y me preguntó si me hallaba dispuesto a ir a dinamitar la instalación principal de bombas del acueducto inglés, que debía de hallarse situada en las inmediaciones del campo atrincherado y del cuartel general enemigo de Sheik-Sueid.

En consecuencia, y a pesar de que ignoraba dónde quedaba Sheik-Sueid, accedí gustoso a sus deseos, menos en lo tocante a la fecha de partida, puesto que en vez de salir a los cinco o seis días, acompañado de un escuadrón, conforme lo sugería el coronel, partí la mañana siguiente con apenas seis lanceros escogidos y mis asistentes Mustafá y Tasim Chavush.

La primera etapa de nuestra excursión había de ser el último pozo en el desierto, llamado Bir-Es-Shenek, que distaba cosa de treinta kilómetros de Bir-Es-Sabah, mientras que los restantes cuarenta y cinco kilómetros, que conducían a través de un desierto sin agua y para mí completamente desconocido, los habíamos de recorrer de noche y sin más guía que la estrella polar.

A las seis en punto de la mañana partimos por la vía de Abu-Galiún, donde por poco nos fusiló una de nuestras descubiertas que nos había tomado por el enemigo. Y a eso de la una de la tarde llegamos al pozo de Bir-Es-Shenek, al cual solían acudir para abrevar sus rebaños los pastores de las cábilas errantes.

Con la mira de estar más prevenido contra toda sorpresa, hice acampar a mi gente en el fondo de un profundo secadal, y me puse a aguardar la noche para seguir la marcha, ya que, de haberse dado cuenta los beduinos del rumbo que íbamos tomando nos hubieran delatado irremisiblemente al enemigo para cobrar el «bakshish» reglamentario con que los ingleses solían premiar todo servicio de espionaje.

Luego de haber dado las órdenes de vigilancia necesarias, subí la falda de la torrentera a fin de examinar por medio del binóculo los arenosos horizontes que nos circundaban, especialmente en dirección al Norte, donde se destacaba como una marcha cobriza el montículo de Tel-El-Fari, a orillas del Vadi-Es-Sheriat y vecino a Tchelaleh, mientras al Sur y Este se extendía la gualda superficie del desierto de los amalecitas, con sus interminables ondas de arena, que debíamos recorrer yendo y viniendo en una sola noche, pues, de habernos sorprendido en día en las cercanías del cuartel general enemigo, hubiera estado sellada nuestra suerte.

Y en tanto me hallaba contemplando aquellas polvorientas lejanías, en que reverberaban los inclementes rayos de un sol de plomo, alcancé a notar a unos seiscientos pasos de mi observatorio al jinete del caballo negro y de la carabina tachonada de plata, aquél que me había molestado tanto tres o cuatro semanas antes, durante nuestra retirada de Abu-Galiún a Bir-Es-Sabah. Estaba agachado tras una loma, junto a la cual se apiñaban los negros toldos de una cábila, y parecía estar sumamente interesado por todo cuanto nuestra gente se hallaba haciendo.

Como todavía faltaban un par de horas para la puesta del sol, fuíme escurriendo sigilosamente hacia el fondo de la hoyada, donde monté a caballo, y, dando un rodeo de media legua, caí por la espalda al jinete citado, quien, al divisarme, me disparó un balazo a quemarropa y salió a rienda suelta en dirección al Este, o sea hacia cierta quebrada seca, angosta y sombría, en que seguramente lo estaban esperando sus compañeros.

La bestia que montaba no podía ser mejor, pero mi caballo "Derviche", que era árabe de pura sangre, le seguía ganando terreno rápidamente, hasta que por último logré acercarme a tiro de revólver, cuando en eso noté varios sujetos armados hasta los dientes que venían a nuestro encuentro a todo galope.

Comprendiendo lo grave de la situación, di a mi hombre la voz de «alto» una y dos veces, y como no me hiciera caso lo hice rodar por el suelo de un disparo.

Al darse cuenta de su muerte sus compañeros, volvieron grupas para ir a refugiarse Dios sabe dónde, en la creencia sin duda de que yo los iba a perseguir y caer en el lazo que me habían tendido.

De regreso al vivac noté un centenar o dos de beduinos, de a pie y de a caballo, que, no obstante el alerta de nuestros centinelas, seguían acercándose con pretexto de querer visitarnos.

Conociendo, como conocía yo su pérfido carácter, mandé disparar contra ellos un par de descargas al aire, que los pusieron en fuga precipitada, pues los irregulares árabes, a pesar de su fama de valientes, son colectivamente por lo general más bien poco animosos y atacan de frente sólo cuando se las tienen que ver con reclutas o con un adversario que les sea bastante inferior en número.

Y cuando ya nos íbamos aprestando para emprender la marcha, observé con pena la ausencia de mi compás y de mi lamparilla eléctrica, que se me había caído del bolsillo durante la persecución del jinete montado en el caballo negro.

Entretanto se habían ido apagando en el Ocaso los arreboles de un crepúsculo de sangre..., mientras que de la pampa, en que imperaban las sombras, brotaban a intervalos, como lenguas de fuego, las humeantes hogueras de las cábilas.

Para evitar todo ruido y especialmente toda luz que pudiera revelar nuestra presencia a los beduinos, cuyos aduares cubrían el borde del desierto hasta el confín sombrío, ordené a los míos que quitaran las cadenillas de los cabestros y machetearan sin piedad al primero de entre ellos que sorprendieran encendiendo un cigarrillo o hablando en voz alta.

Acto continuo, y sin un compás siquiera por el cual poder guiarme, ni más compañero que mis ocho bravos, que me venían siguiendo a intervalos de cinco metros, interneme por aquel desierto oscuro e inhospitalario, donde la más mínima desviación hacia la derecha nos hubiera conducido dentro de los alambrados inextricables del campo enemigo de Han-Hunis, y a la izquierda

hacia el corazón del Badiet-Et-Tih, donde el calor y la sed hubieran acabado con nosotros en menos tal vez de veinticuatro horas.

Entre todos llevábamos unos treinta kilogramos de dinamita con que pensábamos hacer volar el acueducto junto a la sección del ferrocarril inglés que separaba a Sheik-Sueid de la estación de Tel-Rafat, y a la cual, alternando el paso con el trote, calculaba yo poder llegar a la una o una y media de la madrugada.

Extendiendo el brazo derecho de vez en cuando hacia la estrella polar para no perder el rumbo Oeste que íbamos siguiendo, y sacando el cuerpo a los aduares de las cábilas, que nos revelaban su existencia por medio del intenso brillo de sus hogueras o el furioso ladrar de los canes, seguimos adelante, cautelosamente, a imagen de una cabalgada fantasmal, encabezada por mi caballo Derviche, que parecía ver de noche como de día... hasta que a medianoche, poco más o menos, comenzamos a divisar en lontananza, y Dios sabe a qué distancia todavía el vivo destello de varios focos eléctricos que supuse pertenecer a la estación de Tel-Rafat. Y, guiándonos por aquel faro luminoso, cuya aparición no dejó de alegrar bastante a mis muchachos seguimos avanzando en dirección al Sur, hasta que al rato fuimos notando con asombro que el número de los focos iba en aumento de una manera sorprendente, pues Tel-Rafat no pasaba de ser sino una estación insignificante más bien.

No obstante continuamos la marcha, confiando en que de un momento a otro habíamos de tropezar con la ferrovía y el acueducto que corría a su lado.

Pero en vez de con los dos pares de raíles que nos esperábamos, con lo que tropezamos fue con un pantano salitroso que, a juzgar por las fotografías de nuestros aviadores que yo había estudiado la noche antes, no podía ser otro sino cierta laguna salobre que se extendía por espacio de varios kilómetros al sur de Sheik-Sueid y hacia Levante del ferrocarril costañero de los ingleses.

Por ese indicio comprendí en el acto que el montón de luces a nuestra derecha debía de ser el Cuartel general enemigo de Sheik-Sueid, y así se lo hice saber a los míos, quienes, a pesar de ello, insistieron en querer llevar a cabo la destrucción, si no de la estación de bombas, al menos sí del acueducto, conforme había sido nuestra intención desde un principio. Y, no deseando perder la hora y media que hubiéramos necesitado para regresar por el desierto, resolvimos atravesar de banda en banda el cuartel general enemigo.

Con los sables colgantes de las muñecas y las carabiñas calzadas y apoyadas en el muslo, nos internamos entonces por un mundo de zanjas, rieles y material rodante acumulado, que cortaban a trechos caminos profundamente acanalados por el rodaje de las baterías, y desde los cuales se divisaba a veces el mate brillo de las luces a través de las lonas de las tiendas, al paso que a la izquierda el vivo centelleo de focos eléctricos, un martilleo incesante y el

escape de vapor de una locomotora, nos revelaban claramente que estábamos pasando junto a los talleres o a la estación del ferrocarril. Y, al tropezar una de nuestras bestias con un par de rieles que no habíamos notado en la oscuridad, oímos hacia la derecha el ladrido de un perro, que acabó por despertar a todos los canes del vecindario.

A pesar de ello continuamos la marcha a través de un mundo de tiendas y barracas, hasta que el relinchar de caballos nos puso en guardia. Afortunadamente, no pudieron los nuestros contestarles merced a unos bozales improvisados que les había hecho aplicar yo de antemano.

A la izquierda, y no muy distante de la vía que íbamos siguiendo, nos llamó al rato la atención un edificio de regular tamaño e iluminado por dentro, desde el cual salía algo así como el sonido de un piano.

Si los señores dueños o comensales de dicha residencia o casino hubiesen sabido qué clase de aves nocturnas aleteaban frente a su vivienda, de seguro nos hubieran convidado a pasar una temporada, si no en el Cairo, al menos en la India, en Malta o acaso hasta en el otro mundo.

Y cuando ya empezábamos a creernos salvos, o al menos sí en despoblado, oímos las voces de los individuos que se nos iban acercando tranquilamente.

En vista de ello, y no deseando revelar nuestra presencia por medio de disparos, empuñamos los sables y esperamos a ver. Pero no nos notaron, recostados como nos hallábamos contra la falda de un zanjón. Y, abriéndonos paso a tijeretazos por entre los alambres de un lienzo de trincheras abandonadas, atravesamos un trigal en pie y un camino carretero por el cual pasó minutos después a toda velocidad un automóvil blindado que afortunadamente tampoco nos notó. No parece sino que la suerte nos favorecía.

Viendo que ya eran las tres de la madrugada, tomamos rumbo al Noroeste y, haciendo uso generoso de las espuelas, seguimos avanzando rápidamente hacia el lugar por donde suponíamos que debían pasar los raíles del ferrocarril.

Pero aún no habíamos recorrido ni un millar de pasos, cuando nos detuvo la forma confusa de un individuo que iba huyendo a toda carrera en dirección de Sheik-Sueid. Era un beduino, a quien, no deseando matar, hice amarrar a un chaparral, y seguimos avanzando, hasta que el ruido y el estridente silbido de un tren militar nos vinieron a revelar el sitio por donde pasaba la vía.

Animados por ese indicio casi providencial, continuamos adelante a todo galope, cuando un bulto sombrío, que yo había tomado al principio por un médano, nos paró en seco. Y al acercarnos cautelosamente para reconocerlo, notamos con sorpresa que no era tal duna, sino un edificio o gran tienda de lona, que, según supe a nuestro regreso, servía de estación de empalme entre

la vía principal y el ramal o camino carretero que, atravesando las dunas, comunicaba con el desembarcadero de la escuadra inglesa.

Y en tanto continuábamos, inmóviles, observando a ver si habíamos sido notados, oímos voces de alarma de derecha e izquierda y el «quién vive» de varios individuos que se nos iban acercando con una linterna.

Siendo de primordial importancia para nosotros mantener al enemigo en duda respecto a quiénes éramos, mandé en voz baja «*guerie dön, march march*», y, volviendo grupas, retrocedimos a todo galope cosa de cuadra y media, donde hicimos alto para continuar observando al enemigo, que no parecía comprender ni de qué se trataba, pues ¿cómo se había de imaginar que nueve turcos habíamos atravesado el desierto en plena noche para dinamitar su acueducto y regresar a ser posible antes del amanecer?

Entretanto había llegado el tren militar, y de sus coches profusamente iluminados comenzó a brotar un gentío armado, mientras en dirección de Sheik-Sueid se oía la ronca voz de una sirena, como tocando alarma, pues para llamar las tripulaciones al trabajo era demasiado temprano todavía..., no eran sino las tres y media de la madrugada.

Perplejo ante tan inusitada situación, y, no deseando retroceder sin haber cumplido antes con mi deber, aconsejé a mi gente que se pusiera a salvo, en tanto que Tasim y yo, aprovechando la media hora que aún faltaba para el amanecer, procuraríamos dinamitar, si no el acueducto, al menos sí la ferrovía en aquellos contornos. Pero sus ruegos insistentes que no los abandonara a su suerte en medio de aquellos arenales, unidos a la alarma que ya debía de reinar para aquellas horas en Sheik-Sueid, me hicieron desistir al fin de mi empeño. Y, repugnándome exterminar de una descarga la valiente patrulla enemiga que se nos seguía acercando, arma en balanza, di media vuelta, y, seguido de mis lanceros, desaparecí entre las tinieblas del desierto.

Al despuntar el día, nos halló refugiados en el fondo de un profundo secadal, con las bestias devorando ávidamente uno que otro manchón de pasto primaveral, y la gente, tendida en el suelo, durmiendo... mientras Tasim y yo vigilábamos atentamente el borde del desierto, que circuían al Poniente dunas violáceas, hacia el Mediodía, un agitado mar de gualdas arenas, al paso que hacia Oriente, apenas perceptibles ya las azules montañas de Judea.

Y cuando los párpados se nos iban cayendo casi de puro cansancio, nos despertó el zumbido de tres aviones enemigos que iban volando al ras del suelo con rumbo hacia el Naciente... en busca nuestra, probablemente. Y pocos minutos después pasó, en la misma dirección y envuelto en una nube de polvo, un pelotón de «hedchin suaris», o caballería montada en camellos, que, a causa de la distancia, no me fue posible distinguir si se componía de ingleses o auxiliares árabes; mas por el trote largo de sus dromedarios y el derrotero que iba siguiendo comprendí en el acto el objeto de su viaje.

Cuando éstos acabaron de desaparecer también en el horizonte, montamos a caballo, y, tomando rumbo al Nordoeste, o sea en dirección de Tel-El-Fari, llegamos después de unas cuantas horas, que me parecieron siglos, a un ancho y holgado camino que cortaban en diversos sentidos líneas de futuras fortificaciones enemigas, señaladas por blancas banderitas. Y cuando preguntamos a un *félah* del vecindario que quién las había trazado, nos dijo que días antes unos ingenieros ingleses (inglis muhendis), y añadió que el camino que íbamos siguiendo era nada menos que la carretera central entre el campo atrincherado de Han-Hunis y nuestra ex-fortaleza de Tchelaleh, que el enemigo había ocupado aquellos días.

A juzgar por aquel indicio, nos hallábamos en todo el centro de la zona militar inglesa. Cerca de Tel-El-Fari tropezamos con una patrulla de caballería adversaria, que, al reconocernos, se retiró precipitadamente.

En Abu-Galiún, adonde llegamos a las cuatro de la tarde, nos esperaba ya un escuadrón de nuestro 6º Regimiento, con el que regresamos entonces a Bir-Es-Sabah.

Y aun cuando debido a las circunstancias excepcionales que acabo de referir no nos fue posible dinamitar el acueducto inglés, nos cupo al menos la satisfacción de haber establecido un récord, desde el momento en que en menos de treinticinco horas habíamos recorrido de 150 a 160 kilómetros, en su mayor parte a través de la zona militar enemiga y sin haber abrevado nuestro ganado ni una sola vez en todo el tiempo.

Minutos antes de llegar a Bir-Es-Sabah, tropezamos en el camino con un sargento alemán, el cual, al preguntarle yo adónde iba, me contestó que en busca del teniente Ande, que había salido media hora antes con su sección de ametralladoras en dirección de Tchelaleh.

Sospechando que algo muy grave debía estar pasando, apretamos el paso y llegamos al poblado, o a nuestro campamento, mejor dicho, en el momento preciso en que Esad Bey salía con toda la guarnición de Bir-Es-Sabah para ir a tomar parte en la primera batalla de Gaza.

Olvidando mi gran cansancio, monté en un caballo fresco y me hice cargo del tren de combate y de los convoyes, consistentes en varios millares de camellos, carruajes y acémilas, escoltados por una compañía de infantería, un escuadrón de caballería y cosa de unos quinientos peones armados de máuseres.

Nuestras fuerzas se componían de los Regimientos 6º, 7º y 8º de Lanceros Imperiales con sus correspondientes dotaciones de artillería y ametralladoras; de un batallón del 125º y dos del 138º Regimiento de Línea; de una compañía de artillería pesada; de las secciones de ametralladoras de Ande y Stahl, y de varios destacamentos de tropas técnicas (zapadores, telegrafistas, telefonistas, etc.).

El orden de marcha de dichas unidades era admirable y daba una idea de lo mucho que se puede hacer con una tropa turca cuando se halla dirigida, o al menos controlada, por oficiales extranjeros.

Ya de noche pasamos por frente a Abu-Galiún y a eso de las dos de la madrugada del 27 de marzo (1917), si la memoria no me es infiel, ocupamos cierta posición sumamente ventajosa, por donde el camino de Han-Hunis atraviesa el Vadi-Es-Seriát, o Vadi-El-Fari, cuyo curso inferior solían llamar los ingleses el «*dry channel*», o "canal seco", por lo ancho y profundo que era.

Dicha posición representaba, después de Gaza tal vez, el punto más estratégico en nuestra línea de fuego, por cubrir el frente de nuestro Cuartel General de Tel-Es-Sheriát y por lo tanto también la ferrovía que comunicaba a éste con Bir-Es-Sabah.

Creo oportuno recordar aquí que, debido a la concentración de la mayor parte de nuestras fuerzas disponibles en torno de Gaza, había quedado Tel-Es-Sheriát casi totalmente desguarnecida, desde el momento en que los dos o tres batallones de líneas y otras tantas baterías, a que quedaba reducida la guarnición, no bastaban para cubrir siquiera una quinta parte de su vasto sistema de atrincheramientos, mientras que en Bir-Es-Sabah no habían quedado sino las blancas tiendas de nuestra guarnición, a fin de despistar al enemigo y acaso un batallón o dos de los de "pica y pala", llamados *amele tabur*, para proteger nuestros depósitos de provisiones y municiones, que de lo contrario hubieran sido saqueados por los beduinos.

La actitud que debían adoptar nuestras fuerzas, o sea el grupo de Esad Bey, era la de una expectativa pasiva, que había de convertirse en ofensiva o defensiva, según el desarrollo que fueran tomando los acontecimientos.

En frisando la madrugada, llegó el comandante von Mayr para informarnos que gracias a sus seis o siete puentes improvisados a través del *dry channel*, los ingleses habían logrado flanquear a Gaza, y, acosándola de frente y por retaguardia, habían penetrado con sus automóviles blindados hasta el corazón de la villa, de suerte que si para esas horas, o sea a las cuatro de la madrugada, Gaza no había caído ya, debía de hallarse dicha plaza a punto de sucumbir, máxime cuando el comandante Tiller había señalado dos horas antes por medio de su servicio inalámbrico al Cuartel General que, de no llegarle refuerzos en el término de la distancia, Gaza caería irremisiblemente, y agregaba que mientras se hallaba redactando aquel despacho a su ayudante, el teniente Benecke alcanzaba a divisar la brigada de artillería austriaca defendiendo sus piezas a pistoletazos y a fuerzas de granadas de mano contra los ingleses, que la tenían rodeada.

La guarnición de Gaza, castigada con exceso y exterminada en parte por los fuegos concentrados del enemigo, se defendía heroícamente entre lienzos de paredes ennegrecidas, que crujían y se desmoronaban bajo la acción continua de las granadas, las cuales, a imagen de rojos relámpagos, entre copos de humo estallaban en torno de árboles desgajados, al paso que los depósitos de municiones, heridos por el tiro indirecto, estallaban en llamas y flameaban como piras enormes en medio de oscuras y espesas humaredas.

Y en las estrechas calles de la antiquísima ex-capital de los filisteos, que cubría en parte el humo como una ola gris, oponían los valientes de los Regimientos 79º

y 125º por falta del parque sus desnudos pechos y ensangrentadas bayonetas al formidable empuje de los granaderos galos y sus poderos máquinas de guerra, que los ametrallaban despiadadamente, mas sin lograr romper sus filas... mientras los jefes y las clases de la artillería austro-húngara, comenzando por el heroico conde Storzevsky, iban y seguían cayendo unos tras otros bajo las balas de los ingleses, quienes en aquel momento ¡cómo se habían de imaginar que aquella misma noche iba a ser sobre sus propios cuerpos ensangrentados que los carroñeros del desierto habían de celebrar su festín macabro al son de risas satánicas y gemidos lastimeros y prolongados!

Acosados por un enemigo diez o quince veces superior, y luchando cuerpo a cuerpo en torno de las banderas del Profeta, fue como Tiller y su puñado de héroes salvaron el honor de las armas otomanas durante aquella memorable jornada, que hizo época en los anales de la historia, tanto turca como austriaca y alemana.

Y en tanto nos hallábamos apostados aquella madrugada sobre el margen derecho del Vadi-El-Fari para impedir el avance de la caballería enemiga sobre Tel-Es-Sheriát, no cesaba von Kress de telegrafiar al teniente coronel Edib Bey, jefe de las Divisiones de Infantería 3ª y 16ª, acantonadas en Dchemameh, instándole a que volara en auxilio de Gaza; pero Edib, que había nacido aparentemente para cantor de ópera más bien que no para oficial superior de Estado Mayor, se hallaba presa de la consternación más espantosa y, en vez de apresurar el paso de sus divisiones, lo iba reduciendo a tres kilómetros por hora, impulsado por el temor de que un desastre fuera a dar por el suelo con un prestigio militar harto dudoso que él se había ido formando a fuerza de *bluff* y nada más que *bluff,* en castellano "camana".

Edib Bey era el prototipo de cierta *clique* de oficiales superiores jóvenes turcos, que, a causa de su cretinismo, apatía, ineptitud, envidia, egoísmo y una rapacidad sin límites, acabaron por desmoralizar, durante la Guerra Mundial, al brillante ejército otomano, y por conducir su patria al borde del abismo, al paso que la oficialidad subalterna y las clases derramaban su sangre generosamente por salvar el honor de la bandera.

Viendo que la caballería adversaria no llegaba ni se asomaba siquiera, recibimos orden de avanzar en globo por toda la margen derecha del Vadi-Es-Sheriát contra la retaguardia del centro y a la derecha enemigos, que tenían en jaque algunos batallones nuestros desde las alturas de Abu-Hurera.

Nuestro avance no dejaba de ser una maniobra altamente arriesgada, pues al desalojar la posición ventajosa que habíamos estado ocupando hasta entonces, dejábamos el paso franco a cualquier fuerza adversaria que hubiera deseado avanzar en adelante contra Tel-Es-Sheriát o Bir-Es-Sabah.

Esta medida estratégica, que algunos han pretendido comentar desfavorablemente, revelaba el genio militar y la audacia sin límites del coronel von Kress quien,

aprovechando el descuido imperdonable de los ingleses en no haber amenazado siquiera con un regimiento de infantería montada aquel punto vulnerabilísimo de nuestro frente, concentró en un momento dado y con una rapidez sorprendente todas sus fuerzas y fusiles disponibles sobre el flanco derecho del enemigo, que, amenazado de frente y por dicho costado, y por nosotros en su retaguardia, tuvo que abandonar Gaza a toda carrera y retirarse precipitadamente hacia su campo atrincherado de Han-Hunis, allende el dry-channel, dejando regados por el desierto millares de muertos y heridos, que nuestros llamados "auxiliares árabes" y futuros confederados del Jerifa Huseín de la Meca se encargaron de rematar y mutilar aquella noche, después de despojarlos de cuanto llevaban encima, inclusive sus ropas interiores.

Pero voy a continuar mi relato.

Como dejé dicho ya, nos hallábamos acampados a orillas del Vadi-Es-Sherát, aguardando la llegada del enemigo, cuando nos sorprendió la orden de avance. Y, no deseando exponer nuestro tren de combate a una acción de retaguardia, me rogó Esad Bey que lo condujera sin demora a Tel-Es-Sheriát, pero que regresara cuanto antes con su escolta de infantería y caballería a las inmediaciones de Gaza, donde él esperaría mi llegada.

Cuando fui a despedirme del coronel, noté que estaba nervioso. Y al indagar el motivo de su inquietud, me confió que, a pesar de haber despachado ya varios ayudantes en solicitud del 7º Regimiento, ninguno había logrado encontrarlo hasta entonces.

En vista de ello, monté a caballo, y, a despecho de las protestas de Esad Bey, partí acompañado de una escolta para ir a buscarlo.

Afortunadamente, no tardamos en dar con su rastro, que fuimos siguiendo hasta que después de recorridos unos cuatro kilómetros dimos con él en las inmediaciones de Tel-Es-Fari, ocupando por cierto una posición bastante ventajosa.

Nunca se me olvidará la satisfacción que experimenté cuando, al levantar la vista ante el enérgico «*quim var*» de un centinela nuestro, me encontré frente a frente con los impávidos semblantes y las miradas rígidas, casi salvajes, de un escuadrón del regimiento en cuestión, que nos estaban apuntando con sus carabinas desde una emboscada.

Entonces comprendí por qué los ingleses solían sentir un inmenso respeto ante aquellos «askers» andrajosos, de sables y lanzas enmohecidas, que cuando tocaban "carga", no había voz de mando que lograse contenerlos.

Media hora después llegamos el teniente coronel Mehmed Bey y yo, con el 7º, al lugar de reunión, donde nos aguardaba ya Esad Bey con las fuerzas en orden de marcha. Y sin más demora, avanzamos contra la ondulante línea de fuego enemiga, que hizo llover al punto, sobre nosotros, sus *shrapnels* y granadas, al paso que sus aeroplanos cortaban el aire como libélulas de acero, lanzando bombas, que al estallar, con formidable estrépito, levantaban columnas de tierra y destripaban por docenas el ganado de nuestros escuadrones.

De ese modo empezó aquel combate sangriento y decisivo, que durante el curso del día había de conducirnos hasta las inmediaciones de Gaza y hacia el triunfo, pues la llegada oportuna de la guarnición de Bir-Es-Sabah, y más que todo la de la III División de Caballería Imperial, fueron sin duda las que decidieron el día tanto durante la primera como la segunda batalla de Gaza.

Y si bien mi fatiga era grande, no por eso dejé de tomar también parte en aquel avance general, impulsados como nos hallábamos todos por la poderosa corriente del entusiasmo, a la cual servía de incentivo la tensión nerviosa que forzosamente había de producir hasta entre los más despreocupados el alarido de las primeras granadas y el chasquido seco que producían los *shrapnels* al estallar sobre nuestras cabezas.

Y para no entrar en pormenores fastidiosos, enumerando las diferentes unidades y detallando sus evoluciones, tanto ofensivas como defensivas, que incesantes se iban sucediendo durante el curso del día, me limitaré a ponderar el grandioso panorama que ofrecía aquel extenso frente, de cerca de treinta kilómetros, envuelto en una espesa humareda, de que brotaban sin cesar lenguas de fuego y se desprendían innumerables las humeantes curvas de las granadas... mientras que en la planicie y en las cumbres de rojizas lomas que cortaban a trechos profundas hondonadas, las unidades más fuertemente castigadas se iban replegando, unas tras otras, para rehacerse, y desplegándose de nuevo, en orden de batalla, ir a reforzar nuestra línea de fuego, que a pesar del mortífero efecto de la artillería, de las ametralladoras y de los automóviles blindados del enemigo, seguía avanzando impávida en auxilio de Gaza..., donde los Caballeros de San Jorge y los Paladines de Mahoma continuaban luchando cuerpo a cuerpo y en mortal abrazo por la supremacía de la Cruz o de la Media Luna en la por mil títulos sagrada tierra de Palestina.

Aquello parecía como si Ricardo Corazón de León y el ayubita Soldán Salagh-Ed-Din hubiesen resucitado de entre sus cenizas.

Después de participar durante un par de horas en el combate general, me fui escurriendo como pude hacia el camino de Han-Hunis a Tel-Es-Sheriát, donde al llegar, hundí las espuelas en los flancos de mi bestia para ir a alcanzar nuestro tren de combate, que se divisaba en el horizonte acosado por una escuadrilla de aviones enemigos.

Y cuando minutos después de haber dejado atrás el tumulto, los gritos y las escenas de matanzas, propios de todo combate, rebasamos mi ayudante y yo, sobre bestias jadeantes y chorreando sudor, la retaguardia de nuestras columnas, empezó una de nuestras baterías alemanas de 15 centímetros, que nos había tomado por el enemigo, a disparar sus granadas contra nosotros, pero con una certeza y rapidez tan admirables, que costaron la vida a no pocos de nuestros soldados y acabaron con gran parte de nuestro ganado antes de que lográsemos dividir

los convoyes en secciones para ponerlos más a salvo de sus proyectiles y las bombas de los aeroplanos enemigos.

Gracias sólo a la presencia de ánimo del teniente Falke, quien, al notar el error de nuestra batería, voló en su máquina para avisarle que cesara el fuego, pudimos al fin medio restablecer el orden de marcha en aquel caos de camellos, acémilas y bestias de tiro, que, coceantes y corcobeando en todas direcciones, iban y seguían destrozando los carruajes y furgones contra las rocas salientes y los peñascos.

Al llegar a Tel-Es-Sheriát, me llamó la atención el número reducido de sus defensores y sobre todo la ausencia casi completa de artillería.

De haberse aprovechado los ingleses de esa circunstancia, hubieran podido apoderarse fácilmente de nuestro Cuartel General, donde encontré al coronel von Kress redactando telegramas. Estaba nervioso. Y con razón, puesto que todavía no se había decidido la batalla.

Después de relatarle los pormenores de mi expedición a Sheik-Sueid e informarle del avance de nuestras fuerzas, lo mismo que sobre el percance que acababa de sufrir nuestro tren de combate, pedí órdenes y me retiré. Minutos antes de regresar a Gaza con las escoltas, comenzaron a llegar algunos prisioneros ingleses y australianos, pertenecientes en parte a las tripulaciones de tres automóviles blindados que habían caído en nuestro poder aquella mañana. Y, cuando ya había puesto el pie en el estribo para emprender la marcha, me sorprendió la nueva de que la batalla se había decidido a favor nuestro y que el enemigo se había retirado precipitadamente hacia Han-Hunis, dejando tres o cuatro mil cadáveres tendidos ante las vallas de Gaza, sin contar los millares de muertos y heridos que habían dejado regados por los demás sectores de dicho frente, en que se había igualmente combatido.

Pero también nosotros habíamos pagado cara aquella jornada.

De los 79º y 125º Regimientos de Línea, que formaban el núcleo de la guarnición de Gaza, ya no quedaban sino contadísimos supervivientes, en tanto que las fuerzas liberadoras habían contribuido a su vez con un fuerte tributo de sangre.

La brigada de artillería austriaca había logrado, es verdad, salvar sus piezas a última hora. Mas ¡a qué precio! La mayor parte de sus tripulaciones había perecido o desaparecido junto con casi toda su oficialidad.

Los únicos que no sufrieron bajas durante dicha jornada, fueron nuestros voluntarios árabes, que, a pesar de hallarse armados hasta los dientes y de formar Cuerpos de a pie y a caballo, de aspecto imponente, nunca llegaron a arrimarse siquiera al alcance de la artillería enemiga, sino aguardaron tranquilos a que anocheciera para ir a rematar los «inglis» heridos y despojar sus cadáveres de sus ropas, que luego iban vendiendo públicamente por los vecinos poblados y caseríos.

Y cuando los plateados rayos de la luna comenzaron a iluminar a Gaza, sollozante al pie de sus violáceas dunas, se desarrolló ante la vista de su nueva guarnición, que en esto iba llegando, un cuadro semejante al cual ella no había presenciado hasta entonces seguramente...

Por doquiera imperando hallábase el silencio de la muerte. Y en medio de las calles, entremezclados con vigas carbonizadas y carruajes destrozados, yacían por centenares los cadáveres aventados y en parte chamuscados de hombres y de bestias, al paso que sobre los muros ennegrecidos de edificios humeantes y amenazando ruina, se destacaban, como claveles rojos, cual claveles de sangre, manchas purpúreas... señalando el sitio donde los heridos y los moribundos habían apoyado sus frentes y pechos ensangrentados antes de desplomarse para siempre.

Y cuando el último vestigio de un crepúsculo de sangre y de oro acabó de apagarse en el azul profundo del firmamento, oyóse desde lo alto de los minaretes el canto gemebundo de los «muezzims», anunciando a los fieles creyentes del Profeta que el silencioso Angel de la Muerte había extendido sus alas sobre los desiertos en que por millares los soldados cristianos dormían el sueño eterno y de la gloria bajo el cielo estrellado de Palestina.

Así terminó esa famosa jornada, llamada comúnmente primera batalla de Gaza, que redundó en favor nuestro sólo gracias al genio militar indiscutible del coronel von Kress, quien con una audacia digna del mayor encomio supo aprovechar el error táctico del adversario al permitir la concentración de casi todas nuestras fuerzas disponibles frente a Gaza, cuando por medio de un ataque fingido contra Tel-Es-Sheriát hubiera podido fácilmente distraer e inutilizar a gran parte de ellas.

Después de echar un último vistazo por nuestro campamento, que iluminaban innumeras hogueras, me envolví en mi capote y, apoyando la cabeza sobre el lomo de mi bestia que yacía rendida junto a mí en el suelo, me quedé profundamente dormido, pues ya hacía dos noches y tres días que no había cerrado ojo... desde aquella mañana en que había salido de Bir-Es-Sabah con mis ocho lanceros para ir en busca del acueducto y del cuartel general enemigo de Sheik-Sueid.

# Capítulo XXIV

Al día siguiente de la batalla partimos con la III División de Caballería únicamente, para ir a ocupar durante algunas semanas el campo atrincherado de Dchemameh, que había estado guarnecido hasta nuestra llegada entre otros también por el 163º Regimiento de Línea.

A juzgar por el estado ruinoso en que encontramos los pozos y la instalación de bombas, pertenecientes a una vecina colonia agrícola hebrea, y de que de ahí en adelante nos habíamos de servir para surtir de agua a nuestra división, debe de haber sido el jefe de dicho regimiento un hombre sumamente falto de orden.

Su espíritu de abandono nos proporcionó dos días de angustias, mientras componíamos la maquinaria para poder dar de beber a nuestro ganado.

Casos análogos a éste los llegué yo a notar con frecuencia entre algunos oficiales superiores otomanos, quienes, a imagen de chiquillos que, acostumbrados a andar descalzos, al verse solos arrojan lejos de sí los zapatos..., arrojaban también, al verse sin quien los vigilara, lejos de sí el hábito de la disciplina, fumando pipas de agua y usando chinelas en las oficinas durante las horas de servicio... lo cual equivalía a caminar hacia atrás, como el cangrejo, o sea hacia el estado primitivo de la oficialidad otomana en tiempos del benemérito Sultán Abd-Ul-Hamid.

Dchemameh eran una posición sumamente fuerte y ventajosa porque se hallaba situada junto a la carretera que comunicaba a Gaza con Tel-Es-Sheriát, y nos permitía por consiguiente acudir con presteza tanto en auxilio de la una como de la otra.

Fuera de la colonia agrícola israelita que acabo de mencionar, y que era típica desde el momento en que revelaba el carácter utilitario más bien que estético de la raza hebrea, no contaba Dchemameh sino con una docena de aduares árabes dilapidados, que despedían aromas en alto grado ofensivos y cuya excesiva suciedad me hacía comprender que sus moradores, en punto a lavarse, deberían aborrecer hasta la idea del agua.

Las albas tiendas de nuestro campamento, que medía varios kilómetros de circunferencia, eran blanco obligado de los aviadores ingleses, que si bien nos causaban con frecuencia algunas bajas con sus bombas, solían a veces también morder la yerba, heridos por el fuego de nuestras baterías de defensa aérea, mandadas por los tenientes Bader, Kraus, Lepique y el valeroso Prszyszkowsky, que durante la

tercera batalla de Gaza había de perecer con los pocos supervivientes de su batería hecho pedazos en el fondo de un embudo de granada, a causa de otro proyectil que la mala suerte quiso estallase entre ellos mientras se hallaban refugiados en dicha excavación.

Durante los pocos días de sosiego relativo que pasamos en Dchemameh pude dedicar alguna atención a nuestro ganado, que había sufrido considerablemente a consecuencia de los últimos acontecimientos.

El poco pasto primaveral que había cubierto hasta entonces el borde del desierto se había ido secando debido a la época de los calores, que comenzaba ya a dejarse sentir. Y las raciones de grano, que habían ido disminuyendo de continuo a causa de la rapacidad de Dyemal Pachá, acabaron por debilitar el ganado de nuestra división de tal manera, que nos hicieron temer seriamente por la futura suerte de nuestros pobres rocinantes y me obligaron a desistir de cierta segunda expedición que me había propuesto conducir en esos días contra Sheik-Sueid al frente de un regimiento, con la mira de sorprender de noche y reducir a cenizas dicho campamento, a ser posible.

La caballería otomana que, dicho sea de paso, se componía a principios de la guerra de Cuerpos de ejército, habíase ido reduciendo, a consecuencia del hambre y del peculado, a la nada casi desde el momento en que a fines de marzo (1917) ya no la integraban sino nuestra III División de Caballería, los restos de la que en un tiempo había sido la brigada del teniente coronel Akif Bey, en Kut-El-Amara, algunos escuadrones divisionarios, agregados al II y III Ejército, y, por último el 1º Regimiento de Caballería Imperial, acantonado en Constantinopla, cuyo 4º Escuadrón prestaba servicio en el Palacio del Emperador.

Por éste fui yo nombrado un año más tarde Instructor y Segundo Jefe (¡responsable!), ya que el puesto del Primer Jefe (¡irresponsable!) no pasaba, en esa época al menos, de ser en Turquía sino un título nomina que solía otorgarse, en el caso de unidades importantes y representativas, únicamente a oficiales turcos, aun cuando no fuere sino para cubrir apariencias.

La mejor prueba de ello nos la ofrece el mismo Enver Pachá, quien, no obstante su categoría de Ministro de la Guerra y Vicegeneralísimo, no hacía realmente más que firmar los decretos que dictaba, y aprobar los planes de campaña que elaboraba su Jefe de Estado Mayor, von Bronsart Pachá, y después de éste su sucesor, el general von Seekt.

La razón por la que la caballería otomana había ido desapareciendo casi por completo durante los primeros años de la guerra no debe de buscarse sólo en el malgaste de las raciones de las bestias, cuyo valor solían repartirse los oficiales delincuentes con las clases, que les servían de agentes, sino también y antes que nada en el espíritu de abandono que parecen manifestar a cada paso los turcos en lo tocante al cuido del ganado, no acaso porque no sean de a caballo, sino a causa de su origen tártaro.

No hay que olvidar que los antiguos mongoles, al igual que sus discípulos los cosacos, solían utilizar sus bestias no sólo para combatir en ellas, sino también como instrumento de locomoción, es decir, para transportar sus ejércitos a través de las estepas y desiertos que separan el lejano Turquestán de la India, China, Egipto, Hungría, Polonia y los demás países en que habían plantado sus reales los predecesores de Gengis-Kan y Tamerlán.

Dichas bestias eran idénticas a las que hoy aún se encuentran en las estepas de Asia y de la Rusia Oriental y Meridional, esto es, lanudas y de poca talla.

Acostumbradas a vivir a la intemperie, se mantenían tanto en verano como en invierno del pasto natural y de los musgos de la pampa, sin que sus dueños tuvieran que cuidarse de ellas.

Cada uno de los guerreros de aquellas hordas kalmukas, u «ordus turcomanos», solían conducir durante sus expediciones de diez a doce de dichas bestiecillas, fornidas y sobrias, que iban cambiando casi diariamente.

Sólo así se explica cómo lograban a veces recorrer de sesenta a ochenta kilómetros diarios, durante meses enteros, sin menoscabo de su ganado caballar.

De estos detalles, que en el transcurso de los siglos se han ido borrando casi por completo de la memoria del pueblo turco, proviene la razón de por qué la oficialidad y las clases del ejército otomano, con raras excepciones, se preocupan tan poco del cuidado de sus bestias, cuyas fuerzas, en vez de economizar más bien malgastan cuanto pueden.

El caballín tártaro representaba para los turcomanos lo que representa hoy el reno para los esquimales y el dromedario para los beduinos. La leche de las yeguas les proporcionaba el famoso «yourt», que es dicha linfa cuajada y fermentada a guisa de alimento sólido, mientras la carne de los potros les servía de sustento en casos de apuro, es decir, cuando ya no encontraban poblaciones que poder saquear.

A estas y otras múltiples razones, hoy olvidadas, obedece indudablemente ese espíritu de rapiña inveterado de que adolecen casi todos los pueblos orientales, y al cual hasta el mismo Mahoma debe en gran parte el triunfo de su dogma religioso, desde el momento en que a los paganos y cristianos vencidos predicaba que haciéndose musulmanes no sólo ganarían el cielo, sino también el permiso para ir a saquear a los vecinos que persistían en no querer reconocerlo a él como el Profeta de Dios.

De esa manera fue el mahometismo extendiéndose desde Arabia hasta Siria, y, desde allí, sucesivamente a Mesopotamia, Persia, Turquestán, Afganistán, la India y hasta China, mientras que por Occidente, hasta los Pirineos y el centro del Continente Africano.

El islamismo pudo propagarse y floreció, en tanto encontró nuevos pueblos y naciones que poder saquear. Al faltarle éstos, se acabó su gloria, y su poderío

material fue retrocediendo hasta que quedó limitado a las actuales fronteras del Imperio Otomano.

Por doquiera que ha imperado la Media Luna, ha dejado ella sembrada la semilla de la rapiña, legalizada y santificada por los preceptos del Alcorán. Y aun cuando el incendio secular de la conquista muslímica se haya apagado aparentemente, la roja chispa del fanatismo islámico continúa ardiendo bajo las cenizas, aguardando apenas una nueva ráfaga para tornarse en un voraz incendio, y quizás hasta en antorcha vengadora, si las potencias aliadas persistieren en su política de intransigencia hacia el imperio secular de los otomanos.

No estaría demás tal vez recordar aquí que el patriotismo es un producto exclusivo de la civilización occidental, que se basa en los principios harto ultrajados de la equidad internacional y hace hincapié ante los países que se limitan por sus fronteras étnicas en vez de por las líneas divisorias de las creencias religiosas que en ellos prevalecen.

En Oriente sucede todo lo contrario.

A los pueblos muslímicos, tanto en África como en Europa y Asia, poco se les da que el Califa sea negro, blanco, afgano, croata, chino o indostano, con tal de que su bandera sea la de la Media Luna y su lema... *¡Lah-Ialh-Il-Lah-Lah, Mohamed El-Rasul Alah!*

Suponer que con la decadencia o la ruina total de Turquía habrá de acabarse también la fuerza propulsora del fanatismo sin límites de los musulmanes, es una utopía muy grande, pues mientras exista el Alcorán que permite y santifica el saqueo y la rapiña, no habrá de faltar seguramente entre los doscientos millones de mahometanos que habitan el Orbe, algún aventurero negro, chino, ruso, afgano o serbo-croata, que, al levantar el estandarte de la Media Luna, no arrastre consigo unos tras otros los pueblos musulmanes, conforme los agruparon en torno suyo antes que él ya Mahoma y sus sucesores, los califas ommiadas, abasidas, seljúcidas y otomanos.

Tratar de suprimir el Imperio Turco, o de debilitarlo en demasía, equivaldría por consiguiente no sólo al caos entre las naciones islámicas, sino también al surgimiento, tarde o temprano, de alguna nueva y poderosa dinastía mahometana, que no dejaría de poner en grave peligro el poderío colonial de las potencias europeas en África y Asia, como por ejemplo en Argelia, Egipto y sobre todo en la India, donde los nuevos califas encontrarían tesoros más que suficientes para levantar ejércitos poderosos con que poder dar comienzo a una era de rapiña sin precedentes tanto en la historia antigua como en la moderna.

Lenin nos ha probado de sobra lo mucho que unos cuantos hombres resueltos pueden hacer cuando se sienten apoyados incondicionalmente por las masas proletarias, y, de preferencia, cuando éstas son analfabetas y se hallan inspiradas por un fanatismo a toda prueba, como por ejemplo el de los mahometanos.

Y mientras me hallaba ocupado aquellos días viendo de qué manera podía aumentar las raciones de nuestras bestias, y reorganizando de paso nuestro servicio heliostatos y demás ramos de telegrafía óptica, se fueron oscureciendo los horizontes en Egipto, hasta que el 18 de abril nos llegó la orden de partir a marchas forzadas para impedir un *Durchbruchsversuch* del enemigo por el flanco derecho de nuestro centro, que se basaba en el campo atrincherado de Tel-Es-Sheriát.

En consecuencia, y no deseando ser bombardeado de nuevo por nuestra propia artillería, conforme me había sucedido ya durante la primera batalla de Gaza, encargué de la dirección de los convoyes a mi lugarteniente y me adelanté para reconocer el terreno, acompañado del señor Stypa, teniente veterinario cheko-eslovako que formaba parte del Cuerpo de dichos facultativos en nuestra división.

La tarde era diáfana, y mientras íbamos cabalgando, silenciosos, a través de la tostada estepa, seguidos por un piquete de lanceros y envueltos en una nube de polvo, ¡cuándo me había de imaginar que al día siguiente y a esa misma hora me había de ver en plena segunda batalla de Gaza y más de una vez a un palmo de la muerte!

Este formidable combate acabó también por convertirse, después de cruenta e indecisa lucha, en un triunfo completo para las Armas otomanas, gracias al arte incomparable del coronel von Kress en concentrar sus fuerzas con extraordinaria rapidez sobre un punto dado, y en asestar golpes en seco, tan terribles como inesperados para el enemigo.

No poco habrá influido tal vez también en dicho triunfo el error que cometió el Generalísimo británico al no haber aplastado con su ala derecha nuestra III División de Caballería Imperial, cuando ésta, compuesta apenas por tres regimientos, se lanzó en formación cerrada contra el centro enemigo, a fin de separarlo del ala derecha, que formaba con él un ángulo recto y se componía de diez o quizás más regimientos de caballería inglesa y australiana, apoyados por fuertes contingentes de ametralladoras.

Con haber convergido sobre la izquierda, o haber avanzado siquiera un kilómetro oblicuamente en dicha dirección, hubiera bastado a aquella mole de caballería británica para obligarnos a retroceder precipitadamente, o para aplastarnos como unas tenazas contra su centro. Y apoderándose de Bir-Es-Sabah, que había quedado casi totalmente desguarnecida, hubiera podido arrollar, con la ayuda del centro, la escasa guarnición de Tel-Es-Sheriát, capturando nuestro cuartel general y cortando la retirada a nuestra ala derecha, que, al verse rechazada hacia la costa y acosada por las fuerzas enemigas de mar y tierra, hubiera tenido a la larga que capitular.

Las que preceden son, en síntesis, las razones de por qué la segunda batalla de Gaza redundó en beneficio nuestro y en disfavor de las Armas británicas.

Conforme dejé dicho ya, partimos en la tarde del 18 de abril (1917) con rumbo hacia el Sur. Y a mitad del camino entre Dchemameh y Tel-Es-Sheriát, nos desplegamos y emboscamos tras una serie de colinas bajas a fin de ver si el enemigo intentaba verdaderamente o no abrirse paso en esa dirección.

Como las horas se iban haciendo largas y tanto Stypa como yo nos hallábamos todavía sin desayunar, entramos a la buena ventura en un cercano molino, perteneciente a un rico israelita de Jaffa, que había pasado algunos años en Buenos Aires y que, al oír que yo era venezolano, se deshizo en referencias y sacó de entre un montón de ropa blanca usada una botella de ron y un par de panecillos, que nos brindó a guisa de desayuno.

Después de tan frugal refacción, estuvimos largo rato conversando, cuando la cara de nuestro anfitrión, redonda y encarnada como un tomate, comenzó a tornarse verdiclara, y, luego amoratada, mientras sus diminutos ojos de cerdo cebado iban saliéndosele de las órbitas... hasta que, señalando por fin con mano sucia y trémula hacia la pampa, exclamó: «pues ¿no lo véis? ¡si ahí viene el enemigo! *Gott der Gerechte!*»

Al oír aquello, tanto Stypa como yo brincamos a ver lo que ocurría. Y al regresar para explicarle que lo que estaba viendo no era sino una maniobra, o *Stellungnahme* de nuestras baterías para ahuyentar un par de aviones enemigos, tornóse su violáceo rostro de nuevo verdiclaro, y luego colorado, mientras sus ojos saltones iban retrocediendo rápidamente dentro de las órbitas, y sus carnosos labios murmuraban: «¿miedo? ¡qué va! Lo único que yo temía era que alguna de sus granadas de perforación fuera, al estallar, a desenterrar unos realitos que tengo sepultados por ahí, detrás de unos cimientos.»

Viendo que el enemigo no avanzaba, tocamos «marcha». Y después de saludar al coronel von Kress en su cuartel general de Tel-Es-Sheriát, salimos, Esad Bey y la Plana Mayor con los jefes de regimiento, para ir a inspeccionar el grueso de la caballería adversaria, apostada a unos ocho kilómetros hacia el Sur de allí sobre una hilera de desnudas lomas, que se extendía desde la confluencia de los Vadis Sheriát y Abu-Hurera, en línea casi recta y por espacio de cinco millas, hasta el ferrocarril que unía a Bir-Es-Sabah con Tel-Es-Sheriát; de suerte que para esas horas el extremo ala derecha de la caballería adversaria no distaba ya sino unos dos kilómetros de dicha ferrovía.

De haber avanzado los ingleses ese día siquiera con un escuadrón, hubieran podido ahuyentar fácilmente la docena o dos de gendarmes árabes que protegían aquel trozo de la vía, lo mismo que cierto puente de mampostería, de cuatro o cinco arcos, que, al volar por los aires, hubiera dejado a Bir-Es-Sabah incomunicada y, por lo tanto, a su merced.

Pero no lo hicieron. Y en ello consistió su primer error. El segundo lo explicaré más tarde.

Deseando conocer el pie de fuerza aproximado de aquella formidable mole de caballería, que coronaba de un extremo a otro dichas alturas, partí, acompañado de un baqueano árabe, y dejando atrás los cadáveres desnudos y mutilados de un destacamento de soldados ingleses que había caído víctima de nuestros voluntarios árabes, atravesamos el espacioso Vadi-Es-Sheriát y seguimos avanzando hasta cosa de seiscientos metros del frente enemigo, que recorrimos en toda su extensión a esa distancia, no obstante las descargas cerradas que las fuerzas británicas más avanzadas nos seguían haciendo de vez en cuando.

Al regresar, oscureciendo ya, a Tel-Es-Sheriát, poco faltó para que nuestras descubiertas y ametralladoras dispararan contra nosotros equivocadamente.

Al pasar frente al casino del hospital alemán, noté luces. Y deseando saber en honor de quién se celebraba la fiesta, me encontré con el capitán de sanidad, Dr. Lübke, y varios otros señores cantando algo así como la Marcha Fúnebre, a causa de que en Tel-Es-Sheriát era general la creencia de que la caballería adversaria iba a caer sobre nosotros aquella misma noche.

La mañana del 20 de abril la pasamos con un pie en el estribo.

El lejano estruendo de la artillería, que iba en aumento, y el vaivén de los aviones enemigos, lanzando bombas, nos iban anunciando claramente que el combate había comenzado ya en torno de Gaza, donde nuestra ala derecha sostuvo el golpe y obligó a los ingleses a probar su suerte por el flanco diestro de nuestro centro o sea contra las alturas de Abu-Hurera, en que se hallaba atrincherado el teniente coronel Rifet Bey con la 3ª y 5ª Divisiones de Infantería de Línea.

El choque entre moros y cristianos fue allí también terrible. Sobre todo ante la humeante colina de Esani-Köi, que barría sin cesar con sus fuegos las olas de asalto adversarias.

Y como la brisa precursora del huracán que se aproxima desgajando árboles y levantando nubes de polvo y de tierra, comenzaron también frente a nosotros, o sea frente a nuestro centro, a levantarse densas humaredas, a que nuestra artillería contestaba con furor... mientras que las ametralladoras entonaban el himno de la muerte y el martillar incesante de la línea de fuego apenas permitía entreoír, de vez en cuando, el terrible alarido de los agonizantes y el «hurra» atronador de los ingleses.

Nos hallábamos en plena segunda batalla de Gaza.

Sólo el ala derecha adversaria, integrada por el grueso de la caballería británica, seguía en su puesto, coronando como una muralla de acero aquella serie de colinas bajas, a nuestra izquierda, que se extendían a unos ocho kilómetros hacia el sur de Tel-Es-Sheriát y formaban cerca de un punto, llamado Esmeli, o Ismaeli, un ángulo recto con el flanco derecho del centro enemigo.

No cabía duda de que la decisión de la batalla iba a depender del choque entre los tres regimientos de nuestra división y los diez o más regimientos de caba-

llería adversaria, tanto inglesa como australiana, que teníamos de frente amenazando nuestra ala izquierda.

En esto sonaron las dos de la tarde, y de entre una nube de polvo surgió, montado en espumeante caballo, un ayudante de campo que al vernos voló en dirección nuestra, paró en seco, saludó y entregó al coronel Esad Bey la orden de avance. Y por más que me esforzara no me fue posible descubrir en aquel instante sobre los tostados e impávidos semblantes de nuestros oficiales ni la más leve señal de aquel solemne temor que suele a veces apoderarse de los hombres, al saber que antes de un cuarto de hora pueden hallarse en la presencia del Soberano Juez.

El primero en salir de la zona de atrincheramientos fue el 7º Regimiento, a las órdenes del valeroso teniente coronel Tcherkes-Mehemed Bey. A éste siguió el 6º, y, por último, el 8º, que acto continuo cambió de frente hacia el Sur, se desplegó en batalla y comenzó a avanzar al paso y al trote contra el flanco derecho de la caballería enemiga, mientras el 6º y 7º, seguidos por nuestras baterías de campaña y secciones de ametralladoras, se abalanzaban en formación cerrada y a paso redoblado contra Esmeli, que, según dejé dicho antes, formaba el ángulo recto o lugar de coyuntura entre el centro y el ala derecha enemigos.

La orden que llevábamos era de cortar el frente inglés por dicho lugar y obligar a su caballería a retirarse o a combatir por separado.

Nuestra empresa no dejaba de ser un tanto temeraria, por cuanto nos era casi imposible recorrer los tres o cuatro kilómetros que nos separaban de Esmeli sin convertirnos en el blanco de casi toda la artillería enemiga, o sin que el grueso de la caballería adversaria se lanzara en masa sobre nuestro flanco siniestro, aplastándolo contra su centro.

Afortunadamente, resultó ser nuestra maniobra de avance tan rápida como inesperada, de suerte que antes que el enemigo pudiera darse cuenta de nuestras verdaderas intenciones, ya nuestra vanguardia, seguida de cerca por el grueso de los 6º y 7º Regimientos, había atravesado el Vadi-Es-Sheriát, junto a Esmeli, y avanzando a todo galope, se había abierto paso a la lanza por entre las primeras posiciones inglesas, separando el ala derecha enemiga de su tronco, conforme había sido nuestra intención hacerlo desde un principio.

No poco habrá influido tal vez también en la indecisión del jefe de la caballería adversaria el hecho de que carecía de órdenes directas, a causa de que al comenzar la acción me había adelantado yo con alguna gente y cortando sus comunicaciones con el centro, y por tanto con su cuartel general.

No obstante, si en vez de retirarse precipitadamente y sin querer aceptar el combate, hubiese confrontado el jefe de la caballería británica serenamente el fuego de nuestra artillería divisionaria, y, dando media vuelta sobre la izquierda, se hubiese lanzado siquiera con parte de sus fuerzas contra nuestra retaguardia, hubiera podido aplastar fácilmente nuestro 8º Regimiento y entrar a tambor

batiente en Tel-Es-Sheriát. Pero no lo hizo, sino se fue, perseguido por el fuego de nuestras baterías, a refugiarse con toda su caballería y sin disparar un tiro casi, detrás del centro, mientras que tres o cuatro heroicas secciones de ametralladoras protegían su retirada con un tesón y sangre fría francamente admirables.

Viendo la resistencia tenaz que oponían estos destacamentos, los cuales, dicho sea de paso, habíanse atrincherado a toda carrera sobre un promontorio o especie de lengua de tierra formada por la confluencia de los *vadis* Sheriát y Abu-Hurera, resolví atacarlos por la retaguardia con la ayuda de nuestros voluntarios árabes, que se divisaban en masas compactas coronando las lomas situadas fuera del alcance de la artillería adversaria.

Con ese propósito en la mente partí, acompañado de un escuadrón, y, atravesando a rienda suelta la zona de peligro, que barría sin cesar el fuego de los ingleses, llegamos minutos después al lugar donde se hallaban nuestros árabes, quienes, a excepción de unos ochenta valientes, se negaron rotundamente a acompañarnos.

Volviendo grupas y aprovechando las ondulaciones del terreno, seguimos acercándonos paso a paso y tiroteando siempre que podíamos el ala izquierda del enemigo, que, igual a un toro atormentado por un tábano, volteaba de vez en cuando sus máquinas contra nosotros, para tratar de ahuyentarnos.

Cautelosa y lenta aunque seguramente, seguimos avanzando, o, mejor dicho, siguiendo el derrotero que nos habíamos trazado, hasta que al fin divisamos a corta distancia tras de la línea de fuego británica varios alambres de teléfono portátil, que parecían comunicar a ésta con su base hacia retaguardia. Y como comprendiese lo ventajoso que resultaría destrozarlos, resolví hacerlo, mas sin sacrificar a mi gente, ya que para llegar hasta dichos alambres se nos hacía preciso abandonar el secadal en que nos hallábamos refugiados, y recorrer un par de cuadras a todo galope.

En consecuencia partí de nuestro *vadi dört nalda*, o sea a todo casco, seguido de mi asistente Tasim y un jeque árabe, vestido en un magnífico *kaftán* carmesí.

Nuestra empresa era arriesgada, a decir verdad, pero también esa vez estuvo Alah de parte nuestra, puesto que, sin ser molestados por el enemigo, el cual ¿cómo se iba a figurar que éramos turcos? Llegamos en un abrir y cerrar de ojos a nuestro destino..., donde saltando a tierra, partimos a machetazos los alambres... en tanto que los ingleses, volviendo en sí de su sorpresa, viraban la mayor parte de sus ametralladoras en nuestra dirección y abrían contra nosotros a unos quinientos metros un fuego a discreción, que hacía levantar nubes de polvo y tierra en torno nuestro.

A los primeros disparos cayó la cabalgadura de nuestro jeque árabe, a quien ya no volví a ver más, en tanto que Tasim y yo, lanzándonos en las sillas, salíamos de allí volando, literalmente. Y en vista de que el enemigo nos había cortado entretanto la retirada, pusimos la proa a nuestra línea de fuego, de que nos separaban todavía unas cuatro cuadras.

Aún me parece oír aquella lluvia de balas, que zumbaban en torno nuestro como un enjambre de avispas, mientras que mi caballo, que iba desbocado, parecíame haberse convertido en una tortuga.

A pesar de que los segundos semejaban horas, y hasta siglos, no tardé en divisar, afortunadamente, tras nuestra primera fila de ametralladoras, que habían suspendido sus fuegos para no herirnos, al capitán Nesis Effendi y al teniente Seki, echados en tierra junto a sus bestias muertas y como haciéndonos señas para que nos lanzáramos dentro de un *vadi* que sombreaba a nuestra izquierda. Y cuando ya no nos hallábamos sino a un par de metros de dicho barranco, sentí algo así como un latigazo, seguido de un dolor agudo en el muslo derecho, que me hizo perder el equilibrio y rodar con mi bestia por toda la falda abajo, en tanto que Tasim venía rodando detrás, sin más averías por fortuna que la parte posterior de su silla hecha pedazos de un balazo.

Después de pasar revista a nuestros huesos y a los de nuestros caballos, nos pusimos a examinar mi herida, que resultaba ser leve, y para estancar la sangre la llenó mi asistente de una mascada de tabaco que ardió un tanto pero surtió su efecto.

Y si bien en el fondo de aquella hoyada estábamos a salvo del fuego de las ametralladoras enemigas, nos hallábamos en cambio expuestos a sus granadas, que iban dirigidas contra nuestra línea de combate y estallaban con frecuencia en torno nuestro, poniendo en peligro nuestras vidas y las de nuestras bestias.

Con la mira de sustraernos a tan incómodos mensajeros, fuímonos escurriendo por el fondo de laberínticas y secas torrenteras, que barría a trechos el fuego de los ingleses, hasta que al fin nos dimos la mano con los nuestros, que nos creían ya muertos desde hacía rato.

En esto pasaron por sobre nosotros algunos aviones enemigos, perseguidos por el fuego de nuestras baterías de defensa aérea, al paso que un escuadrón de infantería montada y un batallón de línea, nuestro también, se aprestaban a ocupar posiciones avanzadas frente a Abu-Hurera.

Ello, unido al fuego del adversario, que iba disminuyendo a medida que la tarde iba declinando, acabó de convencerme de que los ingleses habían desistido de la lucha por fin y se hallaban en plena retirada.

Y cuando el disco ensangrentado del sol se hundió tras las desnudas lomas, y el Esani-Köi, de flameante pira fuése tornando en silenciosa mole, que ensombrecían las tinieblas del ocaso, se incendiaron en el espacio las estrellas y los plateados rayos de la luna comenzaron a extender su manto de lívidos fulgores sobre las rizadas arenas del desierto..., al paso que nosotros íbamos cabalgando lentamente a través de valles y colinas, dejando atrás y hacia el Naciente las azules montañas de Judea, que parecían visiones lejanas a una distancia enorme.

Exceptuando el rumor de los arbustos, cuando el viento agitaba su ramaje, el silencio podía decirse era completo. Sólo el lúgubre llanto de los chacales y los las-

timeros quejidos de los moribundos, que vibraban misteriosamente entre las rocas, hasta morir en lánguidos suspiros, nos hacían estremecer de vez en cuando y sentir, como si el espectro de la muerte y nosotros únicamente nos hallásemos cabalgando a través de aquellos oscuros *sadis*, donde corríamos riesgo a cada paso de despeñarnos o caer víctimas de las balas de nuestros voluntarios árabes, quienes, husmeando como fieras, recorrían el yermo en busca de cadáveres que poder despojar o de *inglis* heridos que poder rematar.

Por doquiera se les veía deslizándose, silenciosos como los vampiros, al través de las nocturnas sombras, evitando cuidadosamente nuestro encuentro, por temor de que fuéramos una patrulla cristiana. Y más de uno entre ellos, al verse sorprendido en flagrante delito, levantó su ensangrentada cimitarra... para, al notar por nuestras lanzas que éramos hermanos, continuar su faena tranquilamente, pues, según las creencias religiosas de los musulmanes, el matar y degollar cristianos, aun cuando fueren inválidos o heridos, representa una obra pía más bien y hasta meritoria, desde el momento en que les abre las puertas del paraíso.

Repetidas veces noté entre la penumbra, extendidos en el suelo, algunos bultos claros, en las cuales, al fijarme, reconocí, no sin cierto estremecimiento, los cadáveres desnudos y mutilados de soldados ingleses, a quienes los árabes habían destrozado las piernas por encima de las rodillas a machetazos. Esa parece haber sido una costumbre favorita entre ellos, que, después de pasarse al ejército del Jerifa Huseín de la Meca, siguieron practicando con sus prisioneros turcos y alemanes, conforme lo habían hecho antes con los ingleses.

Impresionado por los horrendos cuadros que ofrecían aquellos vampiros humanos, de rostros borrosos y expresión diabólica, agachados sobre sus ensangrentadas víctimas, cuyo estertor me helaba el corazón, continuamos la marcha por entre una semioscuridad macabra, en que se agitaban, fantasmales, sombras humanas... hasta que nos paró en seco la voz del árabe aquél que me había servido de baqueano el día anterior, cuando había ido a inspeccionar la caballería adversaria, apostada hacia el sur de Tel-Es-Sheriát.

Iba a pie y con la bestia del cabestro, cargada de botín, o sea de rifles, uniformes ensangrentados, cinturones, calzado, etc., en fin, de cuanto había encontrado encima de los muertos o heridos ingleses que había rematado aquella noche. Y para colmo de no sé qué decir, produjo de entre aquel montón de prendas un bulto blancuzco, que al principio no pude distinguir bien lo que era... hasta que a la luz de mi lamparilla eléctrica reconocí en él un brazo humano, segregado más arriba del codo y ricamente tatuado, que debía de haber pertenecido a algún marino inglés, a juzgar por un timón y ancla que lucía sobre la faz interior del antebrazo.

Y al preguntarle yo, como era natural, para qué había traído consigo aquel recuerdo, me contestó que para enseñárselo a su mujer, que era una entusiasta

admiradora de figuras bien tatuadas, y añadió, con gran ingenuidad, que de haber dispuesto de un poco más de tiempo hubiera traído también la piel de la espalda, que llevaba dibujada una enorme serpiente azul y roja.

En consecuencia, y para impedir que siguiera profanando dicha reliquia, se la compré por un *mechedieh* de plata y la hice enterrar más adelante por uno de mis lanceros.

Al acordarme de esa hiena humana y de sus compañeros, o, por mejor decir, de esos ex-voluntarios árabes nuestros, que formaron un año más tarde el núcleo, o cuerpo escogido, llamado "ejército libertador" del Emir Feizal, no alcanzo a comprender, francamente, cómo la culta Inglaterra y el humanitario pueblo norteamericano llegaron a aceptar al padre de éste, o sea al Jerifa Husein de la Meca, como confirmante del Tratado de la Paz y miembro de la Liga de las Naciones.

Entretanto habíamos llegado al camino de Esmeli, por el que se deslizaba un convoy de heridos envuelto en una nube de polvo.

Entre los infelices de que se componía, no faltaban algunos agonizantes. Sin embargo, nunca oí un sollozo. Unicamente vi manos temblorosas, que se extendían en ademán de súplica, como implorando agua para apagar la sed terrible que los devoraba.

Al contemplar ese sublime cuadro, ese puñado de bravos que exhalaban el último suspiro sin proferir una queja, ni un quejido siquiera, me vino a la mente el célebre dicho de Napoleón I, que "con soldados turcos mandados por oficiales extranjeros hubiera podido conquistar el Orbe"... e instintivamente hice formar mi tropa y presentar armas ante aquel grupo de héroes moribundos.

A poco de hallarnos nuevamente en marcha, nos alertó el «¿quim var?» de un centinela nuestro, y minutos después me desmonté al borde de un embudo de granada, en el cual encontré descansando al jefe del 6º Regimiento y algunos de sus oficiales, quienes, después de desearme la bienvenida, me felicitaron por hallarme vivo todavía.

Envueltos en nuestros capotes y tendidos en el fondo de dicha excavación, que despedía aún el acre olor a gases asfixiantes, nos pusimos a aguardar la llegada de los Regimientos 6º y 7º con los cuales Esad había emprendido la persecución de la caballería adversaria.

La situación del 6º no dejaba de ser bastante crítica, pues sus municiones se habían agotado, y el tren con los pertrechos de reserva se había extraviado. De haber emprendido la retaguardia enemiga aquella noche una contraofensiva, hubiera podido exterminarlo a metralla limpia.

Afortunadamente, optaron los ingleses también esa vez por su antiguo sistema de retirarse al anochecer, que nos había salvado ya en tantas ocasiones. No obstante, hubo alarma a eso de las dos de la madrugada, cuando el suelo comenzó a temblar bajo los cascos de millares de bestias, que, a juzgar por el estruendo que producían y que iba en aumento, seguían aproximándosenos rápidamente.

Excuso decir, con qué presteza no se botarían nuestros bravos en las sillas, para desplegarse y aguardar al enemigo lanza en ristre.

Pero, por fortuna, no eran los ingleses quienes se nos iban acercando, sino nuestros Regimientos 6º y 7º, precedidos por el teniente coronel Esad Bey, quien, al reconocerme, me reprendió cariñosamente por haberme expuesto tal vez más de la cuenta durante dicha jornada. Y junto a Esad venía, radiante de satisfacción, mi buen amigo el teniente Stypa, con la Media Luna de Hierro prendida en el pecho, en recompensa de valiosos servicios prestados, etc.

Considerando el estado precario de nuestro ganado, que hacía doce horas que no había bebido nada, fuimos a acampar a la orilla izquierda del Vadi-Es-Sheriát, o sea junto a la fuente de Bir-Rumeliáh.

En esto se ocultó la luna, y la oscuridad se hizo todavía más intensa, como suele suceder antes del alba... hasta que en el horizonte comenzó a pintarse una débil tinta grisácea, y la pálida ninfa de la aurora sacudió su rubia cabellera, ahuyentando las sombras de la noche, que, furtivas, se fueron alejando, heridas por las saetas del sol naciente... al paso que la brisa, susurrando en la maleza, sacudía de sus alas por millones las gotas de rocío, a imagen de las lágrimas del hombre, en cuyo corazón, terco y sombrío, seguían aleteando la ambición y el odio como los buitres, que antes del combate suelen revolotear impacientes por el espacio.

Y mientras me hallaba envuelto en mi capote, admirando aquel hermoso despertar del día, noté junto a mí, parado e inmóvil como una esfinge, a un centinela nuestro, anatolio, de pómulos salientes, nariz aguileña y cráneo achatado hacia atrás, que contemplaba con mirada triste, al par que fiera, los polvorientos horizontes del desierto.

Con su perfil de indio americano, su mediano aunque fornido cuerpo, cubierto de plomizo uniforme, y sus manos callosas, pero bien formadas, apoyadas sobre la boca de su carabina, representaba aquel valiente el prototipo de la antiquísima raza hitito-alaródica, al cual pertenecen también los armenios y gran parte de los pobladores de Siria y Mesopotamia (inclusive la mayoría de los hebreos asiáticos), quienes, por haber adoptado la lengua y las costumbres de sus antiguos conquistadores caldeos e indogermánicos, pasan hoy por ser pueblos semíticos y arianos, cuando, a juzgar por la configuración del cráneo, no son ellos realmente tales semitas o indogermanos, sino miembros inequívocos de la antiquísima raza hitito-alaródica, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Basándome en las observaciones que pude hacer durante los cuatro años que permanecí en Turquía, me atrevería a afirmar que ni los armenios son de origen indogermánico, aun cuando hablen una lengua de raíz ariana, ni los turcos actuales son mongoles porque hablen un idioma turano, sino que tanto los unos como los otros pertenecen en su mayoría a esa misma raza hitito-alaródica, cuya fracción oriental, o armenia, sometieron los indogermanos pueblos escitas y cimerios, pro-

cedentes del sur de Rusia, a fines del primer milenio antes de Jesucristo, al paso que las invasiones mongólicas de los seljúcidas y de los otomanos impusieron no sólo su sello al resto de dicha raza (que habita y sigue habitando el centro y oeste de Anatolia), sino también su religión mahometana, que representa hoy, por decirlo así, el único distintivo ya entre los así llamados turcos y la inmensa mayoría de los armenios.

No olvidemos que el 90% todavía más tal vez de los pobladores del Asia Menor eran cristianos antes de la conquista de los moros y que la población musulmana de las ciudades de Van, Bitlis, Erzerum y Karput, que hoy son las capitales de los cuatro vilayatos denominados "armenios" de Turquía, se compone en su mayoría de los descendientes de armenios renegados, que durante el transcurso de los siglos se fueron convirtiendo a la fe del Dios único por conveniencia únicamente, esto es, impulsados por ese mismo amor al lucro que indujo a los armenios de nuestros días a irse convirtiendo todavía hasta principios de la guerra, de armenio-ortodoxos y gregorianos, a protestantes-luteranos, anglicanos, presbiterianos, católico-romanos.

Y para dar todavía más consistencia a la aserción que precede, me permitiré observar, que aparte de las conversiones de algunas decenas de millares de armenios-ortodoxos y demás cristianos semipaganos del Cercano Oriente al catolicismo, etc, dudo que haya habido más conversiones al cristianismo en el Imperio Otomano desde que Turquía es Turquía.

En cambio, la mayor parte de la población cristiana de ritos orientales en dicho país (inclusive los laz y centenares de miles de griegos ortodoxos) si ha ido adoptando, sobre todo durante el siglo pasado y a veces hasta por millares, la fe del Dios único, y formando focos de fanatismo, como, por ejemplo, en las provincias orientales, donde el populacho mahometano, descendiente de los antiguos renegados armenios, se cebó, especialmente durante las últimas matanzas, exterminando cristianos.

No pocos alegarán, sin duda, que también los kurdos fueron autores importantes en las tales matanzas, sin darse cuenta de que el 80% de éstos, o sea la casta de los manumisos, llamados «gurán», se compone casi totalmente de antiguos pueblos hitito-alaródicos, que sometiera y asimilara la casta conquistadora de los «ashiretes», y que en muchos casos, como el de los «zazas» del Dersin, v. gr., aún hablan un idioma parecido al de los armenios y profesan un dogma que no es ni mahometano siquiera, sino un conglomerado muslímico-cristiano, basado en parte en las doctrinas de Zoroastro, y que no deja de tener bastante parecido con el catolicismo semipagano de muchos de los armenios ortodoxos de las provincias orientales.

Yo creo que a excepción del 10% de sangre ariana y otro tanto de sangre mongólica, y no obstante su habla turano-semita, impuéstole por las diferentes

olas de conquistadores indogermánicos, tártaros y semíticos, que han venido barriendo desde tiempo inmemorial la altiplanicie del Asia Menor, la raza llamada "armenia" no pasa de ser en el fondo sino una fracción insignificante de la antiquísima familia hitito-alaródica, en que, a despecho de los esfuerzos de los misioneros cristianos, predomina y seguirá predominando cada día más el mahometanismo, pues una religión como la nuestra, que predica el bien y censura la rapiña, no puede ni podrá competir a la larga, en el Cercano Oriente al menos, con el islamismo, que santifica el robo e idealiza la lujuria.

Si Nuestro Señor Jesucristo en vez de predicar el amor al prójimo se hubiese atenido más bien a los principios orientales del monoteísmo, de la violencia y de la poligamia, no le hubiera sucedido seguramente lo que le sucedió, pues predicar el altruismo en el Cercano Oriente equivale a cometer el pecado más grande que humanamente se puede cometer allí.

En el momento en que Jesucristo predicó el "amor" a Dios, en vez de la vieja fórmula del "temor", o, mejor dicho, del "terror" a Dios, lo crucificaron sus paisanos por hereje.

Lo que las naciones mahometanas han censurado más en lo tocante a las matanzas armenias, no ha sido el que los turcos hayan exterminado a casi todos los armenios varones de doce años en adelante (puesto que en Oriente el matar cristianos no es ningún pecado), sino el que hayan dejado morir de hambre y de miseria, durante las deportaciones, o sea a la vista de todo el mundo casi, a tal vez más de un millón de niños y mujeres, levantando de ese modo un avispero entre las naciones cristianas, que, después de la guerra, había de resultar forzosamente fatal no sólo para los otomanos sino también para el resto del mundo mahometano.

La única secta cristiana en el Cercano Oriente, con la cual las potencias europeas pueden contar todavía, es la de los Maronitas, del Monte Líbano, que fundó Juan Maro en el siglo V y que permite el matrimonio a sus sacerdotes.

Su patriarca se halla sujeto al Papa, en Roma; reside en el convento de Kanabín, y cuenta con una congregación de tres a cuatrocientas mil almas.

La inmensa mayoría, por no decir el 99% de los llamados "turcos" en nuestras Américas no son realmente turcos (pues los verdaderos turcos no tienen necesidad de emigrar, por representar la casta gobernante en el Imperio Otomano), sino árabes cristianos, el 35%, al paso que el restante 65% se compone de sirios, descendientes hasta cierto grado de los antiguos fenicios, que pertenecen en gran parte a la secta de los maronitas, hablan no el turco, sino el árabe únicamente (los idiomas arameo y nabateo, de origen sirio-caldeo, habiendo caído en desuso), y se hallan desde tiempo inmemorial en pugna perenne con los árabes mahometanos, y sobre todo con la temible secta hebráico-mahometano-zoroastrana de los drusos que representó para ellos, hace sesenta años, lo que los kurdos para los armenios últimamente, ya que las matanzas celebradas en Siria, en 1860, y durante las cuales

Francia tuvo que intervenir a mano armada para tratar de salvar el resto de la población cristiana del Monte Líbano, fueron obra casi exclusivamente de los drusos.

Ahuyentados por los franceses de la costa y en su mayoría también del Monte Líbano, fueron los drusos a establecerse entonces en torno del Dyebal Haurán y en las inmediaciones de Damasco, desde donde siguen fomentando la viva oposición al régimen francés que, según parece, continúa imperando no sólo en la cuenca del Oronte, sino también en Hama, Homs, Alepo, Damasco y Beyruth.

Pero volvamos a nuestro tema...

Poco después de amanecer, llegó el teniente Landgraf para felicitar de parte del coronel von Kress a Esad Bey y a la división por su brillante conducta durante el día anterior. Y un cuarto de hora más tarde nos hallábamos ya en camino de los pantanos de Abu-Hurera, donde pensábamos abrevar de nuevo nuestro ganado y descansar durante un par de horas.

Al notar que las nubes de polvo que íbamos levantando habían de llamar forzosamente la atención de los aviadores enemigos, se lo hice presente a Esad Bey, a fin de que mandara cambiar de formación. Mas éste, confiando en Dios sabe qué, apenas se sonrió de mis aprehensiones, que consideró excesivas, y, al llegar, hizo alinear los regimientos en formación cerrada a lo largo de la ciénaga, sin dar siquiera órdenes preventivas.

El resultado de semejante descuido, imperdonable casi en un jefe divisionario, fue el que era de esperarse.

Al desmontarnos, aparecieron como por encanto seis o siete aviones enemigos, que, sin darnos tiempo siquiera para tocar «alarma», nos lanzaron una lluvia de bombas, que en menos de medio minuto nos habían de causar más bajas tal vez que los fuegos de su infantería y artillería el día anterior.

Cerca de doscientos caballos yacían agonizantes en el suelo o huían enloquecidos, chorreando sangre o con los intestinos afuera, en todas direcciones arrastrando de los estribos a sus jinetes o pasando por encima de aquellos que trataban de detenerlos. La mayor parte de dichos animales fueron a parar al desierto, donde los beduinos se apoderaron de ellos y los vendieron más tarde a los ingleses.

Pero aquel ataque en extremo brillante de los aviadores enemigos no había de quedar impune, puesto que el teniente Bader, jefe de una de nuestras baterías de defensa aérea, les puso la vista y con media docena de granadas despachó a dos de ellos. Uno fue a caer allende el horizonte, mientras que el otro se paró de cabeza y fue a dar en línea recta al suelo, donde se estrelló en medio de una nube de polvo, que nos sirvió de guía.

Desgraciadamente, y a pesar de los cinco kilómetros que recorrimos a todo galope, llegamos, el piquete de lanceros que me acompañaba y yo, demasiado tarde para poder salvar la vida del aviador, que encontramos sepultado bajo el

motor y un mundo de alambres y de astillas. Estaba desnudo y sin pies. Nuestros voluntarios árabes, que nos habían precedido, se los habían cortado, al llegar, a machetazos... para evitarse la molestia de tener que desabrocharle los zapatos.

De cabellos entre rojo y rubio y bigote recortado, era dicho oficial joven todavía y la única herida que ostentaba era la de un fragmento de granada que le había penetrado por el pecho e interesado el pulmón.

Sus ojos azules o zarcos habían saltado fuera de sus órbitas a causa del choque sufrido por el cuerpo al caer de una altura de tal vez más de mil quinientos metros.

Papeles o instrumentos no los hallamos por ningún lado, porque los árabes se los habían apropiado junto con la ropa y demás efectos a que habían logrado echar mano antes de que nosotros pudiéramos impedírselo.

Y mientras me hallaba inspeccionando de cerca el lugar del desastre, apareció, en busca de su compañero probablemente, uno de los aviadores enemigos ahuyentados, y abrió desde poca altura fuego graneado contra nosotros con su ametralladora. En consecuencia, y para impedir que el cadáver del oficial fenecido fuera a servir de pasto aquella noche a las hienas y chacales, obligué a uno de nuestros árabes, revólver en mano, a que lo llevara en ancas de su dromedario hasta Abu-Hurera, donde lo hice sepultar envuelto en mi capote y con una pequeña cruz de oro sobre el pecho, que yo había venido llevando al cuello desde que era niño.

Lo que me impresionó esa vez dolorosamente en un hombre como Esad Bey fue que se opusiera a que aquel valiente y desgraciado militar fuera sepultado de conformidad con su rango, y se limitara a indicarme por medio de un gesto casi despreciativo, que dispusiera de su cadáver como quisiera.

Al día siguiente nos trasladamos con nuestras fuerzas a Tel-Es-Sheriát, donde nos recibió el coronel von Kress con señales de la más viva complacencia, pues también esa vez había sido nuestra III División la que por su brío había decidido el triunfo a favor de las Armas otomanas.

Así terminó la segunda batalla de Gaza, o sea la segunda y última victoria de nota que ganó en las fronteras de Egipto nuestro brillante ejército expedicionario sobre las huestes de la Gran Bretaña

Si el general von Falkenhayn, nueve meses después, hubiese escuchado los consejos del coronel von Kress y, en vez de oponer una resistencia estéril por no decir suicida, a las fuerzas numérica y técnicamente superiores de Lord Allenby, hubiese mandado desocupar desde un principio la zona costañera hasta el pie de la cordillera de Palestina (por el costado de Oriente), y hasta la línea de Nablus-Cesarea (hacia el Tramonte), ni la desastrosa tercera batalla de Gaza hubiera ocurrido, ni Jerusalén hubiera caído del modo tan poco digno como cayó por fin.

La culpa de dicho desastre no debe atribuirse por lo tanto al coronel von Kress, sino al mismo general von Falkenhayn, quien, ignorando el arte, por cierto

difícil, de combatir sin apoyo de flancos, quiso establecer en Palestina un sistema táctico y estratégico que cuadraba tal vez muy bien en el frente franco-alemán, pero no tenía aplicación en una zona de acción como la nuestra, donde carecíamos no sólo de medios de transporte adecuados, sino en ocasiones hasta del agua necesaria para nuestras tropas... al paso que el enemigo disponía prácticamente de todo, inclusive el apoyo de la poderosa artillería de su escuadra y de un escuadrón de «tanks» o carros de combate automóviles y forrados de acero, que contaban, además de ametralladoras, a veces también con cañones de infantería, y que en lugar de sobre ruedas, se movían sobre llantas de hierro, que les permitían arrastrarse a imagen de gusanos por encima de las trincheras, árboles caídos, paredes derrumbadas, etcétera.

Las razones que preceden deberían bastar, a mi modo de ver, para justificar la actuación del coronel von Kress, quien sí conocía el desierto y sabía lo inútil que resultaría tratar de combatir en un terreno llano, como el de la zona costañera de Palestina, por ejemplo, contra fuerzas enemigas numéricamente bastante superiores y dotadas de enormes elementos... sin más recursos y sin más ejército que nuestro ejército expedicionario, que, hambriento y fatigado, después de tres años de cruenta e indecisa lucha, no disponía ya ni de las reservas necesarias para poder respaldar su línea de combate, que iba debilitándose cada día más a causa del tifus y de las privaciones.

Yo no dudo de que tanto el Generalísimo británico, el mariscal Lord Allenby, como sus Segundos, los tenientes generales Sir Archibald Murray y Sir Charles Dobell, que tan insignes servicios prestaron a su patria en Palestina, convendrán conmigo en que tengo razón al observar que nuestra situación en el frente del Sinaí era desesperada desde un principio, es decir, desde que empezó la guerra casi, y que, de no haber sido por el genio militar indiscutible de su digno contendor y General en Jefe de nuestro ejército expedicionario en Egipto, el coronel von Kress, Palestina se hubiera perdido ya mucho antes.

El 22 de abril regresamos a Bir-Es-Sabah, donde nos instalamos a modo de pasar el verano lo más cómodamente posible, pues la época de los calores había comenzado ya, imposibilitando la continuación de operaciones militares en mayor escala.

A pesar de ello, seguían los aviadores enemigos visitándonos casi diariamente y lanzando bombas siempre que podían, aun cuando sin causarnos las más de las veces daños de consideración.

De la oficialidad alemana y de los empleados de la Expedición Pachá no quedaba a nuestro regreso ya casi nadie. Y con el Feld Lazarett Nº 213, que había sido trasladado a Beit-Hanún, o sea a retaguardia de Gaza, habían partido el Dr. Zaphra, la bondadosa *Schwester* Paula Koch y las demás hermanas enfermeras de nuestro hospital militar otomano.

Los capitanes Sterke y Schuhmacher, los tenientes Birke y Bayer y los jefes de las baterías de defensa aérea, que eran los tenientes Krämer, Kraus, Strauch, Zölch y el intrépido Lepique, fueron los únicos que permanecieron en su puesto, haciéndonos compañía y defendiendo junto con el resto de la artillería a Bir-Es-Sabah contra los ataques continuados y atrevidos de los bravos aviadores enemigos.

El 2 de mayo hubo alarma general a causa del avance de dos regimientos de caballería adversaria, que, después de rechazar a nuestras avanzadas en Abu-Galiún, se habían apoderado, temporalmente, de dicha posición, por lo cual, y en vista de que en esos días nos hallábamos casi del todo faltos de infantería, nos vimos precisados a guarnecer nuestros atrincheramientos con caballería desmontada.

Si los ingleses, quienes deberían de haber estado al corriente de ello por sus espías árabes hubiesen simulado esa vez un ataque frontal, para luego caer con el grueso de su caballería sobre nuestro flanco izquierdo, hubieran podido arrollarnos fácilmente y obligarnos a desocupar Bir-Es-Sabah en el término de la distancia, por decirlo así. Pero no lo hicieron, limitándose apenas a hacer demostraciones con patrullas de infantería montada frente a nuestro sector meridional, que acabaron por convencer al teniente coronel Esad Bey de que yo tenía razón cuando, cierta vez, dos meses antes, había declarado que Bir-Es-Sabah era el punto más vulnerable de nuestro frente, a causa de que carecía de obras de defensa en aquella dirección, o sea por el lado de El-Hafir, de que, según lo aseguraban los beduinos, la caballería adversaria se había apoderado por sorpresa el 5 de mayo (1917).

Esta nueva, que cayó como una bomba en nuestro cuartel general, dio por tierra con la tesis bastante generalizada de que el enemigo no se atrevería a avanzar por el sector meridional, sobre todo cuando el día siguiente un tren blindado, que habíamos despachado en esa dirección, fue tiroteado a mitad de camino entre El-Hafir y Bir-Es-Sabah por una fuerza enemiga emboscada.

Para impedir que los ingleses fueran a tratar de establecer una nueva base de operaciones a retaguardia de su ala derecha, o sea en El-Hafir, y para distraer, a ser posible, hacia el desierto del Tih el grueso de su caballería, cuya presencia ante Gaza nos hacía temer un nuevo avance general del ejército de Lord Allenby, recibí orden de organizar y encabezar una expedición independiente, formada por fuerzas de caballería únicamente, cuya misión había de consistir en abrirse paso a través del ala derecha de los ingleses, en apoderarse del Sinaní egipcio, y en atacar e inquietar desde allí las comunicaciones a retaguardia del frente enemigo (*Rückwärtige Verbindungen*).

Con tal motivo me fue expedida, el 8 de mayo, en el Cuartel General de Tel-Es-Sheriát, la patente de «montaca-comandane», o Gobernador Militar del Sinaí egipcio, con El-Hafir y Bir-Biren como base de operaciones. Y el día siguiente, a las nueve de la noche, emprendí la marcha en dirección al Sur, al frente de una

fuerte columna volante de *hedchin-suaris,* o caballería en camellos, con su correspondiente tren de combate.

Esta fuerza, escogida, componíase casi totalmente de soldados árabes veteranos, mandados por suboficiales merecedores de mi entera confianza. El único turno entre sus oficiales era el teniente asimilado Ibrahim Effendi, oriundo de Smirna, que descollaba por su valor y una sangre fría extraordinaria.

Agregado a mis fuerzas iba también un fuerte contingente de irregulares llamado "el regimiento de voluntarios de El-Arrish", que capitaneaban los jeques Hasan-Erkienharb y Selim. Casi todos ellos eran padres de familia y mahometanos fervientes, que, antes que someterse al régimen de los *giaurs* ingleses, habían preferido abandonar sus hogares y tierras de labranza en torno de El-Arrish par ir a alistarse bajo las banderas del Profeta.

Desgraciadamente solían los oficiales takauts, de la Administración Central de cábilas en Jerusalén, apropiarse sus sueldos... por lo cual aquella pobre gente se hallaba casi siempre sumida en la indigencia y obligada a buscarse la vida a veces hasta por medio del pillaje.

Para poder obtener siquiera un mes de salario a cuenta de los quince o diez y seis que ya se les debían, me fue preciso dirigir media docena de telegramas urgentes al jefe de dicha administración, amenazando con poner al corriente de sus irregularidades hasta al mismo Enver Pachá, si necesario fuere.

Tan enérgica manera de proceder no dejó de surtir su efecto y me valió, además de la confianza, creo que hasta el cariño de dichos cabileños, quienes en adelante no se volvieron a separar de mi lado. Durante las tres o cuatro semanas que duró la expedición, cábeme la satisfacción de poder decir, no tuve yo que lamentar ni un solo caso de deserción entre ellos.

Al citar este ejemplo lo hago a fin de demostrar, por vía de hechos, que, tratándosele con equidad, hasta los mismos beduinos son susceptibles de convertirse en hombres de bien y en soldados capaces de sacrificar sus vidas en el cumplimiento de su deber.

La verdadera razón por la que los árabes, tanto de Siria como Mesopotamia, han sido considerados ya mucho antes que los armenios como los elementos recalcitrantes y sediciosos por excelencia de Turquía, hay que buscarla de preferencia en el peculado y la rapacidad inveterada de la burocracia civil y militar otomana, que, por haber hecho siempre uso liberal del sistema de sombras y de sangre que ha caracterizado a todas horas los gobiernos de los sultanes y sus predecesores, los basileos bizantinos, acabó por obligar a los pueblos vasallos del Imperio, sobre todo durante el siglo pasado, a irse emancipando unos tras otros de la Sublime Puerta, no obstante las simpatías arraigadas que existen y seguirán existiendo siempre entre éstos y los otomanos, merced al mahometanismo, que, semejante a un lazo indisoluble, los une y seguirá uniendo durante todavía muchos siglos por venir.

Suponer que porque los aliados han decretado la separación de Siria y Mesopotamia, sus pobladores árabes han de seguir eternamente separados del Imperio Turco, es un error capital.

El día en que el gobierno otomano llegare a normalizarse y a establecer una Administración siquiera medianamente honrada, serán los árabes, probablemente, los primeros en reanudar sus antiguas relaciones con Turquía... para junto con ella combatir entonces a las potencias europeas, a las cuales, dígase lo que se quiera, ellos consideran y seguirán considerando siempre como enemigos jurados de su raza, su libertad y sus creencias religiosas.

De no haber sido por su temor a la pavorosa administración civil y militar otomana, a que hubieran quedado nuevamente sometidos en caso de que Egipto hubiese sido anexionado a Turquía, los egipcios se hubieran levantado en masa contra los ingleses al principio de la guerra, alborotando las demás naciones y colonias mahometanas en el norte y centro del continente africano.

Errados andan por tanto los que se figuran que porque Turquía se halla atravesando actualmente una crisis pasajera, el mahometanismo se halla vencido.

No nos engañemos. Los doscientos millones de musulmanes que muchos creen dormidos están muy despiertos y agitándose activamente desde Senegambia hasta la India.

Las tropas coloniales, y más que todo las profesantes del islamismo, que combatieron durante la última guerra en Flandes y los demás frentes de Europa y Asia, han aprendido el manejo y conocen hoy a fondo el efecto de los armamentos modernos, que representaban hasta no hace mucho todavía el secreto del predominio europeo en sus numerosas coloniales de ultramar.

Provistos de ese talismán, que permitió al Japón abrirse paso desde todo punto de vista, y sin necesidad de renunciar a su carácter nacional, no concibo yo por qué de entre los pueblos mahometanos no habrán de surgir también tarde o temprano cerebros esclarecidos y resueltos a conquistar su libertad e independencia de no importa qué manera.

Cuando hasta en la pequeña Isla de Santo Domingo no faltó un Toussaint Louverture, que hizo frente y se sostuvo victoriosamente contra todo un Napoleón, quién sabe qué clase de hombres no serán capaces de producir todavía el continente asiático y el africano, donde el radio de acción de nuevos conquistadores no tendría límites y los pueblos islámicos los aclamarían como libertadores.

Con doscientos millones de fanáticos no se puede jugar impunemente, y mucho menos desde la última guerra, que les abrió los ojos y reveló el «sursum» de la superioridad europea sobre las demás razas.

No olvidemos que el Imperio Romano se desmoronó el día en que sus naciones vasallas llegaron a compenetrarse del secreto de su arte militar.

La Revolución francesa provocó la independencia de las Américas.

¿Quién quita que la Revolución bolchevista no acabe por independizar también Asia y quizás hasta Africa?

# Capítulo XXV

Según dejé dicho ya en el capítulo anterior, salimos de Bir-Es-Sabah a las nueve de la noche del día 10 de mayo. Y deslizándonos como fantasmas a través de la zona de peligro, que se extendía al sur y oeste de dicha plaza fuerte, llegamos a media noche a un pozo llamado Bir-El-Turkíeh, donde nos pusimos a aguardar el convoy, que por fortuna no tardó en llegar; y en formación cerrada seguimos la marcha camino de Asludch, donde pensábamos pasar el día ocultos en el fondo de un profundo secadal.

Nuestra gente iba toda montada en «hedchins», o dromedarios de silla muy corredores, capaces de cubrir de ocho a diez kilómetros por hora durante días enteros... en terreno arenoso o arcilloso, se entiende, pues entre los pedregales corren dichos rumiantes el riesgo de mancarse, por tener la planta de los pies blanda como la palma de la mano.

El desfile de nuestra tropa debió de haber sido pintoresco, visto de día.

La precedía a medio kilómetro de distancia una vanguardia de irregulares, de rostros barbudos y tostados, coronados de albos *kefíehs*... y cuyos cuerpos esbeltos y envueltos en castaños albornoces, se balanceaban sobre elevados y amarillentos dromedarios, de enjutas y larguísimas extremidades, de que pendían a ambos lados de la montura amplias alforjas, adornadas de colgantes trenzas de lana roja que se destacaban ventajosamente en el azul del cielo y el azafranado fondo del desierto.

A ésta la precedía a su vez una descubierta, o grupo de exploradores, desplegados en guerrillas a grandísimos intervalos.

Y el grueso de la fuerza, de que formaba parte también el convoy de provisiones y municiones, lo encabezaba yo, rodeado de un grupo de jeques pintorescamente ataviados, y lo protegía una fuerte retaguardia, compuesta por una sección de regulares e irregulares, que iba revelando continuamente las patrullas de exploradores sobre ambos flancos de la caravana.

Siguiendo antiguas usanzas mías, no avanzábamos sino de noche, ocultándonos al amanecer en el fondo de estrechas y profundas torrenteras, o secadales, para despistar a los aviadores enemigos y a los innúmeros espías indigenas de los ingleses que infestaban aquellas polvorientas lejanías, de matices rojizos, en que se divisaban a distancias enormes, acaso en el fondo de una hondonada o agrupadas

en torno de alguna marcha verduzca, las negras tiendas de una cábila beduina o las amarillentas ruinas de la que miles de años antes había sido, quizás, una urbe populosa.

Tales ciudades, antiquísimas, debieron de haber figurado como emporios de riqueza en tiempos de David y de la reina Saba del Ofir, o quizás, durante la época floreciente de la Arabia Pétrea.

Pero su gloria se ha desvanecido como el humo. El comercio de tránsito entre la India y Egipto, que les daba vida, ha cesado desde hace cerca de diez y siete siglos. Y entre las ruinas de sus tumbas, palacios y portales de piedra, cubiertos de exquisitos labrados, como los de Ed-Deir, El-Kasneh y El-Kazr-Faraón, que subsisten aún en la famosa Petra, a orillas del Vadi-Musa... no se oye hoy ya sino el graznido de los buhos, el rugir de las fieras y el nocturno aleteo de los vampiros.

Y a imagen de los *grands seigneurs,* que en ellos vivieron algún día, también aquellos palacios y ciudades tuvieron su época de magnificencia, y son lo que con el tiempo llegarán a ser tantas otras ciudades, en que en nuestros días la opulencia y el lujo imperan omnipotentes... pues todo en este mundo tiene su tiempo y todo tiene que desaparecer.

En las ciudades ruinosas de aquellos desiertos refléjase el símbolo del destino universal, ya que, según reza un antiguo dicho, "la civilización es como la luz del sol, que brilla para hacer todavía más intensa la oscuridad, cuando deja de lucir."

En la península arábiga, o Dyesiret-El-Arab, de que forma parte el Badiet Et-Tih, o el desierto del Sinaí, de que estamos hablando, se apoyan dos grandes regiones: una al Sur, y la otra al Norte.

El centro de esta enorme lengua de tierra lo forma una altiplanicie de unos ocho mil pies de elevación y geográficamente casi inexplorada, llamada El-Neshd, cuya linde oriental y sudoriental, vecina al litoral del Océano Indico, la pueblan en parte los beduinos «gleb», o cazadores de gacelas, que descienden de gitanos oriundos de la India, al igual que la fanática secta de los «vahabitas», que más de una vez ha hecho temblar a los sunitas y a sus califas otomanos en Estambul.

De Arabia surgió en el siglo VII el movimiento musulmán, y aun cuando árida por punto general a causa de no poseer un solo río, pues el Meidam, el Chab y el Aftán no son sino torrentes casi siempre secos, en sus oasis, y sobre todo en torno de las poblaciones cercanas a los arroyos, suele ser a veces en extremo grande la fertilidad de su suelo.

Entre sus productos de exportación figuran el azúcar, algodón, incienso, bálsamo y bananas, mientras que entre sus principales fuentes de riqueza, también extensas pesquerías de perlas, a lo largo del Golfo Pérsico, y una excelente cría de dromedarios de silla y de caballo.

Su costa occidental, que baña el Mar Bermejo, o Rojo, desde el Bab-El Mandeb hasta cerca de Dchidah, y que llevaba antiguamente el nombre de Arabia

Felix, la moran los descendientes de un amalgama de pueblos libio-alaródicos (himiaritas y sabeos), llamados hoy «dcheminitas», y que se diferencian étnicamente de los «nisaritas», habitantes de la Arabia Pétrea, o desierta, que es El-Hedchás.

La parte costañera del Dchemen es rica en vegetación. La acacia gomífera, de cuya corteza mana la goma arábiga, abunda allí por doquiera. Y en los alrededores de la pequeña ciudad de Moca se produce el famoso café de su nombre, cuyas cosechas exportan sus habitantes casi íntegras al extranjero, contentándose ellos mismos a modo de bebida con un caldo negruzco, preparado con las cáscaras de los granos, que por allá llaman «kishir kávesi».

Entre sus pocas y más bien insignificantes ciudades figura la *kasaba* de Saná, que vio nacer al arquitecto constructor de la célebre El-Hambra, o Al-hambra de Granada.

Fuera del ganado lomudo «zebú», abundan en sus llanuras los avestruces, catervas de gacelas, y en los cerros de Adén, bandadas de monos.

En la parte céntrica del litoral, que es casi toda desierta, se encuentra a pocas horas del puerto de Dchidah y allende las rodantes olas de arena, la ciudad de la Meca, en que nació Mahoma y que ocupa en parte un paupérrimo vellecillo de que emana la fuente sagrada del Sem-Sem, la cual, según la tradición un día brotara bajo la planta de Agar, mientras andaba errante por aquellos desiertos con Ishmail, hijo de Abrahán.

Además de esta fuente, cuenta la Meca también con la sagrada colina de Arafat, en que suele discurrir el «mufti», o «kadi», durante la época de las grandes peregrinaciones, y con su histórica mezquita mayor, llamada «medyid-el-haram», que ostenta en su interior y sujeta al muro, la famosa "piedra negra", o de los *hadchis*, que los romeros se hallan en el deber de besar antes de abandonar dicho santuario, aun cuando fueren elefansiácos.

Hacia el norte de Dchidah y sobre un islote de coral insignificante, vecino a la costa, venérase la tumba del Sheik Hasan-El-Marabit, que pasa por ser el santón protector de El-Hedchás. Y frente a éste, aun cuando ya algo distante del mar, eleva sus graciosos alminares la mezquita mayor de Medina, en que descansan los restos del Profeta.

Medina figuraba hasta el final de la guerra todavía como la estación más meridional del ferrocarril de El-Hedchás y por consiguiente también como la ciudad más importante de Arabia después de la Meca.

La parte noroccidental de la península arábiga se subdivide en la sección meridional, llamada comúnmente el Sinaí, o Badiet-Et-Tih (que abarca los desiertos en que anduvieron errantes los judíos durante cuarenta años); y en la zona nororiental, que lleva el nombre de Nageb, o Negueb, e incluye las estepas y cadenas rocosas hacia Levante del Vadi-El-Musa y de la costa sudoriental del Mar Muerto, o de Asfaltitis, a contar desde la península de El-Lisán.

Estas desnudas serranías, que se elevan en forma de terrazas sucesivas, cortadas de un modo salvaje, se hallan a veces coronadas de volcanes extintos que forman pareja con los volcanes etiópicos. Y sus mesetas y numerosos y aislados picos, que sin orden o verdadero encadenamiento se presentan en forma de obeliscos, torres derruidas y castillos en ruinas, alternan en su parte baja con pilares fabricados por la lluvia en el conglomerado rojo, o con mesetas de arena y greda, cuyos bordes son casi siempre pendientes y escarpados.

A juzgar por la presencia de minerales no metálicos, los fósiles, las conchas y los vestigios de una acumulación más o menos profunda de limo en el fondo de las que otrora fueron bahías de mares, deben de haberse realizado aquellos depósitos, que hoy representan la base de los desiertos del Sinaí, en un período que corresponde poco más o menos con el de las partes inferiores del sistema cretáceo general.

Los estratos de arena cuarzosa, barro y cal, que en el transcurso de decenas y centenares de miles de años se habían ido acumulando en el fondo de aquellos ex mares, o lagunas saladas, se fueron conglomerando con el tiempo hasta que acabaron por formar esa serie de areniscas, arcillas y pizarras rojas y amarillas que cubren hoy la parte llana del Sinaí, mientras que la piedra calcárea, bituminosa y negra, que a veces aparece sobre la superficie de las vertientes, indica claramente la presencia de volcanes recientemente extinguidos.

Y hacia el corazón de ese desierto lívido, que cubría la curva azul de un cielo en llamas y barría el *simún* con voz de trueno era, donde nos iba a tocar avanzar un día tras otro para ir a plantar el estandarte de la Media Luna sobre las cumbres del Helal y del Magarah, cuyas negruzcas y borrosas moles se perfilaban en el horizonte cernidas de albos y áureos nubarrones.

Apenas se nos hubo unido el convoy extraviado, partimos de Bir-El-Turkíeh con rumbo a El-Asludch, desde donde conducía un sendero al Vadi-El-Kalasah, en que moraban algunas cábilas amigas nuestras. Y al rato de haber partido se nos incorporó cierta patrulla que yo había despachado la noche antes y nos informó que El-Hafir se hallaba ocupada por una fuerza de camelleros enemigos, y que una columna de caballería australiana, consistente en unas seiscientas plazas, había hecho saltar todos los pozos en las inmediaciones de bir-Biren.

Poco antes del amanecer llegamos a la estación de El-Asludch, que encontramos convertida en un montón de ruinas. Y a cosa de medio kilómetro hacia el noroeste vislumbramos por entre la penumbra los borrosos contornos de un puente de mampostería, de cinco a seis arcos, por el que pasaban los raíles del ferrocarril de Bir-Es-Sabah a Kuzeima, que habíamos tenido que abandonar después de nuestra retirada de El-Arrish, según las razones aducidas en el capítulo XXIII.

Y cuando las primeras claridades del amanecer comenzaron a disipar las brumas, nos hallaron instalados en el fondo de un profundo barranco, junto al que se destacaban las huellas de uno de los numerosos escuadrones de caballería enemiga, que solían recorrer aquellos contornos casi diariamente.

A ambos lados de nuestro escondrijo se elevaban formidables rocas acantiladas, y tan altas eran, que aunque el firmamento lucía sobre nosotros como una faja azul, en torno nuestro apenas si puede decirse que reinaba la penumbra de las cavernas subterráneas.

Refugiados en aquel antro, y sin permitir que se encendieran hogueras, cuyas humaredas habrían podido revelar nuestra presencia al enemigo, nos pusimos a aguardar la llegada de varios jeques y notables de las cábilas circunvecinas, amigas del gobierno, que al vernos, alabaron a Alah por habernos enviado y me aclararon ciertos puntos oscuros sobre las evoluciones del ala derecha enemiga, en cuyo radio de acción aún nos hallábamos. Y cediendo a sus súplicas, les dejé un destacamento mixto, con cuya ayuda habían de defender aquel desfiladero y el puente de Es-Asludch en caso de que los ingleses resolvieran tratar de cortarnos la retirada en esa dirección.

Al anochecer, cuando ya estábamos a punto de emprender la marcha, regresó otra de nuestras patrullas, a la que había tocado explorar la linde del desierto en las inmediaciones de El-Ruhebe (o Rehoboth, la del Antiguo Testamento), y por boca de su jefe supe entonces que dicha zona se hallaba ocupada por fuertes contingentes de camelleros irregulares enemigos, cuyos ataques los había obligado a batirse en retirada, y añadió que en ya no recuerdo qué lugar hasta había notado numerosas huellas de automóviles blindados.

Todas esas señas tendían a demostrar que el enemigo se hallaba preparándose seriamente para atacar Bir-Es-Sabah por su punto más vulnerable, que era el sector sur.

Alertado a causa de dicho informe, hice redoblar la vigilancia. Y al aclarar el día atravesamos la frontera egipcia por un punto cercano a El-Hafir, donde acampamos entre unos pedregonales estupendos, situados al pie de una desnuda loma, desde cuya cúspide se divisaban los gualdos médanos y a veces hasta la sombra azul del Mar Mediterráneo en las inmediaciones de El-Arrish.

Una vez dueños de ese observatorio, que convertí, desde luego, en base de mis operaciones, mandé a ocultar nuestras bestias, parque y provisiones en el fondo de una vecina hoyada, y comencé a poner en práctica mi plan de campaña, que no podía ser más sencillo desde el momento en que consistía en tratar de sostenerme a todo trance en territorio egipcio, y en destruir a cuantas obras de utilidad para el enemigo pudiera echar mano sin exponer mi gente en demasía.

Y poco antes del anochecer cruzaron lentamente por el espacio tres pardos aviones enemigos, semejantes a alados tiburones, olfateando por aquí y por allá, como en busca de alguien... ¿de nosotros, tal vez?

En vísperas de nuestra partida me había prometido el teniente coronel Esad Bey remitirme el resto de nuestras provisiones en un tren blindado, que había de esperarnos al oscurecer del día 14 en la abandonada estación de Tel-Abiad, o sea hacia el naciente de El-Hafir y en las inmediaciones de las ruinas de Abiad, cuya historia y origen desconozco.

Habiendo resultado aquella noche, sin embargo, en extremo oscura, nos tomó la tripulación del tren, al acercarnos, por el enemigo, y en vez de aguardar nuestra llegada, arrojó las provisiones sobre la vía y se largó a toda máquina, después de dispararnos unas cuantas descargas.

Tan extraña al par que poco amable despedida, que resultaba hasta cómica a primera vista, no dejó de hacerme recordar que nos hallábamos en pleno Sinaí egipcio y por lo tanto en una zona sumamente peligrosa e infestada de cábilas rebeldes y de bandoleos que, valiéndose del pomposo título de voluntarios de Su Majestad Británica, se habían posesionado de El-Hafir, Bir-Biren, Kuzeima, Magdabah, etc., persiguiendo a los beduinos turcófilos y cometiendo toda clase de desafueros y de crímenes que tenían azorada a la población pacífica de aquellos contornos.

Bien pagados, bien montados y bien informados por un sistema de espionaje que tenía ramificaciones entre casi todas las cábilas del desierto, iban y venían dichos señores por doquiera, precedidos u orientados por sus emisarios, disfrazados de derviches o comerciantes ambulantes, que adelantaban a los beduinos toda clase de recursos con tal de tenerlos de su parte y servirse de ellos más tarde, si posible, hasta de agentes auxiliares.

Al más peligroso de entre ellos parece que mi gente logró echar mano algunos días después, en el camino de Magdabah y lo pasó a cuchillo junto con media docena de sus compañeros.

Alejado el tren, recogimos las provisiones a toda prisa y regresamos al campamento, que sólo se diferenciaba del desierto por el brillo de las armas y los blancos *kefíehs* de nuestros centinelas, apostados tras de las rocas y zarzales. Y al entrar al vivac, que encontramos sumido en el más profundo silencio, me sorprendieron favorablemente el orden y la disciplina de nuestra tropa, así como la obediencia ciega de nuestros irregulares, de quienes, en honor a la verdad sea dicho, nunca tuve el menor motivo de queja.

Tras un par de horas de descanso, y aprovechando el claro de la luna que luchaba por abrirse campo a través de un lienzo de cúmulos plateados, partí al frente de tres escuadrones para ir a sorprender a los irregulares enemigos, que seguían posesionados de El-Hafir. Pero éstos parece que se esperaban ya a nuestra

llegada, pues al entrarles nuestra vanguardia por el flanco derecho, tocaron "bota-sillas" y, después de un vivo tiroteo, se retiraron en fuga precipitada hacia Magdabah, mientras yo meditaba si meterle candela a la población de El-Hafir, y acabar de una vez para siempre con esa infernal guarida de bandidos y *comitadchis* enemigos.

Acto continuo despaché dos secciones para que concluyesen de dinamitar los pozos de Bir-Biren, y, siguiendo en dirección al Sur, se posesionaran y me trajesen vivo o muerto al *kaimakam* de Kuzeima (sita al Poniente del histórico Aín-El-Cadis, o Kadesh-Barneah del Antiguo Testamento), que el gobierno había declarado traidor a la patria por una y mil razones harto justificadas.

Después de su partida, me dirigí con el resto de la fuerza camino del Dyebel-Helal, o de la montaña de la luna, para tratar de echar mano todavía a otro pájaro de cuenta, llamado Sheik-Atíen, que era descendiente del Profeta y jefe de una de las cábilas más feroces del Badiet-Et-Tih.

Y cuando momentos antes del anochecer nos íbamos acercando al romántico Dyebel-Helal (desde cuya cima se columbra ya, como una franja oscura, el Canal de Suez), nos encontramos con que el bravo Sheik-Atíen había preferido más bien no aguardar nuestra llegada y, levantando el campamento a toda carrera había ido a refugiarse con toda su cábila en el corazón del desierto.

Empero, por un par de prisioneros que logramos siempre hacerle después de un breve aunque reñido combate de retaguardia, supe que nuestra llegada había causado no poca sensación en el Sinaí, y que los espías enemigos, engañados por nuestras nocturnas idas y venidas, habían anunciado a los ingleses la presencia no de una sino de varias fuerzas expedicionarias otomanas, que en resumidas cuentas resultaban ser siempre la misma... la nuestra.

Por ellos supe igualmente que un alto comisario inglés en El-Arrish, de nombre M. Wilwon, si no me equivoco, había convocado en esos días a los jeques y notables de aquellos contornos para inducirlos a que se pusieran a las órdenes del Jerifa Huseín de la Meca.

Y como los informes de dichos individuos correspondían casi exactamente con la realidad de los hechos, en vez de mandarlos fusilar, conforme había sido mi intención hacerlo al principio, los hice soltar, y, para que no fueran a temer acaso que les iba a aplicar la "ley de la fuga", que entre nosotros se acostumbraba mucho, los convertí antes de marcharse en mis «musafires» o huéspedes sagrados, convidándolos a compartir conmigo mi modesta cena.

De vuelta al campamento encontramos en el camino a varias diputaciones de las cábilas circunvecinas que iban a ofrecer el besamanos en seña de sumisión. Y después de una partida de marchas y contramarchas para despistar a los espías enemigos, fuimos poco antes del amanecer a descansar un rato en las cercanías del pozo de «aín-el-asludch», que era una de tantas cisternas

naturales, ocultas entre las grietas y las cavidades de las rocas, que los no iniciados difícilmente lograrían encontrar por sí solos.

Cada uno de esos pozos tiene su dueño, que lo conserva como un tesoro oculto, pues de él depende para abrevar su ganado cabrío y lanar durante los ocho o nueve meses de sequía absoluta que suelen convertir aquellas estepas en otros tantos infiernos terrestres.

Cuando se anda sediento por aquellas soledades, es cuando uno llega a saber si cuenta verdaderamente o no con amigos en el desierto, pues el jefe militar inconsiderado, que, abusando de la bondad de aquella pobre gente se pone a derrochar el agua que les pertenece y tanta falta les hace para el sostenimiento de sus rebaños, corre el peligro de perecer de sed con toda su tropa, a veces hasta en medio de la abundancia, puesto que, una vez señalado como abusador, difícilmente encontraría ya quien le enseñase uno de esos pozos salvadores, que en ocasiones sólo conocen sus dueños y su servidumbre.

Y al aclarar el día, formóse en torno de la fuente de «aín-el-asludch» un cuadro altamente pintoresco. Pastores árabes, jóvenes y ancianos, vestidos con trajes bíblicos, y esbeltas rebecas con lustrosas ánforas balanceando sobre sus cabezas, iban y venían, incesantes, abriéndose paso con ademanes y exclamaciones por entre los rebaños de lanudos corderos y cabritos juguetones, que pretendían querer disputarles aquel cristal divino.

Nuestra presencia parecía tener sin cuidado a aquella buena gente, sin duda, porque nos conocían ya de nombre y sabían que éramos amigos de los pobres, pues en el desierto todo se sabe.

De día se comunican las noticias a larguísimas distancias por medio de señales convenidas (como entre nuestros indios), al paso que de noche, por medio de hogueras o alaridos prolongados, que se oyen a veces a kilómetros de distancia y cuyo eco retumba de cumbre en cumbre hasta ir a perderse como un suspiro de muerte en medio de las oscuras soledades del desierto.

Cuando nos llegó nuestro turno, dimos de beber primero a los dromedarios sanos y luego a los sarnosos, para evitar el contagio, porque el beduino cuida mucho de la salud de su bestia, pues de ella depende su vida casi diariamente.

Cuando una camella pare en el camino, carga su amo con el potrico a cuestas durante un par de horas antes de permitirle que camine solo.

El camello, sea de raza o de carga, se cría con los hijos de su dueño y duerme con ellos bajo una misma tienda, cual si fuere miembro de la familia. Sólo así se explica el gran afecto que suelen sentir esos animales por sus amos, especialmente los «hedchins», o dromedarios de carrera, que los beduinos montan a veces hasta sin cabestro y sin más silla que un albornoz enroscado en torno de su giba.

Para atravesar trozos de desierto en que no existen oasis, ni pozos, ni cisternas, utiliza el árabe por lo general camellas paridas, cuya leche le sirve de bebida a la vez que de alimento.

Pero también los potros de las yeguas árabes de raza suelen criarse con los hijos de sus dueños, de suerte que en más de una ocasión pude admirar en los campamentos de las cábilas grupos de niños jugando y revolcándose en la arena lado al lado con potricos, camellitos, ovejillas, cabritos y los perritos de la casa, conforme lo habían hecho ya probablemente miles de años antes los nietos y biznietos del patriarca Noé en su famosa arca.

Cuando muere una yegua dejando cría, suele darse a ésta de nodriza una camella, que, la más de las veces, adopta a su hijastro con maternal cariño.

Las bestias criadas de esa manera resultan por lo general sumamente resistentes, aun cuando de aspecto poco agraciado más bien y encarnadura enjuta, como la de los caballos de carrera ingleses.

El afecto que profesa casi todo hijo del desierto a sus bestias de silla, representa tal vez una de las razones más poderosas de por qué los beduinos prefieren con frecuencia pasar necesidades antes que disponer de dichos animales, con los cuales se han criado, por decirlo así y que consideran por consiguiente antes que como bestias, como amigos y compañeros de su infancia.

El *felah*, o árabe agricultor (sedentario) procede en ese sentido al revés que el beduino y somete sus bestias, por lo general, a un tratamiento bárbaro, cargándolas, y ensillándolas en ocasiones ya a los catorce o diez y ocho meses de haber nacido. Recuerdo haber visto un potro, en Es-Salt, que a la edad de año y medio llevaba ya el lomo cubierto de viejas mataduras. De no haberlo visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído.

Debido a la gran incuria y a los abusos de los *feláhes*, existen en Siria y en Palestina una infinidad de bestias defectuosas, de lomos hundidos y grupas caídas, que causan mala impresión a primera vista.

Los árabes, no obstante su fama y a pesar de ser jinetes nacidos, montan generalmente mal, y, por más que se esfuercen, no llegan casi nunca a dominar las reglas de la equitación. Incapaces de montar al trote, se tienen pésimamente en la silla y usan, además de unos estribos cortísimos y cuadrados, en que cabe toda planta del pie, unos bocados de aro, con que echan a perder la boca de sus cabalgaduras... haciéndolas bailar continuamente, de puro miedo.

Cuando a un soldado árabe se le confía un caballo nuevo, sano y bueno, en vez de cuidarlo y conservarlo, lo primero que hace es galoparlo cuesta arriba y cuesta abajo, hasta rendirlo, y luego viene y pide otro.

El circasiano y el kurdo son, en lo tocante al cuidado de las bestias al menos, todo lo contrario del turco y el árabe, quizás a causa de que no son de origen tártaro ni semítico, sino ariano.

El circasiano, v. gr., es chalán hasta la médula de los huesos y se adapta a la equitación europea de una manera admirable.

¿Quién no ha oído hablar de la famosa caballería circasiana y de sus proezas?

Cuando llegamos por fin a nuestro campamento, encontramos allí ya las secciones aquellas que yo había despachado dos días antes con rumbo al Sur. Y por su jefe supe que al llegar a las inmediaciones de Kuzeima, los partidarios del *kaimakam* habían salido a su encuentro y les habían librado fuerte combate, así como que cuando ya se disponían a aplicar la antorcha a dicha *kasaba*, se había presentado una disputación, formada por varios de sus notables, con una carta para mí y firmada por ellos, en la cual me reiteraban su adhesión inquebrantable hacia Su Majestad el Sultán, y desaprobaban de una manera categórica la conducta del *kaimakam* y sus partidarios, quienes, después de su derrota, se habían ido a refugiar en las vecinas montañas de El-Makrák, o la bíblica Kadesh-Barnea.

Y una hora más tarde cuando el plateado disco de la luna había comenzado a asomarse ya en el horizonte, se presentó, desarmado y montado en un camello blanco, gigantesco y ricamente enjaezado aquel Sheik-Atíen que dos días antes habíamos ido a buscar en su campamento del Dyebel-Helal, para fusilarlo..., y tocando por medio de una profunda inclinación, con la diestra al suelo, luego el corazón y por último la frente, me declaró con entera franqueza que en vista de la generosidad con que yo había tratado el día antes a sus compañeros, prisioneros nuestros, lo había juzgado de su deber venir a ofrecerme sus excusas por su conducta pasada. Y como acompañara su solicitud de la palabra «reyá-ederim», que, según los preceptos del Alcorán, lo hacía acreedor a la clemencia, no sólo le perdoné, sino le di en presencia de todos un cordial apretón de manos, que me valió un nuevo amigo y la adhesión de uno de los jeques más poderosos del Sinaí.

Con la carta de los notables Kuzeima, que remití en el acto a nuestro cuartel general, y la sumisión incondicional del Sheilçk-Atíen y la de casi todos los jefes de cábila más importantes de aquella zona, quedaba cumplida la primera parte de misión, que consistía en restablecer la soberanía de la Sublime Puerta sobre aquella importante provincia de Egipto.

Una vez libre de ese cuidado, púseme a dar los pasos necesarios para cumplir con la segunda parte de mi cometido, que había de consistir en tratar de atraer el grueso de la caballería enemiga hacia los desiertos del Sinaí, a fin de impedir que Lord Allenby fuera a precipitar una tercera batalla de Gaza, que hubiera podido resultar fatal para nosotros en razón del estado crítico en que se hallaba nuestro ganado por falta de pasto.

Después de la rendición de Sheik-Atíen, pasamos tres o cuatro días recorriendo el desierto en diferentes direcciones para someter a los recalcitrantes e infundir ánimo a los jeques leales, cuando en la tarde del 21 de mayo, si no yerro,

mientras nos hallábamos descansando en el fondo del Vadi-Ansarek, y al pie del Dyebel-El-Kern, pasaron sobre nosotros, en dirección a El-Arrish, tres grises aviones enemigos. Iban a poca altura y parece que nos vieron, pues retrocediendo giraron por encima del cerro una o dos veces, y, virando nuevamente en dirección de El-Arrish, desaparecieron en el horizonte.

Su manera de maniobrar me hizo sospechar en el acto que se hallaban al corriente de nuestro paradero. Y, de no haber lanzado bombas sobre nosotros, debe de haber sido porque no les convenía tal vez que nos moviéramos de allí.

Juzgando por este indicio que el momento psicológico de obrar había llegado, hice tocar «asomblea», y después de elogiar la conducta correcta que habían venido observando hasta entonces tanto la tropa como las clases y los oficiales, les hice saber que al día siguiente pensaba emprender una expedición en la cual todos los que deseaban distinguirse podían tomar parte.

Semejante nueva no dejó de producir gran entusiasmo, principalmente entre los voluntarios de El-Arrish, que se pusieron a festejarla por medio de combates simulados, llamados "fantasías". Y como por lo que dejé dicho antes debía de ser conocido nuestro paradero por el enemigo, di autorización para que se encendiesen hogueras, que la tropa aprovechó a fin de preparar las provisiones de boca destinadas para la expedición del día siguiente, consistentes en delgadísimas tortas de maíz o cebada, sin sal ni manteca, cocinadas al recodo o entre la arena calentada por el fuego de las hogueras.

Dicho procedimiento no podía ser más sencillo ni más barato, pues por falta de leña quemaban maleza o estiércol de camellos.

La arena es, después del agua y el trigo, quizás el don más grande que Dios ha podido conceder a los hijos del desierto, desde el momento en que les sirve de cocina a ellos, al paso que de lecho a sus camellos, los cuales no pueden existir en terreno pedregoso porque, contrario a lo que sucede con los caballos, que duermen generalmente en pie, ellos no pueden dormir sino tumbados.

Por otra parte, la sobriedad del beduino no es un mito como algunos se suponen, desde el momento en que con un par de tortas de aquellas, que no podían contener más que media libra de harina, y un trago de agua, les basta para vivir holgadamente durante veinticuatro horas. Y si a ello se añade media docena de dátiles o de aceitunas, o acaso un pedazo de queso o de carne, aquello ya no se considera como una comida, sino como un banquete en toda regla.

Parcos, casi ascéticos en sus alimentos, detestan los beduinos el alcohol, pero fuman en cambio con exceso. Su pipa, consistente en una cañita dotada de una cabeza de barro cocido, que llaman «chibuk», y un mechero de chispa son dos útiles de que ellos no se desprenden casi nunca.

El placer más grande que uno les puede proporcionar consiste en regalarles un puñado de tabaco o unos cuantos granos de café, que acostumbran tomar sin azúcar y hervido hasta que adquiere un gusto completamente amargo, semejante a la quinina.

Después de la cena fui con mi ayudante a dar una vuelta por el campamento, que ofrecía un aspecto pintoresco en alto grado.

Por doquiera vislumbrábanse en medio de la penumbra, como aros de sombra, los apretados círculos de rumiantes dromedarios, echados en la arena. Y en lo alto, coronando la negruzca cima del Dyebel-El-Kern, perfilábanse en un cielo sembrado de pedrería las borrosas siluetas de los centinelas... mientras que en torno de las humeantes hogueras flameaban con la luz intensa del desierto collares y más collares de negrísimos diamantes, incrustados en los tostados rostros de mis sarracenos.

Por doquiera destellaban bajo el rojizo brillo de las llamas los lucientes cañones de los máuseres, puñales de plata y curvas cimitarras, de doradas empuñaduras, que parecían dormir el sueño de la gloria en sus fundas de terciopelo verde y escarlata.

Y sentado en medio de aquellos hijos del desierto, con la Media Luna estrellada sobre la frente, hallábase un venezolano, a quien extrañas coincidencias de la vida habían convertido en el representante del Califa y último portaestandarte del pabellón otomano sobre las ardientes arenas del Sinaí egipciano.

Al aclarar el día reuní a la oficialidad y le participé mi intención de ir a dinamitar los pozos de Magdabah y el ferrocarril militar inglés en las inmediaciones de El-Arrish, que distaba unos sesentas kilómetros del lugar en que nos hallábamos acampados.

Para conducir la primera de dichas expediciones, designé al teniente Ibrahim Effendi, que gustoso aceptó tan arriesgado cargo, mientras que para la segunda, al intrépido oficial aspirante Halil.

Acto continuo hice formara la gente y autoricé al primero de dichos señores para que escogiera de entre ella una tropa mixta, equivalente a dos secciones. De éstos el único que cayó después en manos de los ingleses fue nuestro cocinero Alí, que, arrastrado por el entusiasmo general, se había empeñado en acompañar a Ibrahim Effendi.

Para reunir los individuos de tropa que habían de seguir a Halil, tuvimos ya más dificultades, porque la mayoría de nuestros voluntarios tenían cuentas pendientes con las autoridades militares inglesas de El-Arrish y temían que al caer prisioneros los fuesen a fusilar.

Sin embargo, y en vista sin duda de la honda pena que me causaba la indecisión de sus compañeros, dio un paso al frente un joven llamado Selim, vecino del Sheik-Sueid, y se ofreció el primero a acompañar a Halil.

En recompensa de su iniciativa y para que sirviese de incentivo a los demás, me quité la Media Luna de Hierro que llevaba puesta y se la prendí en el pecho ascendiéndolo al mismo tiempo a caporal.

Con aquello bastó. En el acto se llenó la lista. Y media hora después partimos, menos la guardia del campamento, todos rumbo a lo desconocido.

En el pozo de «abu-anguileh» dimos de beber a nuestras bestias, y seguimos avanzando por todo el fondo del Vadi-Ansarak. Pero temiendo que la espesa nube de polvo que íbamos levantando nos fuera a descubrir al enemigo, nos abrimos hacia la derecha, y, costeando por todo el borde septentrional del desierto, que se extendía como una cinta gualda de Naciente a Poniente, llegamos después de varias horas de marcha a cierto sitio llamado el «sheitan-deresi», o la hoyada del diablo, en que resolvimos esperar la caída del sol.

Era mediodía en punto, o la hora de los muertos y de los espectros en el desierto.

Y con el rostro envuelto en mi *kefíeh* de seda para protegerlo de los rayos de un sol de oro, me quedé contemplando aquellas soledades de una tristeza inconmensurable, que se extendían ondulantes hasta el confín sombrío, formando horizontes polvorientos, en que apenas se vislumbraban como tremolando, las violáceas siluetas de las dunas.

Fuera de un verdoso áspid, que silencioso se deslizaba al pie de un matorral, fragante a incienso, o el arco iris, que triunfal temblaba en el azul profundo del firmamento, sólo la muerte parecía extender sus alas sobre aquellos desiertos de lívidas arenas, en que de vez en vez interrumpía el silencio sepulcral la ronca voz del furioso vendaval, o el fiero retumbar del bronce, anunciando que allá hacia el Tramonte otro de tantos combates de avanzada se hallaba librando en torno de Gaza o de Bir-Es-Sabah.

Y cuando la tarde comenzó a tornarse de rosa en lila, fuése Ibrahim Effendi acercando cautelosamente en dirección de Magdabah, mientras que Halil y los suyos, de hinojos y con los brazos extendidos hacia la Meca, imploraban la bendición de Alah.

Fortificados por ese acto de fe, que tanto honra a los musulmanes, lanzáronse entonces aquellos bravos en las sillas y desaparecieron en el horizonte, en tanto que yo, apretando el paso, regresaba con el resto de la fuerza y por el camino más corto al promontorio del Dyebel-El-Kern, que a imagen de pirámide sombría erguía su ruda frente en medio de un caos de áureas lejanías.

Como pensaba proteger la retirada de Halil e Ibrahim Effendi desde dicha altura en caso que fueran perseguidos, hice montar las guardias sobre los puntos salientes de la montaña, confrontando el desierto, y alinear los camellos en el centro del vivac, más sin desensillarlos, prontos a toda eventualidad.

La noche era en extremo oscura, y excepto el lejano llanto de los chacales apenas se sentía la brisa azotando la maleza sobre la falda del monte, o el paso cadencioso de los centinelas... mientras que nosotros, con las armas calzadas y un pie en el estribo, no desviábamos la mirada del horizonte, en que las estrellas se iban sumergiendo unas tras de otras a medida que las horas iban transcurriendo...

Hasta que de pronto, a eso de las once, divisamos en dirección de Magdabah una intensa y azulada llamarada, que iluminó el cielo por instantes y fue seguida por el lejano estruendo de dos detonaciones, cuyo eco siguió rodando y retumbando por la oscura superficie del desierto como el rugir salvaje de un león herido.

Ibrahim Effendi había cumplido con su deber. Magdabah se hallaba presa de las llamas.

Y a eso de las dos de la madrugada, dos detonaciones más, del lado de la costa, nos vinieron a anunciar que también Halil había cumplido como bravo. *¡Alah akbar! ¡Alah kerim!*

Que aquello había de poner en movimiento a los ingleses, lo sabía yo de antemano, puesto que Magdabah apenas distaba unos cuantos kilómetros del campo atrincherado de El-Arrish, al paso que el sitio en donde Halil acababa de hacer volar la ferrovía enemiga debía de haber sido, a juzgar por las detonaciones, también en un lugar sumamente cercano a dicha plaza fuerte.

Y conociendo como conocía yo a los ingleses y sus inalterables leyes de desquite, me puse a leer con ayuda de mi lamparilla eléctrica una novela titulada «The iron pirate», que había encontrado en un vivac abandonado del enemigo cerca de El-Hafir, convencido de que la diversión de la caballería adversaria hacia aquellos desiertos, que yo me había propuesto provocar por medio de esa expedición iba a ser un hecho consumado en menos de veinticuatro horas. Y no me había equivocado, pues minutos antes del amanecer, cuando había cerrado y colocado ya mi novela en las alforjas de la montura para ir a echar un vistazo por las avanzadas, se presentó el jefe del día, acompañado del beduino «Hamdi the kid», como lo llamaba yo porque no tenía sino catorce años, y me informó que nos hallábamos rodeados por el enemigo en tres direcciones, por el norte, el sur y el oeste.

Al oír aquello, monté a caballo para ir a cerciorarme. Y efectivamente. Al coronar la cumbre me señalaron los centinelas varias colinas circunvecinas ocupadas por piquetes de caballería enemiga desmontada y tendida en el suelo, cuyos oficiales nos estaban observando atentamente por medio de sus binóculos.

Aquello me bastó. No había ni un minuto que perder, y en llegando al campamento despaché el grueso de la fuerza al «march march» por todo el fondo del Vadi-Anserak, en dirección de Oriente, que aún se hallaba franca, al paso que yo mismo me quedaba atrás con un piquete de gente escogida para cubrir su retirada en caso necesario.

Minutos después de haber partido aquél, emboqué con mi escolta por un vecino barranco, hasta que llegamos a cierta colina, despejada, que coronamos y desde cuya cúspide se divisaba perfectamente un grupo de exploradores enemigos estirados sobre los cuellos de sus caballos, observando desde un centenar de metros a lo sumo el vivac que acabábamos de abandonar.

Una descarga nuestra los convenció de que el pájaro había volado, y sin perder su tiempo en contemplaciones viraron hacia la derecha y se pusieron a perseguirnos de cerca.

Desde una segunda colina, que ocupamos después de aquella, pude convencerme de que el Generalísimo británico me había honrado quizás más de la cuenta, toda vez que aquellos ya no eran escuadrones, sino regimientos enteros, formados en columnas de marcha, los que brotaban como torrentes desbordados de entre los desfiladeros de las montañuelas vecinas al desierto y su secadales.

Olvidando el peligro inminente que nos amenazaba, y a pesar de que una columna interminable avanzaba a paso acelerado para tratar de cortarnos la retirada por el lado de El-Hafir, no pude menos de pararme para admirar durante largo rato aquel hermoso despliegue de fuerzas y de energía indomable con que el General en Jefe de la caballería adversaria se había propuesto darnos el golpe de gracia.

Ocupando y desocupando posiciones más o menos ventajosas, fuímonos batiendo en retirada hasta que llagamos por fin a la hondonada en que se hallaba, listo ya, nuestro convoy de provisiones y municiones, que hice movilizar en el acto, y disparando a diestra y siniestra, seguimos retirándonos hacia Levante.

En esto se nos atravesó el espacioso Vadi-El-Abiad, que cruzamos junto a las ruinas del Meshrifeh, desde las cuales se desprende cierta ruta imaginaria hacia el Mar Muerto, que utilicé, como era natural, para poner en salvo nuestro convoy de heridos. Y en tanto nos hallábamos atrincherados entre dichas ruinas, tratando de hacer frente como podíamos a aquella avalancha de fuerzas enemigas, que amenazaban arrollarnos y triturarnos bajo su peso, desembocó por nuestro flanco derecho, o sea por el costado del norte un regimiento de caballería australiana, que de haber llegado cinco minutos antes, hubiera podido cortarnos la retirada y exterminarnos con sus ametralladoras en campo raso.

Cuando supusimos ya a salvo nuestro convoy, partimos a paso redoblado a fin de ir a proteger el puente de Abiád, que amenazaba todavía otra columna de magnas proporciones. Pero llegamos tarde. Una espantosa detonación que hizo temblar el suelo a kilómetros a la redonda, nos vino a anunciar a mitad del camino que dicho viaducto había volado por el aire de una sola carga.

Ese día me acordé de aquella vieja frase "no jugar con fuego". La diversión de las fuerzas británicas, que yo me había propuesto provocar por medio de esa temeraria expedición a ochenta o tal vez más kilómetros tras el frente enemigo, había acabado por convertirse en un verdadero diluvio de cascos y de dinamita que en menos de doce horas había de arrasar el sector del ferrocarril de Kuzeima comprendido entre el Vadi-Aslúdch y El-Hafir. Esa formidable fuerza, que llovió sobre nosotros como el azufre destructor sobre Sodoma componíase, según me contó a mi regreso el comandante Mühlmann, de cuarenta a cuarenta y tres escuadrones, es decir, del grueso de la caballería enemiga acompañada de ametrallado-

ras, automóviles blindados y un enorme parque de explosivos, con cuya ayuda hizo volar por el aire en menos de doce horas los citados cuarenticinco kilómetros de ferrovía con sus puentes, estaciones, etc.

Excuso decir, cuál no sería el estruendo que producirían aquellas explosiones, y la impotencia a que no me vería yo reducido ante semejante derroche de elementos.

No obstante, hicimos acto de presencia por doquier, sobre todo en el sector del norte, donde nuestro destacamento mixto ahuyentó una fuerte columna de caballería adversaria, que, después de talar e incendiar los trigales en pie del Vadi-Kalasah, hizo volar de una sola carga el magnífico puente de Asludch, del cual apenas un par de raíles suspendidos en el aire y sus macizos pilares quedaron marcando el sitio.

Ibrahim y Halil Effendis, que al acercarse aquella madrugada al Dyebel-El-Kern, habían sido atacados por los ingleses, dieron igualmente pruebas de gran valor y circunspección, desde el momento en que, abriéndose paso a balazos por entre el enemigo, llegaron con todavía toda su gente casi a Bir-Es-Sabah, donde la voz había cundido ya que yo, con el resto de la fuerza, había sido cercado sobre el Dyebel-El-Kern y exterminado o apresado por los ingleses.

Al oír aquello Esad Bey, parece que exclamó indignado: «exterminado, tal vez, pero ¿apresado? ¡jamás! De Nogales Bey muere, pero no se rinde (... *teslim etmés*)».

La madrugada siguiente, conforme me lo había imaginado, se retiró la caballería adversaria hacia la costa, acosada por la sed y perseguida de cerca por nuestras patrullas, en tanto que yo me convertía de nuevo en señor absoluto del Sinaí egipcio.

Y para afianzar aún más mi dominio sobre aquellos escuálidos desiertos, que cortaban a imagen de cobrizas vetas violáceas y profundas hondonadas, hice trasladar mi campamento del Vadi-El-Bagar al pie del histórico Dyebel-Yelek, en el corazón del desierto... y desde cuya cúspide, que domina los cuatro vientos, se divisa a veces en tardes serenas la irisada superficie del Mar de los Corales, o sea del Mar Rojo.

En esto pasaron algunos días. Y mientras me hallaba trazando un nuevo plan de campaña, cuyo objeto principal había de consistir en perturbar las comunicaciones del enemigo entre El-Arrish y el Canal de Suez, llegó un posta, portador de una carta del coronel von Kress, en la cual éste me felicitaba por el éxito de nuestra expedición y ordenaba que me retirase cuanto antes a Bir-Es-Sabah, por haberlo dispuesto así el Alto Comando en virtud de razones estratégicas que no son del caso mencionar aquí.

Ante semejante orden no me quedó lógicamente otro recurso que obedecer. Y al rebasar la frontera, lo hice con el corazón oprimido, porque comprendía que conmigo desaparecía para siempre la bandera turca del suelo egipcio.

De regreso, pudimos observar de cerca los estragos causados por el famoso *raid inglés*. Por doquiera se veían edificios y puentes en ruinas, así como raíles

arrancados y retorcidos cual alambres por la fuerza de las explosiones. Y regados a lo largo de la vía, sin reventar, notábanse numerosos cartuchos de nitroglicerina, que los cabileños iban recogiendo en cestas, hasta que unas cuantas desgracias los convencieron de que aquellas barras blanquizas como el yeso no eran carbón blanco, después de todo, sino materia explosiva de máxima potencia con la cual no se podía jugar impunemente.

En las cercanías del Vadi-Kalasah pude tomar parte, de paso, en una cacería de gacelas con leopardos-chitas, que había organizado en nuestro honor un jeque de nombre Eid. Aquellos zancudos felinos, que los turcos suelen llamar «kaplan-köpek» y que tienen la caja del cuerpo como la de un perro de regular tamaño, los llevan los beduinos en ancas de sus bestias y se los sueltan a las gacelas cuando éstas comienzan a demostrar cansancio.

En llegado a la zona de Bir-Ed-Sabah, tropezamos con uno de nuestros trenes blindados, que, tomándonos por el enemigo, dio contravapor y salió espantado después de tirotearnos liberalmente con sus ametralladoras.

Así terminó esa expedición, que duró cerca de cuatro semanas y nos hizo estremecer en más de una ocasión.

Y cuando al día siguiente volvió a nacer el sol, ya no me encontró con la mirada fija en Occidente o con el oído aplicado al suelo, tratando de calcular por medio del sonido de los cascos el pie de fuerzas de alguna patrulla enemiga, sino sentado cómodamente ante mi escritorio, fungiendo una vez más como jefe de nuestra Plana Mayor y hombre de confianza del coronel Esad Bey, que se había hecho cargo entretanto una vez más de toda la guarnición de Bir-Es-Sabah.

# Capítulo XXVI

El día después de mi llegada supe por el comandante Mühlmann que simultáneamente con el avance del grueso de la caballería adversaria contra nosotros en las inmediaciones de El-Hafir, el resto de sus escuadrones había simulado un ataque contra Bir-Es-Sabah, y que una de sus baterías, acercándose a dos kilómetros y medio había disparado repetidas veces contra el gran puente de ferrocarril aquél, situado hacia el Tramonte de dicha plaza fuerte, a que la extrema ala derecha de la caballería enemiga se había acercado tanto, más sin atacarlo, en vísperas de la segunda batalla de Gaza.

Afortunadamente, logró localizarla a tiempo el teniente Lepique, quien, disparando sobre ella con sus piezas de defensa aérea en sentido horizontal, la obligó por fin a retirarse antes de que pudiera causar daños de mayor consideración.

Si los ingleses en vez de ponerse a disparar cañones, hubiesen recorrido aquellos dos kilómetros a brida suelta, habrían podido dinamitar el citado puente sin mayor esfuerzo, pues los diez o doce gendarmes árabes que lo custodiaban se habían fugado a los primeros disparos.

Una vez destruido dicho viaducto y, por lo tanto también la vía férrea que comunicaba a Bir-Es-Sabah con Tel-Es-Sheriát, hubieran podido aplastar fácilmente la guarnición de aquélla con el peso de su superioridad numérica, y, avanzando por toda la carretera militar de Bir-Es-Sabah – Daharíeh – Jerusalén, habrían quizás hasta podido obligar a nuestro centro y ala derecha a batirse en retirada hacia el pie de la Cordillera de Palestina, sacrificando la costa.

Pero no lo hicieron, y Palestina siguió siendo nuestra durante cuatro o cinco meses más.

En esto se me presentó una novedad en el oído derecho, y habiendo obtenido permiso para ir a consultar con un especialista en Jerusalén, me desmonté de paso en Tel-Es-Sheriát a fin de despedirme del comandante Mühlmann, que regresaba a Europa.

Aquella noche la pasé en Beit-Hanún, o mejor dicho, en el Feld Lazaret Nº 213, en compañía de mis viejos amigos: el teniente coronel de sanidad, profesor Bier, el médico mayor Dr. Von Homeyer, los capitanes de sanidad, Dr. Bader y Dr. Lübke, el comandante von Mayorsky, el teniente Schenller, etc. Y la noche siguiente pernocté junto a la que otrora fue la altiva ciudad de Escalón, que des-

truyó el Sultán Salgh-Ed-Din, y cuyas ruinas ceñudas y sombrías coronan una muralla abrupta y de poderosas rocas, que caen a pico en el Mediterráneo.

Al contemplar los alrededores de Metchel, bien se comprende el interés tan grande que han despertado siempre en el ánimo de los conquistadores, tanto asiáticos como europeos, las fértiles llanuras de Filistea, donde los viñedos, naranjales y olivares se confunden con boscajes de cipreses, mirtos, olmos, acacias y laureles, y frondosos sicomoros, mientras que en sus floridas vegas y jardines, la caña dulce, el añil y las datileras alternan armoniosamente con adelfas, rosas, nardos, gardenias y jazmines, que florecen casi silvestres entre grupos de árboles frutales, cubiertos de lucientes pomas y cálices de nácar, cuyo aroma embriaga y embalsama las tibias noches de su eterna primavera.

Vista desde la estrecha nave de un aeroplano, podríase comparar aquella cinta de doradas mieses y sonrientes vegas al bíblico aderezo de esmeraldas y topacios que en un tiempo tratara de colocar sobre su níveo pecho la legendaria reina Saba del Ofir, y que en época aún más lejana había atraído ya, cual faro luminoso, las esclavizadas tribus de Israel a través de esos mismos desiertos, que cubrieron de lágrimas durante cuarenta años y que yo acababa de abandonar para ya no volver a ellos nunca más.

Momentos antes del anochecer, y después de atravesar la planicie central de Palestina, que, por hallarse en pie las cosechas de trigo, mijo y cebada, semejaba un océano de espigas de oro, me desmonté ante el enorme convento salesiano de Beit-Dyemal, que corona uno de los contrafuertes de la Cordillera de Judea y en donde su Superior, el padre Bianco, y el Vice Rector, el padre Zaquetti, me recibieron con la más franca hospitalidad, y entre otras cosas me contaron lo mucho que se hallaban sufriendo a causa de las arbitrariedades de Dyemal Pachá, que los había hecho despojar de sus ganados y casi todas sus provisiones.

En Jerusalén encontré todo lo mismo que antes, menos la Dirección General de Etapas, que ya no regentaba el coronel Rushen Bey, sino uno de los muchos favoritos de Dyemal Pachá.

El St. Paulus Hospiz hallélo convertido en "hospital alemán de convalecientes", bajo la dirección de los médicos militares Dr. Ballin y Dr. Wagner. Y en el piso llano de ya no recuerdo qué capilla, junto al Consulado alemán, que encontré igualmente transformada, mas no en hospital, sino en el simpático "casino automovilista germano», pasé durante aquella y varias otras tardes horas muy amenas en compañía de un selecto grupo de oficiales, entre los cuales figuraban Kiehl, von Opel, Flissing, Jammer, Seger, Finck, Schimmelpfeng, Dr. Rode, Edler von Ottinger y mi buen amigo Schütze, que por poco me hizo compartir la triste suerte que le cupo esa noche, cuando bajo la influencia del entusiasmo salieron él y varios otros a pasear en automóvil por las afueras de Jerusalén, con el resultado que era de esperarse, pues al bajar a toda máquina por la carretera del

valle de Josafat, volcó el vehículo, quedando muertos él y el suboficial mecánico, y heridos dos o tres de sus convidados.

Durante el último día de mi permanencia en la Ciudad Sagrada tropecé casualmente con cierto teniente coronel turco, viejo amigo mío, que gozaba de mucha influencia con Dyemal Pachá y que, al contarle yo lo que me pasaba y la gran necesidad que tenía de ir a Constantinopla, me prometió valerse de la rivalidad entonces existente entre Dyemal y Enver Pachás, para tratar de obtenerme el permiso deseado.

Animado por esta esperanza, que semejaba un rayo de luz en noche oscura, partí la mañana siguiente camino de Ramleh, donde el teniente Falke me contó al llegar que momentos antes habían pasado media docena de aviones enemigos por encima de Jerusalén, lanzando bombas, mas sin dar en el blanco.

Ese día pernocté en la colonia agrícola (hebrea) de Durán, como huésped del Sr. Eisenberg, cuyo hijo, teniente otomano, había conocido yo en Erzerum algunas semanas antes que cayera prisionero de los rusos.

Las pocas horas que pasé en dicho lugar me sirvieron de mucho, pues el Sr. Eisenberg era un hombre muy versado en materia de historia, y una especie de autoridad en lo tocante al desarrollo económico de Palestina, sobre todo en tiempos de Isaac, quien, según decía él, había sido un gran comerciante y uno de los terratenientes más poderosos en las llanuras costañeras de Filistea.

En Durán encontré también un crecido número de israelitas inmigrados del Dchemen, descendientes de aquellos a quienes Mahoma, para tenerlos de su parte, había prometido convertir a Jerusalén en la sede de su apostolado.

De aspecto salvaje casi y de rostros tostados, eran dichos israelitas de origen himiarita, o sabeo, y por tanto emparentados con los beduinos cheminitas, descendientes del héroe mitológico Katán, que representa para el sur de Arabia lo que Ishmail hijo de Abrahán, para las tribus del norte y centro de dicha península.

La emigración en masa de los israelitas cheminitas hacia la tierra prometida de sus mayores había obedecido principalmente a las gestiones patrióticas de la junta sionista ubicada en Jerusalén, que no dejaron de inquietar sobremanera a Dyemal Pachá y tuvieron por consecuencia el destierro de su presidente, el Dr. Ruppen, y el de varios otros entre sus miembros más prominentes.

Al siguiente día entramos en Jaffa, o la bíblica Joppe, que encontramos totalmente evacuada.

Daba pena ver una villa relativamente grande y bella como aquella, sin un alma, por decirlo así. Sus únicos habitantes visibles eran una docena o dos de familias alemanas, que, gracias sólo a que eran alemanas habían logrado obtener permiso de permanencia... y las autoridades civiles, por supuesto, que so pretexto de hallarse custodiando dicha ciudad, la estaban saqueando a derecha e izquierda de acuerdo con su jefe, Dyemal Pachá.

Al regresar a Bir-Es-Sabah, y mientras íbamos costeando el ferrocarril de Tel-Es-Sheriát, poco faltó para que uno de nuestros destacamentos de infantería, apostados a lo largo de dicha ferrovía, nos fusilara equivocadamente en las inmediaciones de la estación de Tineh, de que arrancaba el ramal de Beit-Hanún, y que seis meses más tarde, o sea durante la desastrosa tercera batalla de Gaza, había de convertirse en camposanto para muchos de nuestros bravos soldados a causa del teniente coronel Rifet Bey (hoy Rifet Pachá), quien, creyéndose perseguido por la caballería enemiga, lanzó esa fatal voz de alarma que tanto «kalabalik» causó y poco faltó porque no llevase también ante un Consejo de Guerra a varios oficiales automovilistas alemanes, que, a consecuencia del desorden general provocado por la falta de serenidad de Rifet Bey, habían tenido que dejar abandonadas algunas o parte de sus columnas de autocamiones.

Durante la jornada de Tineh se distinguieron sobremanera los aviadores británicos, quienes con notable sangre fría iban y venían arrojando bombas de máximo calibre, que desbarataban nuestras columnas de artillería, destripaban el ganado de los escuadrones que protegían nuestros flancos y causaban serias bajas a nuestra infantería, la cual, por hallarse en plena retirada y acosada por la caballería adversaria, no podía ni sabía ya casi cómo defenderse de aquellos obstinados aviadores... hasta que los restos del que días antes había sido nuestro brillante ejército expedicionario en Egipto, apoyados por los refuerzos que les llegaran de nuestras divisiones veteranas en Galitcia, lograron por fin sentar pie sobre los farallones de la Cordillera de Palestina... y, confrontando nuevamente las legiones victoriosas de Lord Allenby, abandonaron Jerusalén, y el sur de Tierra Santa a su suerte para ir a establecer el nuevo frente llamado «de Nablus», cuya ala izquierda se apoyaba en Es-Salt, allende el Jordán, mientras su derecha en la costa, cerca de la desembocadura del Nar-Iskenderum, o sea junto a las ruinas de Cesarea.

Esta nueva línea de batalla que tenía por Cuartel General a Nazaret y cuyo centro se apoyaba en Nablus, o la antiquísima Sichem, fue la que sostuvo el general von Liman tan heroicamente hasta el 19 de septiembre, si no yerro, cuando el ala derecha enemiga fingió un ataque frontal a fin de proteger el avance de su escuadrón de «tanks», o carros de combate... que en la madrugada siguiente, secundados por toda la caballería y la poderosa artillería de su escuadra, barrieron nuestra ala derecha, que carecía de calibres mayores, y apoderándose de nuestro centro ferroviario de Tul-Karem, cortaron la retirada a nuestro ejército, que, acosado de cerca por las fuerzas regulares británicas e inquietado de continuo por las hordas del Jerifa Huseín de la Meca, tuvo por fin que retirarse hambriento, a pie y en un casi completo estado de indefensión, a través de los desiertos del Haurán y las montañas de Galilea con rumbo a Damasco... donde, al llegar, los que no habían perecido en el camino tuvieron que rendirse en su mayor parte por falta de pertrechos a los ingleses, los cuales se les habían adelantado utilizando nuestra ex

vía férrea de Jerusalén a Damasco y nuestra en aquella época recién terminada carretera militar de Nazaret.

Y simultáneamente con el avance de sus *tanks,* desembarcaron en un punto llamado San Marino, en la bahía de San Juan de Acre, fuertes contingentes de caballería adversaria, que, después de cortar las comunicaciones telegráficas y no obstante el vivo fuego de nuestras secciones de ametralladoras, coronando las alturas circunvecinas, se apoderaron por asalto de Nazaret y de nuestro cuartel general casi íntegro, inclusive algunos de sus miembros, a quienes encontraron todavía acostados.

Lo propio había sucedido un año antes, durante la toma de Bir-Es-Sabah, cuando la caballería adversaria, conforme lo había predicho yo tantas veces, se presentó una mañana inesperadamente y en formidables masas ante el sector sur, o sea ante el punto más vulnerable de dicho campo atrincherado, y, embistiendo junto con sus *tanks* y automóviles blindados, capturó allí también casi íntegro nuestro Estado Mayor, y por poco hasta al mismo coronel Ismed Bey, Jefe del III Cuerpo de Ejército e interino General en Jefe de dicha fortaleza.

Cuando llegamos a Bir-Es-Sabah, aquella mañana, encontramos a nuestra III División de Caballería, apoyada por la 27ª de Infantería, cañoneando las avanzadas enemigas, que para esa época solían visitarnos ya casi a diario con objeto de reconocer nuestro frente, y se nos habían acercado en esa ocasión a menos tal vez de tres kilómetros, a fin de tratar de salvar uno de sus aviones, que nuestras granadas habían obligado a aterrizar a esa distancia, poco más o menos, de nuestra línea de fuego. Y la mañana siguiente llegaron, procedentes de Anatolia, el Mariscal Ahmed-Izzed Pachá, General en Jefe del Grupo de Ejércitos del Cáucaso (II y III Ejércitos), y su Jefe de Estado Mayor, el teniente coronel von Falkenhausen, caballero de las insignias del "*Pour le Mérite*" y uno de los oficiales más brillantes de la misión militar alemana en Turquía.

Con el regreso de dichos señores coincidió la partida de nuestro 7º Regimiento, que salía para Maán con la mira de ir a combatir junto con el «ester alai» contra los beduinos de aquellos contornos, que, sobornados por el oro inglés, habían comenzado a interrumpir el tráfico de nuestro ferrocarril de El-Hedchás, destruyendo puentes e incendiando estaciones.

El «ester alai» era un regimiento de infantería montada en mulas, que el intrépido comandante von Leyser había organizado en Damasco con una constancia digna del mayor encomio. Pero como parte, por no decir la mayor parte de los oficiales superiores jóvenes turcos, gustaba sobremanera adornarse con plumas ajenas y medrar, sobre todo de la labor intensa de la oficialidad de carrera alemana, sin cuyo apoyo Turquía hubiera perdido la guerra desde un principio, no faltó algún beodo intrigante, que, abusando de la excesiva buena fe del coronel Esad Bey,

logró por fin sustituir al comandante von Leyser en el mando de dicho regimiento, que correspondía a von Leyser por derecho y por justicia.

Tan flagrante arbitrariedad por parte de no importa quién haya sido, costó al coronel Esad Bey no sólo muchas de las simpatías de que había venido gozando hasta entonces entre la oficialidad alemana del IV Ejército, sino también hasta cierto grado la admiración de no pocos entre sus mejores oficiales otomanos, a quienes chocó y disgustó altamente su manera de proceder en tan bochornoso asunto.

Mas así y todo, no cabe duda que el coronel Esad Bey era por lo general un hombre justo más bien y en todo tiempo un cumplido caballero y esforzado paladín, a cuyas órdenes tengo a alta honra haber podido actuar y militar.

# Capítulo XXVII

A los dos días de haber regresado a Bir-Es-Sabah, llegó un telegrama del Alto Comando en Damasco, concediéndome permiso para ir a Constantinopla cuando gustare.

Semejante orden, que yo sí sabía de dónde provenía, y que no dejó de sorprender sobre manera tanto al coronel von Kress como al teniente coronel Esad Bey, me llenó de satisfacción. Y con el corazón henchido de gratitud hacia aquel leal amigo, que sólo Dios sabe cuánto no bregaría por obtenerme dicho permiso, me embarqué inmediatamente con mis asistentes, perros y caballos en un tren militar, camino a Damasco y Alepo, donde apenas me detuve el tiempo necesario para mandar enganchar mi vagón a un exprés, que había de salir poco después con destino a Adana.

El cuarto de hora que necesitó dicha maniobra me pareció un siglo. Tal era mi aprehensión de que entretanto fuera a llegar alguna contraorden disponiendo mi traslado al Cáucaso o Mesopotamia, pues el estigma de haber presenciado las matanzas armenias en las provincias orientales del Van y Bitlis seguía, no obstante mis recientes servicios prestados en los desiertos del Sinaí, grabado en mi frente con letras de sangre, y continuaba haciendo bambolear sobre mi cabeza la flameante espada de Damocles.

Gracias a mi premura pude llegar a Constantinopla antes que el telegrama anunciando mi partida, de suerte que cuando al día siguiente de mi arribo desmonté ante el «Seraskeriat», o el Ministerio de la Guerra, para ir a ofrecer mis respetos al archifanático coronel Osman-Chefket Bey, que regentaba la "sección personal" de dicho ministerio y era, según supe luego, quien más temía mi llegada por motivos de conciencia, fui muy bien recibido no sólo por este diminuto y obeso caballero de fisonomía rubicunda, ojos azules y mostachos y cabellos encendidos, sino también por el vice generalísimo Enver Pachá, quien, después de colmarme de elogios por mi actuación militar desde que había llegado a Turquía, me concedió desde luego permiso para reposar durante un par de meses en aquella por mil títulos interesante capital de los osmanlis.

Y hallándonos como nos hallábamos a la sazón ya a mediados de julio, y, por lo tanto, en plena temporada de baños, en vez de instalarme en el barrio europeo de Pera, conforme había sido mi intención hacerlo al principio, me acomodé en

un bonito apartamento del otro lado del Bósforo, en la histórica villa de Kadi-Köi, o Calcedonia, la de los fenicios, donde el general von Bronsart y varios otros oficiales superiores alemanes se hallaban ya pasando la temporada del estío.

El suburbio de las quintas de dicho lugar, en que me había hospedado, llamábase Moda. Y había sido desde su blonda playa, que bañan las ondas de la Propontide, que en una rosada tarde del mes de enero (1915) había estado yo contemplando, herido de melancolía, aquella caída del sol y aquel crepúsculo sublime, que parecía inundar de sangre roja y tibia los alminares mil e innumerables cúpulas de Estambul.

Y durante una de esas noches embalsamadas, en que el ruiseñor gorjea en la espesura de magnolios en flor, y el oscuro bosque de cipreses de Scutari, gime y se mece desconsolado en torno de rotas y marmóreas sepulturas, cubiertas de arabescos y que la pálida luz de las estrellas besa, se celebró en los salones de los exelentísimos señores de von Bronsart Pachá una amena fiesta, a la que había de asistir entre otros también el teniente coronel Guhse Bey, Jefe de Estado Mayor del III Ejército, a quien yo no había vuelto a ver desde que nos habíamos separado en Erzerum a principios del 1915.

Y hallándome sentado aquella noche a la derecha de Su Excelencia, y frente a un caos de rosas encendidas, en tanto que el bermejo parpadeo de las arañas arrancaba haces de irisada luz a los aderezos de las damas y a las cruces de los caballeros, comencé a sentir, después de dos años de penas y zozobras, una vez más ese extraño estremecimiento que la vida de salón suele despertar en el corazón de todos aquellos que llevan al cinto la espada y calzan espuelas de oro... y sin saber por qué me acordé de la lejana patria, allende de los mares.

Las siete u ocho semanas de vacaciones que me había concedido el Ministro de la Guerra las empleé, como era de esperarse, de preferencia en visitar y estudiar de cerca los monumentos históricos y los santuarios de Estambul que cercan todavía los restos de la muralla «macronticós», construida, o ampliada, mejor dicho, por el emperador Anastasio sobre los viejos paredones que erigieran antes que él ya Constantino y el emperador Teodosio en torno de la urbe primitiva.

Baluarte formidable que las hordas danubianas jamás pudieron vencer, llamábase Estambul Bizancio hasta el siglo IV, cuando los griegos bizantinos le dieron el nombre de Constantinopla, y los otomanos, diez siglos después, el de «der-i-seadet», que significa la puerta de la felicidad, o la Sublime Puerta.

En ella solía residir el Sultán hasta no hace mucho todavía, es decir, hasta que hizo trasladar su Corte a los palacios de Yildiz-Kiosk y Dolma-Bagtche, en Pera. Y allí es también en donde se halla instalada la sede del Sheik Ul-Islam, o jefe de la Religión oficial.

Estambul domina el famoso golfo, llamado el Cuerno de Oro, que es un estuario de siete kilómetros de longitud por unos seiscientos metros de ancho en su lugar más amplio, entre Galata y Odun-Kapu, mientras que el ángulo, o bocina

de dicho cuerno lo forma la desembocadura del antiquísimo Lykos o Kinares, en las inmediaciones de Kiaght-Hane y Ali-Bey, que no hace veinte años todavía solía servir de punto de recreo al público, y aún sigue llevando el nombre de "aguas dulces" de Europa para diferenciarse de "las asiáticas", o de Eyub, que desembocan en la ribera oriental del Bósforo.

Construida Estambul en forma de terrazas desde la orilla de la Propontide y el Cuerno de Oro en sentido hacia lo alto, colúmbranse entre los macizos de verdor de la punta del Serrallo como manchas de bruñida plata, los aplomados domos y las balaustradas del Eski-Serail.

Y sobre el vértice de su inmensa mole, que encumbran en desorden pintorescos palacios y más palacios de gris y rojo mármol, casas y caserones revestidos de losas esmaltadas y multicolores, y miles y millares de casuchas de madera carcomida, de diversos matices y rodeadas de montes de basura y charcos de aguas malolientes, amontónanse indistintamente, y se destacan en el turquino cielo de Bizancio, cual adentada serranía, los alminares adornados de collares marmóreos y afiligranados, y las grisáceas cúpulas de sus dos mil quinientas o tal vez más mezquitas, doscientas «medresas» (o escuelas monacales), ciento veinte iglesias cristianas de ritos orientales, treinta y seis sinagogas, y doscientos sesenta conventos musulmanes, que adornan y embellecen las siete colinas de la vetusta Estambul.

Y allende las aguas del hermoso Bósforo, cuyas crestas plateadas lánzanse inquietas sobre las rubias playas de Europa y el Asia, yérguense, dominando valles sombríos, los admirables bosques de cipreses, a cuya sombra, a miles años, descansaran Safo, Ifigenia y los esforzados compañeros de Jasón.

Los arrabales más poblados de Estambul, que son los que se extienden por toda la orilla del Cuerno de Oro, hállanse hoy despojados de sus antiguas murallas, por el costado del mar, al menos, en tanto que desde la estación de Sirketchi y la "punta del serrallo" en adelante se extiende todavía casi intacto el antiguo y en parte triple muro «macrontikós», de diez y nueve metros de alto por seis de ancho, flanqueado por tres mil torreones de veinticinco metros de elevación, y rodeado de espaciosos fosos, sembrados hoy de huertas y jardines, en cuyas espesuras los naranjales, almendros, limoneros, granados, magnolios y frondosos plátanos alternan con los negruzcos bosques de cipreses de los camposantos armenios y musulmanes, que ocupan actualmente casi todo el espacio entre los antiguos baluartes de Bizancio y sus rotas fortificaciones.

De las veintinueve puertas que cortan aquel famoso muro, la más notable es, sin duda, la de Top-Kapu, que presenció la muerte del heroico Constantino Paleólogo, último monarca de Bizancio..., quien antes que sobrevivir a la ruina de su Imperio prefirió ensartarse en las lanzas de los sarracenos, y perecer matando, sepultado bajo un montón de cadáveres enemigos.

La primera y más importante de las siete colinas en que se basa la antiquísima Estambul, llámase la del Serrallo, y ostenta entre otros edificios de nota las magníficas mezquitas de Aghia-Sofía y de Ahmed, así como el palacio de la Sublime Puerta, o Granvisirato, frente al portón de Serail-Kapu.

La segunda, cúbrenla los "grandes bazares", también llamados "egipcios"; los baños públicos de *yeni-kápusi*, la "columna quemada" de Constantino; luego la mezquita de Nuri-Osmaniyeh, y en su base y en torno de la Valide-Sultane, extiéndese el «balik-pasar», que es reputado ser el centro más comercial de Estambul.

La tercera córtala en parte el acueducto de Valente, y la cubren, además de los restos del antiguo Serrallo, la mezquita de Sulimaniyeh.

Sobre la cuarta descansan la mezquita de Mohamed II y la columna de Marciano.

En la quinta hállanse situados la mezquita de Selim y el barrio griego del Fanar.

La sexta la caracterizan las ruinas del palacio de Constantino, el arrabal judío de Balaát, y el antiguo palacio Hebdomón, del cual, a imagen del de Blacherna, tampoco quedan ya casi vestigios.

La colina séptima corónala en parte el sombrío castillo de «yidi-külesi», o de las siete torres, de Constantino Catacuzeno, contra cuyos flancos todavía se baten con formidable estruendo las opalinas ondas de la Propontide, y que durante siglos fue uno de esos antros, tumbas de vivientes, en que los magnates bizantinos y los granvisires caídos solían pasar el resto de sus miserables existencias cegados y sometidos a las más horrendas torturas.

Entre los santuarios de Estambul descuella por supuesto, muy por encima de todos, su grisácea mezquita mayor y ex catedral cristiana de Aghia-Sofía, que a principios del siglo VI, o sea en el año de 563, mandar erigir, bajo la dirección de Antemio de Trelles e Isidoro de Mileto, el emperador Justiniano sobre los restos de la antigua basílica de Santa Sofía.

Y narra la historia que, al contemplar dicho monarca su obra magna y de un atrevimiento inconcebible, ese grandioso domo tres veces más alto que el antiguo Templo de Jerusalén, construido todo de tejas blancas y porosas de la Isla de Rodas, exclamara extasiado: «¡Salomón, por fin te he yo vencido!».

Este edificio, que resalta por su mérito arquitectónico extraordinario, lo transformaron los conquistadores otomanos en mezquitas, privándolo de su decorado inclusive la mayor parte de sus famosos mosaicos y cruces labradas sobre las piedras de sus inmensas bóvedas, los cuales todavía se notan en algunos lugares a través de la débil capa de cal y yeso con que se les tratara de ocultar a la vista.

No obstante, el vivo reflejo de las antorchas suele arrancar en ocasiones a ese manto de un blanco mortecino destellos de oro viejo, que hablan de tesoros

inmensos en pinturas ocultas y mosaicos, los cuales no conocerán la luz del día hasta que la Media Luna haya sido reemplazada por la Cruz sobre la cúpula central del Aghia-Sofía.

Vista desde fuera, no ofrece dicha mezquita el aspecto grandioso que se le suele atribuir. Es una mole gris, que termina en una cúpula rodeada de cuatro minaretes, desiguales por cierto, y de mucho menos mérito que los alminares de las mezquitas de Ahmed y de Sulimaniyeh, con sus dobles y triples galerías en forma de collares, que, al iluminarse durante las noches festivas, adquieren el aspecto de coronas encendidas y suspendidas unas sobre otras en el espacio.

De dichos cuatro minaretes, dos los hizo erigir el sultán Mohamed-El-Fati, el tercero lo dedicó Selim II, al paso que el cuarto lo ofrendó, con la media luna en su cúpula central, el conquistador de Bagdad, Murates IV.

La grandeza imponente del Aghia-Sofia no se conoce hasta que uno entra por su portal mayor y se encuentra frente al vacío inmenso de la nave principal, o bóveda central, que mide cerca de doscientos pies de alto por ciento quince de diámetro, y se apoya, ya no recuerdo si en dos o tres medias cúpulas, también de grandes proporciones, y un sinnúmero de naves secundarias, cuyas dimensiones van disminuyendo a medida que se siguen apartando del centro del edificio.

Privada de su ático, que le arrancaran probablemente los arquitectos turcos, y con su elegante ábside oculta tras el altar mayor, mide el Aghia-Sofía setenta y siete metros de largo por 71,07 de ancho, inclusive el espesor de los muros. Y su cúpula central se halla perfectamente inscrita sobre un cuadro y descansa en cuatro pilares, que forman cuatro grandes arcos ovales, recostados sobre otras tantas pechinas, o trombas triangulares.

Toda esta airosa al par que formidable armazón se apoya a su vez en un sinnúmero de arcos y arquitrabes sosteniendo domos y formando esa extraordinaria serie de bóvedas secundarias, de mayor a menor, que son las que parecen dar al interior de dicha ex basílica su aspecto de algo así como una pirámide vista al inverso.

Desprovista ostensiblemente de pinturas y esculturas, ofrece el Aghia-Sofía como ornamento más precioso su relativa sencillez, o sea su casi desnudez... igual a uno de esos bronces de la edad pagana, que brillan por sus líneas incontrastables; aun cuando en lo tocante a detalles decorativos su interior semeja un estuche, empezando por la hermosa tribuna del Sultán, toda ella revestida de oro, a la cual siguen en punto a esplendor las innumerables lámparas de metales preciosos, si bien de un valor artístico relativo, que cuelgan desde lo alto de sus espaciosas bóvedas, y, por último, a causa de su lujo asiático y casi sin tasa en materia de mármoles, pórfidos, metales, esmaltes, dibujos esculpidos en frisos de piedra, arabescos bellamente entrelazados y describiendo graciosas curvas, nichos ricamente ornamentados, portales de líneas soberbias y lucientes columnas coronadas de capiteles de orden jónico y adornados de hojas de acanto, que en un tiempo sos-

tuvieron las acróteras de algunos de los más afamados templos de la antigua Hellas, cis y trans-egea, como, por ejemplo, el del Sol, en Baálbek, la inmortal Acrópolis de Atenas, y el templo de Diana en Efeso, que aún sigue la historia comentando como una de las siete maravillas de la antigüedad.

Y sobre aquel conjunto maravilloso de blanquísimos mármoles y metales preciosos nadando en un fondo escarlata, rayano en morado y un azul profundo semejante al ópalo, se divisan allá y aún más allá, cual flameantes sierpes serpenteando por encima de sus polícromas murallas y formando aros de irisada luz sobre la faz interior de sus inmensas bóvedas, los innumerables versos del Alcorán, alabando a Alah, que en tiempos del sultán Murat, o Murates IV, dibujara el calígrafo Mustafá-Tchelebi en caracteres gigantescos de oro viejo y a veces hasta de nueve metros de alto, sobre enormes rodelas aturquesadas y anchísimas fajas de color lapislázuli.

El Aghia-Sofía, súrtese de luz y por tanto de vida, por conducto de numerosas aberturas, existiendo en la parte inferior de su gran cúpula solamente ya cerca de cuarenta ventanas espaciosas, formando series sobrepuestas y cubiertas de cristales multicolores que proyectan sobre aquel enorme vacío ondas de una claridad suave, misteriosa, entre color de rosa y heliotropo.

Fuera de sus cuatro alminares sarracenos, una que otra puerta muslímica, o acaso algún lienzo de pared, cubierto de excéntricos dibujos y formando extraño contraste con las líneas severas de sus columnas, que se alzan como troncos de palmeras hacia sus elevadas cornisas y arqueada techumbre, no ofrece el Aghia-Sofía más detalles que puedan calificarse de curiosos sino su atrio, o patio, que resulta demasiado pequeño en relación con sus dimensiones o quizás cierta columna de jaspe, si mal no recuerdo, que despide efectivamente por una de sus ranuras laceradas algo así como húmedo... ¿acaso lágrimas del cielo retenidas allí por la fuerza de un milagro?

Además de éste, existe en dicho santuario otro pilar, de color amarfilado, situado hacia a derecha de su entrada principal, que llama desde luego la atención porque señala a unos cinco metros de altura cierta raja oblicua, semejante a un tajo, que el vulgo suele atribuir a la cimitarra del soberbio sultán Mohamed-El-Fati, quien, al entrar vencedor en dicho templo, montado en espumeante corcel, obligara a éste a fuerza de espolazos a saltar sobre un montón de cadáveres cristianos, desde donde entonces asestó aquel tajo cual reto salvaje a la cristiandad.

Y reza la leyenda que en aquel instante descendió desde el techo una muralla de piedra y ocultó para siempre la figura venerable del sacerdote oficiante, quien desde lo alto de una galería y con el Santísimo Sacramento elevado al cielo exhortaba al sultán conquistador a que tuviera clemencia con los escasos supervivientes defensores de la altiva Bizancio, que con las espadas aún chorreando sangre seguían formando guardia de honor en torno del altar mayor amenazado.

Este hecho portentoso, cuyo recuerdo aún subsiste y sigue latente en la memoria de los griegos otomanos, descendientes de los bizantinos, parece que ocurrió por allá a mediados de 1453... cuando, al son de roncos tambores y el clamor incesante de cornetas, ciento cincuenta mil fanáticos sarracenos y tal vez más de treintas mil genízaros, precedidos de frenéticos «molahs», se lanzaron cual hambrienta jauría sobre la villa de Estambul, blandiendo sus armas, arrojando dardos, y profiriendo aullidos y alaridos que hacían helar la sangre de terror en los corazones hasta de los más esforzados entre sus escasos nueve mil defensores (tres mil de los cuales eran católico-romanos), en tanto que los bronces otomanos, fundidos por el renegado Orbán, lanzaban con ruido atronador, sus gigantescos proyectiles de piedra contra la heroica Bizancio, derrumbando murallas, derribando torres, y haciendo estremecer en sus cimientos aquel último baluarte de la fe cristiana sobre las doradas playas del Mar Levante.

Con razón que los griegos otomanos aún siguen con delirio amando aquella vetusta basílica transformada en mezquita; para ellos representa el símbolo sagrado de su antiguo Imperio.

Después del Aghia-Sofía, descuella entre los santuarios de Turquía a causa de su belleza y el mérito arquitectónico incomparable de sus minaretes la suntuosa mezquita de Selimyeh, de Adrianópolis, edificada en tiempos de Suleimán el Magnífico por el súbdito otomano Sinán, que sin ser arquitecto, parece que construyó, además de ésta y la incomparable Sulimaniyeh de Constantinopla otras cuarenta o cincuenta de las más espaciosas y afamadas mezquitas en dicho Imperio.

Uno de sus minaretes, que se eleva a la prodigiosa y casi increíble altura de doscientos pies (teniendo en cuenta que su diámetro apenas alcanza once pies en su base y ocho en lo alto), contiene en su interior tres escaleras de piedra, en forma de caracol y perfectamente separadas unas de otras por espesos lienzos de murallas, de las cuales una va a desembocar en la primera de las tres galerías que en forma de collar circuyen dicha torre, mientras la segunda asciende hasta la de en medio, y la última emerge por el tercero y más alto de dichos balcones circulares, que es también desde el cual el «muezzin» diariamente canta sus alabanzas a Alah y convoca a los creyentes a la oración.

A la de Selimyeh sigue, a mi juicio, como tercera en el Imperio, la justamente amada mezquita de Omar, en Jerusalén, que ostenta el estilo prócer irano-indo-árabe en formas depuradas, y en que al lado del ojival moruno florece el acanto arcáico en sus más bellas manifestaciones.

Pero el mérito más grande de este santuario, si mérito cabe, no consiste acaso en su tamaño, que resulta casi insignificante comparado con el de las demás mezquitas de mayor renombre en el mundo muslímico, sino en la belleza incomparable de sus líneas y el primoroso juego de luces que reina casi siempre en su interior.

Además de con el Aghia-Sofía, cuenta Estambul también con una serie interminable de mezquitas circuidas de airosos alminares y cuajadas de jaspe, bronces, mármoles y alabastros, y de entre las cuales llamóme preferentemente la atención sobre todo por sus dimensiones, la de Sulimaniyeh, que erigiera en 1566 Sinán con los restos de la antigua Iglesia de Santa Eufemia, de Calcedonia.

A ésta sigue, como de más fama, la mezquita de Ahmed, debido, sin duda, a la belleza extraordinaria de sus seis alminares, cuatro de los cuales ostentan tres mientras los restantes, dos galerías filigranadas y de mármol, si no mal recuerdo.

La mezquita de Mohamed II, o El-Fati, construida en 1469 por el arquitecto griego Cristóbulo en el sitio y con los restos de la Iglesia de los Santos Apóstoles de Justiniano, lleva las cenizas de los antiguos emperadores bizantinos mezcladas con el mortero que se usó para cimentar su base, y ostenta en lugar prominente una lápida de mármol con arco de lapislázuli y el siguiente augurio de aquel esclarecido al par que bárbaro conquistador de Bizancio: «¡Salve, oh ejército y príncipe feliz, que algún día llegaréis a conquistar a Estambul!».

A la mezquita de Nuri-Osmaniyeh, frente a los bazares egipcios, que durante las noches de luna semeja un cuento de hadas, sigue, por lo histórica, la pequeña mezquita de Eyub, construida de mármol blanco y sin columnas.

En ella descansan los restos del esforzado almirante sarraceno de su nombre y amigo personal del Pegamber, o El Profeta de Dios, que a mediados del siglo VII desplegó sus naves en línea de batalla frente al Cuerno de Oro y con el pendón de la Media Luna tremolando en alto embistió, él, el primero y cayó acribillado de saetas ante las vetustas murallas de Bizancio.

En su interior, que embellecen un reluciente embaldosado de mármol y numerosos candelabros de alabastro, pórfido y de plata, constantemente alumbrados, es en donde el derviche más anciano de los Mevleví suele ceñir la cimitarra de Osmán a los monarcas otomanos el día de su elevación al trono, pues entre los turcos no se acostumbra la ceremonia de la coronación. Entre ellos, pueblo de guerreros, el Cetro y la Corona se confunden en uno... en la azulada lámina de la espada de Osmán el Conquistador y fundador de la dinastía de los Osmanlis.

Otros dos de los santuarios más notables de Estambul son la airosa Laleli-Dyámesi, sita en el centro del arrabal de Fati, y la simpática mezquita de Bayaceto, que confronta el Ministerio de la Guerra y descansa en el sitio que ocupara otrora el antiguo Foro Teodosiano.

Precedida de un atrio, circuido de galerías y ojivales en que alternan el mármol blanco, rosa y negro, cuenta dicha mezquita con bellísimos adornos interiores, especialmente en materia de inscripciones, lo mismo que con numerosas columnas de mármol veteado y de jaspe (negras o verdes, si no yerro), coronadas de artísticos capiteles en forma de graciosas estalactitas.

Pero la nota más simpática de dicho santuario la ofrecen indudablemente las innumerables y plomizas palomillas que pueblan y anidan encima y en torno de sus alminares y sus grisáceas cúpulas, revestidas de zinc.

Cada vez que yo pasaba por allí y no tenía mayor cosa que hacer, solía desmontar y sentarme con las piernas cruzadas en uno de los modestísimos taburetes de cierto cafetillo al aire libre, situado en un rincón exterior de dicha mezquita y a la sombra de un frondoso plátano... para tomar mi tacita de café y fumar unos cuantos cigarrillos, mientras aquellas mansas avecillas, se sentaban arrullando en mis hombros, con gran escándalo del pobre Tasim, a quien tocaba luego asear mis uniformes.

A propósito de las mezquitas. Una de las cosas que nunca he podido comprender, es cómo sus alminares o minaretes, es decir, esas agujas de roca y cal y canto, han resistido y siguen resistiendo ventajosamente a los frecuentes terremotos que suelen sacudir a Estambul y son la causa de que la inmensa mayoría de sus edificios, desde la triste choza cubierta de oxidadas hojalatas o de estrechas tablillas, llamadas "tejas bizantinas", hasta algunos de sus palacios imperiales, como el de Kiaght-Hane, v. gr., se hallan construidos casi totalmente de madera y son, por consiguiente, pasto obligado de los incendios gigantescos que se suceden en dicha ciudad periódicamente, como el de 1918, que consumió alrededor de veinte mil casas en el barrio de Fati, por ejemplo.

De esas conflagraciones provienen las enormes manchas grisáceas, cubiertas de ruinas, que ostentan los flancos de Pera y de Estambul, a imagen de tajos de un mandoble sobre la arrugada coraza de un gigante.

La extrema solidez de dichos minaretes, que siglos tras siglos continúan erectos y altivos desafiando la fúlmine del cielo y las salvajes contorsiones de la tierra, son algo en que deberían fijarse no sólo los arquitectos, sino también todos aquellos que por motivos de ignorancia miran y siguen mirando con desdén y menosprecio hacia la civilización *prochain-orientale,* que ya era anciana miles de años antes de que la pagana Europa pensase siquiera en civilizarse.

Y para sacar de dudas también a aquellos que sorprendidos se preguntarán de dónde proceden los fondos necesarios para el sostenimiento de todas esas mezquitas y demás instituciones religiosas de Turquía, me permitiré agregar que en el Imperio Otomano el clero no vive de limosna ni de las dádivas voluntarias de sus feligreses, sino de las pingües rentas que le pasa con suma regularidad el Ministerio de Evkaf, o sea un ministerio fundado expresamente para arrendar y administrar el 35 o 40% de la propiedad urbana de Turquía, que posee el clero de hecho y las tres cuartas partes de las tierras cultivadas en dicho imperio, que pertenecen igualmente al citado Clero, aun cuando sin título definitivo, y se llaman "tierras de Vakuf".

En toda mezquita, dicho sea de paso, suele haber un púlpito flanqueado de banderas y flámulas sagradas en pie, desde el cual el *hodcha-effendi*, o sacerdote ofi-

ciante, que ostenta también el título de "*imam*" o "*molah*", lee y canta las Suras del Alcorán con esa voz suave y lastimera que suele dar al servicio divino de los musulmanes su no sé qué de triste y que tanto impresiona. Ello debido, quizás a que su rito se basa esencialmente en la sencillez, en el silencio, y en un respeto sin límites hacia lo sublime.

A dicho servicio sólo asisten de cerca los hombres. Las mujeres lo presencian desde departamentos protegidos por celosías, o galerías ocultas y situadas a cierta distancia del centro del santuario.

En el interior de las mezquitas no se admiten ni perros ni niños llorones, ni se siente el ruido de pasos. Allí todo es silencio solemne y profundo.

Ver millares de hombres, cubiertos de *kaftanes* blancos, azules o marrones y con las testas tocadas de albos turbantes ejecutando aquella serie de movimientos complicados y simultáneos, sin el menor ruido, como un coro de fantasmas... y escuchar por último el suspiro profundo y unánime casi de esa muchedumbre, formada en hileras horizontales, consecutivas y perfectamente alineadas, es algo que no se puede olvidar tan fácilmente y llena a cualquiera de admiración y de respeto hacia esos hombres, o, por mejor decir, hacia los pueblos mahometanos, que suelen obedecer por punto general con tanta exactitud y tanto celo los preceptos inmutables de su religión.

Si nosotros, los llamados pueblos civilizados del Viejo y del Nuevo Mundo, nos hallábamos acostumbrados a pensar un poco más en lo futuro, en vez de únicamente en el presente, de seguro que la guerra que acaba de desolar a Europa no hubiera ocurrido nunca, y veinte millones de brazos útiles no hubieran ido a pudrirse en el fondo de fosas olvidadas, con tal de satisfacer la ambición de políticos inescrupulosos y la avaricia de los ricos advenedizos.

# Capítulo XXVIII

Entre las características más simpáticas de la religión mahometana figura también el culto que sus profesantes suelen rendir a la memoria de los difuntos, que para el musulmán no mueren, sino siguen durmiendo el sueño de los justos en el fondo de sus sepulturas.

En ello estriba la razón de por qué el creyente nunca llora la ausencia de sus deudos fallecidos, pero en cambio los visita con frecuencia en los camposantos, que para él, en vez de lugares de tristeza representan fuentes inagotables de consuelo.

Y durante los días feriados, como el viernes, por ejemplo, que equivale a nuestro domingo, acostumbran los más allegados de aquellos que ya no existen ir a hacerles compañía en los cementerios... donde, sentado a la sombra de oscuros cipreses pude presenciar a veces escenas verdaderamente conmovedoras: quizás alguna viuda con su hijuelo en brazos, o acaso alguna joven de pálidas facciones, inclinada sobre el florido césped de una tumba, confiando a la luna sus pesares, o susurrando, cual ruiseñor herido, al ser querido debajo de la tierra lo mucho que siempre lo había amado.

Un entierro turco es por lo general un acto solemne. Allí no se ven lágrimas ni se sienten gritos desgarradores, como entre los árabes, que en ocasiones hasta alquilan ancianas para que a fuerza de alaridos les ayuden a lamentar la muerte de sus allegados.

Durante un sepelio otomano no se nota en los semblantes de los concurrentes y los dolientes sino esa expresión grave, casi solemne, que suele adquirir el rostro de un anciano al despedirse de su hijo, o nieto, que marcha a la guerra, o va a emprender un viaje largo, muy largo.

Y al uno dar al padre del difunto el pésame, lo más que éste contestará, con una expresión en que luchan el decoro y el dolor mal reprimidos tras un semblante aparentemente sereno, es: «*¿ne yapalim? Alah verdi, Alah aldi...*» que significa: «¿qué se va a hacer? Dios me lo había dado, y Dios se lo ha llevado».

El carácter digno, cortés al par que en alto grado respetuoso hacia sus mayores y sus antiguos maestros, que caracteriza al otomano tanto de noble como de baja estirpe (y que forma vivo contraste con la superficialidad y vulgaridad de los griegos y levantinos), unido a la estricta observancia de sus inalterables preceptos religiosos, forma la base de esa sublime resignación ante lo inevitable, que se vis-

lumbra a cada paso en sus sabias máximas referentes al Destino, y en sus adagios sentenciosos de los cuales los que siguen son un ejemplo: «ya que a Dios cabe dar y tomar como Él desea, ¿para qué mezclarse en sus asuntos?» y, «el que se halla gozando de buena salud, tiene la conciencia tranquila, y no se preocupa mayormente del día de mañana, debería sentirse como si llevara el mundo en la mano», o «no pidas jamás justicia al cielo; de hacerlo, le harías injusticia, pues no hay justicia en el mundo».

Estos y otros proverbios favoritos del pueblo otomano que podría citar, y cuya esencia tiende invariablemente hacia lo inmutable, dificultan la iniciativa personal y tienden a demostrar hasta la evidencia la base fundamental de ese tan discutido fatalismo oriental, cuyos efectos funestos se traslucen a cada paso no sólo en la vida privada de los musulmanes, sino también en la *res publica* de las naciones islámicas en general, que, a pesar de sus innegables esfuerzos siguen y seguirán sujetas al yugo de la inercia y de la rutina mientras los inmutables preceptos del Alcorán continúen envueltos en la nebulosa de la intransigencia, y sus doctos doctores refractarios a las innovaciones físicas y morales que el progreso, la ciencia y el desarrollo de las doctrinas proletarias habrán de imponer forzosamente, con el tiempo, a sus doctrinas y a las instituciones político-sociales del mundo mahometano.

Casi todos los cementerios musulmanes de Constantinopla hállanse desprovistos de tapias y enrejados, y se encuentran por lo general en bastante mal estado a causa de la raigambre de los cipreses que, al extenderse, levanta las lápidas mortuorias y las columnillas de roca, jaspe o mármol (coronadas de feces o turbantes), que suelen adornar las cabeceras de dichas tumbas, usualmente ornamentadas con más o menos lujo, según la categoría del difunto, y cubiertas de piadosas inscripciones, por el estilo de ésta: "Señor, ya que vida y muerte nos habéis dado, permitidme que muera en Vuestra Santa Fe, dadme paz, dadme sosiego."

Las tumbas de las damas se distinguen por cestas de flores artísticamente esculpidas en la faz superior de los sarcófagos, en tanto que las de los caballeros, por curvas cimitarras y haces de armas, labradas igualmente en forma de relieve.

No pocas de dichas sepulturas ostentan en las lápidas sobrepuestas ranuras o tenues recipientes, que los deudos de los fenecidos suelen hacer esculpir sobre ellas adrede, a fin de que las avecillas del cielo puedan apagar la sed con el agua de lluvia en ellos retenida.

¡Cuántas veces no he pasado yo horas enteras meditando entre aquellos ruinosos camposantos y tumbas olvidadas, que los plateados rayos de la luna cubrían de un brillo mortecino, en tanto que los cipreses suspiraban y el lejano canto del almuédano tremolaba y arrancaba ecos extraños a esas noches azules como las hondas de un mar cristalizado!

Durante las grandes festividades religiosas, llamadas *ramasán*, y que equivale en importancia a nuestra Semana Santa, acostumbran los musulmanes ayunar por espacio de un mes, desde el amanecer hasta la puesta del sol.

Y es de admirar cómo los creyentes, angustiados por tan prolongada abstinencia, al sonar desde lo alto de los alminares el gemebundo "*Lah-Ilah-Il-Lah-Lah*", se lanzan con exclamaciones de júbilo sobre la mesa ya servida de antemano... a fin de vengarse de las doce crueles horas de ayuno que acaban de pasar.

A medianoche se come por segunda vez, copiosa o modestamente, según los recursos de cada cual. Y después del desayuno, que se toma poco antes del amanecer, se recogen los creyentes para ya no volver a levantarse hasta eso del mediodía, indigestos, por supuesto, y de mal humor... aguardando sólo la caída del sol para recomenzar la operación del día anterior.

Durante las horas de ayuno está prohibido terminantemente al mahometano no sólo comer y fumar, sino hasta probar agua u oler una flor; y todo ello debido a las exageraciones del Asiha-Asita (la obra canónica de mayor importancia después del Alcorán y el Hadit), que prescribe reglas hasta para todo lo concerniente a la usura, a la arquitectura, a las oraciones, al tratamiento de los recién nacidos, a la manera de cómo uno debe estornudar, y, por último, hasta en lo referente a cómo y cuánto debe llevarse a efecto los «rasu», o expediciones de saqueo, a mano armada, que las cábilas del desierto suelen celebrar aún todos los años para enriquecerse a costa de los rebaños de sus vecinos.

El último período del *ramasán* se llama el *bairam*, y compónese de cuatro días, durante los cuales se celebran ferias, y las familias y los conocidos se vistan mutuamente, gastando y derrochando cada cual hasta donde se lo permiten sus medios.

Durante esos días festivales son muchos los miles y millares de corderos que van a parar al asador, pues un Bairam sin su «kusú», u oveja asada, es algo que hasta las familias más pobres de Estambul difícilmente podrían imaginarse.

Esa es también la época en que dispensan las grandes limosnas, pues el turco es en alto grado caritativo, y el pobre que le extiende la mano rara vez se va sin su óbolo... aunque no fuere sino un pedazo de pan.

Entre los musulmanes jamás se rechaza al mendigo con desdén, y a falta de algo con qué poder socorrerle, le dirigen al menos un cariñoso: «*Alah versin, kardashim*», que significa: "Dios te dará, hermano mío".

Una de las razones más poderosas por que los pueblos mahometanos han logrado mantener entre sí tan estrechas relaciones no obstante las enormes distancias que los separan, hay que buscarla en las peregrinaciones a la Meca, que suelen emprender todos los años centenares de miles de creyentes, procedentes de los cuatro puntos cardinales del Orbe, puesto que la Meca representa para el Mundo musulmán lo que Roma solía ser para el mundo católico durante la edad media,

es decir, antes de la secesión de los luteranos, anglicanos, presbiterianos y demás sectas católico-protestantes.

Dichas romerías no se hacen hoy ya, como antaño, en lomo de camellos únicamente, sino en parte también en los lujosos «Pullman» del ferrocarril de El-Hedchás, o en vapores trasatlánticos, que conducen a los peregrinos hasta el puerto de Dchidah, o sea hasta las mismas puertas de la Meca, que, polvorienta metrópoli de Arabia, al par que del mundo islámico, conviértese durante el período de la romería en una Babel moderna, a la cual los pueblos de tres continentes afluyen como aves de paso... para orar en cien idiomas diferentes ante un mismo Dios, ante el Dios único y único Dios, ante Alah, el misericordioso, y venerar de hinojos la memoria de su profeta, Mahoma, el Profeta de Dios.

El respeto filial es otra de las características más bellas del Credo mahometano. Jamás el hijo se sentará en presencia de su padre, ni le dirigirá la palabra sin su previa autorización.

Entre los circasianos, v. gr., permanece el hijo en pie y con los brazos cruzados junto a la mesa, hasta que el padre haya terminado de comer. Sólo entonces se sentará él a su vez. Y al despedirse, le besa la mano con el más profundo respeto.

El "besamano" es un distintivo a que todo anciano, fuere rico o pobre, tiene derecho y que nadie le niega.

En Constantinopla han sufrido considerablemente estas costumbres patriarcales a causa de la presencia de los europeos. Pero en los barrios netamente turcos y en los arrabales de la capital siguen ellas practicándose todavía con la misma ceremoniosa observancia de siempre.

El domicilio mahometano se divide, a imagen del antiguo hogar bizantino, en dos secciones, llamadas el «selamlik», que equivale al antiguo «androceo», y el «haremlik», que es el antiguo «gineceo».

Esta similitud se debe a que los veinte o treinta mil turcos otomanos que ayudaron al primer Osmán, en el siglo XIV, a fundar su poderosa dinastía, se fueron disolviendo rápidamente, desde un principio, entre las masas de los conquistados. El único recuerdo que queda de ellos es su idioma y hasta cierto grado también su religión, que siempre lograron imponer por la fuerza a los pueblos vencidos antes de que el ogro de la asimilación los disolviera también a ellos en el Nirvana del Bizantinismo, pues los procedimientos políticos, leyes y todo lo relativo a la administración pública otomana, no son realmente sino una reproducción más o menos exacta del antiguo sistema bizantino.

De los departamentos citados, el primero, o sea el Selamlik, lo utilizan únicamente los miembros varones de la familia, quienes en él reciben a sus deudos y visitantes del sexo masculino. El Haremlik, en cambio, sirve de morada a los niños de ambos sexos menores de diez años, a las domésticas y a las esposas, o esposa, mejor dicho, pues en Constantinopla poco se acostumbran ya los matrimonios

plurales a causa de que el Alcorán adjudica a cada una de las cuatro esposas legítimas el derecho de tener servicio y casa aparte.

Que estos enormes gastos no se hallan ya al alcance de todo el mundo, excepto el Sultán y los miembros de la Familia Imperial, es de suponerse.

En los tiempos del "poder absoluto", solían gastarse también los magnates, los Gran Visires y hasta los *valis*, o gobernadores generales de provincia, el lujo de sostener enormes harenes, merced a que poseían autorización para saquear a su antojo los vilayatos de su mando. Pero hoy las cosas han cambiado. La Constitución, los automóviles y la servidumbre, sobre todo, que ya no se compone de esclavos como otrora, sino de lacayos pagados, han puesto coto a aquel escándalo.

Además las mismas turcas de cierta categoría y cultura exigen al casarse de su futuro esposo la estricta observancia de la monogamia, lo cual significa que los principios de un Liberalismo ordenado han comenzado por fin a propagarse y a echar raíces hasta en la misma Turquía.

Los velos tupidos y sombríos de la era preconstitucional han sufrido igualmente grandes alteraciones, especialmente en Constantinopla, donde se han ido transformando en gasas o tules más o menos transparentes (según el grado de belleza, o no belleza), pero siempre lo bastante claros para que uno pueda distinguir perfectamente hasta los detalles más mínimos en los semblantes de las damas turcas, que tampoco calzan ya babuchas de raso ni usan, como antaño, amplios pantalones o calzones de seda multicolor, sino calzan y visten a la última moda parisiense, cubriéndose apenas, al salir a la calle, con un elegantísimo *pardessus,* provisto de caperuza, que en turco suelen llamar «sharshah» o «yashmak».

Y a despecho de que el Alcorán prohíbe a las creyentes, dejar asomar siquiera un bucle, nótanse por doquier lindas cabelleras rubias, negras y morenas, asomando furtivas y coquetas bajo los velos azules, albos o marrones.

Las taquígrafas y demás jóvenes empleadas en los establecimientos u oficinas públicas llevan por lo general el rostro completamente descubierto, con el velo echado hacia atrás por encima de sus graciosas cabecillas de ojos soñadores y facciones finísimas.

Lo único que no ha logrado todavía el sexo débil de aquende y allende el Bósforo ha sido obtener el privilegio de poder usar sombrero. Pero con el tiempo también lo conseguirá, incuestionablemente.

La mujer turca es, a pesar de su educación generalmente deficiente, el ser más femenino que uno se puede figurar. Y, no obstante el movimiento emancipador que la notable literata Halib-Edib-Hanun (hoy encargada del Ministerio de Instrucción Pública en Turquía) y otras intelectuales han venido conduciendo desde hace años en favor de su sexo esclavizado, sigue ella siendo ese ser patético, lleno de dulces e inocentes emociones, que reveló Pierre Loti al mundo sorprendido en su famosa obra de "*Las Desencantadas*".

Ya quisieran, no digo yo las griegas y levantinas, sino muchas de las damas escotadas que frecuentan los salones de París, poseer ese carácter francamente femenino de las bellas y resignadas otomanas.

Al pie del Aghi-Sofía, recostado en la falda de una verdosa loma, que desciende hasta orillas de la Propontide, eleva su grisácea mole el Eski-Serail, con sus múltiples cúpulas forradas de plomo y sus cristales opacos, semejantes a las pupilas de un difunto.

Su aspecto impresiona a primera vista, mas no atrae, acaso debido al color sombrío de sus fachadas y al silencio macabro que lo rodea.

Sólo con los ojos que sus antiguos dueños, los basileos bizantinos, mandaran arrancar a sus víctimas, ensartados en forma de rosarios, bastaría para dar la vuelta en torno a ese fatal edificio.

En una de sus dependencias, llamadas hoy «chinli-kiosk», o palacio de cerámica, porque la cubren lustrosos azulejos, se hallan instalados la Escuela de Bellas Artes y el Museo Nacional de Antigüedades, en que todavía se conservan preciosos ejemplares de alfarería, procedentes de Hisarlik, o la antigua Trova. Y un poco más adelante, contiguos a la Biblioteca Nacional, que alberga tesoros inmensos en materia de documentos históricos, de orden clásico, se extienden los salones del Tesoro Imperial, con su profusión de cristales de roca, joyas, sedas, piedras preciosas, brillantes armaduras, porcelanas de Sévres y de la China, fayenzas cubiertas de bellas inscripciones, muebles esculpidos, divanes, tapices e incrustaciones de oro y plata sobre lucientes hojas de Damasco, o dibujos sin fin en nácar, zinc, marfil y carey sobre pulidos fondos de palo rosa, ébano y citrón.

Y en medio de cierta estancia, muy apartada por cierto, que llaman la «shirkai-sherif-ódasi», en que a pesar de ser cristiano y sólo gracias a mi uniforme turco pude entrar sin ser notado, descansan bajo un palio de lapislázuli, o algo parecido, la espada, el estandarte, el manto y la rodela de Mahoma, el «Pegamber», que el sultán Selim II trajo consigo de Arabia después de su conquista de Siria y Egipto.

En materia de viejos castillos cuenta Constantinopla entre otros también con los connotados alcázares de Rumeli y Anadolu-Hisar, que hizo erigir Mohamed II sobre ambas orillas del Bósforo, junto al sitio por donde el rey Darío mandara tender su gigantesco puente flotante para ir a invadir la Escitia cis y transdanubiana. Y poco antes de la desembocadura del Estrecho en el Mar Negro, divísanse en la banda asiática los rucios contornos de dos castillos genoveses todavía en bastante buen estado.

Estos baluartes silenciosos y cubiertos de madreselvas, hiedra y helechos, por cuyas troneras se asoman bostezando vetustos bronces, y en torno de cuyas torres almenadas tremola el halo sonrosado de la leyenda, contribuyen poderosamente a aumentar el por sí ya tan pintoresco aspecto del Bósforo, que se ofrece a la vista como

un magnífico río de tonos azules, con sus pendientes márgenes cubiertas de bosques de plátanos, cipreses, mirtos, laureles y rosales, y con sus riberas que, formando hileras de pueblecillos, palacios, quintas y *chalets,* se extienden casi interminables desde Büük-Dere y Terapia hasta Dolma-Bagtche, y, en la banda opuesta, hasta Moda y los floridos jardines del Fanar.

En el punto en que comienza el Bósforo, se eleva en la playa asiática, a modo de anfiteatro colosal, la ciudad de Escutari, o la antiquísima Crysópolis, que forma parte del Municipio de Constantinopla y cubre el declive occidental de varias colinas, corondas por los oscuros bosques de cipreses de sus camposantos, que son reputados por ser los más hermosos de todo el Imperio.

Y sobre la playa meridional de una ensenada azul, que limita Escutari hacia el Sur, y en cuyo fondo se destaca la estación central de Haidar-Pachá, se extiende de Oriente a Poniente sobre una península la pequeña aunque en extremo pintoresca ciudad de Kadi-Köi, o Moda, esto es, Calcedonia, la de los fenicios, que, al reflejar en sus innúmeros cristales los rayos postreros del sol poniente, brilla y destella como una inmensa orla o barra colosal de oro bruñido.

Cuántas noches de luna no he recorrido yo en elegantes «kaíks» o gasolineras de la Marina de Guerra otomana esas encantadoras riberas del viejo Bósforo, donde lado al lado con boscajes de malvos lirios se columbran, cual rientes calaveras, las grises ruinas de los atroces «letes», o castillos del silencio, en que los monarcas bizantinos solían recluir para siempre a sus cegadas y mutiladas víctimas... y esas rocas sombrías y casi perpendiculares, que bate el mar con formidable estruendo junto a la desembocadura del Estrecho en el Ponto Euxino, pa...ria [sic] de las arpías y por tanto, de las langostas...

y esas otras, todavía más terribles "peñas cianeas", a la entrada del Golfo, que tanto pavor infundieron a los argonautas, y en que aún en nuestros días siguen las naves de los incautos estrellándose con el influjo doble de las corrientes y de la marejada.

Muchos extranjeros cometen con frecuencia el error de imaginarse que por haber pasado unas cuantas semanas en Pera, alojados en el Tokatlián o en el Pera-Palace, y por haber ido a algunos «klimbims» y cafés griegos, o paseando en coche o en automóvil por la calle principal de Estambul, conocen ya Turquía, o al menos Constantinopla. Y al regresar a sus respectivas patrias salen diciendo, con la mayor sangre fría y énfasis, que aquel país no sirve para nada, que los tenderos y comerciantes turcos son unos salteadores, mientras los cocheros y los intérpretes unos bandidos..., sin darse cuenta de que los tenderos, cocheros y cicerones de Pera no son por lo general ni mahometanos siquiera, sino armenios, griegos y levantinos, expertos en el arte de estafar a los bonachones turistas.

Para poder llegar a conocer a fondo el alma de Constantinopla, debe uno comenzar por perderse de vista entre las estrechas y más céntricas calles de Estambul, yendo a los cafés, los restaurantes, probando las comidas indígenas y fijándose en el modo culto de la servidumbre musulmana, que considera y trata al parroquiano siempre como «musafir», o huésped, aun cuando pague lo que consume.

Luego debe uno ir a visitar con detenimiento los grandes bazares y observar con calma y desde un rincón apartado, a ser posible, la vida activa al par que reposada de esa abigarrada muchedumbre, cubierta de feces y turbantes... y aquellos mercaderes de miradas serenas y luengas barbas, que saludan respetuosamente al comprador desde lo alto de sus mostradores, sin dirigirle la palabra antes que él se la dirija a ellos primero.

Después de los grandes bazares, conviene recorrer también con calma los laberínticos y silenciosos barrios musulmanes que los circuyen en diversas direcciones, incluso el de Fati, con sus innumerables callejuelas y callejones sin salida, que orillan hileras de casas sombrías y provistas de ventanas protegidas por enrejados de listoncillos de madera o de hierro, llamados celosías, y que sirven para que las damas puedan observar desde dentro a los transeúntes sin ser vistas.

En esos contornos no se notan puertas abiertas, ni se oye el ladrar de perros, ni se ven criaturas jugando o revolcándose en medio de las calles.

Allí todo es silencio, todo es calma.

Sólo el ruido estridente de las cigarras y el tímido gorjeo del ruiseñor, que trina en un granado en flor, o el suave murmullo de una fuente, rimando estrofas bajo el turquino cielo de Levante son los únicos vestigios de vida que se perciben al resplandor del sol de mediodía en esa zona de misterio profundo, llamada el corazón de Estambul.

Y si el visitante resultare ser bien puesto y el uniforme le luciera, nada de extraño tendría el que una pulsera o una rosa de carmín encendido cayera de pronto a los pies de su caballo, sin que el jinete llegare a darse cuenta de cómo ni cuándo aquello sucediera.

Interesantes e instructivas al mismo tiempo resultan ser a veces las plazoletas que rodean los patios de las mezquitas. En ellas no faltan, por lo general, añejos cipreses o nogales y plátanos de espejo follaje, a cuya sombra anidan minúsculos cafés al aire libre, en que uno se sienta con las piernas cruzadas sobre un divancillo o taburete de madera, para pasar el «keif», que equivale a una especie de autocontemplación, durante la cual uno ve todo y no ve nada; durante la que uno no piensa en nada y sí piensa en todo, sin darse cuenta de ello..., al paso que el «cavechi» va y viene a hurtadillas por entre los asientos de sus clientes, sirviendo a éste o aquél otro pocillo de café tinto (*sade*), o con azúcar (*chekerli*), o encendiendo acaso al de más allá con una brasa el cigarrillo o la pipa de agua que se le ha apagado.

Y si a pesar de ese descanso absoluto del cerebro y del silencio majestuoso que rodea la mezquita de enfrente, cuya grisácea mole se perfila en un zenit de porcelana azul, uno llegara a sentirse aún inquieto o afanoso, no tiene sino que atrave-

sar la calle, quitarse el calzado, entrar en el santuario y fijarse en la calma soberana que inspira en el ánimo de los creyentes esa fe loca y absoluta en el Dios único, al que los musulmanes suelen dedicar a veces más tiempo y cuidado que a los quehaceres más apremiantes de la vida.

Sólo el que llegare a comprender y a compenetrarse con ese ambiente misterioso, que parece posponerlo todo a Dios y a la calma, hasta el extremo de convertir en objeto de lástima a cuantos se afanan por el día de mañana, puede decir que conoce verdaderamente el alma musulmana y a Turquía... puesto que Alah es "todo misericordioso" y cuida de todos. ¡*El-Hamdul-Ilah*!

# Capítulo XXIX

Entretanto se había ido complicando la situación de la guerra en Europa. Por doquiera se agitaban vencedoras las águilas germanas. Excepto en Mesopotamia, donde el león británico había recuperado Kut-El-Amara  avanzando hasta las inmediaciones de Musul.

Tamaña afrenta, que equivalía casi a una bofetada en pleno rostro, exigía revancha sobre a marcha.

La despreocupación momentánea que había producido en Alemania la conquista parcial de Rumania y de la Ucrania, porque le proporcionaban algunos recursos en materia de alimentos, hizo dirigir entonces las miradas del Alto Comando germano hacia Turquía por primera vez desde la campaña de los Dardanelos.

El estado caótico en que se hallaba la dirección del Ejército otomano en razón del poder casi absoluto que seguían ejerciendo Dyemal Pachá, en el IV Ejército (de Siria y Palestina), mientras Halil en el VI, o de Mesopotamia, no había dejado de provocar ciertas controversias, que tuvieron por resultado la dimisión del general von Bronsart como Jefe de Estado Mayor del Ejército turco, y el nombramiento del general von Falkenhayn como Jefe del Grupo de Ejércitos de Siria, Palestina y Mesopotamia, compuesto por los citados IV y VI Ejércitos. Y para poder mejor dominar la situación, se hizo cargo del Gran Estado Mayor otomano el general von Seekt, que acababa de ganar en esos días copiosos laureles dirigiendo la campaña del mariscal von Mackensen en Rumania.

Entonces, para deshacerse del omnipotente e insolente Dyemal Pachá, lo invitó el Alto Comando alemán a que fuera a pasar una temporada como huésped del emperador Guillermo, donde se lo trató, por supuesto, a pie de príncipe. Y sólo a su regreso fue cuando Dyemal vino a darse cuenta del lazo que se le había tendido, pues entretanto había sido nombrado Jefe del IV Ejército el inofensivo Küchük-Dyemal Pachá, al paso que él, Büük-Dyemal, quedaba reducido prácticamente a la nada y sin más mando militar que el efímero de Ministro de Marina (sin Marina), pues el verdadero ministro lo era el almirante alemán von Souchón, que hacía y deshacía a su antojo, mientras a Dyemal no tocaba sino firmar lo que decretaba aquél.

Alertado por lo que acababa de suceder a su colega, y sobre todo al General en Jefe del Grupo de Ejércitos del Cáucaso, el mariscal Ahmed-Izzed-Pachá, que había sido también destituido durante su visita al Kaiser; negóse Halil a seguir la

invitación que se le había extendido también a él para que fuera a visitar a dicho monarca, y a pesar de los esfuerzos del Gran Cuartel General en Constantinopla para despojarlo de su mando, continuó tranquilamente desempeñando su puesto de General en Jefe del VI Ejército en Mesopotamia.

Una vez posesionado de su nuevo cargo, púsose el general von Falkenhayn, con ayuda de su Jefe de Estado Mayor, el coronel von Dommes, a trazar su futuro plan de campaña sobre una base amplia, aunque desacertado en lo tocante a detalles. Y como continuara gozando de la confianza al parecer ilimitada del emperador Guillermo, no le fue difícil obtener entre otros importantes elementos cosa de mil a mil doscientos autocamiones del último modelo, con los cuales pensaba establecer un servicio de etapas entre Alepo y Musul, que representaban sus principales bases de operaciones en Siria y Mesopotamia.

Pero desgraciadamente y a causa de un descuido, no se sabe si de él o de Enver, fuése acumulando el grueso de los explosivos y casi toda la gasolina del futuro ejército expedicionario en los almacenes y patios de la estación de Haidar-Pachá, hasta que un día y de una manera misteriosa volaron por el aire de dos a trescientos vagones de ferrocarril cargados de benzol, gasolina, explosivos, granadas, municiones de rifle, etc.

Tan tremendo como inesperado desastre dio por tierra, como era natural, con el castillo de naipes de von Falkenhayn y lo obligó a renunciar a la conquista de la ciudad de Bagdad y de Kut-El-Amara, que había sido el objeto principal de dicha expedición.

Los ingleses, por el contrario aprovechando tan oportuna distracción, que parecía haberles llovido del cielo, apresuráronse a fomentar una demostración ostentosa por el frente del Sinaí, que obligó a von Falkenhayn a emplear los pocos elementos de que ya disponía, en la defensa de Siria y especialmente en la de Palestina, que quedaba seriamente amenazada por los refuerzos que el Generalísimo británico seguía acumulando a toda prisa sobre el sector de Gaza.

Tan desgraciado suceso, cuyo origen yo me atrevería a atribuir a un descuido de los cargadores del muelle, que dejarían caer alguna caja de explosivos, dejó también en una situación comprometidísima los restos de nuestro VI Ejército en Mesopotamia, mientras el Cáucaso y gran parte de Anatolia continuaban en poder de los rusos, cuyos ejércitos seguían avanzando pausada aunque seguramente en dirección de Sivas, o sea con rumbo al corazón del Asia Menor.

Al inclinarme a suponer que dicho accidente no fue obra de los aviadores enemigos (que ni se vieron ni se sintieron sobre de Haidar-Pachá en el momento de la explosión), sino del descuido de los soldados turcos, encargados del desembarque de diversas «mahonas», atracadas al muelle y cargadas de municiones, es porque en el momento en que estalló el primer petardo, granada, bomba o lo que fuere, me hallaba yo atravesando casualmente a caballo el patio de la citada esta-

ción. Acababa de llegar por toda la orilla del mar desde Scútari, adonde había ido de paseo, y estaba preguntando a un sargento de sanidad alemán por qué su jefe le había mandado colocar sus tiendas entre aquel mundo de explosivos y barriles de gasolina, cuando un feroz estallido a pocas docenas de pasos a nuestra derecha me sacó casi de la silla e hizo rodar a los pies de mi caballo, agonizante, a uno de mis perros que me había acompañado.

Y antes de que pudiera darme cuenta bien de lo que sucedía, sonó un segundo y más tremendo estallido, a menos distancia quizás que el primero.

Excuso decir a qué paso no saldría yo de dicha estación.

Y antes de que estallara el tercer petardo, hallábase ya mi caballo desbocado y volando literalmente por encima de una muchedumbre medio loca de terror, que huía despavorida ante aquel infierno, pues un minuto o dos después de la primera explosión ya no eran cajas sino vagones enteros cargados de gasolina y explosivos los que volaban por el aire como otros tantos cohetes gigantescos, en tanto que los carros cargados de munición menuda producían, al arder un martillar incesante, parecido al de una línea de fuego en plena batalla.

Cuando después de grandes esfuerzos logré llegar al fin a la calle principal de Kadi-Köi, que se extendía en forma de bulevar por toda la orilla meridional de la ensenada, y por tanto frente a la estación, voló por el aire con un estruendo semejante al de un trueno un edificio entero cargado de municiones, o de dinamita, supongo, que hizo caer al suelo de un solo golpe y con un retintín formidable los cristales de casi todas las casas confrontando el mar, mientras que a mí poco faltó para que me hiciera perder los estribos. Tal fue la conmoción del aire que produjo.

Imposible describir el pánico que causó esa catástrofe, no sólo en Kadi-Köi, sino en la misma metrópoli, donde al principio había cundido la voz de que la escuadra inglesa había forzado el paso de los Dardanelos y atacado la villa.

De haberse declarado en Moda, aquella tarde, uno de esos terribles incendios que suelen visitar periódicamente los suburbios de Constantinopla, no hubiera quedado en pie probablemente ni una sola casa, pues la mayor parte de sus habitantes habían huido presa del terror en todas direcciones, dejando sus hogares abiertos y abandonados.

Durante esa tarde y toda la noche siguió el fuego devorando lo que momentos antes había sido la estación de ferrocarril más espaciosa y moderna del Asia Menor, y quizás también de los Balcanes. Y millones de libras esterlinas en edificios y material rodante y de guerra fueron reducidos a cenizas en menos de cuarenta y ocho horas.

Atraídos irresistiblemente por aquel volcán de fuego, nos le fuimos y seguimos acercando cautelosamente Tasim y yo, hasta que, pasada la media noche, logramos penetrar por fin en el edificio principal de la estación, que a imagen de antorchas gigantescas seguía inundando de luces escarlata las encrespadas ondas de la ensenada.

Y en tanto que las llamaradas bramaban sobre nuestras testas, lambeando puertas y extendiendo sus tentáculos de fuego a través de las humeantes ventanas seguíamos internándonos por todo el piso llano del edificio, que cubrían pedazos de cielo raso desprendidos, fragmentos de granadas, muebles volteados y toda clase de efectos que habían dejado abandonados durante su fuga el personal de la estación y los millares de viajeros a quienes el desastre había sorprendido en la hora de mayor circulación de trenes.

El calor que reinaba allí era tan intenso, que a dos cientos o trescientos pasos de la orilla, una hilera de yates y botes de remo había prendido fuego, en tanto junto al muelle, sobre un rizado lienzo de azulmarinas aguas que el reflejo de las llamas teñía de púrpura, vagaban a merced de las olas varias *mahonas* incendiadas y cargadas de explosivos, como otras tantas de aquellas barcas fúnebres que los antiguos *vikings* solían lanzar al mar con los cadáveres de sus monarcas tendidos sobre humeantes piras y tocados de lucientes diademas.

Y cuando apenas habíamos vuelto la espalda a tan sublime cuadro, para emprender la retirada por nuevos derroteros, estalló una de aquellas mahonas con tal estrépito que hizo estremecer en sus cimientos el edificio y nos obligó a refugiarnos entre las ruinas del restaurante de la estación, donde encontramos a varios soldados alemanes llevándose en canastas parte de las existencias de dicho local. Estaban ebrios. Y al verme trataron de excusarse, alegando que de no llevárselas ellos las destruiría el incendio.

De éste y varios otros casos por el estilo se valieron más tarde sobre todo los griegos, para lanzar cargos graves y hasta gravísimos contra las fuerzas alemanas acantonadas en Constantinopla y el resto del imperio, aun cuando con marcada injusticia, pues en honor a la verdad sea dicho, la conducta de los militares alemanes en Turquía durante la guerra fue, por lo que yo pude observar, generalmente correcta.

No cabe duda que algunos individuos, pertenecientes a esos elementos despreciables que nunca faltan en todo ejército, se valieron también entre los alemanes en ciertas ocasiones de la confianza tal vez excesiva con que sus superiores solían honrarlos, para disponer en secreto de algunas miserias en materia de gasolina, provisiones, etc., pertenecientes a los depósitos de la Intendencia General alemana.

Pero por fortuna resultaron raros más bien los casos en que oficiales alemanes llegaron a empañar sus escudos con manchas de oro, de suerte que los cargos a priori lanzados por algunos miembros contaminados de la Intendencia Militar otomana contra la oficialidad alemana en Turquía, durante la guerra, no tienen, a mi juicio, sobre todo en lo tocante a la oficialidad de carrera, absolutamente razón de ser.

Durante esas pocas semanas de permanencia mía en la capital, tuve el gusto de relacionarme, entre otros distinguidos diplomáticos, con el Sr. Paul Mohn, Canciller de la Legación de Suecia y en cuya elegante biblioteca solía yo pasar a veces horas muy amenas sin darme cuenta de que la espada de Damocles continuaba suspensa sobre mi cabeza.

Era el coronel Osman-Chefket Bey, Jefe omnipotente del Departamento personal en el Ministerio de la Guerra, quien resultaba ser el insecto ponzoñoso que desde su telaraña seguía observando mis movimientos, para perderme, pues el instinto le decía que el único militar cristiano que había presenciado las matanzas armenias en las provincias orientales de Van y Bitlis era una amenaza constante para el Régimen de los Jóvenes Turcos y sobre todo para el Comité de Unión y Progreso.

No poco habrán influido quizás también en el ánimo de Osman-Chefket Bey su propia mala conciencia, ya que su responsabilidad en las matanzas saltaba a la vista y era un secreto a voces en el ejército.

Un alto empleado del Ministerio de la Guerra, que era amigo mío y conocía de cerca al coronel, me confió en esos días que Osman-Chefket pasaba a veces noches enteras sin poder conciliar el sueño por temor de que yo fuera a hacer ante el Cuerpo Diplomático revelaciones que hubieran podido comprometerlo a él también, pues por el rumbo que iban tomando las cosas se comprendía que se iba acercando el día en que las potencias de la Entente habían de acabar por exigir las cabezas de los más comprometidos en aquellos atroces acontecimientos.

Esto tiende a demostrar por qué Osman-Chefket Bey había influido tanto en Enver Pachá para impedir que yo fuera a Constantinopla durante los primeros dos años y medio de la guerra.

Yo me hallo convencido de que, si Osman-Chefket Bey hubiese conocido la fecha de mi salida de Bir-Es-Sabah, me hubiera hecho, al llegar yo a Alepo, confinar inmediatamente a Musul o Dios sabe dónde.

Durante una conferencia que tuve en esos días con el coronel von Dommes, Jefe de Estado Mayor del general von Falkenhayn, me refirió éste que, habiendo oído de mí, había solicitado dos veces del Ministerio de la Guerra permiso para incorporarme a su Estado Mayor. Pero que en ambas ocasiones el Vicegeneralísimo le había contestado negativamente, por haberme destinado ya al Estado Mayor del II Ejército, en el Cáucaso; lo cual significaba, hablando en turco, que por temor de que yo fuera a revelar más tarde al general von Falkenhayn el papel siniestro que habían desempeñado su cuñado Dyevded y su tío Halil durante las matanzas de Bitlis y de Van, él, esto es, Enver veíase precisado a desterrarme al Cáucaso, para hacerme luego desaparecer con toda la reserva necesaria del caso.

Previendo cuanto iba a suceder, y sin querer esperar ni mi nombramiento ni la llegada siquiera del emperador Guillermo, que debía de arribar de un momento a otro a Constantinopla, me presenté de improviso en el Ministerio de la Guerra y pedí plaza en el II Ejército, que me fue concedida, por supuesto, sobre la marcha.

El día antes de mi partida fui a despedirme, como era natural, también, de Enver, quien me recibió con el cariño de siempre. Y, al acompañarme, terminada la visita, en persona hasta la puerta de su despacho, me advirtió que él había escrito ya al Jefe del II Ejército, recomendándome mucho.

Yo hice, naturalmente, también cuanto pude por aparecer festivo, aun cuando me hallaba al corriente del verdadero contenido de dicha carta, en la cual Enver ordenaba a Fesi que «De Nogales Bey no debía regresar ya nunca más de aquellos contornos».

Tal era la fórmula de rigor que solían emplear los jóvenes turcos al decretar la muerte de algún oficial que les hacía peso por "Razones de Estado" y que por tanto, debía ser eliminado con disimulo.

Todo esto sucedía allá a fines de septiembre de 1917.

Y cuando el tren arrancó de la ya en parte reconstruida estación de Haidar-Pachá, y a mi derecha comenzaron a desfilar unos tras otros los floridos jardines del Fanar, invadióme la nostalgia de la patria, y me sentí sacudido por esa soberbia y amargura indecible que debe de sentir todo militar honrado al darse cuenta de que se halla sentenciado a perecer sin gloria bajo el puñal de un asesino pagado.

De haber padecido yo, como tantos otros, del delirio de la persecución, con aquello hubiera bastado para quitarme el juicio. Pero, por fortuna, en vez de acobardarme, serenéme más bien ante la magnitud del peligro y propúseme luchar hasta lo último, no tanto para salvar la vida, pues todo el que muere descansa, sino para probar a aquellos efendis infatuados que cuando uno se halla resuelto a no dejarse asesinar sin más ni más, esto es, por amor al arte únicamente, no hay razón de Estado ni vicegeneralísimo que valga.

La mejor prueba de ello la tenemos a la vista. ¿Acaso no me encuentro yo vivo todavía y escribiendo mis memorias sobre las matanzas, en tanto que Enver, reducido al estado de paria, sigue vagando por Dios sabe dónde?

Y quien dice Enver, dice Osman-Chefket Bey y toda esa cáfila de larvas y microbios miserables que a fuerza de malas artes tanto influyeron en aquél, esto es, en Enver, hasta que acabaron por convertirlo de militar brillante y de patriota honrado en un archiasesino y la...n [sic] desvergonzado. Y todo ello a despecho de sus brillantes cualidades y aquel carácter suyo, en que la bondad y la caballerosidad rivalizaban en aras de las oprimidas masas de su patria, que en un tiempo habían tenido en él fundadas tan grandes y tan justas esperanzas.

Ojalá ayude este caso a servir de ejemplo a todos esos incautos entusiastas que todo lo ven color de rosa mientras la suerte les sonríe, para que el día en que llegaran a verse frente a frente con la impávida sirena de ojos verdes, llamada la *alta política,* no se fijen tan sólo en su semblante de mujer hermosa, sino también en sus fatales garfios, de que chorrea incesante un hilo de sangre.

En Ismid se me incorporó mi ayudante, que había pasado allí unos cuantos días en compañía de su familia. Y a medida que el tren se iba acercando a la espaciosa laguna de Ada-Pasar, me iba sorprendiendo el gélido soplo de las brisas otoñales, que comenzaban ya a teñir de oro el tupido follaje de los bosques, y a

ahuyentar las aves acuáticas, que, remontando el vuelo, se lanzaban en bandadas por el diáfano cielo de la Frigia en pos de sus lejanos invernaderos allende las márgenes del Nilo.

Desde Ismid, que orla el mar por el costado del Sur, divísase en días serenos, como una sombra azul, la costa septentrional de la antigua Bitinia, cubierta de dilatada llanura, muy bien regada y salpicada de pueblecillos, ricos cultivos y plantíos de olivos. El borde oriental de esta planicie lo forma la base del Olimpo asiático, cuyos terraplenes van ascendiendo, ya suave, ya abruptamente y poblados de árboles hasta la cúspide, que ciernen con frecuencia aros de nubes, y aparece en todo tiempo coronada de una blanca aureola de nieve.

Y al pie de esta pirámide extiéndese Brusa, cuyo panorama, visto desde un punto elevado, resulta sobremanera sorprendente.

Rodeada en tres cuartas partes de su circunferencia por los retos de sus antiguas murallas, domínala una ciudadela, que fundó en su origen, con la ciudad, Prusias, Rey de Bitinia.

Ampliada por los griegos, fue Brusa luego declarada capital de su Imperio por los primeros sultanes otomanos, quienes la embellecieron y le añadieron importantes obras de fortificación. Y desde el seno de sus espesuras verde-oscuras, que circuye la muchedumbre de sus casas, lánzanse numerosos alminares, graciosos y atrevidos, hacia el cielo aturquesado de Bitinia, y destellan, como gotas de oro derretido, sus ovaladas cúpulas.

Todo este conjunto pintoresco, animado por multitud de manantiales, fuentes termales y numerosos hilos de plata que se desprenden de la sierra, forman un cuadro de vida, de frescura y de contrastes en extremo agradables.

La Propontide, o Mar de Mármara, está rodeada de ruinas celebérrimas, entre las cuales resaltan por su valor histórico las de Nicomedia, en un tiempo residencia de Diocleciano, y las de Nicea, o Ismik de nuestros días, que es doblemente célebre por haber sido patria de Hiparco y en virtud de los concilios que se celebraron en ella.

Reducida hoy a la categoría de una alcazaba insignificante, con apenas una capilla griega para recordar sus antiguas glorias; de los monumentos de Nicea no quedan ya sino vestigios, y de sus triunfos, apenas la memoria.

# Capítulo XXX

En la mañana subsiguiente a la de nuestra partida pude admirar por tercera vez desde que me hallaba en Turquía el hermoso panorama de Eski-Shehir, que lucía como un collar de perlas en el violáceo fondo de la estepa, al paso que sus minaretes y sus blancas cúpulas se perfilaban como una franja de rocosas atalayas en un vacío estupendo de rojas lejanías.

Con aquella joya había sido que el emperador seljúcida Alah-Ed-Din había premiado los leales servicios que le brindara el rústico Suleimán padre de Ostragul y abuelo de Osmán durante sus contiendas con los bizantinos. Y la horda, u «ordú» (que en turco significa ejército), del primer Osmán, integrada apenas por unas cuantas decenas de miles de turcos nómadas, procedentes del Asia Central, se esparció por aquellos contornos, que en adelante consideró como feudo suyo.

De haber sospechado Alah-Ed-Din por un momento siquiera que ese puñado de pastores valerosos había de acabar algún día con su imperio, conforme sus mayores habían acabado en un tiempo con el de los Califas abasidas de Bagdad, de seguro que el Imperio Otomano no hubiera existido nunca, y el rey polaco Sobieski hubiera podido ahorrarse, en el siglo XVII, la molestia de ir a salvar Viena y quizás hasta Europa entera de una nueva irrupción mongólica por el estilo de la de los hunos, pues los compañeros de Ostrogul y su hijo Osmán eran, lo repito, de cepa tártara, conforme lo fueron en su origen también los búlgaros, finlandeses, húngaros, partos, sumeros y tantos otros pueblos conquistadores, cuyo recuerdo se pierde en la noche de los tiempos.

Tras un breve descanso en Eski Shehir, y, aprovechando aquella excelente oportunidad para echar un vistazo también sobre Angora y las costas del Mar Egeo, que eran, por decirlo así, la única región del Imperio que me faltaba todavía por conocer, hice enganchar, a nuestra llegada a Afiun-Kara-Hisar, nuestro vagón a un tren militar, que se hallaba a punto de partir para Smirna. Y al día siguiente amanecimos en la *kasaba* de Alah-Shehir, o la antiquísima Filadelfia, situada en el borde occidental de Frigia y a orillas del histórico Kusuk-Chaí, tributario del Guediz, o Hermus, el de los antiguos.

Costeando por toda la margen meridional de dicho río, que se desliza a través de una polvorienta llanura, pasamos en las horas vespertinas junto a la que en un

tiempo había sido Sardes, la opulenta capital de Lidia, que alcanzó su apogeo de magnificencia durante el reinado de su último monarca, Creso, el vencido de Ciro, rey de Persia.

Lo que hoy queda de Sardes ya no es sino una aldea triste y amarilllenta, de nombre Sart, en torno de la cual aún se divisan medio sepultados bajo montones de tierra la tumba de Alyates, las ruinas del teatro que llevaba su nombre, los restos de su antiguo "estadio", luego los de un tempo de origen ignoto, y, por último, sesenta colinas en que se supone descansan los féretros de los antiguos reyes de Lidia.

Al despertar el día, pasamos por frente a Mangunise, o Magnesia, la de los helenos, que se recuesta al pie del histórico Sípylos y sirve de estación de empalme al ramal de Bérgama. Y al ocultarse el sol tras de la isla de Chíos, destacóse en el fondo de una ensenada inmensa la opulenta metrópoli de Egea, Smirna, reclinada en la falda del Monte Pagus, que coronan los restos de un vetusto castillo genovés.

Cien veces de un todo o en parte destruida por los incendios y los terremotos, elévase Smirna, la ciudad natal de Homero, a manera de anfiteatro gigantesco en el rincón Sud-Oeste de su famoso golfo, y figura gracias a su excelente situación, ya desde tiempo inmemorial como la más importante de las tres únicas salidas naturales al mar que posee el Asia Menor.

La Egea, patria de Heráclito, Thales y Herodoto se divide en la "tierra firme", que abarca las antiguas provincias helénicas de Misia, Libia y Caria, a lo largo de la costa, y el Archipiélago Egeo, que es uno de los más articulados y ricos en islas que existen en el mundo.

En las costas de Jonia, y especialmente en Misia, las montañas perpendiculares al mar (que cubren en parte bosques oscuros y manchones de violáceos rododendros), proyectan una serie de penínsulas, que limitan otros tantos golfos cerrados por verdosos festones de islotes.

A la isla de Mytilene, con su castillo, frente a Aivali, o sea la entrada del espacioso golfo de Edremid, que corona el Monte Ida y orillan las ruinas de Asos, sigue hacia el Sur la de Chíos, junto a la península de Sheshmeh, que defiende la maravillosa bahía de Smirna y confronta las ruinas de Focea, desde la cual siglos antes de Jesucristo partieran Pyteas y sus compañeros para fundar la ciudad de Marsella y recorrer los helados mares de Islandia.

A la isla de Chíos sigue la de Samos, que domina el golfo de Scala-Nova, en que vierte sus aguas el Küchük-Menderez, o Caystro, y junto a cuya desembocadura, cerca de Ayaslik, descansan las ruinas de la que en un tiempo fue la elegante Efeso, otrora calificada de "ojo de Asia". En ella, patria de Heráclito y de Apeles, fue donde expiró la Virgen y donde San Pablo derramó a manos llenas la luz del Evangelio ante los habitantes de Jonia y de Eólida.

Tierra sagrada de Artemita, madre de la naturaleza, no quedan hoy de Efeso más que los vestigios del que a miles de años fue su famoso templo de Diana y

algunos restos de su antiguo teatro, así como parte de las columnas de la Acrópolis, y los derruidos pilares de un enorme y bello acueducto, construido por algún anónimo que a la vez que ingeniero debe de haber sido también un artista.

Y otro tanto más hacia el sur de Efeso, junto a la desembocadura del histórico Meandro, es donde se supone que reposan, cubiertos por las aguas del lago Akis, los restos de la que hace treinta siglos fue la comercial Mileto, patria de Anaximandros, de Thales y Aristágoras, y que según parece fue fundada Dios sabe cuándo antes de nuestra era por un grupo de colonos griegos, procedentes de Jonia.

Frente a la isla de Kos, en que nació Hipócrates, se extiende el espacioso golfo de su nombre y sobre cuya ribera septentrional brillaba antaño, a miles de años, la celebérrima ciudad de Halicarnaso, capital de Caria y patria de Heródoto. Mientras sobre el extremo occidental del promontorio que lo circuye por la parte del sur, aún se distinguen los restos del palacio de Mausoleo, que respetaron diez y ocho siglos... hasta que los Templarios de Jerusalén plugó destruirlo, cuando vencidos por los musulmanes tuvieron que abandonar la tierra firme para ir a refugiarse en la isla de Rodas.

Fuera de Lesbos, patria de Safo, es digna de remembranza también Bérgama, o la antigua Pérgamos (sita al Tramonte de Smirna y a orillas de Kaikus), cuyo origen se remonta a los hijos de Andrómaca y en cuyo recinto amurallado todavía se conservan las ruinas del Templo de Minerva Paliade.

Otro monumento de gran valor histórico y de arquitectura pagana por excelencia es el célebre Templo de Afrodita, con su famosa estatua de Praxiteles, que aún se conserva en bastante buen estado entre las ruinas de Knidos.

Hacia el Sur y Levante de Caria se extienden las montañas de Licia y de Panfilia (con las ruinas de Xantus, etc.), lo mismo que las históricas provincias de Cilicia Traquea y Campestre, en que se eleva el Dyebel-El-Mur como base de las estribaciones montañosas que limitan Anatolia hacia el sur y la separan de Siria... mientras al norte, o sea en la Frigia Menor y a orillas del Helesponto, aún surcan las aguas del pequeño Escamandro la polvorienta llanura de Ilión, o Pérgamo, reino de Príamo, en que hace miles de años se destacaban, imponentes, las almenadas torres de la altiva Troya, cuyo incendio colosal iluminó la historia, y de entre cuyas ruinas extrajo no hace mucho, el explorador alemán, profesor Schliehmann, tesoros de un valor histórico inestimable.

Troya no existe ya, pero el admirador de la Iliada puede reconocer aún sobre el terreno los sitios que inmortalizó aquel famoso poema.

Y todavía más allá, sobre las gualdas playas de una ensenada azul, en que las ondas mueren como un encaje de plata, se extienden en sublime confusión las soñolientas ruinas de Alejandría-Troa, con cuyos restos se construyeron algunos de los santuarios y palacios más suntuosos de la antigua Bizancio.

Al uno contemplar a través del halo luminoso de la historia la ondulante y arrugada alfombra de la antigua Jonia, rodeada de rocosas atalayas que cubre todo el año un blanco sudario, y en cuyos riscos y peñascos yérguense altivos los muros salpicados en sangre de vetustos castillos, o se columbran, como nidos de águilas, miserables aldeas, ocultas en las rinconadas, no se puede menos que admirar la mano sabia con que la naturaleza ha sabido trazar al lado de sierras y una inaccesible crestería, florecientes valles y aquellos bellos ríos, que, serpenteando su oprimido curso por el fondo de profundas cañadas, alimentan con suave murmullo las acequias, mueven las pesadas ruedas de los molinos, y ayudan al hombre en armónico desorden a formar patria por doquiera.

Desgraciadamente, no parecen existir en las costas de la antigua Jonia ya más puertos de nota que el de Smirna, debido al trabajo de acarreo de los ríos afluentes, que de día en día han venido disminuyendo el valor de los que otrora fueron famosos emporios comerciales.

El limo del Meandro, v. gr., ha cegado casi por completo el Golfo de Látias. Y de toda esa comarca, cubierta en un tiempo de urbes florecientes, no quedan ya sino paupérrimas aldeas o las ruinas de antiquísimas ciudades, construidas a manera de anfiteatro a orillas del mar, y de las que hoy apenas subsiste la celebridad de su nombre.

La descripción de las costas occidentales, que son las que suelen visitar con más frecuencia los orientalistas, bastaría por sí sola para llenar varios volúmenes. Ahí fue donde las artes y las letras embellecieron las ciudades de la Dórida, Jonia y Eólida. Y en esas comarcas es donde las ruinas de Halicarnaso, Mileto y Efeso detienen los pasos de los hombres familiarizados con el estudio de la antigüedad.

Al uno contemplar desde lo alto de los picachos costañeros, que las nubes envuelven en vaporoso halo, el litoral marino, sombreado por boscajes de laureles y en que las ondas se rompen sin cesar, hay que reconocer que en aquellas costas cada roca tiene su grandiosa historia y que cada una de esas islas, que parecen soñar cual bellas gemas sobre la opalina superficie del Egeo, ha tenido también en uno u otro tiempo sus héroes, y sus genios, y sus épocas de glorias inmortales.

De regreso de la costa envié nuestro vagón con los asistentes y equipajes por la vía de Afiun-Kara-Hisar a Bosanti, al paso que yo seguía la marcha a caballo, acompañado de Tasima a través de las sierras y mesetas de Frigia y Caramania, en cuyos valles estrechos y sembrados de álamos o castaños se columbraban a trechos los pardos campamentos de nómadas «yürükes», o caminantes, llamados comúnmente turcomanos porque roceden del lejano Turquestán, y cuya vida agreste recuerda la de los escitas y cimerios, que ocho siglos antes de Jesucristo solían vagar también por aquellas soledades fraccionados en hordas, o «ashairs».

Vigorosos jinetes y soldados infatigables, pasan los turcomanos el invierno en la Armenia Menor o en Caramania, donde suelen encontrarse abundantes pastos aún en esa época... hasta que los calores del estío los obligan a abandonar sus «kishlas» para encaminarse con sus familias y ganados una vez más hacia las «yailas», en lo alto de horrendas cimas, donde las águilas les disputan las primicias de sus rebaños, y los osos y panteras los obligan a pernoctar a la vera de humeantes hogueras.

Anatolia, o la altiplanicie del Asia Menor, que circuye un aro de escarpadas y entrelazadas serranías, fue al comienzo de los tiempos cuaternarios un mar pequeño, a imagen del Mar Caspio, cuyo nivel se hallaba más o menos a la misma altura que el del Ponto Euxino, o Mar Negro, en aquella época, es decir, antes de que un volcán inmenso abriera paso en éste a través del Bósforo y el Estrecho de los Dardanelos.

Gracias a dicho desagüe, que desagüe fue y sigue siéndolo desde el momento en que la corriente del Bósforo todavía tiende de Norte a Sur, o sea hacia el Mar Egeo, pudo el Ponto Euxino continuar descendiendo hasta que quedó completamente separado y formando una cuenca aparte del Mar Caspio.

Prueba de ello nos la ofrecen ciertas argollas de metal sujetas a la faz superior y confrontando el norte de las Cordilleras del Ponto y de Paflagonia, a las cuales, según lo asevera el geógrafo turco Hadchi-Hafa y lo atestiguan los habitantes de aquellas comarcas, se ataban los cables de los buques en la época en que el Mar Negro, no teniendo desagüe, ascendía hasta ese nivel.

En virtud de tremendas convulsiones sísmicas, que tuvieron por resultdo la desaparición de la Egeida y probablemente también la de la Atlántida, abriéronse brecha las aguas del llamémoslo así, Mar Anatoliense, a través de las cordilleras costañeras y del Antetauro, o Tauro Armenio, formando los profundos cauces del Tigris y el Eufrates, desviando el antiguo y bien formado curso del Halys, o Kisil-Irmak, de Sudoeste a Nordeste; profundizando la cuenca del histórico Meandro, y lanzando las cristaslinas aguas del viejo Saurus por la enorme y salvaje garganta del Tchakit, o Bosanti-Su, en cuyo fondo cavernas profundas e ignoradas por los hombres aún centuplican el estruendo de las aguas, que enloquecidas braman y se retuercen como verdosas sierpes de escamas de plata por entre farallones de miles de pies de altura y simas horrendas, que se abren y negrean en forma de precipicios insondables.

En el alpino y pintoresco pueblecillo de Kara-Bunar, sito un par de kilómetros más allá de Bosanti y que era entonces todavía un animadísimo centro ferrocarrilero y punto de partida de la carretera militar de Kület-Bogas (o de "los castillos de Ibrahim Pachá") a Tarso; cambiaba uno en esa época del ferrocarril de Anatolia a otro, pequeño, de *decovil,* que mantenía el tráfico a través del "gran

tunel" del Tauro (entonces en construcción), y que, descendiendo en audaces serpentinas por toda la falda meridional del cerro, iba a trasbordar sus pasajeros y mercancías en la estación de Kelebek a los trenes del ferrocarril de Bagdad, que los conducían a su vez a Siria y el Norte de Mesopotamia.

Conociendo ya de antes la ruta de Külek-Bogas, o "gargantas del Tauro", que utilizó Alejandro cuando invadió la Persia, remití mis bagajes y asistentes por la vía *decovil* a Kelebek, al paso que yo mismo me encaminaba solo y a caballo por una especie de camino real, que conducía a lo largo del Bosanti-Su y, aunque ancho al principio, a medida que se iba elevando íbase estrechando, hasta que acabó por convertirse en una peligrosa vereda, que continuaba ascendiendo y serpenteando cuesta arriba, pegada a la fachada casi perpendicular del precipicio, hasta el extremo de que en algunos lugares subía por el tremendo abismo apenas sostenida por unos cuantos postes de madera clavados en la lisa faz de aquellas rocas acantiladas y de miles de pies de altura.

Así seguí trepando, una hora tras otra, con la bestia del cabestro, hasta la cima, que cubrían espesos bosques de abetos y de robles, o tupidos pinares... y desde cuyas faldas, agrestes y agrietadas, brotaba de vez en cuando, inmóvil y suspendido sobre el espacio, el rudo tronco de algún cedro centenario, revestido de líquenes.

Y a medida que ascendía por la penumbra, iba notando que el rumor de las aguas se iba extinguiendo, hasta que, al dominar la altura, respiré el aire fresco de la madrugada. Y sentado en un peñasco cubierto de musgo, me puse a aguardar la llegada del día, que no tardó en presentarse en forma de una esplendorosa línea de luz, que cubría el horizonte como una cinta de plata, mientras el ruido de las aguas en el vecino abismo llegaba a mis oídos semejante al rumor de un mar distante.

En esto, se fueron acentuando las luces del alba, y el majestuoso Alah-Dagh, coronado de nieves, iluminóse de repente con un rayo de sol que, deslizándose de cumbre en cumbre, tiñó de púrpura los albos picachos de la Tauride, dándoles el aspecto de colosos graníticos o titanes heridos por saetas de oro.

La ciudad de Alepo la encontré muy cambiada. Por sus estrechas y polvorientas calles zumbaban cual grises moscardones los alemanes autos de máxima potencia, y casi todos los mejores edificios de la villa habíanse convertido, como por encanto, en espaciosas oficinas, que apenas daban abasto para el personal del Gran Estado Mayor del general von Falkenhayn.

Durante esa breve permanencia mía en dicha ciudad, tuve el gusto de saludar, entre otros amigos y antiguos camaradas de los frentes de Siria y Mesopotamia, al coronel Lichtschlag, al comandante Löschebrand, a los capitanes Andre, Reuter, Schütz (aviador), Banse, Langenecker, Martinengo y Brown, y a los tenientes Anton, Krummer, Bünte y Becker. Y por uno de los oficiales de nuestro

«intelligence departement», que era una verdadera mina de conocimientos en el ingenioso arte de Sherlock Holmes supe igualmente que la caída de Bagdad había obedecido más que otra cosa al desembarque sigiloso y oportuno de casi todas las fuerzas inglesas disponibles en el África Oriental, con las cuales había atacado el enemigo de improviso y obtenido el triunfo.

La última noche la pasé en una *soirée,* por cierto muy amena, en casa de la familia Pocher, de noble estirpe genovesa. Y cuando el tren pitó la mañana siguiente para emprender la marcha, encontré con gran asombro mío y de mis asistentes a nuestros perros tendidos en el vagón, narcotizados, y junto con mi uniforme, conteniendo el llavero, cartera, pasaportes militares, etc., etc., habían desaparecido mis botas de montar, *kalpak*, revólver y no sé cuántos más efectos, que los ladrones, merodeantes en las estaciones ferroviarias de Siria, habían extraído probablemente con ayuda de un gancho a través de la puerta corrediza, que mis muchachos habían dejado entreabierta por un descuido.

De la casa del ingeniero Vogt, cerca de la estación de Arab-Bunar (donde había sucedido el incidente aquel con los doscientos cincuenta deportados aliados dos años antes), ya no quedaban sino las tapias ennegrecidas por el incendio que la había destruido. Mientras que desde Rasul-Aín, que de estación terminal del ferrocarril de Bagdad se había convertido en una de tantas estacioncillas en el desierto, ya no se notaba de su antiguo campamento de deportados armenios sino un montón de harapos y osamentas, en que escarbaban los perros y sobre la cual se mecían perezosos algunos buitres.

Al otro día, o sea el 25 de octubre (1917) paró por fin nuestro tren al pie del cerro de Mardin, que coronamos a caballo tras un ascenso fatigoso de media hora. E internándonos por toda la calle principal, que orillaban los bazares, nos apeamos al rato ante la casa hospitalaria de los doctores Stoffels y Grunewald, que, dicho sea de paso, ofrecía un golpe de vista admirable sobre las cobrizas pampas y desiertos de Mesopotamia.

Allí supe por Stoffels la muerte del capitán von Auluck, lo mismo que algunos detalles adicionales sobre la caída de Bagdad. Y después de la cena, fuimos a pasar un par de horas en el simpático "casino automovilista", donde el teniente Kühne y demás jefes y oficiales de los destacamentos acantonados en Mardin y sus alrededores me festejaron con esa cordialidad característica de la gallarda oficialidad de carrera alemana.

# Capítulo XXXI

Mesopotamia, en el sentido más amplio de la palabra, alcanza hasta los confines de la antigua Armenia, y llaman los árabes «el-dyesiret», o la isla entre ríos. Su parte septentrional, que baña en toda su extensión el curso superior del Tigris, se halla separada de la "llanura desierta", o el Badiet-Es-Sham, por las nevadas sierras del Karadchá y del Tur-Abdín, que forman la línea divisoria de las aguas.

De estas calizas cordilleras, que se extienden como una muralla por espacio de doscientos kilómetros entre Karabagtche y la ciudad en ruinas de Dyesiret-Ibn-Omar, despréndese en sentido meridional la red hidrográfica del Chabur, tributario del Eufrates, al paso que en dirección al Norte, un sinnúmero de riachuelos, ignotos en su mayoría, que se descuelgan de escarpadas serranías y se deslizan por el fondo de profundas cañadas, hasta que las aguas del verdoso Tigris los detienen y arrastran consigo hacia el lejano golfo de Persia.

Y fue siguiendo por la margen derecha de uno de esos insignificantes tributarios del Tigranis, llamado el Ak-Su, si no yerro, que una mañana del mes de octubre nos internamos por cierta altiplanicie de tonos violáceos y anaranjados, que cortaban en diversos sentidos rojas torrenteras y en cuyas profundas hondonadas, que cubrían las brumas, se mecían boscajes de olmos o de álamos, de grises ramajes, que se reflejaban fantasmales en el cristal opaco de linfas estancadas.

Y sólo cuando el lejano llanto de los lobos, que infestan aquellas serranías iba en aumento, fue que nos desmontamos, al fin, ante el santuario monacal de Yanik (que se reclina en una laja inmensa, al pie de un cerro)... para besar la mano de su reverendo Sheik, de aspecto venerable y patriarcal, que había venido a recibirnos al pie del estribo y que a la trémula luz de las antorchas semejaba uno de aquellos magos de la antigüedad, tocados de lucientes tiaras y vestidos de traje talar.

Y a medida que la oscuridad iba en aumento, íbase el cielo cubriendo de negros nubarrones, hasta que un fuerte vendaval, acompañado de furiosa tormenta de granizo y copos de nieve, comenzó a azotar los cristales de la pequeña estancia en que el Sheik y yo nos hallábamos haciendo los honores a una frugalísima cena, en tanto que el jefe del retén de gendarmería, estacionado allí, que era un anciano oficial *takaut* y que se había acostado ya, se cubría apresuradamente de su indumenta, consistente en media docena de piezas interiores y camisas y chalecos de diversos colores, coronados por una guerrera militar y un manto de pieles...

pues, los viejos turcos, de costumbres arcaicas, opinan que el traje copioso protege no sólo contra el frío, sino también contra el calor.

Después de la cena, nos sentamos los tres sobre una alfombra y en torno a un brasero de cobre, para tomar la tacita de café de rigor, fragante a *kákola*, y fumar cigarrillos de un aroma exquisito, al paso que el Sheik y el anciano Mustafa Effendi, visiblemente afectados por el recuerdo de añejas añoranzas, hacían desfilar ante mi mente impresionada una admirable serie de leyendas locales, que a imagen de una filigrana o luminosa faja de oro y sangre se extendía, interminable, a través de aquellas serranías... desde Malatia, patria del sarraceno Cid, el Campeador, hasta el arroyo que de las nieves se desprenda para ir a morir entre las angosturas del barroso Tigris, al pie de las derruidas torres y atalayas de Dyesiret-Ibn-Omar... donde, según parece, tuvo su origen aquella extraordinaria mitología mesopotámica, que de entre nubes de incienso, mirra y *hashish,* arrancó a las arenas del desierto la macabra leyenda de los «guls», o genios, que devoran el corazón a los muertos, mientras que de los aires, la de los «dyins», o vampiros, que a imagen de nuestras «mancaritas», en la Cordillera de los Andes, ante el aspecto del hierro, en forma de una aguja que fuere, huyen despavoridas hacia las espesuras, cual Lucifer ante el sagrado signo de la Cruz.

Y cuando la madrugada siguiente nos sorprendió todavía sentados en torno de aquel brasero de cobre y el cielo comenzó a inundarse de matices de nácar, empecé también yo a comprender por fin por qué los antiguos solían adorar el sol.

Ese día pernoctamos en la aldea de Ak-Bunar, sita a la vera de cierta carretera militar, que estaban construyendo entonces entre Diarbekir y Mardin, y por la que se veía arrastrándose, a imagen de sierpe moribunda, una de tantas caravanas de kurdos «mohadchirs», o refugiados de las provincias de Bitlis y de Van, que iban marcando sus jornadas con regueros de huesos y cadáveres carcomidos.

Por la tarde vadeamos el Tigris en diferentes lugares, y atravesando los vergeles de Zofene y sus extensos morerales que las autoridades habían hecho talar en arte por la falta de leña, entramos al oscurecer en la ciudad de Diarbekir, o Kara-Amid, que yo ya conocía de antes, allá cuando venía del Cáucaso huyendo ante las persecuciones de Dyevded y de Halil Beys.

Diarbekir había cambiado poco durante mi ausencia. Su población armenia masacrada había sido en su mayor parte reemplazada por turcos y kurdos inmigrados de las provincias orientales.

Sus mezquitas, torres y alminares perfilábanse todavía sombríos en el turquino cielo de Mesopotamia, en tanto que por la masa de sus azoteas de tierra pisada veíanse serpenteando en todas direcciones sus callejuelas sin fin bordeadas de caserones construidos con materiales oscuros y ornados de artísticas gasas armenias... lo mismo que sus arterias principales, tachonadas de tiendecillas estrechas y bajas, fragantes a especias, o minúsculos talleres, abiertos hacia afuera, en que los

artesanos, en cuclillas, tejían tisúes, tornaban sándalo, incrustaban marfil o irisado nácar en lucientes láminas de ébano, confeccionaban *kaftanes o chil-abaghs* con polícromas lanas y gamuzas indígena, labraban plata y oro en finísimas filigranas, o bordaban en sed sus gualdrapas de fieltro y tafiletes, llamadas «dyils», que cubren el lomo de las bestias hasta las ancas.

Entre la apretada muchedumbre, que atestaba las calles más céntricas a no poder más, notaba yo con frecuencia caras conocidas, pertenecientes a numerosos miembros de las fuerzas con que yo había sitiado a Van casi tres años antes, y que, al reconocerme, solían agruparse en torno mío para saludarme con un respetuoso: «Alah selamet versin, Beym. Hosh guélinis, Beym. Mashalah, Beym», que significa, «Dios os dé salud, Señor. Seáis el bienvenido; a Dios gracias que hayáis venido, Señor».

Y en el palacio de la Gobernación, adonde había ido a ofrecer mis respetos al Gobernador General de la provincia y ex-Vali de Musul, Haidar Bey, me encontré con un crecido número de ex empleados del vilayato de Van, así como con varios jeques kurdos, que habían militado también bajo mis órdenes en aquella época, y que a pesar de su carácter indomable casi habían permanecido al servicio del Sultán mediante provechosas sinecuras.

Aquella misma tarde fui a ponerme a las órdenes del teniente coronel Mugh-Ed-Din-Bey, quien, por haber ido entretanto Fesi Pachá a Palestina, a hacerse cargo del VII Ejército, había quedado encargado interinamente de la dirección de nuestro II Ejército del Cáucaso... mientras llegaba su nuevo General en Jefe, Nihat Pachá.

Mugh-Ed-Din era un hombre culto e inofensivo hasta cierto punto, pues de lo contrario no lo hubieran encargado los jóvenes turcos de un puesto tan responsable como aquél. Mas no por eso dejaba de ser también un cortesano en extremo astuto y político consumado, que conocía a fondo las simpatías sinceras que me seguía profesando Enver Pachá a pesar de las Razones de Estado que le habían obligado a desterrarme hacia aquellos contornos, y, por consiguiente, en vez de hostilizarme, como lo hubieran hecho otros de menos talento, se apresuró más bien a darme carta blanca para que hiciera como mejor me plugiera, y hasta me encargó prácticamente (ya que debido a la ausencia del General en Jefe oficialmente no lo podía hacer), de la inspección de la caballería en nuestro II Ejército.

Allanada, pues, esta escabrosa faz del peligroso problema que me confrontaba, pude dedicarme con más calma de ahí en adelante, durante mis horas libres (que eran las más, por supuesto), a la lectura y al estudio sobre todo de las mezquitas de aquella histórica urbe, que ostentaban con frecuencia bellos portales ojivales o en forma de herradura, ornados de rojos, azules y verdes detalles decorativos, imitando estalactitas, y moriscos lienzos de murallas, cubiertos de dibujos sin fin.

A varias de ellas las hallé transformadas en hospitales militares, o en asilos casi siempre repletos de ancianos, mujeres y niños kurdos mohadchirs, afectados de

toda clase de enfermedades contagiosas y en extremo repugnantes, que por falta de pan y medicamentos iban pereciendo diariamente por centenares.

Lo propio sucedía con sus compañeros, alojados por decenas de millares en las inmundas galerías de las murallas de circunvalación, quienes, excepto las escasas limosnas que lograban recoger, no contaban con más medios de subsistencia o alimento que los huesos que a modo de perros escarbaban de entre los montones de basura, y la carroña o sangre coagulada de los camellos, caballos y jumentos fenecidos a la vera de los caminos, que algunos de entre ellos solían expender a los demás como viandas, tajadas ya en raciones y expuestas sobre cajas, a guisa de mostradores, junto a la entrada de la puerta occidental llamada Rum-Kapu, o de Alepo.

Además del casino militar otomano, existía en Diarbekir un elegante casino austro-húngaro, donde yo solía pasar muchas noches en compañía del capitán Schwachhöfer, jefe del parque automovilista austriaco acantonado en dicha plaza, y en la de sus no menos cultos y caballerescos compañeros, los capitanes de sanidad, Dr. Vittels y Dr. Eggerling; los tenientes y subtenientes Schallgruber, Garbeschik, Richter, Madile, Haussner, Ballini, y el reverendo Schwartz, capellán de dicha brigada, que había residido durante muchos años en la India Oriental.

En eso pasaron algunas semanas... cuando un día me llegó la orden de ir a Mésireh y Palú en viaje de inspección, razón por la cual partí a la caída del sol de ya no recuerdo qué fecha con rumbo a Levante.

La noche era lóbrega y el valle se extendía interminable en pos de un horizonte en que se destacaban tres agujas de plata coronando las nieblas vespertinas. Y a medida que la luna iba esparciendo sus argentados rayos sobre la llanura y la diamantina cima del Tur-Abdín, que envolvía un halo de tibias claridades, nos íbamos alejando más y más de Diarbekir, que en medio de aquella noche oscura seguía brillando como una diadema inmensa de soles encendidos.

Galopando silenciosos y al través de áridas estepas, sin ningún árbol ni vida ni cultivo, fuimos dejando atrás grisáceas serranías, que en lontananza parecían agitarse, fantasmales, hasta que los albores de la aurora inundaron el cielo de matices de rosa, y, rasgando los tules vaporosos que cubrían la pampa, perfilaron en un caos de áureas lejanías las rotas atalayas y murallas de Meyafarkin, en que algunos historiadores han querido reconocer a Tigranocerta, la legendaria capital de Tigranis II, rey de Armenia, que abatió en el polvo el alfanje de Mahoma y que en un tiempo fue justamente celebrada no sólo por la fertilidad de las llanuras que la circunscriben y la ruta de caravanas que aún la comunica por la vía de Redvan y de Hasan-Keif con la vetustas Nisibin, a orillas del Badiet-Es-Sham; sino también y muy especialmente por los que otrora fueron sus famosos templos y alcázares encantados, que, apoyados en lucientes columnas y adornados de frontones de basalto negro y épicos bajorrelieves, reflejábanse en fuentes de pulido mármol y en

hilos de plata, que a la sombra de los azahares rimaban estrofas y entonaban himnos en loor del más grande guerrero y monarca de la antigua Armenia, Tigranis II, cuyas águilas biceps, de negros plumajes y garfios de oro extendían sus alas en aquella época desde el río Araxes hasta el cristal pristino del viejo Nilo.

Siguiendo siempre en dirección al Norte, en conformidad con la vertiente de las aguas, no tardamos en llegar a la pequeña *kasaba* o aldea de Urash, que dejamos atrás. Y atravesando ciertas alturas, casi totalmente deshabitadas, de las cuales se desprende el Batman-Su y que batían las heladas brisas del Sasoún, fuimos a pernoctar en otro miserable pueblecillo, llamado Ilidche, desde el cual se notaba hacia Levante una escarpada serranía, que coronaban las argentadas cumbres del Dárkosh, Antogh y Harzen-Daghleri, y que representa el *block* meridional de cierto sistema orográfico enorme, llamado comúnmente el Antetauro, o Tauro armenio.

De Slivan en adelante fuimos descendiendo, para abreviar el camino, por veredas extraviadas, hasta que la brisa disipó las brumas y nos permitió entrever el curso del antiguo Arsanias, o Eufrates Oriental, que, impulsado por la depresión del terreno, se lanza desde cerca de Mush hasta Kum-Köi por espacio de cincuenta kilómetros a través de los contrafuertes orientales del salvaje y escarpado Antetauro, y, rodeado de numerosos afluentes que rugen en el fondo de negros abismos, siguen aún excavando su cauce profundo y en parte inexplorado, en que alternan cataratas, gargantas y tonantes angosturas con trechos donde, según la voz del vulgo, sus aguas perforan las montañas en forma de inmensos túneles.

Cuánto hay de verdad en todo esto, es cosa difícil de conjeturar. Lo único que sí se sabe de cierto es que una de las numerosas e inaccesibles fachadas que prestan su sombra a las torrentosas aguas de sus gargantas lleva esculpida encima cierta inscripción en caracteres cuneiformes, ya no recuerdo si de orden vánico o asirio, que tienden a demostrar claramente cómo once siglos antes de Jesucristo, o sea en tiempos de Teglatfalasar, su curso había sido explorado ya y tal vez hasta utilizado por los antiguos para fines comerciales.

El corazón del continente asiático oculta tantas y tan extrañas cosas, que, a pesar de cuantos esfuerzos hagamos por tratar de comprenderlas, continuarán siempre siendo jeroglíficos indescifrables para nosotros.

Tras un descenso penoso, divisamos al fin, orillando el Eufrates y desprovista ya de sus antiguos puentes, castillos, templos y alcázares, la ciudad de Palu, que fue desde adonde en tiempos de San Gregorio el Iluminado se extendió el Evangelio por la antigua Armenia, y que durante la guerra sirvió de base a nuestro IV Cuerpo de Ejército, cuyo campamento se veía extendido y sus hogueras humeando a la sombra de las sombrías montañas del Dersín, que en aquellos contornos llevan el nombre de “la tierra de la desolación y del terror” a causa de hallarse

habitadas casi totalmente por feroces tribus de kurdos seminómadas, que vivían y siguen viviendo del saqueo, y que, si bien sometidas nominalmente a la Sublime Puerta, continúan haciendo cuanto mejor les place.

Al contemplar a Palu, me vino a la mente aquel célebre dicho, de que "las civilizaciones crecen como los árboles, y como los árboles forzosamente han de caer".

Rodeada de soberbias serranías, no ofrecía dicha *kasaba*, fuera de algunas mezquitas de un mérito dudoso, más cosa digna de verse que sus estrechas calles por las cuales transitaba, incesante, un torrente de tropa, vestida de grises uniformes y en cuyos rostros demacrados, aunque varoniles, se notaban con frecuencia las huellas del tifus y las agonías del hambre bajo un semblante aparentemente sereno, pues en aquellas montañas se vieron los bravos de los Dardanelos, sobre todo durante el invierno de 1916, más de una vez totalmente acosados por la necesidad, que, según parece, no faltaron hasta casos de antropofagia.

Algunos de sus retenes más avanzados permanecieron durante dicho invierno por espacio de semanas enteras incomunicados del resto del ejército, ya que en Capadocia, lo mismo que en el Cáucaso, los inviernos suelen ser por punto general en extremo rigurosos, a causa de las diferencias de latitud, que no permiten fijar norma.

Gracias sólo a las carreteras improvisadas que mandó abrir a toda prisa el teniente coronel von Falkenhausen en la primavera y el verano de 1917, fue que nuestro II Ejército pudo resistir victoriosamente durante el segundo invierno al empuje de los ejércitos rusos, que de legiones moscovitas se habían ido convirtiendo rápidamente en bandas de comitadchis armenios uniformados y mandados por jefes irregulares (también armenios en su mayoría), cuyas miras parecían estribar únicamente en saquear, asesinar y cometer venganzas y aplicar torturas que por lo bárbaras se resiste la pluma a describir.

Y todo ello debido a la falta casi completa del control que habían venido ejerciendo hasta entonces sobre aquellas hordas de llamados soldados cristianos los oficiales del ejército regular moscovita, pues la situación apremiante porque se hallaba atravesando en esa época el Imperio de los Romanoff había reclamado en el frente polaco no sólo la presencia de casi toda la oficialidad, sino también la de la inmensa mayoría de la tropa de línea, perteneciente a las fuerzas rusas que operaban en Anatolia contra nuestro III Ejército, a las órdenes de Vehib Pachá, y en el Cáucaso contra nuestro II Ejército cuya ala izquierda, representada por nuestro IV Cuerpo de Ejército, cubría el sector de Palu y se apoyaba hacia el Norte firmemente en las infranqueables serranías del Dersín, donde las feroces e irreductibles tribus de los kurdos «zazas», nativas de aquellos contornos, nos secundaban efectivamente no tanto por amor a la Sublime Puerta cuanto por odio a sus enemigos mortales y lejanos parientes, los armenios.

En el Dersín se apoyaba igualmente el ala derecha de nuestro III Ejército, razón por la cual las tribus kurdas en armas de dichas montañas constituían el centro de nuestro frente caucásico-anatoliense, que se extendía por espacio de cuatrocientos a quinientos kilómetros, desde las regiones alpinas del Alto Bothan hasta las inmediaciones del puerto de Samsoun.

Tanto Rusia como Austria y Alemania, que eran las únicas monarquías, europeas en que los alados ideales de la Revolución francesa no habían logrado sentar sus reales, fueron sintiendo durante el curso de la Guerra Mundial las pulsaciones de esa fiebre fatal para todas las testas coronadas, que antes del descubrimiento de la máquina de vapor solía llevar el nombre de republicanismo pero hoy que la electricidad sigue suplantando rápidamente el vapor y convirtiendo las masas de artesanos en clases proletarias políticamente organizadas, lleva el nombre de socialismo, y en algunos lugares, como Rusia y Hungría, por ejemplo, también el de radicalismo, o bolchevismo.

Atormentado el pueblo ruso, y, sobre todo, el débil y taciturno «mujik» por la sed de justicia, de que la cruel y temeraria dinastía de los Romanoff los había privado durante siglos, a fuerza de latigazos, al comenzar la guerra fuéronse acumulando sobre los grises horizontes de Moscovia aquellos fatales nubarrones sembrados de rojos parpadeos y precursores de la tormenta, que bajo los auspicios de la llamada "alianza de los *zemstows*", encabezada por el príncipe Ivoff y el general Elexiyeff, habían de acabar por herir mortalmente, y bajo el cetro del irresoluto Kerensky y la mano de hierro de Lenín, por reducir a polvo totalmente el funesto régimen de los Romanoff y hacer rodar por el suelo las cabezas de casi todo el clero superior greco-ortodoxo y la nobleza moscovita, que, a semejanza de la nobleza francesa, en tiempos de los Borbones, habían estado hasta principios de la guerra disfrutando también arbitrariamente de la mayor parte de las tierras cultivables en aquel inmenso y opulento imperio.

Una vez derrocado Kerensky y reducidos a la impotencia los burgueses cadetes de Milinkoff, lo mismo que las sectas anarquistas de los «menchevikis», asumió Lenín el mando de todos los sóiviets de Rusia, y sin tardanza comenzó a repartir entre la clase proletaria y los indigentes mujiks las tierras usurpadas por el clero greco-ortodoxo y la nobleza; a implantar a la fuerza el derecho de gentes y la instrucción pública y obligatoria; a sofocar las numerosas rebeliones que so pretexto de establecer gobiernos autónomos jefes realistas, disfrazados de socialistas, habían iniciado en la mayor parte de las entidades políticas del ex Imperio; a fomentar la agricultura y restablecer las nacientes industrias de su patria sobre una base sindicalista más bien que socialista; a reemplazar sus hordas rojas de obreros y soldados por ejércitos disciplinados y dirigidos por las primeras espadas del Imperio, y, por último, a eliminar en lo dable la extremada rigidez e intransigencia del dogma bolchevista, y a tratar de reanudar sobre una base justa y equitativa las antiguas rela-

ciones políticas y comerciales entre Rusia y las demás naciones del Viejo y del Nuevo Mundo.

Ahora, el que el bolchevismo vaya a imperar en Rusia eternamente en su forma actual, no es de suponer. Lo más probable es que, siguiendo las huellas de la revolución francesa, después de la era de exterminio, pase dicho régimen por un período de relativa calma (como sucedió en Francia durante el triunvirato) para luego sentar sus reales en forma de una república federal, como Suiza, o burguesa, como la francesa, pues no hay plazo que no se cumpla y las leyes inalterables del equilibrio exigen y seguirán exigiendo eternamente el estricto cumplimiento de sus sabias normas, no sólo en lo tocante a la materia inerte, sino también en lo relativo a la estabilidad y normalidad en la marcha de las entidades étnicas llamadas comúnmente "naciones civilizadas".

El hecho de que el gobierno radical de Lenin se haya negado a admitir la prepotencia de los «trusts» y a devolver sin más ni más los veinticinco mil millones de francos oro (en parte latinoamericanos) que los banqueros franceses prestaban imprudentemente y con fines harto conocidos al gobierno de los Zares, no constituye, a mi modo de ver, una razón bastante justificada para declarar el régimen de los bochevistas fuera de la ley, puesto que la revolución maximalista no representa en el fondo sino una reproducción más o menos exacta de la revolución francesa en todas sus fases... desde la guillotina de Robespierre hasta el templado régimen del triunvirato... La única diferencia consiste en que, conforme a ésta la inspiraron el entusiasmo y la imaginación de la raza latina, que a imagen de los rayos del sol de mediodía abrasan y matan, pero vivifican, la revolución bolchevista nació de entre las lágrimas de sangre del esclavizado pueblo moscovita, y fue el fruto tal vez prematuro del carácter patético y soñador de la raza eslava, que durante sus arranques de loca pasión tritura y mata también, mas no por medio del brillo del sol de mediodía, sino por medio del halo macabro y mortecino del sol de las mares glaciales, que durante las noches boreales inunda de tristes iluminaciones los témpanos de sus heleros y les arranca destellos impregnados de frío polar.

Derrotados los rusos una vez tras otra por las legiones de von Hindenburg, no tardó el generalísimo Korniloff en echar mano hasta de sus últimas reservas acantonadas en el Cáucaso, motivo por el cual, a mi regreso a Diarbekir, lo primero que supe fue que el Alto Comando en San Petersburgo había decretado la evacuación y el traslado inmediato de sus tropas de línea en el frente caucásico a los de Polonia y de Galizia, quedando encargado del resto de las fuerzas expedicionarias ruso-armenias en el Asia Menor el general Odishlitze, cuyo cuartel general se hallaba situado en Erzerum.

Y simultáneamente casi con esa fausta nueva nos llegó la infausta de que el ejército británico a las órdenes de Lord Allenby se había apoderado por sorpresa

de Bir-Es-Sabah, y que el ala izquierda enemiga, arrollando nuestra derecha, en las inmediaciones de Gaza, la había obligado a retroceder en completa confusión junto con nuestro centro en dirección de Ramleh y de Jerusalén.

La suerte estaba echada. El final del drama había comenzado.

# Capítulo XXXII

Entretanto había recrudecido el invierno.

Fuertes nevadas convertían a diario la roja pampa en un blanco sudario, surcado por profundos lodazales, que obstruían el paso a nuestras columnas volantes, las cuales iban avanzando a marchas forzadas en auxilio de Palestina, para ayudar a contrarrestar el avance de los ingleses, quienes se habían apoderado en aquellos días de Belén, Hebrón y Jerusalén

El triunfo de Lord Allenby había sido completo, a juzgar por sus boletines de guerra, que hacían ascender el botín a noventa y nueve cañones y morteros, cincuenta y ocho mil granadas, siete mil rifles y diez y nueve millones de tiros.

El coronel von Kress, destituido, había ido a Alemania. El teniente coronel Tiller se había hecho cargo de la guarnición de Adana, mientras el resto de la veterana oficialidad germana en el frente del Sinaí habíase dispersado casi por completo, o había regresado a Alemania para ya no volver más a Turquía.

Y como para completar aquel funesto cuadro, llegó la nueva de que nuestro VI Ejército, hambriento y diezmado por las epidemias, se había visto obligado a retroceder desde Samarra a Erbila, sacrificando Tikrit, al paso que el enemigo, avanzando desde Bagdad por la vía de Feludchah, había atacado con fuerzas superiores la guarnición de Hit, a orillas del Eufrates, que era un punto estratégico de suma importancia para nosotros, desde el momento en que protegía la única ruta de caravanas por la cual el adversario hubiera podido amenazar a Alepo, o sea el corazón de Siria, sin necesidad de pasar por Musul o Palestina.

Estas y otras múltiples circunstancias, que no me es posible mencionar por falta de espacio, iban a demostrar de una manera convincente que nuestra situación en Siria, Palestina y Mesopotamia continuaba empeorando cada vez más, razón por la cual recibió el *Asien Korps*, que acababa de llegar a Constantinopla, procedente de Europa, la orden de continuar la marcha con rumbo a Tierra Santa, en tanto que a nuestro II Ejército le llegaba el aviso de irse preparando para por si acaso sus servicios llegaren a hacerse necesarios en Siria o Palestina.

A las nevadas seguían fuertes deshielos, que hacían desbordar las aguas del cenagoso Tigris, anegando sus islas, sembradas de olmos y pobladas de aves acuáticas, que con melancólicos gritos sacudían sus alas sobre aquellos parajes de tris-

teza inmensa y en que con frecuencia solía yo pasearme a caballo, escopeta en mano, para aquietar los nervios después de las largas horas de estudio que pasaba a diario, sumido en la penumbra de mi pequeña biblioteca y sumergido hasta los hombros en un sillón de cuero, que confrontaba la amarillenta calavera de un armenio fusilado, a quien yo había conocido en vida, y que había hecho colocar sobre mi escritorio adrede, a fin de que me sirviera de ejemplo y me recordara a todas horas en compañía de quiénes allí me hallaba.

Otras tardes las pasaba yo soñando, con los ojos abiertos, y admirando desde lo alto de algún musgoso minarete la oscura masa de lejanas serranías, en cuyas faldas abruptas y sombrías se arrastraban las gasas vaporosas, al paso que en sus cumbres que bañaba la lumbre deficiente del sol poniente, brillaban cual broches de diamantes las nieves eternas.

Y así, pasando los días sumidos en el estudio, en tanto que las noches en el casino, en compañía de un grupo de cultos camaradas austriacos y alemanes, me sorprendieron la Noche Buena y el Año Nuevo de 1918... mientras sobre las estepas de Siberia, Polonia, Rusia y Ucrania se alzaban hacia el infinito los gritos y los alaridos de los agonizantes, y las albas nieves de la Foret desde Vosges se cubrían de lágrimas de sangre, pues, según los despachos que iban llegando, tanto en Oriente como en Occidente de la Europa en llamas seguía cosechando el cegador macabro a manos llenas su tributo de sangre.

Y a medida que en los horizontes de Moscovia, sembrados de tinieblas y relámpagos, seguíanse perfilando, tenebrosas, las siluetas de Lenin, Korniloff, Alexiyeff, Kaledin, Pegliura y Skoropadky, continuaba la paz universal alejándose cada día más a causa de las exigencias exageradas de Alemania, que, confiada en el creciente poder de sus submarinos, íbase aprestando para impedir el futuro desembarque del ejército expedicionario norteamericano en Francia... mientras nuestras divisiones seguían combatiendo las tropas de Odishlitze en el sector de Bitlis, hasta que un día se publicó la orden formal y definitiva de la evacuación del Cáucaso por los rusos, que aprovechó nuestro III Ejército para marchar a tambor batiente y banderas desplegadas hasta Baku, a orillas del Mar Caspio... al paso que nuestro II Ejército levantaba campamento para ir a sentar sus reales en la provincia de Alepo, que en adelante le había de servir de base y zona de operaciones en caso de un desembarque o avance formal de los ingleses por la vía del Eufrates.

Tal era el estado de cosas cuando, a mediados de enero de 1918, formamos fila de honor frente a la Puerta de Mardin, para recibir al General en Jefe de nuestro II Ejército, Nihat Pachá, que era de origen «pomako», o búlgaro mahometano, y reunía a las dotes de un brillante militar las de un probo y perfecto caballero.

De estatura pequeña más bien, fornido de cuerpo, y de habla y semblante francos, gustaba Nihat Pachá sobremanera de largas excursiones a caballo por las

pamperas márgenes del Tigris, que solían acabar por arrancar gemidos de desesperación y gruesas gotas de sudor a los más corpulentos de entre los jefes de sección en nuestro Estado Mayor. Y un par de semanas o tres después de la llegada de nuestro nuevo Generalísimo, recibió el II Ejército orden de trasladarse en el término de la distancia al norte de Siria, menos el IV Cuerpo de Ejército, que había de seguir ejerciendo la policía de frontera mientras las fuerzas armeno-moscovitas acababan de desocupar el sector de Bitlis.

Era el momento supremo para mí.

Y cuando Nihat Pachá me reveló con semblante apenado los párrafos más salientes de aquella carta fatal, en que Enver ordenaba a Fesi que «yo no debía salir ya nunca más de aquellos contornos», tuve que valerme de toda mi diplomacia para poder convencer al buen Nihát de la gran injusticia que se estaba cometiendo conmigo..., motivo por el cual, y para recompensarme en lo dable de las amargas horas que había pasado como "ilustre desterrado" en Diarbekir, me concedió en el acto no sólo permiso para separarme de un todo del II Ejército, sino igualmente para que antes de regresar a Constantinopla fuera a saludar a mis antiguos compañeros de armas en el frente de Palestina y el Cuartel General de von Falkenhayn en Nazaret.

Y cuando una semana después de aquella entrevista el tren especial de nuestro Estado Mayor pasó tonante sobre el puente de hierro de Cherablus, y a orillas del Eufrates en la tostada estepa comenzaron a destacarse los contornos del pequeño astillero de von Mück, no pude resistir a la tentación, y de un solo salto fui a parar en aquella hospitalaria, donde pasé la noche en compañía de un grupo de excelentes camaradas, hasta que el estridente silbido del tren que me había de conducir a Alepo me hizo levantar, al aclarar el día, de la mesa en torno de la cual habíamos estado festejando las viejas hazañas de *Göben* y del *Breslu*, que el mar se había tragado.

Esa noche permanecí en Alepo. La siguiente la pasé en el «express» de Baábek. Y a la media mañana del día subsiguiente me hallaba ya en la estación central de Damasco formando parte de la fila de honor, que la oficialidad otomana encabezaba, seguida por la alemana, y luego por la austriaca, a fin de saludar a su llegada al general von Falkenhayn, que regresaba a Europa después de haber entregado el mando de sus legiones al Mariscal Liman von Sanders Pachá.

Era von Falkenhayn el prototipo del oficial de caballería alemán, esbelto y elegante. Y cuando con sus bigotes "a la *Blücher*" y tocado del reglamentario *kalpak* tubular otomano, que lo hacía aparecer todavía más alto se puso a pasar revista a un grupo de sesenta oficiales de su Plana Mayor, que le habían precedido, noté en su semblante, al parecer risueño, algo así como la sombra de un dolor profundo y harto justificado.

Con él había venido su jefe de Estado Mayor el coronel von Dommes, el cual, al verme, vino a saludarme afectuosamente, sin duda porque comprendía

que yo era amigo suyo de verdad y sentía tanto o más que él mismo tal vez la triste suerte que le había tocado.

Por la tarde monté en un auto para ir a visitar al general von Herrgott y a su I. A., nuestro viejo compañero de Bir-Es-Sabah, el comandante von Mayr. Y mientras me hallaba paseando por los jardines de la hermosa quinta en que estaba instalado el Alto Comando, encontré en una de sus alamedas embalsamadas y tachonadas de albos guijarros nada menos que a Küchüuk-Dyemal Pachá, General en Jefe del IV Ejército, rodeado de un grupo de cortesanos uniformados y empeñados en querer hacerle comprender que el verdadero genio militar en aquel ejército lo era él, en vez de su Jefe de Estado Mayor, el general von Herrgott.

A propósito de este caso, cuya moral salta a la vista, me permitiré observar que uno de los grandes errores que ha cometido en todo tiempo y sobre todo durante la Guerra Mundial la mayoría de los oficiales superiores jóvenes turcos, ha consistido en que, por haber llegado a dominar a duras penas la rutina del servicio, se creían desde luego ya también capaces de dominar la materia, o sea el complicadísimo sistema táctico-administrativo del moderno arte militar en sus múltiples aplicaciones.

Los grandes desastres y derrotas que han sufrido los oficiales superiores otomanos, desde Enver y Halil para abajo, cada vez que han tratado de hacer las cosas por sí solos, van a mostrar de una manera convincente, que para hacer la guerra no basta con la buena voluntad y el valor personal únicamente. Y que todo jefe que se dejare influenciar por las alabanzas de sus subalternos está llamado a fracasar tarde o temprano, por excelentes que fueren sus cualidades y grande su buena voluntad.

A Derea o Deraát, es decir, a la estación de empalme entre los ferrocarriles de El-Hedchás y de Palestina, que seis meses antes había dejado triste y soñolienta en medio de su polvorienta llanura y coronando los restos de la bíblica Edrei, capital del rey Og de Basán, la encontré a mi regreso transformada en un animadísimo centro de etapas y parque de aviación, cuyos biplanos iban diariamente a lanzar bombas sobre los aduares de las cábilas rebeldes, que, contagiadas por el movimiento secesionista del Jerifa Huseín de la Meca, habíanse sublevado en masa y estaban infestando el borde del Badiet-Es-Sham desde el Haurán hasta Amaán y Maán, interrumpiendo el tráfico del ferrocarril de El-Hedchás y asaltando a cuantas caravanas o convoyes pasaban por aquellas soledades en dirección a las ciudades de Es-Salt y Kerek, que representaban nuestros principales centros de etapas en el Ostjordanland.

En Samar, que orilla el Mar de Galilea por el costado del sur, y donde tres días antes se habían cruzado los trenes de von Liman Pachá y el general von Falkenhayn, supe por el jefe de estación que la entrevista celebrada allí por dichos

señores había carecido hasta cierto grado de cordialidad, y que el general von Liman, al notar que el Estado Mayor del (?) [sic] Ejército estaba tratando de pasar con disimulo en su tren especial por junto al suyo, par ir a instalarse en la ciudad de Es-Salt, había montado en cólera, y ordenándole que se regresara inmediatamente a su antiguo cuartel general, había comenzado a dar de baja a gran parte de la oficialidad alemana del Grupo de Ejércitos de Siria y Palestina, ya que conforme el general von Falkenhayn había pecado tal vez de generoso en demasía tocante al número de oficiales alemanes que había admitido en su servicio de etapas y sobre todo en su Estado Mayor, Liman von Sanders pecaba hasta cierto punto en sentido contrario, pues procuraba rodearse preferentemente de oficiales otomanos, a quienes, por ser hijos del país y haberlos probado durante la campaña de los Dardanelos, juzgaba quizás más adecuados para hacer la guerra en aquellos desiertos, que la novicia oficialidad alemana, sobre todo del Estado Mayor de von Falkenhayn, que carecía aún de práctica en el difícil arte de combatir sin apoyo de flancos, sin recursos o medios de transporte, o faltos de provisiones y pertrechos, y todo ello en un teatro de operaciones que eran desiertas y polvorientas llanuras, en que de día reverberaban los inclementes rayos del sol de Arabia y de noche imperaba un frío casi siberiano, que en las regiones cenagosas producía con frecuencia fiebres mortales.

El general von Liman no carecía de razón cuando ponderaba la eficacia del oficial otomano como factor de combate, pues en el mundo entero difícilmente se encontrará una oficialidad más sufrida y aguerrida que la turca.

El error que cometió dicho señor durante su defensa de Palestina no consistió por tanto en haber confiado la dirección de sus batallones y de sus regimientos a la oficialidad de línea otomana, sino en no haber dotado a los Estados Mayores de sus tres ejércitos (el IV mandado por Kütchük-Dyemal, el VIII, por Dyevad, y el VII, por Mustafa-Kemal Pachás) de un número suficiente de oficiales alemanes experimentados, a fin de haber podido por medio de ellos controlar y neutralizar la actuación gallarda, aunque tardía, a decir la verdad, de sus tres generales en jefe turcos, y la tendencia oficinista y rutinaria tal vez en demasía de la mayor parte de la oficialidad superior otomana, y sobre todo de la del Estado Mayor, que parecía tender instintivamente hacia el estancamiento conforme la superficie del agua agitada tiende también y no reposa hasta haber restablecido su antiguo nivel.

La mejor prueba de ello nos la ofrece el mismo Mustafá-Kemal (hoy Presidente de la República de Turquía) cuando, después del Armisticio, observó en Constantinopla, ya no recuerdo en qué ocasión, que el fatal desenlace de la campaña del mariscal von Liman en Palestina había obedecido no sólo a que el escuadrón de carros de combate ingleses, apoyado por la artillería de la escuadra y seguido por toda la caballería, se había lanzado de improviso y roto nuestra ala derecha como un ariete, sino también y muy especialmente a que los generales en

jefe turcos de von Liman Pachá (entre los cuales figuraba él mismo), al verse acosados de cerca por el enemigo, habían perdido casi por completo la serenidad, y, en vez de proceder independientemente, cada uno por su cuenta, conforme era su deber, se habían puesto a ofuscar a von Liman pidiéndole órdenes respecto a detalles hasta de los más insignificantes, y en ocasiones hasta pueriles, a que éste, por supuesto, no podía atender por falta de tiempo... razón por la cual aquello se volvió un "*kalabalik*" imposible de dominar y en extremo fatal para el mariscal von Liman, desde el momento en que ayudó a marchitar en parte los laureles que aquel valiente y entendido general había ganado durante la campaña de los Dardanelos, cuando al frente de fuerzas inferiores, tal vez, infligió a los aliados de cincuenta a sesenta mil bajas en menos quizás de seis o siete meses.

Desde la pequeña estación de Afuleh, que circunda la verde e histórica llanura de Esdrelón, remití mi equipaje en autocamión a Nazaret, al paso que yo proseguía la marcha en un tren militar con rumbo hacia la costa para ir a disfrutar durante un par de horas del grandioso cuadro marítimo que ofrecen las azules y tranquilas aguas de la ensenada de Akka, o de San Juan de Acre, que, aun cuando privada de todo recurso de embarque y desembarque, es susceptible de convertirse con el tiempo una vez más en el puerto más animado en las costas de Siria, gracias al ferrocarril fragmentario que la comunica con Damasco, pues Haiffa representa para la Siria Central y el rico Haurán lo que Alejandreta para la Siria Septentrional, esto es, una salida al mar más accesible que el puerto de Beyruth, del cual sobre todo Damasco se halla distante o, mejor dicho, separada por la empinada y poco amable cordillera del Monte Líbano.

Desde la pedregosa cumbre del Monte Carmelo, que aún cubren los bosques de laureles del profeta Elías, divisábanse hacia el Mediodía, iluminadas por los haces solares, las amarillentas ruinas de Cesarea de Herodes, en un tiempo rival de Alejandría, y en donde fue, seguramente, que Nuestro Señor Jesucristo absorbió poco antes de su peregrinación por Galilea, si no de un todo, al menos sí en gran parte la esencia altruista y mística por excelencia del brahmanismo, así como la lógica del taoismo, con que le pusieron en contacto, sin duda, los navegantes y sabios alejandrinos ubicados entonces en dicha ciudad... pues el cristianismo, antes que flor brotada de entre los desiertos salpicados en sangre de Palestina, semeja un bello retoño de la mente sentimental de un Sidharta, y de la racional de un Lao-Tse, o Kong-Fu-Tseo, que florecieron hace miles de años en las zonas templada y tropical del Viejo Mundo, razón por la cual la religión cristiana logró echar raíces profundas no sólo en la templada Europa y en las no menos templadas América del Norte y Asia Septentrional (Siberia), sino también en la tropical América del Sur y Central, en Australia y en parte hasta en la misma India y el África Meridional..., al paso que en la zona subtropical del Asia y África todos sus

esfuerzos resultaron vanos ante la influencia siempre creciente del Islamismo, de base preeminentemente hebraica en que el vengativo Jehová de los hebreos y el despótico Alah de los musulmanes son uno, y en vez de perdonar castigan y hasta trituran con la espada de Josué y el alfanje de Mahoma a todos aquellos que no se les someten o se niegan a ofrendarles holocausto de sangre.

Para antes de dirigirme a Nazaret, poder echar una mirada también sobre nuestro nuevo frente, que se extendía desde la desembocadura del Nar-Iskenderum y a través de la antigua Samaria hasta el río Jordán, y desde allí, en dirección Sudeste, hasta las cobrizas montañas de Moab; en vez de apearme a mi regreso de Haiffa en Afuleh, seguí la marcha en el mismo tren, que después de desfilar por frente al parque de aviación de Dyenin, paró, ya de noche, ante el campamento atrincherado de Tul-Karem, que, con el de Nablus, representaba la base de operaciones de nuestros VII y VIII Ejércitos, y por tanto también el centro y ala derecha de nuestro grupo de ejércitos de Siria y Palestina.

El cañoneo era incesante. Y a juzgar por el estruendo que producían los proyectiles al cortar las altas capas atmosféricas, el ángulo en que se hallaban disparando algunas de nuestras baterías debió de haber sido el máximo. Mas así y todo resultaban inútiles cuantos esfuerzos hacía nuestra artillería por contrarrestar el avance cada vez más impetuoso de las legiones británicas, que parecían empeñadas en querer romper a todo trance nuestras líneas por el sector Nablus.

La carretera militar hallábase repleta de autos conduciendo correos u oficiales heridos, al paso que las ambulancias y las columnas de parque entorpecían por doquiera el avance de las reservas, que a paso acelerado se dirigían hacia aquel sector del frente, donde el gallardo teniente coronel von Falkenhausen se hallaba librando en aquel instante el combate llamado «de Nablus», que le valió más tarde y con razón la cruz del «Pour le Mérite».

A pesar de ello, seguía nuestra situación siendo crítica, y hasta sumamente desconcertante, pues cualquiera podía comprender a primera vista la inutilidad de los esfuerzos del mariscal von Liman, cuyos ejércitos, sin reservas visibles de hombres y elementos, se hallaban, por decirlo así, nutriéndose de su propia sangre y por consiguiente llamados a sucumbir tarde o temprano ante el empuje formidable de las legiones de Lord Allenby y sus lugartenientes, quienes, además de sus ferrocarriles estratégicos y su brillante base militar en Egipto contaban con el apoyo de la poderosa escuadra inglesa en aguas de Levante, que transportaba sus tropas donde querían y barría a cada paso nuestra ala derecha con sus proyectiles de máximo calibre.

A mi regreso del frente pernocté en Afuleh, donde el teniente Schlesinger, de la sección de etapas estacionada allí, me acomodó lo mejor que pudo. Y al aclarar el día partí para Nazaret, que sólo dista unos siete kilómetros de dicha estación y

donde me hospedé en un convento austriaco, situado hacia el Tramonte del "Valle de las angustias", que embellecían boscajes de mirtos y azahares, al paso que en lo alto se alzaban hacia el cielo azul de Galilea airosos los contornos de solitarios cipreses, y coronando a aquestos veíase un caos de grises y gualdas azoteas que iban ascendiendo a modo de terrazas por toda la falda oriental de una alta colina.

Esa era Nazaret, o Nasra, la de los galileos, de tradición sagrada para el mundo cristiano.

Pero la nota más simpática de la por mil títulos sagrada ciudad de Nazaret no debe buscarse ni en la penumbra de su suntuosa Iglesia de la Asunción, que es reputada ser el santuario cristiano más antiguo de Palestina (después de el del Santo Sepulcro), ni en lo que algunos estiman haya sido el taller de San José, o la escuela de Jesús, sino en las lomas desiertas y pardos peñascales de sus alrededores, cien veces sagrados por haber sido entre ellos que hace miles de años retozara el Niño Jesús, de mansa mirada y bucles castaños, en tanto pastoreaba acaso alguna cabra o recogía chamizos para el fogón de su pobre cabaña, mientras San José, sierra en mano y encorvado sobre un trozo de cedro, ganaba con el sudor de su santa frente el sustento para su Virgen Esposa y el Niño Jesús, o Jesucristo, que, según el dogma de los sirio-jacobitas, representa al Dios único, o sea a Dios Padre e Hijo reunidos en una sola persona; y a juicio de los caldeos, la naturaleza de Dios dividida en dos personalidades distintas; mientras que, según las creencias de los nestorianos, *Él y Dios* representan dos individualidades y naturalezas completamente distintas.

Sobre esta diversidad de conceptos respecto a la divinidad de Jesucristo se fundan los dogmas religiosos de los citados caldeos, nestorianos y jacobitas, y que junto con el de los armenios gregorianos representan la base fundamental en que se apoyan las cuatro sectas cristinas disidentes, y por lo tanto cismáticas, o de ritos orientales, que brotaron a la sombra de la labor evangélica llevada a cabo durante los primeros siglos de nuestra era por San Gregorio Lusaveríe, Mar Tomás y Mar Adi en las cuencas del Gomel y del Eufrates.

La *kasaba* de Nazaret es relativamente pequeña y no posee, a pesar de sus numerosos conventos y santuarios, lo que pudiera llamarse propiamente "monumentos arqueológicos" de ninguna especie, a causa de que carece de un todo casi de ruinas e indicios siquiera de la era pagana.

Y, no obstante su situación excepcionalmente ventajosa, que facilita el desagüe de sus arterias y le asegura luz, muchas horas de luz durante el curso del día, adolece Nasra, sin embargo, del inconveniente del polvo, que en tiempos de sequía y al impulso del Siroco barre incesante, sobre todo sus calles más despejadas, que son las que convergen en el convento franciscano y la Fuente de María, junto a la encrucijada de los llamados "dos caminos".

Mas a pesar de ello resultan ser las calles estrechas y tortuosas de su parte más céntrica, unos verdaderos boulevares, comparadas con los callejones abovedados a guisa de túneles, y las callejuelas laberínticas de los barrios intramuros de Jerusalén y la mayor parte de las *kasabas* y aldeas de Palestina, que por falta de toda clase de medidas higiénicas, más bien que vías públicas semejan cloacas y estercoleros nauseabundos, capaces de quitar la respiración a cualquiera.

Privados casi de un todo de patios y solares a causa de la falta de espacio, se ven los habitantes de dichas barriadas las más de las veces obligadas a convertir en fangales y bancos de cieno aquellos callejones y pasajes tortuosos, en parte cubiertos y perennemente sumidos en la penumbra, que fuera de la lluvia y los perros nadie se ocupa de asear, y que en ciertos lugares no alcanzan a tener ni varay media de ancho.

En tales circunstancias, nada de extraño tiene, pues, que la lepra y demás enfermedades infecciosas del Oriente sigan floreciendo junto al Santo Sepulcro y al pie de los altares de Belén.

En el Cuartel General, que encontré instalado en uno de los espaciosos caserones de Tierra Santa y libre ya del todo casi de la antigua oficialidad alemana de von Falkenhayn, después de ofrecer mis respetos a von Liman Pachá, tuve el gusto de saludar, entre otros señores, también al coronel von Schierstaedt, jefe de la caballería del Asiem-Korps; al capitán Sternheim, del servicio de etapas; al comandante von Rietch, del Arma de caballería, que desempeñaba el puesto de Jefe de la Sección Personal en dicho cuartel general, y al capitán checoeslovako Suchar, que tenía ya preparadas sus maletas "para por si acaso", pues a juzgar por el cañoneo incesante y que iba en aumento, seguía siendo nuestra situación en extremo crítica, y tan crítica, que aquella mañana se había visto al general von Liman obligado a despachar para el frente, a toda carrera, tanto a los asistentes supernumerarios de la oficialidad como a los miembros de la servidumbre del Cuartel General que no resultaban ser absolutamente indispensables.

Y al declinar la tarde continuaron poniéndose las cosas tan sumamente serias, que hasta yo me iba preparando ya para ir a contribuir también con mi granito de arena hacia la defensa de Palestina..., cuando, en eso, nos llegó la nueva, muy grata por cierto, de que el enemigo se había retirado inesperadamente hacia sus antiguas posiciones, dejándonos en plena posesión del terreno.

Dos o tres días después de estos acontecimientos, me sorprendieron los arreboles de la aurora contemplando desde lo alto del Monte Tabor (en que se celebró la transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo) el lento despertar del alba, que con sus suaves iluminaciones iba inundando de tonos delicados la sierra sagrada del Balaád, hasta el confín sombrío, donde negreaba en el abierto firmamento,

tenebroso, el Monte Hermón..., mientras al Norte y a través del espeso follaje de los sicomoros columbrábase, rodeada de boscajes, Kefir-Kenah, o Caná que presenció el milagro del agua y del vino..., y hacia Levante divisábanse, como un cristal de roca, las límpidas aguas del Mar de Galilea y el plateado curso de su tortuoso emisario, el Jordán, que en suaves serpentinas se iba deslizando hacia los tostados desiertos de Judea y la aplomada superficie del Mar Muerto, al pie de las montañas de Moab, cuyas rosadas cumbres apenas vislumbrábanse ya como flameantes plumajes de flamencos flotando sobre el horizonte.

Y había sido sobre las mansas playas del Mar de Galilea precisamente, que aún cubren los juncales y en un tiempo poblaran las ciudades de Beit-Saída, Kefir-Naún y Kurus-Aín, patria de los Apóstoles, que María de Magdala, la pecadora, con el cuerpo ceñido de la beduina bata y el ánfora sobre la rubia cabellera, se había lanzado en una noche azul y bajo la luna de mayo a los pies de Nuestro Señor, desconsolada y sollozando... como una Magdalena.

# Capítulo XXXIII

De regreso a Constantinopla, tuve el gusto de viajar desde Damasco hasta Alepo en compañía de mis viejos amigos los capitanes austriacos Rippel, Schlauch y Dr. Krüger, al paso que de Bosanti en adelante me ayudaron los tenientes Bischosff y Strudzen a matar el tiempo, en tanto que nuestro tren se deslizaba humeante y soplando como un monstruo mitológico a través de las verdosas sierras y polvorientas estepas del Asia Menor... hasta que en una noche lluviosa llegamos, por fin, a la estación de Haidar-Pachá, cuyo patio cubrían todavía fragmentos de granadas.

Al día siguiente, que era el Domingo de Ramos, desperté en el Hotel Tokatlián, desde cuyos balcones embaldosados se divisaba la calle principal de Pera empavesada de un extremo a otro y atestada de compacta muchedumbre.

Y aprovechando la ausencia del coronel Osman-Chefket Bey, que había ido a Batum a averiguar el incidente «von Lossow – Vehib Pachá», solicité, y obtuve, del Gran Cuartel General, permiso para absolver en compañía de un selecto grupo de oficiales superiores y Jefes de Sección en el Ministerio de la Guerra (encabezado por el coronel Dyevad Bey, Gobernador Militar de Constantinopla) el curso superior del Estado Mayor que acababa de iniciarse entonces en el palacio de Kiaght-Hane bajo la dirección del coronel Guse Bey, y al cual solían asistir a veces en calidad de huéspedes el Agregado Militar sueco y el también sueco coronel Erikson, que se hallaba en esa época en Turquía desempeñando, al parecer, una delicada misión militar.

Después de dicho curso, absolví igualmente el de artillería pesada, que dirigía el teniente coronel Lange Bey en la Academia de Metres-Chiflik, y, gracias a la amabilidad del comandante Gratz, General en Jefe interino de las fuerzas aéreas de Turquía, pude absolver, después del de artillería pesada, también el de Oficial Observador en la Academia de Aviación de San Stéfano. De suerte que a principios de junio me hallaba yo ya, como quien dice, al corriente de casi todos los adelantos e innovaciones técnico-militares más importantes que se habían inventado y puesto en práctica durante la Guerra Mundial.

Entretanto, habían ido siguiendo los acontecimientos su curso natural. En Mesopotamia habíamos perdido Hit, a orillas del Eufrates, pero en cambio recu-

perado Kerkub, en el frente de Musul, que los ingleses habían tenido que desalojar a causa de los calores del estío. En Palestina continuaban las cábilas rebeldes del Jerifa Huseín de la Meca interrumpiendo el tráfico del ferrocarril de El-Hedchás. Y durante uno de los numerosos combates aislados que el coronel Esad Bey solía librar a diario casi en las llanuras del Jordán con los restos de la que en un tiempo había sido nuestra brillante III División de Caballería Imperial, le destrozó una bala la pierna derecha, obligándolo a retirarse temporalmente del servicio activo.

Y en tanto que estos sucesos se iban desarrollando lentamente en las estepas de Siria y Mesopotamia, estalló en llamas en el frente francés la tremenda ofensiva de los alemanes, llamada «del Marne» que tuvo por resultado entre otras también la batalla de Armentiers, durante la cual y contrariamente a lo que se ha venido diciendo, nuestros hermanos portugueses sostuvieron el ímpetu de las legiones germánicas con un denuedo digno del mayor encomio, y las no menos sangrientas batallas de Amiens, Ypern, Soissons, etc., en que no faltaron compatriotas míos, venezolanos, como por ejemplo, los señores capitanes y tenientes Sánchez-Carrero, Luis Camilo Ramírez, Rafael Urdaneta, Alonzo Ramírez-Astier, J. Guerrero-Iturbe, P. R. Rincones hijo, Mario A. Velásquez, J. Bastardo García, Fernando Tamayo, Carlos Heyden-Altuna, etc., lo mismo que numerosos paisanos nuestros, latinoamericanos, que hicieron también verdaderos prodigios de valor para mantener en alto la tradición guerrera de nuestra raza.

Constantinopla, la Sublime Puerta y llave del Imperio Moscovita, se hallaba en plena primavera... y en la llamada "gran calle de Pera" se apiñaba un gentío inmenso, del cual resaltaban las damas griegas por el cutis aterciopelado de sus bellos rostros, mientras las otomanas por la severa elegancia de su traje.

Estaban esperando la llegada del Emperador de Austria y su joven esposa, los cuales no tardaron en desfilar, rodeados de brillante séquito, ante aquella abigarrada muchedumbre, que en éxtasis todo lo admiraba y todo lo criticaba.

«¡Pero sí que es bella!»...decía, con el brazo apoyado coquetamente en el cuello de mi caballo, una joven armenia, de fuerte musculatura y el pecho cubierto de diamantes.

«Y si supieras»... le contestaba una graciosa levantina, de sonrisa pecaminosa, uñas muy pulidas, y tocada de un primoroso traje de seda, pero corto y escotado tal vez en demasía. Y mirándome de reojo, sin duda por aquello de mi uniforme, agregó en voz queda y casi confidencial... «todo el mundo dice que es aliadófila y que aspira a ser algún día una segunda María Teresa».

De esa manera íbase formando paulatinamente aquel ambiente peligroso, que habían engendrado ciertas cartas del joven monarca austro-húngaro a Dios sabe quién, confesando que Austria se hallaba, por decirlo así, cansada de la guerra y dispuesta a negociar. Y si a ello se agrega el incidente del conde Czernin,

Canciller del Imperio, que había desaprobado abiertamente la conducta de su rey y señor, ya puede uno imaginarse poco más o menos de qué pierna se hallaban cojeando para esa época las potencias centrales, a quienes la fracasada ofensiva de la Champagne había justamente alarmado y hecho ver, por fin, ante sus pies negreando el abismo tremendo que habían excavado de la noche a la mañana sobre las playas del Marne el genio militar indiscutible de Foch y el valor de Joffre, Haig y Pétain.

Cómodamente instalado en Pera, solía yo pasar la mayor parte del día dedicado al estudio, las tardes, en el club de Constantinopla, o en los salones del elegante Pera-Palace, donde se celebraban con frecuencia fiestas amenas, y las noches, en los teatros o en el simpático "jardín de Pera" que era una especie de *cabaret* y café cantante al aire libre, pero sumamente *chic,* al cual solía acudir lo más granado de la "sociedad capitaleña"... hasta las once de la noche... cuando cesaba la orquesta en el kiosco de fuera y comenzaban a aletear por sus salones perfumados las aves nocturnas al son de tangos, *one-steps,* etc., pues Alah es todo misericordioso y cuida de todos.

Y después de las carreras de obstáculos que solían celebrarse anualmente en el elegante Spahi-Club de Pancaldi, y en las que en esa ocasión tuve yo también el gusto de poder tomar parte, llegó el primero de julio y con él mi nombramiento de Instructor y Vice-Jefe (*comandan vékile*) del 1er. Regimiento de Lanceros, cuyo 4º Escuadrón hacía servicio de plaza en el palacio Imperial de Dolma-Bagtche.

Semejante nombramiento no dejaba de ser altamente honroso para mí, desde el momento en que dicha unidad representaba la única fuerza de ese arma acantonada en Costantantinopla y era, por añadidura, el único regimiento y núcleo de caballería completo que quedaba ya en Turquía fuera de los restos de nuestra III División en Palestina y uno que otro escuadrón divisionario en los diversos frentes del Imperio.

En eso pasaron algunas semanas, cuando, en ya no recuerdo qué mañana del mes de julio nos sorprendió la nueva de que el Sultán había fallecido.

Una bomba que hubiera estallado en aquel momento entre los jóvenes turcos no hubiera podido causar entre ellos mayor consternación, no acaso porque les hiciera falta la presencia del venerable anciano fenecido, sino porque le sucedía en el trono Mehmed VI, quien por ningún concepto había de perdonarles el que durante diez años consecutivos hubiesen tenido en abyecta sumisión a su augusto hermano, y, menos todavía el que, en una hora fatal para Turquía hubiesen hecho asesinar, abriéndole una vena, al enérgico príncipe heredero, Jusuf-Izzed-Din Effendi.

Que con la muerte del venerado Gasi-Mehmed-Reshad había de terminar de una manera rápida y trágica el poderío de los jóvenes turcos en el Imperio, me lo vinieron a revelar durante el día de la investidura de la espada, o coronación de Mehmed VI, las miradas furtivas y nerviosas de Enver y Dyemal Pachás, quienes encabezan la fila de honor al lado de su novel soberano y califa de doscientos millones de mahometanos.

Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo monarca en el sentido de arrancar de raíz y destruir cuanto antes el poder ilimitado de la endémica burocracia joven turca, consistió en tratar de dividirla por medio del nombramiento del mariscal Ahmed-Izzed Pachá y de los generales Dyemal, Seki y Vehib Pachás al puesto de ayudantes de campo suyos, mientras que Enver, de cuya desmedida ambición aquellos recelaban, lo privó al punto de su Vicegeneralato en el ejército.

Y aprovechando la participación de su advenimiento al trono que forzosamente había de hacer a sus aliados, los austriacos, búlgaros y alemanes, encargó de dicha misión a Teufik Pachá, que los jóvenes turcos habían ignorado por completo durante los diez años de su administración.

El advenimiento al trono de Mehmed VI no había dejado de influir también en mi situación, pues de ahí en adelante ni el coronel Osman-Chefket Bey ni aún el mismo Enver se atrevieron a seguir molestándome, porque sabían que yo era amigo personal del Ayudante de Cámara de Su Majestad el Sultán y por consiguiente, persona grata en palacio.

Valiéndome de tan halagüeña circunstancia, solicité y obtuve inmediatamente del Ministerio de la Guerra permiso para ir a pasar unos cuantos meses en Alemania. Y mientras me hallaba en el palacio de Dolma-Bagtche aguardando, el día antes de mi partida, la llegada del coronel X, para despedirme de él, noté sobre la puerta principal del único entre sus suntuosos salones que todavía no conocía un hermoso cuadro representando la entrada de la Caravana Sagrada en la Meca. Era una verdadera obra de arte, y como por más que tratara no alcanzaba a descifrar la firma de su autor, llamé a un *Kavas*, o eunuco circasiano ataviado de oro y escarlata que pasaba por allí, para que me orientara, cuando éste, a modo de respuesta única, abrió y me enseñó su boca, desprovista de lengua (que le había sido arrancada probablemente para impedir que fuera a revelar alguno de esos dramas horripilantes que suelen desarrollarse con frecuencia en las cortes y palacios del Cercano Oriente).

La noche siguiente paró nuestro tren ante la estación central de Sofía que encontré profusamente iluminada y atestada de tropa búlgaro-alemana. Y al otro día por la tarde nos detuvimos durante un par de horas en la ciudad de Nish, donde yo había pasado cuatro años antes la Noche Buena tan amenamente en compañía de un grupo de caballerescos oficiales servios y damas de la sociedad de Belgrado.

Aprovechando dicha estadía, me puse a recorrer las calles más céntricas de dicha ciudad, que hallé casi del todo desiertas, ya que fuera de unos cuantos individuos del pueblo gris, semejantes a larvas en su indigencia, las únicas personas de la clase culta que llegué a notar se reducían a una docena o dos de oficiales y patriotas, de ojos hundidos y cubiertos de harapos, que yacían inmóviles, como

fieras, en sus calabozos, pero en cuyas miradas de águilas encadenadas estallaba, aún en llamas, de cuando en cuando, el bravío fanatismo de la libertad.

Del heroico pueblo servio-montenegrino, que a pesar de su casi exterminio seguía desafiando a las águilas de Austria desde la fortaleza de sus montañas, cabe decir que excepto Bélgica, quizás ninguna otra nación aliada llegó a mostrarse como ella, tan celosa de su independencia, por la cual lo sacrificó todo, excepto su honor, que hoy como antaño aún sigue llevando prendido de la orla de sus gloriosas tricolores.

En Viena, donde pasé unos días en compañía del príncipe Don Jaime de Borbón, tuve también el gusto de conocer a la espiritual archiduquesa Doña Bianca y a sus graciosas hijas, las archiduquesitas Salvatora e Inmaculata, de las cuales la segunda resaltaba por su talento musical, que había sabido poner de manifiesto ya en aquella época por medio de composiciones bellísimas y por cierto muy aplaudidas tanto en la Ópera de Viena como en las de Munich y Constantinopla.

En esa ocasión fui objeto de finas atenciones igualmente por parte de casi todos los miembros de nuestro Cuerpo Diplomático Latinoamericano acreditado en Austria, como por ejemplo, el Dr. Pérez, Ministro de la Argentina, el encargado de negocios del Brasil; el representante de Chile, que era entonces el Sr. Don Augusto Moreno; el Dr. Benítez, representante de Méjico; el coronel Villegas, Agregado Militar argentino; el coronel J. C. Guerrero, Agregado Militar del Perú; los esposos de Arteaga y su señora madre, a quienes yo conocía ya desde Caracas, y, por último, la Sra. Josefa de Aninat, viuda del entonces recién fallecido ministro chileno en Austria.

Y después de una breve permanencia en Munich, adonde había ido con la intención de ofrecer mis respetos a Su Alteza Real, la Infanta Doña Paz, me instalé, a principios de septiembre, en el Hotel Edén, junto al Tiergarten, en Berlín, donde tampoco tardé en relacionarme con casi todos los miembros de nuestro Cuerpo Diplomático Latinoamericano en Alemania, integrado en esa época por el Sr. Don Miguel Cruchaga-Tocornal, Ministro de Chile; el Dr. Michelsen, Ministro de Colombia; el Dr. Leopoldo Ortíz, representante de Méjico; el Dr. Eduardo Labougle, encargado de negocios de la Argentina; el Dr. Máximo Asenjo, ex ministro nicaragüense y el coronel Pérez-Ruiz Tagle, Agregado Militar chileno.

Entretanto, y mientras en Berlín lo mismo que en París demasiada gente seguía viviendo de la sangre vertida en la carnicería, y los ricos cegados por el amor al oro, continuaban arrastrando sus desventuras patrias hacia la ruina y hacia el abismo, nos llegó la nueva fatal de que los ejércitos de Liman von Sanders en Palestina habían sido arrollados y totalmente destrozados por las fuerzas de Lord Allenby, y, casi inmediatamente después la noticia de que el ejército expediciona-

rio aliado en los Balcanes, a las órdenes de Wilson y Franchet D'Espéray, había logrado romper el centro de nuestro ejército búlgaro-austro-alemán, y, amenazando Sofía, había obligado al presidente del Consejo de Ministros, Malinow, a solicitar un armisticio, que le fue negado al principio, mas luego concedido bajo condiciones onerosísimas.

Las cláusulas de este armisticio, que fueron dadas a conocer oficialmente en Berlín el 1º de enero de 1918, cayeron como una bomba no sólo en Alemania, sino sobre todo en Austria, donde el Emperador nombró inmediatamente un gabinete de coalición y convocó un Consejo de la Corona para que estableciera sin pérdida de tiempo un tercer Estado, autónomo como el de Hungría e integrado por los pueblos sud-eslavos de su vasta y heterogénea monarquía.

Pero a ello se opusieron los cheko-eslovakos por medio de su abstención a las sesiones extraordinarias del Congreso a que tocaba sancionar ese nuevo estado de cosas. Y el «block alemán», en que se apoyaba el Emperador para tratar de imponer su voluntad al pueblo, se vio impotente ante la ola eslavo-turana que fraccionó la antigua monarquía austro-húngara en las tres actuales Repúblicas de Austria, Hungría y Cheko-Eslovakia.

La noticia de la *débacle bulgaire* me sorprendió mientras me hallaba cazando con el capitán Gerhart von Bredow en sus vastas posesiones de *Bredow*, cerca de Náuen. Y cuando, antes de regresar a Constantinopla, pasé por el Ministerio de la Guerra a fin de despedirme del comandante von Duisterberg, el Dr. Czygan, etc., no faltó quien me aconsejara que me quedase tranquilamente en Alemania... invitación que yo, por supuesto, me negué a aceptar porque no podía permitir que el día de mañana fueran a decir que el único militar latinoamericano que había combatido al lado de las potencias centrales sin renunciar a su nacionalidad ni jurar la bandera, sino sola y únicamente bajo palabra de honor, había desertado su puesto en la hora del peligro, quedándose rezagado en Alemania para librarse de las contingencias naturales de la guerra, que en mi caso, esto es, en caso de haber caído yo en manos del enemigo, hubiera equivalido, si no a la muerte al menos a una prisión prolongada en Egipto, Malta o en la India.

Después de algunos retrasos, a causa de la congestión del tráfico, llegué por fin, el 18 de octubre, a Budapest. Y dejando atrás leguas tras leguas de amarillenta «puska», o estepa, cuya monotonía infinita interrumpían a trechos montes y riscos, o aldeas circuidas de huertas escuálidas y devoradas por la sequía, o acaso alguna llanura muy verde, cortada por hilos de plata y en que llamaban mi atención confusa tordas yeguadas, paciendo o galopando con crines sueltas ante sus bigotudos pastores valacos, llegamos, al oscurecer del día 21, a una de las muchas curvas del Danubio, cuyas tristes riberas orillaban prados e hileras de olmos, que habían crecido en proporciones imponentes y se agitaban en dolorosas contorsiones bajo el azote de las ráfagas otoñales.

Y siguiendo siempre paralelamente el barroso curso del viejo Danubio, cuyas rocosas márgenes, cubiertas de bosques, parecían resonar todavía el nombre de Trajano, nos fuimos internando cada hora más por las estepas enmarañadas de la antigua Dacia, llamada hoy Transilvania, que cortan los restos de una antigua "muralla romana" hacia el Poniente de Orsava, y que en todo tiempo ha sido un vivero de pueblos dominadores hoy, dominados mañana y barridos al día siguiente por nuevas hordas, que durante su corta o larga estadía legaron a las tribus moldovo-valacas fuerte levadura romano-turano-eslava y muchas particularidades de sus diversas razas, cual usanzas nómadas y viejas ansias de cultura que aún se manifiestan en el contraste extraordinario que ofrecen las viviendas rústicas tal vez en demasía de su aun en parte semi-salvaje población pampera, comparadas con los palacios señoriales de sus antiguos «vaivodas», o magnates, ocultos en la espesura de los bosques, y sus ciudades de piedra tallada, como Bucarest y Constanza, por ejemplo, que se destacan de entre estepas y pantanos de difícil acceso.

Al declinar la tarde del 23 paró el tren en la capital de Rumania, donde pasé esa noche muy  a gusto mío en la esencialmente latina Bucareschi. Y al aclarar el día reanudé la marcha con rumbo a Braila, a donde pude llegar a tiempo para tomar pasaje en el último vapor que había de salir con destino a Turquía.

A la media mañana del día 27 dejamos las costas de Besarabia blanqueando hacia el Aquilón. Y después de una travesía algo agitada a través del Mar Negro, que batía la tormenta sin cesar, emboscamos el 31 de octubre en el remanso del Bósforo, que se extendía hacia el Sur como un inmenso río de aguas azules, y del que en ese instante iban saliendo con dirección a Odesa un "aviso" y dos torpederos alemanes llevando a remolque una fila de gasolineras en que conducían a las familias de la oficialidad germana ubicada en Constantinopla y probablemente también los archivos de la misión militar alemana, para ponerlos a salvo, pues el día antes se había firmado frente a los Dardanelos el Armisticio entre Ahmed-Izzed Pachá, en nombre de Turquía, y el almirante Callthorpe, en el de los aliados.

Cuando nuestro vapor atracó al muelle de Galata, noté numerosas banderas italianas, inglesas y francesas tremolando sobre los bancos y demás edificios de los armenios, griegos y levantinos, que, después de explotar a su antojo a los bonachones alemanes, se estaban preparando par hacer otro tanto con los aliados.

Al echar pie en tierra, me di la mano con el comandante Gravenstein, quien, al oír que regresaba para pedir mi dimisión, se me quedó mirando, como sorprendido, puesto que a esas horas había sonado ya el «sálvese quien pueda», y casi todos los oficiales alemanes de la Intendencia, del Estado Mayor y de los demás ramos de la administración militar estaban haciendo esfuerzos poderosos por embarcarse en los pocos buques que seguían anclados en el puerto.

Los únicos que permanecieron firmes en sus puestos, fueron los oficiales de línea, quienes, después de varios meses de humillaciones inmerecidas por parte de los aliados, pudieron regresar por fin a su patria junto con sus jefes, los generales von Liman, etc., y las tropas de su mando, que les fueron fieles hasta el último momento.

Y en tanto me hallaba esa noche en el Jardín de Pera, atendiendo, en compañía del teniente coronel von Gur y el capitán Schemeling una función de gala que habían organizado algunas damas griegas con motivo de la firma del Armisticio, cundió la voz de que, siguiendo el ejemplo de Ismail-Haki Pachá, también Enver, Dyemal y Talaát habían logrado fugarse en un torpedero alemán..., razón por la cual y en vista de los cargos que se hacían al mariscal Ahmed-Izzed Pachá de haber favorecido la fuga de dichos señores, cayó el Gabinete presidido por él y subió al poder Teufik Pachá, que en adelante continuó dirigiendo los destinos de su patria bajo la vigilancia del Sultán... hasta que su situación se hizo insostenible a causa de la oposición sistemática de los jóvenes turcos, y fue reemplazado por Damad-Ferid Pachá, al cual, a su vez, y por haber firmado el Tratado de Paz con los aliados, asesinó un estudiante, perteneciente al grupo rebelde de Mustafá-Kemal..., quien, después, de haber sido nombrado por el Sultán General en Jefe de sus ejércitos en Anatolia, se había sublevado con las fuerzas de su mando en son de protesta contra la intervención aliada en los asuntos internos de Turquía.

Esta reacción a favor de los principios liberal-nacionalistas en el Imperio Otomano, ha sido la verdadera causa del fracaso completo de los aliados en lo tocante a su política cercano-oriental, y seguirá siendo motivo de graves e interminables conflictos a mano armada en aquellos países mientras la Entente persista en la repartición definitiva de Siria, Palestina, Arabia y Mesopotamia en mandatos y protectorados.

Una semana próximamente después de mi llegada, fui al Ministerio de la Guerra, que regentaba Abd-Ulah Pachá, y solicité mi dimisión, la cual me fue concedida sobre la marcha con grandes honores y acompañada de la estrella de Comendador del Medchedíeh ornada de espadas de oro, que era la condecoración de guerra más grande que me podía otorgar el Sultán de acuerdo con el rango militar y puesto que había venido desempeñando hasta entonces en el ejército regular otomano. Y transcurrida otra semana supe por fuente autorizada mi nombramiento de coronel de Estado Mayor honorario en el ejército turco, que, como a oficial voluntario y por lo tanto «musafir», o huésped de la nación, me correspondía por derecho de añejas usanzas, pero cuya patente no me ha llegado aún, sin duda porque por allá todavía ignoran mi actual paradero.

En esos días tuve también el gusto de asistir a un pequeño banquete con que me obsequiaron el capitán E. J. Foulton y varios otros de los diez o doce oficiales

británicos, antiguos prisioneros nuestros, a quienes yo había podido favorecer y tal vez hasta salvar de la muerte durante su traslado de Musul a Rasul-Aín en febrero o marzo de 1906, y los cuales, al saber que yo me hallaba de regreso en Turquía, lejos de contentarse con festejarme llevaron su gratitud al extremo de recomendarme a la Alta Comisaría Militar Inglesa, lo mismo que a teniente coronel Temple (*Chief of the Naval Staff Offices*), y a sus cultos colaboradores, los comandantes Welsh, Stock y el capitán Tomson, quienes en adelante se esmeraron por atenderme, de modo que cuando solicité permiso, algunos meses después, para regresar a América, en el acto me lo concedieron y al margen de mi pasaporte agregaron un «*good for passage by first available opportunity*», que en español significa «procúrese que el portador pueda partir cuanto antes».

Y así fue, pues, como vino a suceder que en una mañana del mes de abril (1919), mientras el sol arrancaba destellos de oro a las rubias playas de la Troada y las islas e islotes de la Egeida ardían como topacios en medio del mar, me quedé contemplando desde la nave que me llevaba a España, por última vez esas extrañas tierras que apenas se vislumbraban hacia el Naciente ya en forma de líneas violáceas, cuando, de pronto, sentí como si una mano de hielo me oprimiera el corazón con vehemencia, y sin saber por qué me cuadré y saludé militarmente aquellos horizontes de matices de rosa y cielos de azahar, en que dejaba a tantos valientes compañeros durmiendo el sueño de la muerte bajo el florido césped de sus montañas y las ardientes arenas de sus desiertos.

Y tras breve estancia en la Madre Patria, alcé de nuevo el vuelo rumbo al Poniente, en pos de mi lejana patria americana, que al cabo de dos semanas alcancé a divisar como nadando sobre la superficie del océano y en medio de hermosa aureola de lejanías doradas, de nubes azulosas y horizontes rojizos cual la sangre de Venezuela Heroica.

**FIN**

# Índice


Gobierno Bolivariano
de Venezuela
Ministerio
de la
Cultura

Venezuela
AHORA ES DE TODOS

Ministerio de la Cultura
Av. Panteón, Foro Libertador,
Edif. Archivo General de la Nación,
planta baja, Caracas, 1010,
Telfs.: (58 - 0212) 564 24 69
Fax: (58 - 0212) 564 14 11

Se terminó de imprimir en diciembre de 2006
en Fundación Imprenta del Ministerio de la Cultura,
Caracas, Venezuela
La edición consta de 1.000 ejemplares
impresos en papel Alternative, 60gr.

